

ROBERTO ARLT

**LOS SIETE LOCOS
LOS
LANZALLAMAS**



se

Lectulandia

El narrador Roberto Arlt (Argentina, 1900-1942), quien sostenía que crearíamos nuestra literatura no conversando constantemente acerca de ella sino escribiendo en orgullosa soledad libros que encierren la violencia de un *cross* a la mandíbula, es un caso típico de escritor maldito. Luego de su muerte las generaciones jóvenes recogieron su mensaje haciendo de él un maestro y confiriéndole la categoría de un clásico moderno. Su díptico novelesco formado por las dos obras incluidas en este volumen (editadas inicialmente en 1926 y 1929) constituye un prodigio de innovación estilística y temática. Para la presente edición se han seguido fielmente las primeras versiones de ambas novelas, respetando escrupulosamente la escritura del autor, aun su sintaxis y léxico, tan criticados originalmente y arbitrariamente modificados y corregidos en ediciones posteriores.

Lectulandia

Roberto Arlt

Los siete locos. Los lanzallamas

ePub r1.0

Colophonius 18.04.2017

Título original: *Los siete locos. Los lanzallamas*
Roberto Arlt, 1929

Editor digital: Colophonius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

EN LOS AÑOS inmediatamente anteriores a la publicación de los primeros relatos de Roberto Arlt, el conjunto de las obras de ficción escrito y difundido en los países de América Latina tendía a congelarse en la reiteración de algunas de las convenciones del ilusionismo realista, tal como éste había sido ejercitado desde la segunda mitad del siglo diecinueve. Su práctica, agotada ya la virtualidad de los mejores modelos, lograba apenas legitimarse en el rescate de los signos puramente documentales.

La degradación de esos modelos, y la de todos aquéllos que servían a las diversas formas de representación, operaba, desde luego, como síntoma de profundos ajustes y modificaciones en la concepción misma de la realidad. Sólo que este síntoma, en una América desconectada de la tutela intelectual de Europa durante el transcurso de la primera gran guerra, languidecía perezosamente en su propia contemplación o se inscribía, en el mejor de los casos, en el horizonte de expectativas abierto por la eventual finalización del conflicto. Y en efecto, no mucho después de terminada la guerra, se produjo el previsible trasvase de los usos culturales acumulados; la importación de fórmulas y de premisas que incluían, entre otras, audaces reflexiones sobre la naturaleza de lo real, y sobre la naturaleza de los vínculos entre lo real y lo social.

En Europa, estas reflexiones eran ya alimentadas, desde tiempo atrás, tanto por los datos que provenían del marco teórico de la ciencia, como por la indicación progresiva de agudos desplazamientos políticos y sociales que culminarían, en 1917, con la caída del zarismo y la toma del poder por los bolcheviques en Rusia. La formidable plétora de fórmulas ofrecidas al término de la guerra, a pesar del aire de agitación, del escándalo, y a veces de la frivolidad de que fuera acompañada, implicaba en todos los casos una culminación. Suponía una actitud crítica y revisionista que actuaba en el interior de un proceso ordenado por una historia específica, y suponía que el orden de esa historia, o sus tendencias globales, proveía las articulaciones necesarias para acreditar el alcance de las rectificaciones o de las sustituciones propuestas.

Sin este ordenamiento, sin aquellas mediaciones, grupos de jóvenes intelectuales y de artistas americanos, desorientados por la insuficiencia de las formas mentales y expresivas disponibles, optaron por asimilar directamente las que sugerían las experiencias finales del proceso cultural europeo. Al hacerlo, repetían sin duda la conducta de generaciones anteriores; daban curso a movimientos reflejos estimulados desde el remoto pasado colonial. Sólo que ahora, debido al avance y a la facilidad de

las comunicaciones, a la creciente similitud estructural de los grandes centros urbanos, el gesto de asimilación se cumplía como si se tratara casi de un fenómeno de simultaneidad.

Bajo estas apariencias fue que en Buenos Aires, en San Pablo o en México se pudieran presentar como particulares acontecimientos que, con sorprendente paralelismo, se presentaban en las ciudades de París, Zurich o Londres. El juego de imágenes reproducido en una superficie especular debía seducir a sus oficiantes y los sedujo, ciertamente, hasta convertir sus actos (o amenazar convertirlos), en una interminable serie de desdoblamientos y de réplicas.

César Vallejo, entre otros, advirtió este fenómeno, y en 1927, apenas cinco años después de la Semana de Arte Moderno de San Pablo, de la prédica ultraísta en la Argentina, de los dispersos ecos del estridentismo mexicano, enjuiciaba con severidad: «La actual generación de América anda menos extraviada que las anteriores. La actual generación de América es tan retórica y falta de honestidad espiritual como las anteriores generaciones de las que ella reniega. Levanto mi voz y acuso a mi generación de impotente para crear o realizar un espíritu propio...».

Un verso de Neruda, decía Vallejo, o de Borges o de Maples Arce, no se diferenciaba de uno de Tzara, de Ribemont, de Reverdy. La nueva ortografía era un viejo postulado futurista; la nueva caligrafía del poema, otro postulado europeo más antiguo aún; el procedimiento para construir imágenes venía de Mallarmé; el flamante sentimiento político echaba sus raíces en un terreno abonado medio siglo antes por los libros de Tolstoi. Abrumado por estas comprobaciones, el autor de *Trilce* presentía «un balance desastroso de mi generación, de aquí a unos quince o veinte años».^[1]

Esos años, como se sabe, aportaron un balance netamente contrario al pronóstico de Vallejo. No ocurrió así, sin embargo, porque el pronóstico desplegara mal las líneas de desarrollo explícitas en las obras tomadas en cuenta para el análisis. Tampoco porque las obras elegidas carecieran de una representatividad adecuada. Ocurrió, simplemente, porque los principales promotores de la generación acusada habían llegado, con escasa diferencia de tiempo, a las mismas conclusiones, y habían empezado, desde entonces, a tender los puentes de rectificaciones sugeridos en el frustrado desahogo profético de Vallejo.

En efecto, desde *Macunaima* (1928), de Mario de Andrade, desde un poco antes, tal vez, algunos de aquellos voraces asimiladores de fórmulas comenzaron a tomar conciencia de la inanidad de los juegos de imitación y de traducción en que emplearon los primeros esfuerzos. La reflexión sobre una lengua heredada como agente del colonialismo cultural, y la duda metódica sobre las imágenes y las astucias expresivas contenidas en esa lengua, fueron la manifestación inicial y necesaria de esta conciencia. También lo fue, consecuentemente, la sensibilización hacia los datos del mundo circundante, y el empeño en encontrar un vehículo de transposición que evitara tanto los riesgos del localismo exacerbado, como los del universalismo sin

mordientes nacionales o regionales.

El texto de Vallejo puede visualizar, de esta manera el ángulo divisor de una franja cronológica excepcionalmente rica en experiencias y en realizaciones. Antes de 1927, la constelación fundadora de la literatura latinoamericana contemporánea vivía, en una suerte de representación vicaria, el abigarrado proceso cultural de la post-guerra europea. En la proximidad de ese año, y en los años inmediatamente posteriores, ese proceso decanta, se interioriza, deja de ser el punto de llegada para convertirse, responsablemente, en el punto de partida de nuevas inserciones del discurso literario.

Los tres primeros libros de Roberto Arlt, *El juguete rabioso* (1926), *Los siete locos* (1929), y *Los lanzallamas* (1931), se inscriben en esta franja temporal, y aunque ello no implique presumir un tipo de comportamiento determinado, se convendrá en la ventaja de reconocer estas fechas como invariantes del código de lectura a utilizar.

2

Por generoso que se sea en el escrutinio, no puede llegar nunca al centenar el número de los jóvenes que asumieron los postulados y la difusión de la literatura de vanguardia en la Argentina de los años veinte. Provenían de medios sociales distintos; aspiraban a roles y funciones diferentes; teñían de muy diversa manera la opción del compromiso político. La literatura, sin embargo, pudo aglutinarlos en un nivel de comunicación privilegiado. La literatura, y, para ser más exactos, un conjunto heterogéneo de hechos que vinieron a favorecer ampliamente aquella tendencia aglutinadora.

En 1922, Alvear sucedía a Hipólito Yrigoyen en la presidencia de la República. Dentro de los perfiles caudalosamente populares del Partido Radical, el pasaje de Yrigoyen, el caudillo mítico, a Alvear, miembro de la aristocracia porteña, significó la eliminación de las resistencias y de la agresividad de los viejos grupos oligárquicos, y de los no tan viejos grupos de presión desbordados por los éxitos electorales del radicalismo. Se dieron así, en la práctica, nuevas reglas de juego capaces de sostener un relativo equilibrio de las tensiones sociales. La serie de conflictos que habían sacudido al país desde comienzos del siglo, y que habían alcanzado, paradójicamente, sus picos más altos durante el gobierno de Yrigoyen, disminuyeron apreciablemente bajo el mandato de Alvear. La situación económica, remontando las difíciles secuelas de una post-guerra que demoraba en recuperar los antiguos mercados, parecía asegurarse en los indicios de espectaculares cosechas de trigo y de maíz. Paz social; alentadoras expectativas de bienestar económico; derechos individuales discretamente garantizados por un Estado de raigambre liberal.

[2]

En este marco de excepción, los cauces institucionales de la literatura alcanzaron, asimismo, un crecimiento de excepción. La cerrada estructura de cenáculo, tal como pudo ejemplificarla *El Ateneo*, inaugurado en Buenos Aires en 1893; o la igualmente restringida de la bohemia de Café, según la muestra Manuel Gálvez en *El mal metafísico*, en 1916, no fue modificada sustancialmente en cuanto al número de sus componentes, pero sí en cuanto a la naturaleza de sus relaciones con un círculo de lectores y de espectadores desconocido hasta entonces. Los veinte mil ejemplares lanzados en algún momento por el periódico «*Martín Fierro*», o los no menos abultados tirajes de la revista «*Claridad*», los dos órganos representativos de la nueva generación literaria, indican un verdadero salto cuantitativo en comparación con la reducidísima audiencia ganada anteriormente por los grupos creadores y difundidores de la literatura nacional.^[3]

Parece probable que la adhesión de esos millares de lectores, que el gozoso descubrimiento de esa vasta caja de resonancia, refluyera en la consolidación de las funciones tradicionales de la institución literaria, afirmándola como estructura que se justifica a sí misma; como cuerpo administrador de valores específicos de prestigio; como regulador de consignas y de contraseñas para uso interno del grupo. La «vida literaria», para emplear los términos que mejor corresponden a los hábitos culturales de los países de habla latina, salió en esos años de la semi clandestinidad de los cenáculos. Se hizo bulliciosa, pedante, desinhibida hasta dar estado público a los problemas, las rencillas, las simples anécdotas protagonizadas por escritores o por personas allegadas al «ambiente» literario. Pero no dejó de intervenir en los sistemas de premios y de concursos oficiales, ni de fiscalizar las tablas de estimación en vigencia.

La atención dispensada al fenómeno global del lector estimuló así la cohesión del grupo, atemperando las diferencias estéticas e ideológicas que pugnaban por expresarse en su interior; volviendo difusas las fronteras entre sectores que pretendían, por otra parte, destacar las oposiciones; facilitando, bajo la cobertura de un común aire de camaradería, la colaboración alternativa, y hasta simultánea, en las revistas y publicaciones mejor calificadas de esos sectores.

La revista «*Proa*» (1922-1923; 1924-1926), y el ya citado periódico «*Martín Fierro*» (1924-1927), en sus núcleos de colaboradores con mayor carga de convicción, canalizaban la actitud experimental de la vanguardia. Con el antecedente inmediato del ultraísmo, difundido por Borges a su regreso de España, en 1921; la resurrección tardía del futurismo y las sugerencias del constructivismo cubista, poetas como Oliverio Girondo, González Lanuza y Brandán Caraffa, sentaron las bases para una nueva discusión sobre la naturaleza del lenguaje poético. En cambio, los más firmes colaboradores de «*Los pensadores*» (1924-1926), y de «*Claridad*» (1926-1941), sin negarse por completo a las incitaciones de esta discusión, se interesaban en el modo de convertir a la literatura en instrumento de las luchas sociales. El viejo anarquismo y las corrientes socialistas nacidas con el siglo, tendían ahora a resumirse

en el eco mundial de los acontecimientos vividos en Rusia.

En relación con estas diferencias, pudo hablarse entonces de una polémica generacional. Es cierto que los nombres de las calles porteñas *Florida* y *Boedo*, propuestos y aceptados rápidamente para reconocer las dos tendencias, llegaron a servir como fórmula de consumo interno para la jovial camaradería y la complicidad de los grupos supuestamente enfrentados. Pero es cierto también que más allá del deseo de algunos de sus integrantes, de exagerar o de disminuir los alcances de la polémica, ella existió en términos que autorizan a distinguir dos distintas maneras de asumir el hecho literario.^[4]

Curiosamente, durante los años en que esta polémica reclamaba la atención de los escritores y de su flamante público, entre los años 1924 y 1927, el nombre de Roberto Arlt apenas si aparece en el elenco de las revistas y de las publicaciones caracterizadoras de *Florida* o de *Boedo*. Se sabe que en 1925 ofició de secretario de Ricardo Güiraldes, en vísperas casi de la aparición de *Don Segundo Sombra*, y que en «*Proa*», la revista dirigida por el mismo Güiraldes y por Borges, adelantó algunos capítulos de su primer libro, *El juguete rabioso*. Esta vinculación, habida cuenta de los gustos literarios de Güiraldes y de su ascendiente sobre muchos de los cultores más entusiastas de la vanguardia, pudieran hacer pensar en una afinidad con las tendencias manifiestas en «*Proa*» o en el periódico «*Martín Fierro*». La vinculación, sin embargo, no parece haber sugerido otra reciprocidad que la del afecto personal. También frecuentó la amistad de escritores identificados con el grupo *Boedo*, y se sabe que anticipó, sin éxito, los originales de su primer libro a la casa editora de «*Claridad*». Tampoco en este caso, y a pesar de alguna ocasional colaboración en las revistas de *Boedo*, las relaciones personales parecen haber forzado una adhesión a las contundentes consignas sostenidas por los voceros del arte social.

Esta resistencia a integrarse en las actividades de grupo, tanto más singular cuanto que se ejerce en un momento en que las tendencias cohesivas se imponen como irresistiblemente contagiosas, libera algunas de las claves para la comprensión de la personalidad de Arlt, y para la explicación de la extrañeza que sus obras producen en el conjunto de la literatura argentina de esos años. Ni tocados por el gusto de la experimentación verbal, por el escrúpulo de la escritura artística, o por cierta disponibilidad lúdica para la elección de los temas, los primeros relatos de Arlt se desenganchan, asimismo, de las acuciantes presiones del compromiso ideológico, tal como lo entendían entonces los expositores más escuchados del socialismo.

De esta suma de exclusiones no debe inferirse, sin embargo, que aquellos relatos se generaran en un espacio impermeable. En la resistencia a la integración, el escritor parece menos dispuesto a arriesgar una chance de originalidad que a admitir un estado de perplejidad ante proposiciones sólo parcialmente satisfactorias. La mayoría de las que aportaban los habituales colaboradores de «*Proa*» y de «*Martín Fierro*» no tenían ya cabida en el universo de *El juguete rabioso*, cuyos borradores fueron escritos un poco antes del inicio de la controversia generacional. Otras, en cambio,

encontraron un apreciable grado de receptividad. Así, por ejemplo, la identificación de la literatura como una actividad en la que lo imaginario provee sus propias normas de significación. Así también la certeza de que la literatura posee una tradición específica (textos que anticipan, que comentan, que repiten otros textos), y dentro de la cual el escritor puede y debe manejarse con entera libertad.

La primera de las convicciones contradecía, desde luego, la concepción instrumental o auxiliar de la literatura, afirmada por los colaboradores de «*Claridad*». Pero esta contradicción, a su vez, no pareció suficiente para negar las afinidades del narrador con algunas de las orientaciones básicas de esa literatura militante. Como Castelnuovo, como Barletta, como Mariani, sus más resueltos cultores, Arlt anhelaba que el lector de *El juguete rabioso* (como después el de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*), se reconociera en los personajes de la fábula, oyera su misma lengua, corroborara su propio paisaje cotidiano. Y es en esta común voluntad de realismo, precisamente, donde se manifiesta la mayor aproximación, y también la mayor distancia entre Roberto Arlt y los otros escritores del grupo *Boedo*.

Uno de ellos, Elías Castelnuovo, fue, probablemente, el primero en marcar distingos dentro de la concepción general del realismo literario, señalando la supervivencia anacrónica de ciertos procedimientos, y proponiendo, de hecho, la revisión de las funciones inherentes a esos procedimientos.

En 1923 publicó *Notas de un literato naturalista*, un relato que muestra, con gruesas concesiones a los efectos paródicos, los empeños de un escritor por cubrir las exigencias del realismo naturalista. Puesto a encontrar un objeto digno de la escuela ilustrada por Zola, el protagonista lo halla en el registro de todos los datos relativos a la operación quirúrgica a que será sometida una hermana. El presunto narrador acumula entonces los antecedentes indicados por las preceptivas al uso: «Un novelista... trabaja sus novelas como un agricultor trabaja el campo de su cosecha... Yo no me siento nunca a la mesa de trabajo, como algunos, con las manos vacías, a diestra y siniestra tengo pilas de materiales, cajones de notas, esquemas en latas, barricas de apuntes obtenidos para mayor exactitud con el pantógrafo»^[5]. Observa luego a la paciente; sigue paso a paso, sin perdonar detalle, la evolución de sus estados físico y anímico. Cuando la novela-documento está terminada, el narrador se entera por boca del médico de que nunca se llevó a cabo la intervención quirúrgica anunciada. La salud de la paciente la había vuelto innecesaria.

El desenfado con que Castelnuovo ridiculiza los recursos estereotipados del naturalismo y la reducción tendenciosa de su círculo de percepción de la realidad, no tenía otros destinatarios que los muy demorados epígonos de la escuela. Parecía casi una batalla contra los molinos de viento. Contra toda lógica, sin embargo, en el mismo año, Castelnuovo publica *Tinieblas*, un relato que admite cómodamente la caracterización de relato naturalista, y que fija, de alguna manera, el módulo de toda su producción posterior. La rápida conversión de la actitud crítica adelantada en *Notas de un literato naturalista* debe traducirse como el reconocimiento del fracaso

en la sustitución de la doctrina del realismo que venía de impugnar, por otra diferente. Fracaso que Castelnuovo no debió sentir, tal vez, como limitativo de su proyecto de narrador. En este proyecto, la respuesta del lector tendía a ser asegurada por vía emocional, despertando directos sentimientos de compasión, de piedad, por los hombres y mujeres explotados, perseguidos, acorralados por la enfermedad o la miseria. Y para este proyecto, muchos de los recursos del naturalismo podían recuperarse, con la sola precaución de poner entre paréntesis la doctrina en la que estaban inspirados.

Roberto Mariani, por su parte, al reflexionar sobre la voluntad de realismo, sobreentendida y asimilada siempre a la voluntad de producir una literatura social, coincide con Castelnuovo en su primera condena a los excesos naturalistas, pero más confiado que éste en la posibilidad de nuevas formulaciones, trata de incorporar a la concepción del realismo el aporte de recién estrenadas disciplinas y métodos de conocimiento.

En un texto escrito en 1927 para la *Exposición de la actual poesía argentina*,^[6] luego de razonar sus convicciones sobre la existencia de una polémica generacional, sintetiza los términos de oposición entre los escritores del grupo *Florida* y los de *Boedo*. Desplegando un juego de contrarios que simula sus exageraciones por el afán didáctico, Mariani contrapone la vanguardia a la izquierda; «*Martín Fierro*» y «*Proa*» a «*Claridad*» y «*Los pensadores*»; el gusto por la greguería a la elección del cuento y la novela; Gómez de la Serna a Dostoiewski; el ultraísmo al realismo. Y a propósito del realismo:

«Aceptemos el término *realismo* a falta de otro más exacto y preciso, y a ver si nos entendemos. Solamente discutiendo con mala fe se explican los nombres de Zola y de Gálvez que se nos arrojó con afrenta. El realismo en literatura ha superado a Zola, y se ha desprendido de incómodas compañías (de la sociología, principalmente, y de la tesis y de los objetivos moralizadores) al mismo tiempo que se desarrollaba vigorosamente con aportes nuevos o rejuvenecidos, como el subconsciente». «Nuestro realismo —agrega Mariani—, no es tendencioso; de modo que reivindicamos la pureza de nuestro arte. Lo que hay es que a nuestro arte no lo independizamos del hombre; es su producto como la voz de la boca; y así como la voz dice tristeza o alegría, exaltación lírica o pesadumbre derrotista, del mismo modo nuestro arte expresa nuestras ideas y sentimientos. Tenemos una interpretación seria, trascendental del arte».

Esta suerte de prematuro *realismo sin fronteras*,^[7] se ofrecía así despojado de toda indicación sobre los procedimientos a seguir, y se recortaba sobre la aceptación de certidumbres últimas e incontrovertibles. Presuponía la confianza en calificaciones como las de «serio» y «trascendente» para legitimar un arte que calificaba, a su vez, una concepción del hombre adecuada a la dimensión de esos registros. Se desechaba la sociología, pero la moral —reconocida ahora como ideología— retornaba en esos registros jerarquizando las relaciones entre los hombres y las cosas, explicando,

juzgando, concediendo por anticipado una piadosa comprensión para todos aquellos destinos impedidos de alcanzar la plenitud potencial de sus desarrollos.

En *Cuentos de oficina* (1925), Mariani había compulsado ya su particular visión del realismo. Ninguna apelación aquí al tremendismo naturalista; ningún recurso a las comprobaciones sociológicas; nada que recuerde las truculencias de Castelnuovo ni su espeso marco referencial. Nada, por lo demás, que sugiera la incorporación de nuevas disciplinas del conocimiento, como las relativas a la exploración del subconsciente. Mariani se atiene a marcar en estos relatos la distancia entre lo que los personajes son, y lo que los personajes podrán ser cuando la resistencia de las cosas, la opacidad del mundo, la injusticia, sean debidamente despejadas. Esos héroes, indiferenciados y grises, transitan la realidad como el escenario de un purgatorio menor; apagan los conflictos antes de que estallen; saben, en el secreto que les transmite la guía omnipresente del relator, que la Historia ganará por ellos la carta del triunfo final.

3

En *El juguete rabioso*, la voluntad de realismo se reconoce en notorias coincidencias con los relatos de Castelnuovo y de Mariani.

Las convenciones de lo verosímil literario, como se sabe, buscaron siempre persuadir sobre la credibilidad de lo enunciado en un texto. Movilizaron para ello el procedimiento de privilegiar las notaciones particulares y los recursos de la descripción, de modo que en un cierto nivel de lectura se absorbieran esas señales como información, y como información susceptible de ser confrontada con un referente histórico-cultural determinado. Estas convenciones, de variada fluencia en la tradición retórica de Occidente, fueron recuperadas y recortadas por la corriente narrativa que surge en Europa entre la tercera y la cuarta década del siglo diecinueve. El público ganado a la literatura en las nuevas sociedades industriales, gustó de reconocer su imagen y la de los acontecimientos que ocurrían a su alrededor, en un género que se avenía a emplear los métodos de observación y de análisis aplicados por la ciencia y acreditados por los logros de la naciente tecnología. El enorme apoyo y la confianza otorgadas a este modo de representación, contribuyeron a consolidar un estatuto estético, una categoría de lo verosímil restringida a la ficción en prosa y a sus propias leyes de producción.^[8]

Después de Zola, y de los denodados esfuerzos de sus epígonos por prorrogar la vigencia del espacio narrativo abierto y pautado por las obras de Balzac, más allá de la vigencia de los grupos sociales y del horizonte ideológico que le dieran origen, esta variante del ilusionismo realista tendía a alimentarse en mecanismos de repetición y de inercia. En este juego de persistencias, la impregnación de los módulos del realismo decimonónico alcanzaron tanto a *Tinieblas* y *Cuentos de oficina* como a *El*

juguete rabioso. Y esto, desde luego, al margen de los mensajes introducidos, y prácticamente desglosables, de los dos primeros relatos.

Silvio Astier, el protagonista de *El juguete rabioso*, articula el relato. La identificación entre el narrador y lo narrado, procedimiento habitual en las llamadas novelas de aprendizaje, aumenta considerablemente el efecto de realidad y de hecho, segrega suficiente información como para situar el desarrollo de la fábula en términos que vuelvan aceptable su verosimilitud.

Silvio Astier es así un adolescente y después un joven, nacido y criado en los estratos inferiores de la clase media de Buenos Aires, en un tiempo paralelo al de la emisión del relato. A través del relato se nos revela con apreciable transparencia el comportamiento de un sector social determinado, y se nos ofrece el caudal de indicios necesarias como para que los soportes de la ficción impresionen como equivalentes a los soportes del mundo real. Sin embargo, desde el arranque mismo del relato, se advierte que ese esfuerzo de credibilidad es empujado hacia límites que no son ya los que provienen de una presencia simple y directa del marco referencial:

«Cuando yo tenía catorce años me inicié en los deleites y afanes de la literatura bandoleresca un viejo zapatero andaluz que tenía un comercio de remendón junto a una ferretería de fachada verde y blanca, en el zaguán de una casa antigua en la calle Rivadavia entre Sud América y Bolivia.

»Decoraban el frente del cuchitril las policromas carátulas de los cuadernillos que narraban las aventuras de Monbars el Pirata y de Wenongo el Mohicano.

»... Días después Irzubeta lucía un flamante fusil de aire comprimido que vendió a un ropavejero de la calle Reconquista. Esto sucedía en los tiempos en que el esforzado Bonnot y el valerosísimo Valet aterrorizaban a París.

»Yo ya había leído los cuarenta y tantos tomos que el vizconde de Ponson du Terrail escribiera acerca del hijo adoptivo de mamá Fipart, el admirable Rocambole, y aspiraba a ser un bandido de la alta escuela».^[9]

La invocación del horizonte imaginario del héroe se convierte en una incorporación efectiva del horizonte imaginario a su mundo. Es una incorporación que actúa, generando buena parte de las peripecias que acontecen al héroe. Y que actúa, no como mero plano de confrontación y de distancia, sino como un plano distorsionante de las supuestas correspondencias con el mundo real del lector: *esto sucedía por los tiempos en que el esforzado Bonnot y el valerosísimo Valet aterrorizaban a París*.

A través de lo imaginario, por último, el héroe expresa su radical incomodidad con aquellos signos que le son impuestos por la réplica del mundo real instalada en el relato. El robo, como transgresión deliberada, será una de las formas que asume esa incomodidad. Por el robo, ejercido como juego, como aventura lúdica, Silvio Astier descubre y denuncia la sórdida relación entre dinero y trabajo, entre dinero y expropiación del trabajo alienado.

Otras de las formas de la incomodidad encarnará en las veleidades de inventor

declaradas por el héroe. Por su capacidad inventiva, Silvio Astier descubre y denuncia el anquilosamiento y la rigidez de las estructuras que sostienen su mundo.

Por la traición, finalmente, por el acto gratuito de traición que comete al entregar a su cómplice, sin recompensa ni motivación aparente que lo explique, es decir, por un acto que se ejerce fuera de los rótulos adjudicados a una conducta verosímil, descubre y denuncia la soledad, el aislamiento al que sentía inexorablemente condenado:

«—¿Pero usted había previsto que algún día llegaría a ser como Judas?

»—No, pero ahora estoy tranquilo. Iré por la vida como si fuera un muerto. Así veo la vida, como un gran desierto amarillo».

4

La aceptación de las convenciones del realismo tradicional, y, al mismo tiempo, la modificación impresa a las mismas como síntoma de una incomodidad radical con el mundo significado por esas convenciones, persisten como factores de estructuración en *Los siete locos*, y en su continuación, *Los lanzallamas*.

El relato deja ahora de ser guiado por la voz del narrador, en primera persona, como en *El juguete rabioso*, para ser conducido en una tercera persona que facilita un más amplio registro y agrega el previsible efecto de objetividad. Un Comentador, sin embargo, controla el desarrollo de diversas situaciones, y cumple una función que no había sido cubierta en *El juguete rabioso*.

En la primera novela de Arlt, los desajustes del protagonista con los signos de la realidad, no alcanzaban a conmover su confianza en la vigencia de esos signos. De ahí que el relato de su vida se propusiera como absolutamente creíble. En *Los siete locos* y en *Los lanzallamas*, en cambio, la conciencia de ese desajuste alcanza hasta el punto de corroer la certidumbre en la vigencia de esos signos. La función del Comentador es precisamente, la de acentuar desde un espacio exterior al relato, un aire de sospecha sobre la veracidad de las peripecias contadas. Los héroes se vuelven ambiguos. Pueden y no pueden ser responsables de ciertos gestos y de ciertas palabras; conocen y no conocen el sentido de sus actos; desean y no desean cambiar la realidad.

Esta demarcación del héroe ambiguo (una de las pautas que indican el nacimiento de la narrativa contemporánea),^[10] no se da, por cierto, sin notorios desniveles de ejecución; como si el descubrimiento de esos rasgos hubiera surgido en el proceso mismo de la escritura, sin fuerza de iluminación todavía para modificar ciertas prefiguraciones, ciertos perfiles que vendrían de un proyecto anterior, y que se habrían mantenido, de esta manera, incólumes.^[11]

De los personajes que asumen roles protagónicos en *Los siete locos* y en *Los lanzallamas*, Erdosain, Barsut, Haffner, Bromberg, el Astrólogo, Hipólita, el primero

es el que menos soporta el juicio de ambigüedad. Es un héroe contradictorio pero neto, prefigurado sin duda en el mismo proyecto que diera consistencia a Silvio Astier. Como Astier, Erdosain incorpora lo imaginario como una forma de rechazo de los signos de la realidad que le son impuestos. Como Astier desenmascara, a través del robo, la significación del dinero; y a través de su singular oficio de inventor expresa el repudio por las estructuras esclerosadas del mundo en el que vive. Nacido y criado también en los estratos inferiores de la pequeña clase media de Buenos Aires, registra los mismos ambientes; internaliza la misma escala de valores; se comunica con idéntico lenguaje; acude a la práctica de parecidos actos gratuitos; siente la amenaza y la condena de una soledad presentida ya por Astier:

«—El alma de nuestros semejantes es más dura que una plancha de acero endurecido. Cuando alguien te diga: he entendido lo que usted me dice, no te ha entendido. Esta persona confunde lo que en la superficie de su alma se refleja con la penetración de la imagen en el alma. Es lo mismo que una plancha de acero endurecida. Espeja en su superficie pulimentada las cosas que la rodean, pero la sustancia de las cosas no puede penetrar en ella...» (*Los lanzallamas*).

Las diferencias son de grado, y buscan ganar para Erdosain una mayor riqueza de matices. El mundo contingente de Erdosain es más variado; a su mundo imaginario, coloreado por las ya conocidas aventuras de Rocambole, se agrega ahora la avasalladora presencia de Dostoiewski. Mundo de libros; mundo de asociaciones imprevisibles. Dostoiewski aporta a Erdosain un mecanismo apenas vislumbrado por Astier: la humillación. Erdosain es, fundamentalmente, un humillado. El desajuste entre sus aspiraciones y las respuestas que recibe de los signos de la realidad, se traduce siempre en humillación. Pero el mecanismo de la humillación no actúa en un circuito cerrado de estímulo-respuesta; no se limita a comentar la diversa gama de desajustes padecidos. El mecanismo de la humillación se alimenta a sí mismo en fantasías perversas; finge situaciones intolerables; convoca la constelación temática de un sexo lacerado por las prácticas de una sociedad represiva. La humillación se convierte así en una suerte de instancia metafísica; en un Destino del que sólo será posible escapar con la muerte.^[12]

El inevitable suicidio de Erdosain, reservado a las páginas finales de *Los lanzallamas*, vendrá a cerrar de manera clásica la figura del héroe. Es la señal cierta de su fracaso; el desenlace de su desigual conflicto. Y también la aceptación de un determinado comportamiento de los signos de la realidad.

Si como el de Silvio Astier, el prefigurado proyecto de Erdosain ocupara la totalidad del espacio exigido por *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, estos relatos no habrían avanzado en nada sobre la concepción y la realización de *El juguete rabioso*. Pero ese espacio fue ocupado también por otros héroes y otras peripecias menos comprometidas con los esquemas tradicionales de percepción. Siguen otros desarrollos, y tienen suficiente fuerza de gravitación como para reclamar un orden de lectura propio.

Parece evidente, en efecto, que el orden de lectura sugerido por la disposición y la magnitud de los materiales movilizados, pasa por Erdosain. Otro orden de lectura, no sugerido pero asimismo coherente, partiría, en cambio, del personaje del Astrólogo y elegiría como eje de configuración significativa la constitución y el funcionamiento de la Sociedad Secreta dirigida por éste.

El Astrólogo, a diferencia de Erdosain, es un héroe ambiguo, sin perfiles. No se emplean sobre él los signos que permitan reconstruir el simulacro de la realidad de donde proviene. La ciudad de Buenos Aires, tan claramente indicadora de la densidad del mundo real en Erdosain, es sólo un vago mapa de sus desplazamientos. Ni origen social, ni oficio, ni historia. Puede impresionar sucesivamente como estafalario, como farsante, como pintoresco, como seductor:

«Barsut sonrió imperceptiblemente. Aquel hombre hablando del Elegido con su oreja arrellanada, su melena hirsuta y delantal de carpintero le causaba una impresión irónica, indefinible. ¿Hasta qué punto fingía aquel bribón? Y lo curioso es que no podía irritarse contra él, lo dominaba del hombre una sensación imprecisa, lo que le decía no era inesperado, sino que hasta parecía haber escuchado aquellas frases, con el mismo tono de voz, en otra circunstancia distante, como perdida en el gris paisaje de un sueño». (*Los siete locos*).

El Astrólogo ha fundado una Sociedad Secreta, inspirada en cualquiera de las centenares que pulularon en los años que precedieron a la primera Gran Guerra; o en la que propuso el bandido árabe Maimun a comienzos del siglo noveno; o en los estatutos del Ku-Klux-Klan; o en el modelo marcadamente irónico que ofrece Dostoiewski en *Los endemoniados*.

La variedad y la disparidad de estos antecedentes se corresponde con los confusos objetivos y con los contradictorios medios declarados por el Astrólogo. Por momentos, la Sociedad Secreta parece encauzar un sentimiento ciegamente anárquico; una furia irracional dirigida a la destrucción física del mundo. Por momentos, parece sugerir una administración fría y programada de la violencia, como una única herramienta capaz de liberar al hombre de las inicuas ataduras de su historia. Y también por momentos parece el pequeño negocio de una banda de picaros decidida a explotar la estupidez de sus semejantes. Para cada una de estas propuestas, el Astrólogo encontrará argumentos extraídos de la crónica contemporánea. Y para cada uno de estos argumentos, las figuras capaces de aportar una decisiva cuota emocional: Henry Ford, Lenin, Mussolini, Morgan o Al Capone.

El Astrólogo habla, y la proyección plasmadora de sus discursos se refracta en las expectativas de sus primeros prosélitos: Haffner, el Rufián Melancólico, antiguo profesor de matemáticas, desencantado de la vida, rufián; Erdosain, oscuro oficinista, marido fracasado, inventor fracasado; Bromberg, el Hombre que vio a la Partera, delincuente menor, perseguido por la mala suerte y por extrañas obsesiones; el Buscador de Oro, aventurero, empujado a la soledad de los desiertos por la opresión de las grandes ciudades; Hipólita, la Coja, convertida en ama de casa luego de ser

empleada de servicio doméstico, repudiada por su origen.

En el espacio particular de la Sociedad Secreta, la representación asumida por el Astrólogo y sus interlocutores, se ofrece tan saturada de signos alusivos al comportamiento de un estrato social,^[13] que su condición de personajes, recortada en principio en un nivel de individualidad verosímil, tiende a deslizarse hacia una formulación de carácter alegórico. También los dos curiosos que asisten a algunas de las reuniones de la Sociedad Secreta, el Mayor y el Abogado, se despojan de su individualidad para tomar la representación de instituciones o de clases sociales. El Mayor es el Ejército, atento, como institución, a las evoluciones del fermento ideológico y a las posibilidades operativas que se exponen en los encuentros de los presuntos revolucionarios. El Abogado es «la sociedad normal», es decir, la burguesía estabilizada que escucha con horror las maquinaciones del Astrólogo, y que termina por abofetearlo en un instintivo gesto de auto defensa.

La tendencia alegorizante es favorecida, desde luego, por la imposición de algunos apodos dotados de una carga de sugestión suficiente como para postergar y hasta para fagocitar el nombre de los personajes. *El Astrólogo* es llamado sólo dos veces por su nombre; *El Buscador de Oro*, nunca. *El Rufián Melancólico* desplaza a Haffner; *La Coja* a Hipólita; *El Hombre que vio a la Partera* a Bromberg. En el punto de condensación de esta tendencia, el episodio en el que el Astrólogo saca cinco muñecos de una caja, encuentra su natural iluminación:

«Trabajaba entusiasmado. Cuando hubo acollarado la garganta de los muñecos con piolines que recortaba de mayor a menor, los llevó hasta el rincón, amarrándolos con la soga. Terminada su obra, quedóse contemplándola. Los cinco fantoches ahorcados movían sus sombras de capuchón en el muro rosado.

»... —Vos, pierrot, sos Erdosain; vos, gordo, sos el Buscador de Oro; vos, clown, sos el Rufián; y vos, negro, sos Alfón (el Hombre que vio a la Partera). Estamos de acuerdo.

»Terminada su arenga, separó el baúl de Barsut del muro, y colocándolo frente a los muñecos sentóse ante ellos. Y así comenzó un diálogo silencioso, cuyas preguntas partían de él, recibiendo en su interior la respuesta cuando fijaba la mirada en el fantoche interrogado». (*Los siete locos*).

El deslizamiento alegórico podría haber convertido todas las secuencias relativas a la Sociedad Secreta en un Retablo, en un Teatro del Mundo, sino fuera por el contrapeso de recursos irreductibles a aquella tendencia. Uno de estos recursos, ya mencionado, deduce del campo de la información periodística, la certidumbre de que los estados de ánimo o las especulaciones de los miembros de la Sociedad Secreta existen, bullen, son pertinentes. El exceso de abstracción que supone el rasgo alegórico se diluye de esta manera en la inmediatez cálida de la noticia, ese mito que los medios de comunicación tienden a convertir en expresión unívoca y excluyente de la realidad.

Otro recurso proviene de una apelación casi abusiva a una de las más sólidas

convenciones del realismo tradicional: la descripción de un hecho, de una circunstancia, de un objeto conocido. En *Los lanzallamas*, más de dos mil palabras empleadas en el capítulo en el que se describe la instalación de la fábrica de fosgeno merecen el calificativo de abusiva apelación a este instrumento del ilusionismo realista. La reproducción fotográfica de un plano de la fábrica; la transcripción de un juicio del Mariscal Foch sobre los efectos comprobados del gas; el informe sobre el empleo de gases letales en el transcurso de la primera guerra mundial; el desarrollo de la fórmula de composición del fosgeno, y el análisis de los procedimientos para obtener el gas, son parte de una pieza de convicción en la que interviene la posibilidad de que el lector ratifique la existencia del hecho (información periodística, manuales de química, enciclopedias), y desprenda de este efecto de realidad la capacidad de proponer como reales, o si se prefiere, como verosímiles, otros hechos y circunstancias incluidos en el relato.

También opera como factor disolvente de las líneas alegóricas condensadas en el núcleo de la Sociedad Secreta, el diferente rol que algunos de sus miembros asumen en secuencias distintas del relato, y el pasaje, por la Sociedad Secreta, de personajes que no se integran efectivamente a la misma. Entre los segundos está Barsut, cuyo secuestro y fingido asesinato introduce larvadamente tópicos del relato policial, y Ergueta, el marido de Hipólita, portador de extravagantes comentarios sobre la pérdida de la fe en el mundo contemporáneo. Entre los primeros están el propio Erdosain, marcado, sin duda, por las incidencias de la célula de conspiradores, pero ejecutor de un destino encabalgado en actos que exceden o se marginan de los específicamente constituyentes de la Sociedad Secreta. Haffner, que exhibe su tedio en las reuniones clandestinas del grupo, pero que es restituido, con la muerte, a su propio universo de rufianes y de proxenetas. Hipólita, la Coja, la Ramera de los libros sagrados, que viene de su matrimonio con Ergueta y de una dolorosa memoria de frustraciones para unirse con el Astrólogo, en una sorprendente y casi desapercibida fuga final.

Esta fuga, relatada por el Comentador, deja abierta la historia de la Sociedad Secreta en el punto, precisamente, en que se cierran todas aquellas historias particulares que habían servido sólo de sustento parcial a la intriga de la conspiración terrorista. En el Epílogo, el Comentador parece reasumir las funciones del narrador omnisciente de la novela tradicional y registra los últimos actos de los héroes de la fábula; actos que requieren, por esa misma condición, el arbitrio de un relator colocado fuera y por encima de los sucesos narrados. El Comentador, sin embargo, deja sin control las acciones finales del Astrólogo, fundador de la Sociedad Secreta, y las de Hipólita, un personaje que se descubre en la decisión misma de la fuga. En el término de *Los lanzallamas*, esta segunda función del Comentador contrasta con las seguridades de un realismo triunfal:

«Hipólita y el Astrólogo no han sido hallados por la policía. Numerosas veces se anticipó la noticia de que serían detenidos “de un momento a otro”. Ha pasado ya

más de un año y no se ha encontrado el más mínimo indicio que permita sospechar dónde puedan haberse refugiado.

»De doña Ignacia, la dueña de la pensión donde vivió Erdosain, subsiste una pobre vieja que mientras vigila las cacerolas del fuego enjuga candentes lágrimas que le corren por la nariz con la punta del delantal».

Los dos órdenes de lectura indicados con anterioridad, se legitiman respectivamente en el pasaje transcrito. El orden que pasa por la historia de Erdosain (una historia enriquecida por la incorporación de elementos imaginarios, pero tributaria, todavía, del método de la observación y del cultivo de las situaciones verosímiles), puede concluir entre las cacerolas y entre las lágrimas que una anciana enjuga con la punta del delantal. Se trata, al fin y al cabo, de un orden de ratificaciones. En cambio, el orden que pasa por la historia del Astrólogo y levanta la poderosa metáfora de la Sociedad Secreta, es un orden de flancos abiertos. Ha proclamado la ambigüedad. Ha sembrado la desconfianza (no la negación) en las posibilidades de conocimiento y de enjuiciamiento del mundo real. Y de esta desconfianza y de aquella ambigüedad deduce el gesto que le impide fijarse una clausura.

Los siete locos y *Los lanzallamas* admiten, por supuesto, otras lecturas. Las aquí señaladas procuran llamar la atención, fundamentalmente, sobre los puntos de contacto y los puntos de ruptura de ambos textos con la narrativa argentina contemporánea.

5

Por lo que se sabe, Roberto Arlt tuvo sobrada conciencia de la originalidad de su trabajo de escritor, y sobrada arrogancia para los que no querían o no podían seguirlo en la estimación de sus resultados. Sin embargo, su instalación en una franja social y cultural sacudida por códigos fuertemente contradictorios, le retaceó el manejo lúcido de sus propios recursos, y le impuso un escenario en el que debía representar una inacabable batalla con fantasmas. El fantasma de la escritura artística, del estilo, fue, probablemente, el que lo acosó con mayor asiduidad y malicia; el que lo obligó a desarrollar el más enérgico espíritu de defensa; y el que lo distrajo, por último, de las reflexiones que mejor convenían a su proyecto de narrador.

El concepto de estilo, casi sofocado en los comienzos de la década del veinte por la fácil garrullería de la prosa periodística, y por la no menos fácil dicción de los narradores costumbristas y realistas, sobrevivía, de todas maneras, en las algunas resonancias de la tradición consagrada por los poetas y los prosistas del modernismo. Sobre esta tradición particular aplicaron su crítica, sin esfuerzo, muchos de los jóvenes atraídos por las propuestas experimentales de la vanguardia. No encontraron nada de rescatable entre los rezagos de aquella vasta empresa literaria, salvo,

justamente, el concepto mismo de escritura artística, de estilo.

En una encuesta abierta por la revista *Nosotros*, en 1923, algunos de esos jóvenes mostraban estar ya convencidos de que el dominio del lenguaje y su instrumentación estética eran determinaciones inherentes y hasta previas a la realización de la obra literaria. Córdoba Iturburu iniciaba su respuesta con una breve referencia histórica: «Después de los publicistas del siglo pasado, que anotaron rápidas improvisaciones al margen de actividades ajenas al propósito artístico, las nuevas generaciones afrontan, por fin, el profesionalismo literario, y las cosas del espíritu asumen la importancia que, aunque se merecen, no tuvieron antes... Yo pienso que el Arte ha de ser desnudez intelectual y emotiva y que la originalidad de la obra debe surgir naturalmente de la originalidad sustancial de cada uno. Mis manos, sin embargo, no desdeñan el trabajo paciente que afina y pule el oro de la tierra».^[14]

Borges reafirmaba ese secreto orgullo artesanal: «En lo que atañe a la lírica, hermánanme con un conjunto de poetas la tendencia ultraísta, ya por mí vastamente voceada y apuntalada en teorías. Acerca de la prosa, estoy más solo. Confieso mi dilección por la sintaxis clásica y las frases complejas como ejércitos: antiguallas que a pesar de su riguroso esplendor, son reverencia de pocos».^[15]

Y hasta el poeta Nicolás Olivari, profundamente conmovido entonces por la literatura rusa, y seguro de las posibilidades del realismo como expresión de la literatura social, cree necesario deslindar: «Hay varios amigos que comparten conmigo la admiración y el amor apasionado hacia la literatura rusa. Esto puede ser una orientación en cierto sentido, sobre todo en un concepto realista de la literatura como expresión social. Pero con todo, esta pregunta de la encuesta es muy compleja. A más de la preferencia hacia el realismo hay otra orientación puramente estética, un culto formal, un cariño, un poco desmedido, por la suntuosa belleza estilística. Nuestro rico y armonioso castellano tiene la culpa».

El que esta valoración de la escritura artística retomara antiguos cauces de la tradición literaria, y el que esta valoración se correspondiera de más en más con las instituciones y con los órganos que representaban la cultura oficial en la Argentina, incidieron de hecho, en la demarcación de un enojoso territorio de marginalidad en el que se situaba a los escritores sospechosos de un manejo insuficientemente depurado de su instrumento profesional.

Arlt, sensible como fue a toda clase de exclusiones, pareció serlo particularmente con ésta que venía a provocarlo en su propio reducto, y respondió con acritud a las observaciones bienintencionadas, a los silencios malintencionados y al contenido desdén de algunos críticos de sus primeras obras.

Al aparecer *Los siete locos*, el comentarista del diario *La Nación* concluía después de algunos juicios ostensiblemente corteses: «Simple y sencillo, el estilo de Arlt es el legítimo complemento de sus dotes de psicólogo, y así, jamás tiende a interesar por la brillantez del relato sino por la emoción misma que fluye de los acontecimientos». (8-XII-1929).

Sin gastos de ironía, otros críticos mencionaron directamente el mal gusto del autor, y las inseguridades de su oficio de narrador. Entonces, en el prólogo de *Los lanzallamas*, Arlt intentó explicarse y explicar:

«Con *Los lanzallamas* finaliza la novela *Los siete locos*. Estoy contento de haber tenido la voluntad de trabajar, en condiciones bastante desfavorables, para dar fin a una obra que exigía soledad y recogimiento. Escribí siempre en redacciones estrepitosas, acosado por la obligación de la columna cotidiana.

»... Pasando a otra cosa: se dice de mí que escribo mal. Es posible. De cualquier manera, no tendría dificultad en citar a numerosa gente que escribe bien y a quienes únicamente leen correctos miembros de sus familias.

»Para hacer estilo son necesarias comodidades, rentas, vida holgada...

»Me atrae ardientemente la belleza. ¡Cuántas veces he deseado trabajar una novela que, como las de Flaubert, se compusiera de panorámicos lienzos...! Mas hoy, entre los ruidos de un edificio social que se desmorona inevitablemente, no es posible pensar en bordados...

»De cualquier manera, como primera providencia he resuelto no enviar ninguna obra mía a la sección de crítica literaria de los periódicos. ¿Con qué objeto? Para que un señor enfático, entre el estorbo de dos llamadas telefónicas escriba para satisfacción de las personas honorables:

»“El señor Roberto Arlt persiste aferrado a un realismo de pésimo gusto, etc., etc.”.

»No, no y no.

»Han pasado esos tiempos. El futuro es nuestro, por prepotencia de trabajo. Crearemos nuestra literatura, no conversando continuamente de literatura, sino escribiendo en orgullosa soledad libros que encierran la violencia de un *cross* a la mandíbula».

Este texto, tomado desde entonces como bandera por muchos escritores que padecieron o que se sintieron identificados con un destino semejante al de Arlt, propone diversas acotaciones. Una es la de que Arlt estableció, con toda claridad, la relación entre ocio y estilo; entre estilo y propiedad de marca de una mercancía; entre estilo y valor de cambio agregado a un objeto. Admitido el circuito de consumo de la literatura como un circuito de mercado, el valor del libro estará regulado por la mayor o menor cantidad de excedente de trabajo empleado sobre él.^[16] Otra inferencia es la de que este esfuerzo de explicación no supera sus propios términos porque, notoriamente, el valor del estilo sigue sobreentendido en ese deseo secreto de producir alguna vez una novela como las de Flaubert. La compulsión del trabajo asalariado y los ruidos de un edificio social que se desmorona se invocan aquí como justificación de la ausencia de una escritura artística. Arlt hace suyos los juicios de valor esgrimidos por sus críticos y se dirige a ellos para explicarse. Y se dirige también, por separado, a aquellos escritores que en la soledad (es decir, en la marginalidad resuelta por los vigías de la literatura oficial), escribían, como él, para el

futuro.

Como en un tablero de comando en el que todas las conexiones de control fueran prendidas al mismo tiempo, el prólogo de *Los lanzallamas* revela la situación del escritor en el centro de su sistema de producción y en cada una de sus complejas relaciones de dependencia. Tocado por la dureza exterior de la crítica, el sistema se vuelve transparente y nos muestra al creador de fábulas amarrado a la máquina de escribir como Prometeo a la roca; devorado por el periodismo; muerto y vuelto a renacer en un inabarcable océano de palabras. Nos lo muestra escindido entre los sentimientos de omnipotencia y de fracaso; entre la soledad a que lo arrojaban los críticos estetizantes, y el fervor con que lo acompañaban los lectores anónimos. Prisionero de juicios de valor a los que, sin embargo, buscaba desmitificar en sus fábulas. Decidido a enfrentar sus propias contradicciones y las contradicciones del mundo al que se sentía pertenecer con un único ademán de violencia. Y sabedor, acaso, de que ese ademán se había paralizado en el momento mismo de anunciarse.

En efecto, con *El amor brujo* (1932), cuya aparición inmediata se anticipa en el citado prólogo de *Los lanzallamas*, y con algunos de los cuentos recogidos en *El jorobadito* (1933), se cierra el ciclo iniciado en *El juguete rabioso*, en 1926. El ciclo dominado, precisamente, por la concepción de una literatura «con la violencia de un cross a la mandíbula».

El traje del fantasma, uno de los relatos incluidos en *El jorobadito*, resume la modificación de procedimientos y el cambio de objetivos de un nuevo modo de narrar. Gustavo Baer, el protagonista del relato, introduce en un largo monólogo el registro de fantásticas y enredadas peripecias personales. El propósito funcional del relato, admitido en una nota aclaratoria del autor, es el de exponer un caso de locura simulada. La reflexión sobre el vulnerable deslinde que separa la razón de la locura no aparece imbricada, sin embargo, ni se desprende de la conducta del personaje o de su inserción en los distintos acontecimientos que narra. Las peripecias son o quieren ser interesantes en sí mismas; los escenarios buscan imponerse por su singularidad; las situaciones por su sortilegio. En otras palabras: lo imaginario, incorporado en los anteriores relatos de Arlt como una fuerza interior con la que los personajes contaban para expresar su desasosiego, su incomodidad con el mundo, es utilizado ahora como una fuerza que reclama una consideración aparentemente autónoma. Y así, las tierras que conoce Gustavo Baer, la Ciudad de las orillas, Las siete jovencitas, los hijos de las Tierras Verdes, la calle del Azafrán y la de los Pescadores de Plata, lucen y se agotan en su propia presentación; no son remitidos a un contexto social en cuyo espesor pudieran triturarse o abrir un hueco de desesperadas compensaciones; no vehiculizan ninguna relación de conflicto; no marcan ningún destino.

Con un débil pretexto argumental, lo imaginario, servido por un lenguaje en el que no por casualidad restalla a veces «cierta suntuosidad del estilo», se emancipa de la originaria voluntad de realismo. *La luna roja*, en este mismo volumen; todos los relatos recogidos en *El criador de gorilas* (1941), y *Viaje terrible* (1941), siguen, en

términos globales, la estrategia adelantada en *El traje del fantasma*.

Este desconcertante pasaje de un modo narrativo a otro, coincide, cronológicamente, con las primeras incursiones de Arlt en las prácticas de la representación dramática.

En el año 1930 observa, con asombro, la representación escénica de un capítulo de *Los siete locos: El humillado*. Dos años después escribe *300 millones*, dramatización de una línea argumental que había servido ya, en *Los siete locos*, para situar los nudos anecdóticos cubiertos por Hipólita. Estamos todavía en el ámbito temporal, y, con ligeras variantes, en el ámbito de los temas y en el de los proyectos del primer ciclo narrativo. Pero después de 1934 su producción dramática gira, decididamente, hacia rumbos distintos.^[17]

La lectura de un texto producido con vistas a la representación requiere, sin duda, notorias correcciones de perspectiva. Sin la malla de las infinitas articulaciones verbales del relato, en un espacio diferente, la cadena de acciones se patentiza directamente en un escenario; la voz pertenece sólo a quien la emite; los objetos del mundo exterior están puestos allí, por una simple indicación que no concierne al lector. Y, en última instancia, el texto producido por el autor, es sólo una de las escrituras que intervienen en el fenómeno de la representación. Cercenado de las otras (escenografía, vestuario, iluminación, marcación de actores), el texto se ofrece entonces al acto de la lectura como una operación necesariamente restringida y empobrecedora.

Con estas reservas, un lector consecuente de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, puede emprender un recorrido por la media docena de textos que Arlt produjo para su representación. En dos de ellos, *Saverio el cruel* y *El fabricante de fantasmas* (estrenados ambos en 1936), los ángulos de divergencia con el universo a que pertenecen los relatos del primer ciclo invitan a una rápida verificación.

Con un procedimiento similar al empleado en *300 millones*, *El fabricante de fantasmas* rescata personajes del primer ciclo narrativo. Pero ahora estos personajes dejan los roles protagónicos para ser invocados como figuras del coro. El Jorobado, El Verdugo, La Coja, La Ciega, El Leproso, son la representación física de los remordimientos de un hombre que ha asesinado a su esposa.

Es, ciertamente, curiosa la dislocación que sufren estos personajes al pasar del universo narrativo al dramático. Se ha proyectado fuera de ellos un solo rasgo dominante y se los ha convertido en ese rasgo. Han perdido toda posibilidad de expresar una situación de grupo o de clase, para expresar un estado de conciencia individual. Han dejado de interiorizar su propio imaginario para visualizar, a través de ellos, una representación de lo imaginario. Y este imaginario, a su vez, ha sido objeto de una cuidadosa reelaboración.

En la víspera del estreno de *El fabricante de fantasmas*, Arlt admitió ese cuidado: «Los espantables personajes que animan el drama, el Jorobado, el Verdugo, la Ciega, el Leproso, y la Coja, aparte de que en germen se encuentran en mis novelas *Los siete*

locos y *El jorobadito*, son una reminiscencia de mi recorrido por los museos españoles. Goya, Durero y Brueghel el Viejo, quienes con sus farsas de la Locura y de la Muerte reactivaron en mi sentido teatral la afición a lo maravilloso que hoy, insisto, nuevamente se atribuye con excesiva ligereza a la influencia de Pirandello, como si no existieran los previos antecedentes de la actuación de la fantasmagoría en Calderón de la Barca, Shakespeare y Goethe.

»Si alguien me preguntara por qué le he dado una representación física tan espantable a los remordimientos de un criminal, debo contestar que es porque el Remordimiento fue conceptualizado, antaño por los teólogos y hoy por psicoanalistas, como uno de los más enérgicos elementos que provocan la descomposición psíquica del sujeto arrastrándolo a la Locura o el Suicidio». [18]

Las fuentes que alimentaban el mundo imaginario de Silvio Astier, de Erdosain, de Hipólita: Ponson du Terrail, Xavier de Montépin, Dostoiewski, briosa y desenfadadamente mezclados, se han integrado ahora en una jerarquía escrupulosamente respetuosa de la Historia del Arte. Y esas fuentes, reemplazadas, en vez de introducir líneas de tensión en oscuros destinos, han pasado a ilustrar un capítulo de la Moral y de la Ciencia.

Saverio el cruel propone algunas reflexiones sobre un tema sugerido ya en *El traje del fantasma*: la simulación de la locura, aunque desdoblado ahora en diversos planos que atienden tanto a registrar el poder de contagio de los estados de enajenación, como a puntualizar la existencia del caso estrictamente psiquiátrico.

Susana y sus amigos inventan, como distracción, una farsa en la que deciden hacer participar a Saverio, un modesto vendedor de manteca. Susana se finge loca, y el juego consiste en convencer a Saverio de que puede ayudar a su curación asumiendo el rol ficticio de un Coronel. Saverio es atrapado fácilmente por el juego de sustituciones y se cree, por momentos, un Coronel dotado de autoridad y de poder. Saverio vuelve luego a la realidad y comprueba, demasiado tarde, que Susana está efectivamente loca. Las fuentes del mundo imaginario son aquí particularmente explícitas: lo mejor del teatro contemporáneo, y largos pasajes del Quijote para fingir la locura de Susana, con parlamentos cortesanos, pulidos y hasta enfáticos. La función de lo imaginario se acopla a la ilustración de territorios conceptuales específicos: el de la locura, el de la simulación y el del contagio de la locura.

Si los elementos tomados para la verificación de los ángulos de divergencia con los relatos del primer ciclo son correctos, se inferirá entonces hasta qué punto había sido afectado el escritor por los juicios recogidos en el prólogo de *Los lanzallamas*. Cómo, ese balance de estima compulsado en los momentos de acceder a la madurez de sus medios expresivos y en el de su propia clarificación ideológica, lo empujó, primero, a lanzar el reto de esa «literatura con la violencia de un *cross* a la mandíbula», para embarcarlo inmediatamente después en una práctica de la escritura que confundía su camino con el de la integración en un sistema de valores ignorado, si no repudiado en la etapa de la iniciación literaria.

Después de *Los lanzallamas*, es inocultable un proceso de espiral ascendente en el que se depuran, desechan o transmutan modos y recursos utilizados con entera confianza en las primeras narraciones. A partir, probablemente, de un acto reflejo de defensa sobre las vacilaciones en el dominio del idioma (un acto en el que se comprometerían serios problemas de identidad),^[19] debió seguir después un acto de defensa consciente contra los cargos de insuficiencia en el control de la escritura artística. Y luego el de la necesidad de apropiación de los contenidos culturales capaces de transmitir y de ser transmitidos por esa escritura. De aquí al relato fantástico; al drama de ideas; a la imaginería de los museos españoles; a los diálogos destituidos de toda referencia local; al simbolismo; a la tendencia a silenciar a los hombres para hablar sólo del Hombre. Y de aquí a una escritura que se revierte sobre múltiples centros de interés, pero que se mantiene suficientemente tersa y espejeante como para reclamar siempre la atención sobre sí.

El reconocimiento de estos hechos no implica, de ninguna manera, marcar el error o el acierto de las decisiones asumidas por el escritor. Implica, sí, recordar el enorme peso de los códigos culturales de una sociedad, y advertir, todas las veces que sea necesario, sobre sus inconmensurables medios de persuasión.

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

LAS DOS NOVELAS de Roberto Arlt que se reúnen en este volumen como una sola obra por tratarse de un díptico de manifiestas vinculaciones temáticas y de personajes, como ha subrayado el autor, tuvieron las siguientes primeras ediciones: *Los siete locos*, Buenos Aires, Editorial Latina, 1929, pp. 334, y *Los lanzallamas*, Buenos Aires, Colección Claridad, 1931, pp. 245.

Dichos textos originales, según información de la hija, Mirta Arlt, no fueron corregidos por el autor para las reediciones posteriores en vida, a pesar de las críticas que se formularon a su sintaxis y léxico, de las que Roberto Arlt dejó constancia en el prólogo a *Los lanzallamas*. No obstante, en ediciones recientes (Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1963, o Buenos Aires, Círculo de Lectores, 1976, esta última con prólogo y revisión de Alberto Vanasco) se registran numerosas enmiendas y amputaciones al texto.

Para esta republicación se han seguido fielmente las primeras ediciones de las novelas, respetando escrupulosamente la escritura del autor, en especial su manejo de la lengua hablada rioplatense cuya legitimidad literaria ya no es motivo de discusión, conservando las comillas con que Arlt distinguía a las palabras de origen lunfardo.

De las ediciones posteriores se han utilizado, no obstante, algunas correcciones en la puntuación, para facilitar la lectura del texto, la adopción de las grafías correctas en materia de palabras extranjeras, la redistribución de párrafos mediante punto y aparte y el uso de guiones, todo lo cual no altera para nada el texto original que ha sido repuesto en su totalidad, con sus peculiaridades lingüísticas.

B. A.

LOS SIETE LOCOS

CAPÍTULO PRIMERO

LA SORPRESA

AL ABRIR la puerta de la gerencia, encristalada de vidrios japoneses, Erdosain quiso retroceder; comprendió que estaba perdido, pero ya era tarde.

Lo esperaba el director, un hombre de baja estatura, morrudo, con cabeza de jabalí, pelo gris cortado a «lo Humberto I», y una mirada implacable filtrándose por sus pupilas grises como las de un pez; Gualdi, el contador, pequeño, flaco, meloso, de ojos escrutadores, y el subgerente, hijo del hombre de cabeza de jabalí, un guapo mozo de treinta años, con el cabello totalmente blanco, cínico en su aspecto, la voz áspera y mirada dura como la de su progenitor. Estos tres personajes, el director inclinado sobre unas planillas, el subgerente recostado en una poltrona con la pierna balanceándose sobre el respaldo, y el señor Gualdi respetuosamente de pie junto al escritorio, no respondieron al saludo de Erdosain. Sólo el subgerente se limitó a levantar la cabeza:

—Tenemos la denuncia de que usted es un estafador, que nos ha robado seiscientos pesos.

—Con siete centavos —agregó el señor Gualdi, a tiempo que pasaba un secante sobre la firma que en una planilla había rubricado el director. Entonces éste, como haciendo un gran esfuerzo sobre su cuello de toro, alzó la vista. Con los dedos trabados entre los ojales del chaleco, el director proyectaba una mirada sagaz, a través de los párpados entrecerrados, al tiempo que sin rencor examinaba el demacrado semblante de Erdosain, que permanecía impasible.

—¿Por qué anda usted tan mal vestido? —interrogó.

—No gano nada como cobrador.

—¿Y el dinero que nos ha robado?

—Yo no he robado nada. Son mentiras.

—Entonces, ¿está en condiciones de rendir cuentas, usted?

—Si quieren, hoy mismo a mediodía.

La contestación lo salvó transitoriamente. Los tres hombres se consultaron con la mirada, y por último, el subgerente, encogiéndose de hombros, dijo bajo la aquiescencia del padre:

—No... tiene tiempo hasta mañana a las tres. Tráigase las planillas y los recibos... Puede irse.

Lo sorprendió tanto esa resolución que permaneció allí tristemente, de pie, mirándolos a los tres. Sí, a los tres. Al señor Gualdi, que tanto lo había humillado a pesar de ser un socialista; al subgerente, que con insolencia había detenido los ojos en

su corbata deshilachada; al director, cuya tiesa cabeza de jabalí rapado se volvía a él filtrando una mirada cínica y obscena a través de la raya gris de los párpados entrecerrados.

Sin embargo, Erdosain no se movía de allí... Quería decirles algo, no sabía cómo, pero algo que les diera a comprender a ellos toda la desdicha inmensa que pesaba sobre su vida; y permanecía así, de pie, triste, con el cubo negro de la caja de hierro ante los ojos, sintiendo que a medida que pasaban los minutos su espalda se arqueaba más mientras que nerviosamente retorció el ala de su sombrero negro, y la mirada se le hacía más huida y triste. Luego, bruscamente, preguntó:

—¿Entonces, puedo irme?

—Sí...

—No, quiero decir si puedo cobrar hoy...

—No... Entréguele los recibos a Suárez y mañana a las tres esté aquí, sin falta, con todo.

—Sí... todo... —y volviéndose, salió sin saludar.

Por la calle Chile bajó hasta Paseo Colón. Sentíase invisiblemente acorralado. El sol descubría los asquerosos interiores de la calle en declive. Distintos pensamientos bullían en él, tan desemejantes, que el trabajo de clasificarlos le hubiera ocupado muchas horas.

Más tarde recordó que ni por un instante se le había ocurrido preguntarse quién podría haberlo denunciado.

ESTADOS DE CONCIENCIA

Sabía que era un ladrón. Pero la categoría en que se colocaba no le interesaba. Quizá la palabra ladrón no estuviera en consonancia con su estado interior. Existía otro sentimiento y ése era el silencio circular entrado como un cilindro de acero en la masa de su cráneo, de tal modo que lo dejaba sordo para todo aquello que no se relacionara con su desdicha.

Este círculo de silencio y de tinieblas interrumpía la continuidad de sus ideas, de forma que Erdosain no podía asociar, en el declive de su razonamiento, su hogar llamado casa con una institución designada con el nombre de cárcel.

Pensaba telegráficamente, suprimiendo preposiciones, lo cual es enervante. Conoció horas muertas en las que hubiera podido cometer un delito de cualquier naturaleza, sin que por ello tuviera la menor noción de su responsabilidad. Lógicamente, un juez no hubiera entendido tal fenómeno. Pero él ya estaba vacío, era una cáscara de hombre movida por el automatismo de la costumbre.

Si continuó trabajando en la Compañía Azucarera no fue para robar más cantidades de dinero, sino porque esperaba un acontecimiento extraordinario, inmensamente extraordinario, que diera un giro inesperado a su vida y lo salvara de la

catástrofe que veía acercarse a su puerta.

Esta atmósfera de sueño y de inquietud que lo hacía circular a través de los días como un sonámbulo, la denominaba Erdosain «la zona de la angustia».

Erdosain se imaginaba que dicha zona existía sobre el nivel de las ciudades, a dos metros de altura, y se la representaba gráficamente bajo la forma de esas regiones de salinas o desiertos que en los mapas están reveladas por óvalos de puntos, tan espesos como las ovas de un arenque.

Esta zona de angustia era la consecuencia del sufrimiento de los hombres. Y como una nube de gas venenoso se trasladaba pesadamente de un punto a otro, penetrando murallas y atravesando los edificios, sin perder su forma plana y horizontal; angustia de dos dimensiones que guillotinando las gargantas dejaba en éstas un regusto de sollozo.

Tal era la explicación que Erdosain se daba cuando sentía las primeras náuseas de la pena.

—¿Qué es lo que hago con mi vida? —decíase entonces, queriendo quizás aclarar con esta pregunta los orígenes de la ansiedad que le hacía apetecer una existencia en la cual el mañana no fuera la continuación del hoy con su medida de tiempo, sino algo distinto y siempre inesperado, como en los desenvolvimientos de las películas norteamericanas, donde el pordiosero de ayer es el jefe de una sociedad secreta de hoy y la dactilógrafa aventurera una multimillonaria de incógnito.

Dicha necesidad de maravillas que no tenía posibles satisfacciones —ya que él era un inventor fracasado y un delincuente al margen de la cárcel— le dejaba en las cavilaciones subsiguientes una rabiosa acidez y los dientes sensibles como después de masticar limón.

En esas circunstancias compaginaba insensateces. Llegó a imaginarse que los ricos, aburridos de escuchar las quejas de los miserables, construyeron jaulones tremendos que arrastraban cuadrillas de caballos. Verdugos escogidos por su fortaleza cazaban a los tristes con lazo de acogotar perros, llegándole a ser visible cierta escena: una madre, alta y desmelenada, corría tras el jaulón de donde, entre los barrotes, la llamaba su hijo tuerto, hasta que un «perrero», aburrido de oírla gritar, la desmayó a fuerza de golpes en la cabeza, con el mango del lazo.

Desvanecida esta pesadilla, Erdosain se decía horrorizado de sí mismo:

—Pero, ¿qué alma, qué alma es la que tengo yo? —y como su imaginación conservaba el impulso motor que le había impreso la pesadilla, continuaba—. Yo debo haber nacido para lacayo, uno de esos lacayos perfumados y viles con quienes las prostitutas ricas se hacen prender los broches del portasenos, mientras el amante fuma un cigarro recostado en el sofá.

Y nuevamente sus pensamientos caían de rebote en una cocina situada en los sótanos de una lujosísima mansión. En torno de la mesa movíanse dos mucamas, además del chofer y un árabe vendedor de ligas y perfumes. En dicha circunstancia él gastaría un saco negro que no alcanzaba a cubrirle el trasero, y corbatita blanca.

Súbitamente lo llamaría «el señor», un hombre que era su doble lírico, pero que no se afeitaba los bigotes y usaba lentes. Él no sabía qué era lo que deseaba de él su patrón, mas nunca olvidaría la mirada singular que éste le dirigió al salir de la estancia. Y volvía a la cocina para conversar de suciedades con el chofer, que ante el regocijo de las mucamas y el silencio del árabe pederasta, contaba cómo había pervertido a la hija de una gran señora, cierta criatura de pocos años.

Y volvía a repetirse:

—Sí, yo soy un lacayo. Tengo el alma de un verdadero lacayo —y apretaba los dientes de satisfacción al insultarse y rebajarse de ese modo ante sí mismo.

Otras veces, se veía saliendo de la alcoba de una soltera vieja y devota, llevando con unción un pesado orinal, mas en ese momento le encontraba un sacerdote asiduo de la casa que sonriendo, sin inmutarse, le decía:

—¿Cómo vamos de deberes religiosos, Ernesto? Y él, Ernesto, Ambrosio o José, viviría torvamente una vida de criado obsceno e hipócrita.

Un temblor de locura le estremecía cuando pensaba en esto.

Sabía, ¡ah, qué bien lo sabía!, que estaba gratuitamente ofendiendo, ensuciando su alma. Y el terror que experimenta el hombre que en una pesadilla cae al abismo en que no morirá, padecíalo él, mientras deliberadamente se iba enlodando.

Porque a instantes su afán era de humillación, como el de los santos que besaban las llagas de los inmundos; no por compasión, sino para ser más dignos de la piedad de Dios, que se sentiría asqueado de verles buscar el cielo con pruebas tan repugnantes.

Mas cuando desaparecían de él esas imágenes y sólo quedaba en su conciencia el «deseo de conocer el sentido de la vida», decíase:

—No, yo no soy un lacayo... de verdad que no lo soy... —y hubiera querido ir a pedirle a su esposa que se compadeciera de él, que tuviera piedad de sus pensamientos tan horribles y bajos. Mas el recuerdo de que por ella se había visto obligado a sacrificarse tantas veces, le colmaba de un rencor sordo, y en esas circunstancias hubiera querido matarla.

Y bien sabía que algún día ella se entregaría a otro y aquél era un sumado elemento más a los otros factores que componían su angustia.

De allí que cuando defraudó los primeros veinte pesos, se asombró de la facilidad con que se podía hacer «eso», quizá porque antes de robar creyó tener que vencer una serie de escrúpulos que en sus actuales condiciones de vida no podía conocer. Decíase luego:

—Es cuestión de tener voluntad y hacerlo, nada más.

Y «eso» aliviaba la vida, con «eso» tenía dinero que le causaba sensaciones extrañas, porque nada le costaba ganarlo. Y lo asombroso para Erdosain no consistía en el robo, sino que no se revelara en su semblante que era un ladrón. Se vio obligado a robar porque ganaba un mensual exiguo. Ochenta, cien, ciento veinte pesos, pues este importe dependía de las cantidades cobradas, ya que su sueldo se componía de

una comisión por cada ciento cobrado.

Así, hubo días que llevó de cuatro a cinco mil pesos, mientras él, malamente alimentado, tenía que soportar la hediondez de una cartera de cuero falso en cuyo interior se amontonaba la felicidad bajo la forma de billetes, cheques, giros y órdenes al portador.

Durante mucho tiempo, a pesar de la miseria que desmoronaba su casa, no se le ocurrió defraudar a la compañía.

Su esposa le recriminaba las privaciones que cotidianamente soportaba; él escuchaba en silencio sus reproches y luego, a solas, se decía:

—¿Qué es lo que puedo hacer yo?

Cuando tuvo la idea, cuando una pequeñita idea lo cercioró de que podía defraudar a sus patrones, experimentó la alegría de un inventor. ¿Robar? ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Y Erdosain se asombró de su incapacidad llegando hasta a reprocharse falta de iniciativa, pues en esa época (tres meses antes de los sucesos narrados) sufría necesidades de toda naturaleza, a pesar de que diariamente pasaban por sus manos crecidas cantidades de dinero.

Y lo que facilitó sus maniobras fraudulentas fue la falta de administración que había en la Compañía Azucarera.

EL TERROR EN LA CALLE

Sin duda alguna su vida era extraña, porque a veces una esperanza apresurada lo lanzaba a la calle.

Entonces tomaba un ómnibus y bajaba en Palermo o en Belgrano. Recorría pensativamente las silenciosas avenidas, diciéndose:

—Me verá una doncella, una niña alta, pálida y concentrada, que por capricho maneje su Rolls-Royce. Paseará tristemente. De pronto me mira y comprende que yo seré el único amor de toda la vida, y esa mirada que era un ultraje para todos los desdichados, se posará en mí, cubiertos sus ojos de lágrimas.

El ensueño se desenroscaba sobre esta necedad, mientras lentamente se deslizaba a la sombra de las altas fachadas y de los verdes plátanos, que en los blancos mosaicos descomponían su sombra en triángulos.

—Será millonaria, pero yo le diré: —«Señorita, no puedo tocarla. Aunque usted quisiera entregármeme, no la tomaría». Ella me mirará sorprendida; entonces yo le diré: —«Y todo es inútil, ¿sabe?, es inútil porque estoy casado». Pero ella le ofrecerá una fortuna a Elsa para que se divorcie de mí, y luego nos casaremos, y en su yate nos iremos al Brasil.

Y la simplicidad de este sueño se enriquecía con el nombre de Brasil que, áspero y caliente, proyectaba ante él una costa sonrosada y blanca, cortando con aristas y

perpendiculares al mar tiernamente azul. Ahora la doncella había perdido su empaque trágico y era —bajo la seda blanca de su vestido sencillo como el de una colegiala— una criatura sonriente, tímida y atrevida a la vez.

Y Erdosain pensaba:

—No tendremos nunca contacto sexual. Para hacer más duradero nuestro amor, refrenaremos el deseo, y tampoco la besaré en la boca, sino en la mano.

Y se imaginaba la felicidad que purificaría su vida, si tal imposible aconteciera, pero era más fácil detener la tierra en su marcha que realizar tal absurdo. Entonces decía, entristecido de un coraje vago:

—Bueno, seré «cafishio». —Y de pronto un horror más terrible que los otros horrores le destornillaba la conciencia. Él tenía la sensación de que todas las muescas de su alma sangraban como bajo la mecha de un torno, y paralizado el entendimiento, embotado de angustia, iba a loca ventura en busca de lenocinios. Entonces supo el terror del fraudulento, el terror luminoso que es como el estallido de un gran día de sol en la convexidad de una salitrera.

Se dejó arrastrar por los impulsos que retuercen al hombre que se siente por primera vez a las puertas de la cárcel, impulsos ciegos que conducen a un desdichado a jugarse la vida en un naípe o en una mujer. Quizá buscando en el naípe y en la hembra una consolación brutal y triste, quizá buscando en todo lo más vil y hundido cierta certidumbre de pureza que lo salvará definitivamente.

Y en las calurosas horas de la siesta, bajo el sol amarillo caminó por las aceras de mosaicos calientes en busca de los prostíbulos más inmundos.

Escogía con preferencia aquellos en cuyos zaguanes veía cáscaras de naranja y reguero de ceniza y los vidrios forrados de bayeta roja o verde, protegidos por mallas de alambre.

Entraba con la muerte en el alma. En el patio, bajo el recuadrado cielo azul, había generalmente un solo banco pintado de ocre, y sobre él se dejaba caer extenuado, soportando la glacial mirada de la regenta, mientras esperaba la salida de la pupila, una mujer horrorosa de flaca o de gorda.

Y la meretriz le gritaba desde la puerta entreabierta del dormitorio, en cuyo interior se escuchaba el ruido de un hombre que se vestía:

—¿Vamos, querido? —y Erdosain entraba al otro dormitorio, zumbándole los oídos y con una niebla girante en las pupilas.

Luego se recostaba en el lecho barnizado de color de hígado, encima de las mantas sucias por los botines, que protegían la colcha.

Súbitamente sentía deseos de llorar, de preguntarle a esa horrible morcona qué cosa era el amor, el angélico amor que los coros celestiales cantaban al pie del trono del Dios vivo, pero la angustia le taponaba la laringe mientras que, de repugnancia, el estómago se le cerraba como un puño.

Y en tanto la prostituta dejaba estar la movediza mano encima de sus ropas, Erdosain se decía:

—¿Qué es lo que he hecho de mi vida?

Un rayo de sol sesgaba el cristal de la banderola cubierta de telas de araña, y la meretriz, con la mejilla apoyada en la almohada y una pierna cargada sobre la suya, movía lentamente la mano mientras él entristecido se decía:

—¿Qué es lo que he hecho de mi vida?

Súbitamente el remordimiento le enrigidecía el alma; se acordaba de su esposa que por falta de dinero tenía que lavarse la ropa a pesar de estar enferma, y entonces, asqueado de sí mismo, saltaba del lecho, le entregaba el dinero a la prostituta, y sin haberla usado huía hacia otro infierno a gastar el dinero que no le pertenecía, a hundirse más en su locura que aullaba a todas horas.

UN HOMBRE EXTRAÑO

A las diez de la mañana Erdosain llegó a Perú y Avenida de Mayo. Sabía que su problema no tenía otra solución que la cárcel, porque Barsut seguramente no le facilitaría el dinero. De pronto se sorprendió.

En la mesa de un café estaba el farmacéutico Ergueta.

Con el sombrero hundido hasta las orejas y las manos tocándose por los pulgares sobre el grueso vientre, cabeceaba con una expresión agria, abotagada, en su cara amarilla.

Lo vidrioso de sus ojos saltones, su gruesa nariz ganchuda, las mejillas flácidas y el labio inferior casi colgante, le daba la apariencia de un cretino.

Enfundaba su macizo corpazo en un traje color de canela, y, a momentos, inclinado el rostro, apoyaba los dientes en el puño de marfil de su bastón.

Por ese desgano y la expresión canalla de su aburrimiento tenía el aspecto de un tratante de blancas. Inesperadamente sus ojos se encontraron con los de Erdosain, que iba a su encuentro, y el semblante del farmacéutico se iluminó con una sonrisa pueril. Aún sonreía cuando le estrechaba la mano a Erdosain, que pensó:

—¡Cuántas lo han querido por esa sonrisa!

Involuntariamente, la primera pregunta de Erdosain fue:

—Y, ¿te casaste con Hipólita?...

—Sí, pero no te imaginás el bochinche que se armó en casa...

—¿Qué..., supieron que era de la «vida»?

—No... eso lo dijo ella después. ¿Vos sabés que Hipólita antes de «hacer la calle» trabajó de sirvienta?...

—¿Y?

—Poco después que nos casamos, fuimos mamá, yo, Hipólita y mi hermanita a lo de una familia. ¿Te das cuenta qué memoria la de esa gente? Después de diez años reconocieron a Hipólita que fue sirvienta de ellos. ¡Algo que no tiene nombre! Yo y ella nos vinimos por un camino y mamá y Juana por otro. Toda la historia que yo

inventé para justificar mi casamiento se vino abajo.

—¿Y por qué confesó que fue prostituta?

—Un momento de rabia. Pero ¿no tenía razón? ¿No se había regenerado? ¿No me aguantaba a mí, a mí, que les he sacado canas verdes a ellos?

—¿Y cómo te va?

—Muy bien... La farmacia da setenta pesos diarios. En Pico no hay otro que conozca la Biblia como yo. Lo desafié al cura a una controversia y no quiso agarrar viaje.

Erdosain miró repentinamente esperanzado a su extraño amigo. Luego le preguntó:

—¿Jugás siempre?

—Sí, y Jesús, por mi mucha inocencia, me ha revelado el secreto de la ruleta.

—¿Qué es eso?

—Vos no sabés... el gran secreto... una ley de sincronismo estático... ya fui dos veces a Montevideo y gané mucho dinero, pero esta noche salimos con Hipólita para hacer saltar la banca.

Y de pronto lanzó la embrollada explicación:

—Mirá, le jugás hipotéticamente una cantidad a las tres primeras bolas, una a cada docena. Si no salen tres docenas distintas se produce ferozmente el desequilibrio. Marcás, entonces, con un punto la docena salida. Para las tres bolas que siguen quedará igual la docena que marcaste. Claro está que el cero no se cuenta y que jugás a las docenas en series de tres bolas. Aumentás entonces una unidad en la docena que no tiene alguna cruz, disminuís, en una, quiero decir, en dos unidades la docena que tiene tres cruces, y esta sola base te permite deducir la unidad menor que las mayores y se juega la diferencia a la docena o a las docenas que resulten.

Erdosain no había entendido. Contenía su deseo de reír a medida que su esperanza crecía, pues era indudable que Ergueta estaba loco. Por eso replicó:

—Jesús sabe revelar esos secretos a los que tienen el alma llena de santidad.

—Y también a los idiotas —arguyó Ergueta, clavando en él una mirada burlona, a medida que guiñaba el párpado izquierdo—. Desde que yo me ocupo de esas cosas misteriosas he hecho macanas grandes como casas, por ejemplo, casarme con esa atorranta...

—¿Y sos feliz con ella?

—... creer en la bondad de la gente, cuando todo el mundo lo que tira es a hundirlo a uno y hacerle fama de loco...

Erdosain, impaciente, frunció el ceño; luego:

—¿Cómo no querés que te tengan por loco? Vos fuiste, según tus propias palabras, un gran pecador. Y de pronto te convertís, te casás con una prostituta porque eso está escrito en la Biblia, le hablás a la gente del cuarto sello y del caballo amarillo... claro... la gente tiene que creer que estás loco, porque esas cosas no las conoce ni por las tapas. ¿A mí no me tienen también por loco porque he dicho que

habría que instalar una tintorería para perros y metalizar los puños de las camisas?... Pero yo no creo que estés loco. No, no lo creo. Lo que hay en vos es un exceso de vida, de caridad y de amor al prójimo. Ahora, eso de que Jesús te haya revelado el secreto de la ruleta me parece medio absurdo...

—Cinco mil pesos gané en las dos veces...

—Pongamos que sea cierto. Pero lo que te salva a vos no es el secreto de la ruleta, sino el hecho de tener una hermosa alma. Sos capaz de hacer el bien, de emocionarte ante un hombre que está a las puertas de la cárcel...

—Eso sí que es verdad —interrumpió Ergueta—. Fijate que hay otro farmacéutico en el pueblo que es un tacaño viejo. El hijo le robó cinco mil pesos... y después vino a pedirme un consejo. ¿Sabés lo que le aconsejé yo? Que lo amenazara al padre con hacerlo meter preso por vender cocaína si lo denunciaba.

—¿Ves cómo te comprendo yo? Vos querías salvar el alma del viejo haciéndole cometer un pecado al hijo, pecado del que éste se arrepentiría toda la vida. ¿No es así?

—Sí, en la Biblia está escrito: «Y el padre se levantará contra el hijo y el hijo contra el padre»...

—¿Ves? Yo te entiendo a vos. No sé para lo que estás predestinado... El destino de los hombres es siempre incierto. Pero creo que tenés por delante un camino magnífico. ¿Sabés? Un camino raro...

—Seré el Rey del Mundo. ¿Te das cuenta? Ganaré en todas las ruletas el dinero que quiera. Iré a Palestina, a Jerusalén y reedificaré el gran templo de Salomón...

—Y salvarás de la angustia a mucha gente buena. ¡Cuántos hay que por necesidad defraudaron a sus patrones, robaron dinero que les estaba confiado! ¿Sabés? La angustia... Un tipo angustiado no sabe lo que hace... Hoy roba un peso, mañana cinco, pasado veinte y cuando se acuerda debe cientos de pesos. Y el hombre piensa. Es poco... y de pronto se encuentra con que han desaparecido quinientos, no, seiscientos pesos con siete centavos. ¿Te das cuenta? Ésa es la gente que hay que salvar..., a los angustiados, a los fraudulentos.

El farmacéutico meditó un instante. Una expresión grave se disolvió en la superficie de su semblante abotagado; luego, calmosamente, agregó:

—Tenés razón... el mundo está lleno de «turros», de infelices... pero ¿cómo remediarlo? Esto es lo que a mí me preocupa. ¿De qué forma presentarle nuevamente las verdades sagradas a esa gente que no tiene fe?...

—Pero si la gente lo que necesita es plata... no sagradas verdades.

—No, es que eso pasa por el olvido de las Escrituras. Un hombre que lleva en sí las sagradas verdades no lo roba a su patrón, no defrauda a la compañía en que trabaja, no se coloca en situación de ir a la cárcel del hoy al mañana.

Luego se rascó pensativamente la nariz y continuó:

—Además, ¿quién no te dice que eso sea para bien? ¿Quiénes van a hacer la revolución social, sino los estafadores, los desdichados, los asesinos, los fraudulentos,

toda la canalla que sufre abajo sin esperanza alguna? ¿O te creés que la revolución la van a hacer los cagatintas y los tenderos?

—De acuerdo, de acuerdo... pero, en tanto llega la revolución social, ¿qué hace ese desdichado? ¿Qué hago yo?

Y Erdosain, tomándolo de un brazo a Ergueta, exclamó:

—Porque yo estoy a un paso de la cárcel, ¿sabés? He robado seiscientos pesos con siete centavos.

El farmacéutico guiñó lentamente el párpado izquierdo y luego dijo:

—No te aflijás. Los tiempos de tribulación de que hablan las Escrituras han llegado. ¿No me he casado ya con la Coja, con la Ramera? ¿No se ha levantado el hijo contra el padre y el padre contra el hijo? La revolución está más cerca de lo que la desean los hombres. ¿No sos vos el fraudulento y el lobo que diezma el rebaño?...

—Pero, decime, ¿vos no podés prestarme esos seiscientos pesos?

El otro movió lentamente la cabeza:

—¿Te pensás que porque leo la Biblia soy un otario?

Erdosain lo miró desesperado:

—Te juro que los debo.

De pronto ocurrió algo inesperado.

El farmacéutico se levantó, extendió el brazo y haciendo chasquear la yema de los dedos, exclamó ante el mozo del café que miraba asombrado la escena:

—Rajá, turruto, rajá.

Erdosain, rojo de vergüenza, se alejó. Cuando en la esquina volvió la cabeza, vio que Ergueta movía los brazos hablando con el camarero.

EL ODIO

Su vida se desangraba. Toda su pena descomprimida extendíase hacia el horizonte entrevisto a través de los cables y de los «trolleys» de los tranvías y súbitamente tuvo la sensación de que caminaba sobre su angustia convertida en una alfombra. Así como los caballos que desventrados por un toro se enredan en sus propias entrañas, cada paso que daba le dejaba sin sangre los pulmones. Respiraba despacio y desesperaba de llegar jamás. ¿A dónde? Ni lo sabía.

En la calle Piedras se sentó en el umbral de una casa desocupada. Estuvo varios minutos, luego echó a caminar rápidamente y el sudor corría por su semblante como en los días de excesiva calor.

Así llegó hasta Cerrito y Lavalle.

Al poner una mano en el bolsillo encontró que tenía un puñado de billetes y entonces entró en el bar Japonés. Cocheros y rufianes hacían rueda en torno a las mesas. Un negro con cuello palomita y alpargatas negras se arrancaba los parásitos del sobaco, y tres «macrós» polacos, con gruesos anillos de oro en los dedos, en su

jeringonza, trataban de prostíbulos y alcahuetas. En otro rincón varios choferes de taxímetro jugaban a los naipes. El negro que se despiojaba miraba en redor, como solicitando con los ojos que el público ratificara su operación pero nadie hacía caso de él.

Erdosain pidió café, apoyó la frente en la mano y se quedó mirando el mármol.

—¿De dónde sacar los seiscientos pesos?

Luego pensó en Gregorio Barsut, el primo de su mujer.

Ya no le preocupaba la actitud de Ergueta. Ante sus ojos se materializaba la taciturna figura del otro, de Gregorio Barsut, con la cabeza rapada, la nariz huesuda de ave de presa, los ojos verdosos y las orejas en punta como las del lobo. Su presencia le hacía temblar las manos dejándole la boca seca. Le volvería a pedir dinero esa noche. Seguramente a las nueve y media estaría en su casa como de costumbre. Y lo reveía. Amontonando una conversación abundante de pretextos vagos para visitarle, torrentes de palabras que lo entontecían a Erdosain con su pesado roce de arena.

Porque recordaba ahora que el otro hablaba interminablemente, saltando con versatilidad febril de un tema a otro, fija la aviesa mirada en Erdosain que con la boca sedienta y las manos temblorosas no se atrevía a echarlo de su casa.

Y Gregorio Barsut debía darse cuenta de la repulsión que Erdosain experimentaba hacia él porque más de una vez le dijo:

—Parece que mi conversación te desagrada, ¿no? —lo cual no era óbice para que fuera a su casa con frecuencia fastidiosa.

Erdosain se apresuró a negarle, y trató aparentemente de interesarse en la cháchara del otro, que conversaba horas seguidas, sin ton ni son, espionando siempre el rincón sudeste del cuarto. ¿Qué es lo que se proponía con esa actitud? Erdosain a su vez se consolaba de tales momentos desagradables pensando que el otro vivía acosado por la envidia y ciertos sufrimientos atroces que no tenían motivo de ser.

Una noche dijo Gregorio, en presencia de la esposa de Erdosain, que raramente asistía a esas conversaciones, pues se quedaba en otro cuarto cerrando la puerta para no escuchar las voces:

—¡Qué notable sería que me volviera loco y los matara a ustedes a tiros, suicidándome luego!

Sus ojos oblicuos estaban fijos en el rincón sudeste del cuarto, y sonreía mostrando los dientes puntiagudos, como si las palabras que antes había dicho no pasaran de una broma. Pero Elsa, mirándolo muy seria, le dijo:

—Que sea la última vez que hablás de esta manera en mi casa. Si no, no volverás a pisar aquí.

Gregorio trató de disculparse. Pero ella salió y en toda la noche no volvió a dejarse ver.

Continuaron los dos hombres charlando, el otro más pálido, la frente estrecha cargada de tumultuosas contracciones, pasándose a momentos la ancha mano por su

cepillo de cabello color de bronce.

Erdosain no se explicaba el odio que le había cobrado a Barsut. Le suponía grosero, mas ello se contradecía con ciertos sueños de Gregorio, en los que aparecía en descubierto una naturaleza vaga, extraña, delicada, movida por los más inexplicables sentimientos.

Otras veces su grosería aparente o real trocábase en repugnante, y frente a Erdosain, que reprimía su indignación desdibujando en los labios un esguince pálido, Barsut amontonaba obscenidades sin nombre, por el solo placer de ultrajar la sensibilidad del otro.

Era un duelo invisible, odioso, sin un fin inmediato, tan irritante que Erdosain, después que Barsut salía, se juraba no recibirlo al otro día. Pocas horas antes de anochecer ya Erdosain estaba pensando en él.

Muchas veces el otro llegaba, y antes de sentarse comenzaba a hablar:

—¿Sabés?... he tenido un sueño raro anoche.

Y clavados los ojos en el rincón sudeste del cuarto, sin sonreír, con una expresión casi dolorosa en el semblante sucio, con barba de tres días, Barsut monologaba lentamente, contaba sus terrores de hombre de veintisiete años, la preocupación que le había dejado en el entendimiento el guiño de un pez tuerto, y relacionando el pez tuerto con la mirada fisgona de una anciana alcahueta que quería que se casara con su hija que se dedicaba al espiritismo, derivaba la conversación hacia cada absurdo que de pronto, Erdosain, olvidándose de su rencor, se preguntaba si el otro no estaría loco. Elsa, indiferente a todo, cosía en la habitación medianera, mientras un profundo malestar inmovilizaba a Erdosain.

Percibía éste una vibración de impaciencia, entrechocando sus dedos por los nudillos, y el esfuerzo efectuado para ocultar este temblor, lo fatigaba. Si pronunciaba alguna palabra lo hacía con extraordinaria dificultad, como si tuviera rígidos los labios por un baño de cola.

Apoyando un codo en la mesa y corrigiendo la rodillera de su pantalón, Barsut se quejaba a veces de que nadie le quería, mirando largamente a Erdosain al decir esto. Otras veces se burlaba de sus presentimientos y de un fantasma que decía ver en un rincón del excusado de la pensión donde vivía, fantasma que era una mujer gigantesca con una escoba entre las manos y los brazos delgados y la mirada de arpía. En algunas oportunidades admitía que si no estaba enfermo terminaría por estarlo. Erdosain, fingiéndose cuidadoso de su salud, le preguntaba por los síntomas, aconsejándole reposo y cama, y como insistiera sobre esto, Barsut malévolamente, le replicó una vez:

—¿Te molesta tanto mi presencia?

Otras veces Barsut llegaba siniestramente alegre, con una jovialidad de ebrio taciturno que le ha pegado fuego a un depósito de petróleo, y espatarrándose en el comedor, palmoteándolo a Erdosain en la espalda, con insistencia molesta, le preguntaba:

—¿Cómo te va? ¿Qué tal? ¿Cómo te va?

A Barsut le centelleaban los ojos, y Erdosain permanecía allí triste, encogido, preguntándose qué era lo que lo apocaba en presencia de ese hombre, que siempre permanecía sentado en la orilla de la silla y espiando obstinadamente el rincón del comedor.

Y evitaban el mirarse a los ojos.

Había entre ellos una situación indefinida, oscura. Una de esas situaciones que dos hombres que se desprecian toleran por razones independientes de sus voluntades.

Erdosain odiaba a Barsut, pero con un rencor gris, tramposo, compuesto de malos ensueños y peores posibilidades. Y lo que hacía más intenso este odio era la falta de motivos.

A veces dábbase a trenzar las imágenes de alguna venganza atroz, y con el ceño fruncido compaginaba desastres. Pero al otro día, al llamar Barsut a la puerta de calle, Erdosain se estremecía como una adúltera a la llegada de su esposo, y hasta una vez llegó a encolerizarse con Elsa, porque demoró en abrirle la puerta a Barsut, agregando a modo de comentario destinado a ocultar su cobardía ante ella:

—Va a creer que no queremos recibirlo. Para eso es mejor decirle que no venga más.

Faltaba el motivo concreto, y ese rencor subterráneo se extendía en él como un cáncer. Erdosain encontraba en cada gesto de Barsut razones para encorajinarse y desearle muertes atroces. Y Barsut, como si presintiera los sentimientos del otro, parecía ejecutar ex profeso las groserías más repugnantes. Así, Erdosain no olvidó jamás este hecho:

Fue un anocheecer en que habían ido a tomar un vermut. Acompañando la bebida, el mozo trajo el platito de papas en ensalada, con mostaza. Barsut clavó con tal avidez el escarbadiante en un trozo de papa que volcó la ensalada sobre el mármol ennegrecido por el roce de las manos y la ceniza de los cigarrillos. Erdosain lo observó, irritado. Entonces Barsut, burlándose, recogió pedazo por pedazo y al llegar al último restregó con éste la mostaza derramada en el mármol, llevandoselo después a la boca con una sonrisa irónica.

—Podrías lamer el mármol —observó Erdosain asqueado. Barsut le dirigió una mirada extraña, casi provocativa. Luego inclinó la cabeza y su lengua enjugó el mármol.

—¿Estás contento?

Erdosain palideció.

—¿Te has vuelto loco?

—¿Qué? ¿Te vas a hacer mala sangre?

Y de pronto Barsut, riéndose, amable, disuelto esa especie de frenesí que lo había enfoscado toda la tarde, se levantó diciendo futelezas.

De ese hecho no se olvidó ya más Erdosain: la cabeza rapada, color de bronce, inclinada sobre el mármol y una lengua adherida a la viscosidad de la piedra amarilla.

Y muchas veces imaginaba que Barsut lo recordaba a través de los días con el odio que se les toma a las personas a quienes se han hecho demasiadas confianzas. Pero no se podía dominar, porque apenas llegaba a la casa de Erdosain, volcaba en las orejas de éste cubos de desdichas, aunque sabía que Erdosain se regocijaba con ellas.

Y es que Remo provocaba sus confianzas, y las provocaba con una transitoria pero espontánea compasión de manera que Barsut sentía desvanecerse su rencor hacia el otro, cuando éste le aconsejaba seriamente. Mas su odio se desenroscaba furiosamente, cuando una rápida y furtiva mirada de Erdosain le revelaba que en éste se desvanecía la piedad y aparecía un maligno goce ante el espectáculo de su vida en parte deshecha, pues aun cuando tenía dinero para vivir mediocrementemente de renta, sufría el terror de volverse loco, como había acontecido con su padre y sus hermanos.

De pronto Erdosain levantó la cabeza. El negro de cuello palomita había terminado de espulgarse y ahora los tres macrós se repartían fajos de dinero bajo la ávida mirada de los choferes que, desde la otra mesa, soslayaban con el vértice del ojo. El negro parecía que, bajo la influencia del dinero, iba a estornudar, tan lamentablemente miraba a los rufianes.

Erdosain se puso de pie y pagó. Luego salió diciéndose:

—Si Gregorio me falla le pediré el dinero al Astrólogo.

LOS SUEÑOS DEL INVENTOR

Si alguien le hubiera anticipado a Erdosain que horas después tramaría el asesinato de Barsut y que asistiría casi impasible a la fuga de su esposa, no lo hubiera creído.

Vagabundeó toda la tarde. Tenía necesidad de estar solo, de olvidarse de las voces humanas y de sentirse tan desligado de lo que lo rodeaba como un forastero en una ciudad en cuya estación perdió el tren.

Anduvo por las solitarias ochavas de las calles Arenales y Talcahuano, por las esquinas de Charcas y Rodríguez Peña, en los cruces de Montevideo y Avenida Quintana, apeteciendo el espectáculo de esas calles magníficas en arquitectura, y negadas para siempre a los desdichados. Sus pies, en las veredas blancas, hacían crujir las hojas de los plátanos, y fijaba la mirada en los ovalados cristales de las grandes ventanas, azogados por la blancura de las cortinas interiores. Aquél era otro mundo dentro de la ciudad canalla que él conocía, otro mundo para el que ahora sentía latir su corazón con palpitations lentas y pesadas.

Deteniéndose, observaba los garajes lujosos como patenas, y los verdes penachos de los cipreses en los jardines, defendidos por murallas de cornisas dentadas, o verjas gruesas capaces de detener el ímpetu de un león. La granza roja serpenteaba entre los óvalos de los canteros verdes. Alguna aya con toca gris paseaba por los caminos.

¡Y él debía seiscientos pesos con siete centavos!

Miraba largamente los pasamanos que en los balcones negros fulguraban

redondeces de barras de oro, las ventanas pintadas de color gris perla o leche teñida con unas gotas de café, los cristales cuyo espesor debía tornar aguanosas las imágenes de los transeúntes, las cortinas de gasas, tan livianas que sus nombres debían ser bonitos como la geografía de los países distantes. ¡Qué distinto debía ser el amor a la sombra de esos tules que ensombrecen la luz y atemperan los sonidos!...

Sin embargo, él debía seiscientos pesos con siete centavos. Y la voz del farmacéutico repetía ahora en sus orejas:

—Tenés razón... el mundo está lleno de turros... de infelices... pero ¿cómo remediar esto?... ¿De qué forma presentarle las verdades sagradas a esa gente que no tiene fe?...

La pena, como uno de esos arbustos cuyo desarrollo se acelera con la electricidad, crecía en las honduras de su pecho retrepándole hasta la garganta.

Detenido, pensaba que cada pesar era un búho que saltaba de una rama a otra de su desdicha. Él debía seiscientos pesos con siete centavos y aunque quería olvidarse de ello poniendo sus esperanzas en Barsut o en el Astrólogo, su pensamiento se bifurcaba hacia una calle oscura. Hileras de luces parecían apoyarse en las cornisas. Abajo llenaba el cajón de la calle una neblina de polvo. Pero él caminaba hacia el país de la alegría, olvidado de la Limited Azucarer Company. ¿Qué había hecho de su vida? ¿Era ésa o no hora de preguntárselo? ¿Y cómo podía caminar si su cuerpo pesaba setenta kilos? ¿O era un fantasma, un fantasma que recordaba sucesos de la tierra?

¡Cuántas cosas se movían en su corazón! ¿Y el otro que se había casado con una prostituta? ¿Y Barsut con su preocupación del pez tuerto y la primogénita de la espiritista? ¿Y Elsa que no entregándosele lo arrojaba a la calle? ¿Estaba loco o no?

Hacíase esta pregunta porque por momentos le extrañaba una esperanza que había surgido en él.

Se imaginaba que desde la mirilla de la persiana de algunos de esos palacios lo estaba examinando con gemelos de teatro cierto millonario «melancólico y taciturno». (Uso estrictamente los términos de Erdosain).

Y lo curioso es que cuando él pensaba que el «millonario melancólico y taciturno» podía observarlo, componía un semblante compungido y meditativo, y no les miraba el trasero a las criadas que pasaban, fingiendo estar inmovilizado por la atención que prestaba a un gran trabajo interior. Porque se decía que si el «millonario melancólico y taciturno» veía que él les miraba el trasero a las criadas, deduciría de ello que no estaba tan preocupado como para merecer compasión.

Tan es así, que Erdosain esperaba que el «millonario melancólico y taciturno» lo mandara llamar de un momento a otro al observar su semblante de músculos endurecidos por el sufrimiento de tantos años.

Tanto creció esta obsesión aquella tarde, que de pronto creyó que un granuja de chaleco a rayas rojas y amarillas que estaba en la puerta del hotel examinándole descaradamente, era el espía del millonario «melancólico y taciturno».

Y el criado lo llamaba. Él lo seguía. Cruzaba un jardín erizado de cactus, entraban a un salón y permanecía solo durante unos minutos. Todo el edificio estaba a oscuras. Una lámpara brillaba en un rincón del salón. Sobre la ménsula del piano, piezas de música esparcían la fragancia de los papeles tocados siempre por manos femeninas. En el alféizar de una ventana cubierta de linones violeta estaba abandonada la cabeza de mármol de una mujer. Veíanse forrados los almohadones de las fraileras de géneros que parecían pinturas cubistas, y sobre el escritorio había ceniceros de bronce negro y polichinelas de mil colores.

¿En qué circunstancia de su vida había estado en el interior de esa sala que ahora se presentaba a su imaginación? No podía recordarlo. Pero veía un gran marco de ébano cuyos biseles paralelos retrepaban hacia un cielo raso blanquísimo, que volcaba su luz de yeso sobre una marina: cierto siniestro puente de madera, bajo cuyos contrafuertes ciclópeos hervía una multitud de hombres borrosos, manchados por sombras rojizas, y que acarreaban grandes bultos frente a un proceloso mar de hierro colado, sanguinolento, del que se levantaba en ángulo recto un muelle de piedra obstaculizado de fraguas, rieles y guinches.

En aquella sala se movía Elsa cuando aún era su novia. Si, quizá, pero ¿para qué recordarlo? Él era el fraudulento, el hombre de los botines rotos, de la corbata deshilachada, del traje lleno de manchas, que se gana la vida en la calle mientras la mujer enferma lava ropa en la casa. Él era todo eso y nada más. Por eso lo había mandado llamar el «millonario melancólico y taciturno».

Erdoşain, gozoso en el ensueño, en parte hecho plástico, por los espacios de tiempo e imágenes reconstruidas a expensas del gran señor invisible, no quería detenerse ya en su entrevista con el «millonario melancólico y taciturno» que le ofrecía dinero para hacer prácticos sus inventos, sino que, semejante a esos lectores de folletines policiales que apresurados para llegar al desenlace de la intriga saltean los «puntos muertos» de la novela, Erdoşain soslayaba determinadas construcciones ininteresantes de su imaginación, y se restituía a la calle, aunque en la calle se encontraba.

Entonces, abandonando la esquina de Charcas y Talcahuano, o de Arenales y Rodríguez Peña, echaba a caminar apresurado.

Y los excesos eran desplazados por desmedimientos de esperanza.

Triunfaría, ¡sí!, triunfaría. Con el dinero del «millonario melancólico y taciturno» instalaría un laboratorio de electrotécnica, se dedicaría con especialidad al estudio de los rayos Beta, el transporte inalámbrico de la energía, y al de las ondas electromagnéticas, y sin perder su juventud, como el absurdo personaje de una novela inglesa, envejecería; tan sólo su rostro empalidecería hasta adquirir la blancura del mármol, y sus pupilas chispeantes como las de un mago seducirían a todas las doncellas de la tierra.

Caía la tarde y de pronto recordó que el único que podía salvarle de su horrible situación era el Astrólogo. Esta ocurrencia removió todos sus pensamientos. Quizás

el otro tenía dinero. Hasta sospechaba que pudiera ser un delegado bolchevique para hacer propaganda comunista en el país, ya que aquél tenía un proyecto de sociedad revolucionaria singularísimo. Sin vacilar, llamó un automóvil y le indicó al chofer que lo llevara hasta la estación Constitución. Allí sacó boleto para Temperley.

EL ASTRÓLOGO

El edificio que ocupaba el Astrólogo estaba situado en el centro de una quinta boscosa. La casa era chata y sus tejados rojizos se divisaban a mucha distancia sobre la espesura de los árboles silvestres. Por los claros que dejaban los abultamientos, entre el auténtico oleaje de pastos y enredaderas, gruesos insectos de culo negro moscardoneaban todo el día entre la perenne lluvia de hierbajos y tallos. No lejos de la casa, la rueda del molino giraba su cojera de tres paletas sobre un prisma de hierro oxidado, y más allá sobre la caballeriza, se distinguían los cristales azules y rojos de una mampara destruida por el orín. Tras del molino y la casa, más allá de las bardas, negreaba la sierra verde botella de un monte de eucaliptus, apenachando de borbotones y cresterías en relieve el cielo de un azul marítimo.

Chupando una flor de madreselva, Erdosain cruzó la quinta hacia la casa. Le parecía estar en el campo, muy lejos de la ciudad, y la vista del edificio lo alegró. Aunque chato, éste tenía dos pisos, con ruinosa balconada en el segundo y un descascarado juego de columnas griegas en el recibimiento, hasta donde trepaba una destruida gradinata, guarnecida de palmeras.

Los rojizos tejados caían oblicuamente, protegiendo con el alero los tragaluces y ventanitas de las buhardillas, y entre la pimpante hojarasca de los castaños, por encima de la copa de los granados manchados de asteriscos escarlatas, se veía un gallo de cinc moviendo su cola torcida a todos los vientos. En derredor, intrincadamente, surgía el jardín, con amaño de bosquecillo, y ahora en la quietud del atardecer, bajo el sol que aplomaba en el espacio una atmósfera de cristal nacarado, los rosales vertían su perfume potentísimo, tan penetrante, que todo el espacio parecía poblarse de una atmósfera roja y fresca como un caudal de agua.

Erdosain pensó:

—Aunque tuviera una barca de plata con velas de oro y remos de marfil y el océano se volviera de siete colores lisos, y desde la luna una millonaria con las manos me tirara besos, mi tristeza sería la misma... Mas esto no hay que decirlo. Sin embargo, mejor viviría aquí que allí. Aquí podría tener un laboratorio.

Una canilla mal cerrada goteaba en un tonel. Al pie del poste de una glorieta dormitaba un perro, y cuando se detuvo para llamar frente a la escalinata apareció por la puerta la gigantesca figura del Astrólogo, cubierto con un guardapolvo amarillo y la galera echada sobre la frente, sombreándole el anchuroso rostro romboidal. Algunos mechones de cabello rizado se escapaban sobre sus sienes, y su nariz, con el

tabique fracturado en la parte media, estaba extraordinariamente desviada hacia la izquierda. Bajo sus cejas abultadas se movían vivamente unos redondos ojos negros, y esa cara de mejillas duras, surcadas de estrías rugosas, daba la impresión de estar esculpida en plomo. ¡Tanto debía de pesar esa cabeza!

—¡Ah! ¿Es usted?... Pase. Le voy a presentar al Rufián Melancólico.

Atravesando el vestíbulo oscuro y hediondo a humedad, entraron en un escritorio de muros rameados por un descolorido papel verdoso.

La habitación era francamente siniestra, con su altísimo cielo raso surcado de telarañas y la estrecha ventana protegida por el nudoso enrejado. En el enchapado de un armario antiguo, arrinconado, la claridad azulada se rompía en lívidas penumbras. Sentado en un sillón forrado de raído terciopelo verde estaba un hombre vestido de gris, renegrida onda de cabellos le soslayaba la frente, y calzaba botines de caña clara. Onduló el amarillo guardapolvo del Astrólogo al acercarse al desconocido.

—Erdosain, le voy a presentar a Arturo Haffner.

En otra oportunidad, el fraudulento hubiérale dicho algo al hombre que el Astrólogo llamaba en su intimidad el Rufián Melancólico, quien, después de estrechar la mano de Erdosain, se cruzó de piernas en el sillón, apoyando la azulada mejilla en tres dedos de uñas centelleantes. Y Erdosain remiró aquel rostro casi redondo, con laxitud de paz, y en la que sólo denunciaba al hombre de acción la chispa burlona, movediza, en el fondo de los ojos, y ese movimiento de levantar una ceja más que otra al escuchar al que hablaba. Erdosain distinguió a un costado, entre el saco y la camisa de seda que usaba el Rufián, el cabo negro de un revólver. Indudablemente, en la vida, los rostros significan poca cosa.

Luego el Rufián volvió nuevamente la cabeza hacia un mapa de los Estados Unidos de la América del Norte, al cual se dirigió el Astrólogo recogiendo un puntero. Y ya detenido, con el brazo amarillo cortando el azul mar del Caribe, exclamó:

—El Ku-Klux-Klan tenía sólo en Chicago 150.000 adherentes... En Misuri, 100.000 adherentes. Se dice que en Arkansas hay más de 200 «cavernas». En Little Rock, el Imperio Invisible afirma que todos los pastores protestantes están adheridos a la hermandad. En Texas domina absolutamente en las ciudades de Dallas, Fort, Houston, Beaumont. En Binghamton, residencia de Smith, que era Gran Dragón de la Orden, se contaban 75.000 adeptos, y en Oklahoma éstos hicieron decretar por las Cámaras un «bill» suspendiéndolo a Walton, el gobernador, por perseguirlos, de tal modo que prácticamente el estado se encontraba hasta hace poco tiempo bajo el control del Klan.

El guardapolvo amarillo del Astrólogo parecía la vestimenta de un sacerdote de Buda.

Continuó el Astrólogo:

—¿Sabe usted que quemaron vivos a muchos hombres?...

—Sí —asintió el Rufián—; leí los telegramas.

Erdosain examinaba ahora al Rufián Melancólico. Así lo llamaba el Astrólogo, porque el macró hacía muchos años había querido suicidarse. Fue hacía tiempo un asunto oscuro. Del día a la noche, Haffner, que hacía tiempo explotaba a prostitutas, se descerrajó un tiro en el pecho, junto al corazón. La contracción del órgano en el preciso instante de pasar el proyectil lo salvó de la muerte. Luego, como es natural, continuó haciendo su vida, quizá con un poco más de prestigio por ese gesto extraño que ninguno de sus camaradas de rapiña se explicaba. Continuó el Astrólogo:

—El Ku-Klux-Klan reunió millones...

Se desperezó el Rufián y contestó:

—Sí, y al Dragón... ¡ése sí que es un Dragón! Se le procesa por estafador...

El Astrólogo se desentendió de la réplica:

—¿Qué es lo que se opone aquí, en la Argentina, para que exista también una sociedad secreta que alcance tanto poderío como aquélla allá? Yo le hablo a usted con franqueza. No sé si nuestra sociedad será bolchevique o fascista. A veces me inclino a creer que lo mejor que se puede hacer es preparar una ensalada rusa que ni Dios la entienda. Creo que no se me puede pedir más sinceridad en este momento. Vea que por ahora lo que yo pretendo hacer es un bloque donde se consoliden todas las posibles esperanzas humanas. Mi plan es dirigimos con preferencia a los jóvenes bolcheviques, estudiantes y proletarios inteligentes. Además, acogeremos a los que tienen un plan para reformar el universo, a los empleados que aspiran a ser millonarios, a los inventores fallados —no se dé por aludido, Erdosain—, a los cesantes de cualquier cosa, a los que acaban de sufrir un proceso y quedan en la calle sin saber para qué lado mirar...

Erdosain recordó la misión que lo llevó a la casa del Astrólogo, y dijo:

—Tendría que hablar con usted...

—Un momentito... estoy en seguida con usted —y siguió—: El poder de esta sociedad no derivará de lo que los socios quieran dar, sino de lo que producirán los prostíbulos anexos a cada célula. Cuando yo hablo de una sociedad secreta, no me refiero al tipo clásico de sociedad, sino a una supermoderna, donde cada miembro y adepto tenga intereses, y recoja ganancias, porque sólo así es posible vincularlos más y más a los fines que sólo conocerán unos pocos. Éste es el aspecto comercial. Los prostíbulos producirán ingresos como para mantener las crecientes ramificaciones de la sociedad. En la cordillera estableceremos una colonia revolucionaria. Allí, los novicios seguirán cursos de táctica ácrata, propaganda revolucionaria, ingeniería militar, instalaciones industriales, de manera que estos asociados el día que salgan de la colonia puedan establecer en cualquier parte una rama de la sociedad... ¿Me entiende? La sociedad secreta tendrá su academia, la Academia para Revolucionarios.

El reloj suspendido del muro dio cinco campanadas. Erdosain comprendió que no podía perder más tiempo, y exclamó:

—Perdone que lo interrumpa. He venido para un asunto grave. ¿Tiene usted seiscientos pesos?

El Astrólogo dejó su puntero y se cruzó de brazos:

—¿Qué es lo que le pasa a usted?

—Si mañana no repongo seiscientos pesos en la Azucarera, me pondrán preso.

Los dos hombres miraron curiosamente a Erdosain. Debía sufrir mucho para haber lanzado así su pedido. Erdosain continuó:

—Es preciso que usted me ayude. He defraudado en unos cuantos meses seiscientos pesos. Me denunciaron en un anónimo. Si no repongo el dinero mañana me pondrán preso.

—¿Y cómo es que usted robó ese dinero?...

—Así, despacio...

El Astrólogo se acariciaba la barba, preocupado.

—¿Cómo ha ocurrido eso?

Erdosain tuvo que explicarse nuevamente. Los comerciantes, al recibir la mercadería, firmaban un vale en el que reconocían deber el importe de lo adquirido. Erdosain, en compañía de otros dos cobradores, recibía cada fin de mes los vales que tenía que hacer efectivos durante los treinta días entrantes.

Los recibos que éstos decían no haber cobrado quedaban en su poder hasta que los comerciantes se resolvían a cancelar su deuda. Y Erdosain continuó:

—Fíjense que la negligencia del cajero era tal, que nunca controló los vales que nosotros decíamos no haber cobrado, de manera que a una cuenta hecha efectiva y malversada le dábamos entrada en la planilla de cobranza con el dinero que provenía de una cuenta que cobrábamos después. ¿Se dan cuenta?

Erdosain era el vértice de aquel triángulo que formaban los tres hombres sentados. El Rufián Melancólico y el Astrólogo se miraban de vez en cuando. Haffner sacudía la ceniza de su cigarrillo, y luego, con una ceja más levantada que la otra, continuaba examinando de pies a cabeza a Erdosain. Al fin terminó por hacerle esta extraña pregunta:

—¿Y encontraba alguna satisfacción en robar?...

—No, ninguna...

—Y entonces, ¿cómo anda con los botines rotos?...

—Es que ganaba muy poco.

—Pero, ¿y lo que robaba?

—Nunca se me ocurrió comprarme botines con esa plata.

Y era cierto. El placer que experimentó en un principio de disponer impunemente de lo que no le pertenecía se evaporó pronto. Erdosain descubrió un día en él la inquietud que hace ver los cielos soleados como ennegrecidos de un hollín que sólo es visible para el alma que está triste.

Cuando comprobó que debía cuatrocientos pesos, el sobresalto lo volcó hacia la locura. Entonces gastó el dinero en una forma estúpida, frenética. Compró golosinas que nunca le apetecieron, almorzó cangrejos, sopas de tortuga y fritada de ranas, en restaurantes donde el derecho de sentarse junto a personas bien vestidas es

costosísimo, bebió licores caros y vinos insulsos para su paladar sin sensibilidad, y sin embargo carecía de las cosas más necesarias para el mediocre vivir, como ropa interior, zapatos, corbatas...

Daba abundantes limosnas y solía dejar a los mozos que le servían cuantiosas propinas, todo ello para acabar con los rastros de ese dinero robado que llevaba en su bolsillo y que al otro día podía volver a sustraer impunemente.

—¿De modo que no se le ocurrió comprar botines? —insistió Haffner.

—Realmente, ahora que usted me lo hace observar, me parece curioso a mí también, pero la verdad es que nunca pensé que con plata robada se pudieran comprar esas cosas.

—Y entonces, ¿en qué gastaba el dinero?

—Doscientos pesos le di a una familia amiga, los Espila, para comprar un acumulador e instalar un pequeño laboratorio de galvanoplastia, para fabricar la rosa de cobre, que es...

—La conozco ya...

—Sí, ya le hablé de eso —repuso el Astrólogo.

—¿Y los otros cuatrocientos?

—No sé... Los he gastado de una manera absurda...

—Y ahora, ¿qué piensa hacer?...

—No sé.

—¿No conoce a nadie que le pueda facilitar?...

—No, nadie. Le pedí a un pariente de mi mujer, Barsut, hace diez días. Me dijo que no podía...

—¿Lo meterán preso, entonces?

—Es claro...

El Astrólogo se volvió al macró y dijo:

—Usted ya sabe que cuento con mil pesos. Ésa es la base de todos mis proyectos. Yo a usted, Erdosain, lo único que puedo darle son trescientos pesos. También, mi amigo, ¡qué cosas hace!

De pronto Erdosain se volvió a Haffner y exclamó:

—Es que es la angustia, ¿sabe?... esa «jodida» angustia la que lo arrastra...

—¿Cómo es eso? —interrumpió el Rufián.

—Dije que es la angustia. Uno roba, hace macanas porque está angustiado. Usted camina por las calles con el sol amarillo, que parece un sol de peste... Claro. Usted tiene que haber pasado por esas situaciones. Llevar cinco mil pesos en la cartera y estar triste. Y de pronto una idea chiquita le sugiere el robo. Esa noche no puede dormir de alegría. Al otro día hace temblando la prueba y sale tan bien que no queda otro remedio que seguir..., lo mismo que cuando usted se intentó matar.

Al pronunciar estas palabras, Haffner se incorporó sobre el sillón y se tomó con las manos las rodillas. El Astrólogo hubiera querido imponer silencio a Erdosain. Era imposible, y éste continuó:

—Sí, como cuando usted se intentó matar. Yo me lo he imaginado muchas veces. Se había aburrido de ser cafishio. ¡Ah, si supiera el interés que tenía en conocerlo! Me decía: Éste debe ser un macró extraño. Claro está que de cien mil individuos que como usted viven de las mujeres se encuentra uno de su forma de ser. Usted me preguntó si yo sentía placer en robar. Y usted, ¿siente placer en ser cafishio? Dígame: ¿siente placer?... Pero, ¡qué diablo!, yo no he venido aquí para dar explicaciones, ¿saben? Lo que necesito es plata, no palabras.

Erdosain se había levantado, y ahora apretaba, temblando, entre sus dedos, el ala del sombrero. Miraba indignado al Astrólogo, cuya galera cubría el estado de Kansas en el mapa, y al Rufián, que se introdujo las manos entre el cinto y el pantalón. Éste volvió a acomodarse en el sillón forrado de terciopelo verde, apoyó la mejilla en su mano regordeta, y sonriendo burlón, dijo calmamente:

—Siéntese, amigo, yo le voy a dar los seiscientos pesos.

Los brazos de Erdosain se encogieron. Luego, sin moverse, lo miró largamente al Rufián. Éste insistió, recalcando las palabras:

—Siéntese con confianza, amigo. Yo le voy a dar los seiscientos pesos. Para eso estamos los hombres.

Erdosain no supo qué decir. La misma tristeza que estalló en él cuando el hombre de la cabeza de jabalí le dijo en el escritorio que podía irse, la misma tristeza lo enervaba ahora. ¡Entonces, la vida no era tan mala!

—Hagamos esto —dijo el Astrólogo—. Yo le doy los trescientos pesos y usted otros trescientos.

—No —dijo Haffner—. Usted necesita esa plata. Yo, no. Para eso tengo tres mujeres. —Y dirigiéndose a Erdosain, continuó—: ¿Ha visto, amigo, cómo se arreglan las cosas? ¿Está satisfecho?

Hablaba con socarrona calmosidad, con cierta cachaza de hombre de campo que siempre sabe que la experiencia que tiene de la naturaleza le permitirá encontrar una salida en la situación más complicada. Y Erdosain recién ahora percibió el candente perfume de las rosas y el gotear de la canilla en el barril que por la ventana entreabierta se escuchaba. Afuera ondulaban los caminos, iluminados por el sol, y el peso de los pájaros doblaba las ramas de los granados, consteladas de asteriscos escarlatas.

Nuevamente en los ojos del Rufián brilló la chispa de luz maliciosa. Con una ceja más levantada que la otra aguardaba la explosión de júbilo de Erdosain, mas como ésta no llegó, dijo:

—¿Hace mucho que usted vive de esa manera?

—Sí, mucho.

—¿Se acuerda usted que yo le dije una vez que de esa forma, aunque usted no me confiaba nada, no se puede vivir? —objetó el Astrólogo.

—Sí, pero no quería hablar del asunto. No sé... esas cosas que uno no puede explicarse por qué las calla a las personas con quienes más confianza tiene.

—¿Cuándo va usted a reponer ese dinero?

—Mañana.

—Bueno, entonces le voy a hacer un cheque ahora. Lo tendrá que cobrar mañana.

Haffner se dirigió al escritorio. Sacó del bolsillo la libreta de cheques y escribió firmemente la suma, firmando después.

Erdosain pasó por ese viaje sin movimiento de un minuto con la inconsciencia del que se encuentra frente a la perspectiva de un sueño, y que luego más tarde se recuerda, para afirmar que en determinadas circunstancias la vida está empapada de un fatalismo inteligente.

—Sírvase, amigo.

Erdosain recogió el cheque, y sin leerlo lo dobló en cuatro pliegos, guardándolo en su bolsillo. Todo había ocurrido en un minuto. El suceso era más absurdo que una novela, a pesar de ser él un hombre de carne y hueso. Y no sabía qué decir. Un minuto antes debía seiscientos pesos con siete centavos. Ya no los debía, y el prodigio lo había obrado un solo gesto del Rufián. Este acontecimiento era un imposible de acuerdo con la lógica que rige los procedimientos corrientes, y sin embargo nada había ocurrido. Quería decir algo. Nuevamente examinó la catadura del hombre apoltronado en el sillón de terciopelo raído. Ahora el revólver estaba de relieve bajo la tela gris del saco, y Haffner, displicente, apoyaba la azulada mejilla en sus tres dedos de uñas centelleantes. Deseaba darle las gracias al Rufián, pero no sabía con qué palabras hacerlo. Éste comprendió, y dirigiéndose al Astrólogo que se había sentado en un taburete junto al escritorio, dijo:

—¿De manera que una de las bases de su sociedad será la obediencia?...

—Y el industrialismo. Hace falta oro para atrapar la conciencia de los hombres. Así como hubo el misticismo religioso y el caballeresco, hay que crear el misticismo industrial. Hacerle ver a un hombre que es tan bello ser jefe de un alto horno como hermoso antes descubrir un continente. Mi político, mi alumno político en la sociedad será un hombre que pretenderá conquistar la felicidad mediante la industria. Este revolucionario sabrá hablar tan bien de un sistema de estampado de tejido como de la desmagnetización de un acero. Por eso lo estimé a Erdosain en cuanto lo conocí. Tenía mi misma preocupación. Usted recuerda cuántas veces hablamos de la coincidencia de nuestras miras. Crear un hombre soberbio, hermoso, inexorable, que domina las multitudes y les muestra un porvenir basado en la ciencia. ¿Cómo es posible de otro modo una revolución social? El jefe de hoy ha de ser un hombre que lo sepa todo. Nosotros crearemos ese príncipe de sapiencia. La sociedad se encargará de confeccionar su leyenda y extenderla. Un Ford o un Edison tienen mil probabilidades más de provocar una revolución que un político. ¿Usted cree que las futuras dictaduras serán militares? No, señor. El militar no vale nada junto al industrial. Puede ser instrumento de él, nada más. Eso es todo. Los futuros dictadores serán reyes del petróleo, del acero, del trigo. Nosotros, con nuestra sociedad, prepararemos ese ambiente. Familiarizaremos a la gente con nuestras teorías. Por eso

hace falta un estudio detenido de propaganda. Aprovechar los estudiantes y las estudiantas. Embellecer la ciencia, acercarla de tal modo a los hombres que de pronto...

—Yo me voy —dijo Erdosain.

Se iba a despedir de Haffner, cuando éste dijo:

—Lo acompaño.

—Entonces, un momento, oiga.

Salieron el Astrólogo y el macró un instante, luego regresaron, y al despedirse en la puerta de la quinta Erdosain volvió la cabeza para mirar al hombre gigantesco, que con el brazo encogido les hacía los gestos de un saludo.

LAS OPINIONES DEL RUFÍAN MELANCÓLICO

Y cuando ya doblaron en la esquina de la quinta, Erdosain dijo:

—¿Sabe que no tengo cómo agradecerle este enorme favor que me ha hecho? ¿Por qué me regaló usted este dinero?

El otro, que caminaba moviendo ligeramente los hombros, se volvió displicente y dijo:

—No sé. Me encontré en buen momento. Si eso uno tuviera que hacerlo todos los días... pero así... Además que, imagínese, en una semana lo recupero...

La pregunta se le escapó a Erdosain.

—¿Y cómo es que teniendo usted una fortuna sigue en la «vida»?

Haffner se volvió, agresivo, luego:

—Vea, amigo, la «vida» no es para todos los hombres. ¿Sabe? ¿Por qué yo voy a dejar tres mujeres que rinden dos mil pesos mensuales sin ningún trabajo? ¿Las dejaría usted? No. ¿Entonces?

—¿Y usted no las quiere? ¿Ninguna de ellas lo atrae especialmente?

Recién después de lanzada esta pregunta Erdosain comprendió que acababa de decir una tontería. El macró lo miró un segundo, y repuso:

—Escúcheme bien. Si mañana me viniera a ver un médico y me dijera: la Vasca se muere dentro de una semana la saque o no del prostíbulo, yo a la Vasca, que me ha dado treinta mil pesos en cuatro años, la dejo que trabaje los seis días y que reviente el séptimo.

La voz del macró había enronquecido. Había un no sé qué de amargura rabiosa en sus palabras, esa amargura que más tarde Erdosain reconocería en la voz de todos esos poltrones taciturnos y canallas aburridos.

—¿Lástima? —continuó el otro—. Amigo, a la mujer de la vida no hay que tenerle lástima. No hay mujer más perra, más dura, más amarga que la mujer de la vida. No se asombre, yo las conozco. Sólo a palos se las puede manejar. Usted cree como el noventa por ciento que el cafishio es el explotador y la prostituta la víctima.

Pero dígame: ¿para qué precisa una mujer todo el dinero que ella gana? Lo que no han dicho los novelistas es que la mujer de la vida que no tiene hombre anda desesperada buscando uno que la engañe, que le rompa el alma de cuando en cuando y que le saque toda la plata que gana, porque es así de bestia. Se ha dicho que la mujer es igual al hombre. Mentiras. La mujer es inferior al hombre. Fíjese en las tribus salvajes. Ella es la que cocina, trabaja, hace todo, mientras que el macho va de caza o a guerrear. Lo mismo pasa en la vida moderna. El hombre, salvo ganar dinero, no hace nada. Y créame, mujer de la vida a la que no se le saca el dinero, lo desprecia. Sí, señor, en cuanto le empieza a tomar cariño, lo primero que desea es que le pidan... Y qué alegría la de ella el día que usted le dice: «Ma chérie», ¿podés prestarme cien pesos? Entonces esa mujer se desata, está contenta. Al fin la sucia plata que gana le sirve para algo, para hacer feliz a su hombre. Claro, los novelistas no han escrito esto. Y la gente nos cree unos monstruos, o unos animales exóticos, como nos han pintado los saineteros. Pero venga a vivir a nuestro ambiente, conózcalo, y se va a dar cuenta que es igual al de la burguesía y al de nuestra aristocracia. La mantenida desprecia a la mujer de cabaret, la mujer de cabaret desprecia a la yiranta, la yiranta desprecia a la mujer del prostíbulo y, cosa curiosa, así como la mujer que está en un prostíbulo elige casi siempre como hombre a un sujeto de avería, la de cabaret carga con un niño bien o un doctor atorrante para que la explote. ¿La psicología de la mujer de la vida? Está encerrada en estas palabras, que me decía llorando una mujercita a quien largó un amigo mío: *Encore avec mon cu je peu soutenir un homme*. Eso no lo sabe la gente ni los novelistas. Un proverbio francés ya lo dice: *Gueuse seule ne peut pas mener son cu*.

ErDOSAIN lo contemplaba estupefacto. Haffner continuó:

—¿Quién la cuida como el cafishio? ¿Quién la cuida cuando está enferma, cuando cae presa? ¿Qué sabe la gente? Si un sábado a la mañana la oyera usted a una mujer decirle a su «marlu»: «Mon chéri, hice cincuenta latas más que la semana pasada», usted se haría cafishio, ¿sabe? Porque esa mujer le dice «hice esas cincuenta latas» con el mismo tono que una mujer honrada le diría a su marido: «Querido: este mes, por no comprarme un traje y lavarme la ropa, he economizado treinta pesos». Créame, amigo, la mujer, sea o no honrada, es un animal que tiende al sacrificio. Ha sido construida así. ¿Por qué cree usted que los padres de la Iglesia despreciaban tanto a la mujer? La mayoría de ellos habían vivido como grandes bacanes y sabían qué animalita es. Y la de la vida es peor aún. Es como una criatura: hay que enseñarle de todo. «Por aquí caminarás, frente a esta esquina no debés pasar, a tal “fioca”, no hay que saludarlo. No armés bronca con esa mujer». Todo hay que enseñárselo.

Caminaban junto a los bardales, y en el dulce atardecer las palabras del macró abrían un paréntesis de extrañeza en ErDOSAIN. Comprendía que se encontraba junto a una vida substancialmente distinta a la suya. Entonces, le preguntó:

—¿Y cómo se inició usted en la «vida»?

—En ese tiempo era joven. Tenía veintitrés años y una cátedra de matemáticas.

Porque yo soy profesor —añadió orgullosamente Haffner—, profesor de matemáticas. Con mi cátedra iba viviendo, cuando en un prostíbulo de la calle Rincón encontré una noche a una francesita que me gustó. Hace de esto diez años. Precisamente en esos días había recibido una herencia de cinco mil pesos de un pariente. Lucienne me agradó, y le ofrecí que viniera a vivir conmigo. Tenía un cafishio, el Marsellés, un gigante brutal, a quien veía de vez en cuando. No sé si por la labia, o porque era lindo, el caso es que la mujer se enamoró, y una noche de tormenta la saqué de la casa. Fue eso una novela. Nos fuimos a las sierras de Córdoba, después a Mar del Plata, y cuando los cinco mil pesos se terminaron, le dije: «Bueno, adiós idilio. Se terminó». Entonces ella me dijo: «No, mi querido, nosotros no nos separaremos más».

Ahora iban bajo las bóvedas de verdura, ramas entrelazadas y ábsides de tallos.

—Yo estaba celoso. ¿Sabe usted lo que es estar celoso de una mujer que se acuesta con todos? ¿Y sabe usted la emoción del primer almuerzo que paga ella con plata del «mishé»? ¿Se imagina la felicidad de comer con los tenedores cruzados, mientras el mozo los mira a usted y a ella sabiendo quiénes son? ¿Y el placer de salir a la calle con ella prendida de un brazo mientras los «tiras» lo relojean? ¿Y ver que ella, que se acuesta con tantos hombres, lo prefiere a usted, únicamente a usted? Eso es muy lindo, amigo, cuando se hace la carrera. Y ella es la que se preocupa de que usted se consiga otra mujer para que la explote, ella es la que la trae a su casa diciendo: «vamos a ser cuñadas», ella es la que varea a la primeriza para que levante únicamente «viajes» para usted, y cuanto más tímido y vergonzoso es usted, más goza ella en destruir sus escrúpulos, en hundirlo en su basura, y de pronto... cuando menos se acuerda se encuentra enterrado hasta los pelos en el barro... y entonces hay que bailar. Y mientras la mujer está metida hay que aprovechar, porque un día le da una viaraza, enloquece por otro, y con la misma inconsciencia con que lo siguió a usted se sacrifica de nuevo. Me dirá usted: ¿para qué necesita una mujer un hombre? Mas, desde ya le diré: Ningún dueño de prostíbulo va a tratar con una mujer. Con quien trata es con su «marlu». El cafishio le da a una mujer tranquilidad para ejercer su vida. Los «tiras» no la molestan. Si cae presa, él la saca; si está enferma, él la lleva a un sanatorio y la hace cuidar, y le evita líos y mil cosas fantásticas. Vea, mujer que en el ambiente trabaja por su cuenta termina siendo siempre víctima de un asalto, una estafa o un atropello bárbaro. En cambio, mujer que tiene un hombre trabaja tranquila, sosegada, nadie se mete con ella y todos la respetan. Y ya que ella, por un motivo o por otro, eligió su vida, es lógico que por su dinero pueda darse la felicidad que necesita.

«Claro, para usted todo esto es nuevo, pero ya se va a ir haciendo. Y si no, dígame: ¿cómo explica que haya “fioca” que tenga hasta siete mujeres? El tano Repollo llegó en sus buenos tiempos a tener once mujeres. El gallego Julio, ocho. No hay francés casi que no tenga tres mujeres. Y ellas se conocen, y no sólo se conocen, sino que saben vivir juntas y rivalizan en quién le da más, porque es un orgullo ser la

preferida de un hombre que los sosiega a los pesquisas más prepotentes de una sola mirada. Y pobrecitas, son tan locas, que uno no sabe si compadecerlas o romperles la cabeza de un palo».

Erdosain se sentía anonadado por el desprecio formidable que ese hombre revelaba hacia las mujeres. Y recordaba que en otra oportunidad el Astrólogo le había dicho: «El Rufián Melancólico es un tipo que al ver una mujer lo primero que piensa es esto: Ésta, en la calle, rendiría cinco, diez o veinte pesos. Nada más».

Y ahora sintió Erdosain que el hombre le repugnaba. Para cambiar de conversación, dijo:

—Dígame... ¿Usted cree en el éxito de la empresa del Astrólogo?

—No.

—¿Y él sabe que usted no cree?

—Sí.

—¿Y por qué usted lo acompaña?

—Yo lo acompaño relativamente, y de aburrido que estoy. Ya que la vida no tiene ningún sentido, es igual seguir cualquier corriente.

—¿Para usted la vida no tiene sentido?

—Absolutamente ninguno. Nacemos, vivimos, morimos, sin que por eso dejen las estrellas de moverse y las hormigas de trabajar.

—¿Y se aburre mucho usted?

—Regular. He organizado mi vida como la de un industrial. Todos los días me acuesto a las doce y me levanto a las nueve de la mañana. Hago una hora de ejercicio, me baño, leo los diarios, almuerzo, duermo una siesta, a las seis tomo el vermut y voy a lo del peluquero, a las ocho ceno, después salgo al café, y dentro de dos años, cuando tenga doscientos mil pesos, me retiraré del oficio para vivir definitivamente de mis rentas.

—Y en realidad, ¿cuál va a ser su intervención en la sociedad del Astrólogo?

—Si el Astrólogo consigue dinero, guiarlo en la junta de mujeres y en la instalación del prostíbulo.

—Pero usted, en su interior, ¿qué piensa del Astrólogo?

—Que es un maniático que puede tener o no éxito.

—Pero sus ideas...

—Algunas son embrolladas, otras claras, y francamente, yo no sé hasta dónde quiere apuntar ese hombre. Unas veces usted cree estar oyendo a un reaccionario, otras a un rojo, y, a decir la verdad, me parece que ni él mismo sabe lo que quiere.

—¿Y si tuviera éxito?...

—Entonces ni Dios sabe lo que puede ocurrir. ¡Ah!, a propósito, ¿usted le habló de cultivos de bacilos del cólera asiático?

—Sí... sería un magnífico medio de combate contra el ejército. Desparar un cultivo en cada cuartel. ¿Se da cuenta? Simultáneamente, treinta o cuarenta hombres pueden destruir el ejército y dejar que las masas proletarias hagan la revolución...

—El Astrólogo lo admira mucho a usted. Siempre me ha hablado de usted como de un individuo que tiene grandes posibilidades de éxito.

ErDOSain sonrió halagado.

—Sí, algo estudia uno para destruir esta sociedad. Pero volviendo a lo de antes: lo que yo no concibo es su posición respecto a nosotros...

Haffner se volvió rápidamente, midió de una mirada a ErDOSain como extrañado de los términos de éste, y luego, sonriendo burlescamente, agregó:

—Yo no estoy en ninguna posición. Entiéndame bien. A mí no me perjudica ayudar al Astrólogo. Lo demás, sus teorías, las tomo a cuenta de conversación. Él es para mí un amigo que piensa instalar un negocio, previsto y tolerado por nuestras leyes. Eso es todo. Ahora, que el dinero que él gane con ese negocio lo invierta en una sociedad secreta o en un convento de monjas, personalmente no me interesa. Ya ve usted entonces que mi actuación en la famosa sociedad no puede ser más inocente.

—¿Y a usted le resulta lógico pensar que una sociedad revolucionaria se base en la explotación del vicio de la mujer?

El Rufián frunció los labios. Luego, mirando de reojo a ErDOSain, se explicó:

—Lo que usted dice no tiene sentido. La sociedad actual se basa en la explotación del hombre, de la mujer y del niño. Vaya, si quiere tener conciencia de lo que es la explotación capitalista, a las fundiciones de hierro de Avellaneda, a los frigoríficos y a las fábricas de vidrio, manufactura de fósforos y de tabaco. —Reía desagradablemente al decir estas cosas—. Nosotros, los hombres del ambiente, tenemos a una o dos mujeres; ellos, los industriales, a una multitud de seres humanos. ¿Cómo hay que llamarles a esos hombres? ¿Y quién es más desalmado, el dueño de un prostíbulo, o la sociedad de accionistas de una empresa? Y sin ir más lejos, ¿no le exigían a usted que fuera honrado con un sueldo de cien pesos y llevando diez mil en la cartera?

—Tiene razón... pero, entonces, ¿por qué me facilitó el dinero?

—Eso es harina de otro costal.

—Pero a mí me preocupa.

—Bueno, hasta la vista.

Y antes de que ErDOSain pudiera contestarle, el Rufián tomó por una diagonal arbolada. Andaba apresuradamente. ErDOSain le miró un instante, luego echó a caminar tras él, y le alcanzó junto a una esquina. Haffner se volvió irritado, y ya estridente exclamó:

—¿Se puede saber qué es lo que quiere usted de mí?...

—¿Lo que quiero?... Quiero decirle esto: Que no le agradezco absolutamente nada el dinero que me ha dado. ¿Sabe? ¿Quiere el cheque? Aquí lo tiene.

Y, efectivamente, se lo alcanzaba, pero el Rufián lo examinó esta vez despreciativamente:

—No sea ridículo ¿quiere? Vaya y pague.

Los alambros ondularon ante los ojos de ErDOSain. Sufría visiblemente, porque

palideció hasta quedar amarillo. Se apoyó en un poste, creía que iba a vomitar. Haffner, detenido ante él, le preguntó condescendiente:

—¿Se le pasa el mareo?

—Sí... un poco...

—Usted está mal... tiene que hacerse ver...

Caminaron unos pasos en silencio. Como el exceso de luz le molestaba a Erdosain, cruzaron a la vereda que estaba en la sombra. Llegaron así hasta la estación del ferrocarril. Haffner caminaba lentamente por el andén. De pronto se volvió a Erdosain:

—¿Nunca le ha ocurrido a usted tener antojos crueles acerca de las personas?

—Sí, a veces...

—Qué raro... porque ahora estaba recordando la manía que tuve un tiempo de inducir a la prostitución a una muchacha que estaba ciega...

—¿Y todavía vive?

—Sí, es hija de una corsetera. Tiene diez y siete años. No sé por qué, frente a esa muchacha se me ocurren las ideas más feroces.

—¿La trata todavía?...

—Sí, ahora está embarazada.

—¿Se da cuenta? Una ciega embarazada. Un día de éstos lo voy a llevar. La va a conocer. Un espectáculo interesante, le prevengo. ¿Se da cuenta? Ciega y preñada. Es mala, siempre anda con agujas en las manos... Además es golosa como una cerda. A usted le va a interesar.

—Y usted piensa...

—Sí, en cuanto el Astrólogo instale el prostíbulo la primera que va a entrar va a ser ella. La tendremos escondida: será el plato raro...

—¿Sabe que usted es más raro que ella?

—¿Por?...

—Porque uno no puede explicárselo a usted. Mientras usted me hablaba de la ciega, yo pensaba en lo que me había contado el Astrólogo. Que usted tuvo relaciones con una mujer honesta, que el azar llevó esta mujer honesta a su casa y que usted la respetó. Más aún, déjeme hablar: esa mujer lo quería a usted, era virgen, ¿por qué la respetó?

—Eso no tiene importancia. Un poco de dominio de sí mismo, nada más.

—¿Y el caso del collar?

Erdosain sabía, por el Astrólogo, que el Rufián le había pedido una prueba material de cariño a una bailarina; que ésta, entre otras mujeres, se había desprendido de un magnífico collar que le regalara un amante, un viejo importador de tejidos. La escena fue curiosa, porque el viejo se encontraba en las intermediaciones. Haffner recibió el collar y entre el asombro de todos lo sopesó, examinó el quilate de las piedras y luego se lo devolvió sonriendo burlescamente.

—Lo del collar es sencillo —repuso Haffner—. Yo estaba un poco bebido. Eso no

me impedía saber que el gesto que yo hacía me daría un prestigio enorme entre esa canalla del cabaret, sobre todo en las mujeres, que son un poco fantasiosas. Lo curioso del asunto es que media hora después vino el viejo que le había regalado el collar a René, a darme humildemente las gracias por no haber querido yo aceptar el regalo. ¿Se da cuenta? Desde otra mesa había seguido tembloroso la escena, y si no intervino fue por temor a suscitar un escándalo. Pero había temblado por el destino de su collar... Ya ve usted cuánta suciedad... pero allí viene el tren para La Plata. Querido amigo, hasta pronto... ¡Ah!, concurra a la reunión que el miércoles hay en la casa del Astrólogo. Va a encontrar otros más interesantes que yo.

Erdosain cruzó pensativo a la plataforma donde salían los trenes para Buenos Aires. Indudablemente, Haffner era un monstruo.

EL HUMILLADO

A las ocho de la noche llegó a su casa.

—El comedor estaba iluminado... Pero expliquémonos —dijo Erdosain—, mi esposa y yo habíamos sufrido tanta miseria, que el llamado comedor consistía en un cuarto vacío de muebles. La otra pieza hacía de dormitorio. Usted me dirá cómo siendo pobres alquilábamos una casa, pero éste era un antojo de mi esposa, que recordando tiempos mejores, no se avenía a no «tener armado» su hogar.

»En el comedor no había más muebles que una mesa de pino. En un rincón colgaban de un alambre nuestras ropas, y otro ángulo estaba ocupado por un baúl con conteras de lata y que producía una sensación de vida nómada que terminaría con un viaje definitivo. Más tarde, cuántas veces he pensado en la “sensación de viaje” que aquél baúl barato, estibado en un rincón, lanzaba a mi tristeza de hombre que se sabe al margen de la cárcel.

»Como le contaba, el comedor estaba iluminado. Al abrir la puerta me detuve. Aguardábame mi esposa, vestida para salir, sentada junto a la mesa. Un tul negro cubría hasta el mentón su carita sonrosada. A su derecha, junto a los pies, estaba una valija, y al otro lado de la mesa, un hombre se puso de pie cuando yo entré, mejor dicho, cuando la sorpresa me detuvo en el umbral.

»Así permanecimos los tres un segundo... El capitán de pie, con una mano apoyada en la tabla de la mesa y otra en la empuñadura de la espada, mi esposa con la cabeza inclinada, y yo frente a ellos, olvidando los dedos en el canto de la puerta. Aquel segundo me fue suficiente para no olvidar más al otro hombre. Era grande, de reciedumbre atlética dentro de la tela del uniforme. Al apartar los ojos de mi esposa, su mirada recobró una dureza curiosa. No exagero si digo que me examinaba con insolencia, como a un inferior. Yo continué mirándolo. Su grandor físico contrastaba con la ovalada pequeñez de su rostro, con la delicadeza de la fina nariz y la austeridad de sus labios apretados. En el pecho llevaba la insignia de piloto aviador.

»Mis primeras palabras fueron:

»—¿Qué pasa aquí?

»—El señor... —mas avergonzándose, se corrigió—. Remo —dijo llamándome por el nombre—. Remo, yo no voy a vivir más con vos».

Erdosain no tuvo tiempo de temblar. El capitán tomó la palabra:

—Su esposa, a quien he conocido hace un tiempo...

—¿Y dónde la conoció usted?

—¿Por qué preguntas esas cosas? —interrumpió Elsa.

—Sí, cierto —objetó el capitán—. Usted comprenderá que ciertas cosas no deben preguntarse...

Erdosain se ruborizó.

—Quizá usted tenga razón... disculpe...

—Y como usted no ganaba para mantenerla...

Apretando el cabo del revólver en el bolsillo de su pantalón, Erdosain miró al capitán. Luego, involuntariamente, sonrió pensando que nada tenía que temer, ya que podía matarlo.

—No creo que pueda causarle gracia lo que le digo.

—No; sonreía de una ocurrencia estúpida... ¿Así que también le contó eso?

—Sí, y además me habló de usted como de un genio en desgracia...

—Hablamos de tus inventos...

—Sí... de su proyecto de metalizar las flores...

—¿Por qué te vas, entonces?

—Estoy cansada, Remo.

Erdosain sintió que el furor le encrespaba la boca en malas palabras. La hubiera insultado, mas al pensar que el otro podía aplastarle la cara a puñetazos retuvo la injuria, replicando:

—Vos siempre estuviste cansada. En tu casa estabas cansada... aquí... allá... también en la montaña... ¿te acordás?

No sabiendo qué responder, Elsa inclinó la cabeza.

—Cansada... ¿qué es lo que tenés de cansada vos?... Y todas están cansadas, no sé por qué... pero están cansadas... Usted, capitán, ¿no está cansado también?

El intruso lo observó largamente.

—¿Y qué entiende usted por cansancio?

—El aburrimiento, la angustia... ¿no se ha fijado usted que éstos parecen los tiempos de tribulación de que habla la Biblia? Así lo nombra un amigo mío que se ha casado con una coja. La coja es la ramera de las Escrituras...

—Nunca me di cuenta de eso.

—En cambio yo sí. A usted le parecerá extraño que le hable de sufrimientos en estas circunstancias... pero es así... los hombres están tan tristes que tienen necesidad de ser humillados por alguien.

—Yo no veo tal cosa.

—Claro, usted con su sueldo... ¿Qué sueldo gana usted? ¿Quinientos? ...

—Más o menos.

—Claro, con ese sueldo es lógico...

—¿Qué es lógico?

—Que no sienta su servidumbre.

El capitán detuvo su mirada severa en Erdosain.

—Germán, no le haga caso —interrumpió Elsa—. Remo está siempre con esa historia de la angustia.

—¿Es cierto?

—Sí... ella, en cambio, cree en la felicidad, en el sentido de «eterna felicidad» que estaría en su vida si pudiera pasar los días entre fiestas...

—Detesto la miseria.

—Claro, porque vos no creés en la miseria... la horrible miseria está en nosotros, es la miseria de adentro... del alma que nos cala los huesos como la sífilis.

Callaron. El capitán, ostensiblemente aburrido, examinaba sus uñas, cuidadosamente lustradas.

Elsa miraba fijamente tras los rombos del velo, el semblante demacrado de aquel esposo que tanto quisiera un día, en tanto que Erdosain se preguntaba por qué existía en él un vacío tan inmenso, vacío en el que su conciencia se disolvía sin acertar con palabras que ladraban su pena de un modo eterno.

De pronto el capitán levantó la cabeza.

—¿Y cómo piensa usted metalizar sus flores?

—Fácilmente... Se toma una rosa, por ejemplo, y se la sumerge en una solución de nitrato de plata disuelto en alcohol. Luego se coloca la flor a la luz que reduce el nitrato a plata metálica, quedando de consiguiente la rosa cubierta de una finísima película metálica, conductora de corriente. Luego se trata por el común procedimiento galvanoplástico del cobreado... y, naturalmente, la flor queda convertida en una rosa de cobre. Tendría muchas aplicaciones.

—La idea es original.

—¿No le decía yo, Germán, que Remo tiene talento?

—Lo creo.

—Sí, puede ser que tenga talento, pero me falta vida... entusiasmo... algo que sea como un sueño extraordinario... una mentira grande que empuje la realización... pero, hablando de todo un poco, ¿esperan ustedes ser felices?

—Sí.

Otra vez sobrevino el silencio. En torno de la lámpara amarilla los tres semblantes parecían tres mascarillas de cera. Erdosain sabía que dentro de breves instantes todo terminaría y escarbando en su angustia, le preguntó al capitán:

—¿Por qué vino usted a mi casa?

El otro vaciló, después:

—Tenía interés en conocerlo.

—¿Le parecía divertido?

El capitán se sonrojó:

—No... le juro que no.

—¿Y entonces?

—Curiosidad de conocerlo. Su esposa me habló mucho de usted en estos últimos tiempos. Además, nunca imaginé encontrarme en una situación semejante... en realidad, no podría explicarme por qué he venido.

—¿Ha visto usted? Hay cosas inexplicables. Yo, desde hace un rato, trato de explicarme por qué no lo mato de un tiro teniendo el revólver aquí, en el bolsillo.

Elsa levantó la cabeza hacia Erdosain, que estaba a la cabecera de la mesa... El capitán preguntó:

—¿Qué es lo que lo contiene?

—En verdad, no sé... o... sí, tengo la seguridad de que es por esto. Creo que en el corazón de cada uno de nosotros hay una longitud de destino. Es como una adivinación de las cosas por intermedio de un misterioso instinto. Lo que ahora me sucede, lo siento comprendido en esa longitud de destino... algo así como si lo hubiera visto ya... no sé en qué parte...

—¿Cómo?

—¿Qué decís?

—No era porque vos me dieras motivo... no... ya te digo... una certidumbre remota.

—No lo entiendo.

—Yo sí me entiendo. Vea, es así. De pronto a uno se le ocurre que tienen que sucederle determinadas cosas en la vida... para que la vida se transforme y se haga nueva.

—¿Y vos?

—¿Usted cree que su vida?...

Erdosain, desentendiéndose de la pregunta, continuó:

—Y lo de ahora no me extraña. Si usted me dijera que fuese a comprarle un paquete de cigarrillos, a propósito, ¿tiene un cigarrillo usted?

—Sírvase... ¿y luego?

—No sé. En estos últimos tiempos he vivido incoherentemente... aturdido por la angustia. Ya ve con qué tranquilidad converso con usted.

—Sí, siempre esperó él algo extraordinario.

—Y vos también.

—¿Cómo? ¿Usted, Elsa, también?

—Sí.

—¿Pero usted?

—Siga, capitán, yo lo entiendo. Usted quiere decir que lo extraordinario de Elsa está ocurriendo ahora ¿no?

—Sí.

—Pues está equivocado, ¿no es cierto, Elsa?

—¿Vos creés?

—Decí la verdad, vos esperarás algo extraordinario que no es esto ¿no?

—No sé.

—¿Ha visto, capitán? Siempre fue ésa nuestra vida. Estábamos los dos en silencio junto a esta mesa...

—Callate.

—¿Para qué? Estábamos sentados y comprendíamos sin decírnos, lo que éramos, dos desdichados, de un desigual deseo. Y cuando nos acostábamos ...

—¡Remo!

—¡Señor Erdosain!

—Déjense de aspavientos ridículos... ¿no se van a acostar ustedes acaso?

—De esta forma no podemos seguir hablando.

—Bueno, y cuando nos separábamos teníamos esta idea semejante: ¿Y el placer de la vida y del amor consiste en esto?... Y sin decir nada comprendíamos que pensábamos en lo mismo... mas cambiando de tema... ¿piensan ustedes quedarse aquí en la ciudad?

—Nos iremos a España por un tiempo.

Súbitamente Erdosain tuvo la fría sensación del viaje.

Y le parecía verla a Elsa en el pasamano, bajo la hilera de vidriosos ojos de buey, contemplando el hilo azul de la distancia. El sol caía en los amarillos trinquetes de los mástiles y en los aguilonos negros de los guinches. Atardecía, pero ellos permanecían con el pensamiento fijo en otros climas, a la sombra de las camareras, apoyados en la pasarela blanca. El viento soplaba yodado en las olas y Elsa miraba las aguas a través de cuyo enrejado cambiante se animaba su sombra.

Por momentos volvía la cara empalidecida y entonces ambos parecían escuchar un reproche que subía de lo profundo del mar.

Y Erdosain se imaginaba que les decía:

—¿Qué hicieron del pobre muchachito? («Por que yo, a pesar de mi edad, era como un muchacho —decíame más tarde Remo—. ¿Usted comprende, un hombre que se deja llevar la mujer en sus barbas... es un desgraciado... es como un muchacho, comprende usted?»).

Erdosain se apartó de la alucinación. Aquella pregunta que le surgió, estaba ahondada contra su voluntad en él.

—¿Me vas a escribir?

—¿Para qué?

—Sí, claro, ¿para qué? —repitió cerrando los ojos. Sentíase ahora más que nunca caído en una profundidad no soñada por hombre alguno.

—Bueno, señor Erdosain —y el capitán se levantó—, nosotros nos retiramos.

—¡Ah, se van!... ¿Se van ya?

Elsa le tendió su mano enguantada.

—¿Te vas?

—Sí... me voy... comprendés que...

—Sí... comprendo...

—No podía ser, Remo.

—Sí, claro... no podía ser... claro...

El capitán, describiendo un círculo en torno de la mesa, tomó la valija, la misma valija que Elsa trajo el día de su matrimonio.

—Señor Erdosain, adiós.

—A sus órdenes, capitán... pero una cosa... ¿se van... vos, Elsa... vos te vas?

—Sí, nos vamos.

—Permiso, me voy a sentar. Permítame un momento, capitán... un momentito.

El intruso reprimió palabras de impaciencia. Tenía unos brutales deseos de gritar a ese marido: «¡A ver, firme, imbécil!», mas por consideración a Elsa se retuvo.

De pronto Erdosain abandonó la silla. Con lentitud fue hasta un rincón del cuarto. Luego, volviéndose bruscamente al capitán, dijo con voz clara, en la que se adivinaba el contenido deseo de que fuera suave:

—¿Sabe usted por qué no lo mato como a un perro?

Los otros se volvieron alarmados.

—Pues porque estoy en frío.

Ahora Erdosain caminaba de un lado a otro de la habitación, con las manos cruzadas a la espalda. Ellos lo observaban, esperando algo.

Por fin, el marido, sonriendo con un esguince pálido, continuó suavemente, languidecida su voz en una desesperación de sollozo retenido:

—Sí, estaba en frío... estoy en frío. —Ahora su mirada se había tornado vaga, pero sonreía con la misma sonrisa, extraña, alucinada—. Escúchenme... esto no tendrá explicación para ustedes, pero yo sí le he encontrado la explicación.

Sus ojos brillaban extraordinariamente y su voz enronqueció a través del esfuerzo que hizo por hablar.

—Vean... mi vida ha sido horriblemente ofendida... horriblemente magullada.

Calló, deteniéndose en un ángulo de la pieza. En su rostro se mantenía la sonrisa extraña del hombre que está viviendo un sueño peligroso. Elsa, repentinamente irritada, mordía la punta de su pañuelo. El capitán, de pie, aguardaba.

De pronto Erdosain sacó el revólver del bolsillo y lo arrojó a un rincón. La «browing» desconchó el revoque del muro, golpeando pesadamente en el suelo.

—¡Para lo que sirve este trasto! —murmuró. Luego, con una mano en el bolsillo del saco y la sien apoyada en el muro, habló despacio—: Sí... mi vida ha sido horriblemente ofendida... humillada. Créalo, capitán. No se impaciente. Le voy a contar algo. Quien comenzó este feroz trabajo de humillación fue mi padre. Cuando yo tenía diez años y había cometido alguna falta, me decía: «Mañana te pegaré». Siempre era así, mañana... ¿Se da cuenta?, —mañana... Y esa noche dormía, pero dormía mal, con un sueño de perro, despertándome a medianoche para mirar asustado

los vidrios de la ventana y ver si ya era de día, mas cuando la luna cortaba el barrote del ventanillo, cerraba los ojos, diciéndome: «falta mucho tiempo». Más tarde me despertaba otra vez, al sentir el canto de los gallos. La luna ya no estaba allí, pero una claridad azulada entraba por los cristales, y entonces yo me tapaba la cabeza con las sábanas para no mirarla, aunque sabía que estaba allí... aunque sabía que no había fuerza humana que pudiera echarla a esa claridad. Y cuando al fin me había dormido para mucho tiempo, una mano me sacudía la cabeza en la almohada. Era él que me decía con voz áspera: «Vamos... es hora». Y mientras yo me vestía lentamente, sentía que en el patio ese hombre movía la silla. Al salir él estaba inmóvil como un soldado junto a la silla. «Vamos», me gritaba otra vez, y yo, hipnotizado, iba en línea recta hacia él; quería hablar, pero eso era imposible ante su espantosa mirada. Caía su mano sobre mi hombro obligándome a arrodillarme, yo apoyaba el pecho en el asiento de la silla, tomaba mi cabeza entre sus rodillas, y, de pronto, crueles latigazos me cruzaban las nalgas. Cuando me soltaba, corría llorando a mi cuarto. Una vergüenza enorme me hundía el alma en las tinieblas. Porque las tinieblas existen aunque usted no lo crea.

Elsa miraba sobresaltada a su esposo. El capitán, de pie, cruzados los brazos, escuchaba aburrido. Erdosain sonreía con vaguedad. Continuó:

—Yo sabía que a la mayoría de los chicos los padres no les pegaban y en la escuela, cuando les oía hablar de sus casas, me paralizaba una angustia tan atroz que si estábamos en clase y el maestro me llamaba, yo lo miraba atontado, sin darme cuenta del sentido de sus preguntas, hasta que un día me gritó: «¿Pero usted, Erdosain, es un imbécil que no me oye?». Toda la clase se echó a reír, y desde ese día me llamaron Erdosain «el imbécil». Y yo, más triste, sintiéndome más ofendido que nunca, callaba por temor a los latigazos de mi padre, sonriendo a los que me insultaban... pero tímidamente. ¿Se da cuenta, capitán? Lo insultan a usted... y usted todavía sonrío tímidamente, como si le hicieran un favor al injurarlo.

El intruso frunció el ceño.

—Más tarde —permítame capitán—, más tarde me llamaron muchas veces «el imbécil». Entonces súbitamente el alma se me recogía a lo largo de los nervios, y esa sensación de que el alma se escondía avergonzada dentro de mi misma carne, me aniquilaba todo coraje; sintiendo que me hundía cada vez más y mirando a los ojos al que me injuriaba, en vez de tumbarlo de una cachetada, me decía: *¿Se dará cuenta este hombre hasta qué punto me humilla?* Luego me iba; comprendía que los otros no hacían más que terminar lo que había comenzado mi padre.

—Y ahora —repuso el capitán—, ¿yo también lo hundo?

—No hombre, usted no. Naturalmente, he sufrido tanto, que ahora el coraje está en mí encogido, escondido. Yo soy mi espectador y me pregunto: ¿Cuándo saltará mi coraje? Y ése es el acontecimiento que espero. Algún día algo monstruosamente estallará en mí y yo me convertiré en otro hombre. Entonces, si usted vive, iré a buscarle y le escupiré en la cara.

El intruso lo miró sereno.

—Pero no por odio, sino para jugar con mi coraje, que me parecerá la cosa más nueva del mundo... Ahora, puede usted retirarse.

El intruso vaciló un instante. La mirada de Erdosain, inmensamente agrandada, estaba fija en él. Tomó la valija y salió.

Elsa se detuvo temblorosa ante su esposo.

—Bueno, me voy, Remo... era necesario que esto terminara así.

—Pero, ¿tú... tú?...

—¿Y qué querías que hiciese?

—No sé.

—¿Y entonces? Quédate tranquilo, te pido. Ya te dejé la ropa preparada. Cambiate el cuello. Siempre le hacés pasar vergüenza a una.

—Pero tú, Elsa... ¿tú? ¿Y nuestros proyectos?

—Ilusiones, Remo... esplendores.

—Sí, esplendores... pero ¿dónde aprendiste esa palabra tan linda? Esplendores.

—No sé.

—¿Y nuestra vida estará siempre desecha?

—¿Qué querés? Sin embargo yo fui buena. Después te tomé odio... pero ¿por qué no fuiste también igual?...

—¡Ah, sí!... igual... igual...

Lo aturdía la pena como un gran día de sol en el trópico. Se le caían los párpados. Hubiera querido dormir. El sentido de las palabras se hundía en su entendimiento con la lentitud de una piedra en un agua demasiado espesa. Cuando la palabra tocaba en el fondo de conciencia, fuerzas oscuras retorcían su angustia. Y durante un instante, en el fondo de su pecho, quedaban flotando y estremecidos como en el fangal de un charco, sus hierbajos de sufrimientos. Ella continuó con la voz apaciguada por una resignación interior.

—Ahora es inútil... ahora yo me voy. ¿Por qué no fuiste bueno vos? ¿Por qué no trabajaste?

Erdosain tuvo la certidumbre de que en aquel instante Elsa era tan desdichada como él, y una piedad inmensa lo hizo caer al borde de la silla, aplastada la cabeza sobre el brazo estirado en la mesa.

—¿Así que te vas? ¿De veras que te vas?

—Sí, quiero ver si nuestra vida mejora, ¿sabés? Mirá mis manos —y desenguantando la diestra la presentó magullada por los fríos, mordida por las lejías, picoteada por las agujas de la costura, oscurecida por el hollín de las cacerolas.

Erdosain se levantó, envarado por una alucinación.

Veía a su desdichada esposa en los tumultos monstruosos de las ciudades de portland y de hierro, cruzando diagonales oscuras a la oblicua sombra de los rascacielos, bajo una amenazadora red de negros cables de alta tensión, entre una multitud de hombres de negocios protegidos por paraguas. Su carita estaba más

pálida que nunca, pero ella lo recordaba mientras el aliento de los desconocidos se cortaba en su perfil.

—«¿Dónde estará mi muchachito?».

ErDOSain interrumpió su proyección de futuro:

—Elsa... ya sabés... vení cuando quieras... podés venir... pero decí la verdad, ¿me quisiste alguna vez?

Despaciosamente levantó ella los párpados. Sus pupilas se agrandaron. La voz llenaba el cuarto de calidez humana. A ErDOSain le parecía vivir ahora.

—Siempre te quise... ahora también te quiero... nunca, ¿por qué nunca hablaste como esta noche? Siento que te voy a querer toda la vida... que el otro a tu lado es la sombra de un hombre...

—Alma, mi pobre alma... qué vida la nuestra... qué vida...

Un rizo de sonrisa encrespó dolorosamente los labios de ella. Elsa lo miró ardientemente un instante. Luego, con la voz seria de promesas:

—Mirá... esperame. Si la vida es como siempre me dijiste, yo vuelvo, ¿sabés?, y entonces, si vos querés, nos matamos juntos... ¿Estás contento?

Una ola de sangre subió hasta las sienes del hombre.

—Alma, qué buena sos, alma... dame esa mano —y mientras ella, aún sobrecogida, sonreía con timidez, ErDOSain se la besó—. ¿No te enojás, alma?

Ella enderezó la cabeza grave de dicha.

—Mirá Remo... yo voy a venir ¿sabés? y si es cierto lo que decís de la vida... sí, yo vengo... voy a venir.

—¿Vas a venir?

—Con lo que tenga.

—¿Aunque seas rica?

—Aunque tenga todos los millones de la tierra, vengo. ¡Te lo juro!

—¡Alma, pobre alma! ¡Qué alma la tuya! Sin embargo, vos no me conociste... no importa... ¡ah, nuestra vida!

—¡Nuestra vida... es cierto, nuestra vida!

—No importa. Estoy contenta. ¿Te das cuenta de tu sorpresa, Remo? Estás solito, de noche. Estás solo... de pronto, cric... la puerta se abre... y soy yo... ¡yo que he venido!

—Estás con un traje de baile... zapatos blancos y tenés un collar de perlas.

—Y vine sola, a pie por las calles oscuras, buscándote... pero vos no me ves, estás solo... la cabeza...

—Decí... hablá... hablá...

—La cabeza apoyada en la mano, el codo en la mesa... me mirás... y de pronto...

—Te reconozco y te digo: Elsa, ¿sos vos, Elsa?

—Y yo te contesto: Remo, yo vine, ¿te acordás de esa noche? Esa noche es esta noche y afuera sopla el gran viento y nosotros no tenemos frío ni pena. ¿Estás contento, Remo?

—Sí, te juro que estoy contento.

—Bueno, me voy.

—¿Te vas?

—Sí...

El semblante del hombre se deformó en la súbita pena.

—Bueno, andate.

—Hasta pronto, mi esposo.

—¿Qué dijiste?

—Te digo esto, Remo: esperame. Aunque tenga todos los millones del mundo, yo vuelvo.

—Bueno... entonces adiós... pero dame un beso.

—No, cuando vuelva... adiós, mi esposo.

De pronto, Erdosain, lanzado por un espasmo sin nombre, la tomó brutalmente de las manos por los pulsos.

—Decime: ¿te acostaste con él?

—Soltame, Remo... yo no creía que vos...

—Confesá, ¿te acostaste o no?

—No.

En el marco de la puerta se detuvo el capitán. Una flojedad inmensa relajó los nervios de sus dedos. Erdosain sintió que caía y ya no vio más.

CAPAS DE OSCURIDAD

Nunca tuvo conciencia de cómo se arrastró hasta su cama.

El tiempo dejó de existir para Erdosain. Cerró los ojos obedeciendo a la necesidad de dormir que reclamaban sus entrañas doloridas. De tener fuerzas se hubiera arrojado a un pozo. Borbotones de desesperación se apelotonaban en su garganta asfixiándolo, y los ojos se le volvieron más sensibles para la oscuridad que una llaga a la sal. A instantes rechinaba los dientes para amortiguar el crujir de los nervios, enrigecidos dentro de su carne que se abandonaba con flojedad de esponja a las olas de tinieblas que deyectaba su cerebro.

Tenía la sensación de caer en un agujero sin fondo y apretaba los párpados cerrados. No terminaba de descender, ¿quién sabe cuántas leguas de longitud invisible tenía su cuerpo físico, que no acababa de detener el hundimiento de su conciencia amontonada ahora en un enrizamiento de desesperación! De sus párpados caían sucesivas capas de oscuridad más densa.

Su centro de dolor se debatía inútilmente. No encontraba en su alma una sola hendidura por donde escapar. Erdosain encerraba todo el sufrimiento del mundo, el dolor de la negación del mundo. ¿En qué parte de la tierra podrá encontrarse un hombre que tuviera la piel erizada de más pliegues de amargura? Sentía que no era ya

un hombre, sino una llaga cubierta de piel, que se pasmaba y gritaba a cada latido de sus venas. Y sin embargo, vivía. Vivía simultáneamente en el alejamiento y en la espantosa proximidad de su cuerpo. Él no era ya un organismo envasado sufrimientos, sino algo más inhumano... quizás eso... un monstruo enroscado en sí mismo en el negro vientre de la pieza. Cada capa de oscuridad que descendía de sus párpados era un tejido placentario que lo aislaba más y más del universo de los hombres. Los muros crecían, se elevaban sus hiladas de ladrillos, y nuevas cataratas de tinieblas caían a ese cubo donde él yacía enroscado y palpitante como un caracol en una profundidad oceánica. No podía reconocerse... dudaba que él fuera Augusto Remo Erdosain. Se apretaba la frente entre las yemas de los dedos, y la carne de su mano le parecía extraña y no reconocía la carne de su frente, como si estuviera fabricado su cuerpo de dos sustancias distintas. ¿Quién sabe lo que ya había muerto en él? Sólo perduraba para su sensibilidad una conciencia forastera a lo que le había ocurrido, un alma que no tendría el largo de la hoja de una espada y que vibraba como una lamprea en el agua de su vida enturbiada. Hasta la conciencia de ser, en él no ocupaba más de un centímetro cuadrado de sensibilidad. El resto se desvanecía en la oscuridad. Sí, él era un centímetro cuadrado de hombre, un centímetro cuadrado de existencia prolongando con su superficie sensible la incoherente vida de un fantasma. Lo demás había muerto en él, se había confundido con la placenta de tinieblas que blindaba su realidad atroz.

Cada vez más fuerte se hacía en él la revelación de que estaba en el fondo de un cubo de portland. ¡Sensación de otro mundo! Un sol invisible iluminaba para siempre los muros, de un anaranjado color de tempestad. El ala de un ave solitaria soslayaba lo celeste sobre el rectángulo de los muros, pero él estaría para siempre en el fondo de aquel cubo taciturno, iluminado por un anaranjado sol de tempestad.

Luego, la capacidad de su vida quedó reducida a aquel centímetro cuadrado de sensibilidad. Hasta se le hacía «visible» el latido de su corazón, y era inútil querer rechazar la espantosa figura que lo lastraba en el fondo de aquel abismo, un momento negro y otro anaranjado. Con que aflojara un poquito tan sólo su voluntad, la realidad que contenía hubiera gritado en sus oídos. Erdosain no quería y quería mirar... pero era inútil... su esposa estaba allí, en el fondo de una habitación tapizada de azul. El capitán se movía en un rincón. Él sabía, aunque nadie se lo había dicho, que era un dormitorio diminuto, de forma hexagonal y ocupado casi enteramente por una cama ancha y baja. No quería mirarla a Elsa... no... no quería, pero si le hubieran amenazado de muerte no por eso hubiera dejado de estar con la mirada fija en el hombre que se desnudaba ante ella... ante su legítima esposa que ahora no estaba con él... sino con otro. Más fuerte que su miedo fue su necesidad de más terror, de más sufrimiento, y de pronto, ella, que se cubría los ojos con los dedos, corría hacia el hombre desnudo, de piernas tiasas, se apretaba contra él y ya no rehuía la cárdena virilidad erguida en el fondo azul.

Erdosain se sintió aplanado en una perfección de espanto. Si lo hubieran pasado

por entre los rodillos de un laminador, más plana no podría ser su vida. ¿No quedaban así los sapos que sobre la huella trincaba la rueda de la carreta, aplastados y ardientes? Pero no quería mirar, tan no quería, que ahora veía con nitidez cómo Elsa se apoyaba sobre el cuadrado pecho velludo del hombre, mientras que las manos de él recogían las mandíbulas de la mujer para levantar el rostro hacia su boca.

Y de pronto Elsa exclamaba: «Yo también, mi querido... yo también». Su semblante había enrojecido de desesperación, los vestidos se atorbellinaban en torno del triángulo de sus muslos blancos como la leche, y con los ojos extasiados en el rígido músculo del hombre que temblaba, ella descubrió la crin de su sexo, sus senos erguidos... ¡ah!... ¿por qué miraba?

Inútilmente, Elsa..., sí, Elsa, su legítima esposa, trataba con la mano pequeña de abarcar toda la virilidad en una caricia. El hombre, bajo el aullido de su deseo, se apretaba las sienes, se cubría los ojos con el antebrazo; pero ella inclinada sobre él le clavaba este hierro candente en los oídos: «¡Sos más lindo que mi esposo! ¡Qué lindo que sos, Dios mío!».

Si lentamente le hubieran torcido la cabeza sobre el cuello para atornillar en su alma, profundamente, esa visión atroz, no podría sufrir más. Padecía tanto que de interrumpirse ese dolor, su espíritu estallara como un «shrapnel». ¿Cómo es que el alma puede soportar tanto dolor? Y sin embargo quería sufrir más. Que encima de un tajo le partieran el dorso con un hacha en varias partes... Y si en cuatro trozos lo hubieran arrojado a un cajón de basura hubiera continuado sufriendo. No había un centímetro cuadrado en su cuerpo que no soportara esa altísima presión de angustia.

Todas las cuerdas se habían roto bajo la tensión del espantoso torno, y repentinamente una sensación de reposo equilibró sus miembros.

Ya no deseaba nada. Su vida corría silenciosamente cuesta abajo, como un lago después del quebrantamiento de su dique, y, sin dormir, pero con los párpados cerrados, el desvanecimiento lúcido era más anestésico para su dolor que un sueño de cloroformo.

Notablemente latía su corazón. Con dificultad movió la cabeza para separar el cuero cabelludo de la almohada recalentada, y se dejó estar sin otra sensación de vivir que esa frescura en la nuca y el entreabrirse y cerrarse de su corazón, que como un ojo enorme, abría el soñoliento párpado para reconocer las tinieblas, nada más. ¿Nada más que las tinieblas?

Elsa estaba tan lejos de su memoria que, en esa hipnosis transitoria, le parecía mentira haberla conocido. Quién sabe si existía físicamente. Antes podía verla, ahora tenía que hacer un gran esfuerzo para reconocerla... y apenas la reconocía. La verdad es que ella no era ella ni él era él. Ahora su vida corría silenciosamente cuesta abajo, se sentía en un retroceso de años, el niño que miraba un árbol verde que sombreaba el desaparecer continuo de un río entre algunas piedras con manchas rojas. El mismo era una cascada de carne en las oscuridades. ¡Vaya a saber cuándo terminaría de desangrarse! Y sólo era notable el cerrarse y entreabrirse de su corazón que como un

ojo enorme abría su párpado soñoliento para reconocer la oscuridad. El foco eléctrico de la mitad de cuadro filtraba por una hendidura un ramalazo de plata que caía sobre el tul del mosquitero. Su sensibilidad se recobraba dolorosamente.

Él era Erdosain. Se reconocía ahora. Arqueaba con un gran esfuerzo la espalda. Pero debajo de la puerta que cerraba la entrada al comedor, se distinguía una franja amarilla. Se había olvidado de apagar la luz. Él debía... ¡ah, no! no, Elsa se ha ido... él debe seiscientos pesos con siete centavos a la Limited Azucarer Company... pero no, ya no los debe, si tiene un cheque...

¡Ah, la realidad, la realidad!

El oblicuo paralelograma de luz que llegaba desde la calle a platear el tul del mosquitero, era la noción de que vivía como antes, como ayer, como hace diez años.

No quisiera ver esa raya de luz, como cuando era pequeño no quería «ver esa claridad azulada que entraba por los cristales, aunque sabía que estaba allí, aunque sabía que no había fuerza humana que pudiera espantar esa claridad». Sí, semejantemente a cuando su padre le decía que al otro día le iba a pegar. No era lo mismo ahora. Aquella otra claridad era azulada, ésta de plata, mas tan estridente y anunciadora de lo verdadero como la luz antigua. El sudor le humedecía las sienes y el cerco de cabellos. Elsa se había ido y ¿no vendría más? ¿Qué diría Barsut?

LA BOFETADA

De pronto, alguien se detuvo frente a la puerta de calle. Erdosain comprendió que era él y saltó de la cama. Como de costumbre Barsut golpeaba tratando de no hacer ruido.

Enronquecida la voz, Erdosain le gritó:

—Entrá: ¿qué hacés que no entrás?

Cargando el cuerpo sobre los talones entró Barsut.

—Ahora voy —gritó Remo mientras el otro entraba al comedor.

Y cuando entró, ya Barsut se había sentado, cruzándose de piernas, dando, como de costumbre, la espalda a la puerta y el perfil en dirección al ángulo sudeste de la pieza.

—¿Qué hacés?

—¿Cómo te va?

Cargaba el codo en la orilla de la mesa, pues apoyaba la mejilla en la barba y la luz ponía una rojidez de cobre en la blanca carnosidad de la mano. Bajo las cejas, alargadas hacia las sienes, sus ojos verdes atemperaban la dura vidriosidad en una temperatura de pregunta.

Y Erdosain distinguía su semblante como a través de una neblina de luces titilantes en lo alto, la frente huida con las sienes hacia las orejas puntiagudas, la huesuda nariz de ave carnífera, el mentón chato para soportar tremendos golpes y el prolijo nudo de la corbata negra arrancando del cuello almidonado.

Torpe el timbre de voz, el otro preguntó:

—¿Y Elsa?

—Salió.

Callaron y Erdosain se quedó contemplando el ángulo recto que formaban la manga gris del saco en la blanca orilla de la mesa, y la mejilla que iluminaba la lámpara con un rojo de cobre hasta el dorso de la nariz, mientras que la otra mitad del rostro permanecía, desde la raíz de los cabellos hasta el hoyuelo del mentón, en una oscuridad donde la ojera ahondaba un cuévano de sombra. Barsut movía lentamente una pierna cruzada sobre la otra.

—¡Ah! —escuchó Erdosain y preguntó—: ¿Qué decís?

—¡Nada!...

Es que Erdosain había escuchado aquel «ah» pronunciado unos segundos antes, recién ahora.

—¿Salió Elsa?...

—No... se fue.

Barsut enderezó la cabeza, sus cejas se levantaron para dejar entrar más luz a los párpados, y con los labios ligeramente entreabiertos, sopló:

—¿Se fue?

Erdosain arrugó el ceño, examinó al soslayo los zapatos del otro, y entrecerrando los párpados, espionando con esa mirada filtrada a través de las pestañas y la angustia de Barsut, dejó caer lentamente:

—Sí... se... fue... con... un... hombre...

Y guiñando el párpado izquierdo como el Rufián Melancólico, inclinó la cabeza, levantando la piel de la frente mientras el otro ojo desmesuradamente parecía burlarse de Barsut. Abollando con el mentón la tiesura del cuello, éste agachó poderosamente la cebaza. Bajo la bronceada raya de sus cejas, fieramente aguardaban las pupilas.

Erdosain continuó:

—¿Ves? Allí está el revólver. Los pude matar y sin embargo no lo hice. Qué curioso animal es el hombre, ¿no?

—¿Y vos te dejaste llevar la mujer en tus barbas?

En Erdosain el odio antiguo, exasperado por la humillación reciente, se convertía ahora en un motivo de júbilo cruel y con la voz temblorosa en la garganta, reseca la boca de rencor, exclamó:

—¿Qué te interesa a vos?

Una enorme bofetada lo hizo trastabillar sobre la silla. Más tarde recordó que el brazo de Barsut retrocedía y avanzaba amasando su carne. Se tapó el rostro con las dos manos, quiso escapar a esa mole que siempre avanzaba sobre él como una fuerza desencadenada de la naturaleza. Su cabeza golpeó sordamente contra el muro y cayó.

Cuando volvió en sí, Barsut estaba arrodillado a su lado. Notó que tenía el cuello desprendido y unos hilos de agua le corrían hasta la garganta. Desde el tabique nasal le subía por el hueso un dolor titilante, y a cada momento le parecía que iba a

estornudar. Las encías le sangraban lentamente y bajo la inflamación de los labios se notaban los dientes.

Erdosain se levantó trabajosamente y cayó sobre una silla; Barsut estaba tan pálido que dos llamas parecían escapar de sus ojos. De los pómulos a las orejas, haces de músculos trazaban dos arcos temblorosos. Erdosain tenía la sensación de bambolearse en un sueño interminable, pero comprendió cuando el otro lo tomó del brazo, diciéndole:

—Mirá, escúpime a la cara, si querés, pero dejame hablar. Es necesario que te cuente todo. Sentate... así, ahí. —Erdosain se había levantado inconscientemente—. Oíme, hacé el favor. Vos ves ¿no? Yo puedo matarte a trompadas... recién se me fue la mano... te juro... si querés te pido perdón de rodillas. Qué querés, soy así. Mirá... ah... ah... si la gente supiera.

Erdosain escupió sangre. Una franja de temperatura le abrasaba la frente entrándole por las sienes y yéndole a punzar hasta la nuca. La espalda se le encorvó tanto que dejó apoyada la cabeza en la orilla de la mesa. Barsut, al verle así, le preguntó:

—¿Querés lavarte la cara? Te va a hacer bien. Esperá un momento, no salgás. — Y corrió hacia la cocina, de donde volvió con la palangana llena de agua—. Lavate. Eso te va a hacer bien. ¿Querés que te friccione? Mirá, perdoname, fue un impulso. Vos también, ¿por qué guiñaste un ojo como burlándote? Lavate, haceme el favor.

Erdosain, en silencio, se levantó y sumergió varias veces la cara en la palangana. Cuando le faltaba la respiración retiraba el rostro de la superficie del agua. Luego se sentó y el aire le evaporaba la humedad de los cabellos, junto a las sienes. ¡Qué cansado estaba! ¡Ah, si lo viera Elsa! ¡Cómo lo compadecería! Cerró los ojos. Barsut arrimó la silla a su lado y dijo:

—Es necesario que te cuente todo. Si no lo hiciera me sentiría un canalla. Ya ves, te hablo tranquilo. Mirá, si no lo creés poneme la mano en el corazón. Te soy sincero. Bueno, yo... yo te..., yo te denuncié a la Azucarera... yo fui el que mandó el anónimo.

Erdosain ni levantó la cabeza. Él u otro ¡qué importaba!

Barsut lo miró; esperaba quién sabe qué palabras, y dijo:

—¿Por qué no decís nada? Sí, yo te denuncié. ¿Te das cuenta? Yo te denuncié. Quería hacerte meter preso, quedarme con Elsa, humillarla. ¡No te imaginás las noches que he pasado pensando que te meterían preso! Vos no tenías de dónde sacar la plata y forzosamente ellos te denunciarían. Pero, ¿por qué no decís nada?

Erdosain levantó los párpados. Barsut estaba allí, sí, era él, y decía todas esas cosas. De los pómulos a las orejas, bajo la piel, el reflejo de los músculos temblaba imperceptiblemente.

Barsut bajó los ojos, apoyó los codos en las rodillas como si se encontrase frente a un fogón, y con voz lenta insistió:

—Es necesario que te cuente todo. ¿A quién sino a vos le podría contar todas

estas cosas que hacen doler el corazón? Dicen, es cierto, que el corazón no duele, pero creelo, a momentos me digo: ¿Para qué vivir? ¿A dónde va la vida si yo soy así? ¿Te das cuenta? Vos tenés que ver todo lo que he cavilado pensando estas cosas. Mirá, ni debía contártelas. ¿Cómo es eso que uno le hace una canallada a una persona, luego se acerca a ella y le cuenta sus más íntimos secretos, y no siente remordimiento? Yo mismo me he dicho muchas veces: ¿Por qué no siento remordimiento? ¿Qué vida es ésta si hacemos una barbaridad y no sentimos nada? ¿Comprendés vos esto? De acuerdo a lo que hemos estudiado en el colegio, un crimen termina por volverlo loco al delincuente, ¿y cómo es que en la realidad vos hacés uno y te quedás lo más tranquilo?

ErDOSain continuaba con la mirada fija en Barsut y ahora la imagen de aquel hombre se depositaba en el fondo de su conciencia. Las fuerzas de su vida ceñían el pálido relieve de una malla tan intensa que el calco que se verificaba en aquellos instantes ya nunca más se borraría.

—Mirá —continuó Barsut—, yo sabía que me tenías rabia, que de haberme podido matar lo hubieras hecho, y eso me alegraba y entristecía a un tiempo. ¡Cuántas noches me acosté pensando en el modo de secuestrarte! Hasta se me ocurrió mandarte una bomba por correo, o una víbora en una caja de cartón. O pagarle a un chofer para que te atropellara por la calle. Cerraba los ojos y las horas se me pasaban pensando en ustedes. ¿Vos te pensás que la quería a ella? —ErDOSain observó más tarde que en la conversación de esa noche Barsut evitó llamar a Elsa por su nombre—. No, no la he querido nunca. Pero me hubiera gustado humillarla, ¿sabés? Humillarla porque sí; verte a vos hundido para que ella me pidiera de rodillas que te ayudara. ¿Te das cuenta? Nunca la he querido. Si te denuncié fue por eso, para humillarla a ella que siempre fue tan orgullosa conmigo. Y cuando vos dijiste que habías defraudado a la Azucarera, una alegría de salvaje me revolvió las entrañas. Y no terminabas de hablar cuando yo me dije: bueno, vamos a ver ahora dónde termina su orgullo.

ErDOSain dejó escapar la pregunta:

—Pero, ¿vos la querías?

—No, no la he querido nunca. ¡Si supieras lo que me ha hecho sufrir! ¿Quererla yo a ella, que nunca me dio la mano? Cada vez que me miraba me parecía que me escupía a la cara. ¡Ah, vos fuiste el marido, pero nunca la conociste! ¡Qué sabés vos qué mujer es ella! Mirá, te podría ver morir y no tendría un gesto de lástima. ¿Te das cuenta? Me acuerdo. Cuando la casa Astraldi quebró y ustedes se quedaron en la calle, si ella me hubiera pedido todo lo que yo tenía, se lo hubiera dado. Le hubiera dado toda mi fortuna para que me dijera «gracias». Nada más que gracias. Para que me dijera esa palabra yo me hubiera quedado sin nada. Un día que entablé una conversación me contestó: *Remo es suficiente hombre para ganar para nosotros dos*. ¡Ah, vos no la conocés! Sería capaz de verte morir sin hacer un gesto. Y yo pensaba. ¡Cuántas cosas, Dios mío, pasan por la cabeza de un hombre! Me tiraba en una cama

y me ponía a imaginar cosas... vos habías asesinado a un hombre... era necesario salvarte y entonces ella me venía a pedir que te ayudara y yo, sin decirle una palabra de mis sacrificios, corría de un lado a otro. ¡Qué mujer, Remo! ¡Qué mujer! Me acuerdo de cuando cosía. Me hubiera quedado al lado ¿sabés? sosteniéndole la costura, y yo sabía que no era feliz con vos. Lo veía en la cara, en su cansancio, en su sonrisa.

Erdosain recordó las palabras que Elsa había pronunciado hacía una hora.

—*No importa... Estoy contenta. ¿Te das cuenta de tu sorpresa, Remo? Estás solito de noche, estás solo... De pronto, cric... la puerta se abre... y soy yo... yo, que he venido.*

Barsut continuó:

—Y claro, yo me preguntaba qué era lo que le hacía soportar la vida a tu lado, al lado de un hombre como vos...

—*Y vine a pie sola por las calles oscuras, buscándote, pero vos no me ves, estás solo, la cabeza...*

Erdosain sentía que las ideas se le atorbellinaban en la superficie del cerebro como un remolino de agua. El cono gigante hundía la espiral hasta la raíz de sus miembros. Torbellino cuyo roce suave arrancaba a su alma una ternura dolorida, nueva. ¡Qué buenas las palabras de Elsa, qué extraordinario contenido!

—*Siempre te quise. Ahora también te quiero... nunca, ¿por qué nunca hablaste como esta noche? Siento que te voy a querer siempre, que el otro a tu lado es la sombra de un hombre.*

Erdosain tenía ahora la certidumbre de que estas palabras, salvaban para siempre su alma, mientras que Barsut amontonaba una envidiosa angustia:

—Y yo hubiera querido preguntarle a ella qué es lo que encontraba a tu lado, abrirte el pecho delante de ella y demostrarle hasta cansarla que vos eras un loco, un canalla, un cobarde... Te juro que digo estas palabras sin rabia.

—Lo creo —repuso Erdosain.

—Ahora mismo, yo me pregunto, mirándote: ¿Con qué ojos mira una mujer a un hombre? Eso es lo que nunca sabremos. ¿No te parece? Vos para mí eras un desgraciado, al que de un revés se lo saca uno de adelante. Pero para ella, ¿quién eras vos? Ése es el punto oscuro. ¿Lo supiste alguna vez? Decime francamente: ¿supiste vos en tu corazón qué hombre eras para tu mujer? ¿Qué es lo que ella vio en vos para sufrir tanto a tu lado, y soportarte como lo hizo?

¡Qué gravemente conversaba Barsut! Sus enronquecidas preguntas requerían una contestación. Erdosain lo sentía en sus inmediaciones, no como a un hombre, sino precisamente como a un doble, un espectro de nariz huesuda y cabello de bronce que de pronto se había convertido en un pedazo de su conciencia, ya que como ésta en otras circunstancias, él ahora le dirigía las mismas preguntas. Sí, era probable que para vivir tranquilo fuera necesario exterminarlo, y la «idea» se reveló fríamente en él.

—Semejante a una espada entrando en un bloque de algodón —diría más tarde Erdosain.

Barsut ni remotamente se imaginó que en aquel instante, Remo acababa de condenarlo a muerte. Explicándome luego las circunstancias de esa concepción, Erdosain me decía:

«¿Usted ha visto a un general en un campo de batalla?... Pero para hacerle más accesible mi idea le diré como inventor: Usted busca durante cierto tiempo la solución de un problema. Usted sabe, tiene la seguridad de que la clave, el secreto, está en usted, pero no lo puede conocer, tan cubierto está el secreto de capas de misterio. Y un día, en el momento más inesperado, de pronto el plan, la visión completa de la máquina, aparece ante sus ojos, deslumbrándolo con su fácil exactitud. ¡Es algo maravilloso! Imagínese un general en un campo de batalla... todo está perdido, y de pronto, clara, precisa, se le aparece una solución que jamás había soñado concebir, y que, sin embargo, tenía allí al alcance de su mano, en el interior de sí mismo. Yo, en aquel instante, supe que tenía que hacerlo matar a Barsut, y él, frente a mí, amontonando palabras inútiles, no se imaginaba que yo, con la boca hinchada, la nariz dolorida, retenía una alegría estupenda, un deslumbramiento semejante a lo que se experimenta cuando lo que se ha descubierto es fatal como una ley matemática. Quizás exista también una matemática del espíritu cuyas terribles leyes no son tan inviolables como las que rigen las combinaciones de los números y de las líneas^[1]. Porque es curioso. Aquella bofetada que aún me hacía sangrar la encía, como el cuño de una prensa hidráulica estampó en mi conciencia las líneas definitivas de un plan de muerte. ¿Se da cuenta? Un plan son tres líneas generales, tres admisibles líneas rectas, nada más. Y en tumulto, se amontonaba mi regocijo sobre ese relieve en frío cuyas sintéticas líneas encerraban esto: secuestrar a Barsut, hacerlo matar y con su dinero fundar la sociedad secreta como deseaba el Astrólogo. ¿Se da cuenta usted? El plan del crimen surgió espontáneamente en mí, mientras que el otro hablaba tristemente de nuestras dos almas condenadas. El plan apareció en mí como si lo hubieran estampado en una plancha de hierro a miles de libras de presión.

»¡Ah! ¿Cómo explicarle? De pronto yo me olvidé de todo retenido por una contemplación helada, llena de gozo, algo así como la aurora que descubre un trasnochador consuetudinario que lo alivia de su cansancio en la mañana que sucedió a una noche llena de fatigas. ¿Se da cuenta? Hacerlo asesinar a Barsut por un hombre que imperiosamente necesitaba dinero para llevar a cabo una idea genial. Y esta nueva aurora que latía en mí estaba tan perfectamente individualizada que muchas veces, más tarde, me he preguntado qué secreto llega a encerrar el alma de un hombre al que, sucesivamente, van mostrando horizontes nuevos, descascarando sensaciones que para él mismo son un asombro por su origen aparentemente ilógico».

En el curso de esta historia he olvidado decir que cuando Erdosain se entusiasmaba, giraba en torno de la «idea» eje con palabras numerosas. Necesitaba agotar todas las posibilidades de expresión, poseído por ese frenesí lento que a través

de las frases le daba a él la conciencia de ser un hombre extraordinario y no un desdichado. Que decía la verdad, no me cabía duda. Lo que muchas veces me confundió fue la pregunta que a mí mismo me hice: ¿de dónde sacaba ese hombre energías para soportar su espectáculo tanto tiempo? No hacía otra cosa que examinarse, que analizar lo que en él ocurría, como si la suma de detalles pudiera darle la certidumbre de que vivía. Insisto. Un muerto que tuviera el poder de conversar no hablaría más que él, para cerciorarse de que en apariencia no estaba muerto.

Barsut, sin darse cuenta de todo lo que acababa de ocurrir en el otro, continuó:

—¡Ah!, vos no la conociste... no la conociste nunca. Fijate, escuchá lo que te voy a contar. Una tarde fui a verte, sabía que no estabas, quería encontrarme con ella, verla no más, aunque fuera. Llegué sudando, no sé cuántas cuadras caminé al sol antes de resolverme.

—Igual que yo, al sol —pensó Erdosain.

—Y eso que vos sabés que a mí no me faltaba plata para tomar un automóvil, y aun cuando pregunté por vos, ella, sin moverse del umbral, me contestó: «Disculpe, no lo hago pasar porque no está mi esposo». ¿Te das cuenta qué perra?

Erdosain pensó:

—Todavía hay un tren para Témperley.

Barsut continuó:

—Y yo que te veía tan pobre hombre, me dije: ¿qué le habrá visto Elsa a este infeliz para enamorarse de él?

Con tranquilísima voz le preguntó Erdosain:

—¿Y en la cara se me nota que soy un infeliz?

Barsut levantó la cabeza, extrañado. Durante un momento mantuvo inmóviles las translúcidas pupilas verdosas en su interlocutor. El lienzo de luz que caía sobre él y Erdosain interponía una distancia de ensueño. Y Barsut se comprendía tan fantasma como el otro, porque moviendo penosamente la cabeza, como si repentinamente todos los músculos del cuello se le hubieran enrígido, contestó:

—No, mirándote bien parecés un tipo agarrado por una idea fija... vaya a saber qué.

Erdosain repuso:

—Sos psicólogo. Naturalmente, yo no sé todavía en qué consiste esa idea fija, pero es curioso, lo que nunca se me ocurrió fue que vos pensaras en quitarme mi mujer... Y la tranquilidad con que decís esas palabras...

—No me negarás que te soy franco...

—No...

—Además, quería humillarla... no robártela; ¿para qué? Si yo sabía que nunca me querría.

—¿Y en qué lo adivinabas?

—En todo. Desde adentro le veía una frialdad como un bloque, a través de los

ojos...

—Y entonces ¿a qué venías?

—Eso es lo que no sé. Porque uno hace ciertas cosas que no se puede explicar. Porque te trataba y vos me tratabas no pudiéndonos «pasar». Venía porque viniendo te hacía sufrir y sufría. Todos los días me decía: No iré más... no iré más... Pero en cuanto llegaba la hora, me ponía nervioso. Era como si me llamaran desde algún lado, y entonces me vestía apurado... venía...

Erdosain de pronto tuvo una idea singular, y dijo:

—Hablando de todo un poco... No sé si sabrás que esta mañana me hablaron en la Azucarera del anónimo. Si no rindo cuentas me ponen preso mañana. El único culpable, y creo que no tendrás inconveniente en admitirlo, de que esto pase sos vos, de modo que me tenés que facilitar la plata. ¿De dónde voy a sacar esa cantidad?

Barsut se irguió asombrado.

—Pero, ¿cómo? ¿Después que yo resulto cornudo y apaleado, después que Elsa se va y hago una infamia, el que tiene que dar la plata soy yo? ¿Vos estás loco? ¿Con qué ventaja te voy a dar seiscientos pesos?...

—Con siete centavos...

Erdosain se levantó.

—¿Ésa es tu última palabra?

—Pero, comprendé, ¿cómo yo?...

—Bueno, «m'hijo»... Paciencia. Ahora haceme el favor de irte, que quiero dormir.

—¿No querés que salgamos?

—Estoy cansado. Dejame.

Barsut vaciló. Luego, levantándose y con el sombrero cogido de un ala, salió torpemente de la pieza.

Erdosain escuchó el golpe que hizo la puerta al cerrarse, caviló ceñudo un instante, buscó en su bolsillo una guía de ferrocarriles, miró el horario, luego volvió a lavarse, y ante el espejo se peinó. Tenía el labio amoratado, una mancha roja bordeaba la nariz, así como otra circunvalaba la sien junto a la entrada del cabello.

Miró en derredor buscando algo, vio el revólver caído, lo recogió y salió. Pero como dejara la luz encendida, volvió y apagó la lámpara. Todo estaba oscuro ahora; como el rastro de una luz brilló ante sus ojos y salió. Por segunda vez en aquel día iba a la casa del Astrólogo.

«SER» A TRAVÉS DE UN CRIMEN

Un trozo de andén de la estación de Témperley estaba débilmente iluminado por la luz que salía de una puerta de la oficina de los telegrafistas. Erdosain sentóse en un banco junto a las palancas para los cambios de vías, en la oscuridad. Tenía frío y tal

vez fiebre. Además, experimentaba la impresión de que la idea criminosa era una continuidad de su cuerpo, como el hombre de tiniebla que pudiera arrojar en la luz. Un disco rojo brillaba al extremo del brazo invisible del semáforo; más allá otros círculos rojos y verdes estaban clavados en la oscuridad, y la curva del riel galvanoplastiado de esas luces sumergía en las tinieblas su redondez azulenta o carminosa. A veces la luz roja o verde descendía. Luego todo permanecía quieto, dejando de rechinar las cadenas en las roldanas y cesando el roce de los alambres en las piedras.

Quedóse amodorrado.

—¿Qué hago yo aquí? ¿Por qué me quedo aquí? ¿Es cierto que quiero matarlo? ¿O es que quiero tener la voluntad de sentir el deseo de matarlo? ¿Es necesario eso? Ahora ella estará revolcándose con él. Pero, ¿qué me importa a mí? Antes, cuando la sabía sola en casa, mientras yo estaba en el café, sufría por ella, sufría, porque era desdichada a mi lado..., ahora..., claro; ya se habrá dormido, ella con la cabeza sobre el pecho de él. ¡Nombre de Dios! ¿Y ésta es la vida? ¡Estar perdidos, siempre perdidos! Pero yo ¿seré realmente el que soy? ¿O seré otro? ¡La extrañeza! ¡Vivir con extrañeza! Eso es lo que me pasa. Igual que a él. Cuando está lejos me lo imagino tal cual es, canalla, desdichado. Casi me rompe la nariz. ¡Pero qué formidable! ¡Resulta ahora que el cornudo y apaleado es él y no yo! ¡Yo!... ¡Realmente, la vida es una bufonada! Y sin embargo hay algo serio. ¿Por qué me repugna cuando está cerca?

Unas sombras se mecían ante la vidriera amarilla de los telegrafistas.

—¿Matarlo o no matarlo? ¿Qué me importa eso a mí? ¿Me importa matarlo? Seamos sinceros. ¿Me importa matarlo? ¿O es que no me importa nada? ¿Que me da igual que viva? Y sin embargo quiero tener la voluntad de matarlo. Si ahora viniera un dios y preguntara: ¿Quieres tener fuerzas para destruir a la humanidad? ¿Yo la destruiría? ¿La destruiría yo? No, no la destruiría. Porque el poder hacerlo le quitaría interés al asunto. Además, ¿qué iba a hacer yo solo en la tierra? ¿Mirar cómo se oxidaban los dínamos en los talleres y cómo se desmoronaban los esqueletos que estaban a caballo encima de las calderas? Cierto es que él me ha abofeteado, pero, ¿me importa eso? ¡Qué lista! ¡Qué colección! El capitán, Elsa, Barsut, el Hombre de Cabeza de Jabalí, el Astrólogo, el Rufián, Ergueta. ¡Qué lista! ¿De dónde habrán salido tantos monstruos? Yo mismo estoy descentrado, no soy el que soy, y, sin embargo, algo necesito hacer para tener conciencia de mi existencia, para afirmarla. Eso mismo, para afirmarla. Porque yo soy como un muerto. No existo ni para el capitán ni para Elsa, ni para Barsut. Ellos si quieren pueden hacerme meter preso, Barsut abofetearme otra vez, Elsa irse con otros en mis barbas, el capitán llevársela nuevamente. Para todos soy la negación de la vida. Soy algo así como el no ser. *Un hombre no es como acción, luego no existe.* ¿O existe a pesar de no ser? Es y no es. Ahí están esos hombres. Seguramente tienen mujer, hijos, casa. Quizá son unos miserables. Pero si alguien tratara de invadir su casa, de arrebatárles un centavo o de tocarles la mujer, se volverían como fieras. ¿Y yo por qué no me he rebelado? ¿Quién

puede contestarme a esta pregunta? Yo mismo no puedo. Sé que existo así, como negación. Y cuando me digo todas estas cosas yo no estoy triste, sino que el alma se me queda en silencio, la cabeza en vacío. Entonces, después de ese silencio y vacío me sube desde el corazón la curiosidad del asesinato. Eso mismo. No estoy loco, ya que sé pensar, razonar. Me sube la curiosidad del asesinato, curiosidad que debe ser mi última tristeza, la tristeza de la curiosidad. O el demonio de la curiosidad. Ver cómo soy a través de un crimen. Eso, eso mismo. Ver cómo se comporta mi conciencia y mi sensibilidad en la acción de un crimen.

Sin embargo, estas palabras no me dan la sensación del crimen del mismo modo que el telegrama de una catástrofe en China no me da la sensación de la catástrofe. Es como si yo no fuera el que piensa el asesinato, sino otro. Otro que sería como yo, un hombre liso, una sombra de hombre, a la manera del cinematógrafo. Tiene relieve, se mueve, parece que existe, que sufre, y, sin embargo, no es nada más que una sombra. Le falta vida. Que diga Dios si esto no está bien razonado. Bueno: ¿qué es lo que haría el hombre sombra? El hombre sombra percibirá el hecho, pero no sentiría su pesantez, porque le faltaría volumen para contener un peso. Es sombra. Yo también veo el suceso, pero no lo contengo. Ésta debe ser una teoría nueva. ¿Qué diría un Juez del Crimen de conocerla? ¿Se daría cuenta de lo sincero que soy? Mas ¿cree esa gente en la sinceridad? Fuera de mí, de los límites de mi cuerpo, existe el movimiento, pero para ellos la vida mía debe ser tan inconcebible como vivir al mismo tiempo en la Tierra y en la Luna. Yo soy la nada para todos. Y sin embargo, si mañana tiro una bomba, o asesino a Barsut, me convierto en el todo, en el hombre que existe, el hombre para quien infinitas generaciones de jurisconsultos prepararon castigos, cárceles y teorías. Yo, que soy la nada, de pronto pondré en movimiento ese terrible mecanismo de polizontes, secretarios, periodistas, abogados, fiscales, guardacárceles, coches celulares, y nadie verá en mí un desdichado sino un hombre antisocial, el enemigo que hay que separar de la sociedad. ¡Eso sí que es curioso! Y sin embargo, sólo el crimen puede afirmar mi existencia, como sólo el mal afirma la presencia del hombre sobre la tierra. Y yo sería el Erdosain en particular, el monstruo Erdosain previsto, temido, caracterizado por el código, y entre los miles de Erdosain anónimos que infectan el mundo, sería el otro Erdosain, el auténtico, el que es y será. Realmente, es curioso todo esto. Sin embargo, a pesar de todo existen las tinieblas y el alma del hombre es triste. Infinitamente triste. Mas la vida no puede ser así. Un sentimiento interno me dice que la vida no debe ser así. Si yo descubriera la particularidad de por qué la vida no puede ser así, me pincharía, y como un globo me desinflaría de todo este viento de mentira, y quedaría de mi apariencia actual un hombre flamante, fuerte como uno de los primeros dioses que animaron la creación. Con todo esto me he ido a las ramas. ¿Lo veo o no al Astrólogo? ¿Qué dirá cuando me vea llegar otra vez? Quizá me espere. Él es, como yo, un misterio para mí mismo. Ésa es la verdad. Sabe tanto hacia dónde va como yo. La sociedad secreta. Toda la sociedad se resume en él en estas palabras: la sociedad secreta. Otro demonio. ¡Qué

colección! Barsut, Ergueta, el Rufián y yo... Ni expresamente se podía reunir tales ejemplares. Y para colmo, la ciega embarazada. ¡Qué bestia!

El vigilante de la estación pasó por segunda vez ante Erdosain. Remo comprendió que llamaba la atención del hombre y entonces, levantándose, se dirigió hacia la casa del Astrólogo. No había luna. Los arcos voltaicos lucían entre las áreas enramadas de las bocacalles. De alguna esquina salían los sonos de un piano y a medida que caminaba, su corazón se empequeñecía más, oprimido por la angustia que le producía el espectáculo de la felicidad que adivinaba tras de los muros de aquellas casas refrescadas por las sombras, y frente a cuyas puertas cocheras se hallaba detenido un automóvil.

LA PROPUESTA

El Astrólogo se disponía a acostarse cuando escuchó pasos en el sendero que conducía a la casa. Como el perro no ladró, entreabrió el postigo. Un paralelogramo de luz cortó las tinieblas hasta la cúpula de los granados y por este cajón amarillo vio avanzar a Erdosain, a quien la luz daba de lleno en el rostro.

—¡Qué curioso! —pensó el Astrólogo—. ¡Todavía no me había fijado que este muchacho usa sombrero de paja! ¿Qué es lo que querrá? —Y después de asegurarse de que tenía el revólver en la cintura (este movimiento era instintivo en él) abrió la cerradura de la puerta y Erdosain entró.

—Creí que estaba acostado.

—Pase.

Erdosain pasó al escritorio. Todavía estaba allí el mapa de los Estados Unidos con las banderas negras clavadas en los territorios donde dominaba el Ku-Klux-Klan. El Astrólogo había estado trabajando en un horóscopo porque sobre la mesa estaba la caja de compases abierta. El viento que entraba por la reja movía los papeles, y Erdosain, después de esperar que aquél guardara algunos documentos en el armario, se sentó dando la espalda al jardín.

Ya allí, quedóse mirando el anchuroso semblante del otro, la nariz torcida arrancando de la frente tumultuosa, la oreja arrepollada, el pecho enorme contenido dentro de la ropa negra y sin lustre, su cadena de cobre cruzando de parte a parte el chaleco, el anillo de acero con una piedra violeta en su mano de dedos deformes y piel curtida. Ahora que el hombre estaba sin sombrero, se veía que su cabello era crespo, enmarañadísimo y corto. Había estirado las piernas y cargaba todo el cuerpo sobre los brazos del sillón. Con sus botas sin lustrar parecía un hombre de la montaña, quizás un buscador de oro. ¿Por qué no habían de ser así los buscadores de oro de la Patagonia? —pensó Erdosain, y sin explicarse su distracción se quedó mirando el mapa de los Estados Unidos y repitiendo mentalmente las palabras que le había escuchado esa tarde al Astrólogo, mientras con el puntero le señalaba los

Estados federales al Rufián.

—El Ku-Klux-Klan es fuerte en Texas, Ohio, Indianápolis, Oklahoma, Oregón...

—¿Y qué dice, amigo... cómo?...

—¡Ah, es cierto!... He venido a verle...

—Precisamente yo me iba a acostar. Estuve trabajando en el horóscopo de un imbécil...

—Si le molesto me voy.

—No, quédese. ¿Se ha trompeado usted? ¿Qué es lo que le pasa?

—Muchas cosas. Dígame, si usted pudiera... ¿No se va a asombrar de la pregunta?... Si usted, para fundar su logia, es decir, para conseguir los veinte mil pesos que se necesitan, si para conseguir veinte mil pesos tuviera que matar a un individuo, ¿usted lo mataría?

El Astrólogo se incorporó en la silla, quedando ahora su cuerpo, soliviantado por el asombro, en ángulo recto... Y aunque su cabeza estaba erguida por los pensamientos que en él había suscitado Erdosain, aquélla parecía pesar prodigiosamente sobre sus hombros. Restregóse las manos, y escrutó el rostro de Remo.

—¿Por qué se le ocurre hacerme esta pregunta?

—Es que he encontrado el candidato que tiene veinte mil pesos. Lo podemos secuestrar, y si se niega a firmarnos el cheque lo torturamos.

El Astrólogo frunció el ceño. Ante los enigmas que encerraba esa propuesta, su perplejidad acrecentóse, y con los dedos de la mano izquierda comenzó a hacer girar el anillo sobre el anular de la derecha. La piedra violeta pasaba a cada instante frente a la cadena de bronce, y aunque él mantenía el rostro inclinado, bajo las líneas de sus cejas, sus pupilas horizontales escudriñaban el rostro de Erdosain. Y la nariz torcida cobraba en esa posición el vigor de una defensa con el mentón hundido en la negra tela del corbatín.

—A ver, explíqueme todo eso, porque yo no entiendo ni una palabra.

Ahora se había incorporado y su rostro parecía desafiar una lluvia de golpes.

—Es fácil y genial. Mi mujer esta noche se ha ido a vivir con otro hombre. Entonces él...

—¿Quién es él?...

—Barsut, el primo de mi mujer... Gregorio Barsut, vino a verme y a confesarme que fue él quien me denunció a la Azucarera.

—¡Ah!... ¿Fue él quien lo denunció?

—Sí, y para colmo...

—Pero, ¿por qué motivo lo denunció?

—¡Qué sé yo!... Para humillarme... En fin, es medio loco. Un individuo que vive frenéticamente. Tiene veinte mil pesos. El padre murió en un manicomio. Él va a terminar también allí. Los veinte mil pesos son la herencia de una tía paterna.

El Astrólogo se cogió la frente. Estaba más perplejo que nunca. A él le interesaba

el asunto, mas no lo comprendía. Insistió:

—Cuénteme todo con detalle, ordenadamente.

Erdosain recomenzó su relato. Narró todo lo que conocemos. Hablaba despacio, meticulosamente, pues había desaparecido de él esa tensión nerviosa que precedía a la propuesta que le hizo al Astrólogo.

Ahora estaba sentado al borde de la silla, la espalda arqueada, los codos apoyados en las rodillas, las mejillas enrejadas por los dedos; la mirada fija en el pavimento. La piel amarilla pegada a los huesos planos del semblante le daba la apariencia de un tísico. Un cúmulo de iniquidades salía de su garganta, sin interrupciones, sordamente, como si recitara una lección estampada al frío en el plano de su conciencia. El Astrólogo, tapados los labios con los dedos, lo escuchaba mirándolo extrañado. Se había imaginado muchas cosas, mas no tantas.

Con una lentitud derivada del exceso de atención para no equivocarse, Erdosain acumulaba angustias, humillaciones, recuerdos, sufrimientos, noches que pasó sin dormir, riñas espantosas. Dijo entre otras cosas:

—Le parecerá mentira a usted que yo, yo que he venido a proponerle el asesinato de un hombre, le hable de inocencia, y, sin embargo, tenía veinte años y era un chico. ¿Sabe usted qué clase de tristeza es esa que le hace pasar a uno la noche en un asqueroso despacho de bebidas, perdiendo el tiempo entre conversaciones estúpidas y tragos de caña? ¿Sabe lo que es estar en un prostíbulo y de pronto contenerse para no llorar desesperadamente? Usted me mira asombrado, claro, veía un hombre raro, quizá, pero no se daba cuenta de que toda esa rareza derivaba de la angustia que yo llevaba escondida en mí. Vea, hasta me parece mentira hablar con precisión como lo hago. ¿Quién soy? ¿A dónde voy? No lo sé. Tengo la impresión de que usted es igual a mí, y por eso he venido a proponerle el asesinato de Barsut. Con el dinero fundaremos la logia y quizá podamos remover los cimientos de esta sociedad.

El Astrólogo lo interrumpió:

—Pero, ¿por qué usted ha procedido siempre así?...

—Eso es lo que yo no sé. ¿Por qué usted quiere organizar la logia? ¿Por qué el Rufián Melancólico continúa explotando mujeres y lustrándose los botines a pesar de tener fortuna? ¿Por qué Ergueta se casó con una prostituta y dejó a la millonaria? ¿Cree usted acaso que yo he tolerado la bofetada de Barsut y la presencia del capitán, porque sí? Aparentemente somos todo eso, pero en el fondo, adentro, más abajo de nuestra conciencia y de nuestros pensamientos hay otra vida más poderosa y enorme... y si soportamos todo es porque creemos que soportando o procediendo como lo hacemos llegaremos por fin hasta la verdad... es decir, a la verdad de nosotros mismos.

El Astrólogo se levantó, avanzó hasta Erdosain y, poniéndole la mano sobre la cabeza, dijo caviloso:

—Tiene usted razón, hijo mío. Nosotros somos místicos sin saberlo. Místico es el Rufián Melancólico, místico es Ergueta, usted, yo, ella y ellos... El mal del siglo, la

religión, nos ha destrozado el entendimiento en el misterio de nuestra subconsciencia. Necesitamos de una religión para salvarnos de esa catástrofe que ha caído sobre nuestras cabezas. Me dirá usted que yo no le digo nada nuevo. De acuerdo; pero acuérdesese que en la tierra lo único que puede cambiar es el estilo, la costumbre, la substancia es la misma. Si usted creyera en Dios no habría pasado esa vida endemoniada, si yo creyera en Dios no estaría escuchando su propuesta de asesinar a un prójimo. Y lo más terrible es que para nosotros ha pasado ya el tiempo de adquirir una creencia, una fe. Si fuéramos a verlo a un sacerdote, éste no entendería nuestros problemas y sólo acertará recomendarnos que recitáramos un Padre Nuestro y que nos confesáramos todas las semanas.

—Y uno se pregunta qué es lo que debe hacerse...

—Ahí está. Lo que debe hacerse. En otras épocas para nosotros hubiera quedado el refugio de un convento o de un viaje a tierras desconocidas y maravillosas. Hoy usted puede tomar un sorbete en la mañana en la Patagonia y comer bananas a la tarde en el Brasil. ¿Qué es lo que debe hacerse? Yo leo mucho, y créame, en todos los libros europeos encuentro este fondo de amargura y de angustia que me cuenta de su vida usted. Vea Estados Unidos. Las artistas se hacen colocar ovarios de platino y hay asesinos que tratan de batir el record de crímenes horrorosos. Usted que ha caminado lo sabe. Casas, más casas, rostros distintos y corazones iguales. La humanidad ha perdido sus fiestas y sus alegrías. ¡Tan infelices son los hombres que hasta a Dios lo han perdido! Y un motor de 300 caballos sólo consigue distraerlos cuando lo pilotea un loco que se puede hacer pedazos en una cuneta. El hombre es una bestia triste a quien sólo los prodigios conseguirán emocionar. O las carnicerías. Pues bien, nosotros con nuestra sociedad le daremos prodigios, pestes de cólera asiático, mitos, descubrimientos de yacimientos de oro o minas de diamantes. Yo lo he observado conversando con usted. Sólo se anima cuando lo prodigioso interviene en nuestra conversación. Y así les pasa a todos los hombres, canallas o santos.

—Entonces, ¿lo secuestramos a Barsut?

—Sí. Ahora hay que ver de qué modo podemos apoderarnos de él y del dinero.

El viento removi6 el follaje. Erdosain qued6 unos segundos mirando la franja de luz que por la ventana entreabierta caía sobre los granados. El Astr6logo había corrido su silla hasta el armario de modo que apoyaba la cabeza en el tablero ocre, y sus dedos jugaron nuevamente con el anillo de acero haciéndolo girar ante sus ojos.

—¿Cómo nos apoderamos? Es muy fácil. Yo le diré a Barsut que he averiguado dónde se encuentra el capitán con Elsa.

—Sí, eso está bien. Pero, ¿cómo lo ha averiguado usted? Es lo que no va a dejar de preguntarle el otro...

—Diciéndole que me he dirigido a la Dirección del Personal del Ministerio de Guerra.

—Perfecto... muy bien... clarísimo...

Ahora el Astr6logo se había incorporado vivamente y miraba interesado a

Erdosain.

—Y con el pretexto de que convenza a Elsa para que vuelva otra vez a mi lado, lo traemos.

—Admirable. Deje que piense un poco. Todo lo que plantea usted... claro... está muy bien. Ah... dígame una cosa, ¿tiene parientes él?

—Salvo mi señora, no.

—¿Y dónde vive?

—En una pensión. La hija de la dueña es bizca.

—¿Qué dirán cuando desaparezca Barsut?

—Podemos hacer esto, que es admirable. Le enviamos a la patrona un telegrama desde Rosario, firmado por él diciendo que le envíe los baúles a un determinado hotel, donde usted estará viviendo bajo el nombre de Gregorio Barsut.

—Eso mismo. ¿Sabe que usted lo ha estudiado muy bien? Es perfecto el plan. Cierto es que todo se presta, el capitán, las direcciones del Ministerio, no tener parientes, el vivir en una pensión. Es más claro que una jugada de ajedrez. Está bien.

Dicho esto comenzó a pasearse de un lado a otro de la habitación. Cada vez que cruzaba ante la reja de la ventana, el jardín oscurecía o en el armario se volcaba una sombra que llegaba hasta los tirantes del techo. No le faltó razón a Erdosain cuando dijo que el plan era nítido «como si lo hubiera estampado en una plancha de hierro a miles de libras de presión». Y mientras en la habitación las botas del Astrólogo resonaban sordamente en cada paso, Erdosain se lamentaba ya de que el «plan» fuera tan simple y poco novelesco. Le hubiera agradado una aventura más peligrosa, menos geométrica. En un momento dado llegó a decirse:

—¡Qué diablo! ¡Esto no tiene gracia! ¡Así cualquiera es asesino!

—¿Y Gregorio no tiene relaciones con la bizca?

—No.

—¿Y por qué usted me habló de ella, entonces?

—No sé.

—¿Y usted no tiene miedo de tener remordimientos después que «eso» suceda?

—Vea, yo creo que eso sólo ocurre en las novelas. En la realidad yo he hecho acciones malas y buenas y ni en un caso ni en el otro he sentido ni la mayor alegría ni el menor remordimiento. Yo creo que se ha dado en llamar remordimiento el temor al castigo. Aquí a uno no lo ahorcan, y sólo los cobardes...

—¿Y usted?...

—Permítame. Yo no soy un hombre cobarde. Soy un frío, que es distinto. Razone usted. Si impasiblemente me he dejado llevar la mujer, y abofetear por un individuo que me traicionó, ¿con cuánta más razón asistiré impasiblemente a la escena de su muerte, siempre que ésta no sea una carnicería?

—Cierto. Es muy lógico. Todo en usted es lógico. ¿Sabe usted, Erdosain, que es un individuo interesante?

—Lo mismo decía mi esposa. Esto no le impidió irse con otro.

—¿Y usted lo odia a él?

—A veces. Depende. Quizá en mí pueda más la repulsión física que el odio. En verdad, odio no, porque nunca podemos odiar a las personas que sabemos son capaces de hacer exactamente las mismas canalladas que nosotros.

—¿Y por qué quiere matarlo, entonces, usted?

—¿Y por qué quiere usted fundar la sociedad?

—¿Y cree usted que ese crimen va a tener alguna influencia en su vida?

—Ésta es la curiosidad que tengo. Saber si mi vida, mi forma de ver las cosas, mi sensibilidad, cambian con el espectáculo de su muerte. Además, que tengo ya necesidad de matar a alguien. Aunque sea para distraerme, ¿sabe?

—¿Y usted quiere que yo le saque las castañas del fuego?

—¡Claro!... porque para usted en estas circunstancias, sacarme las castañas del fuego equivale a tener veinte mil pesos para instalar la sociedad y los prostíbulos...

—¿Y cómo se le ocurrió a usted que yo era capaz de hacer «eso»?

—¿Cómo? Hace mucho tiempo que lo he observado. Pero la convicción de que usted era un hombre de embarcarse en una aventura peligrosa se me ocurrió hace un año cuando lo conocí en la Sociedad Teosófica.

—¿A ver?...

—Me acuerdo como si fuera ahora. Una carbonera, a su izquierda, estaba hablando del periespíritu con un zapatero. ¿Usted no se ha fijado qué predilección tienen los zapateros por las ciencias ocultas?

—¿Y?

—En esa circunstancia usted se dirigió a un caballero polaco que mantenía relaciones con el espíritu de Sobiecki.

—No recuerdo...

—Yo sí. El caballero polaco, usted mismo me lo dijo más tarde, era peón de albañil... Usted y el caballero polaco pasaron de Sobiecki a discutir sobre el «sentido de orientación de las palomas» y usted contestó: «Para mí la única importancia que tiene el sentido de orientación de las palomas es para servir como intermediarias en un chantaje», y allí usted comenzó a explicar...

—Ah, sí, recuerdo. Que en vez de mandar un cómplice que siempre detenía la policía, mandaría una canasta llena de palomas mensajeras a las que debía atarle el dinero al cuello...

—Bueno, cuando usted terminó de hablar entre el asombro del polaco, la carbonera y el zapatero, yo me dije: este hombre es un audaz en disponibilidad...

—¡Ja ja! ¡Qué muchacho es usted!

—Bueno, hablando sinceramente, ¿qué le parece mi plan?

—Perfecto.

—Usted debe tomar en cuenta esto: es un mecanismo que se desmonta en tres submecanismos que tienen que marchar armoniosamente, aunque son independientes. Vea: El primer mecanismo es el secuestro. El segundo la estada de usted en Rosario,

donde pedirá y recibirá el equipaje con el nombre de Barsut. El tercero, asesinato y procedimiento para hacerlo desaparecer.

—¿Destruiremos el cadáver?

—Claro. Con ácido nítrico o si no con un horno donde... Si es horno hay que tener un mínimo de quinientos grados para carbonizar también los huesos.

—¿Y de dónde ha sacado usted esos datos?

—Ya sabe que soy inventor. Ah, de los veinte mil pesos podemos dedicar una parte para fabricar la rosa de cobre en gran escala. Ya he encargado su fabricación a una familia amiga. Posiblemente uno de los muchachos ingrese en la sociedad. Además, días pasados se me ha ocurrido un cambio electromagnético para la máquina de vapor de Stephenson. Bueno, lo que yo he ideado es cien veces más sencillo. ¿Sabe usted lo que a mí me haría falta? Irme un tiempo afuera, estar en la montaña, descansar y estudiar.

—Y usted podría ir a la colonia que organizaremos...

—¿Entonces está conforme con el plan?

—¡Ah! Una cosa. El dinero, ¿de dónde lo sacó Barsut?

—Hace tres años vendió una propiedad que le tocó en herencia.

—Y lo tiene en caja de ahorros...

—No, en cuenta corriente.

—¿Así que no vive del interés?

—No, lo va gastando de a poco. De a doscientos pesos mensuales. Dice que antes de terminar con esa suma habrá muerto.

—Es curioso. ¿Y qué tipo es él?

—Fuerte. Cruel. El secuestro va a tener que estudiarlo muy bien, porque se defenderá como una fiera.

—Muy bien.

—¡Ah!, antes de que me vaya. ¿Usted le dirá algo de esto al Rufián?

—No. Es un secreto entre nosotros. El Rufián participará como organizador de los prostíbulos, nada más. ¿Usted paga mañana en la Azucarera, no?

—Sí.

—Ahora que me acuerdo, conozco a un impresor. Él será quien nos haga la circular del Ministerio de Guerra.

Erdsain paseóse un instante por la habitación.

—El secuestro es fácil. Usted va a Rosario y con un telegrama pide los baúles. Lo que ocurre es que cuando uno se encuentra frente a la comisión de un delito...

—Es que no será el único que cometeremos...

—¿Cómo?...

—Y claro. Otra de las cosas que me preocupan es el mantenimiento del secreto en la sociedad. Yo había pensado lo siguiente: En cada punto del estado habrá una célula revolucionaria. El comité central radicará en la capital. Entonces, este comité estaría organizado de la siguiente forma: jefe de capital de provincia, miembro del comité

central, jefe del distrito de provincia, miembro del comité de la capital de provincia, jefe de villa principal, miembro del comité de distrito cabeza.

—¿No le parece muy complicado a usted?

—No sé, se estudiaría. Otros detalles de organización que se me han ocurrido son: cada célula dispondrá de un transmisor y receptor radio-telegráfico, siendo además obligación que cada diez asociados adquieran un automóvil, diez fusiles y dos ametralladoras, debiendo a su vez cien miembros costear el precio de un aeroplano de guerra, bombas, etc., etc. Los ascensos serán por disposición del consejo superior, las elecciones de categoría inferior se regirán por votaciones calificadas. Pero es hora de acostarse. Dentro de un rato tiene tren... ¿o se quiere quedar a dormir aquí?

En realidad Erdosain no tenía nada que hacer. Ya el reloj había dado las tres de la mañana y las palabras que pronunciara el Astrólogo pasaron por su entendimiento, casi borrosas. No le interesaba nada. Quería irse, eso era todo. Irse lejos.

Estrechó la mano del otro; el Astrólogo lo despidió en la gradinata y Erdosain, agobiado, cruzó la quinta. Cuando volvió la cabeza en las tinieblas, la ventanilla iluminada ponía un rectángulo amarillo suspendido en el centro de la oscuridad.

ARRIBA DEL ÁRBOL

Amanece. Erdosain avanza por el sendero que bordea la vereda rota junto a las quintas. La frescura de la mañana penetra hasta la más remota celdilla de sus pulmones fatigados. Aunque arriba el espacio negrea, y toda esa oscuridad desciende a aproximar las cosas a los ojos, pues las distantes son invisibles en el horizonte. Por el canal de callejones, rojean lentamente unas fajas verdegrises.

Erdosain avanza pensando:

—Esto es triste como el desierto. Ahora ella duerme con él.^[2]

Rápidamente la claridad aguanosa del alma colma los callejones de vahos blanquecinos.

Erdosain se dice:

—Sin embargo, hay que ser fuerte. Me acuerdo de cuando era chico. Creía ver caminar, por las crestas de las nubes, grandes hombres con el pelo rizado y chapados de luz los verticales miembros. En realidad caminaban dentro del país de Alegría que estaba en mí. ¡Ah!, y perder un sueño es casi como perder una fortuna. ¿Qué digo? Es peor. Hay que ser fuerte, ésa es la única verdad. Y no tener piedad. Y aunque uno se sienta cansado, decirse: Estoy cansado ahora, estoy arrepentido ahora, pero no lo estaré mañana. Eso es la verdad. Mañana.

Erdosain cierra los ojos. Un perfume, que no puede discernir si es de nardo o de clavel, riega la atmósfera de un misterioso embalsamamiento de fiesta.

Y Erdosain piensa:

—A pesar de todo es necesario injertar una alegría en la vida. No se puede vivir

así. No hay derecho. Por encima de toda nuestra miseria es necesario que flote una alegría, qué sé yo, algo más hermoso que el feo rostro humano, que la horrible verdad humana. Tiene razón el Astrólogo. Hay que inaugurar el imperio de la Mentira, de las magníficas mentiras. ¿Adorar a alguien? ¿Hacerse un camino entre este bosque de estupidez? Pero ¿cómo?

Erdosain continúa su soliloquio con los pómulos teñidos de rosa:

—¿Qué importa que sea yo un asesino o un degradado? ¿Importa eso? No. Es secundario. Hay algo más hermoso que la vileza de todos los hombres juntos, y es la alegría. Si yo estuviera alegre, la felicidad me absolvería de mi crimen. La alegría es lo esencial. Y también querer a alguien.

El cielo verdea a lo lejos, mientras que la poca elevada oscuridad envuelve aún los troncos de los árboles. Erdosain frunce el ceño. De su espíritu se desprenden vapores de recuerdo, neblinas doradas, rieles brillantes que se pierden en el campo de una tarde abovedada de sol. Y el rostro de la criatura, una carita pálida, de ojos verdosos y rulos negros, escapando debajo de un sombrerito de paño, se eleva de la superficie de su espíritu.

Hace dos años. No. Tres años. Sí, tres años. ¿Cómo se llamaba? María, María Esther. ¿Cómo se llamaba? La dulce carita ocupa ahora, con su temperatura, un anochecido espacio de ensueño. ¿Se acuerda de tantas cosas! Él estaba sentado a su lado, el viento movía sus rizos negros, de pronto extendió la mano y entre la yema de los dedos tomó la ardiente barbilla de la criatura. ¿Dónde está ahora? ¿Bajo qué techo duerme? Si la encontrara ¿la reconocería? Hace tres años. La conoció en un tren, conversó algunos minutos con ella durante quince días, y luego desapareció. Eso es todo y nada más. Y ella no sabía que estaba casado. ¿Qué es lo que hubiera dicho de saberlo? Sí, ahora se acuerda. Se llamaba María. Pero ¿importa algo eso? No. Había algo más hermoso en todo aquello, la dulce fiebre que caía de sus ojos a momentos verdes y a momentos pardos. Y su silencio. Erdosain recuerda viajes en ferrocarril; está sentado junto a la criatura, que ha dejado caer la cabeza sobre su hombro, él enreda los dedos en los rizos y la criatura de quince años tiembla en silencio. Si ella supiera ahora que él proyecta matar a un hombre, ¿qué diría? Posiblemente no entendería esa palabra. Y Erdosain recuerda con qué timidez de colegiala levantaba el brazo y apoyaba la mano en sus mejillas ríspidas de barba: y quizás esa felicidad que es la que él perdió es la que se necesita para borrar del semblante humano tanto vestigio de fealdad.

Erdosain se examina con curiosidad. ¿Por qué piensa tantas cosas? ¿Con qué derecho? ¿Desde cuándo los candidatos a asesinos piensan? Y sin embargo, hay algo en él que le da las gracias al Universo. ¿Consiste en humildad o en amor? No lo sabe, pero comprende que en la incoherencia hay dulzura, se le ocurre que una pobre alma al enloquecer abandona con gratitud los sufrimientos de esta tierra. Y más abajo de esta piedad, una fuerza implacable, casi irónica, le tuerce el labio con un mohín de desprecio.

Los dioses existen. Viven escondidos bajo la envoltura de ciertos hombres que se acuerdan de la vida en el planeta cuando la tierra aún era niña. El encierra también a un dios. ¿Es posible? Se toca la nariz, adolorida por las trompadas que recibió de Barsut, y la fuerza implacable insiste en esa afirmación: él lleva un dios escondido bajo su piel doliente. Pero el Código Penal ¿ha previsto qué castigo puede aplicarse a un dios homicida? ¿Qué diría el Juez de Instrucción si él contestara: «Peco porque llevo un dios en mí»?

Mas ¿no es cierto? Este amor, esta fuerza que él conduce en el amanecer, bajo la humedad de los árboles que gotean en la oscuridad, ¿no es una virtud de los dioses? Y nuevamente de la superficie de su espíritu se desprende el relieve de aquel recuerdo: Una ovalada carita pálida que tenía los ojos verdosos y rulos negros a veces arrollados a la garganta por el viento. ¡Qué sencillo es esto! No necesita decir nada, tan perfecto es su arrobamiento. Aunque nada de improbable tendría que se hubiera vuelto loco pensando en la colegiala bajo los árboles que gotean humedad. Si no, ¿cómo se explica su alma tan distinta a la que lo endemoniaba por la noche? ¿O es que en la noche sólo pueden concebirse pensamientos sombríos? Aunque así sea no importa. Él es otro ahora. Sonríe junto a los árboles. ¿No es magníficamente idiota esto? El Rufián Melancólico, la ciega depravada, Ergueta con el mito de Cristo, el Astrólogo, todos estos fantasmas incomprensibles, que dicen palabras humanas, que tienen una palabra carnal, ¿qué son junto a él que apoyado en un poste, junto a un cerco de ligustro, siente el avance de la vida que llega a tocarle el pecho?

Es otro hombre, y por el solo hecho de haber pensado en la criatura que en un vagón de tren dejaba caer la cabeza sobre su hombro. Erdosain cierra los ojos. El acre olor de la tierra lo escalofría. Un vértigo sube de su carne cansada.

Otro hombre avanza por el camino. Un silbato bronco llega desde la estación. Otros hombres de gorra o sombrero torcido cruzan a la distancia.

En realidad, ¿qué diablos hace allí? Erdosain guiña un párpado, tiene conciencia de que está haciendo trampa a Dios, de que representa la comedia de un hombre que no ha podido desviar la maldición de Dios. Sin embargo, ante sus ojos pasan a momentos ráfagas de obscuridad, y una especie de embriaguez sorda se va apoderando de sus sentidos. Quisiera violar algo. Violar el sentido común. Si por allí hubiera una parva le prendería fuego... Algo repugnante abotaga su rostro: son las expresiones torvas de la locura; de pronto mira un árbol, da un salto, alcanza una rama, se aferra a ella y prendiéndose con los pies al tronco, ayudándose con los codos, logra encaramarse hasta la horqueta de la acacia.

Le resbalaban los zapatos en la corteza lustrosa, los ramojos le fustigan elásticamente el rostro, alarga el brazo y se coge a una rama, asomando la cabeza por entre las hojas mojadas. La calle, abajo, sigue en declive hacia un archipiélago de árboles.

Está arriba del árbol. Ha violado el sentido común, porque sí, sin objeto, como quien asesina a un transeúnte que se le cruzó al paso, para ver si luego puede

descubrirlo la policía. Hacia el Este, sobre lo verdinoso del cielo, se recortan fúnebres chimeneas; luego, montes de verdura como monstruosos rebaños de elefantes rellenan los bajos de Banfield, y la misma tristeza está en él. No es suficiente haber violado el sentido común para sentirse feliz. Sin embargo, hace un esfuerzo y dice en voz alta:

—¡Eh!, bestias dormidas: ¡eh!, juro que... pero no... yo quiero violar la ley del sentido común, tranquilos animalitos... No. Lo que quiero es pregonar la audacia, la nueva vida. Hablo desde encima del árbol, no estoy «en la palmera», sino en la acacia; ¡eh! bestias dormidas.

Rápidamente decrecen sus fuerzas. Mira en redor casi extrañado de encontrarse en semejante posición, de pronto el semblante de la remota criatura estalla en él como una flor, e inmensamente avergonzado de la comedia^[3] que representa, baja de la planta. Está vencido. Es un desgraciado.

CAPÍTULO SEGUNDO

INCOHERENCIAS

LOS DÍAS que precedieron al secuestro de Barsut, los pasó Erdosain encerrado en el cuarto de una pensión, a la que se trasladó provisoriamente después de liquidar su deuda con la Limited Azucarer Company. Le había cobrado terror a la calle. No pensaba nunca en el proyectado secuestro de Barsut, y hasta dejó de visitar al Astrólogo. Se pasaba el día en la cama con los puños apoyados en la almohada y la frente aplastada sobre éstos. Otras veces permanecía horas con los ojos clavados en la pared, por la que le parecía trepaba una delgada neblina de sueño y de desesperación.

Durante aquel período no pudo nunca reconstruir el semblante de Elsa.

—Se había alejado tan misteriosamente de mi espíritu, que me costaba un gran esfuerzo recordar los rasgos de su fisonomía.

Luego dormía o cavilaba.^[4] Trató, aunque inútilmente, de preocuparse de dos proyectos que consideraba importantes: el cambio electromagnético para máquinas de vapor, y el de una tintorería de perros, que lanzaría al mercado canes de pelambre teñida de azul eléctrico, bulldogs verdes, lebreles violeta, foxterriers lilas, falderos con fotografías de crepúsculos a tres tintas en el lomo, perritas con arabescos como tapices persas. Estaba intranquilo; una tarde se durmió y tuvo este sueño:

Sabía que era novio de una de las infantas. Este suceso acompañado del hecho de ser lacayo de su majestad, Alfonso XIII, le regocijaba inmensamente, pues los generales le rodeaban haciéndole intencionadas preguntas. Un espejo de agua mordía los troncos de los árboles siempre florecidos en blanco mayor, mientras que la infanta, una niña alta, tomándole del brazo, le decía ceceando:

—¿Me amáis, Erdosain?

Erdosain, echándose a reír, le contestó con grosería a la infanta: un círculo de espadas brilló ante sus ojos y sintió que se hundía, cataclismos sucesivos desgajaron los continentes, pero él hacía muchos siglos que dormía en un cuartujo de plomo en el fondo del mar. Tras del vidriado ventanuco iban y venían tiburones tuertos, furiosos porque sufrían de almorranas, y Erdosain se regocijó silenciosamente, riéndose con risitas de hombre que no quiere ser oído. Ahora todos los peces del mar estaban tuertos, y él era Emperador de la Ciudad de los Peces Tuertos. Una muralla eterna circundaba el desierto a la orilla del mar, el cielo verde se oxidaba en los ladrillos del muro, y en las paredes de las torres rojas, las olas estrechaban miríadas de peces gordos y tuertos, monstruosos peces ventrudos enfermos de lepra marina, mientras que un negro hidrópico amenazaba con el puño a un ídolo de sal.

Otras veces, Erdosain evocaba tiempos pasados y en los que había previsto los

sucesos actuales, como le dijera aquella noche al capitán. Sufrimientos sordos, merodeos en torno de una realidad que ahora le hacía decir:

—Tenía razón, no me equivocaba.

Así recordaba que una noche, conversando con Elsa, ésta, en un momento de sinceridad, le confesó que de ser soltera, no se casaría, sino que tendría un amante.

ErDOSain le preguntó:

—¿En serio decís eso?

De la otra cama, terca, Elsa respondió:

—Sí, hombre, tendría un amante... ¿para qué casarse?...

Fenómeno curioso: ErDOSain tuvo súbitamente la sensación del silencio de la muerte, un silencio paralelo como un féretro a su cuerpo horizontal. Posiblemente en aquel instante, en él se destruyó todo el amor inconsciente que el hombre siente por una mujer, y que luego le permitirá afrontar situaciones terribles, que serían insoportables de no haber sucedido previamente aquel fenómeno. Le parecía ahora encontrarse en el fondo de un sepulcro, pensó que jamás vería la luz, y en ese silencio liviano y negro que colmaba la habitación se movían los fantasmas despertados por la voz de su esposa.

Más tarde, explicando esos momentos, recordó que se mantenía inmóvil, en la cama, temeroso de romper el equilibrio de su enorme desdicha, que aplomaba definitivamente su cuerpo horizontal en la superficie de una angustia implacable.

Su corazón latía pesadamente. Parecíale que cada sístole y diástole tenía que vencer la presión de una elástica masa de fango. Y era inútil que desde allí él intentara mover las manos para alcanzar el sol que estaba más arriba. Y la voz de la esposa repetía aún en sus oídos:

—No me hubiera casado. Tendría un amante.

Y esas palabras, que para ser pronunciadas no habían requerido sino el espacio de dos segundos de tiempo, estarían ahora resonando toda la vida en él, arraigadas en su entraña como un crecimiento de carne. Y sus dientes rechinaron. Quería sufrir más aún, agotarse de dolor, desangrarse en un lento chorrear de angustia. Y con las manos pegadas a los muslos, tieso como un muerto en su ataúd, sin volver la cabeza, reteniendo el galope de su respiración, preguntó con voz sibilante:

—¿Y lo hubieras querido?

—¿Para qué?... ¡Quién sabe!... Sí; si era bueno, ¿por qué no?

—¿Y dónde se hubieran visto? Porque en tu casa no iban a tolerar eso.

—En algún hotel.

—¡Ah!

Callaron, pero ya ErDOSain la veía en la firme desdicha de su vida, avanzar por la acera de una calle empedrada con lascas del río. Ella se adelantaba por la ancha vereda. Un tul oscuro le cubría la mitad del semblante, y encaminándose hacia el lugar donde la conducía el deliberado deseo, avanzaba con rápidos y seguros pasos. Y deseoso de martirizar aún lo poco de esperanza que le quedaba, ErDOSain continuó,

con una sonrisa falsa que ella no podía distinguir en la oscuridad, y la voz suave, para que Elsa no reparara en el furor que estremecía sus labios.

—¿Ves? Así es lindo, en un matrimonio, poder hablar de todo con una confianza de hermanos. Y, decime, ¿te hubieras desnudado ante él?

—¡No digas estupideces!

—No; decime: ¿te hubieras desnudado?

—¡Y... claro! ¡No me iba a estar vestida!

Si de un hachazo le hubieran partido la columna vertebral, no habría quedado más rígido. La garganta se le reseco como si por ella entrara un viento de fuego. Su corazón apenas latía; por sobre los sesos sintió correr una neblina que se le escapaba por los ojos. Caía en el silencio y la oscuridad, se sumergía en la nada por un muelle descendimiento, mientras que la firme parálisis de su carne cúbica subsistía para que la sensación de la pena se estampara más profundamente. Calló, y sin embargo, él hubiera querido sollozar, arrodillarse ante alguien, levantarse en ese instante, vestirse e ir a dormir en el atrio de alguna casa, en el umbral de una ciudad desconocida.

Enloquecido, gritó Erdosain:

—Pero ¿te das cuenta..., te das cuenta de lo horrible de esto, de lo espantoso que me has dicho? ¡Yo debía matarte! ¡Sos una perra! ¡Yo debía matarte, sí, matarte! ¿Te das cuenta?

—¡Pero qué te pasa! ¿Estás loco?

—Vos has deshecho mi vida. Ahora sé por qué no te me entregabas, ¡y me has obligado a masturbarme! ¡Sí, a eso! Me has hecho un trapo de hombre. Debía matarte. El primero que venga podrá escupirme en la cara. ¿Te das cuenta? Y mientras yo robo y estafo, y sufro por vos, vos... sí, vos estás pensando en eso. ¡En que te hubieras entregado a un hombre bueno! Pero ¿te das cuenta? ¡Un hombre bueno! ¡Así, un hombre bueno!

—Pero, ¿estás loco?

Rápidamente se vestía Erdosain.

—¿Dónde vas?

Echóse a cuestras el sobretodo: después inclinándose sobre la cama de la mujer, exclamó:

—¿Sabés adonde voy? A un prostíbulo, a buscarme una sífilis.

INGENUIDAD E IDIOTISMO

El cronista de esta historia no se atreve a definirlo a Erdosain; tan numerosas fueron las desdichas de su vida, que los desastres que más tarde provocó en compañía del Astrólogo pueden explicarse por los procesos psíquicos sufridos durante su matrimonio.

Aún hoy, cuando releo las confesiones de Erdosain, pareceme inverosímil haber

asistido a tan siniestros desenvolvimientos de impudor y de angustia.

Me acuerdo. Durante aquellos tres días en que estuvo refugiado en mi casa, lo confesó todo.

Nos reuníamos en una pieza enorme y vacía de muebles, adonde llegaba poca luz.

Erdoşain quedábase sentado en el borde de una silla, la espalda arqueada, los codos apoyados en las piernas, las mejillas enrejadas por los dedos, la mirada fija en el pavimento.

Hablaba sordamente, sin interrupciones, como si recitara una lección grabada al frío por infinitas atmósferas de presión, en el plano de su conciencia oscura. El tono de su voz, fuesen cuales fueren los acontecimientos, era parejo, isócrono, metódico, como el del engranaje de un reloj.

Si le interrumpía no se irritaba, sino que recomenzaba el relato, agregando los detalles pedidos, siempre con la cabeza inclinada, los ojos fijos en el suelo, los codos apoyados en las rodillas. Narraba con lentitud derivada de un exceso de atención, para no originar confusiones.

Impasiblemente amontonaba iniquidad sobre iniquidad. Sabía que iba a morir, que la justicia de los hombres lo buscaba encarnizadamente, pero él, con su revólver en el bolsillo, los codos apoyados en las rodillas, el rostro enrejado en los dedos, la mirada fija en el polvo de la enorme habitación vacía, hablaba impasiblemente.

Había enflaquecido extraordinariamente en pocos días. La piel amarilla, pegada a los huesos planos del rostro, le daba la apariencia de un tísico. Más tarde la autopsia reveló que estaba ya avanzada la enfermedad en él.

Decíame la segunda tarde de encontrarse en mi casa:

—Antes de casarme, yo pensaba con horror en la fornicación. En mi concepto, un hombre no se casaba sino para estar siempre junto a su mujer y gozar la alegría de verse a todas horas; y hablarse, y quererse con los ojos, con las palabras y las sonrisas. Cierto es que yo era joven entonces, pero cuando fui novio de Elsa sentí la necesidad de renovar todas estas cosas.

Hablaba.

Erdoşain jamás la besó a Elsa, porque era feliz dejando que le apretara la garganta el vértigo de quererla y porque además creía que «a una señorita no debe besársela». Y confundía con espiritualidad lo que en sí no era más que un apetecimiento de su carne.

—Tampoco nos tuteábamos, porque me era agradable esa distancia que interponía entre nosotros el usted. Además yo creía que a una señorita no se la tutea. No se ría. En mi concepto, la «señorita» era la auténtica expresión de pureza, perfección y candidez. A su lado yo no conocí el deseo, sino la inquietud de un arrobamiento delicioso que me llenaba de lágrimas los ojos. Y era feliz porque amaba con sufrimiento, ignorando el fin de mi deseo, y porque creía que era amor espiritual toda esa convulsión orgánica y terrible que me postraba dichoso ante la quieta mirada de ella, una mirada limpia que me penetraba con lentitud las subcapas más estremecidas

del espíritu.

En tanto hablaba, yo lo miraba a Erdosain. ¡Él era un asesino, un asesino, y hablaba de matices del sentimiento absurdo! Continuaba:

—Y la noche del día en que nos casamos, ya solos en la pieza del hotel, ella se desnudó con naturalidad frente a la lámpara encendida. Ruborizado hasta las sienes, yo volví la cabeza para no mirarla y que no descubriera mi vergüenza. Luego me quité el cuello, el saco y los botines y me metí bajo las sábanas con los pantalones puestos. Sobre la almohada, entre sus rizos negros, ella volvió el rostro y dijo sonriendo con una risa extraña:

—¿No tenés miedo que se te arruguen? ¡Sacátelos, zoncito!

Más tarde, una distancia misteriosa la separó a Elsa de Erdosain. Se entregaba a él, pero con repugnancia, defraudada quién sabe en qué. Y él se arrodillaba a la cabecera de su cama, y le suplicaba que se le diera un instante, mas la mujer, con voz sorda de impaciencia, le respondía casi gritando:

—¡Dejame tranquila! ¿No ves que me das asco?

Refrenando un terror de catástrofe, Erdosain se hundía otra vez en su cama.

—No me acostaba, sino que permanecía sentado, casi apoyada la espalda en la almohada, mirando las tinieblas. Yo sabía que no había ningún objeto en estar mirando las tinieblas, pero me imaginaba que ella, compadecida de verme así, abandonado en la oscuridad, terminaría por apiadarse y decirme: «Bueno, vení si querés». Pero nunca, nunca me dijo esas palabras, hasta que una noche le grité desesperado:

—¿Pero vos que te pensás... que voy a estar masturbándome siempre?

Y entonces ella, serenamente, contestó:

—Es inútil: yo no debía haberme casado con vos.

LA CASA NEGRA

Y apareció en él la angustia, pero tan poderosa, que de pronto Erdosain se tomaba la cabeza enloquecido de un dolor físico. Parecíale que la masa encefálica se le había desprendido del cráneo y que chocaba con las paredes de éste al movimiento de la menor idea.

Sabía que estaba irremisiblemente perdido, desterrado de la posible felicidad que siempre, algún día, sonríe en la mejilla más pálida; comprendía que el destino lo abortó al caos de esa espantosa multitud de hombres huraños que manchan la vida con sus estampas agobiadas por todos los vicios y sufrimientos.

Él ya no tenía ninguna esperanza, y su miedo de vivir se hacía más poderoso cuando pensaba que jamás tendría ilusiones, cuando obstinadamente fijos los ojos en un rincón de la estancia, reconocía que le era indiferente trabajar de lavaplatos en una fonda o de criado en un prostíbulo.

¡Qué le importaba! La angustia lo niveló para el seno de una multitud de hombres terribles que durante el día arrastran su miseria vendiendo artefactos o biblias, recorriendo al anochecer los urinarios donde exhiben sus órganos genitales a los mozalbetes que entran a los mingitorios acuciados por otras ansiedades semejantes.

Estas convicciones lo aletargaban en sombrías meditaciones. Sentíase atornillado a un bloque formidable del que no se evadiría jamás.

Porque esta angustia llegó a ser tan persistente, que de pronto descubrió que su alma estaba triste por el destino que en la ciudad aguardaba a su cuerpo, un cuerpo que pesaba setenta kilos y que él sólo veía cuando lo encaminaba frente a un espejo.

En otros tiempos, con el pensamiento se había rodeado de todas las comodidades y los placeres, placeres que por no estar limitados por la materia no tenían duración ni fronteras, mientras que su tristeza actual se refería a su cuerpo, un cuerpo sufriente, y en el cual a momentos Erdosain pensaba como si ya no le perteneciera, pero con el remordimiento de no haberlo hecho feliz.

Dicha tristeza, en cuanto se refería a su pobre físico, tornábase profunda, como debe ser profundo el dolor de una madre que nunca pudo satisfacer los deseos de su hijo.

Porque él no le dio a su carne, que tan poco tiempo viviría, ni un traje decente, ni una alegría que lo reconciliara con el vivir; él no había hecho nada por el placer de su materia, mientras que a su espíritu no le fue negada ni la geografía de los países para quienes los hombres aún no han descubierto máquinas para llegar.

Y muchas veces se decía:

—¿Qué he hecho yo por la felicidad de este desdichado cuerpo mío?

Porque lo cierto es que se sentía en circunstancias tan ajeno a él, como el vino hacia el tonel que lo contiene.

Luego recaía en que ese su cuerpo era el que envasaba sus cavilaciones, las nutría con su sangre cansada; un miserable cuerpo mal vestido que ninguna mujer se dignaba mirar y que sentía el desprecio y la carga de los días, de la que sólo eran responsables sus pensamientos que nunca habían apetecido los placeres que reclamaba en silencio, tímidamente.

Erdosain se sentía apiadado, entristecido hacia su doble físico, del que era casi un extraño.

Entonces, como un desesperado que se arroja desde un séptimo piso, él se arrojaba en el delicioso terror de la masturbación, queriendo aniquilar sus remordimientos en un mundo del que nadie podía expulsarlo, rodeándose de las delicias que estaban alejadas de su vida, de todos los cuerpos más distintos y hermosos, para los que necesitaría una suma inmensa de existencias y dinero para gozar.

Era aquél un universo de ideas gelatinosas, roto en pasadizos donde la obscenidad se vestía con las sedas y puntillas, y terciopelos, y guipures más costosos; un mundo resplandeciente en su pulpa crepuscular. Transitaban en él las mujeres más hermosas

de la creación, desconocidas tersas que por él descubrían sus senos de manzana, ofreciendo a su boca, agriada por innobles cigarrillos, labios fraganciosos y palabras pesadas de sensualidad.

Y ya eran doncellas altas, finas y pulidas, ya colegialas corrompidas, un mundo femenino y diverso del que nadie podía expulsarle, a él, pobre diablo, a quien las regentas de los prostíbulos más destartados miraban con desconfianza, como si fuera a defraudarles el importe de la fornicación.

Cerraba los ojos y entraba en la ardiente oscuridad, olvidado de todo, como el fumador de opio que al entrar al asqueroso fumadero, donde el patrón chino huele a excrementos, cree recobrar el cielo.

Y por un momento deslizábase subrepticamente hacia el placer clandestino, avergonzado, mas con la impaciencia de un jovenzuelo al entrar por primera vez en un lenocinio.

El deseo zumbaba como un tábano en sus oídos, pero nadie lo podía arrancar ya de la oscuridad sensual.

Era esta oscuridad una casa familiar en la que perdía súbitamente las nociones del vivir común. Allí, en la casa negra, le eran habituales los placeres terribles, que de haberlos sospechado en la existencia de otro hombre le separaran para siempre de él.

Aunque esta casa negra estaba en Erdosain, entraba en ella haciendo singulares rodeos, tortuosas maniobras, y una vez traspuesto el umbral sabía que era inútil retroceder, porque por los corredores de la casa negra, por un exclusivo corredor siempre enfardado de sombras, avanzaba a su encuentro, con pies ligeros, la mujer que un día en la vereda, en un tranvía o en una casa lo había envarado de deseo.

Como quien saca de su cartera un dinero que es producto de distintos esfuerzos, Erdosain sacaba de las alcobas de la casa negra una mujer fragmentaria y completa, una mujer compuesta por cien mujeres despedazadas por los cien deseos siempre iguales, renovados ante la presencia de desemejantes mujeres.

Porque ésta tenía las rodillas de una muchacha a quien el viento soslayaba la pollera mientras esperaba el ómnibus, y los muslos que recordaba haber visto en una postal pornográfica, y la sonrisa triste y desvanecida de una colegiala que hacía mucho tiempo había encontrado en el tranvía, y los ojos verdosos de una modistilla con la pálida boca rodeada de granos, que los domingos salía, al atarceder, con una amiga, para bailar en esos centros recreativos, donde los tenderos empujan con sus braguetas sublevadas a las mocitas que gustan de los hombres.

Esta mujer arbitraria, amasada con la carnadura de todas las mujeres que no había podido poseer, tenía con él esas complacencias que tienen las novias prudentes que ya han dejado las manos en las entrepiernas de sus novios sin dejar por ello de ser honestas. Iba hacia él. Tenía las nalgas contenidas por una faja ortopédica, que dejaba libres los senos ligeramente combados, y sus modales eran irreprochables como los de una señorita educada que sabe razonar, lo cual no le impide dejar que su novio pierda los dedos en el corpiño entreabierto por un olvido.

Luego caía en los abismos de la casa negra. ¡La casa negra! Erdosain, de aquellos tiempos, conservaba un recuerdo abominable; tenía la sensación de que había vivido en el interior de un infierno, cuyo contenido diabólico lo acompañaba a través de los días, y aun a pocos de los de su muerte, perseguido por la justicia. Cuando volcaba su memoria hacia aquella época se exaltaba sombríamente, una llama roja brillaba ante sus ojos, y tal era su doloroso furor, que hubiera querido de un salto llegar hasta más allá de las estrellas, quemarse en una hoguera que limpiara su presente de todo aquel terrible pasado, persistente e inevitable.

¡La casa negra! Aún me parece tener ante los ojos el semblante enrígido del hombre taciturno, que de pronto levantaba la cabeza hacia el cielo raso, luego bajaba los ojos hasta ponerlos a la altura de los míos y sonriendo fríamente, agregaba:

—Vaya, dígales a los hombres lo que es la casa negra. Y que yo era un asesino. Y sin embargo yo, el asesino, he amado todas las bellezas y me he debatido en mí mismo contra todas las horribles tentaciones que hora tras hora subían de mis entrañas. He sufrido por mí, y por los otros, ¿se da cuenta?, también por los otros...

LA CIRCULAR

El secuestro se llevó a cabo diez días después de la fuga de Elsa. El día catorce de agosto Erdosain recibió la visita del Astrólogo, mas, como había salido, al regresar encontró tirado bajo la puerta un sobre. Éste contenía una circular falsificada, del Ministerio de Guerra, comunicándole a Erdosain de la supuesta dirección del capitán Belaunde y una curiosa postdata que decía así:

«Lo esperaré hasta el día veinte todas las mañanas de diez a once, en compañía de Barsut. Llame y entre sin esperar. No venga a visitarme solo».

Erdosain leyó la carta del Astrólogo y quedó pensativo.

Se había olvidado de Barsut. Sabía que tenía que matarlo, luego tal determinación se cubrió de tinieblas, y los días que ocupaban el intervalo, y que transcurriera embotado, se fueron para siempre. «Tenía que matarlo a Barsut». La explicación de la palabra «tenía» podría encontrarse como la característica de la locura de Erdosain. Cuando le interrogué a ese respecto, me contestó: «Tenía que matarlo, porque si no, no hubiera vivido tranquilo. Matar a Barsut era una condición previa para existir, como lo es para otros el respirar aire puro».

Así, no bien hubo recibido la carta, se dirigió a la casa de Barsut. Éste vivía en una pensión de la calle Uruguay, cierto departamento oscuro y sucio ocupado por un fantástico mundo de gente de toda calaña. La patrona del tal antro se dedicaba al espiritismo, tenía una hija bizca y en cuanto a los pagos era inexorable. Pensionista que se retrasaba veinticuatro horas en pagarle, estaba seguro de que al llegar la noche encontraba sus baúles y trastos arrojados en el centro del patio.

Llegó atardecido a la casa del otro. Precisamente estaba Gregorio afeitándose

cuando entró Erdosain a su pieza. Barsut se detuvo pálido, con la navaja sobre la mejilla; luego, mirándolo de pies a cabeza a Erdosain, exclamó:

—¿Qué es lo que querés vos aquí?

«Otro se hubiera indignado —comentaba más tarde Erdosain—. Yo le miré sonriendo “amistosamente”, porque me sentía amigo de él en aquellos momentos, y sin decir palabra, le alcancé la carta del Ministerio de Guerra. Una alegría inexplicable me mantenía inquieto, recuerdo que estuve unos minutos sentado en la orilla de su cama, luego me levanté poniéndome a pasear nerviosamente por la pieza».

—Así que está en Temperley. ¿Y vos querés que vayamos a buscarla?

—Sí, eso es lo que quiero. Y que vos vayas a buscarla.

Barsut murmuró algo que Erdosain no entendió; luego con las manos empezó a friccionarse los músculos de los brazos y la epidermis se sonrojó suavemente. Iba a afeitarse los bigotes, sostuvo la navaja en el aire y volviendo la cabeza, dijo:

—¿Sabés? Creí que nunca tendrías el coraje de visitarme.

Erdosain sostuvo la estriada mirada verde; realmente aquel hombre tenía la faz de un tigre, y después de cruzarse de brazos, arguyó:

—Es cierto, yo también creía eso, pero ya ves, las cosas cambian...

—¿Tenés miedo de ir vos solo?

—No, lo que tengo es interés de verte a vos en la aventura...

Barsut apretó los dientes. Con el mentón empapado de espuma jabonosa y la frente arrugada poderosamente consideró a Erdosain y terminó por decir:

—Mirá, yo me creía un canalla, pero creo que vos... vos sos peor que yo. En fin, que sea lo que Dios quiera.

—¿Por qué decís que sea lo que Dios quiera?

Barsut se detuvo frente al espejo, apoyó los puños en la cintura, y lo que dijo no le sorprendió a Erdosain, que con el semblante sereno escuchó estas palabras:

—¿Quién me dice que esta circular no esté falsificada y que vos me tiendas una «cama» para asesinarme?

«¡Qué curiosa es el alma del hombre! —comentaba luego Erdosain—. Yo escuché esas palabras y ni un solo músculo del semblante se me alteró. ¿Cómo Gregorio había adivinado la verdad? No lo sé. ¿O es que él tenía también la mala imaginación mía?».

Yo encendí un cigarrillo y le contesté estas únicas palabras:

—Hacé lo que quieras.

Pero Barsut que estaba en vena de conversar repuso:

—Pero, ¿por qué no? Decime: ¿Por qué no? ¿Qué tendría de extraño que vos me quisieras matar? Es lo lógico. Te quise robar la mujer, te denuncié, te di una paliza, ¡qué diablos!, tendrías que ser un santo para que no tuvieras ganas de matarme.

—¿Un santo? No m'hijo, no lo soy. Pero te juro que mañana no te mataré. Algún día sí, pero mañana no.

Barsut se echó a reír alegremente:

—¿Sabes que sos notable, Remo? Algún día me matarás. ¡Qué curioso! ¿Sabes lo que me interesa de todo eso? La cara que pondrás al matarme. Decime, ¿vas a estar serio o te vas a reír?

Las preguntas habían sido hechas con gravedad amistosa:

—Posiblemente esté serio. No sé. Creo que sí. Vos comprenderás que matarlo a otro no es juguete.

—¿Y no tenés miedo a la cárcel?

—No, ya que si te matara tomaría antes mis precauciones, y tu cadáver lo destruiría con ácido sulfúrico...

—Sos un bárbaro... A propósito, yo tengo una memoria más floja: ¿pagaste en la Azucarera?

—Sí.

—¿Quién te dio el dinero?

—Un rufián.

—Tenés pocos amigos, pero buenos... Entonces, ¿a qué hora me vas a venir a buscar mañana?

—A las ocho va ese hombre al comando... así que...

—Mirá, no termino de creer que sea cierto, pero si Elsa está allá le voy a dar tantos sopapos que te prevengo que tendrán que pasar muchos años para que se los olvide.

Cuando Erdosain salió se dirigió a una oficina de correos y le hizo un telegrama al Astrólogo.

TRABAJO DE LA ANGUSTIA

Esa noche no durmió. Estaba sumamente cansado. Tampoco pensaba en nada. Pretendió darme una definición de aquel estado con estos términos:^[5]

—El alma está como si se hubiera salido medio metro del cuerpo. Un aniquilamiento muscular extraordinario, una ansiedad que no termina nunca. Usted cierra los ojos y parece que el cuerpo se disuelve en la nada, de pronto se recuerda un detalle perdido, entre los millares de días que ha vivido: no cometa usted nunca un crimen, porque eso más que horrible es triste. Usted siente que va cortando una tras otra las amarras que lo ataban a la civilización, que va a entrar en el oscuro mundo de la barbarie, que perderá el timón. Se dice, y esto también se lo dije al Astrólogo, que provenía de una falta de «training» en la delincuencia, pero no es eso, no. En realidad, usted quisiera vivir como los demás, ser honrado como los demás, tener un hogar, una mujer, asomarse a la ventana para mirar los transeúntes que pasan, y sin embargo, ya no hay una sola célula de su organismo que no esté impregnada de la fatalidad que encierran esas palabras: tengo que matarlo. Usted dirá que razono mi

odio. Cómo no razonarlo. Si tengo la impresión de que vivo soñando. Hasta me doy cuenta de que hablo tanto para convencerme de que no estoy muerto, no por lo sucedido, sino por el estado en que lo deja un hecho así. Es igual que la piel después de una quemadura. Se cura, pero ¿vio usted cómo queda?, arrugada, seca, tensa, brillante. Así le queda el alma a uno. Y el brillo que a momentos se refleja le quema los ojos. Y las arrugas que tiene le repugnan. Usted sabe que lleva en su interior un monstruo que en cualquier momento se desatará y no sabe cómo.

«¡Un monstruo! Muchas veces me quedé pensando en eso. Un monstruo calmoso, elástico, indescifrable, que lo sorprenderá a usted mismo con la violencia de sus impulsos, con las oblicuas satánicas que descubre en los recovecos de la vida y que le permiten discernir infamias desde todos los ángulos. ¡Cuántas veces me he detenido en mí mismo, en el misterio de mí mismo y envidiaba la vida del hombre más humilde! ¡Ah!, no cometa nunca un crimen. Véame a mí, cómo estoy. Y me confieso con usted porque sí, quizá, porque usted me comprende...

»«¿Y la noche?»... Llegué tarde a casa. Me tiré vestido encima de la cama. La emoción que puede experimentar un jugador la sentía yo en los afanosos latidos de mi corazón. En realidad no pensaba en los sucesos posteriores al delito, sino que mantenía al borde del mismo la curiosidad de saber cómo me comportaría, qué es lo que haría Barsut, de qué forma lo secuestraría el Astrólogo, y el crimen que en algunas novelas había leído se presentaba interesante; veía yo ahora que era algo mecánico, que cometer un crimen es sencillo, y que nos parece complicado a nosotros debido a que carecemos de la costumbre de él.

»Tan es así que recuerdo que me quedé acostado con la mirada fija en un ángulo de la pieza a oscuras. Pedazos de antigua existencia, pero inconexos, pasaban como empujados por un viento, ante mis ojos. Nunca llegué a explicarme el misterioso mecanismo del recuerdo, que hace que en las circunstancias excepcionales de nuestra vida, de pronto adquiriera una importancia casi extraordinaria un detalle insignificante y la imagen que durante años y años ha estado cubierta en nuestra memoria por el presente de la vida. Ignorábamos que existían aquellas fotografías interiores y de pronto el espeso velo que las cubre se rompe, y así, esa noche, en vez de pensar en Barsut, me dejé estar allí, en ese triste cuarto de pensión, en la actitud de un hombre que espera la llegada de algo, de ese algo de que he hablado tantas veces, y que a mi modo de ver debía darle un giro inesperado a mi vida, destruir por completo el pasado, revelarme a mí mismo como un hombre absolutamente distinto de lo que yo era.

»En realidad, el crimen no me preocupaba mucho, sino otra curiosidad: ¿De qué forma me manifestaría después del crimen? ¿Sufriría remordimientos? ¿Enloquecería, terminaría por irme a denunciar? ¿O sencillamente viviría como hasta el presente, adolorido de esa impotencia singular que daba a todos los actos de mi vida una incoherencia que ahora usted dice son los síntomas de mi locura?

»Lo curioso es que a momentos sentía grandes impulsos de alegría, deseos de

reírme para simular un paroxismo de locura que no existía en mí; mas quebrantado el impulso trataba de figurarme de qué forma lo secuestraríamos a Barsut. Estaba seguro de que se defendería, pero el Astrólogo no era hombre de intervenir sin previsión en una empresa. Otras veces me planteaba el problema mediante qué forma Barsut había adivinado que la circular del Ministerio de Guerra estaba falsificada y me admiraba de haber conseguido aquella perfecta presencia de espíritu, cuando volviendo hacia mí la cara jabonada, dijo casi irónicamente:

»—“Mirá qué curioso si la circular estuviera falsificada”.

»En realidad él era un canalla, pero yo no le iba a la zaga; la diferencia quizá consistiría en que él no experimentaba curiosidad por sus bajas pasiones como la sentía yo. Además, a mí, no me importaba nada en aquellas circunstancias. Quizá fuera yo el que lo matara, quizá fuera el Astrólogo, el caso es que había arrojado mi vida a un recoveco monstruoso, en el que los demonios jugaban con mis sentidos, como con los dados metidos en un cubilete.

»Llegaban ruidos lejanos: el cansancio se infiltraba por mis articulaciones; a momentos me parecía que la carne, como una esponja, chupaba el silencio y el reposo. Ideas torvas se me ocurrían respecto a Elsa, un rencor taciturno me enrigidecía los músculos en los maxilares; hasta sentía la pena de mi pobre vida.

»Sin embargo, la única forma de rehabilitarme ante mí era asesinándolo a Barsut, y de pronto me veía de pie junto a él; estaba atado con sogas gruesas y echado sobre un montón de bolsas; de él sólo era nítido el verde perfil del ojo y la nariz pálida; yo me inclinaba suavemente encima de su cuerpo, esgrimía un revólver, le apartaba dulcemente el cabello de las sienes y le decía en voz baja:

»—Vas a morir, canalla.

»El bulto se estremecía, yo levantaba el revólver, apoyaba el caño en la piel sobre la sien y nuevamente repetía en voz muy baja:

»—Vas a morir, canalla.

»Los brazos se removían bajo las gruesas ligaduras, era una desesperada faena de huesos y de músculos espantados.

»—¿Te acordás, canalla, te acordás de las papas, de la ensalada volcada encima de la mesa? ¿Tengo ahora esa cara de infeliz que te preocupaba?

»Mas inesperadamente sentía vergüenza de decirle esas villanías, y entonces le decía, o no, no le decía nada, tomaba una bolsa y le cubría la cabeza: bajo la arpillera tupida, la cabeza se removía furiosamente; yo trataba de apretarla contra el piso para asegurar la eficacia del balazo y la posición segura del caño del revólver, y la arpillera resbalaba sobre los cabellos y todos mis esfuerzos eran inútiles para domar el coraje de esa fiera, que ahora resoplaba sordamente para escapar de la muerte. Si se desvanecía este sueño, me imaginaba viajando por el archipiélago de la Malasia, a bordo de un velero en el océano Índico; había cambiado de nombre, mascullaba inglés, mi tristeza era quizás la misma, pero ahora tenía brazos fuertes, la mirada serenísima; quizás en Borneo, quizás en Calcuta o más allá del mar Rojo, o al otro

lado de la Taiga, en Corea o en Manchuria, mi vida se reedificará».

Cierto es que ya no eran los sueños del inventor ni del hombre que descubriría unos rayos eléctricos tan poderosos como para fundir moldes de acero como si fueran lentejas de cera, ni presidiría la mesa vidriada de la Liga de las Naciones.

En otros momentos el terror avanzaba en Erdosain; tenía la sensación de estar engrilletado, la terrible civilización lo había metido dentro de un chaleco de fuerza del que no se podía escapar. Veíase encadenado y con el traje de rayadillo, cruzando lentamente en una columna presidiaria, entre médanos de nieve, hacia los bosques de Ushuaia. El cielo estaba arriba blanco como una chapa de estaño.

Esta visión le enardeció; aciegado del furor lento, se levantó, caminando de una parte a otra del cuarto, tenía intenciones de golpear las paredes con los puños, hubiera querido horadar los muros con los huesos; luego se detuvo en la jamba de la puerta, se cruzó de brazos, nuevamente la pena retrepó hasta su garganta, era inútil cuanto hiciera, en su vida había una realidad ostensible, única, absoluta. Él y los otros. Entre él y los otros se interponía una distancia, era quizás la incomprensión de los demás, o quizás su locura. De cualquier forma, no por eso era menos desdichado. Y nuevamente el pasado se levantó por pedazos ante sus ojos; la verdad es que hubiera deseado escaparse de sí mismo, abandonar definitivamente aquella vida que contenía su cuerpo y que lo envenenaba.

¡Ah!, entrar a un mundo más nuevo, con grandes caminos en los bosques, y donde el hedor de las fieras fuera más incomparablemente dulce que la horrible presencia del hombre.

Y caminaba, quería extenuarlo a su cuerpo, agotarlo definitivamente, aplastarlo por el cansancio hasta tal grado que le fuera imposible modular una sola idea.

Se durmió al amanecer.

EL SECUESTRO

A las nueve de la mañana Erdosain fue a buscarlo a Barsut.

Salieron sin decir palabra. Más tarde Erdosain reflexionaba sobre este viaje extraño en el cual el otro hombre fue hacia su destino sin oponer ninguna resistencia.

Refiriéndose a esas circunstancias, decía:

—Iba con Barsut como un condenado a muerte marcha hacia el paraje de la ejecución, abandonada toda su fuerza; con una sensación persistente, la del vacío ocupando los intersticios de mis entrañas.

»Barsut a su vez ceñudo; yo comprendía que él allí, sentado junto a la ventanilla, con el codo apoyado en el pasamano, acumulaba furores para descargarlos contra el invisible enemigo que su instinto le advertía estaba oculto en la quinta de Temperley.

Erdosain continuó:

—A momentos me decía lo curioso que hubiera resultado para los otros pasajeros

el saber que esos dos hombres, hundidos en el acolchado de cuero de los asientos, eran: uno el próximo asesino y el otro su víctima.

»Y sin embargo, todo continuaba lo mismo; el sol lucía allá en los campos; habíamos dejado atrás los frigoríficos, las fábricas de estearina y jabón, las fundiciones de vidrio y de hierro, los bretes con el vacuno oliendo los postes, las avenidas a pavimentar con sus llanuras manchadas de yeso y de surcos. Y ahora comenzaba, traspuesto Lanús, el siniestro espectáculo de Remedios de Escalada, monstruosos talleres de ladrillo rojo y sus bocazas negras, bajo cuyos arcos maniobraban las locomotoras, y a lo lejos, en las entrevías, se veían cuadrillas de desdichados, apaleando grava o transportando durmientes.

»Más allá, entre una raquílica vegetación de plátanos intoxicados por el hollín y los hedores de petróleo, cruzaba la senda oblicua de los chalets rojos para los empleados de la empresa, con sus jardincitos minúsculos, sus persianas ennegrecidas por el humo y los caminos sembrados de escoria y carbonilla».

Barsut iba ensimismado. Erdosain, para explicar el exacto término, se dejaba estar. Si en aquel momento hubiera visto un convoy avanzando por la línea en sentido contrario, no hubiera pestañeado, tan indiferente le era la vida o la muerte.

Así transcurrió el viaje. Cuando llegaron a Témperey, Barsut se sacudió como si despertara escalofriado de un sueño penoso, y se limitó a decir:

—¿Por dónde es?

Erdosain extendió el brazo, señalando vagamente la distancia que debía caminar, y Barsut siguió el rumbo.

Ahora cruzaban en silencio las calles hacia la quinta del Astrólogo.

Caía el tierno azul de la mañana en los bardales de las calles oblicuas.

Tallos, pasteles de todos los verdes y árboles, creaban informes edificios vegetales, crestados por penachos flexibles y bifurcados por laberintos de leñosidades rojas. Esto bajo el aire que ondulaba suavemente, de forma tal, que esas fantásticas construcciones del botánico azar parecían flotar en una atmósfera de oro, que tenía la lucidez vitrea de un cristal cóncavo, reteniendo en su esfericidad el profundo hedor de la tierra.

—Linda la mañana —dijo Barsut.

Y ya no hablaron más hasta llegar al frente de la quinta.

—Aquí es —dijo Erdosain.

Barsut dio un salto atrás y mirándolo con una agudeza increíble, exclamó:

—¿Y cómo sabés que es aquí, si no hay número?

Comentando más tarde esta incidencia, Erdosain decía:

«Puede afirmarse que hay un instinto del crimen, un instinto que le permite a uno mentir instantáneamente sin temor a incurrir en contradicciones, un instinto que es como el impulso de conservación y que en el momento más agudo de la lucha le permite encontrar recursos de salvación casi inverosímiles». Erdosain continuó:

Levanté la vista y con un aplomo inesperado para mí y sorprendentemente

después, le contesté:

—Porque vine ayer a dar vueltas por acá. Quería ver si veía a Elsa.

Barsut lo miró dudando.

Hubiera afirmado que Erdosain mentía,^[6] pero el amor propio le impedía retroceder, y Erdosain, llamando, golpeó fuertemente con las palmas de las manos.

Tapándole hasta la mitad del rostro la ancha ala de un sombrero de paja, y en mangas de camisa, se detuvo frente al portón de alambre pintado de rojo el Hombre que vio a la Partera.

—¿Está la señora? —preguntó Barsut.

Bromberg, sin contestar, corrió el cerrojo y abrió el portón; luego se internó en un sendero que torcía hacia la casa entre el eucaliptal y los dos hombres lo siguieron. Repentinamente una voz gritó:

—¿Dónde van ustedes?

Barsut movió la cabeza. Bromberg giró sobre los talones, y como si se hubiera roto algún resorte de su brazo, éste se alargó semejante a un rayo.

Barsut abrió la boca en un frenesí de aire, doblándose instantáneamente la parte superior de su cuerpo. Iba a apretarse el estómago con las manos, pero el brazo de Bromberg dilató el ángulo de otro golpe, y bajo el «cross» de mandíbula entrechocaron los dientes de Barsut.

Cayó, y aplastado entre el pasto parecía estar muerto, con sus piernas encogidas y los labios ligeramente entreabiertos.

Apareció el Astrólogo, y Bromberg, serio, casi triste, se inclinó sobre el caído.

El Astrólogo lo tomó por la coyuntura de los brazos, con los dedos en garfio bajo los sobacos, y en esta forma lo condujeron hasta la cochera abandonada. Erdosain hizo correr sobre los rodillos el portalón pintado de color ocre, olor de pasto seco, y un torbellino de insectos escapó de la tarbea negra. Introdujeron al desvanecido hasta un box: una gruesa cadena estaba asegurada a uno de los pilares por un candado.

El Astrólogo aseguró con el extremo de ésta por encima del tobillo el pie de Barsut, hizo varios nudos con los eslabones, luego los aseguró con un candado, rechinó éste al abrirse, y Erdosain, enderezándose sobre el caído, dijo mirándolo al Astrólogo:

—¿Ha visto? La libreta de cheques no la tiene encima.

Eran las diez de la mañana. El Astrólogo miró el reloj y dijo:

—Tengo tiempo de tomar el rápido que llega a Rosario a las seis. ¿Quiere acompañarme hasta Retiro?

—¿Cómo, va a Rosario?

—¿Y, si tengo que hacerle el telegrama a la dueña de la pensión? ¿Usted tiene el número?

—Sí, todo.

—Es lo mejor para apoderarse del equipaje de Barsut sin despertar sospechas. ¿En la pensión no tiene nada más?

—Sí, el baúl y dos maletas.

—Perfectamente. Dejémonos de charlas y vamos al grano. A las seis estaré en Rosario, le hago el telegrama a la vieja, usted se da una vuelta mañana a las diez y haciéndose el zonzo pregunta si Barsut no llegó todavía de Rosario, y como yo no he llegado, usted agrega que sabe que me han ofrecido un importante empleo, etc., etc. ¿Qué le parece?

—Muy bien.

A las doce el Astrólogo subía al tren.

CAPÍTULO TERCERO

EL LÁTIGO

LA TRETA ideada por Erdosain y llevada a cabo por el Astrólogo tuvo éxito, y éste resolvió que el día miércoles se llevara a cabo la primera reunión en la que se conocerían los «jefes».

El día martes, a las cuatro de la tarde, Erdosain recibió la visita del Astrólogo, quien le avisó que el miércoles de esa semana, a las nueve de la mañana se reunirían los jefes en Témperley.

El Astrólogo permaneció en compañía de Erdosain unos minutos, y cuando éste bajaba la escalera, examinando sobresaltado su reloj, dijo aquél:

—Caramba... son las cuatro, tengo que ir a un montón de sitios... lo espero mañana a las nueve... ¡Ah! yo he pensado que el único que podía desempeñar el puesto de Jefe de Industria era usted. Bueno, mañana conversaremos... ¡Ah!, no se olvide de presentar... Mejor dicho, de prepararse un proyecto sobre turbinas hidráulicas, un tipo para usina de montaña, sencillo. Sería para la colonia y los trabajos de electrometalurgia.

—¿Cuántos kilowats?

—No sé... eso debe estudiarlo usted. Habrá hornos eléctricos... en fin, arrégleselas usted. Además, ha llegado el Buscador de Oro, mañana él le dará detalles más concretos. Prepárese para que no lo sorprenda el asunto. Diablo, se hace tarde... hasta mañana... —arreglándose la chistera llamó a un chofer que pasaba y se acomodó en el automóvil.

Al día siguiente, Erdosain, caminando por las veredas de Témperley, observaba asombrado que hacía mucho tiempo que no gozaba de una emoción de sosiego semejante.

Caminaba despacio. Aquellos túneles vegetales le daban la sensación de un trabajo titánico y disforme. Miraba deleitado los senderos de grano rojo en los parques, que avanzaban sus láminas escarlatas hasta los prados, manteles verdes esmaltados de flores violáceas, amarillas y rojas. Y si levantaba los ojos se encontraba con aguanosos pozales en el cenit, que le producían un vértigo de caída pues de pronto el cielo desaparecía en sus pupilas y le dejaba en los ojos una negrura de ceguera, aclarándose el pensamiento en un furtivo mariposeo de átomos de plata, que a su vez se evaporaba, transformándose en terribles azulencos ásperos y secos, ahora en lo alto, como cavernas de azul de metileno. Y el placer que la mañana suscitaba en él, el goce nuevo, soldaba los trozos de su personalidad, rota por los anteriores sufrimientos del desastre, y sentía que su cuerpo estaba ágil para toda

aventura.

Y sin agregar una palabra más, se decía:

—Augusto Remo Erdosain —tal como si pronunciar su nombre le produjera un placer físico, que duplicaba la energía infiltrada en sus miembros por el movimiento.

Por las calles oblicuas, bajo los conos de sol, avanzaba sintiendo la potencia de su personalidad flamante: Jefe de Industrias. La frescura del camino botánico le enriquecía de grandores la conciencia. Y esta satisfacción lo aplomaba en las calles, como a esos muñecos de celuloide el lastre de plomo. Pensaba que se mostraría irónico en la reunión, y un desprecio malévolo le surgía para los débiles del mundo. El planeta era de los fuertes, eso mismo, de los fuertes. Arrasarían el mundo y se presentarían a la canalla que se encalla el trasero en las butacas de todas las oficinas, blindados de grandeza, semejantes a emperadores solitarios y crueles. Se imaginaba nuevamente a un desmesurado salón de muros encristalados cuyo centro lo ocupaba una mesa redonda. Sus cuatro secretarios con papeles en las manos y las plumas tras de la oreja se acercaban a consultarle, mientras que en un rincón, con los sombreros en las manos, inclinadas las cabezas canosas, estaban los delegados de los obreros. Y Erdosain volviéndose hacia ellos les decía simplemente: «O mañana vuelven al trabajo o los fusilaremos». Eso era todo. Hablaba poco y en voz baja, y su brazo estaba fatigado de firmar decretos. Lo mantenía en pie la voracidad de los tiempos que necesitaban el alma de un tigre para adornar los confines de todos los crepúsculos de siniestros fusilamientos.

Avanzaba ahora hacia la quinta del Astrólogo con el corazón batiente de entusiasmo, repitiéndose la frase de Lenin, como una musiquita llena de voluptuosidad:

«¡Qué diablo de revolución es ésta si no fusilamos a nadie!».

Al llegar a la quinta y entreabrir una de las puertas, vio venir a su encuentro al Astrólogo, cubierto de un largo guardapolvo gris y un sombrero de paja.

Con amistad se estrecharon fuertemente las manos al tiempo que decía el Astrólogo:

—Barsut está tranquilo, ¿sabe? Yo creo que no va a oponer mucha resistencia para firmar el cheque. Ya llegaron esos tipos, pero primero veremos a Barsut. ¡Que esperen, qué diablo! ¿Se da cuenta usted de mi situación? Con ese dinero el mundo es nuestro.

Ahora habían entrado al escritorio y el Astrólogo haciendo girar el anillo con la piedra violeta y mirando el mapa de Estados Unidos, prosiguió:

—Conquistaremos la Tierra, realizaremos nuestra «idea»... podemos instalar un prostíbulo en San Martín o en Ciudadela, y la colonia de los Santos, en la montaña. ¿Quién más apto para regentar el prostíbulo que el Rufián Melancólico? Le nombraremos Gran Patriarca Prostibulario.

Erdosain se acercó a la ventana... Los rosales vertían un perfume potentísimo, agudo, todo el espacio se poblaba de una fragancia roja, fresca como un caudal de

agua. Moscardones de alas de cristal revoloteaban en torno de las manchas escarlatas de los granados. Erdosain permaneció algunos segundos así. El espectáculo lo retrotrajo a la idéntica tarde aquella en que había estado allí, en el mismo lugar. Y sin embargo, no se imaginaba que la noche lo esperaba con la sorpresa de la partida de Elsa.

El verdor multiforme penetraba por sus ojos, pero él no lo veía. Allá en el fondo de su existencia, con la mejilla apoyada en los pezones violeta de un cuadrado pecho masculino, estaba su esposa, lánguida, la mirada floja, los labios entreabiertos para la obscena boca del otro.

Un pájaro pasó ante sus ojos, y Erdosain volviéndose al Astrólogo, dijo con voz forzosamente suave:

—Hombre, haga usted lo que quiera. —Luego sentóse, encendió un cigarrillo y observándolo al otro, que con un compás marcaba un círculo en un mapa azul, preguntó—: Pero ¿qué piensa hacer usted? ¿El Rufián Melancólico se prestará para administrar los prostíbulos?

—Sí, de eso no hay cuidado y Barsut no va a oponer mayor resistencia.

—¿Siempre está en la cochera?

—Me pareció prudente secuestrarlo. Lo encadené en la caballeriza.

—¿En la caballeriza?

—Era el único lugar sólido donde lo podía guardar. Además en una pieza arriba de la cochera duerme el Hombre que vio a la Partera...

—¿Qué es eso?

—Algún día le contaré. Vio a la partera y no puede dormir de noche. Bueno, yo había pensado que usted...

—¿Cómo, voy a ser el que...?

—Déjeme hablar. Que usted lo viera y tratara de convencerlo para que firmara, en fin, que le expusiera nuestras ideas...

—¿Y si no firma?

—Va a haber que hacerlo firmar a la fuerza...

—Pero, ¿cómo? Yo, naturalmente, soy enemigo de la violencia, pero usted me entiende. Nuestra idea está por encima de todo sentimentalismo, de eso es lo que usted debe enterarlo a Barsut; en fin, que nosotros no quisiéramos vernos en la obligación de tostarle los pies u otra cosa peor... para que nos firmara el cheque.

—¿Y usted está dispuesto?

—Sí, nosotros estamos dispuestos porque no podemos perder esta única oportunidad. Yo contaba con su invento de la rosa de cobre, pero eso es lento. Al Rufián Melancólico no conviene pedirle dinero. Si no lo tiene lo pondremos en un apuro, y si lo tiene y no nos lo quiere dar, perderemos un amigo. El hecho de que haya sido generoso con usted no quiere decir que lo sea con nosotros. Además, es un neurasténico que no sabe lo que da de sí.

Erdosain miraba por los cuadriláteros formados por los hierros de la ventana las

manchas escarlatas en las copas verdes de los granados. Una franja amarilla de sol cortaba el muro en lo alto de la estancia. Una tristeza enorme pasó por su corazón. ¿Qué es lo que había hecho de su vida?

El Astrólogo reparó en su silencio y dijo:

—Vea, Erdosain. No nos queda otro remedio que afrontar todo o abandonar. La vida es así, triste... Pero ¿qué quiere que hagamos? Yo también sé que lo agradable sería hacer las cosas sin sacrificios...

—Es que en este caso el sacrificado es otro...

—Y nosotros, Erdosain, y nosotros que nos jugamos la cárcel y la libertad por tiempo indeterminado. ¿Usted no ha leído las «Vidas Paralelas» de Plutarco?

—No...

—Pues voy a regalárselas para que leyéndolas aprenda que la vida humana vale menos que la de un perro, si para imprimir un nuevo rumbo a la sociedad, hay que destruir esa vida. ¿Sabe usted cuántos asesinatos cuesta el triunfo de un Lenin o de un Mussolini? A la gente no le interesa eso. ¿Por qué no le interesa? Porque Lenin y Mussolini triunfaron. Eso es lo esencial, lo que justifica toda causa injusta o justa.

—¿Y quién lo va a asesinar a Barsut?

—Bromberg, el que vio a la partera...

—Usted no me había dicho...

—Ni había objeto, porque de ese lado todo estaba resuelto.

Una ráfaga de perfume se volcó en la estancia. Se hizo nítido el ruido del agua que caía en el tonel.

—Así que el asunto ya lo conocemos...

—Usted, yo y Bromberg...

—Demasiada gente para un secreto...

—No, porque Bromberg es mi esclavo, es esclavo de sí mismo, que es lo peor.

—Perfectamente, pero usted me va a entregar a mí un documento firmado en el que usted y Bromberg se confiesan autores del crimen.

—¿Y para qué quiere usted eso?

—Para estar seguro de que no me engaña.

Con gesto maquinal el Astrólogo acomodó su galera, cogió su mongólico rostro entre sus gruesos dedos, y caminó hasta el centro de la estancia, así, con el codo apoyado en la palma de la otra mano, y dijo:

—No tengo inconveniente en darle lo que usted me pide, pero no se olvide de esto. Yo vivo exclusivamente para realizar mi idea. Vienen tiempos extraordinarios. Yo no podría explicarle todos los prodigios que van a ocurrir porque no tengo tiempo ni ganas de discutir. Vienen sin duda tiempos nuevos. ¿Quiénes los conocerán? Los elegidos. El día que yo encuentre un hombre capaz de substituirme y la empresa esté encaminada, me retiraré a meditar a la montaña. En tanto, todos los que me rodean me deben absoluta obediencia. Esto debe entenderlo usted si no quiere seguir el camino del otro...

—Ésa no es forma de hablar.

—Sí, es forma, porque yo le voy a firmar a usted el documento que me pide.

—No lo preciso...

—¿Va a necesitar dinero usted?

—Sí, unos dos mil pesos para...

—No me diga... Se le entregará...

—Además, no quiero tener nada que ver con el asunto de los prostíbulos ...

—Muy bien, llevará la contabilidad, pero ¿sabe ahora lo que nos hace falta? Es descubrir un símbolo vulgar para entusiasmar al populacho...

—Lucifer.

—No, ése es un símbolo místico... intelectual... Hay que descubrir algo grosero y estúpido... algo que entre por los sentidos de la multitud como la camisa negra... Ese diablo ha tenido talento. Descubrió que la psicología del pueblo italiano era una psicología de barbero y tenor de opereta... En fin, veremos, ya tengo pensada una jerarquía, algo interesante... lo hablaremos otro día... puede que resulte...

—El caso es que podamos sostenernos...

—Eso se descuenta... los prostíbulos van a dar... Pero, ¿va a ir a verlo a Barsut? ¿Sabe lo que le dirá?

—Sí...

ErDOSain salió en dirección a la cochera, en donde estaban instaladas las caballerizas. Era aquélla una casona de gruesas paredes y con piso alto donde había numerosas piezas vacías, recorridas de ratas.

En una de ellas vivía, o mejor dicho, dormía, el siniestro Bromberg, a quien ErDOSain había visto el día del secuestro.

Comprendía que ahora iba en camino hacia un hundimiento del cual no se imaginaba en qué forma saldría maltrecha su vida y esta incertidumbre, así como su absoluta falta de entusiasmo por los proyectos del Astrólogo, le causaban la impresión de que estaba obrando en falso, creándose gratuitamente una situación absurda. «Todo había hecho bancarrota en mí», diríame más tarde; mas sobreponiéndose a su cansancio e indiferencia marchaba hacia la cochera. Su corazón golpeaba fuertemente al saber que se encontraría «con el enemigo». A instantes arrugaba el ceño y su rencor era evidente.

Abrió el candado, descorrió la cadena y súbitamente encuriosado empujó una de las hojas del portón.

El prisionero se disponía a comer, desnudos los brazos, en el círculo de la luz amarilla que sobre una mesa de pino extendía la lámpara de kerosene.

Estaba Barsut sentado bajo el triángulo de la pesebrera metálica, entre los muros de madera de un box, y al verlo a ErDOSain arrugando la frente, detuvo por un segundo la aceitera con que regaba un trozo de carne rodeada de patatas; luego, sin decir palabra que revelara su sorpresa se engolfó nuevamente en su nutricional trabajo. Alargando el brazo y cogiendo entre sus dedos una pizca de sal espolvoreó las

patatas. Guardaba compostura sombría a pesar de que un agujero de su camiseta roja dejaba ver su sobaco negro.

Los ojos fijos en el fiambre, certificaban que Barsut le daba más importancia a su vianda que a Erdosain, detenido a tres pasos de allí. El resto del establo permanecía en la oscuridad. Por los intersticios de los muros entraban oblicuas saetas de sol que dejaban en el polvo del suelo porosos discos de oro.

Barsut no se dignaba ver nada. Apretó el pan en la tabla de la mesa, cortó enérgicamente una rebanada, se sirvió soda, no sin previamente lanzar un chorro contra el piso para limpiar la boquilla, y luego se inclinó para leer un libracó al costado de su plato, mientras masticaba una mezcla de carne, pan y patatas.

Erdosain se apoyó en una pilastra que soportaba el techo, mareado del olor a pasto seco, y con los ojos entrecerrados distinguió a Barsut, que tenía medio rostro iluminado por la verdosa claridad de la pantalla, mientras sus maxilares se movían en la luz cruda que arrojaba el mechero de la lámpara. En estas circunstancias giró la cabeza y distinguió un látigo colgado en la pared.

Erdosain se sobresaltó. Tenía el mango largo y la lonja corta, y Barsut, que ahora seguía su mirada, frunció el labio despectivamente. Erdosain miró sucesivamente al hombre y al látigo y sonrió nuevamente. Se dirigió hacia el rincón y descolgó la fusta. Ahora Barsut se había puesto de pie y con los ojos terriblemente fijos en Erdosain, echaba el cuerpo afuera del box. Las venas del cuello se le dilataron extraordinariamente. Iba a hablar, pero el orgullo le impedía pronunciar una sola palabra. Sonó un chasquido seco. Erdosain había descargado un rebencazo en la madera para probar la flexibilidad del cuero, luego se encogió de hombros y la oblicua solar que cortaba las tinieblas fue atravesada por una raya negra, y el látigo cayó entre el pasto.

Erdosain se paseaba en silencio por el establo. Pensaba que aquella vida estaba en sus manos, que nadie podía arrebatársela, mas este sentimiento no lo hacía más feliz. Barsut, encima de la divisoria de madera, observaba el campo soleado por la hendija que dejaba el portalón.

Habían cambiado los tiempos. Eso era todo. Lo miró con rencor a Barsut:

—¿Vas a firmar el cheque o no?

Barsut se encogió de hombros y Erdosain no volvió a preguntar. Quizás él se encontrara algún día y a esa misma hora en una celda oscura mientras que su memoria evocaría en aquel mismo instante el espectáculo de una cancha con piso de polvo de ladrillo, a la orilla del río, y las raquetas reticulando el cielo, de algunas chicas jugando al tenis. Y sin poderse contener exclamó, no tanto dirigiéndose a Barsut como hablándose a sí mismo:

—¿Te acordás? Yo tenía para vos cara de infeliz. No hablés. Y vos no sabías lo que yo estaba sufriendo. Ni vos ni ella. Callate. ¿Te pensás que me interesa tu dinero? No, hombre. Lo que hay es que estoy triste. Vos y ella me han llevado a todo esto. No sé ni por qué hablo. Lo único que sé es que estoy cansado. Pero para qué hablar... —

Y se disponía a salir cuando el Astrólogo entró. Barsut le revisó las manos con la mirada y el Astrólogo, removiendo la chistera en la cabeza, tomó la lámpara, la apagó y sentándose en un cajón, dijo:

—Venía a verlo para que arregláramos esa cuestión del cheque. Usted sabrá que por eso lo secuestramos. Claro está que yo no le hablaría a usted de esta forma si en la libreta que le encontramos en el bolsillo y que Erdosain quiso quemar,^[7] impidiéndolo yo, no hubiera leído un pensamiento sencillamente formidable: «El dinero convierte al hombre en un dios. Luego Ford es un dios. Si es un dios puede destruir la luna».

Aquello era mentira, pero Barsut no se conmovió.

Erdosain observaba el impenetrable rostro romboidal del Astrólogo. Era evidente que éste estaba ejecutando una comedia y que en ella Barsut no creía, seguro de que el otro le engañaba.

DISCURSO DEL ASTRÓLOGO

El Astrólogo continuó:

—Al principio, ese pensamiento me pareció una de las tantas estupideces que abundan en sus divagaciones... Sin embargo, terminé por preguntarme involuntariamente por qué el dinero puede convertir en dios a un hombre, y de pronto me di cuenta de que usted había descubierto una verdad esencial. ¿Y sabe cómo comprobé que usted tenía razón? Pues, pensando que Henry Ford con su fortuna podía comprar la suficiente cantidad de explosivo como para hacer saltar en pedazos un planeta como la luna. Su postulado se justificaba.

—Ciertamente —rezongó Barsut, halagado en su fuero interno.

—Entonces me di cuenta de que toda la antigüedad clásica, que los escritores de todos los tiempos, salvo usted que había escrito esta verdad sin saber explotarla, no habían concebido jamás que hombres como Ford, Rockefeller o Morgan fueran capaces de destruir la luna... tuvieran ese poder... poder que, como le digo, las mitologías pudieron atribuir a un dios creador. Y usted, implícitamente, sentaba de hecho un principio: el comienzo del reinado del superhombre.

Barsut volvió la cabeza para examinar al Astrólogo. Erdosain comprendió que éste hablaba seriamente:

—Ahora bien, cuando llegué a la conclusión de que Morgan, Rockefeller o Ford eran por el poder que les confería el dinero algo así como dioses, me di cuenta de que la revolución social sería imposible sobre la tierra porque un Rockefeller o un Morgan podía destruir con un solo gesto una raza, como usted en su jardín un nido de hormigas.

—Siempre que tuvieran el coraje de hacerlo.

—¿El coraje? Yo me pregunté si era posible que un dios renunciara a sus

poderes... Me pregunté si un rey del cobre o del petróleo llegaría a dejarse despojar de sus flotas, de sus montañas, de su oro y de sus pozos, y me di cuenta de que para privarse de ese fabuloso mundo había que tener la espiritualidad de un Buda o de un Cristo... y que ellos, los dioses que disponían de todas las fuerzas, no permitirían jamás su exacción. En consecuencia, tendría que acontecer algo enorme.

—No lo veo... Yo escribí ese pensamiento guiado por otros móviles.

—Interesa poco. Lo enorme es esto: La humanidad, las multitudes de las enormes tierras han perdido la religión. No me refiero a la católica. Me refiero a todo credo teológico. Entonces los hombres van a decir: «¿Para qué queremos la vida?...». Nadie tendrá interés en conservar una existencia de carácter mecánico, porque la ciencia ha cercenado toda fe. Y en el momento que se produzca tal fenómeno, reaparecerá sobre la tierra una peste incurable... la peste del suicidio... ¿Se imagina usted un mundo de gentes furiosas, de cráneo seco, moviéndose en los subterráneos de las gigantescas ciudades y aullando a las paredes de cemento armado: «¿Qué han hecho de nuestro dios?...». ¿Y las muchachitas y los escolares organizando sociedades secretas para dedicarse al sport del suicidio? ¿Y los hombres negándose a engendrar hijos que el iluso Berthelot creía que se alimentarían con pastillas sintéticas?...

—Es mucho suponer —dijo Erdosain.

El Astrólogo se volvió hacia él, asombrado. Le había olvidado.

—Claro, no sucederá mientras los hombres no reparen en qué se funda su desdicha. Eso es lo que ha pasado en realidad con los movimientos revolucionarios de carácter económico. El judaísmo acercó sus narices al Debe y al Haber del mundo y dijo: «La felicidad está en quiebra porque el hombre carece de dinero para subvenir a sus necesidades...». Cuando debió decir que: «La felicidad está en quiebra porque el hombre carece de dioses y de fe».

—¡Pero usted se contradice! Antes dijo que... —objetó Erdosain.

—Cállese, ¿qué sabe?... Y pensando, llegué a la conclusión de que ésa era la enfermedad metafísica y terrible de todo hombre. La felicidad de la humanidad sólo puede apoyarse en la mentira metafísica... Privándole de esa mentira recae en las ilusiones de carácter económico... y entonces me acordé de que los únicos que podían devolverle a la humanidad el paraíso perdido eran los dioses de carne y hueso: Rockefeller, Morgan, Ford... y concebí un proyecto que puede parecer fantástico a una mente mediocre... Vi que el callejón sin salida de la realidad social tenía una única salida... y era volver para atrás.

Barsut, cruzándose de brazos se había sentado a la orilla de la mesa.

Sus pupilas verdes estaban tiasas en el Astrólogo, que, con el guardapolvo abotonado hasta la garganta y el pelo revuelto, pues se había quitado el sombrero, caminaba de un extremo a otro de la cochera, apartando con la punta de un botín los tallos de pasto seco que había arrojados en el suelo. Erdosain, apoyado de espaldas contra un poste, observaba el semblante de Barsut, que lentamente se iba

impregnando de atención irónica, casi malévol, como si las palabras que decía el Astrólogo sólo befa merecieran. Éste, como si se escuchara a sí mismo, caminaba, se detenía, a instantes se mesaba el cabello. Dijo:

—Sí, llegará un momento en que la humanidad escéptica, enloquecida por los placeres, blasfema de impotencia, se pondrá tan furiosa que será necesario matarla como a un perro rabioso...

—¿Qué es lo que dice?...

—Será la poda del árbol humano... una vendimia que sólo ellos, los millonarios, con la ciencia a su servicio, podrán realizar. Los dioses, asqueados de la realidad, perdida toda ilusión en la ciencia como factor de felicidad, rodeados de esclavos tigres, provocarán cataclismos espantosos, distribuirán las pestes fulminantes... Durante algunos decenios el trabajo de los superhombres y de sus servidores se concretará a destruir al hombre de mil formas, hasta agotar el mundo casi... y sólo un resto, un pequeño resto será aislado en algún islote, sobre el que se asentarán las bases de una nueva sociedad.

Barsut se había puesto en pie. Con el entrecejo fiero, y las manos metidas en los bolsillos del pantalón, se encogió de hombros, preguntando:

—Pero, ¿es posible que usted crea en la realidad de esos disparates?

—No, no son disparates, porque yo los cometería aunque fuera para divertirme.

Y continuó:

—Desdichados hay que creerán en ellos... y eso es suficiente... Pero he aquí mi idea: esa sociedad se compondrá de dos castas, en las que habrá un intervalo... mejor dicho, una diferencia intelectual de treinta siglos. La mayoría vivirá mantenida escrupulosamente en la más absoluta ignorancia, circundada de milagros apócrifos, y por lo tanto mucho más interesante que los milagros históricos, y la minoría será la depositaria absoluta de la ciencia y del poder. De esa forma queda garantizada la felicidad de la mayoría, pues el hombre de esta casta tendrá relación con el mundo divino, en el cual hoy no cree. La minoría administrará los placeres y los milagros para el rebaño, y la edad de oro, edad en la que los ángeles merodeaban por los caminos del crepúsculo y los dioses se dejaron ver en los claros de luna, será un hecho.

—Pero eso es monstruoso en sí. Eso no puede ser.

—¿Por qué? Yo sé que no puede ser, pero hay que proceder como si fuera factible.

—Esa desproporción... La ciencia...

—¡Qué ciencia ni ciencia! ¿Acaso usted sabe para qué sirve la ciencia? ¿Usted no se burla en su pensamiento de los sabios y los llama «infatuados de lo percedero»?

—Veo que usted se ha leído esas pavadas.

—Claro. No hay que contradecir porque sí a la gente. Y la desproporción monstruosa que usted advierte en mi sociedad existe actualmente en nuestra sociedad, pero a la inversa. Nuestros conocimientos, quiero decir nuestras mentiras metafísicas,

están en pañales, mientras que nuestra ciencia es un gigante... y el hombre, criatura doliente, soporta en él este desequilibrio espantoso... De un lado lo sabe todo... del otro lo ignora todo. En mi sociedad la mentira metafísica, el conocimiento práctico de un dios maravilloso será el fin..., el todo que rellenará la ciencia de las cosas, inútil para la felicidad interior, será en nuestras manos un medio de dominio, nada más. Y no discutamos esto, porque es superfluo. Se ha inventado casi todo, pero no ha inventado el hombre una máxima de gobierno que supere a los principios de un Cristo, un Buda. No. Naturalmente, no discutiré el derecho al escepticismo, pero el escepticismo es un lujo de minoría... Al resto le serviremos la felicidad bien cocinada y la humanidad engullirá gozosamente la divina bazofia.

—¿Le parece a usted posible?

El Astrólogo se detuvo un momento. Ahora hacía girar el anillo de acero con la piedra violeta, se lo quitó del dedo para observar su interior; luego, acercándose a Barsut, pero con un gesto de extrañeza como el de un hombre cuya imaginación está distante de la realidad, repuso:

—Sí, todo lo que imagina la mente del hombre puede ser realizado dentro de los tiempos. ¿No ha impuesto ya Mussolini la enseñanza religiosa en Italia? Le cito esto como una prueba de la eficacia del bastón en la espalda de los pueblos. La cuestión es apoderarse del alma de una generación... El resto se hace solo.

—¿Y la idea?

—Aquí llegamos... Mi idea es organizar una sociedad secreta, que no tan sólo propague mis ideas, sino que sea una escuela de futuros reyes de hombres. Ya sé que usted me dirá que han existido numerosas sociedades secretas... y eso es cierto... todas desaparecieron porque carecían de bases sólidas, es decir, que se apoyaban en un sentimiento o en una irrealidad política o religiosa, con exclusión de toda realidad inmediata. En cambio, nuestra sociedad se basará en un principio más sólido y moderno: el industrialismo, es decir, que la logia tendrá un elemento de fantasía, si así se quiere llamar a todo lo que le he dicho, y otro elemento positivo: la industria, que dará como consecuencia el oro.

El tono de su voz se hizo más bronco. Una ráfaga de ferocidad ponía cierta desviación de astigmatismo en su mirada. Movi6 la greñuda cabeza a diestra y siniestra, como si le punzara el cerebro la agudeza de una emoción extraordinaria, apoyó las manos en los riñones y reanudando el ir y venir, repitió:

—¡Ah! el oro... el oro... ¿Sabe cómo lo llamaban los antiguos germanos al oro? El oro rojo... El oro... ¿Se da cuenta usted? No abra la boca, Satanás. Dése cuenta, jamás, jamás ninguna sociedad secreta trató de efectuar semejante amalgama. El dinero será la soldadura y el lastre que concederá a las ideas el peso y la violencia necesarios para arrastrar a los hombres. Nos dirigiremos en especial a las juventudes, porque son más estúpidas y entusiastas. Les prometeremos el imperio del mundo y del amor... Les prometeremos todo... ¿me comprende usted?... Y les daremos uniformes vistosos, túnicas esplendentes... capacetes con plumajes de variados

colores... pedrerías... grados de iniciación con nombres hermosos y jerarquías... Y allá en la montaña levantaremos el templo de cartón... Eso será para imprimir una cinta... No. Cuando hayamos triunfado levantaremos el templo de las siete puertas de oro... Tendrá columnas de mármol rosado y los caminos para llegar a él estarán enarenados con granos de cobre. En torno construiremos jardines... y allá irá la humanidad a adorar el dios vivo que hemos inventado.

—Pero el dinero para hacer todo eso... los millones...

A medida que el Astrólogo hablaba, el entusiasmo de éste se contagiaba a Erdosain. Se había olvidado de Barsut, aunque éste se encontraba frente a él. Sin poderlo evitar, evocaba una tierra de posible renovación. La humanidad viviría en perpetua fiesta de simplicidad, ramilletes de estroncio tachonarían la noche de cascadas de estrellas rojas, un ángel de alas verdosas soslayaría la cresta de una nube, y bajo las botánicas arcadas de los bosques se deslizarían hombres y mujeres, envueltos en túnicas blancas, y limpio el corazón de la inmundicia que a él lo apeataba. Cerró los ojos, y el semblante de Elsa se deslizó por su memoria, mas no despertó ningún eco, porque la voz del Astrólogo llenaba la cochera con esta réplica salvaje:

—¿Así que le interesa de dónde sacaremos los millones? Es fácil. Organizaremos prostíbulos. El Rufián Melancólico será el Gran Patriarca Prostibulario... todos los miembros de la logia tendrán interés en las empresas... Explotaremos la usura... la mujer, el niño, el obrero, los campos y los locos. En la montaña... será en el Campo Chileno... Colocaremos lavaderos de oro, la extracción de metales se efectuará por electricidad. Erdosain ya calculó una turbina de 500 caballos. Prepararemos el ácido nítrico reduciendo el nitrógeno de la atmósfera con el procedimiento del arco voltaico en torbellino y tendremos hierro, cobre y aluminio mediante las fuerzas hidroeléctricas. ¿Se da cuenta? Llevaremos engañados a los obreros, y a los que no quieran trabajar en las minas los mataremos a latigazos. ¿No sucede eso hoy en el Gran Chaco, en los yerbales y en las explotaciones de caucho, café y estaño? Cercaremos nuestras posesiones de cables electrizados y compraremos con una pera de agua a todos los polizontes y comisarios del Sur. El caso es empezar. Ya ha llegado el Buscador de Oro. Encontró placeres en el Campo Chileno, vagando con una prostituta llamada la Máscara. Hay que empezar. Para la comedia del dios elegiremos un adolescente... Mejor será criar un niño de excepcional belleza, y se le educará para hacer el papel de dios. Hablaremos... se hablará de él por todas partes, pero con misterio, y la imaginación de la gente multiplicará su prestigio. ¿Se imagina usted lo que dirán los papanatas de Buenos Aires cuando se propague la murmuración de que allá en las montañas del Chubut, en un templo inaccesible de oro y de mármol, habita un dios adolescente... un fantástico efebo que hace milagros?

—¡Sabe que sus disparates son interesantes!

—¿Disparates? ¿No se creyó en la existencia del plesiosaurio que descubrió un inglés borracho, el único habitante del Neuquén a quien la policía no deja usar

revólver por su espantosa puntería?... ¿No creyó la gente de Buenos Aires en los poderes sobrenaturales de un charlatán brasileño que se comprometía curar milagrosamente la parálisis de Orfilia Rico? Aquél sí que era un espectáculo grotesco y sin pizca de imaginación. E innumerables badulaques lloraban a moco tendido cuando el embrollón enarboló el brazo de la enferma, que todavía está tullido, lo cual prueba que los hombres de ésta y de todas las generaciones tienen absoluta necesidad de creer en algo. Con la ayuda de algún periódico, créame, haremos milagros. Hay varios diarios que rabian por venderse o explotar un asunto sensacional. Y nosotros les daremos a todos los sedientos de maravillas un dios magnífico, adornado de relatos que podemos copiar de la Biblia... Una idea se me ocurre: anunciaremos que el mocito es el Mesías pronosticado por los judíos... Hay que pensarlo... Sacaremos fotografías del dios de la selva... Podemos imprimir una cinta cinematográfica con el templo de cartón en el fondo del bosque, el dios conversando con el espíritu de la Tierra.

—Pero usted ¿es un cínico o un loco?

ErDOSAIN lo miró malhumorado a Barsut. ¿Era posible que fuera tan imbécil e insensible a la belleza que adornaba los proyectos del Astrólogo? Y pensó: «Esta mala bestia le envidia su magnífica locura al otro. Ésa es la verdad. No quedará otro remedio que matarlo».

—Las dos cosas, y elegiremos un término medio entre Krisnamurti y Rodolfo Valentino... pero más místico; una criatura que tenga un rostro extraño simbolizando el sufrimiento del mundo. Nuestras cintas se exhibirán en los barrios pobres, en el arrabal. ¿Se imagina usted la impresión que causará al populacho el espectáculo del dios pálido resucitando a un muerto, el de los lavaderos de oro con un arcángel como Gabriel custodiando las barcas de metal y prostitutas deliciosamente ataviadas dispuestas a ser las esposas del primer desdichado que llegue? Van a sobrar solicitudes para ir a explotar la ciudad del Rey del Mundo y a gozar de los placeres del amor libre... De entre esa ralea elegiremos los más incultos... y allá abajo les doblaremos bien el espinazo a palos, haciéndolos trabajar veinte horas en los lavaderos.

—Yo lo creía a usted un obrerista.

—Cuando converse con un proletario seré rojo. Ahora converso con usted, y a usted le digo: Mi sociedad está inspirada en aquella que a principios del siglo noveno organizó un bandido llamado Abdala-Aben-Maimum. Naturalmente, sin el aspecto industrial que yo filtro en la mía, y que forzosamente garantiza su éxito. Maimum quiso fusionar a los librepensadores, aristócratas y creyentes de dos razas tan distintas como la persa y la árabe, en una secta en la que implantó diversos grados de iniciación y misterios. Mentían descaradamente a todo el mundo. A los judíos les prometían la llegada del Mesías, a los cristianos la del Paracleto, a los musulmanes la de Madhi... de tal manera que una turba de gente de las más distintas opiniones, situación social y creencias trabajaban en pro de una obra cuyo verdadero fin era

conocido por muy pocos. De esta manera Maimum esperaba llegar a dominar por completo al mundo musulmán. Excuso decirle que los directores del movimiento eran unos cínicos estupendos, que no creían absolutamente en nada. Nosotros les imitaremos. Seremos bolcheviques, católicos, fascistas, ateos, militaristas, en diversos grados de iniciación.

—Usted es el rufián más descarado que he conocido... Si tuviera éxito...

Barsut experimentaba un singular placer en insultarlo al Astrólogo. Y es que no quería reconocer que era inferior al otro. Además, había algo que le humillaba profundamente, parecerá mentira, pero le indignaba pensar que Erdosain fuera amigo y gozara de la intimidación de hombre semejante. Y se decía: «¿Cómo es posible que este imbécil haya llegado a ser amigo de tal hombre?». Y por ese motivo sentía que en su interior no había mala razón que no contradijera las palabras del Astrólogo.

—Lo tendremos, ya que está el cebo del oro. Los resultados de nuestra organización se verán por los balances que arrojen los negocios que emprendamos. Los prostíbulos serán una fuente de dinero. Erdosain ha ideado un aparato que permitirá controlar diariamente el número de visitas que reciba cada pupila. Esto sin contar con las donaciones, una nueva industria que pensamos explotar: la rosa de cobre, que ha inventado Erdosain. Ahora usted se puede explicar por qué lo hemos secuestrado.

—¿Qué hacemos con la explicación si estoy preso?

En aquel instante Erdosain se observó a sí mismo de lo singular que resultaba el hecho de que Barsut en ningún momento le amenazara al Astrólogo con represalias para el momento en que se encontrara libre, lo que le hizo decirse: «Hay que andar con cuidado con este Judas, es capaz de vendernos, no por su plata, sino por envidia». El Astrólogo continuó:

—Su dinero nos servirá para instalar un lenocinio, organizar el pequeño contingente y comprar herramientas, instalación de radiotelegrafía y otros elementos para el lavadero de oro.

—¿Y usted no admite que pueda equivocarse?

—Sí... ya lo he pensado, pero procedo como si estuviera en lo cierto. Además, una sociedad secreta es como una enorme caldera. El vapor que produce puede mover una grúa como un ventilador...

—¿Y usted qué es lo que quiere mover?

—Una montaña de carne inerte. Nosotros los pocos queremos, necesitamos los espléndidos poderes de la tierra. Dichosos de nosotros si con nuestras atrocidades podemos aterrorizar a los débiles e inflamar a los fuertes. Y para ello es necesario crearse la fuerza, revolucionar las conciencias, exaltar la barbarie. Ese agente de fuerza misteriosa y enorme que suscitará todo eso será la sociedad. Instauraremos los autos de fe, quemaremos vivos en las plazas a los que no crean en Dios. ¿Cómo es posible que la gente no se haya dado cuenta de la extraordinaria belleza que hay en ese acto... en el de quemar vivo a un hombre? Y por no creer en Dios, ¿se da cuenta

usted?, por no creer en Dios. Es necesario, compréndame, es absolutamente necesario que una religión sombría y enorme vuelva a inflamar el corazón de la humanidad. Que todos caigan de rodillas al paso de un santo, y que la oración del más ínfimo sacerdote encienda un milagro en el cielo de la tarde. ¡Ah, si usted supiera cuántas veces lo he pensado! Y lo que me alienta es saber que la civilización y la miseria del siglo han desequilibrado a muchos hombres. Estos locoides que no encuentran rumbos en la sociedad son fuerzas perdidas. En el más ignominioso café de barrio, entre dos simples y un cínico va a encontrar usted tres genios. Estos genios no trabajan, no hacen nada... Convengo con usted en que son genios de hojalata... Pero esa hojalata es una energía que bien utilizada puede ser la base de un movimiento nuevo y poderoso. Y éste es el elemento que yo quiero emplear.

—¿Manager de locos?...

—Ésa es la frase. Quiero ser manager de locos, de los innumerables genios apócrifos, de los desequilibrados que no tienen entrada en los centros espiritistas y bolcheviques... Estos imbéciles... y yo se lo digo porque tengo experiencia... bien engañados, lo suficientemente recalentados, son capaces de ejecutar actos que le pondrían a usted la piel de gallina. Literatos de mostrador. Inventores de barrio, profetas de parroquias, políticos de café y filósofos de centros recreativos serán la carne de cañón de nuestra sociedad.

ErDOSAIN sonreía. Luego, sin mirar al encadenado, dijo:

—Usted no conoce la inaguantable insolencia de los fronterizos del genio...

—Sí, mientras no se los comprende, ¿no es verdad, Barsut?

—No me interesa.

—Es que a usted debe interesarle porque va a ser de los nuestros. Yo opino esto. Si a un fronterizo se le discute que no es un genio, toda la insolencia y la grosería de este incomprendido se levantan injuriosas ante usted. Pero elogie sistemáticamente a un monstruo del amor propio, y ese mismo sujeto que lo hubiera asesinado a la menor contradicción se convierte en su lacayo. Lo que debe saber es suministrarle una mentira suficientemente dosificada. Inventor o poeta, será su criado.

—¿Usted también se cree genio? —estalló iracundo Barsut.

—Yo también me creo genio... Claro que lo creo... pero cinco minutos y una sola vez al día..., aunque poco me interesa serlo o no. Las frases importan poco a los predestinados a realizar. Son los fronterizos del genio los que engordan con palabras inútiles. Yo me he planteado este problema que nada tiene que ver con mis condiciones intelectuales: ¿Puede hacerse felices a los hombres? Y empiezo por acercarme a los desgraciados, darles por objeto de sus actividades una mentira que los haga felices inflando su vanidad... y estos pobres diablos que abandonados a sí mismos no hubieran pasado de incomprendidos, serán el precioso material con que produciremos la potencia... el vapor...

—Usted se va por las ramas. Yo le pregunto qué fin personal persigue usted al querer organizar la sociedad.

—Su pregunta es estúpida. ¿Para qué inventó Einstein su teoría? Bien puede el mundo pasarse sin la teoría de Einstein. ¿Sé yo acaso si soy un instrumento de las fuerzas superiores, en las que no creo una palabra? Yo no sé nada. El mundo es misterioso. Posiblemente yo no sea nada más que el sirviente, el criado que prepara una hermosa casa en la que ha de venir a morir el Elegido, el Santo.

Barsut sonrió imperceptiblemente. Aquel hombre hablando del Elegido con su oreja arrellanada, su melena hirsuta y delantal de carpintero le causaba una impresión irónica, indefinible. ¿Hasta qué punto fingía aquel bribón? Y lo curioso es que no podía irritarse contra él, ese hombre le producía una sensación imprecisa, lo que le decía no era inesperado, sino que hasta parecía haber escuchado aquellas frases, con el mismo tono de voz, en otra circunstancia distante, como perdida en el gris paisaje de un sueño.

La voz del Astrólogo se hizo menos imperiosa.

—Créame, siempre ocurre así en los tiempos de inquietud y desorientación. Algunos pocos se anticipan con un presentimiento de que algo formidable debe ocurrir... Esos intuitivos, yo formo parte de ese gremio de expectantes, se creen en el deber de excitar la conciencia de la sociedad... de hacer algo aunque ese algo sean disparates. Mi algo en esta circunstancia es la sociedad secreta. ¡Gran Dios! ¿Sabe acaso el hombre la consecuencia de sus actos? Cuando pienso que voy a poner en movimiento un mundo de títeres..., títeres que se multiplicarán, me estremezco, hasta llego a pensar que lo que puede ocurrir es tan ajeno a mi voluntad como lo serían a la voluntad del dueño de una usina las bestialidades que ejecuta en el tablero un electricista que se hubiese vuelto repentinamente loco. Y a pesar de ello siento la imperiosa necesidad de poner en marcha esto, de reunir en un solo manajo la disforme potencia de cien psicologías distintas, de armonizarlas mediante el egoísmo, la vanidad, los deseos y las ilusiones, teniendo como base la mentira y como realidad el oro... el oro rojo...

—Usted está en lo cierto... Usted va a triunfar.

—Bueno, ¿qué es ahora lo que espera de mí? —replicó Barsut.

—Ya le dije antes. Que nos firme el cheque por diecisiete mil pesos. A usted le quedarán tres mil. Con eso puede irse al diablo. El resto se lo pagaremos en cuotas mensuales con lo que rindan los prostíbulos y los lavaderos.

—¿Y saldré de aquí?

—En cuanto cobremos el cheque.

—¿Y cómo me prueba usted que ésas son sus verdades?

—Ciertas cosas no se prueban... Pero ya que usted me pide una prueba, le diré: Si usted se niega a firmarme el cheque lo haré torturar por el Hombre que vio a la Partera, y después que me haya firmado el cheque lo mataré...

Barsut levantó los ojos descoloridos, y ahora su rostro con barba de tres días parecía envuelto en una neblina de cobre. ¡Matarlo! La palabra no le causó ninguna impresión. En ese momento carecía de sentido para él. Además, la vida le importaba

tan poco... Hacía mucho tiempo que aguardaba una catástrofe; ésta se había producido, y en vez de sentirse acosado por el terror encontraba en el interior de sí mismo una indiferencia cínica que se encogía de hombros ante cualquier destino. El Astrólogo continuó:

—Mas no quisiera llegar a eso... Lo que yo quisiera es contar con su ayuda personal... que usted se interesara en nuestros proyectos. Créame, nosotros estamos viviendo en una época terrible. Aquel que encuentre la mentira que necesita la multitud será el Rey del Mundo. Todos los hombres viven angustiados... El catolicismo no satisface a nadie, el budismo no se presta para nuestro temperamento estragado por el deseo de gozar. Quizás hablemos de Lucifer y de la Estrella de la Tarde. Usted agregará a nuestros sueños toda la poesía que ellos necesitan, y nos dirigiremos a los jóvenes... ¡oh!, es muy grande esto... muy grande...

El Astrólogo se dejó caer sobre el cajón. Estaba extenuado. Enjugóse el sudor de la frente con un pañuelo a cuadros como el de los labriegos, y los tres permanecieron un instante en silencio.

De pronto Barsut dijo:

—Sí, tiene usted razón, esto es muy grande. Suélteme, que le firmaré el cheque.

Había pensado que todas las palabras del Astrólogo eran mentiras, y aquello casi le perdió.

El Astrólogo se levantó caviloso:

—Perdón, yo le pondré a usted en libertad después que haya cobrado el cheque. Hoy es miércoles. Mañana a mediodía puede estar usted en libertad, pero nuestra casa sólo la podrá abandonar dentro de dos meses —dijo esto porque reparó en que el otro no creía en sus proyectos—. ¿Para esta tarde no necesita algo?

—No.

—Bueno, hasta luego.

—Pero, ¿se va así?... Quédese...

—No. Estoy cansado. Necesito dormir un rato. Esta noche vendré y charlaremos otro poco. ¿Quiere cigarrillos?

—Bueno.

Salieron de la caballeriza.

Barsut se recostó en su lecho de pasto seco, y encendiendo un cigarrillo lanzó algunas bocanadas de humo que en la oblicua de una aguja de sol destrenzaban sus maravillosos caracoles de azul acero. Ahora que estaba solo su pensamiento se ordenaba cordialmente, y hasta se dijo:

«¿Por qué no ayudarle a “ése”? El proyecto que tiene de la colonia es interesante, y ahora me explico porqué ese bestia de Erdosain le tiene tanta admiración. Cierto es que me habré quedado en la calle... quizá sí, quizá no... mas de una forma o de otra había que terminar». Y entrecerró los ojos para meditar en el futuro.

El Astrólogo, con la galera echada sobre los ojos, se volvió a Erdosain y dijo:

—Barsut cree que nos ha engañado. Mañana, después de cobrar el cheque,

tendremos que ejecutarlo...

—No, tendrá que ejecutarlo...

—No tengo inconveniente... pero qué le vamos a hacer. En libertad ese envidioso nos denunciará inmediatamente. ¡Y él cree que estamos locos! Y efectivamente lo estaríamos si lo dejáramos con vida.

Se detuvieron junto a la casa. Arriba unas nubes achocolatadas avanzaban rápidamente en lo celeste su dentellado relieve.

—¿Quién lo va a asesinar?

—El Hombre que vio a la Partera.

—Sabe que no es muy agradable morir con el verano en puerta...

—Así no más es...

—¿Y el cheque?

—Lo va a cobrar usted.

—¿No tiene usted miedo de que me escape?

—No, por el momento no.

—¿Por qué?

—Porque no. Usted más que nadie necesita que la sociedad resulte para desaburrirse. Si usted es mi cómplice, es precisamente por eso... por aburrimiento, por angustia.

—Puede ser. Mañana, ¿a qué hora nos veremos?

—Este... a las nueve en la estación. Yo le llevaré el cheque. A propósito, ¿tiene cédula de identidad?

—Sí.

—Entonces no hay nada que temer. ¡Ah!, una cosa. Le recomiendo que hable poco en la reunión y fríamente.

—¿Están todos?

—Sí.

—¿También el Buscador de Oro?

—Sí.

Apartando los ramojos que les castigaban los rostros, avanzaron hacia la glorieta. Era ésta un quiosco fabricado con alfajías, y en los rombos de madera prendían sus tallos verdes los crecimientos de una madreSelva cargada de campánulas violetas y blancas.

LA FARSA

Al entrar, el círculo de hombres se puso de pie, mas Erdosain se detuvo estupefacto al observar entre los reunidos un oficial del ejército con el uniforme de mayor.

Estaban allí el Buscador de Oro, Haffner, un desconocido y el Mayor. Los dos primeros de codos en la mesa. Haffner releendo unos papeles en blanco, y el

Buscador de Oro con un mapa frente a él. Un pedrusco precintado impedía que el viento se llevara el dibujo. El Rufián estrechó la mano de Erdosain y éste se sentó a su lado, poniéndose a observar al Mayor, que bruscamente había despertado toda su curiosidad. Realmente el Astrólogo era maestro en sorpresas.

Sin embargo, el desconocido le produjo mala impresión.

Era éste un hombre de elevada estatura, lívido y ojos renegridos. Había en él algo de repugnante, y era el labio inferior replegado en un continuo mohín de desprecio, la nariz larga y arqueada, arrugada sobre el ceño por tres muescas transversales. Un sedoso bigote caía sobre sus labios rojos y su mirada apenas se fijó en Erdosain, pues no bien fue presentado a él se dejó caer en una hamaca, permaneciendo así con la cabeza apoyada en un respaldar, la espada entre las rodillas y un alón de cabello pegado a su frente plana.

Y durante unos minutos todos permanecieron en silencio, observándose con evidente malestar. El Astrólogo, sentado a un costado de la entrada de la glorieta, encendió un cigarrillo observando oblicuamente a los «jefes». Así se les llamó en una reunión posterior. De pronto levantó la cabeza mirando a los otros cinco hombres que estaban frente a la cabecera de la mesa, dijo:

—No creo necesario que volvamos a repetir lo que todos conocemos y hemos convenido en reuniones particulares... es decir, la organización de una sociedad secreta cuyo sostenimiento se efectuará mediante comercios morales o inmorales. En esto estamos todos de acuerdo, ¿no? ¿Qué les parece a ustedes (a mí me gusta la geometría) que llamemos «Células» a los distintos jefes radiales de la sociedad?

—Así se llaman en Rusia —dijo el Mayor—. Los componentes de cada célula no podrán conocer a miembros de otra.

—¿Cómo..., los jefes no se conocerán entre sí?

—Los que no se conocerán, insisto, no son los jefes, sino los socios.

El Buscador de Oro interrumpió:

—Así no va a ser posible nada. ¿Qué es lo que liga a los miembros de las distintas células?

—Pero si la sociedad somos nosotros seis.

—No, señor... la sociedad soy yo —objetó el Astrólogo—. Hablando seriamente, les diré que la sociedad son todos..., siempre con restricciones por lo que me atañe.

Intervino el Mayor:

—Creo que la discusión no tiene objeto, porque según tengo entendido existirá un escalafón perfectamente establecido. Cada ascenso pondrá al miembro de célula en contacto con un jefe nuevo. Habrá tantos ascensos así como jefes de células.

—¿A cuántas ascienden por el momento las células?

—Son cuatro. Yo estaré encargado de todo —continuó el Astrólogo—. Usted, Erdosain, Jefe de Industrias; el Buscador de Oro —un joven que estaba en el ángulo de la mesa inclinó la cabeza— tendrá a su cargo las Colonias y Minas; el Mayor ramificará nuestra sociedad en el ejército, y Haffner será el Jefe de los Prostíbulos.

Haffner se levantó exclamando:

—Perdón, yo no seré jefe de nada. Estoy aquí como podría estar en cualquier parte. Lo único que hago en obsequio de ustedes es darles un presupuesto y nada más. Si les molesto me puedo retirar.

—No, quédese —rectificó el Astrólogo.

El Rufián Melancólico volvió a sentarse y a trazar garabatos con un lápiz en el papel. Erdosain admiró su insolencia.

Pero fuera de toda duda, allí el que centralizaba la atención y curiosidad de todos era el Mayor, con el prestigio de su uniforme y lo extraño de su sociedad.

El Buscador de Oro se volvió hacia él:

—¿Cómo es eso? ¿Usted tiene esperanza de filtrar nuestra sociedad en el ejército?

Todos se habían incorporado en los sillones. Era aquello la sorpresa de la reunión, el golpe de efecto preparado en silencio. Indudablemente, el Astrólogo tenía toda la pasta de un jefe. Lo lamentable era que siempre guardara el secreto de sus procedimientos. Pero Erdosain sentíase orgulloso de compartir una complicidad con él. Ahora todos se habían incorporado en sus asientos para escuchar al Mayor. Éste observó al Astrólogo y luego dijo:

—Señores, yo les hablaré con palabras bien pesadas. Si no, no estaría aquí. Ocurre lo siguiente: Nuestro ejército está minado de oficiales descontentos. No vale la pena de enumerar los motivos, ni a ustedes les interesarán. Las ideas de «dictadura» y los acontecimientos políticos y militares de estos últimos tiempos, me refiero a España y a Chile, han hecho pensar a muchos de mis camaradas que nuestro país podría ser también terreno próspero para una dictadura.

El asombro más extraordinario abría las bocas de todos. Aquello era lo inesperado.

El Buscador de Oro replicó:

—Pero ¿usted cree que el ejército argentino..., digo..., los oficiales, aceptarán nuestras ideas?...

—Claro que las aceptarán..., siempre que ustedes sepan ordenarlas. Desde ya puedo anticiparles que son más numerosos de lo que ustedes creen los oficiales desengañados de las teorías democráticas, incluso el parlamento. No me interrumpa, señor. El noventa por ciento de los diputados de nuestro país son inferiores en cultura a un teniente primero de nuestro ejército. Un político que ha sido acusado de haber intervenido en el asesinato de un gobernador ha dicho con mucho acierto: «Para gobernar un pueblo no se necesitan más aptitudes que las de un capataz de estancia». Y ese hombre ha dicho la verdad refiriéndose a nuestra América.

El Astrólogo se restregaba las manos con evidente satisfacción.

El Mayor continuó, fijas las miradas de todos en él:

—El ejército es un estado superior dentro de una sociedad inferior, ya que nosotros somos la fuerza específica del país. Y sin embargo, estamos sometidos a las resoluciones del gobierno... Y el gobierno ¿quién lo constituye?... el poder

legislativo y el ejecutivo... es decir, hombres elegidos por partidos políticos informes... ¡y qué representantes, señores! Ustedes saben mejor que yo que para ser diputado hay que haber tenido una carrera de mentiras, comenzando como vago de comité; transando y haciendo vida común con perdularios de todas las calañas, en fin, una vida al margen del código y de la verdad. No sé si esto ocurre en países más civilizados que los nuestros, pero aquí es así. En nuestra cámara de diputados y de senadores, hay sujetos acusados de usura y homicidio, bandidos vendidos a empresas extranjeras, individuos de una ignorancia tan crasa, que el parlamentarismo resulta aquí la comedia más grotesca que haya podido envilecer a un país. Las elecciones presidenciales se hacen con capitales norteamericanos, previa promesa de otorgar concesiones a una empresa interesada en explotar nuestras riquezas nacionales. No exagero cuando digo que la lucha de los partidos políticos en nuestra patria no es nada más que una riña entre comerciantes que quieren vender el país al mejor postor.

[8]

Todos miraban estupefactos al Mayor. A través de los rombos y campánulas veíase el celeste cielo de la mañana, pero nadie reparaba en ello. Erdosain contábame más tarde que ninguno de los concurrentes a la reunión del miércoles había previsto una escena de tan alto interés. El Mayor pasó un pañuelo por sus labios y continuó:

—Me alegro que mis palabras interesen. Hay muchos jóvenes oficiales que piensan como yo. Hasta contamos con algunos generales nuevos... Lo que conviene, y no se asombren de lo que les voy a decir, es darle a la sociedad un aspecto completamente comunista. Les digo esto porque aquí no existe el comunismo, y no se puede llamar comunistas a ese bloque de carpinteros que desbarran sobre sociología en una cuadra donde nadie se quita el sombrero. Deseo explicarles con nitidez mi pensamiento. Toda sociedad secreta es un cáncer en la colectividad. Sus funciones misteriosas desequilibran el funcionamiento de la misma. Pues bien, nosotros los jefes de células les daremos a éstas un carácter completamente bolchevique. —Fue la primera vez que esa palabra se pronunció allí, e involuntariamente todos se miraron—. Este aspecto atraerá numerosos desorbitados y, en consecuencia, la multiplicación de las células. Crearemos así un ficticio cuerpo revolucionario. Cultivaremos en especial los atentados terroristas. Un atentado que tiene mediano éxito despierta todas las conciencias oscuras y feroces de la sociedad. Si en el intervalo de un año repetimos los atentados, acompañándolos de proclamas antisociales que inciten al proletariado a la creación de los «soviets»... ¿Saben ustedes lo que habremos conseguido? Algo admirable y sencillo. Crear en el país la inquietud revolucionaria.

»La “inquietud revolucionaria” yo la definiría como un desasosiego colectivo que no se atreve a manifestar sus deseos, todos se sienten alterados, enardecidos, los periódicos fomentan la tormenta y la policía le ayuda deteniendo a inocentes, que por los sufrimientos padecidos se convierten en revolucionarios; todas las mañanas las gentes se despiertan ansiosas de novedades, esperando un atentado más feroz que el anterior y que justifique sus presunciones; las injusticias policiales enardecen los

ánimos de los que no las sufrieron, no falta un exaltado que descarga su revólver en el pecho de un polizonte, las organizaciones obreras se revuelven y decretan huelgas y las palabras *revolución* y *bolcheviquismo* infiltran en todas partes el espanto y la esperanza. Ahora bien, cuando numerosas bombas hayan estallado por los rincones de la ciudad y las proclamas sean leídas y la inquietud revolucionaria esté madura, entonces intervendremos nosotros, los militares...

El Mayor apartó sus botas de un rayo de sol, y continuó:

—Sí, intervendremos nosotros, los militares. Diremos que en vista de la poca capacidad del gobierno para defender las instituciones de la patria, el capital y la familia, nos apoderaremos del Estado, proclamando una dictadura transitoria. Todas las dictaduras son transitorias para despertar confianza. Capitalistas burgueses, y en especial, los gobiernos extranjeros conservadores, reconocerán inmediatamente el nuevo estado de cosas. Culparemos al gobierno de los Soviets de obligarnos a asumir una actitud semejante y fusilaremos a algunos pobres diablos convictos y confesos de fabricar bombas. Suprimiremos las dos cámaras y el presupuesto del país será reducido a un mínimo. La administración del Estado será puesta en manos de la administración militar. El país alcanzará así una grandeza nunca vista.

Calló el Mayor, y en la glorieta florida los hombres prorrumpieron en aplausos. Una paloma echó a volar.

—Su idea es hermosa —dijo Erdosain—, pero el caso es que nosotros trabajaremos para ustedes...

—¿No querían ser ustedes jefes?

—Sí, pero lo que recibiremos nosotros serán las migajas del banquete...

—No señor... usted confunde... lo pensado...

Intervino el Astrólogo:

—Señores... nosotros no nos hemos reunido para discutir orientaciones que no interesan ahora... sino para organizar las actividades de los jefes de célula. Si están dispuestos, vamos a empezar.

Un recio mozo que hasta entonces había permanecido callado, intervino en la discusión:

—¿Permiten ustedes?

—Cómo no...

—Pues entonces creo que el asunto hay que plantearlo en esta forma: ¿Quieren ustedes o no la revolución? Los detalles de organización deben ser posteriores.

—Eso... eso, son posteriores... sí, señor.

El desconocido terminó por explicarse:

—Soy amigo del señor Haffner. Soy abogado. He renunciado a los beneficios que podía proporcionarme mi profesión por no transigir con el régimen capitalista. ¿Tengo o no derecho a opinar?

—Sí, señor, lo tiene.

—Pues entonces aseguro que lo dicho por el Mayor imprime una nueva

orientación a nuestra sociedad.

—No —objetó el Buscador de Oro—. Puede ser la base de ella sin la exclusión de sus otros principios.

—Claro.

—Sí.

La discusión se iba a renovar. El Astrólogo se levantó:

—Señores, discutirán otro día. Ahora se trata de la organización comercial... no de ideas. Por lo tanto suprimiremos todo lo que se aparte de ello.

—Ésa es la dictadura —exclamó el abogado.

El Astrólogo lo miró un momento luego dijo parsimoniosamente:

—Usted se siente con pasta de jefe, a lo que creo... Creo que la tiene. Su deber, si usted es inteligente, es organizar lejos de nosotros otra sociedad. Así provocaremos el desmoronamiento de la actual. Aquí usted me obedece, o se retira.

Durante un instante los dos hombres se examinaron; el abogado se levantó, detuvo los ojos en el Astrólogo, se inclinó con una sonrisa de hombre fuerte y salió.

Terminó con el silencio de todos la voz del Mayor, que dijo al Astrólogo:

—Ha obrado usted muy bien. La disciplina es la base de todo. Le escuchamos.

Rombos de sol ponían su mosaico de oro en la tierra negra de la glorieta. A lo lejos sonaba el yunque de una herrería, innumerables pájaros echaban a rodar sus gorjeos entre las ramas. Erdosain chupaba la flor blanca de la madreSelva y el Buscador de Oro, los codos apoyados en las rodillas, miraba atentamente el suelo.

Fumaba el Rufián y Erdosain espía el mongólico semblante del Astrólogo, con su guardapolvo gris abotonado hasta la garganta.

Siguió a estas palabras un silencio molesto. ¿Qué buscaba ese intruso allí? Erdosain súbitamente malhumorado se levantó, exclamando:

—Aquí habrá toda la disciplina que ustedes quieran, pero es absurdo que estemos hablando de dictadura militar. A nosotros, sólo pueden interesarnos los militares plegándose a un movimiento rojo.

El Mayor se incorporó en su asiento y mirando a Erdosain, dijo sonriendo:

—¿Entonces reconoce usted que hago bien mi papel?

—¿Papel?...

—Sí, hombre... yo soy tan Mayor como usted.

—¿Se dan cuenta ahora ustedes del poder de la mentira? —dijo el Astrólogo—. Lo he disfrazado a este amigo de militar y ya ustedes mismos creían, a pesar de estar casi en el secreto, que teníamos revolución en el ejército.^[9]

—¿Entonces?...

—Éste no fue nada más que un ensayo... ya que representaremos la comedia en serio algún día.

Las palabras resonaron tan amenazadoras que los cuatro hombres se quedaron observando al Mayor, que dijo:

—En realidad no he pasado de sargento —pero el Astrólogo interrumpió sus

explicaciones, diciendo:

—Amigo Haffner, ¿tiene el presupuesto?

—Sí... aquí está.

El Astrólogo hojeó durante unos minutos los pliegos borroneados de cifras y explicó a la concurrencia:

—La base más sólida de la parte económica de nuestra sociedad son los prostíbulos.

El Astrólogo continuó:

—El señor me ha entregado un presupuesto que se refiere a la instalación de un prostíbulo con diez pupilas. He aquí los gastos a efectuarse:

10 juegos de dormitorios usados	\$	2.000
Alquiler de la casa, mensual	"	400
Depósito, tres meses	"	1.200
Instalación, cocina, baños y bar	"	2.000
Coima mensual al comisario	"	300
Coima al médico	"	150
Coima al jefe político para la concesión	"	2.000
Impuesto municipal mensual	"	50
Piano eléctrico	"	1.500
Gerenta	"	150
Cocinero	"	150
Total	\$	9.900

»Cada pupila abona 14 pesos por semana en concepto de gastos de comida y tiene que comprar en la casa la yerba, azúcar, kerosene, velas, medias, polvos, jabón y perfumes.

Prosiguió el Astrólogo:

«Fuera de todo gasto podemos contar con una entrada mínima de dos mil quinientos pesos por mes. En cuatro meses hemos recuperado el capital invertido. Con el cincuenta por ciento de las entradas líquidas instalaremos otros lenocinios, el veinticinco por ciento será destinado a cubrir las deudas, y la otra tercera parte se destinará al sostenimiento de las células. ¿Se autoriza el gasto de diez mil pesos o no?».

Todos inclinaron la cabeza aprobando, menos el Buscador de Oro, que dijo:

—¿Quién es el revisor de cuentas?

—Se elegirá terminado todo.

—De acuerdo.

—¿Usted también, Mayor?

—Sí.

Erdosain levantó la cabeza y miró el pálido semblante del pseudosargento, cuyos ojos aviesos se habían detenido en una mariposa blanca que movía sus alas en lo verde, y esta vez no pudo menos que decirse cómo era posible que el Astrólogo moviera tales comediantes. Pero el Astrólogo lo interpelaba:

—Usted, señor Erdosain, ¿cuánto necesita para instalar el taller de

galvanoplastia?

—Mil pesos.

—¡Ah! ¿Usted es el inventor de la rosa de cobre? —le dijo el Mayor.

—Sí.

—Lo felicito. Yo creo que la venta tendrá éxito. Naturalmente hay que metalizar flores en gran cantidad.

—Así es. Yo he pensado agregar el ramo de fotografía. Salvaría los gastos del taller.

—Eso queda a su criterio.

—Además, yo cuento ya con un práctico amigo mío para la galvanoplastia —al decir esto pensaba en la familia Espila, que bien podría ingresar en la sociedad secreta, mas el Astrólogo interrumpió las reflexiones, diciendo:

—El Buscador de Oro nos va a dar noticias de la zona donde pensamos instalar nuestra colonia —y éste se levantó.

ErDOSAIN se asombró al considerar el físico del otro. Se había imaginado a éste de acuerdo a los cánones de la cinematografía, un hombre enorme, de barbas rubias apestando a bebida. No había tal cosa.

El Buscador de Oro era un joven de su edad, de piel pegada sobre los huesos planos del rostro y palidísima, y renegridos ojillos vivaces. La enorme caja torácica parecía pertenecer a un hombre dos veces más desarrollado que él. Las piernas eran finas y arqueadas. Entre el cinto de cuero y el paño del pantalón se le veía el cabo de un revólver. Tenía la voz clara, pero en él todo revestía un continente extraño, como si el sujeto estuviera compuesto de diferentes piezas humanas correspondientes a hombres de distintos estados. Así, su cara era la de un hombre de tapete acostumbrado a bizquear tras de los naipes, su pecho el de un boxeador y las piernas pertenecientes a un jockey. Y él tenía un poco de ese amasijo, en aquella realidad informe que trascendía de su cuerpo. Hasta los catorce años había vivido en el campo, luego mató a tiros a un ladrón, y más tarde el miedo a la tuberculosis lo arrojó nuevamente a la llanura y había galopado días y noches extensiones increíbles. ErDOSAIN simpatizó con él inmediatamente de conocerle.

El Buscador de Oro desarrolló unas piedras. Eran trozos de cuarzo aurífero. Luego dijo:

—Aquí tienen el certificado de análisis de la Dirección de Minas e Hidrología.

Las piedras pasaron rápidamente de mano en mano. Los ojos afirmaban una voracidad extraordinaria y las yemas de los dedos rozaban con delectación el cuarzo con escamas y compactos injertos de oro. El Astrólogo, liando lentamente un cigarrillo, observaba todos los semblantes que habían recibido una descarga de alma... una tentación los tensionaba al examinar las piedras. El Buscador de Oro volvió a sentarse y dijo conversando con todos:

—Allá abajo hay mucho oro. Nadie lo sabe. Es en el Campo Chileno. Primero estuve en Esquel... están tiradas las máquinas de una explotación que fracasó,

después anduve en Arroyo Pescado... caminé... allá, no sé si ustedes lo sabrán, los días no cuentan y entré al Campo Chileno. Selva, puro bosque de miles de kilómetros cuadrados. Me acompañaban la Máscara, una prostituta de Esquel que conocía una picada para entrar porque antes había estado con un minero al que lo asesinaron al volver. Bueno, allá abajo se mata a uno por nada. Estaba sifilítica y se me quedó en el bosque. La Máscara. ¡Sí, me acuerdo! Veinte años hacía que daba vueltas por esos pagos. De Puerto Madryn fue a Comodoro, después a Trelew, después a Esquel. Ella los conoció a todos los buscadores de oro. Primero fuimos hasta Arroyo Pescado... es cuarenta leguas más al sur de Esquel... pero no había sino un poquito de polvo en las arenas... a caballo seguimos quince días y entre monte y monte llegamos al Campo Chileno.

Con voz clara y fija en el motivo del relato el Buscador de Oro narraba su odisea en el sur. Escuchándole, Erdosain tenía la impresión de cruzar, en compañía de la Máscara, desfiladeros gigantescos, negros y glaciales, cerrados en el confín por triángulos violeta de más montañas. Los altiplanos desaparecían bajo el altísimo avance del bosque perpetuo de troncos rojizos y follaje de negro verde, y ellos, alucinados, seguían adelante bajo el espacio profundo y liso como un desierto de hielo celeste.

Con gestos lentos, indiferente al asombro que suscitaba su relato, contaba el Buscador de Oro la aventura de meses. Todos le escuchaban absortos.

—Luego, una mañana llego al desfiladero negro. Era un círculo de piedra negra, basáltica, crestada, un brocal empenachado de estalagmitas oscuras, donde lo celeste del espacio se hacía infinitamente triste. Pájaros errantes rozaban en su vuelo los bloques de piedra, sombreados por otros círculos de montes más altos... Y en el fondo de aquel pozal, un lago de agua de oro, donde refluían hilachos de cascadas destrenzados por las breñas.

Nunca el Buscador de Oro había estado en parajes tan siniestros. Aquella profundidad de agua de bronce espejeando los farallones negros lo detuvo asombrado. Los muros de piedra caían perpendicularmente, moteados de sarcomas verdosos, de largas malaquitas, y en aquel fondo de bronce su figura pálida y barbuda se reflejaba con los pies hacia el cielo.

Al pronto se le ocurrió que el agua sería de oro, pero desechó la hipótesis por absurda, porque no había leído ni oído nunca nada semejante, y continuó contando:

—Pero al volver, encontrándome un día en Rawson esperando en la sala de un dentista, se me ocurrió hojear una revista llamada «La Semana Médica», que había en una de las mesas del vestíbulo... y aquí se produce el prodigio. Abro al azar el folleto y en la primera página que miro veo un artículo titulado: «El agua de oro, o el oro coloidal en la terapéutica del lupus eritematoso». Me puse a leer y entonces aprendí que el oro es susceptible de quedar suspendido en el agua en partículas microscópicas... y ese fenómeno que para mí era flamante, lo habían descubierto los alquimistas, que lo llamaban «agua de oro». La obtenían por el procedimiento más

simple que es dado imaginar: echando un trozo candente de oro en agua de lluvia. Inmediatamente me acordé del lago cuya coloración atribuí a sustancias vegetales. Yo había estado, sin reconocerlo, junto a un lago de oro coloidal que quizás cuántos siglos había tardado en formarse por el paso del agua junto a las vetas. ¿Se dan cuenta ustedes ahora, lo que es la ignorancia? Si el azar no arroja esa revista en mis manos, yo hubiera ignorado para siempre la importancia de ese descubrimiento.

—¿Y volvió usted? —interrumpió el Mayor.

—Pero, naturalmente. Volví solo hace ocho meses de esto, fue cuando le escribí a usted... pero yo partía de un error... tengo que estudiar la obtención metálica del oro..., además, hay filones allá... es cuestión de trabajar... conseguirse un traje de buzo, porque el fondo del agua es dorado y el agua en sí no tiene color.

Haffner dijo:

—¿Sabe que es interesante lo que cuenta? Suponiendo que no exista oro, aquello es siempre mejor que esta puerca ciudad.

El Mayor agregó:

—Si se instala la colonia en el Campo Chileno, será necesario contar con una estación telegráfica.

Erdosain replicó:

—Si es así, puede armarse una estación portátil con longitud de onda de 45 a 80 metros. Costaría quinientos pesos y tiene un alcance de tres mil kilómetros.

Nuevamente intervino el Mayor:

—La colonia tiene toda mi preferencia porque allí se podría instalar la fábrica de gases asfixiantes. Usted, Erdosain, conoce algo al respecto.

—Sí, que el aristol se puede fabricar electrolíticamente, pero no he estudiado nada al respecto, aunque los gases asfixiantes y el laboratorio bacteriológico son los que deben preocuparnos en grado mayor. Sobre todo el laboratorio de cultivo de microbios de la peste bubónica y el cólera asiático. Habría que conseguirse algunas bacterias «tipos», que la ventaja consiste en la enorme baratura de la producción.

El Astrólogo intervino:

—Creo que lo más conveniente sería dejar para más adelante la organización de la colonia. Por ahora debemos limitarnos a llevar a cabo el proyecto de Haffner. Sólo cuando dispongamos de entradas organizaremos el primer contingente que partirá para la colonia. ¿Usted, Erdosain, me había hablado de una familia?

—Sí; los Espila.

Haffner repuso:

—¡Qué diablo! Me parece que no hacemos nada más que hablar macanas. Si bien es cierto que yo en la sociedad de ustedes no paso de ser un simple informante, me parece que ahora mismo debería resolverse algo.

El Astrólogo lo miró y repuso:

—¿Está usted dispuesto a dar el dinero para hacer algo? No. ¿Y entonces? Espere usted a que dispongamos de un capital, que tendremos dentro de pocos días, y

entonces, ya verá.

Haffner se levantó, y mirándolo al Buscador de Oro, dijo:

—Ya sabe, compañero; cuando el asunto de la colonia esté listo, me avisa; y si necesita gente, mejor que mejor; yo le proporcionaré una gavilla de malandrines que no van a tener ningún inconveniente en dejar Buenos Aires —y poniéndose el sombrero, sin darle la mano a nadie y saludándolos a todos con un gesto, iba a salir, cuando, recordando algo, exclamó dirigiéndose al Astrólogo—: Si se apura a conseguir el dinero, hay un magnífico prostíbulo en venta. Tiene anexo churrasquería, y además se juega mucho. El patrón es un uruguayo y pide 15.000 pesos al contado, pero con diez mil y los otros cinco a un año de plazo creo que se conformará.

—¿Puede usted venir el viernes por aquí?

—Sí.

—Bueno, véame el viernes, creo que arreglaremos el asunto.

—Salú —así saludó el Rufián, y salió.

EL BUSCADOR DE ORO

Después que salió Haffner, Erdosain, que tenía deseos de conversar con el Buscador de Oro, se despidió del Astrólogo y el Mayor. Erdosain se encontraba nuevamente inquieto. Antes de retirarse, el Astrólogo le dijo en un aparte:

—No falte mañana a las 9, que hay que cobrar el cheque.

Se había olvidado de «aquello». De pronto, Erdosain miró en derredor como aturdido por un golpe. Necesitaba conversar con alguien; olvidarse de la negra obligación que ahora le aceleraba los latidos bajo el ardiente sol del mediodía.

El Buscador de Oro le fue simpático. Por eso se acercó a él y le dijo:

—¿Quiere usted acompañarme? Quisiera conversar con usted de «allá abajo».

El otro lo observó con sus ojillos chispeantes, y luego dijo:

—Cómo no. Encantado. Usted me ha sido muy simpático.

—Gracias.

—Sobre todo por lo que me ha dicho de usted el Astrólogo. ¿Sabe que es formidable su proyecto de hacer la revolución social con bacilos de peste?

Erdosain levantó los ojos. Le humillaban casi esos elogios. ¿Era posible que alguien diera importancia a las tonterías que pensaba?

El Buscador de Oro insistió:

—Eso y los gases asfixiantes es admirable. ¿Se da cuenta? ¡Dejar un botellón de acero en el Departamento de Policía, a la hora que está ese bandido de Santiago! ¡Envenenarlos a todos los «tiras» como ratas! —Y lanzó una carcajada tan estentórea que tres pájaros se desprendieron en un gran vuelo de arco de un limonero—. Sí, amigo Erdosain, usted es un coloso. Peste y cloro. ¿Sabe que revolucionaremos esta ciudad? Ya me imagino ese día, los comerciantes saliendo como vizcachas asustadas

de sus madrigueras y nosotros limpiando de inmundicias el planeta con una ametralladora. Con mil pesos se puede comprar una regia ametralladora. Doscientos cincuenta tiros por minuto. Una papa. Y después cortinas de cloro o de aristol... ¡Ah!, habría que publicar en los diarios sus proyectos, créame.

Erdosain interrumpió el panegírico con esta pregunta:

—¿Así que usted encontró el oro, no?... el oro...

—Supongo que no creerá en esa novela de los «placeres».

—¿Cómo novela? ¿Así que el oro...?

—Existe, claro que existe... pero hay que encontrarlo.

Tan profunda era la decepción de Erdosain, que el Buscador de Oro agregó:

—Vea, hermano... yo hablé con usted porque el Astrólogo me dijo que podía hacerlo.

—Sí, pero yo creía...

—¿Qué?

—Que entre tantas mentiras, ésa sería una de las pocas verdades.

—En el fondo es verdad. El oro existe... hay que encontrarlo, nada más. Usted debía alegrarse de que todo se esté organizando para ir a buscarlo. ¿O cree que esos animales se moverían si no fueran empujados por las mentiras extraordinarias? ¡Ah, cuánto he pensado! En eso estriba lo grande de la teoría del Astrólogo: los hombres se sacuden sólo con mentiras. Él le da a lo falso la consistencia de lo cierto; gentes que no hubieran caminado jamás para alcanzar nada, tipos deshechos por todas las desilusiones, resucitan en la verdad de sus mentiras. ¿Quiere usted, acaso, algo más grande? Fíjese que en la realidad ocurre lo mismo y nadie lo condena. Sí, todas las cosas son apariencias... dése cuenta... no hay hombre que no admita las pequeñas y estúpidas mentiras que rigen el funcionamiento de nuestra sociedad. ¿Cuál es el pecado del Astrólogo? Sustituir una mentira insignificante por una mentira elocuente, enorme, trascendental. El Astrólogo, con sus falsedades, nos parece un hombre extraordinario, y no lo es... y lo es; lo es... porque no saca provecho personal de sus mentiras, y no lo es porque él no hace otra cosa que aplicar un principio viejo puesto en uso por todos los estafadores y reorganizadores de la humanidad. Si algún día se escribe la historia de ese hombre, los que la lean y tengan un poco de sangre fría, se dirán: Era grande, porque para alcanzar a concretar sus ideales sólo utilizaba los medios al alcance de cualquier charlatán. Y lo que a nosotros nos parece novelesco, e inquietante, no es nada más que la zozobra de los espíritus débiles y mediocres, que sólo creen en el éxito cuando los medios para alcanzarlo son complicados, misteriosos, y no simples. Y sin embargo usted debía saber que los grandes actos son sencillos, como la prueba del huevo de Colón.

—¿La verdad de la mentira?

—Eso mismo. Lo que hay es que a nosotros nos falta el coraje para enormes empresas. Nos imaginamos que la administración de un Estado es más complicada que la de una modesta casa, y en los sucesos ponemos un exceso de novelería, de

romanticismo idiota.

—Pero usted en su conciencia ¿siente, quiero decir, la realidad le da una impresión a usted de que tendremos éxito?

—Completamente, y créame... seremos cuando menos los dueños del país... si no del mundo. Tenemos que serlo. Lo que proyecta el Astrólogo es la salvación del alma de los hombres agotados por la mecanización de nuestra civilización. Ya no hay ideales. No hay símbolos buenos ni malos. El Astrólogo, vez pasada hablaba de colonias que fundaban en el antiguo mundo los vagos que no se encontraban bien en su país. Nosotros haremos lo mismo pero dando a la Sociedad un sentido de juego energético...; juego que seduce hasta el alma de los tenderos cuando van al cinematógrafo a ver una aventura de «cow-boys». ¿Qué sabe usted, hermano, de los líos que pensamos armar?... En último extremo sembraremos bombas de trinitrotolueno para divertirnos un poco con el espanto de la canalla. ¿Qué cree usted que eran las viejas patotas y los malevos del arrabal? Hombres que no habían encontrado cauces donde lanzar su energía. Y entonces la desfogaban estropeándolo a un cajetilla o a un turco. Vea... Comodoro... Puerto Madryn, Trelew, Esquel, Arroyo Pescado, Campo Chileno, conozco todos los caminos y todas las soledades... Créalo... organizaremos un cuerpo de juventud admirable —se había entusiasmado—. ¿Usted cree que no hay oro? Me recuerda a las criaturas que en la mesa tienen los ojos más grandes que el estómago. En nuestro país todo es oro.

Erdosain sentíase arrastrado por el calor del otro. El Buscador de Oro hablaba convulsivamente, guiñando los ojos, levantando ya una ceja, ya la otra, zamarreándolo amistosamente por el brazo.

—Créame, Erdosain... hay mucho oro... más del que se puede imaginar usted... pero no es ésa la realidad. Hay otra: el tiempo que se va. Esquel, Arroyo Pescado, Río Pico... Campo Chileno... leguas... caminos de días y días... y usted sabe, sabe que para sacar el certificado de un caballo que no vale diez pesos se camina semanas, el tiempo no vale nada... Todo es grande... enorme... eterno allá. Tiene que convencerse. Me acuerdo cuando con la Máscara íbamos por Arroyo Pescado. No sólo el oro... el oro rojo. Allá se salvan las almas que enfermó la civilización. Enviaremos a la montaña a todos los nuestros. Vea... yo tengo veintisiete años... y me he jugado la piel a balazos varias veces —sacó el revólver—. ¿Ve aquel gorrión? —estaba a cincuenta pasos, levantó el revólver hasta su mentón, apretó el disparador y al sonar el estampido el pájaro se desprendió verticalmente de la rama—. ¿Ha visto? Así me he jugado muchas veces la piel. No hay que estar triste. Vea, tengo veintisiete años. Arroyo Pescado, Esquel, Río Pico, Campo Chileno... todas las soledades serán nuestras... organizaremos la escolta de la Alegría Nueva... La Orden de los Caballeros del Oro Rojo... Usted cree que estoy exaltado. ¡No, hombre! Hay que haber estado allá para darse cuenta. Y en estas circunstancias uno concibe la necesidad, la imprescindible necesidad de una aristocracia natural. Desafiando la soledad, los peligros, la tristeza, el sol, lo infinito de la llanura, uno se siente otro

hombre... distinto del rebaño de esclavos que agoniza en la ciudad. ¿Sabe usted lo que es el proletariado, anarquista, socialista, de nuestras ciudades? Un rebaño de cobardes. En vez de irse a romper el alma a la montaña y a los campos, prefieren las comodidades y los divertimientos a la heroica soledad del desierto. ¿Qué harían las fábricas, las casas de modas, los mil mecanismos parasitarios de la ciudad si los hombres se fueran al desierto... si cada uno de ellos levantara su tienda allá abajo? ¿Comprende usted ahora por qué estoy con el Astrólogo? Nosotros los jóvenes crearemos la vida nueva; sí, nosotros. Estableceremos una aristocracia bandida. A los intelectuales contagiados del idiotismo de Tolstoi los fusilaremos, y el resto a trabajar para nosotros. Por eso lo admiro a Mussolini. En ese país de mandolinistas estableció el uso del bastón y aquel reinado de opereta se convirtió del día a la noche en el mastín del Mediterráneo. Las ciudades son los cánceres del mundo. Aniquilan al hombre; lo moldean cobarde, astuto, envidioso, y es la envidia la que afirma sus derechos sociales, la envidia y la cobardía. Si esos rebaños se compusieran de bestias corajudas lo hubieran hecho pedazos todo. Creer en el montón es creer que se puede tocar la luna con la mano. Vea lo que le pasó a Lenin con el campesino ruso. Pero ya está todo organizado y no cabe otra cosa que decir: en nuestro siglo los que no se encuentran bien en la ciudad que se vayan al desierto. Eso es lo que propone el Astrólogo. Tiene mucha razón. Cuando los primeros cristianos se sintieron mal en las ciudades se fueron al desierto. Allí a su modo se construyeron la felicidad. Hoy, en cambio, la chusma de las ciudades ladra en los comités.

—¿Sabe que me gusta su símil del desierto?

—Pero claro, Erdosain. El Astrólogo lo dice: esos que no están cómodos en las ciudades no tienen derecho a molestar a los que la gozan. Para los descontentos e incómodos de las ciudades están la montaña, la llanura, la orilla de los grandes ríos.

Erdosain no se imaginaba tal violencia en el Buscador de Oro. El otro adivinó el pensamiento, porque dijo:

—Nosotros predicaremos la violencia, pero no aceptaremos en las células a los teóricos de la violencia, sino que aquel que quiera demostrarnos su odio a la actual civilización tendrá que darnos una prueba de su obediencia a la sociedad. ¿Se da cuenta usted ahora del objeto de la colonia? ¿El oro no es también una hermosa ilusión? El que quiera que se sacrifique con nosotros. El esfuerzo lo convertirá en un superhombre. Entonces se le otorgarán poderes. ¿No sucede lo mismo con las órdenes monacales? ¿No está *así* organizado el ejército? Pero, hombre, ¡no abra la boca! En las mismas empresas comerciales... por ejemplo, en la casa Gath y Chaves, en Harrods, me han contado los empleados que el personal se gobierna con una disciplina junto a la cual la disciplina militar es un juguete. Ya ve, Erdosain, que nosotros no inventamos nada. Sustituimos un fin mezquino por un fin extraordinario, nada más.

Erdosain se sentía humillado frente al Buscador de Oro. Envidiábale al otro la violencia, le irritaban sus verdades gruesas e indiscutibles, y hubiera deseado

contradecirlo, al tiempo que se decía:

«Yo soy menos personaje de drama que él, yo soy el hombre sórdido y cobarde de la ciudad. ¿Por qué no siento su agresividad y su odio? Sí, tiene razón. Y sonrío a sus palabras prudentemente, como si temiera que me dé una cachetada, y es que me asusta su violencia, me enoja su coraje».

—¿En qué piensa, hermano? —dijo el Buscador de Oro.

Erdosain lo miró largamente, luego:

—Pensaba que es muy triste haberse criado un cobarde.

El Buscador de Oro se encogió de hombros.

—Usted piensa que es cobarde porque las circunstancias para vivir no lo han obligado a jugarse la piel. Yo lo quiero ver a usted el día que su vida esté pendiente del gatillo del revólver, si es cobarde o no. Lo que hay es que en la ciudad no se puede ser valiente. Usted sabe que si le estropea la cara a un desgraciado los trámites policiales lo van a molestar tanto, que usted prefiere tolerar a hacerse justicia por su mano. Ésa es la realidad. Y uno se acostumbra a ser un resignado, a refrenar los impulsos...

Erdosain lo miró:

—¿Sabe que usted es notable?

—Pierda cuidado, socio. Ya va a ver usted cómo se va a despabilar dentro de poco... y se va a encontrar con el alma de un valiente... Hay que empezar, nada más.

A la una de la tarde los dos hombres se despidieron.

LA COJA

Ese mismo día, poco antes de llegar Erdosain al último tramo de la escalera en caracol, distinguió, detenido en el rellano, a una señora envuelta en un abrigo de lute y toca verde, que conversaba con la patrona de la pensión. Un «ahí viene» le hizo comprender que era a él a quien esperaban, y al detenerse en el pasillo, la desconocida, volviendo el rostro, ligeramente pecoso, le preguntó:

—¿Usted es el señor Erdosain?

«¿Dónde he visto esta cara?» se preguntó Erdosain al responder afirmativamente a la desconocida, que entonces se presentó.

—Soy la esposa del señor Ergueta.

—¡Ah! ¿Usted es la Coja? —pero súbitamente, avergonzado de la inconveniencia que asombró a la patrona hasta hacerle mirar los pies a la desconocida, Erdosain se disculpó:

—Perdón, estoy aturdido... Usted comprende no esperaba... ¿quiere pasar?

Antes de abrir la puerta de su habitación, Erdosain volvió a disculparse por el desorden que encontraría en ella la visita, e Hipólita, sonriendo irónicamente, le replicó:

—Está bien, señor.

Sin embargo, a Erdosain le irritaba la mirada fría que filtraban las transparentes pupilas verdigrises de la mujer. Y pensó:

—Debe ser una perversa —pues había reparado en que bajo la toca verde, el cabello rojo de Hipólita se alisaba a lo largo de las sienes en dos lisos bandos que cubrían la punta de sus orejas. Volvió a observar sus pestañas finas y rojas y los labios que parecían inflamados en la sonrojada morbidez del rostro pecoso. Y se dijo —: ¡Qué distinta a la de la fotografía!

Ella, detenida ante él, le observaba como diciéndose:

«Éste es el hombre». Y él, inmediato a la mujer, sentía su presencia sin comprenderla, como si ella no existiera o estuviera distante de él por muchas leguas del rumbo interior. Sin embargo, estaba allí y era preciso decir algo, y no ocurriéndosele otra cosa, dijo, después de encender la luz y ofrecerle una silla a la señora, ocupando él el sofá:

—¿Así que usted es la esposa de Ergueta? Muy bien.

No terminaba de comprender qué era lo que hacía esa vida implantada de pronto en su desconcierto. Le soliviantaba el alma una ráfaga de curiosidad, pero hubiera querido estar de otro modo, sentirse familiar al semblante de la mujer, cuyas ovaladas líneas tenían algo del rojo del cobre, mientras que las pestañas bermejas parecían estriar la mirada, como esos rayos de sol de lluvia, que en los cuadros de santos brotan en mil haces de entre un pináculo de nubes. Y se decía:

—Yo estoy aquí, pero mi alma, ¿dónde está? —Y tornó a decir—: ¿Así que usted es la esposa de Ergueta? Muy bien.

Ella, que se había cruzado de piernas, estiró el borde de su vestido mucho más abajo de su rodilla, la tela se frunció entre sus dedos sonrosados, y levantando la cabeza como si le costara un gran esfuerzo ese movimiento en la extrañeza de un ambiente que no conocía, dijo:

—Es preciso que haga usted algo por mi marido. Se ha vuelto loco.

—Mi curiosidad no ha recibido ningún gran golpe —se dijo Erdosain, y satisfecho de mantenerse insensible como uno de esos banqueros de las novelas de Xavier de Montepin, agregó, con la alegría interior de poder representar la comedia del hombre impasible—: ¿Así que se ha vuelto loco? —pero de pronto, comprendiendo que no podría prolongar ese papel, dijo—: ¿Se da cuenta usted, señora? Me da una noticia extraordinaria, y sin embargo he permanecido impasible. Me duele estar así, vacío de toda emoción; quisiera sentir algo y estoy como un adoquín. Usted tiene que disculparme. No sé lo que me pasa. Usted me disculpará, ¿no? En otro tiempo, sin embargo, no estaba así. Recuerdo que era alegre como un gorrión. He ido cambiando poco a poco. No sé, la miro a usted, quisiera sentirme amigo suyo y no puedo. Si la viera a usted agonizar posiblemente no le alcanzara ni un vaso de agua. ¿Se da cuenta? Y sin embargo... Pero ¿dónde está él?

—En el Hospicio de las Mercedes.

—¡Qué curioso! ¿No vivían ustedes en el Azul?

—Sí, pero hace quince días que estamos aquí...

—¿Y cuándo sucedió «eso»?

—Hace seis días. Yo misma no me explico. Es como usted decía antes refiriéndose a mí. Perdona si le hago perder tiempo. Yo pensé en usted, que le conocía, él siempre me hablaba de usted. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Antes de casarse... Sí, me habló de usted. La llamaba la Coja... y la Ramera.

A Erdosain le pareció que el alma de Hipólita le iba esmaltando serenamente las pupilas. Tenía la certidumbre de que podía hablar de todo con ella. El alma de la mujer estaba inmóvil allí, como para recibirlo naturalmente. Ella había apoyado las manos cruzadas sobre la falda encima de las rodillas, y esa circunstancia de posición le hacía más fácil el tiempo de confianza. Lo ocurrido durante la mañana en la casa del Astrólogo le parecía algo remoto, sólo algún pedacito de árbol y de cielo cruzaba a momentos su recuerdo, y el deslizamiento de las imágenes trucas le dejaba apoyado en la conciencia un placer lento e injustificado. Se restregó las manos con satisfacción, y dijo:

—No se ofenderá usted, señora... pero creo que estaba ya loco al casarse con usted...

—Dígame... ¿Usted sabe si jugaba antes de casarse conmigo?

—Sí... Además, recuerdo que estudiaba mucho la Biblia, porque entre otras cosas me habló de los tiempos nuevos, del cuarto sello y un montón de cosas más. Además, jugaba. A mí siempre me interesó porque veía en él un temperamento frenético.

—Eso mismo. Un frenético. Llegó a aceptar un envite de cinco mil pesos en una mesa de póquer. Vendió mis joyas, un collar que me había regalado un amigo...

—Pero ¿cómo?... ¿Ese collar usted no se lo regaló a la sirvienta poco antes de casarse con él? Así me dijo él. Que usted le regaló el collar y la vajilla de plata... y el cheque de diez mil pesos que le regaló el otro...

—¡Pero usted cree que estoy loca!... ¿Por qué iba a regalarle a mi sirvienta un collar de perlas?

—Entonces mintió.

—Es lo que parece.

—¡Qué curioso!...

—No le extrañe. Mentía mucho. Además, en estos últimos días estaba perdido. Estudió una martingala para aplicarla a la ruleta. Usted se habría reído si lo hubiera visto. Armó un libro de números que nadie entendía como no fuera él. ¡Qué hombre! No podía dormir de la preocupación: desatendía la farmacia; a veces, estando la luz apagada y yo por dormirme, sentía un gran golpe en el suelo; era él que se había tirado de la cama, prendía la luz, anotaba unas cifras como si tuviera miedo que se le escaparan... Pero, ¿así que le dijo a usted que yo había regalado mi collar de perlas? ¡Qué hombre! Lo que hizo fue empeñarlo antes de que nos casáramos... Bueno, como le decía... el mes pasado fue al Real de San Carlos...

—Y lógicamente, perdió...

—No, con setecientos pesos ganó siete mil. Hubiera visto cómo llegó... Callado... Yo me dije: ¡Zas!, perdió... pero lo notable es que estaba asustado de la suerte que había tenido... él mismo hasta entonces había tenido una relativa confianza en su martingala...

—Sí... me doy cuenta... Prefería creer en ella a probarla.

—Claro, por miedo al fracaso. Pero ya le digo... durante algunos días estuvo como trastornado. Recuerdo que una tarde, a la hora de la siesta, me dijo: «Bueno, negra, te resignarás a ser la reina del mundo».

—Siempre la manía de las grandezas...

—Le prevengo que en parte yo también creí después de eso en el éxito de la martingala. Él había jugado de acuerdo a los números que figuraban en su tabla de cálculos, y entonces para hacer saltar la banca retiró tres mil pesos del banco... Estaban a mi nombre, recuerdo, y más los seis mil quinientos... Había pagado unas cuentas de la farmacia... Salimos para Montevideo... y lo perdió todo.

—¿Cuánto tardó?

—Veinte minutos... Yo creía que se desmayaba por el camino... pero, ¿así que a usted le dijo que yo había regalado mi collar a la sirvienta?... ¡Qué hombre!

—Sería para darme una mejor idea de usted. ¿Y en el viaje, cómo le fue?

—Nada... no dijo una palabra. Eso sí, tenía los ojos vidriosos, la cara como deshecha, relajada, ¿sabe? En cuanto llegamos a Buenos Aires se acostó... era un día lunes. Se quedó hasta el anochecer en la cama, luego fue a la calle, no sé por qué me daba en el corazón de que algo iba a suceder... A las diez de la noche no había vuelto aún, y entonces me acosté; a eso de la una de la madrugada me despertaron sus pasos en el cuarto, yo iba a encender la luz cuando él dio un gran salto y tomándome de un brazo, usted sabe la espantosa fuerza que tiene, en camión me sacó de la cama y arrastrándome por los pasillos me llevó hasta la puerta del hotel.

—Y ¿usted?

—Yo no gritaba porque sabía que lo iba a enfurecer. Ya en la puerta del hotel se quedó mirándome como si no me conociera, con la frente hecha un bulto de arrugas, los ojos grandes. Corría un viento que hacía doblarse los árboles, yo me tapaba con los brazos, y él, sin decir palabra, no hacía más que mirarme, cuando frente a nosotros se detuvo un vigilante, mientras que de atrás lo agarraba por los brazos el portero, que se había despertado con el ruido. Y él gritaba que lo podían escuchar desde la esquina: «Ésta es la ramera... la que amó a los rufianes que tienen la carne como la carne del mulo...».

—¿Pero cómo se acuerda usted de esas palabras?

—Todo lo que pasó es como si lo estuviera viendo ahora. Él, entre una hoja de la puerta, tironeando para adentro; desde afuera el vigilante estirándolo, mientras el portero lo abrazaba por la garganta para hacerle perder fuerzas, y yo en el quicio esperando que eso terminara, pues se habían juntado varias personas que en vez de

ayudarlo al vigilante se entretenían en mirarme a mí. Menos mal que yo usé siempre un largo camisón de noche... Por fin, con la ayuda de otros vigilantes a quien avisó un mozo desde adentro con llamadas de auxilio, pudieron sacarlo para la comisaría. Creían que estaba borracho... pero era un ataque de locura... Así lo diagnosticó el médico. Deliraba con el arca de Noé...

—Perfectamente... ¿y en qué puedo servirla? —otra vez Erdosain sentía que lo importante del personaje reaparecía en su vida como un elemento novelesco que hay que cuidar como se cuida el lazo de la corbata en el desorden de un baile.

—En fin, yo lo molestaba a ver si usted provisoriamente podía ayudarme. Con la familia de él no puedo contar absolutamente para nada.

—Pero usted ¿no se casó en la casa de él?

—Sí, pero cuando volvimos de Montevideo después que nos casamos, fuimos un día de visita... imagínese... de visita en una casa donde yo había sido sirvienta.

—¡Qué colosal!

—La indignación de esa gente usted no se la imagina. Una tía de él... ¡pero para qué contar tantas mezquindades!... ¿no le parece? La vida es así y listo. Nos echaron y nos fuimos. Paciencia, mala suerte.

—Lo raro es que usted haya sido sirvienta.

—No tiene nada de particular...

—Es que usted no causa esa impresión...

—Gracias... el caso es que al salir del hotel tuve que empeñar un anillo... y necesito administrar el poco dinero que tengo...

—¿Y la farmacia?

—Está a cargo de un idóneo. Le he teleografiado que envíe dinero... pero él me ha contestado que tiene órdenes de la familia de Ergueta de no entregarme un centavo. En fin...

—¿Y usted qué piensa hacer?

—Eso es lo que no sé... Si volver a Pico, o esperar aquí.

—¡Qué lío!

—Créame, estoy harta ya.

—Bueno, el caso es que hoy no tengo dinero. Mañana, sí tendré...

—¿Sabe?... Esos pocos pesos quiero reservarlos por si acaso...

—Y en tanto usted averigüe algo serio... si quiere puede quedarse aquí. Precisamente, al lado hay una pieza vacía. ¿Y qué más desea?

—Ver si usted puede sacarlo del hospicio.

—¿Cómo lo voy a sacar si está loco? Veremos. Bueno... esta noche se queda a dormir aquí. Yo me las arreglaré en el sofá... aunque es probable que no duerma aquí.

Otra vez la mujer filtró entre las pestañas rojas su malévola mirada verdosa. Era como si proyectara su alma sobre el relieve de las ideas del hombre, para recoger un calco de sus intenciones.

—Bueno, acepto...

—Mañana, si quiere, le daré dinero para que se vaya tranquila a vivir a un hotel si no prefiere quedarse aquí.

Mas de pronto, encorvado contra Hipólita por un pensamiento que acababa de resbalar en su entendimiento, dijo:

—¿Sabe usted que no debe quererlo a Eduardo...?

—¿Por qué?

—Es evidente. Usted llega aquí, me habla de todo este drama con una tranquilidad que asombra... y naturalmente, entonces... ¿qué es lo que uno va a pensar de usted?

Al decir estas palabras, Erdosain había comenzado a pasearse en el reducido espacio de la habitación. Sentíase inquieto, y de reojo examinaba ese ovalado rostro pecoso, con las finas cejas rojas bajo la visera verde del sombrero, y los labios como inflamados, mientras que las dos alas del cabello color de cobre ceñían las sienes cubriendo las orejas, y las pupilas transparentes lanzaban haces de mirada.

—No tiene casi senos —pensó Erdosain. Hipólita miraba en redor: de pronto, sonriendo amablemente, le preguntó:

—¿Qué es lo que usted, m'hijito, esperaba de mí?

Erdosain se sintió irritado por ese «m'hijito» intempestivo y prostibulario que se sumaba al canalla «paciencia, mala suerte». Por fin, dijo:

—No sé... en fin, me la imaginaba a usted menos fría... hay momentos en que da usted la idea de que es una mujer perversa... puede que me equivoque, pero... en fin... allá usted...

Hipólita se levantó:

—M'hijito, yo nunca he hecho comedias. He venido a usted sencillamente, porque sabía que usted era su mejor amigo. ¿Qué quiere?... ¿Que me ponga a llorar como una Magdalena si no lo siento?... Ya he llorado bastante...

Ella también se había puesto de pie. Lo miraba con fijeza, pero la dureza de líneas que estaba rígida bajo la epidermis de su semblante como una armadura de voluntad se descompuso en fatiga. Con la cabeza inclinada ligeramente a un costado, a Erdosain le recordó a su esposa... bien podía ser ella... estaba en la puerta de una estancia desconocida... el capitán, indiferente, la miraba marchar para siempre y no la detenía... la calle se abría ante ella... quizá fuera a parar a un hotel de muros sucios y entonces, apiadado, dijo:

—Discúlpeme... estoy un poco nervioso. Usted está en su casa. Lo único que siento es que me haya encontrado sin dinero. Pero mañana tendré.

Hipólita volvió a ocupar la silla y Erdosain, al tiempo que caminaba se tomó el pulso. Las venas latían rápidamente. Fatigado de la tarde pasada con el Astrólogo y Barsut, dijo con amargura:

—Es pesada la vida... ¿eh?...

La intrusa miraba en silencio la punta de su zapatito. Levantó los ojos y una

arruga fina estrió su frente pecosa. Luego:

—Usted parece que está preocupado. ¿Le pasa algo?

—Nada... dígame... ¿sufrió mucho al lado de él?...

—Un poco. Es violento...

—¡Qué curioso! Quisiera representármelo en el manicomio y no puedo. Apenas si distingo un pedazo de cara y un ojo... Le prevengo que yo presentí el desastre. Lo encontré una mañana, me contó todo y de pronto tuve la impresión de que sería desdichada a su lado... pero usted debe estar cansada. Yo tengo que salir. Le voy a decir a la patrona que le sirva la cena aquí.

—No... no tengo ganas.

—Bueno, entonces con su permiso. Aquí está el biombo. Haga como si estuviera en su casa.

Cuando Erdosain salió, la Coja le envolvió en una mirada singular, mirada de abanico que corta con una oblicua el cuerpo de un hombre de pies a cabeza, recogiendo en tangente toda la geometría interior de su vida.

EN LA CAVERNA

Ya en la calle, Erdosain observó que lloviznaba, pero continuó caminando, empujado por un rencor sordo, mal humor de no poder pensar.

Los acontecimientos se complicaban... y él, en tanto, ¿qué era en medio de esos engranajes que lo iban bloqueando, metiéndose cada vez más adentro de la vida, sumergiéndolo en un fangal que le desesperaba? Además, estaba aquello... esa impotencia de pensar, de pensar con razonamientos de líneas nítidas, como son las jugadas de ajedrez, y una incoherencia mental que lo encocoraba contra todos.

Entonces su irritación se volvió contra la bestial felicidad de los tenderos, que a las puertas de sus covachas escupían a la oblicuidad de la lluvia. Se imaginó que estaban tramando eternos chanchullos, mientras que sus desventuradas mujeres se dejaban ver desde las trastiendas, extendiendo manteles en las mesas cojas, arramblando innobles guisotes que al ser descubiertos en las fuentes arrojaban a la calle flatulencias de pimentón y de sebo, y ásperos relentes de milanesas recalentadas.

Caminaba ceñudo, investigando con furor lento las ideas que se incubarían bajo esas frentes estrechas, mirando descaradamente las lívidas caras de los comerciantes, que desde el cuévano de los ojos espiaban con una chispa de ferocidad a los compradores que se movían en los negocios fronteros; y Erdosain sentía a momentos ímpetus de insultarlos, antojo de tratarlos de cornudos, de ladrones y de hijos de malas madres, diciéndoles que tenían la falsa gordura de los leprosos y que si algunos estaban flacos era de celar los éxitos de su prójimo. Y en su fuero interno los iba injuriando atrocemente, imaginándose que los negociantes aquellos estaban

atornillados a próximas quiebras por espantosos pagarés, y que la desdicha que le arrojaba a él al fondo de la desesperación se cerniría también sobre sus mugrientas mujeres, que, con los mismos dedos con que momentos antes habían retirado los trapos en que menstruaban, cortarían ahora el pan que ellos devorarían entre maldiciones dirigidas a sus competidores.

Y sin podérselo explicar se decía que el más educado de esos bribones era de una grosería solapada y profunda, todos envidiosos y más desalmados e implacables que cartagineses.

Y a medida que iba pasando frente a colchonerías y almacenes y tiendas, pensaba que esos hombres no tenían ningún objeto noble en la existencia, que se pasaban la vida escudriñando con goces malvados la intimidad de sus vecinos, tan canallas como ellos, regocijándose con palabras de falsa compasión de las desgracias que les ocurrían a éstos, chismorreando a diestra y siniestra de aburridos que estaban, y esto le produjo súbitamente tanto encono que de pronto aceptó que lo mejor que podría hacer era irse, pues si no tendría un incidente con esos brutos, bajo cuyas cataduras enfáticas veía alzarse el alma de la ciudad, encanallada, implacable y feroz como ellos.

No tenía un propósito determinado, reconocía que tenía el espíritu sucio de asco a la vida, y de pronto al ver que pasaba un tranvía hacia Plaza Once, a grandes saltos trepó a la plataforma. Ya en la boletería sacó pasaje de ida y vuelta a Ramos Mejía. Iba para allá como hubiera podido ir en otra dirección. Cansado, desconcertado, con la certeza de que había arrojado su alma a un foso del cual ya no podría salir nunca más. Y esperándolo, la Coja. ¿No hubiera sido preferible ser capitán de un navío y comandar un «super-dreadnaught»? Las chimeneas vomitarían torrentes de humo y en el puente de mando conversaría con el comandante de torre, mientras que en el corazón se le pintaría la imagen de una mujer que acaso no fuera su esposa. Mas, ¿por qué su vida era así? Y la de los otros también, también «así» como el si «así» fuera un cuño de desgracia que visto en otro era de relieve más borroso.

¿Qué se había hecho de la vida fuerte, que ciertos hombres contienen en su envase como la sangre de un león? La vida fuerte que hace de pronto que una existencia se nos aparezca sin los tiempos previos de preparación y que tiene la perfecta soldadura de las composiciones cinematográficas. ¿No eran acaso así las fotografías de los héroes? ¿Quién conservaba una fotografía de Lenin discutiendo en un cuartucho de Londres, o de Mussolini vagabundeando por los caminos de Italia? Y, sin embargo, eran de pronto revelados en un balcón arengando a la multitud barbuda, o entre las columnas truncas de unas ruinas recientes, con zapatos de sport, y un sombrero jipijapa que no desdecía la fiereza del semblante de conquistador. En cambio, él sentía allí, localizadas en su vida, las pequeñas imágenes de la Coja, del capitán, de su esposa, de Barsut, todas existencias que en cuanto se apartaban de sus ojos quedaban restituidas a la minúscula dimensión que confiere la distancia a los cuerpos físicos.

Apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla. El vagón se deslizó y luego se detuvo, al segundo silbido del guardatrén arrancó el convoy, y éste entró rechinando fieramente en los enterrerieles que chocaban férreamente al ser apartados por el filo de las ruedas.

Las luces verdes y rojas del subterráneo le encandilaron los ojos por un instante, luego volvió a cerrarlos. En la noche, el tren comunicaba su trepidación a los rieles, y la masa multiplicada por la velocidad, imprimía a sus pensamientos el vértigo de una marcha igualmente implacable y vertiginosa.

Cracc... cracc... cracc... arrancaban las ruedas en cada junta de riel, y ese monorritmo sordo y formidable le alivianaba de su rencor, tornaba más ligero su espíritu, mientras que la carne se dejaba estar en la somnolencia que comunica a los sentidos la velocidad.

Luego pensó que Ergueta ya estaba loco. Recordó las palabras del otro cuando estaba a la orilla de la desgracia: «rajá, turrítto, rajá», y afirmando la cabeza en el ángulo acolchado del respaldar, pensó en tiempos idos, cerrando los ojos para distinguir con claridad las imágenes de un recuerdo. Éste le causaba cierta extrañeza, pues era la primera vez que observaba que en un recuerdo ciertas figuras tienen la dimensión normal con que se las ha conocido en la realidad, mientras que otras figuras o cosas son pequeñas, como soldados de plomo o tan sólo presentan un perfil, careciendo de profundidad. Así, junto a la corpulencia de un negro, cuya mano perdíase en el trasero de un pequeño, veía una mesita minúscula, como para muñecas, sobre la que estaban aplastadas las pequeñas cabezas de unos hombres ladrones, mientras que el techo, de altura real, daba un aspecto de desolación más extraordinaria al gris paraje del recuerdo.

Una muchedumbre oscura se movía, allí, en el interior de su alma; luego la sombra, como una nube, cubría de cansancio su pena, y junto a la mesita donde dormían los pequeñitos ladrones adultos, se erguía gigantesco y morrudo como un cráneo de buey, el relieve del patrón de la fonda, con los dedos engrapados en las musculosas bolas de sus brazos. Y otro recuerdo le demostraba cuán exacto era su presentimiento de inminente caída, cuando aún no había pensado defraudar a la Azucarera, pero ya buscaba en los parajes siniestros una imagen de su posible personalidad.

¡Cuántos senderos había en su cerebro! Pero ahora iba hacia el que conducía a la fonda, la fonda enorme que hundía su cubo taciturno como una carnicería hasta los últimos repliegues de su cerebelo, y aunque el declive de ese cubo que nacía en su frente y terminaba en la nuca era de veinte grados, las minúsculas mesitas con los ladroncitos adultos no resbalaban por el piso como hubiera sido lógico, sino que el cubo se enderezaba bajo el contrapeso de una costumbre instantánea, la de pensar en él, y su carne acostumbrada ya a la velocidad multiplicada por la masa del tren eléctrico, se dejaba estar en una inercia vertiginosa; y ahora que el recuerdo había vencido la inercia de todas las células, aparecía ante sus ojos la fonda, como un

cuadrilátero exactamente recortado.

El cual parecía que ahondaba sus rectas al interior de su pecho, de modo que casi podía admitir que si se miraba a un espejo, el frente de su cuerpo presentara un salón estrecho, ahondado hacia la perspectiva del espejo. Y él caminaba, en el interior de sí mismo, sobre un pavimento enfangado de salivazos y aserrín, y cuyo marco perfecto se biselaba hacia lo infinito de las sensaciones adyacentes.

Y pensaba que si la Coja hubiera estado a su lado, él le habría dicho refiriéndose a ese recuerdo:

—Aún yo no era ladrón.

Erdosain se imaginó que la Coja lo miraba, y él, con un tono aburrido, continuó:

—Al lado del viejo edificio de «Crítica», en la calle Sarmiento, había una fonda.

Hipólita levantó los ojos como interrogándolo, de pronto, entre el traqueteo infernal de los coches al cruzar las entrevías de Caballito. Erdosain se imaginó que era un personaje que había vivido como un bandido, pero ya se había regenerado, y entonces continuó diciéndole a su interlocutora invisible:

—Y allí se reunían vendedores de diarios y ladrones.

—¿Ah, sí?

El patrón, para evitar que los tumultos formados por esta canalla terminaran de romperle los cristales de los escaparates, tenía bajadas continuamente las cortinas metálicas.

La luz entraba al salón por los vidrios de la banderola teñidos de azul, de forma que en esa leonera de muros pintados de gris, como los de una carnicería turca, flotaba una oscuridad que tornaba lechosa la humareda de los cigarros.

En aquel cubo sombrío, de techo cruzado por enormes vigas, y que la cocina de la fonda inundaba de neblinas de menestra y de sebo, se movía el tumulto oscuro, una «merza» de ladrones, sujetos de frentes sombreadas por las viseras de las gorras y pañuelos flojamente anudados en el escote de las camisetas.

De once a dos de la tarde se apeñuscaban en torno de las grasientas mesas de mármol, para chupar conchas de almejas podridas o jugar a los naipes entre vasos de vino.

En aquella bruma hedionda los semblantes afirmaban gestos canallescros y se veían jetas como alargadas por la violencia de una estrangulación, las mandíbulas caídas y los labios aflojados en forma de embudos; negros de ojos de porcelana y brillantes dentaduras entre la almorrana de sus belfos, que tocaban el trasero a los menores haciendo rechinar los dientes; rateros y «batidores» con perfil de tigre, la frente huida y la pupila tiesa.

Un vocerío ronco vomitaban estos racimos espatarrados en los bancos y acomodados a los mármoles, entre los que se deslizaban los «lanceros», de traje adecentado, cuello flojo, chaleco gris y hongos de siete pesos. Algunos acababan de salir de Azcuénaga y daban noticias de los nuevos presos transmitiendo mensajes, otros para inspirar confianza gastaban anteojos de carey, y todos al entrar soslayaban

el antro con rapidísimas miradas. Hablaban en voz baja, sonriendo convulsivamente, pagando botellas de cerveza a extraños compinches y salían y entraban varias veces en un cuarto de hora, llamados por misteriosas diligencias. El amo de esta caverna era un hombre enorme, cara de buey, ojos verdes, nariz de trompeta y apretadísimos labios finos.

Cuando se encolerizaba sus rugidos sobresaltaban a la canalla, que le temía. Se manejaba con ésta utilizando una violencia sorda. Un perdulario hacía más escándalo del tácitamente tolerado, y de pronto el fondero se acercaba, el bullanguero sabía que el otro le pegaría, pero aguardaba en silencio, y entonces el gigante descargaba con el filo del puño terribles golpes cortos en el borde del cráneo del culpable.

Un enmudecimiento gozoso acompañaba al castigo, el desgraciado era lanzado a la calle a puntapiés, y el vocerío se renovaba más injurioso y resonante, desplazando nubes de humo hacia el vidriado cuadrilátero de la puerta. A veces a esta leonera entraban músicos ambulantes, frecuentemente un bandoneón y una guitarra.

Afinaban los instrumentos y un silencio de expectativa acurrucaba a cada fiera en su rincón, mientras que una tristeza movía su oleaje invisible en esa atmósfera de acuario.

El tango carcelario surgía plañidero de las cajas, y entonces los miserables acompañaban inconscientemente sus rencores y sus desdichas. El silencio parecía un monstruo de muchas manos que levantaba una cúpula de sonidos sobre las cabezas derribadas en los mármoles. ¡Quizás en lo que pensaban! Y esa cúpula terrible y alta adentrada en todos los pechos multiplicaba el langor de la guitarra y del bandoneón, divinizando el sufrimiento de la puta y el horrible aburrimiento de la cárcel que pincha el corazón cuando se piensa en los amigos que están afuera «escolazándose» hasta la vida.

Entonces en las almas más letrinosas, bajo las jetas más puercas, estallaba un temblor ignorado; luego todo pasaba y no había mano que se extendiera para dejar caer una moneda en la gorra de los músicos.

—Allí iba yo —le decía Erdosain a su interlocutora hipotética—. En busca de más angustia, de la afirmación de saberme perdido y a pensar en mi esposa que sola en mi casa sufriría de haberse casado con un inútil como yo. Cuántas veces, arrinconado en esa fonda, me la imaginé a Elsa fugitiva con otro hombre. Y yo caía siempre más abajo, y ese antro no era nada más que el anticipo de lo peor que había de ocurrirme más adelante. Y muchas veces, mirando a esos miserables, me decía: ¿No llegaré a ser como uno de éstos? Ah, yo no sé cómo, pero siempre he tenido el presentimiento de lo que más adelante ocurriría. No me he equivocado nunca. ¿Se da cuenta usted? Y allí, en la caverna, lo encontré un día meditando a Ergueta. Sí, a él mismo. Estaba solo en una mesa, y algunos diareros lo miraban con asombro, aunque otros debían creer que era un ladrón bien vestido, nada más.

Erdosain se imaginó que la Coja le preguntaba ahora:

—¿Cómo, mi marido estaba allí?

—Sí, y con su cara de «perrero» roía el puño de su bastón, mientras que un negro le soliviantaba el trasero a un menor. Pero él no hacía caso de nada. Parecía que estaba clavado en el piso de la caverna. Cierto es que me dijo que había ido a esperar a un vareador que tenía que pasarle unos «datos» para la próxima carrera, mas la verdad es que estaba allí, como si de pronto se hubiera sentido perdido y entró a ese paraje para buscarle un sentido a la vida. Esa quizá sea la verdad exacta. Buscarle sentido a la vida entre los acontecimientos que vive la canalla. Allí supe por primera vez su determinación de casarse con una prostituta, y cuando le pregunté de su farmacia, me contestó que había dejado al idóneo en Pico a cargo de ella, porque de primera intención supuse que había venido a jugar. No sé si usted sabrá que lo expulsaron de un club por hacer trampas. Hasta se dijo que había falsificado fichas, pero ese asunto nunca se puso en claro. Recién me habló de usted cuando le pregunté por la novia, una muchacha millonaria de Cacharí y que estaba muy enamorada de él.

—Corté hace rato —me contestó.

—¿Por qué?

—No sé... me «esgunfiaba»... estaba aburrido.

Yo insistí:

—Pero ¿por qué la dejaste?

Una luz agria convulsionaba su pupila. Malhumorado insistió apartando de un manotón las moscas que hacían círculo en su chop de cerveza.

—¡Qué sé yo!... De aburrido... de turro que soy. Y me quería la pobrecita. Pero qué iba a hacer conmigo. Además, ya no tiene remedio...

—¿Le dijo Ergueta que eso ya no tenía remedio...?

—Sí, señora; dijo así: «Eso ya no tiene remedio, porque mañana me caso».

El tren eléctrico dejó atrás Flores. Erdosain, apoltronado en el sillón, recordó que lo miró seriamente al farmacéutico, en cuyo rostro se difundía ese acechador movimiento de los músculos que le da al semblante una expresión malévola.

—¿Y con quién te casás?

El semblante de Ergueta empalideció hasta las orejas. A medida que inclinaba su cabezota hacia Erdosain, guiñaba un párpado, mientras que el otro ojo inmóvil trataba de recoger toda la sorpresa que lo demudaría dentro de un segundo a Erdosain:

—Me caso con la Ramera —después levantó la cabeza y sólo se le veía el blanco de los ojos. Yo no me moví —decíame más tarde Erdosain.

El farmacéutico tenía en el semblante una expresión de arrobamiento como la que se ve en las tricromías populares, en las que aparece un santo arrodillado con el canto de las manos apoyado en el pecho.

Y Erdosain recordaba que en esas circunstancias, el negro que le tocaba el trasero al menor, ahora llevaba las manos de éste a sus partes pudendas, mientras un círculo de diareros armaba un vocerío infernal y el patrón gigantesco cruzaba el salón con un plato de sopa en una mano y otro de guiso rojo, para una comandita de dos rateros que devoraban en un rincón.

Sin embargo, su resolución no le extrañó. Ergueta tenía esas desesperadas resoluciones de las naturalezas frenéticas que obedecen al imperio de las obsesiones con furor lento, una explosión profunda de la que ellos no escuchan el estampido, pero cuyo crecimiento de volumen centuplica el instinto. Sin embargo, aparentando una gran serenidad le pregunté:

—¿La Ramera?... ¿Quién es la ramera?

Una oleada de sangre le enrojecía el semblante. Hasta sus ojos sonreían.

—¿Quién es, ché?... Un ángel, Erdosain. En mi cara, en mi propia cara, rompió un cheque de dos mil pesos que le dejó un querido. A la sirvienta le regaló un collar de perlas que valía cinco mil pesos. A los porteros del departamento toda la vajilla de plata. «Entraré a tu casa desnuda», me dijo ella.

—¡Pero si todo eso es mentira! —sentía ahora que le decía Hipólita en su recuerdo.

—Yo le creí en esas circunstancias. Y él continuó contándome:

—Si vos supieras lo que ha sufrido esa mujer. Una vez, era el séptimo aborto que le hacían, tan desesperada estaba que fue a tirarse desde el cuarto piso por la ventana. De pronto, qué maravilla, ché... en el balcón se le apareció Jesús. Estiró el brazo y no la dejó pasar.

Aún sonreía Ergueta. Súbitamente echó mano al bolsillo y le extendió un retrato a Erdosain.

La deliciosa criatura lo sugestionó.

Ella no sonreía. A sus espaldas los espacios estaban abigarrados de palmas y helechos. Sentada en un banco con la cabeza ligeramente inclinada, miraba una revista que su rodilla sostenía, pues cruzaba una pierna sobre otra. De esta forma, a poca distancia del césped, el vuelo de su vestido suspendía una campana. El alto peinado y los cabellos huidos de sus sienes hacían más clara y ancha la luna de su frente. A los lados de la fina nariz, el arco de las cejas era delgado como conviene a los ojos que son ligeramente oblicuos en un rostro delicadamente ovalado.

Y mirándola, Erdosain supo de pronto que junto a Hipólita él no experimentaría jamás ningún deseo, y esa certidumbre lo alegró de tal forma que pensó en la delicia de acariciar con dos dedos en horqueta la barbilla de la extraña joven y escuchar el crujido de la arena bajo la suela de sus zapatitos. Luego murmuró:

—¡Qué linda que es!... ¡Debe tener una gran sensibilidad...

—¡Qué distinta era en la realidad!

El tren eléctrico cruzaba ahora por Villa Luro. Entre montes de carbón y los gasómetros velados por la neblina relucían tristemente los arcos voltaicos. Grandes huecos negros se abrían en los galpones de las locomotoras, y las luces rojas y verdes, suspendidas irregularmente en la distancia, hacían más tétrica la llamada de las locomotoras.

¡Qué distinta era la Coja en la realidad! Sin embargo, recordaba que le había dicho a Ergueta:

—¡Qué linda es!... ¡Debe tener una gran sensibilidad!...

—Sí, es así; además es muy delicada en sus modales. Me gusta la aventura. Mirá la cara que pondrán los que dudaban de mi comunismo. He plantado a una cogotuda, a una virgen, para casarme con una prostituta. Pero el alma de Hipólita está por encima de todo. A ella también le gustan la aventura y los corazones nobles. Juntos haremos grandes cosas, porque los tiempos han llegado...

Erdosain recogió la frase del farmacéutico:

—¿Así que vos creés que los tiempos han llegado?...

—Sí, tienen que ocurrir cosas terribles. ¿No te acordás que vos una vez me dijiste que el presidente Roosevelt había hecho un gran elogio de la Biblia?

—Sí... pero hace mucho.

Erdosain respondió con tales palabras porque en realidad no recordaba jamás haberle hecho una cita de esa naturaleza al farmacéutico. Éste continuó:

—Afuera he leído bastante la Biblia...

—Lo cual no te impide «escolazar».

—Eso no te importa —interrumpió Ergueta adusto.

Erdosain lo miró fastidiado, el farmacéutico sonrió con su sonrisa pueril y mientras el patrón depositaba otro medio litro de cerveza en el mármol, dijo:

—Fijate qué palabras misteriosas están escritas en la Biblia: «Y salvaré la coja, y recogeré la descarriada y pondrélas por alabanza y por renombre en todo país de confusión».

Un silencio extraordinario se produjo en la fonda. Sólo se veían cabezas inclinadas o grupos que miraban pensativamente el ir y venir de las moscas en el pringue de las mesas. Un ladrón enseñaba a un consocio un anillo de brillantes y las dos cabezas permanecían conjuntamente inclinadas en la observación de las piedras.

Por la entreabierta puerta de vidrios opacos penetraba un rayo de sol que como una barra de azufre cercenaba en dos la atmósfera azulosa.

El otro repitió: «y salvaré la coja, y recogeré la descarriada» insistiendo y guiñando maliciosamente un párpado al repetir esto: «y pondrélas por alabanza y por renombre en todo país de confusión...».

—Pero si Hipólita no es coja...

—No, pero ella es la descarriada y yo el fraudulento, el «hijo de perdición». He ido de burdel en burdel, y de angustia en angustia buscando el amor. Yo creía que era el amor físico y después leyendo ese libro que me iluminó comprendí que mi corazón buscaba el amor divino. ¿Te das cuenta? El corazón se orienta por su cuenta. Vos estás engrupido, querés hacer tu voluntad y fallás... por qué fallás... es misterio... Luego un día, de golpe, sin saber cómo, se aparece la verdad. Y mirá que yo he vivido. «Hijo de perdición», ésa es mi vida. Papá, antes de morir en Cosquín, me escribió una carta terrible, entre vómitos de sangre y recriminándome, ¿sabés? Y la carta no la firmaba con su nombre, sino que ponía: «Tu padre El Maldito». ¿Te das cuenta? —y otra vez guiñó el párpado levantando de tal forma las cejas que Erdosain

se preguntó:

—¿No estará loco éste?

Luego salieron de la fonda. Los automóviles se deslizaban por la calle Corrientes centelleando bajo el sol, pasaba mucha gente que se dirigía a su trabajo, y bajo los toldos amarillos el rostro de las mujeres aparecía sonrosado. Entraron al café Ambos Mundos. Ruedas de «canflineros» rodeaban las mesas. Jugaban al naípe, a los dados o al billar. Ergueta miró en redor, luego, escupiendo, dijo en voz alta:

—Todos cafishios. Habrá que ahorcarlos sin mirarles las caras.

Nadie se dio por aludido.

Erdosain, sin quererlo, se quedó cavilando en algunas palabras del otro.

«Buscaba el amor divino». Entonces Ergueta llevaba una vida frenética, sensual. Pasaba las noches y los días en los garitos y en los prostíbulos, bailando, embriagándose, trabándose en espantosas peleas con malevos y macrós. Un ímpetu sordo lo llevaba a realizar las más brutales hazañas.

Una noche Ergueta se encontraba en la plaza de Flores, frente a la confitería de Niers. Estaba allí el borracho Delavene que se había recibido de abogado hacía un mes y otros muchos patoteros del Club de Flores. Molestaba a los que pasaban. De pronto, Ergueta, al ver aproximarse a un gallego se desprendió la bragueta y cuando el otro llegó hasta él, lo mojó con un chorro de orín. El hombre fue prudente, y desapareció rezongando. Entonces el farmacéutico dijo mirando a Delavene que fanfarroneaba con exceso:

—Bueno... ¿a que no lo meás al primero que pasa?

—¿A que sí?

Todos se regocijaron, porque el vasco Delavene era un salvaje. Un hombre dobló en la esquina y Delavene comenzó a orinar. El desconocido se hizo a un lado, pero el «vasco» casi atropellándolo, lo mojó.

Sucedió algo terrible.

Sin pronunciar una palabra, el ofendido se detuvo, la patota miraba riéndose y silbando, de pronto el desconocido desenfundó el revólver, oyóse un estampido, y Delavene cayó de rodillas apretándose el vientre con las manos. La agonía del «vasco» fue larga y dolorosa. Antes de morir, noblemente reconoció que había provocado el drama, y cuando Ergueta estaba borracho y se nombraba a Delavene, aquél se arrodillaba y con la lengua hacía una cruz en el polvo.

Erdosain le preguntó:

—¿Te acordás del Vasco?

Mientras amasaba un cigarrillo, el farmacéutico lo miró largamente, luego:

—Sí, era un corazón noble... un amigo único. Yo pagaré por él algún día —mas replegando su pensamiento a una preocupación más actual, dijo—: Ah, he pensado mucho estos últimos tiempos. Y yo me decía si era justo que un hombre estéril, enfermo, vicioso e inmoral se casara con una virgen...

—¿Hipólita... sabe?

—Sí, ella sabe todo. Además, una virgen merece un hombre virgen. Un hombre que tenga el alma y el cuerpo virgen. Así será algún día. ¿Te imaginás un macho hermoso, y virgen, y fuerte?

—Así debía ser —susurró Erdosain.

El farmacéutico observó su reloj.

—¿Tenés que hacer?

—Sí, dentro de un rato voy a casa a ver a Hipólita.

—Esta vez me asombré —contábele más tarde Erdosain al cronista de esta historia—. La casa de la familia Ergueta era suntuosa y el espíritu de la gente que allí se movía como los caracoles, absolutamente conservador y rutinario. Erdosain le preguntó:

—¿Cómo?... ¿La llevaste a tu casa?

—¡Y las historias que tuve que inventar!... Ella no quería ir, mejor dicho, aceptaba ir, pero como lo que es...

—¿Fue capaz?...

—Tan capaz que sólo al final la pude convencer. A mamá le dije que la había robado en el momento de embarcarse con sus tíos para Europa... una «mula» más grande que una casa.

—¿Y tu mamá?

Erdosain iba a preguntarle si su madre creyó semejante mentira, como si Hipólita llevara escritos en el semblante los trabajos que le habían convulsionado la vida...

—¿Y tu mamá cómo recibió la noticia?

—Me dijo que se la llevara inmediatamente. Cuando se la presenté, la abrazó y le dijo: «¿Te ha respetado, hija?». Y ella bajando los ojos, le contestó: «Sí, mamá». Lo cual es cierto. Te prevengo que mamá y mi hermana Sara están encantadas con Hipólita.

En aquel momento, Erdosain tuvo el presentimiento de que esos desdichados se habían preparado un desastre futuro. No se equivocó, y al recordar ahora en el tren eléctrico la certidumbre de que no había fallado, se dijo al tiempo que pasaba por Liniers: «Es curioso, las primeras impresiones no lo engañan nunca a uno», y al preguntarle a Ergueta cuándo se casaba, éste le respondió:

—Mañana salimos para Montevideo. Nos casamos allá, por si acaso no nos entendemos. —Al pronunciar estas palabras volvió a guiñar el párpado, sonriendo cínicamente, y agregó—: No soy ningún caído del catre, ché.

A Erdosain le molestó ese lujo de precauciones. No pudiendo contenerse, le dijo:

—¿Cómo... no te casaste y ya estás pensando en el divorcio? ¿Qué hazaña de comunista es la tuya? En el fondo seguís siendo el jugador tramposo.

Pero el farmacéutico se regodeaba con la suficiencia de un usurero a quien no le importan los insultos, si se los dirigen en el momento de pagar los intereses. Guarango, repuso:

—Hay que ser furbo, ché.

ErDOSain estaba asombrado frente a tanta grosería.

Pensó en la deliciosa criatura y se la imaginó soportando a ese bruto bajo un cielo oscurecido por grandes nubes de polvo e incendiado por un sol amarillo y espantoso. Ella se marchitaría como un helecho trasplantado a un pedregal. Ahora ErDOSain examinó nuevamente al farmacéutico pero con rabia.

El jugador reparó en la malevolencia de su compañero y dijo:

—Es necesario hacer algo contra esta sociedad, ché. Hay días que sufro de un modo insoportable. Parece que todos los hombres se hubieran vuelto bestias. Dan ganas de salir a la calle y predicar el exterminio o poner una ametralladora en cada bocacalle. ¿Te das cuenta? Vienen tiempos terribles.

»“El hijo se levantará contra el padre y el padre contra el hijo”. Es necesario hacer algo contra esta sociedad maldita. Por eso me caso con una prostituta. Bien dicen las Escrituras: “Y tú, hijo del hombre, no juzgarás tú a la ciudad derramadora de sangre y le mostrarás todas sus abominaciones”. Y estas otras palabras, fijate en estas otras palabras: “Y enamoróse de sus rufianes cuya carne es como carne de asno y cuyo flujo es como flujo de caballos”. —Y señalando a los “cafishios” que jugaban en torno de las mesas, dijo—: Ahí los tenés. Entrá al Royal Keller, al Marzzoto, al Pigall, al Maipú, en todas partes donde entrés los vas a encontrar. Fuerzas perdidas. Hasta esa canalla se aburre en el fondo. Cuando llegue la revolución se les ahorcará o se les mandará a la primera fila. Carne de cañón. Yo pude ser como ellos y renuncié. Ahora vienen tiempos terribles. Por eso dice el libro: “Y salvaré a la coja y recogeré a la descarriada y pondréla, por alabanza y por renombre en todo el país de confusión”. Porque hoy la ciudad está enamorada de sus rufianes y ellos hundieron a la coja y a la descarriada, pero tendrán que humillarse y besarles los pies a la coja y a la descarriada.

—Pero ¿vos la querés o no a Hipólita?

—Claro que la quiero. A momentos me parece que ha bajado de la luna por una escalera. Donde esté ella todos se sentirán felices.

Y ErDOSain creyó por un instante que ella había bajado de la luna para que todos los hombres acudieran a extasiarse en su sencillez, tranquila.

El farmacéutico continuó:

—Ahora vienen tiempos de sangre, ché, de venganza. Los hombres adentro de sus almas están llorando. Pero no quieren escuchar el llanto de su ángel. Y las ciudades están como las prostitutas, enamoradas de sus rufianes y de sus bandidos. Esto no puede seguir así.

Miró un instante a la calle, y después con la atención fijada como en un sonido interior, el jugador dijo con voz patética en el café del aburrimiento:

—Tendrá que venir un hombre, un ángel, yo qué sé. Se arrodillaría en medio de la Avenida de Mayo. Los automóviles se detendrán, los gerentes de los bancos y los ricos de los hoteles se asomarán a los balcones y moviendo los brazos indignados le dirán:

«—¿Qué quieres tú, cara de sapo? No nos seas molesto —pero él se levantará, y cuando vean su carita triste y sus ojos encendidos de fiebre, a todos se les caerán los brazos, y él se dirigirá a los cogotudos, les hablará, les preguntará por qué hicieron mal, por qué se olvidaron del huérfano y machacaron al hombre y han hecho un infierno de la vida que era tan linda. Y ellos no sabrán qué contestar, y la voz del ángel postrero resonará de tal forma que se les pondrá la piel de gallina, y hasta los más ruines llorarán».

La bocaza del farmacéutico se deformó de angustia. Era como si masticara un veneno elástico y amargo.

—Sí, es necesario que venga Cristo otra vez. Los hombres más perros, los cínicos más letrinosos sufren todavía. Y si él no viene, ¿quién nos va a salvar?

LOS ESPILA

El tren se detuvo en Ramos Mejía. El reloj de la estación marcaba las ocho de la noche. Erdosain bajó.

Una neblina densa pesaba en las calles fangosas del pueblo.

Cuando se encontró solo en la calle Centenario, bloqueado de frente y a las espaldas por dos murallas de neblina, recordó que al día siguiente lo asesinarían a Barsut. Era cierto. Lo asesinarían. Hubiera querido tener un espejo frente a sus ojos para ver su cuerpo asesino, tan inverosímil le parecía ser él (el yo) quien con tal crimen se iba a separar de todos los hombres.

Los faroles ardían tristemente vertiendo a través del fangal cataratas de luz algodonosa que goteaban en los mosaicos haciendo invisible el pueblo más allá de dos pasos. Un enorme desconsuelo estaba en Erdosain que avanzaba más triste que un leproso.

Tenía ahora la sensación de que su alma se había apartado para siempre de todo afecto terrestre. Y su angustia era la de un hombre que lleva en su conciencia un siniestro jaulón, donde entre huesos de pescados, bostezan teñidos de sangre elásticos tigres, afirmando el ojo en una proyección de salto.

Y Erdosain, a medida que avanzaba, pensaba en su vida como si fuera la del otro, tratando de comprender esas fuerzas oscuras que le subían desde las raíces de las uñas hasta agolparse silbando en sus orejas como el simún.

Envuelto en la neblina que llevaba hasta la última celdilla de su pulmón una gota de humedad pesada, Erdosain llegó a la calle Gaona donde se detuvo para enjugarse la frente cubierta de sudor.

Golpeó a una puerta de tablas, la única entrada de un enorme frente de fábrica a cuyo costado estaba suspendida una lámpara de kerosene... De pronto una mano abrió el portón y el joven farfullando malas palabras siguió los costados de un murallón por un sendero de ladrillos que se doblaban en el fango bajo sus pisadas.

Se detuvo frente a los vidrios de una puerta iluminada, golpeó las manos y una voz ronca le gritó:

—Adelante.

Erdosain entró.

Una lámpara de acetileno iluminaba, con fuliginosa llama, las cinco cabezas de la familia Espila, que hacía un instante estaban inclinadas sobre los platos. Todos le saludaron sonriendo, con alegres voces, mientras que Emilio Espila, un muchachón alto, flaco y cabelludo, corrió hacia él para estrecharle las manos.

Erdosain saludó por orden, primero a la anciana Espila encorvada por el tiempo y cubierta de ropas negras; luego a las dos hermanas mozas, Luciana y Elena; luego al sordo Eustaquio, un gigantón encanecido y delgado como si estuviera tuberculoso, que, según su costumbre, comía con la nariz en el plato, mientras sus ojos grises vigilaban el jeroglífico de una revista, interpretándolo al tiempo que masticaba.

Erdosain se sintió un poco reanimado por la sonrisa cordial de Luciana y Elena.

Luciana era carilarga y rubia, con la nariz respingada y la boca de largos y finos labios sinuosos teñidos de rosa. Elena tenía aspecto monjil, con su semblante ovalado y color de cera y las polleras largas, y las manos gordezuelas y pálidas.

—¿Querés cenar? —dijo la anciana.

Erdosain, al observar cuán enjuta estaba la fuente, respondió que ya lo había hecho.

—¿De veras que cenaste?

—Sí... voy a tomar un poco de té.

Le hicieron sitio junto a la mesa, y Erdosain tomó asiento entre el sordo Eustaquio que continuaba vigilando su jeroglífico y Elena, que distribuía el resto del guisote entre Emilio y la anciana.

Erdosain los observó compadecido. Hacía muchos años que conocía a los Espila. En otro tiempo la familia ocupaba una posición relativamente desahogada, luego una sucesión de desastres los había arrojado en plena miseria, y Erdosain, que encontró casualmente un día en la calle a Emilio, los visitó. Hacía siete años que no los veía y se asombró de reencontrarlos a todos viviendo en un cuchitril, ellos, que en otra época tenían criada, sala y antesala. Las tres mujeres dormían en la habitación atestada de muebles viejos y que hacía, en las horas de cenar o almorzar, las veces de comedor, mientras que Emilio y el sordo se guarecían en una cocinita de chapas de cinc. Para subvenir a los gastos de la casa, efectuaban los trabajos más extraordinarios: vendían guías sociales, aparatos caseros para fabricar helados, y las dos hermanas hacían costura. Un invierno, era tanta la pobreza, que robaron un poste de telégrafos y lo aserraron en la noche. Otra vez se llevaron todos los pilares de un alambrado, y las aventuras que corrían para munirse de dinero lo divertían y compadecían a un tiempo a Erdosain.

La impresión que recibió la primera vez que los visitó, fue enorme. Vivían los Espila en un caserón cerca de Chacarita, un cuartel de tres pisos y divisorias de

chapas de hierro. El edificio tenía el aspecto de un transatlántico, y los chiquillos brotaban de allí como si el conventillo fuera un falansterio. Durante algunos días Erdosain recorrió las calles pensando en los sufrimientos que debieron sobrellevar los Espila para resignarse a esa catástrofe, y más tarde, cuando inventó la rosa de cobre, se dijo que para levantar el espíritu de esa gente era necesario injertarles una esperanza, y con parte del dinero robado en la Azucarera compró un acumulador usado, un amperímetro y los diversos elementos para instalar un primitivo taller de galvanoplastia.

Y convenció a los Espila de que debían dedicarse a ese trabajo en horas perdidas, pues de tener éxito todos se enriquecerían. Y él, cuya vida carecía por completo de consuelo y esperanzas, él, que se sentía perdido hacía mucho tiempo, llegó a sugestionarlos con esperanzas tan intensas que los Espila se avinieron a iniciar los experimentos, y Elena se dedicó muy en serio a estudiar galvanoplastia, mientras que el sordo preparaba los baños y se ponía práctico en ese trabajo de unir en serie o tensión los cables del amperímetro y en manejar la resistencia. Hasta la anciana participó en los experimentos y nadie dudó, cuando consiguieron cobrear una chapa de estaño, que en breve tiempo se enriquecerían si la rosa de cobre no fracasaba.

Erdosain les habló además de confeccionar puntillas de oro, visillos de plata, gasas de cobre, y hasta esbozó un proyecto de corbata metálica que los asombró a todos. Su plan en esencia era sencillo. Se fabricarían camisas de pechera, puño y cuellos metálicos, tomando género, bañándolo en una solución salina y sometiéndolo a un baño galvanoplástico de cobre o níquel. Gath y Chaves, Harrods, o San Juan podrían comprarle la patente, y Erdosain, que no creía sino a medias en esas aplicaciones, llegó a pensar un día que se había extralimitado en hacer soñar a esa gente, porque ahora, a pesar de que no pagaban a nadie y se morían casi de hambre, lo menos que soñaban era adquirir un Rolls-Royce y un chalet, que de no estar en la Avenida Alvear no les interesaba como propiedad. Erdosain se inclinó sobre la taza de té, y entonces Luciana, que estaba ligeramente sonrosada, correspondió a la sonrisa petulante de Emilio con una señal, pero éste, que a causa de estar extraordinariamente desdentado no podía hablar sino ceceando mucho, dijo:

—Zabez... la roza ez un hecho...

—Sí, gracias a Dios la hemos conseguido sacar. —Pero Luciana saltó impaciente, abrió un cajón del lavatorio y Erdosain sonrió entusiasmado.

Entre los dedos de la rubia doncella se erguía la rosa de cobre.

En el miserable cuchitril la maravillosa flor metálica exfoliaba sus pétalos bermejos. El temblor de la llama de la lámpara de acetileno, hacía jugar una transparencia roja, como si la flor se animara de una botánica vida, que ya estaba quemada por los ácidos y que constituía su alma.

El sordo levantó la nariz del plato de escarola, y con voz tonante exclamó, después de examinar el jeroglífico y la rosa:

—No hay vuelta, ché... Erdosain... sos un genio...

—Zí... de ezta hecha noz hazemos ricoz...

—Dios te oiga —murmuró la ansiana.

—Pero mamá, no zea tan ezéptica...

—¿Te costó mucho trabajo?

Elena, con una gravedad sonriente y talante científico, se explicó:

—Fijate, Remo, que como a la primera rosa éste le largaba exceso de amperaje, se quemaba...

—¿Y el baño no se precipitó?

—No... eso sí, lo entibiamos un poquito...

—Para darle el baño a ésta, la encolamos...

—Zabez... un baño de cola fina... zuave...

Remo examinó nuevamente la rosa de cobre, admirando su perfección. Cada pétalo rojo era casi transparente, y bajo la película metálica se distinguía apenas la forma nervada del pétalo natural, que había ennegrecido la cola. El peso de la flor era leve, y Erdosain agregó:

—¡Qué liviana!... Pesa menos que una moneda de cinco centavos...

Luego, observando una sombra amarilla que cubría los pistilos de la flor, estriándose al retrepar a los pétalos, agregó:

—Sin embargo, cuando saquen las flores del baño tienen que lavarlas con mucha agua. ¿Ven estas estrías amarillas? Es el cianuro del baño que ataca al cobre. —Todas las cabezas formaban círculo en torno de él, y le escuchaban con religioso silencio. Continuó—: Se forma cianato de cobre, que hay que evitarlo, porque si no, ataca al baño de níquel. ¿Cuánto duró?

—Una hora.

Al levantar los ojos de la rosa su mirada se encontró con la de Luciana. Los ojos de la doncella parecían aterciopelados de una calidez misteriosa y sus labios sonreían dejando entrever los dientes brillantes. Erdosain la miró extrañado. El sordo examinaba la rosa y todas las cabezas estrechadas sobre él seguían con atención las rayas amarillas del cianuro. Luciana no bajó los párpados. De pronto Erdosain recordó que al día siguiente intervendría en el asesinato de Barsut, y una tristeza enorme le hizo bajar los ojos; luego, súbitamente hostil para esa gente ilusionada y que no tenía una idea de sus sufrimientos y de las angustias que hacía meses estaba soportando, se levantó y dijo:

—Bueno, hasta luego.

Hasta el sordo lo miró desencajado.

Elena dejó la silla y la anciana quedóse con el brazo inmóvil sosteniendo un plato que iba a colocar frente a Eustaquio.

—¿Qué te pasa, Remo?

—Pero, ché, Erdosain...

Elena lo observó seriamente:

—¿Te sucede algo, Remo?

—Nada, Elena... creeme...

—¿Estás enojado? —preguntó Luciana, llenos los ojos de su calidez misteriosa y triste.

—No, nada... sentía unas enormes ganas de verlos... Ahora tengo que irme...

—¿De veras que no estás enojado?

—No, señora.

—Zon laz preocupazionez... me ezplico...

—Callate vos, badulaque...

El sordo se resolvió a abandonar el jeroglífico e insistió en lo que dijera antes.

—Te prevengo que esto tenés que tomarlo en serio, porque te vas a hacer rico.

—Pero, ¿no te pasa nada a vos?

Erdosain recogió su sombrero. Experimentaba una repugnancia enorme al pronunciar palabras inútiles. Todo estaba resuelto. ¿A qué hablar, entonces? Sin embargo, se esforzó y dijo:

—Créanme... los quiero mucho a ustedes... como antes... No estoy enojado... tranquilícense... tengo más ideas... Pondremos una tintorería de perros y venderemos perros teñidos de verde, de azul, de amarillo y de violeta... Ya ven que ideas me sobran... Ustedes van a salir de esta horrible miseria... yo los voy a sacar... ya ven, me sobran ideas.

Luciana lo miró compadecida y dijo:

—Yo te acompaño. —Así salieron juntos hasta la calle.

La neblina encajaba en el callejón un cubo en el cual reverberaban tristemente los mecheros de los faroles de petróleo.

De pronto, Luciana tomóse del brazo de Erdosain y le dijo con voz muy suave:

—¡Te quiero mucho, te quiero mucho!

Erdosain la miró irónicamente, su pena se había transfigurado en crueldad. La miró:

—Ya lo sé.

Ella continuó:

—Te quiero tanto, que para serte agradable me he estudiado cómo es un alto horno y el transformador de Bessemer. ¿Querés que te diga lo que son los atalajes y cómo funciona la refrigeración?

Erdosain la envolvió con una mirada fría, pensando: «Esta mujer está mal».

Ella continuó:

—Siempre pensaba en vos. ¿Querés que te explique el análisis de los aceros y cómo se funde el cobre, mirá, y el lavado del oro y lo que son las muflas?

Erdosain, apretando obstinadamente los labios, caminaba por el callejón pensando que la existencia de los hombres era un absurdo, y otra vez el rencor injustificado brotaba de él hacia la dulce muchacha que, apretada contra su brazo, decía:

—¿Te acordás de aquella vez que hablaste de que tu ideal era ser jefe de un alto horno? Me has vuelto loca. ¿Por qué no hablás? Entonces me puse a estudiar

metalurgia. ¿Querés que te explique la diferencia que existe entre una distribución irregular de carbono y otra molecular perfecta? ¿Por qué no hablás, querido?

Sintióse el fragor sordo del tren que pasó a lo lejos, la lechosidad de la neblina se convertía en oscuridad a poca distancia de los faroles, y Erdosain hubiera querido hablar, explicarle sus desdichas, pero aquella malignidad sorda y enconada lo mantenía rígido junto a la doncella, que insistió:

—Pero, ¿qué tenés? ¿Estás enojado con nosotros? Sin embargo, a vos te deberemos nuestra fortuna.

Erdosain la miró de pies a cabeza, apretó el brazo de la muchacha y dijo sordamente:

—No me interesás.

Luego le volvió la espalda, y antes de que ella atinara a volverse hacia él, a paso rápido se perdió entre la neblina.

Comprendía que gratuitamente había ultrajado a la muchacha, y esta convicción le proporcionó una alegría tan cruel, que murmuró entre dientes:

—Ojalá revienten todos y me dejen tranquilo.

DOS ALMAS

A las dos de la madrugada, aún andaba Erdosain entre murallas de viento, por las calles del centro, en busca de un lenocinio.

Un rumor sordo jadeaba en sus orejas, mas siguiendo el frenesí del instinto caminaba a la sombra que las altas fachadas arrojaban hasta el afirmado. Una tristeza terrible estaba en él. En ese momento no tenía rumbos.

Sonámbulo, marchaba con los ojos inmóviles en las flechas niqueladas que en los cascos de los vigilantes hacían relucir en las bocacalles, los cilindros de luz que caían de los arcos voltaicos... Un impulso extraordinaria arrojaba el cuerpo en largos pasos. Así venía de Plaza de Mayo, y ahora, por Cangallo, dejaba atrás la estación del Once.

Una tristeza horrible estaba en él.

Su pensamiento, inmóvil en un hecho, repetía:

—Es inútil, soy un asesino. —Mas, de pronto, al aparecer el cubo rojo o amarillo del zaguán de un lenocinio, se detenía, vacilaba un instante bañado por la neblina rojiza o amarillenta, y luego, diciéndose—: Será en otro —continuaba su camino.

Silencioso, a su lado, rodaba un automóvil en veloz desaparición, y Erdosain pensaba en la dicha que no tendría nunca y en su juventud perdida, y su sombra se adelantaba rápidamente en las baldosas, luego perdía longitud, e, iniciándose pisoteada, brincaba sobre sus espaldas u oscilaba en la reja brillante de una alcantarilla... Mas su angustia se hacía a cada instante más pesada, como si fuera una masa de agua, fatigando con una marea la verticalidad de sus miembros. A pesar de

esto, Erdosain se imaginaba que, por beneficio de su providencia, había entrado en un prostíbulo singular.

La regenta le abría la puerta del dormitorio, él se arrojaba vestido encima del lecho... en un rincón hervía el agua de una olla sobre el quemador de kerosene... súbitamente entraba la pupila semidesnuda... y deteniéndose asombrada de un motivo que sólo él y ella conocían, la ramera, exclamaba:

—¡Ah! ¿sos vos?... ¡vos!... ¡por fin viniste!...

Erdosain le respondía:

—Sí, soy yo... ¡Ah, si supieras cuánto te he buscado!

Mas como esto era imposible que aconteciera, su tristeza rebotaba como pelota de plomo en una muralla de goma. Y bien sabía que siempre sus anhelos de ser súbitamente compadecido por una ramera desconocida serían en el desenvolverse de los días tan ineficaces como esa pelota, para horadar la vida espesa. Nuevamente se repitió:

—¡Ah! ¿sos vos? vos... ¡Ah! por fin viniste, mi triste amor... —pero todo era inútil, él no encontraría jamás esa mujer, y una energía despiadada, de desesperación, le ensanchaba los músculos, se difundía en los setenta kilos de su pesadez, moviéndola con agilidad a través de las tinieblas, mientras que en el cubo de su pecho, una tristeza enorme hacía pedazos los latidos de su corazón.

De pronto se encontró frente al portalón de la pensión donde vivía; entonces resolvió entrar. Su corazón latía impaciente.

En puntillas cruzó la galería y acercándose a la puerta de su pieza la abrió sigilosamente. Luego, con las manos extendidas en la oscuridad, fue hacia el ángulo donde estaba el sofá, y lentamente se acurrucó allí, evitando que crujieran los muelles. Más tarde no halló explicación para esta actitud. Estiró las piernas en el sofá y durante unos minutos permaneció con la nuca apoyada en el entrecruzamiento de sus manos. Y había más oscuridad en su alma que en aquel momento de tinieblas, que se convertiría en un cubo empapelado si encendía la lámpara. Quería fijar sus pensamientos en algo objetivo, lo cual le fue imposible. Esto le causó cierto miedo pueril; durante unos instantes extremó su atención, pero ningún sonido llegaba hasta él y entonces cerró los ojos. Su corazón trabajaba con golpes roncós, propulsando la masa de su sangre, y una frialdad de agua le erizó el vello de la espalda. Con los párpados tiesos y el cuerpo rígido aguardaba un acontecimiento. De pronto comprendió que si continuaba en esa postura gritaría de miedo, y recogiendo los talones, con las piernas cruzadas como un Buda, aguardó en la oscuridad. Su aniquilamiento era intenso, mas no podía llamar a nadie, ni tampoco llorar. Y sin embargo, no era cosa de continuar así toda la noche, en cuclillas.

Encendió un cigarrillo y lo inmovilizó un gran frío.

La Coja estaba de pie junto al canto del biombo, examinándolo con su venenosa mirada fría. El cabello dividido en dos lisos bandos le cubría las orejas con sus alas rojas, y los labios de la mujer estaban apretados. Todo denotaba en ella un exceso de

atención, pero Erdosain tuvo miedo. Por fin atinó a decir:

—¡Usted!

El fósforo le quemaba las uñas... y de pronto, un impulso más fuerte que su timidez lo levantó. En la oscuridad caminó hacia ella, y dijo:

—¿Usted?... ¿No dormía usted?

Él sintió que ella estiraba el brazo; la mano de la mujer tomó entre los dedos su mentón e Hipólita dijo con una voz profunda:

—¿Qué tiene que no duerme?

—¿Usted me acaricia a mí, señora?

—¿Por qué no duerme?

—¿Usted me toca a mí?... ¡Pero qué fría está su mano!... ¿Por qué está tan fría su mano?

—Encienda la lámpara.

Bajo la luz vertical, Erdosain quedóse contemplándola. Ella se sentó en el sofá.

Erdosain murmuró tímidamente:

—¿Quiere que me siente a su lado? No podía dormir.

Hipólita le hizo espacio, y junto a la intrusa, Erdosain no pudo contener la fuerza que levantaba sus manos, y con las yemas de los dedos le acarició la frente.

—¿Por qué es usted así? —le preguntó él.

La mujer lo miró serena.

Erdosain la contempló un instante con muda desesperación y al fin, recogió su fina mano. Iba a llevársela a los labios, pero una fuerza extraña chocó en su sensibilidad, y sollozando se desmoronó sobre la falda de la mujer.

Lloraba convulsivamente a la sombra de la intrusa erguida y de su mirada inmóvil en los sacudimientos de su cabeza. Lloraba aciegado, retorcida la vida de un furor ronco, conteniendo gritos cuyos desgarramientos incompletos renovaban su dolor horrible, y el sufrimiento brotaba de él inagotablemente, se inundaba de más pena, una pena que subía en sollozos en su garganta. Así agonizó varios minutos, mordiéndose su pañuelo para no gritar, mientras que el silencio de ella era una blandura en la que se recostaba su espíritu extenuado. Luego el sufrimiento gritante se agotó; lágrimas tardías brotaban de sus ojos, un ronquido sordo trajinaba en su pecho y encontró consuelo en estar caído así, con las mejillas mojadas, sobre el regazo de una mujer. Un enorme cansancio lo agobiaba, la figura de su esposa distante terminó por borrarse de la superficie de su pena, y mientras permanecía así, un encalmamiento crepuscular vino a resignarlo para todos los desastres que se habían preparado.

Levantó el enrojecido rostro, rayado por los repliegues de la tela y húmedo de lágrimas.

Ella lo miraba serena.

—¿Está triste? —preguntó.

—Sí.

Luego callaron y un relámpago violeta iluminó los recovecos del patio oscuro.

Llovía.

—¿Quiere que tomemos mate?

—Sí.

En silencio preparó el agua. Ella miraba abstraída los cristales donde tamborileaba la lluvia, mientras Erdosain aprontaba la yerba. Luego, sonriendo entre lágrimas, dijo:

—Yo lo cebo a mi modo. Le gustará.

—¿Por qué estaba triste?

—No sé... la angustia... hace mucho tiempo que no vivo tranquilo.

Ahora tomaba el mate en silencio, y en la habitación con el empapelado descolado en un rincón, se hacía más perfecta la figura de la mujer, envuelta en el abrigo de lute, con el cabello rojo peinado en dos bandos que le cubrían la punta de sus orejas.

Con sonrisa pueril, agregó Erdosain:

—Cuando estoy solo... a veces suelo tomar.

Ella sonrió amigablemente con una pierna cruzada sobre otra, la espalda ligeramente inclinada, un codo apoyado en la palma de la mano y los dedos de la otra sosteniendo el mate, cuya bombilla niquelada chupaba con lentitud.

—Sí, estaba angustiado —repitió Erdosain— pero, ¡qué frías sus manos!... ¿Siempre las tiene así frías?

—Sí.

—¿Me quiere dar su mano?

Enderezó la intrusa la espalda y casi señorial se la alcanzó. Erdosain la tomó con precaución y se la llevó a los labios, y ella lo miró largamente, derretida la frialdad de sus pupilas en un calor súbito que le sonrojó las mejillas. Recordó entonces Erdosain al encadenado, y sin que esto pudiera vencer la pálida alegría que estaba en él, dijo:

—Vea... si usted me pidiera ahora que me matara, yo lo hacía. Tan contento estoy.

El calor que hacía un instante convulsionaba las aguas de sus ojos se perdió otra vez en la frialdad de su mirada. La mujer lo examinaba encuriosada.

—Se lo digo seriamente. Voy... es mejor... pídamelo usted que me mate... dígame, ¿no le parece a usted que ciertas personas harían mejor en irse?

—No.

—¿Aunque haga lo peor?

—Eso está en manos de Dios.

—Entonces no vale la pena que hablemos de eso.

Otra vez tomaban el mate en silencio, un silencio que sobrevenía para que él pudiera gozar el espectáculo de la mujer de cabello rojo, envuelta en su abrigo de lute, con las transparentes manos recogiendo la rodilla por sobre el vestido de seda verde.

Y de pronto, no pudiendo contener su curiosidad, exclamó:

—¿Es cierto que usted ha sido sirvienta?

—Sí... ¿qué tiene de particular?

—¡Qué raro!

—¿Por qué?

—Sí, es raro. A veces me parece que voy a encontrar en otra vida lo que falta en la mía. Y se le ocurre a uno que hay gentes que han descubierto el secreto de la felicidad... y que si nos cuentan su secreto nosotros también seremos felices.

—Mi vida, sin embargo, no es ningún secreto.

—Pero ¿usted nunca sintió la extrañeza de vivir?

—Sí, eso sí.

—Cuénteme.

—Fue cuando era muchachita. Trabajaba en una linda casa de la Avenida Alvear. Había tres niñas y cuatro sirvientas. Y yo me despertaba a la mañana y no terminaba de convencerme de que era yo la que me movía entre esos muebles que no me pertenecían y esa gente que sólo me hablaba para que yo la sirviera. Y a momentos me parecía que los otros estaban bien clavados en la vida, y en sus casas, mientras que yo tenía la sensación de estar suelta, ligeramente atada con un cordón a la vida. Y las voces de los otros sonaban en mis oídos como cuando una está dormida y no sabe si sueña o está despierta.

—Debe ser triste.

—Sí, es muy triste ver felices a los otros y ver que los otros no comprenden que una será desdichada para toda la vida. Me acuerdo que a la hora de la siesta entraba en mi piecita y en vez de zurcir mi ropa, pensaba: ¿yo seré sirvienta toda la vida? Y ya no me cansaba el trabajo, sino mis pensamientos. ¿Usted no se ha fijado qué obstinados son los pensamientos tristes?

—Sí, no se van nunca. ¿Qué edad tenía usted entonces?

—Dieciséis años.

—Y ¿no se había acostado ya con ningún hombre?

—No... pero estaba rabiosa... rabiosa de ser sirvienta para toda la vida... además, había algo que me impresionaba más que todo. Era uno de los niños. Estaba de novio y era muy católico. Yo lo sorprendí acariciándose más de una vez con una prima que era su novia, ahora me doy cuenta: una muchacha sensual, y me preguntaba cómo era posible conciliar el catolicismo con esas porquerías. Involuntariamente terminé por espiarlo... pero él, que era tan asiduo con su novia, era correctísimo conmigo. Después me di cuenta de que lo había deseado... pero era tarde... yo estaba en otra casa...

—¿Y?

—Siempre con el peso de mis ideas. ¿Qué era lo que quería de la vida? Entonces no lo sabía. En todas partes fueron amables conmigo. Más tarde he oído hablar mal de la gente rica... pero yo no supe ver esa maldad. Ellos vivían así. ¿Qué necesidad tenían de ser malos, no es cierto? Ellas eran las niñas y yo la sirvienta.

—¿Y?...

—Recuerdo que un día iba en el tranvía acompañando a una de mis patronas. En el asiento venían conversando dos mozos. ¿Usted ha observado que hay días en que ciertas palabras suenan en los oídos como bombas... como si una hubiera estado siempre sorda y por primera vez oyera hablar a las personas? Bueno. Uno de los mozos decía: «Una mujer inteligente, aunque fuese fea, si se diera a la mala vida se enriquecería y si no se enamorara de nadie podría ser la reina de una ciudad. Si yo tuviera una hermana, la aconsejaría así». Al escucharlo, yo me quedé fría en el asiento. Estas palabras derritieron instantáneamente mi timidez y cuando llegamos al final del viaje me parecía que no eran los desconocidos los que habían pronunciado esas palabras, sino yo, yo que no me acordaba de ellas hasta ese momento. Y durante muchos días me preocupó el problema de cómo ser una mujer de mala vida.

Erdosain sonrió:

—¡Qué maravilla!

—El primer mensual que cobré lo gasté en un montón de libros que hablaban de la mala vida. Me equivoqué, porque casi todos eran libros pornográficos... estúpidos... ésa no era la mala vida, sino la mala vida del placer... Y, quiere creerme, ninguna de mis amigas sabía explicarme, en substancia, lo que era la mala vida.

—Siga... ahora no me extraña que Ergueta se haya enamorado de usted. Usted es una mujer admirable.

Hipólita sonrió ruborizada.

No exagere... soy una mujer sensata, nada más.

—Cuenta, la deliciosa criatura.

—¡Qué chico es usted!... Bueno —Hipólita cerró las solapas del abrigo sobre su pecho y continuó—: Trabajaba como antes, todo el día, pero el trabajo se me hizo extraño... quiero decir, que mientras fregaba o hacía una cama, mi pensamiento estaba lejos y al mismo tiempo tan adentro de mí, que a momentos me parecía que si ese pensamiento se hacía más grande se me iba a reventar la piel. Pero el problema no se resolvía. Escribí a una librería preguntando si no tenía algún manual para ser una mujer de mala vida y no me contestaron, hasta que un día decidí verlo a un abogado para que me aclarara ese punto. Fui hasta los tribunales y di vueltas por un montón de calles, miraba una chapa, otra, otra, hasta que, enfilando por la calle Juncal, me detuve ante una casa lujosa, hablé con el portero y me llevó en presencia de un doctor en leyes. Me acuerdo como si fuera hoy. Era un hombre delgado, serio, tenía toda la cara de un bandido perverso, pero al sonreír su alma parecía la de un mocoso. Más tarde, pensando, llegué a la conclusión de que ese hombre debió de sufrir mucho.

Chupó largamente el mate, luego, devolviéndoselo, dijo:

—¡Qué calor hace aquí! ¿Quiere abrir la puerta?

Erdosain entreabrió una hoja. Llovía aún. Hipólita continuó:

—Sin inmutarme, le dije: «Doctor, vengo a verlo porque quiero saber lo que es la mala vida». El otro se quedó mirándome asombrado. Después de reflexionar unos

momentos, me dijo: «¿Con qué objeto desea usted saberlo?». Yo le expliqué tranquilamente mis propósitos y él me escuchaba con atención, frunciendo el ceño, cavilando mis palabras. Por fin dijo: «En la mujer se llama mala vida a los actos sexuales ejecutados sin amor y para lucrar». Es decir, repuse yo, que mediante la mala vida, una se libra del cuerpo... y queda libre.

—¿Usted le contestó eso?

—Sí.

—¡Qué raro!

—¿Por qué?

—¿Y luego?

—Casi sin despedirme, salí a la calle. Estaba contenta, nunca estuve más contenta que ese día. La mala vida, Erdosain, era eso, librarse del cuerpo, tener la voluntad libre para realizar todas las cosas que se le antojara a una. Me sentía tan feliz que al primer buen mozo que pasó y me deseó con bonitas palabras, me entregué.

—¿Y luego?

—¡Qué sorpresa!, cuando el hombre... ya le dije que era un guapo mozo, cayó como una res después de satisfacerse. Lo primero que se me ocurrió fue que estaba enfermo... nunca me imaginaba eso. Mas cuando el otro me explicó que aquello era natural en todos los hombres no pude contener las ganas de reír. Así que el hombre, cuya fortaleza parecía inmensa como la de un toro... en fin, ¿usted vio a un ladrón en una pieza llena de oro? En ese momento yo, la sirvienta, era el ladrón en la pieza no sé si me explico bien... quiero decirle que la cultura era un disfraz que avaloraba la mercadería.

—¿Encontró placer usted en la posesión?

—No... pero volviendo a lo primero: leía de todo.

Erdosain se sintió entusiasmado por el cinismo de la mujer, y enternecido, le dijo:

—¿Me quiere dar su mano?

Ella se la entregó, seria.

Erdosain la tomó con precaución; luego la llevó a los labios y ella lo miró largamente; mas Remo de pronto recordó al encadenado; él estaría ahora despierto en el establo, y sin que esto pudiera vencer la dulzura que amodorraba sus sentidos, dijo:

—Mirá, si vos... si usted me pidiera ahora que me matara, lo haría encantado.

Largamente lo miró ella a través de sus pestañas rojas.

—Se lo digo en serio. Mañana... hoy... es mejor... Pídame que me mate... Dígame, ¿no le parece a usted que cierta gente debía irse de la tierra?

—No... eso no se hace.

—¿Aunque lleguen a ser bandidos?

—¿Quién puede juzgar a otro?

—Entonces no hablemos más.

Otra vez chupaba en silencio la bombilla. Erdosain comprendía la dulzura de muchas cosas. La miró, luego dijo:

—¡Qué criatura extraña es usted!

Ella sonrió halagada, y una fiesta entró en el alma de él.

—¿Quiere que ponga más yerba?

—Sí.

De pronto Hipólita lo miró seria.

—¿De dónde sacó usted esa alma que tiene?

ErDOSain iba a hablar de sus sufrimientos, pero se retuvo por pudor y dijo:

—No sé... muchas veces pensaba en la pureza... yo hubiera querido ser un hombre puro —y entusiasmándose, continuó—: Muchas veces sentí la tristeza de no ser un hombre puro. ¿Por qué? No lo sé. Pero ¿se imagina usted un hombre de alma blanca enamorado por primera vez... y que todos fueran iguales? ¿Se imagina usted qué amor enorme entre una mujer pura y un hombre puro? Entonces, antes de entregarse el uno al otro, se matarían... o no; sería ella la que se ofrecería a él... luego se suicidarían, comprendiendo la inutilidad de vivir sin ilusiones.

—Sin embargo, eso no es posible.

—Pero existe. ¿No ha visto usted cuántos tenderos y modistas se suicidan juntos? Se quisieron... no pueden casarse... van a un hotel... ella se entrega y luego se matan.

—Sí, pero lo hacen de inconscientes.

—Quizá.

—¿Dónde cenó usted anoche?

Habló ErDOSain de los Espila, explicándole la caída de esa gente en la miseria.

—Y ¿por qué no trabajan?

—¿De dónde sacar trabajo? Lo buscan y no encuentran. Eso es lo terrible. Hasta me pareció observar que la miseria había destruido en ellos el deseo de vivir. El sordo Eustaquio tiene talento para las matemáticas... sabe cálculo infinitesimal; pero eso no le sirve para nada. El «Don Quijote» también se lo sabe de memoria... pero debe tener algo descentrado en el entendimiento... se lo pintará este hecho: a los dieciséis años lo mandaron a comprar yerba y fue a una botica en vez de ir a un almacén. Después de muchas explicaciones dijo que la yerba era un producto medicinal...; que así lo había estudiado en botánica.

—No tiene sentido práctico.

—Eso mismo. Además, es jugador caviloso... para resolver un acertijo es capaz de perder la comida y cuando tiene algunos centavos entra a las confiterías a atracarse de dulces.

—¡Qué raro!

—En cambio, Emilio es buen muchacho. Tiene... así me lo ha dicho, la certidumbre de que ese estado psíquico de ellos, abúlico y extraño, es consecuencia hereditaria, y sobre esa base rige toda su vida, se mueve con la lentitud de una tortuga. Es capaz de tardar dos horas para vestirse, parece que todas sus cosas las hace en una atmósfera de indecisión extraordinaria.

—¿Y las hermanas?

—Las pobres hacen lo que pueden...; cosen...; una cuida en la casa de una amiga un chico hidrocéfalo con la cabeza más grande que un melón.

—¡Qué horror!

—Lo que no me explico es cómo se acostumbraron a todo aquello. Por eso después que los visité, sentí la gran necesidad de ilusionarlos... y como yo hablaba bastante bien, lo conseguí. Y se dedicaron a la rosa de cobre.

—¿Qué es eso?

Erdosain le explicó sus cavilaciones de inventor. Había sido al comienzo, poco después que se casó, cuando soñaba enriquecerse con un descubrimiento. Su imaginación ocupaba las noches de máquinas extraordinarias, trozos incompletos de mecanismos girando sus engranajes lubricados...

—Pero entonces ¿usted es inventor?

—No... ahora no... aquello tuvo importancia para mí. Hubo una época en que tenía el hambre... la terrible hambre del dinero... posiblemente estuviera enfermo de una locura que ha cambiado... Ahora, cuando yo les hablé a ellos de eso, no era porque me interesaba el asunto económicamente, sino porque necesitaba verlos ilusionados, necesitaba ver con mis ojos esas pobres muchachas soñando con vestidos de seda, en un novio buen mozo, y con un automóvil a la puerta de un chalet que no tendrían. Y ahora estoy seguro de que creen en todo eso.

—¿Siempre fue usted así?

—No, a veces. ¿No le ha ocurrido a usted sentir en un momento dado el deseo de hacer obras de misericordia? Me acuerdo ahora de este otro hecho. Se lo cuento porque usted antes me preguntó qué alma era la mía. Me acuerdo. Hace un año. Era un sábado, a las dos de la madrugada. Recuerdo que estaba triste y entré en un prostíbulo. La sala estaba llena de gente que esperaba el turno. De pronto la puerta del dormitorio se abrió apareciendo la mujer... imagínese usted... una carita redonda de chica de dieciséis años... ojos celestes y una sonrisa de colegiala. Estaba envuelta en un tapado verde y era más bien alta... pero su carita era la de una colegiala... Ella miró en redor... ya era tarde; un negro espantoso, con labios de carbón, se levantó, y entonces ella, que nos había envuelto a todos en una promesa, retrocedió triste hacia el dormitorio, bajo la dura mirada de la regenta.

Erdosain se detuvo un momento, luego, con voz más pura y lenta, continuó:

—Créame... es muy vergonzoso esperar en un prostíbulo. Nunca se siente uno más triste que allí dentro, rodeado de caras pálidas que quieren esconder con sonrisas falsas, huidas, la terrible urgencia carnal. Y hay algo además humillante... no se sabe lo que es... pero el tiempo corre en las orejas, mientras el oído afinado escucha el crujir de una cama allí dentro, luego, un silencio, más tarde, el ruido del lavado... pero antes de que nadie ocupara el sitio del negro, dejé mi silla y fui a la otra. Esperaba con el corazón dando grandes golpes, y cuando ella apareció en el umbral yo me levanté.

—Siempre eso... uno tras otro.

—Me levanté y entré, otra vez la puerta se cerró; dejé el dinero encima del lavatorio, y cuando ella iba a entreabrir su batón, yo la tomé de un brazo y le dije: «No, yo no he entrado para acostarme con vos».

Ahora la voz de Erdosain había adquirido una fluidez vibrante.

—Ella me miró y seguramente lo primero que pensó fue si yo no sería algún vicioso; mas mirándola seriamente, créame, estaba conmovido, le dije: «Mirá, entré porque me dabas lástima». Ahora nos habíamos sentado junto a la consola de un espejo dorado, y ella, con su carita de colegiala, me examinaba gravemente. ¡Me acuerdo!... Como si fuera ahora. Le dije: «Sí, me dabas lástima. Yo ya sé que ganarás dos o tres mil pesos mensuales... y que hay familias que se darían por felices con tener lo que vos tirás en zapatos... ya lo sé... pero me diste lástima, una lástima enorme, viendo todo lo lindo que ultrajás en vos». Ella me miraba en silencio, pero yo no tenía olor a vino. «Entonces pensé... se me ocurrió en seguida de que entró el negro, dejarte un recuerdo lindo... y el más lindo recuerdo que se me ocurrió dejarte fue éste... entrar y no tocarte... y vos después te acordarás siempre de ese gesto». Fíjese que en tanto yo hablaba, el batón de la prostituta se había entreabierto encima de sus senos, mientras que sobre la pierna cruzada se... de pronto ella, al mirarse en el espejo se dio cuenta y apresuradamente bajó el vestido sobre sus rodillas, cerrándose el escote. Este gesto me hizo una impresión extraña... ella me miraba sin decir palabra... vaya a saber lo que pensaba... de pronto la regenta golpeó con el nudillo de los dedos en la puerta, ella miró en esa dirección con afligimiento, luego su carita se volvió hacia mí... me miró un momento... se levantó... tomó los cinco pesos y forcejeando los entró en mi bolsillo al tiempo que decía: «No vengás más porque si no te hago echar por el portero». Estábamos de pie... yo ya iba a salir por la otra puerta, y de pronto, con la mirada fija en la mía, sentí que sus brazos se anudaban en mi cuello... me miró todavía a los ojos y me besó en la boca... ¡qué le diré yo a usted de ese beso!... pasó su mano por mi frente y cuando yo estaba en el umbral me dijo: «Adiós, hombre noble».

—¿Y usted no volvió más?

—No, pero tengo la esperanza de que algún día nos encontraremos... vaya a saber en dónde, pero ella, Lucienne, no se olvidará nunca de mí. Pasarán los tiempos, rodará por los prostíbulos más miserables... se volverá monstruosa... pero yo siempre estaré en ella como me había propuesto, como el recuerdo más precioso de su vida.

Batía la lluvia en los cristales de la puerta y en los mosaicos del patio. Erdosain chupaba lentamente su mate.

Hipólita se levantó, fue hasta los cristales y miró un instante el patio negro. Luego volvióse y dijo:

—¿Sabe que usted es un hombre extraño?

Erdosain caviló un instante.

—Le soy sincero... yo no sé qué va a ser de mi vida... pero, créame, no estuvo en mis manos el ser un hombre bueno. Otras fuerzas oscuras me torcieron... me tiraron abajo.

—¿Y ahora?

—Ahora voy a hacer un experimento. Encontré a un hombre admirable que está firmemente convencido de que la mentira es la base de la felicidad humana y me he decidido a secundarlo en todo.

—¿Y lo hace feliz eso a usted?

—No... hace tiempo que he sentido que ya nunca más seré dichoso.

—Pero ¿cree en el amor?

—¡Para qué hablar de eso! —Mas de pronto vislumbró cuál era el motivo de todas las incoherencias que estaba diciendo hacía unos minutos, y dijo—: ¿Qué es lo que pensaría usted de mí si mañana... me refiero a cualquier día... si cualquier día supiera que yo había asesinado a un hombre?

Hipólita, que se había sentado, levantó lentamente la cabeza y dejándola apoyada en el respaldo del sofá, dijo filtrando una mirada fría entre sus pestañas rojas:

—Pensaría que usted era inmensamente desdichado.

Erdosain dejó su sillón, guardó el calentador, la yerba y el mate en el cajón del ropero, y entonces Hipólita le dijo:

—Venga aquí... a mis pies.

Una enorme dulzura estaba en él.

Sentóse en la alfombra de forma que su costado se apoyaba en las piernas de ella, abandonó la cabeza en sus rodillas, e Hipólita cerró los ojos.

Estaba bien así. Reposaba en el regazo de la mujer y el calor de sus miembros traspasaba la tela, entibiándole la mejilla. Aquella situación además le parecía muy natural; la vida adquiriría ese aspecto cinematográfico que siempre había perseguido, y no se le ocurrió pensar que Hipólita, tesa en el sofá, pensaba que él era un débil y un sentimental... El tictac del reloj espaciaba en el intervalo de su engranaje una gota de sonido que caía sucesivamente como una lenteja de agua en el cúbico silencio de la habitación. E Hipólita se dijo:

—Toda la vida no hará nada más que quejarse y sufrir. ¿Para qué me sirve un muchacho así? Tendría que mantenerlo. Y la rosa de cobre debe ser una pavada. ¿Qué mujer va a llevar en el sombrero adornos de metal, pesados, y que se ennegrecen? Todos son así, sin embargo. Los débiles, inteligentes e inútiles; los otros, brutos y aburridos. Todavía no he encontrado entre ellos uno digno de cortarles el pescuezo a los otros, o de ser un tirano. Dan lástima.

Pensaba así frecuentemente, a medida que la realidad deslucía los fantoches que su imaginación teñía de vivos arrogantes un momento. Podía señalarlos con el dedo. Este pelele erguido, perfumado y severo que los días hábiles hacía la reputación de su empaque y silencio, era un infeliz lascivo, aquel otro pequeño y modosito, siempre gentil, discreto y sensato, era víctima de vicios atroces, aquél, brutal como un

carretero y fuerte como un toro, más inexperto que un escolar, y así todos pasaban ante sus ojos anudados por el deseo semejante e inextinguible, todos habían abandonado un instante las cabezas en sus rodillas desnudas, mientras que ella, ajena a las manos torpes y a los transitorios frenesíes que envaraban a los fantoches tristes pensaba, áspera, la sensación de vivir como una sed en el desierto.

—Así era. A los hombres sólo los movían el hambre, la lujuria y el dinero. Así era.

Angustiada, decíase que el único que la había interesado era el farmacéutico, capaz de levantarse por unos instantes por encima de su carnadura vehemente, pero el terrible juego había desvanecido su mecanismo, y ahora yacía más roto que los otros muñecos.

¡Qué vida la suya! En otros tiempos, cuando era mocita desvalida, pensaba que nunca tendría dinero, ni una casa alhajada con hermosos muebles, ni vajilla reluciente, y esa imposibilidad de riqueza la entristecía tanto como hoy saber que ningún hombre de los que podían encamarse con ella tenía empuje para convertirse en un tirano o conquistador de tierras nuevas.

LA VIDA INTERIOR

—¡Sí había soñado!

Días hubo en que se imaginó un encuentro sensacional, algún hombre que le hablara de las selvas y tuviera en su casa un león domesticado. Su abrazo sería infatigable y ella lo amaría como una esclava; entonces encontrara placer en depilarse por él los sobacos y pintarse los senos. Disfrazada de muchacho recorrería con él las ruinas donde duermen las escolopendras y los pueblos donde los negros tienen sus cabañas en la horqueta de los árboles. Pero en ninguna parte había encontrado leones, sino perros pulgientos, y los caballeros más aventureros eran cruzados del tenedor y místicos de la olla. Se apartó con asco de estas vidas estúpidas.

En el transcurso de los días los raros personajes de novela, que había encontrado, no eran tan interesantes como en la novela, sino que aquellos caracteres que los hacían nítidos en la novela eran precisamente los aspectos odiosos que los tornaban repulsivos en la vida. Y, sin embargo, se les había entregado.

Mas, ya saciados, se apartaban de ella como si se sintieran humillados de haberle ofrecido el espectáculo de su debilidad. Ahora se sumergía en la esterilidad de su vivir igual a un arrenal geográficamente explorado.

Así como era imposible transmutar el plomo en oro, así era imposible transformar el alma del hombre.

Cuántas veces había caído desnuda entre los brazos de un desconocido y le había dicho: «¿No te gustaría ir al África?». El otro respingó como si a su lado hubiera silbado un crótalo. Y entonces tenía la impresión de que esos cuerpos armados de

huesos, devanados en músculos, eran más débiles que los de los tiernos infantes, más asustadizos que los niños en el bosque.

Las mujeres le eran odiosas. Las veía abatirse bajo la sensualidad de los machos para ofrecer por todas partes la fealdad de sus vientres hinchados. Tenían exclusivamente capacidad para el sufrimiento, éste era un mundo de gente fatigada, fantasmas apenas despiertos que apestaban a tierra con su grávida somnolencia, como en las primeras edades los monstruos perezosos y gigantescos. De allí que toda su alma voladora se sintiera aplastada por la inutilidad aherrojante de los prójimos. Porque Hipólita hubiera querido moverse en un universo menos denso, un mundo liviano como una pompa de jabón donde la materia no estuviera sometida a la gravedad, y se imaginaba la dicha riente de recorrer todas las veredas del planeta metamorfoseadas a su voluntad y dándoles a los días la realidad de un juego que compensara aquel de que su niñez había carecido.

Todo le había sido negado cuando pequeña. Recordaba que una de las quimeras de su infancia fue soñar que sería la criatura más dichosa del mundo si viviera en una habitación empapelada.

Había visto en las vidrieras de las ferreterías papeles pintados que en su reducida imaginación se le figuraba que tornarían soñadora la vida de los que se rodeaban de ellos, papeles pintados que eran como transplantar en una casa el Bosque de los Encantamientos, con sus flores arbitrarias de azules y retorcidas, en fondos listados de oro, y este sueño de los siete años fue en ella tan intenso, como más tarde, cuando criada, la idea que se hizo acerca del placer que experimentaría si pudiera tener un Rolls-Royce, cuya tapicería de cuero era tan preciosa en su imaginación, como lo fueran los imposibles papeles pintados que tan sólo costaban sesenta centavos el rollo.

Había declinado en tiempos idos. Recordaba ahora, con la cabeza del hombre sobre sus rodillas, aquellos atardeceres de domingo cuando súbitamente se encapotaba el tiempo y la brisa fría empujaba a sus amas del jardín a la sala. Picoteaba la lluvia en los cristales, ella se refugiaba en la cocina resplandeciente y limpia, y a través de las habitaciones llegaba la voz de las visitas, las señoras conversaban mientras las niñas hojeaban revistas, deteniéndose en las fotografías de las ceremonias nupciales, o tocaban el piano.

Y ella, sentada ante la mesa, con la punta del delantal retorciéndose entre sus dedos, el busto ligeramente inclinado se dejaba penetrar de los sonidos, que le eran siempre tristes, aunque hablaran de cosas alegres. Como una leprosa, se sentía aislada de la felicidad. La música le traía una visión de lugares distintos, hoteles entre montañas, y ella no sería jamás la recién casada que baja al comedor en compañía de su esposo hermoso, mientras tintinea la vajilla y los pájaros revolotean en torno de las ventanas por donde se distingue el caer de una cascada.

Retorcía lentamente la punta del delantal entre sus dedos, inclinada la frente, las piernas cruzadas.

No tendría jamás un esposo como Marcelo,^[10] ni extendería su mantilla sobre la aterciopelada baranda de un palco, mientras centellean los diamantes en las orejas de las duquesas y los violines ante el proscenio chirrían suavemente.

Tampoco sería una señora, una de esas jóvenes señoras que ella había servido y cuyos esposos mimosean dulcemente a medida que la preñez avanza sus sufridores vientres. Y su pena crecía dulcemente como la oscuridad en el crepúsculo.

—¡Servir... siempre servir!

Entonces un rencor se infiltraba en su angustia, la frente le pesaba y sus párpados rojos caían sancionando una resignación.

Y en la sala el piano hacía pasar los países distintos por su atención soñera y se imaginaba que la educación de esas señoritas debía hacer sus almas más hermosas y apetecibles para el deseo del novio, y su cabeza pesaba como si el cráneo se le hubiera trasmutado en un casco de huesos de plomo.

Todo lo que la rodeaba, cacerolas y fogones y las limpias maderas de las estanterías de la cocina, y los espejos del cuarto de baño y las pantallas rojas de las lámparas, le parecían representar un valor que ponía para siempre a esos enseres fuera de su alcance, y el repasador como la alfombra, así como el triciclo de los niños, le parecían haber sido creados para proporcionar la felicidad a seres de distinta pasta de la que ella estaba formada.

Los mismos vestidos de las niñas, las telas livianas con que adornaban sus preciosos cuerpos, las puntillas y cintas, se le figuraban de distinta naturaleza que las que ella podía comprar con el mismo dinero. Esta sensación de convivir provisoriamente con gente situada en un mundo desemejante al que ella pertenecía la desazonaba, al extremo que la desesperanza aparecía como un estigma en el rostro.

¡Qué podía ser ella, sino sirvienta, siempre sirvienta!

Hoscamente se levantaba de su corazón una negativa sorda, respuesta al fantasma invisible que la encoraba. Su vida era una resistencia erguida contra la domesticidad. No sabía cómo escaparía de tal encadenamiento de desdichas, pero no dejaba de repetirse que ese estado era provisorio, ignorante sin embargo de lo que tenía que sobrevenirle. Y continuamente observaba los modales de las señoritas y estudiaba cómo inclinaban las cabezas, o cómo se despedían de las amigas en las puertas de sus casas, reproduciendo luego ante un espejo los saludos y gestos que recordaba. Y estos actos que ejecutaba en la soledad de un cuartujo dejábanle por algunas horas en los labios y en el alma una sensación de señorío y delicadeza y entonces se reconvenía anteriores modales torpes, como si esos anteriores modales fueran en desmedro de su auténtica y actual personalidad de señorita.

Durante algunas horas su vida estaba inflamada de delicadeza penetrante y blanda como la fragancia de una crema perfumada con vainilla, y le parecía sentir en su garganta las melifluas voces de los «sí» y de los «no» hasta hacerse la ilusión de que estaba respondiéndole a una deliciosa interlocutor a que tenía una piel de zorro azul en torno del cuello.

Su cuarto de sirvienta se repoblaba de fantasmas insinuantes, sentada en una butaca forrada de seda de color de cocodrilo, recibía a sus amigas que venían a despedirse para ir a «París de Francia» y hablaba de noviazgos. «Su mamá no le permitía este verano ir a veranear a X... porque se encontrarían con S..., ese indiscreto que la asediaba con exceso». O cruzaba el mar, un mar quieto como los lagos de Palermo, sentada en una cesta de mimbre como lo había visto en las fotografías de los puentes de los piróscafos de lujo, cuando pasaba por las calles a hacer las compras en el mercado. Tendría una Kodak abandonada en su falda mientras que un joven con la gorra en la mano e inclinado hacia ella le hablaría con timidez.

Su alma de criada se anegaba de felicidad. Comprendía que aquello era tan lindo que de haber podido gozarlo su caridad hubiera sido infinita. Y se veía en un atardecer de invierno recorriendo una callejuela oscurecida, envuelta en un abrigo de petit-gris, en busca de una huérfana, hija de un ciego. Le llevaba socorros, la convertía en su hija adoptiva y un día la huérfana hacía su presentación en sociedad; sería entonces una deliciosa joven; los hombros descubiertos entre plumones de gasa, y, sobre la limpia frente, una onda de cabello rubio concertaría con la delicadeza de sus almendrados ojos.

Y de pronto una voz la llamaba:

—Hipólita... sirve el té.

UN CRIMEN

Erdosain levantó bruscamente la cabeza, e Hipólita, como si hubiera estado pensando en él, dijo:

—Vos también... vos también, fuiste muy desgraciado.

Erdosain tomó la fría mano de la mujer y apoyó en ella los labios.

Ella continuó despacio:

—A veces me parece un mal sueño esta vida. Ahora que me siento tuya me aparece otra vez la pena de otros tiempos. Siempre, en todas partes, sufrimientos.

Luego dijo:

—¿Qué es lo que habrá que hacer para no sufrir?

—Es que llevamos el sufrimiento en nosotros. Una vez llegué a pensar que flotaba en el aire... era una idea ridícula; pero lo cierto es que la disconformidad está en uno.

Callaron. Hipólita acariciaba con lentitud su cabello, de pronto la mano se apartó de su cabeza y Erdosain sintió que la mujer apretaba su mano contra los labios.

Erdosain, sentándose a su lado, murmuró:

—Decime, ¿qué te he hecho para que me hagas tan feliz? ¿No comprendés que hacés bajar el cielo para mí? Nunca me había sentido tan enormemente desgraciado.

—¿Nadie te ha querido?

—No sé; pero nunca el amor me fue mostrado en su pasión terrible. Cuando me casé tenía veinte años y creía en la espiritualidad del amor.

Caviló un instante, mas no tardó en levantarse, y después de apagar la luz, se sentó en el diván junto a Hipólita. Luego dijo:

—Quizás fuera un infeliz. Cuando me casé no la había besado a mi mujer. Cierto es que jamás había sentido la necesidad de hacerlo, porque yo confundía con pureza lo que era frialdad de sus sentidos y además... porque yo creía que a una señorita no se la debe besar.

La otra sonreía en la oscuridad. Él estaba ahora sentado a la orilla del sofá, con los codos clavados en las rodillas y las mejillas entre las palmas de las manos.

Un relámpago violeta iluminó la habitación.

Él prosiguió con lentitud:

—La señorita estaba en mi concepto como la más verdadera expresión de pureza. Además... no se ría... yo era pudoroso... y la noche del día que nos casamos, cuando ella se desvistió con naturalidad frente a la lámpara encendida, yo volví la cabeza avergonzado... y después me acosté con los pantalones puestos...

—¿Usted hizo eso? —en la voz de la mujer temblaba la indignación.

Erdsain se echó a reír, excitadísimo:

—¿Por qué no? —al tiempo que examinaba oblicuamente a la Coja se restregaba las manos—. He hecho eso y muchas cosas más graves aún. Y las que haré... «Han llegado los tiempos», decía su esposo. Creo que tiene razón. Claro está que dichos episodios se refieren a una época de mi vida en la que vivía como un idiota. Le digo esto para que esté segura de que si me tuviera que acostar con usted no lo haría con los pantalones puestos...

Por un momento Hipólita tuvo miedo. Erdsain no hacía nada más que observarla con el rabillo del ojo, mientras se restregaba las manos. Y precavida, ella agregó:

—Debe haber pasado que usted estaba enfermo. Como yo cuando era sirvienta. Se vive entre cielo y tierra.

—Eso, entre cielo y tierra... Precisamente eso. Sí, me acuerdo de cuando me trataban de imbécil.

—¿También?

—Sí, en mi cara... yo me quedaba mirándolo al que me había injuriado, y mientras todos los músculos se me relajaban en una flojedad inmensa, me preguntaba qué es lo que había hecho, no sé en qué tiempo, para soportar tantas humillaciones y cobardías. Sufrí mucho... tanto... que más de una vez me sentí tentado a irme a ofrecer como criado en alguna casa rica... ¿Podía acaso tragar más vergüenzas? Entonces sentí el terror, un espantoso miedo de no tener un objeto noble en mi vida, un sueño grande, y por fin ahora lo he encontrado... he condenado a muerte a un hombre... Quédese ahí sentada... Mañana, porque yo no me opongo, un hombre va a ser asesinado.

—¡No es posible!

—Sí, es cierto. El hombre de la mentira, el hombre de que le hablé antes, necesitaba dinero para realizar su proyecto. Así se realizará, porque yo quiero que suceda. Mañana me entregará un cheque para cobrar. Cuando yo vuelva será ejecutado.

—No... no es posible.

—Sí, y si no vuelvo no lo asesinarán porque sin el dinero el crimen es inútil... son quince mil pesos... yo puedo escaparme con ellos... la sociedad se va al diablo... el hombre se salva... ¿Se da cuenta usted? De mi honradez criminal depende todo.

—¡Dios mío!

—Quiero que se haga el experimento... Usted comprende, ciertas determinaciones lo convierten a uno en un dios. Desde hace mucho tiempo estoy resuelto a matarme. Si antes, cuando le dije, usted hubiera asentido, yo me mataba. ¡Si supiera lo hermoso y grande que me siento! No me hable más del otro... ya está resuelto, hasta me alegra pensar en el pozo en que me hundo. ¿Se da cuenta usted? Y cualquier día... no, de día no será... cualquier noche, cuando esté harto de tanta farsa e incoherencia, me iré.

Una arruga se bifurcó en la frente de Hipólita. No cabía duda. Aquel hombre estaba loco. Su alma aventurera previo acontecimientos futuros, y se dijo: «Con este imbécil es necesario proceder prudentemente». Y cruzando los brazos sobre el tapado, preguntó, como si lo dudara:

—¿Usted tendría coraje de matarse?

—No es lo que usted dice. Ya no hay coraje ni cobardía. Desde muy adentro tengo la sensación de que suicidarse es como irse a sacar una muela. Cuando pienso así, todo descansa en mí. Cierto es que yo había pensado en otros viajes y en otras tierras, en otra vida. Hay algo en mí que desea todo lo delicado y hermoso. Muchas veces pensé que sí... pongamos esos quince mil pesos que voy a cobrar mañana... podría irme a las Filipinas... al Ecuador a recomenzar mi vida, casarme con alguna doncella millonaria y delicada... estaríamos durante las siestas acostados en una hamaca, bajo los cocoteros, mientras que los negros nos ofrecerían naranjas partidas. Y yo miraría tristemente el mar... ¿Y sabe?... esta certidumbre que dice que adonde vaya miraré tristemente el mar... esta seguridad de que ya nunca más seré dichoso... al comienzo me enloqueció... y ahora me he resignado...

—¿Entonces para qué va a hacer el experimento?

—¿Sabe... todavía no he llegado al fondo de mí mismo... pero el crimen es mi última esperanza... y el Astrólogo lo sabe, porque cuando hoy le pregunté si no temía que me escapara, me contestó: «No, por el momento, no... Usted más que nadie necesita que esto resulte para desangustarse...». Ya ve usted hasta dónde he llegado.

—Nunca me imaginaría tal cosa. ¿Y lo van a matar en Témperley?

—Sí. Sin embargo... ¡Qué sé yo! La angustia. ¿Sabe usted lo que es la angustia? ¿Tener la angustia arraigada hasta los huesos como la sífilis? Veá, hace cuatro meses

de esto: esperaba el tren en una estación de campo. Tardaría tres cuartos de hora en llegar... y entonces crucé a una plaza que había enfrente. A los pocos minutos de estar sentado en un banco, una chica... tendría nueve años, vino a sentarse a mi lado. Empezamos a charlar... estaba con un delantal blanco... vivía en una de las casas que había allí enfrente... Lentamente, sin poderme contener, desvié la conversación hacia un tema obsceno... mas con prudencia... sondeando el terreno. Una curiosidad atroz se había apoderado de mi conciencia. La criatura, hipnotizada por su instinto semidespierto, me escuchaba temblando... y yo, despacio, en ese momento debía tener una cara de criminal... fíjese que desde la garita de los guardagujas dos cambistas me miraban con atención, le revelé el misterio sexual, incitándola a que se dedicara a corromper a sus amiguitas...

Hipólita se apretó las sienes con los dedos.

—¡Pero usted es un monstruo!

—Ahora he llegado al final. Mi vida es un horror... Necesito crearme complicaciones espantosas... cometer el pecado. No me mire. Posiblemente... vea... las personas han perdido el sentido de la palabra pecado... el pecado no es una falta... yo he llegado a darme cuenta de que el pecado es un acto por el cual el hombre rompe el débil hilo que lo mantenía unido a Dios. Dios le está negado para siempre. Aunque la vida de ese hombre después del pecado se hiciera más pura que la del más puro santo, no podría llegar jamás hasta Dios. Yo voy a romper el débil hilo que me unía a la caridad divina. Lo siento. Desde mañana seré sobre la tierra un monstruo... imagínese usted una criatura... un feto... un feto que tuviera la virtud de vivir fuera del seno materno... no crece jamás... velludo... pequeño... sin uñas camina entre los hombres sin ser un hombre... su fragilidad horroriza al mundo que lo rodea... pero no hay fuerza humana que pueda restituirlo al vientre perdido. Es lo que me ocurrirá mañana a mí. Me alejaré de Dios para siempre. Estaré solo sobre la tierra. Mi alma y yo, los dos solos. El infinito por delante. Siempre solos. Y noche y día... y siempre un sol amarillo. ¿Se da cuenta? Crece el infinito... arriba un sol amarillo y el alma que se apartó de la caridad divina anda sola y ciega bajo el sol amarillo.

Un golpe sordo estremeció el suelo, y de pronto ocurrió algo extraordinario. Erdosain calló espantado. Hipólita estaba arrodillada a sus pies... Ella le tomó la mano y se la cubrió de besos. En la oscuridad la mujer exclamó:

—Dejá... dejame que te bese esas pobres manos. Sos el hombre más desdichado de la tierra.

—Levántate, Hipólita. —¡Cuánto sufriste! Levántese... por favor...

—No, quiero besarte los pies —él sintió que sus brazos le apretaban las piernas —. Sos el hombre más desgraciado de la tierra. ¡Cuánto sufriste, Dios mío! ¡Qué grande que sos... qué grande es tu alma!^[11]

Erdosain la levantó con dulzura infinita. Sentíase ablandado de una piedad infinita, la atrajo sobre su pecho, le alisó el cabello en la frente, y dijo:

—Si supieras ahora lo fácil que va a ser morir. Como un juego.

—¡Qué alma la tuya!

—Pero ¿estás afiebrada? ...

—¡Pobre muchacho!

—¿Por qué? Si ahora somos como dioses. Sentate a mi lado. ¿Estás bien así? Mirá, hermanita, todo lo que sufrí ha sido pagado con tus palabras. Viviremos un tiempo más...

—Sí, como novios...

—Sólo el gran día serás mi esposa.

—¡Te quiero tanto!... ¡Qué alma la tuya!

—Y después nos iremos.

Y ya no hablaron más. La cabeza de Hipólita estaba caída sobre su pecho. Faltaba poco para amanecer. Entonces Erdosain dobló ese cuerpo fatigado sobre el sofá... ella sonrió extenuada; luego Remo sentóse sobre la alfombra, apoyó la cabeza en el borde del sofá, y así acurrucado quedóse adormecido.

SENSACIÓN DE LO SUBCONSCIENTE

Semiincorporado en un sofá con los brazos cruzados y la galera echada sobre la frente, el Astrólogo meditaba esa noche sus preocupaciones, en la oscuridad del escritorio. La lluvia batía en los cristales de la ventana, pero no la escuchaba ensimismado en numerosos proyectos. Además, le ocurría algo extraño.

La proximidad del crimen a cometer aceleraba en el espacio de tiempo normal otro tiempo particular. Recibía así la sensación de existir sensibilizado en dos tiempos. Uno natural a todos los estados de la vida normal, otro fugacísimo y pesado en los latidos de su corazón, escapándose entre sus dedos trabados por la meditación como el agua de un cesto.

Y el Astrólogo, retenido dentro del tiempo del reloj, sentía deslizarse en su cerebro el otro tiempo rapidísimo e interminable que como una película cinematográfica, al deslizarse vertiginosamente, hería con las imágenes que aparejaba, su sensibilidad, de un modo impreciso y fatigante, ya que antes de percibir con claridad una idea ésta había desaparecido para ser sustituida por otra. Tal que, cuando miraba el reloj encendiendo un fósforo, comprobaba que el tiempo transcurrido era de minutos, mientras que en su entendimiento esos minutos mecánicos, acelerados por su ansiedad, tenían otra longitud que ningún reloj podía medir.

Sensación que lo retenía en la oscuridad, a la expectativa. Comprendía que cualquier error cometido en dicho estado podría serle fatal más tarde.

El asesinato del hombre Barsut no le preocupaba mayormente, sino las precauciones que debía tomar para que ese hecho no adquiriera importancia indebida.

Y aunque pretendía preparar una coartada, ello era dificultoso. Tenía la sensación de que el que así cavilaba en las tinieblas no era él, sino que estaba contemplando a su doble, un doble forjado de emoción y que tenía su apariencia exacta, con la cara romboidal, los brazos cruzados y la galera echada sobre la frente. Sin embargo, no podía darse cuenta de qué naturaleza eran los pensamientos de ese doble tan íntimamente ligado a él y tan distante de su comprensión. Porque juzgaba que su sentimiento de existir era en aquellos instantes más efectivo que la existencia de su cuerpo. Más tarde, explicando dicho fenómeno, dijo que era la conciencia de la distinta velocidad del tiempo que duraban sus emociones, dentro del otro tiempo mecánico, como aquellos que dicen «aquel minuto me pareció un siglo».

Imposibilidad de pensar que no dejaba de ser importante, ya que se trataba de quitarle la vida a un hombre, paralizar la circulación de sus cinco litros de sangre, enfriar todas sus células, borrarlo de la vida como una mancha de un papel blanco eliminando todo rastro en la superficie. Como tan grave problema no se apartaba del Astrólogo, éste sentíase dentro del tiempo mecánico del reloj, el hombre físico, mientras que en la lenta velocidad del otro tiempo que ningún reloj podía controlar se localizaba su doble, pensativo, enigmático, auténticamente misterioso, preparando quizá qué coartadas que luego lo sorprenderían al hombre inteligente.

La certidumbre de haberse convertido por la proximidad del crimen en un doble mecanismo con dos nociones de tiempo tan diferentes y dos inercias tan desemejantes, lo apoltronaba sombrío en la oscuridad.

Una fatiga terrible anonadaba su musculatura, sus miembros recios, la coyuntura de sus huesos.

La lluvia hacía funcionar en las acequias el breve engranaje de las ranas, pero él, hombre de acción, ablandado por la inquietud como si le hubieran reblandecido los huesos y no pudiera ponerse de pie, «yo, hombre de acción —se decía—, permanezco aquí, estoy así dentro de mi plazo de tiempo mecánico, palpitando con otro tiempo que no es mi tiempo y que me relaja para la precaución. Porque es indudable que matar a un hombre es lo mismo que degollar a un cordero, pero no lo es para los otros, y aunque estén distantes y mi conducta sea un misterio para ellos, este tiempo anormal me los acerca, y yo no me puedo casi mover, como si ellos estuvieran allí, en la sombra, espiándome. Será el tiempo de nerviosidad lo que me inutiliza, o el Astrólogo subconsciente que se reserva sus ideas y me deja exprimido como una naranja para concebir pensamientos que ahora me hacen falta. Sin embargo, muerto Barsut, la vida continuará como si nada hubiera ocurrido... y es que nada ha ocurrido si esto no se descubre».

Encendió nuevamente un fósforo. La habitación quedó flechada de vértices de sombras movedizas. No había pasado un minuto. Sus pensamientos eran simultáneos y contenían en la nada del tiempo hechos que para estar presentes en el tiempo que los recogía hubieran necesitado en otras circunstancias meses y años. Así había nacido hacía cuarenta y tres años y siete días, y ese pasado se aniquilaba de continuo

en el presente, presente tan fugaz, que siempre era el Astrólogo del minuto posterior, en el tiempo de minuto o segundo venidero. Ahora su vida enfocada hacia un hecho que aún no existía, pero que se consumaría dentro de algunas horas, se tendía dentro del tiempo mecánico como un arco, cuya violencia contenida daba al tiempo del reloj la tensión extraordinaria de ese otro tiempo de inquietud.

Y aunque muchas veces se había dicho que si tenía oportunidad de poder asesinar a alguien no desperdiciaría la ocasión, volvió a detener sus preocupaciones en aquellos tiempos de misterio. Luego saltó de allí a la imaginación de una dictadura, que se sostendría mediante el terror impuesto por numerosas ejecuciones, y el medio de anular esa repugnante impresión momentánea era representarse a los fusilados como hombres horizontales. En efecto, se imaginaba en el centro de la llanura el pequeño cuerpo de un hombre tendido, y al comparar la longitud del muerto con la de los millares de kilómetros que medía la tierra por él tiranizada, se apoderaba de la certidumbre de que la vida de un hombre no tenía ningún valor.

El otro se pudriría bajo la tierra, mientras que él, eliminado el obstáculo humano cuya longitud era la millonésima parte de la tierra suya, avanzaría hacia todas las conquistas.

Luego pensaba en Lenin, que, restregándose las manos, repetía a los comisarios de los Soviets:

—Es una locura. ¿Cómo podemos hacer la revolución sin fusilar a nadie? —Y esto regocijaba el corazón del Astrólogo. Establecería dicho principio en la sociedad. Los futuros patriarcas de razas serían educados con un inexorable criterio político; y nuevamente se ensanchaban sus esperanzas. Luego reconocía que todo innovador debía luchar con ideas antiguas, estampadas por la costumbre en él mismo, y que todas sus cavilaciones actuales eran la consecuencia de una contradicción entre principios a sancionarse y aquellos establecidos.

El tiempo corría entre sus dedos trabados por la cavilación.

Asesino de hoy sería el conquistador del mañana, pero en tanto soportaba la hosca malevolencia del presente amasado con ayeres. Levantóse encolerizado. Llovía aún. Salió hasta la escalinata, donde se detuvo escudriñando la oscuridad silvestre, estremecida por el agua que caía espesa y lenta. Las tinieblas parecían allí formar parte de la existencia de un monstruo que jadeaba pesadamente en la oscuridad. La tierra mojada se había vuelto ocre... Y él era un hombre firme, en la noche, un animador de acontecimientos grandiosos, y sin embargo ningún fantasma se levantaba de la espesura para sancionar su actitud. Ahora se preguntaba si los hombres de otras edades habían sufrido sus indecisiones, o si marchaban al logro de sus fines satisfechos de que la Muerte diera un espesor de coraza a sus determinaciones. Pero ¿tenía importancia la muerte? Decíase que como a ente filosófico lo único que podía interesarle era la especie, no el individuo, mas los que asediaban con escrúpulos eran sus sentimientos, que contra su voluntad desdoblaban el tiempo que se necesitaba, en dos tiempos extraños.

Un relámpago interpuso distancias azules entre los bloques de las montañas de nubes.

Mojado y con la cabellera revuelta, se detuvo a un costado de la escalinata el Hombre que vio a la Partera.

—¡Ah es usted! —dijo el Astrólogo.

—Sí, quería preguntarle qué es lo que piensa usted de esta interpretación del versículo que dice: «El cielo de Dios». Esto significa claramente que hay otros cielos que no son de Dios...

—¿De quién, entonces?

—Quiero decir que puede ser que haya cielos en los que no esté Dios. Porque el versículo añade: «Y bajará la nueva Jerusalén». ¿La nueva Jerusalén? ¿Será la nueva Iglesia?

El Astrólogo meditó un instante. El asunto no le interesaba, pero sabía que para mantener su prestigio ante el otro tenía que responder, y contestó:

—Nosotros, los iluminados, sabemos en secreto que la nueva Jerusalén es la nueva Iglesia. Por eso dice Swedenborg: «Puesto que el Señor no puede manifestarse en persona, y habiendo anunciado que vendrá y establecerá una Nueva Iglesia, sigue que lo hará por medio de un hombre, que no sólo pueda recibir la doctrina de esta iglesia, sino también publicarla por medio de la prensa...» pero ¿por qué usted independientemente de otra escritura llega a admitir la existencia de varios cielos?

Bromberg, guareciéndose en el pórtico, miró la jadeante oscuridad estremecida por la lluvia, luego:

—Porque los cielos se sienten como el amor.

El Astrólogo miró sorprendido al judío, y éste continuó:

—Es como el amor. ¿Cómo puede usted negar el amor si el amor está en usted y usted siente que los ángeles hacen más fuerte su amor? Lo mismo pasa con los cuatro cielos. Se debe admitir que todas las palabras de la Biblia son de misterio, porque si así no fuera el libro sería absurdo. La otra noche leía entristecido el Apocalipsis. Pensaba que tenía que asesinarlo a Gregorio, y me decía si está permitido verter sangre humana.

—Cuando se estrangula no se vierte sangre —repuso el Astrólogo.

—Y cuando llegué a la parte del «cielo de Dios» comprendí el motivo de la tristeza de los hombres. El cielo de Dios les había sino negado por la iglesia tenebrosa... y por eso los hombres pecaban tan fuertemente.

En las tinieblas, la voz añorada de Bromberg sonaba tan tristemente como si se lamentara de que lo hubiesen excluido del verdadero cielo. El Astrólogo arguyó:

—El hombre alado que me habla en sueños me ha dicho que el fin de la iglesia tenebrosa está próximo...

—Así tiene que ser... porque el infierno crece día a día. Son tan pocos los que se salvan, que el cielo junto al infierno es más chico que un grano de arena junto al océano. Año tras año crece el infierno, y la iglesia tenebrosa, que debió salvar al

hombre, engorda día por día al infierno, y el infierno triste crece, crece, sin que haya una posibilidad de hacerlo más pequeño. Y los ángeles miran con miedo la iglesia tenebrosa y el infierno rojo inflado como el vientre de un hidrónico.

El Astrólogo repuso, adoptando para hablar un altisonante tono:

—Por eso el hombre alado me ha dicho: «Ve, santo varón, a edificar a los hombres y a anunciar la buena nueva. Y extermina a los anticristos y revélale tus secretos de la nueva Jerusalén a Bromberg» —y de pronto el Astrólogo, tomándolo de un brazo a su compañero, le dijo—: ¿No te acuerdas cuando tu espíritu conversaba con los ángeles y les servías el pan blanco a la orilla de los caminos, y les hacías sentar a la puerta de tu cabaña y les lavabas los pies?

—No me acuerdo.

—Pues debías acordarte. ¿Qué dirá el Señor cuando sepa eso? ¿Cómo responderé yo de tu alma ante el Ángel de la Nueva Iglesia? Me dirá: ¿Qué es de ese hijo querido, mi piadoso Alfón? ¿Y yo qué le diré? Que eres un cernícalo. Que te has olvidado de los tiempos en que realizaste una existencia angélica y que te pasas todo el día en un rincón ventoseando como un mulo.

Gravemente enfurruñado, objetó Bromberg:

—Yo no ventoseo.

—Y bien ruidosamente ventoseas... pero no importa... el Ángel de las Iglesias sabe que tu espíritu arde en la devoción sincera, y que eres enemigo del Rey de Babilonia, del tenebroso papa, y por esto estás elegido para ser el amigo del hombre, que con mandato del Señor establecerá la Nueva Iglesia sobre la tierra.

Sonaba quedamente la lluvia en las hojas de las higueras y toda la oscuridad acre y blanda estremecía en la noche su húmedo hedor vegetal. Bromberg predijo gravemente:

—Y el Papa, el mismo Papa espantado saldrá a la calle descalzo, y todos se apartarán de él con terror y premura y en los caminos los cercos se llenarán de flores cuando pase el santo Cordero.

—Así no más es —continuó el Astrólogo—. Y en el cielo entreabierto será dado ver a todos los pecadores arrepentidos, las doradas puertas de la nueva Jerusalén. Porque tan inmensa es la claridad de Dios, mi querido Alfón, que ningún hombre podría entrar directamente en contacto con ella sin caer por tierra con los huesos esponjosos.

—Por eso yo daré a los hombres mi interpretación del Apocalipsis y luego me iré a la montaña a hacer penitencia y a rogar por ellos.

—Así es, Alfón, pero ahora vete a dormir, porque tengo que meditar y es la hora en que el hombre alado viene a hablarme a la oreja. Tú también tienes que dormir porque mañana, si no, no tendrás fuerza para estrangular al réprobo...

—Y al Rey de Babilonia.

—Así es.

Lento separóse de la gradinata el Hombre que vio a la Partera. El Astrólogo entró

a la casa y subiendo por una escalera que estaba a un costado del vestíbulo, se internó en una habitación extremadamente alargada, cruzada en los altos por las vigas que soportaban las alfajías del techo, que allí extendía su oblicua ala.

En los muros desconchados no había ningún grabado. En un rincón estaban los baúles de Gregorio Barsut y bajo un ojo de buey una cama de madera pintada de rojo. Una manta negra formaba baturrillo con las sábanas blancas. Sentóse pensativamente el Astrólogo a la orilla del lecho. Su gabán se entreabrió dejando ver desnudo el pecho velludo. En horqueta abrió la yema de los dedos sobre sus mostachos de foca, y frunciendo el ceño quedóse contemplando un baúl en el rincón.

Quería hacer saltar su pensamiento a una novedad exterior, que rompiendo el monorritmo de sus sensaciones le devolviera la presencia de ánimo que, anteriormente a la determinación de asesinar a Barsut, estaba en él.

—Son veinte mil pesos —pensó—, veinte mil pesos que servirán para instalar los prostíbulos y la colonia... la colonia...

Sin embargo no veía claro. Las ideas se le escapaban como sombras, sus pensamientos desleídos por el sobresalto permanente hacían estéril toda concentración. De pronto diose una palmada en la frente y jubiloso pasó al desván inmediato arrastrando un cajón, de cuya tapa mal retenida por los flejes se desprendía espeso polvo.

Sin cuidarse por las bocamangas del gabán que se llenaban de tierra blanca, destapó el cajón. Mezclábanse allí soldados de plomo con muñecos de madera, y era aquello un hacinamiento de payasos, generalitos, clowns, princesas y extraños monstruos gordos con narices averiadas y bocas de sapo.

Cogió un trozo de cuerda, y dirigiéndose al rincón, ató ésta a dos clavos, uniendo así el ángulo que formaban los dos muros con improvisada bisectriz. Hecho esto tomó del cajón varios fantoches, arrojándolos sobre la cama. Con trozos de piola amarró la garganta de cada pelele, y tan absorbido estaba en la labor, que no se apercibió que el viento empujaba por el ventanillo abierto el agua de la lluvia, que había arreciado.

Trabajaba entusiasmado. Cuando hubo acollarado la garganta de los muñecos con piolines que recortaba de mayor a menor, los llevó hasta el rincón, amarrándolos de la sogá. Terminada su obra, quedóse contemplándola. Los cinco fantoches ahorcados movían sus sombras de capuchón en el muro rosado. El primero, un pierrot sin calzones, pero con una blusa a cuadritos blancos y negros; el segundo, un ídolo de chocolate y labios bermellón, cuyo cráneo de sandía estaba a la altura de los pies del pierrot; el tercero, más abajo aún, era un pierrot automático, con un plato de bronce clavado en el estómago y cara de mono; el cuarto era un marinero de pasta de cartón azul, y el quinto un negro desnarigado mostrando una llaga de yeso por la vitola blanca de un cuello patricio. Satisfecho contempló su obra el Astrólogo. Estaba de espaldas a la lámpara y hasta el techo alcanzaba su silueta negra. Habló fuertemente:

—Vos, pierrot, sos Erdosain; vos, gordo, sos el Buscador de Oro; vos, clown, sos

el Rufián; y vos, negro, sos Alfón. Estamos de acuerdo.

Terminada su arenga, separó el baúl de Barsut del muro, y colocándolo frente a los muñecos sentóse ante ellos. Y así comenzó un diálogo silencioso, cuyas preguntas partían de él, recibiendo en su interior la respuesta cuando fijaba la mirada en el fantoche interrogado.

Su pensamiento tomó una claridad sorprendente. Necesitaba expresar sus ideas en un sistema telegráfico, vibrante, ininterrumpido, como si todo él tuviera que acompañar el ritmo del pensamiento a una misteriosa trepidación de entusiasmo.

Pensaba:

—Es necesario instalar fábricas de gases asfixiantes. Conseguirse químico. Células, en vez de automóviles, camiones. Cubiertas macizas. Colonia de la cordillera, disparate. O no. Si. No. También orilla Paraná una fábrica. Automóviles blindaje cromo acero níquel. Gases asfixiantes importante. En la cordillera y en el Chaco estallar revolución. Donde haya prostíbulos, matar dueños. Banda asesinos en aeroplano. Todo factible. Cada célula radiotelegrafía. Código y onda cambiante sincrónicamente. Corriente eléctrica con caída de agua. Turbinas suecas. Erdosain tiene razón. ¡Qué grande es la vida! ¿Quién soy yo? Fábrica de bacilos bubónica y tifus exantemático. Instalar academia estudios comparativos revolución francesa y rusa. También escuela de propaganda revolucionaria. Cinematógrafo elemento importante. Ojo. Ver cinematógrafo. Erdosain que estudie ramo. Cinematógrafo aplicado a la propaganda revolucionaria. Eso es.

Ahora el ritmo del pensamiento se atemperaba. Decíase:

—¿Cómo poner en cada conciencia el entusiasmo revolucionario que hay en la mía? Eso, eso, eso. ¿Con qué mentira o verdad? ¡Qué rápido es el tiempo que pasa! ¡Y qué triste! Por eso es cierto. Hay tanta tristeza en mí, que si ellos conocieran se asombrarían. Y yo solo sostenerlo todo.

Se acurrucó en el sofá. Tenía frío. En las sienes le batían fuertemente las venas.

—El tiempo que se escapa. Eso. Eso. Y todos que se dejan estar caídos como bolsas. Nadie que quiera volar. ¿Cómo convencerlos a esos burros de que tienen que volar? Y sin embargo, la vida es otra. Otra como ellos no la conciben tan siquiera. El alma como un océano agitándose dentro de setenta kilos de carne. Y la misma carne que quiere volar. Todo en nosotros está deseando subir hasta las nubes, hacer reales los países de las nubes... pero ¿cómo?... Siempre aparece este «cómo» y yo... yo aquí, sufriendo por ellos, queriéndolos como si los hubiera parido, porque los quiero a estos hombres... a todos los quiero. Están encima de la tierra porque sí, cuando debían estar de otro modo. Y sin embargo los quiero. Lo estoy sintiendo ahora. Quiero a la humanidad. Los quiero a todos como si todos estuvieran atados a mi corazón con un hilo fino. Y por ese hilo se llevan mi sangre, mi vida, y sin embargo, a pesar de todo, hay tanta vida en mí, que quisiera que fueran muchos millones más para quererlos más aún y regalarles mi vida. Sí, regalársela como un cigarrillo. Ahora me explico el Cristo. ¡Cuánto debió quererla a la humanidad! Y sin embargo soy feo.

Mi enorme cara ancha es fea. Y sin embargo debiera ser lindo, lindo, como un dios. Pero mi oreja es como un repollo y mi nariz como un tremendo hueso fracturado de un puñetazo. Pero qué importa eso. Soy hombre y basta. Y necesito conquistar. Es todo. Y no daría uno solo de mis pensamientos a cambio del amor de la más linda mujer.

De pronto unas palabras anteriores cruzan su memoria, y el Astrólogo se dice:

—¿Por qué no?... Podemos fabricar cañones, como dice Erdosain. El procedimiento es fácil. Además, que no es necesario que tengan una resistencia para mil descargas. Una revolución que durara ese tiempo sería un fracaso.

Las palabras callan en él. En la oscuridad se abre hacia el interior de su cráneo un callejón sombrío, con vigas que cruzan el espacio uniendo los tinglados, mientras que entre una neblina de polvo de carbón los altos hornos, con sus atalajes de refrigeración que fingen corazas monstruosas, ocupan el espacio. Nubes de fuego escapan de los tragantes blindados y la selva más allá se extiende tupida e impenetrable.

El Astrólogo siente recobrada su personalidad, que la sensación del tiempo extraño le había arrebatado.

Piensa, piensa que es posible fabricar acero níquel y construir cañones de tubos enchufados. ¿Por qué no? Su pensamiento se desliza ahora sobre los obstáculos con flexibilidad. Entonces con el dinero suministrado por los prostíbulos se comprarían en los diversos puntos de la República terrenos a un precio insignificante. Allí los miembros de la logia pondrían las bases de cemento armado para emplazar las piezas de artillería, simulándose construcciones de galpones para conservar cereales.

Le exalta la posibilidad de crear un ejército revolucionario dentro del país, que se sublevaría, mediante una señal radiotelefónica. ¿Por qué no? Acero, cromo, níquel. Como un sortilegio la palabra hiende su imaginación. Acero, cromo, níquel. Cada jefe de célula estaría a cargo de una batería. ¿Qué es necesario, en resumen? Que los cañones disparen quinientos, cuatrocientos proyectiles. Y los automóviles con ametralladoras. ¿Por qué no? Cada diez hombres una ametralladora, un automóvil, un cañón. ¿Por qué no ensayar?

Lentamente, en el fondo de la negra noche, un gigantesco huevo de acero al rojo blanco, entre dos columnas, dobla lentamente su punta hacia una cúpula. Es el convertidor de Bessemer accionado por un pistón hidráulico. Un torrente de chispas y llamas ardientes se escapa de la punta del huevo de acero. Es el hierro que se convierte en acero soliviantado en la base por un chorro de aire de centenares de atmósferas de presión. Acero, cromo, níquel. ¿Por qué no ensayar? Su pensamiento se fija en cien detalles. No ha mucho la voz de adentro le ha preguntado:

—¿Por qué motivo la felicidad humana ocupa tan poco espacio?

Esta verdad le entristece la vida. El mundo debía ser de unos pocos. Y estos pocos caminar con pasos de gigantes.

Es necesario crearse la complicación. Y ver claro. Primero matarlo a Barsut,

después instalar el prostíbulo, la colonia en la montaña... pero ¿cómo hacer desaparecer el cadáver? ¿No es estúpido esto de que él, el hombre que encuentra fácil construir un cañón y fabricar acero, cromo, níquel, tenga tantas dudas para hacer desaparecer un cadáver? Cierto es que no debía pensar... se le quemará... quinientos grados son suficientes para destruir un cadáver contenido en un recipiente. Quinientos grados.

El tiempo y el cansancio corren por su mente. No quisiera pensar, y de pronto la voz, la voz independiente de su boca y de su voluntad, susurra de adentro para distraerlo un poco:

—El movimiento revolucionario estallará a la misma hora en todos los pueblos de la República. Asaltaremos a los cuarteles. Comenzaremos por fusilar a todos los que puedan alborotar un poco. En la capital se lanzarán días antes algunos kilogramos de tifus exantemático y de peste bubónica. Por medio de aeroplanos y en la noche. Cada célula inmediata a la capital cortará los rieles del ferrocarril. No dejaremos entrar ni salir trenes. Dominada la cabeza, suprimido el telégrafo, fusilados los jefes, el poder es nuestro. Todo esto es una locura posible. Y siempre se vive en una atmósfera de sueño y como de sonambulismo cuando se está en camino de realizar las cosas. Sin embargo se va hacia ellas con una lentitud tan rápida que todo es sorprendente cuando se ha conseguido. Para ello es necesario sólo voluntad y dinero... Podemos organizar aparte de las células una gavilla de asesinos y de asaltantes. ¿De cuántos aeroplanos dispondrá el ejército? Pero cortados los medios de comunicación, asaltados los cuarteles, fusilados los jefes, ¿quién mueve ese mecanismo? Éste es un país de bestias. Hay que fusilar. Es lo indispensable. Sólo sembrando el terror nos respetarán. El hombre es así de cobarde. Una ametralladora... ¿Cómo se organizarán las fuerzas que deben combatirnos? Suprimido el telégrafo, el teléfono, cortados los rieles... Diez hombres pueden atemorizar a una población de diez mil personas. Basta que tengan una ametralladora. Son once millones de habitantes. El norte con los yerbales, nos respondería. Tucumán y Santiago del Estero, con los ingenios... San Juan, con los mediocomunistas... Sólo tenemos por delante el ejército. Los cuarteles se pueden asaltar de noche. Secuestrado el pañol de armas, fusilados los jefes y ahorcados los sargentos, con diez hombres nos podemos apoderar de un cuartel de mil soldados siempre que tengamos una ametralladora. Es tan fácil eso. Y las bombas de mano, ¿dónde dejo las bombas de mano? Sólo sorpresa simultánea en todo el país, diez hombres por pueblo y la Argentina es nuestra. Los soldados son jóvenes y nos seguirán. A los cabos los ascenderemos a oficiales y tendremos el más inverosímil ejército que haya conocido la América. ¿Por qué no? ¿Qué es el asalto al banco de San Martín, el asalto del hospital Rawson, el asalto de la agencia Martelli en Montevideo? Tres diarieros audaces y se terminó una ciudad.

Un rencor sordo hace latir apresuradamente sus venas. La sangre corre en tumulto por su cuerpo recio y tenso en una posición de asalto. Se siente más fuerte que nunca, la fuerza del que puede fusilar.

Oscilaba la luz eléctrica bajo las sonoras descargas de la tempestad, pero el Astrólogo sentado de espaldas a la cama, sobre el baúl, con las piernas cruzadas, el mentón clavado en la palma de la mano y con el codo apoyado en la rodilla, no apartaba los ojos de sus cinco peles cuyas sombras andrajosas temblaban en el muro enrosado.

Tras él la lluvia que entraba por el ventanillo hacía un charco en el piso, las preguntas y respuestas se cruzaban en silencio, a momentos una arruga enfoscaba la frente del Astrólogo, luego sus ojos inmóviles, en su rostro romboidal, asentían con un parpadeo lento a una contestación en acuerdo con sus deseos, y así permaneció hasta el amanecer, hora en que, levantándose del baúl, irónicamente les volvió la espalda a los cinco muñecos que permanecieron en la soledad del cuartujo, bamboleándose bajo la banderola, como cinco ahorcados.

Caviló un instante, luego apresuradamente bajó las escaleras, dejó el portal, y a grandes pasos se dirigió entre las tinieblas a la cochera donde se encontraba Barsut.

Ya no llovía. Las nubes se habían resquebrajado, dejando ver en un claro celeste un pedazo amarillo de luna.

LA REVELACIÓN

Interin ocurrían estos sucesos, en el Hospicio de las Mercedes, Ergueta entraba en lo que él más tarde llamaría «el conocimiento de Dios». Así fue.

Despertó al amanecer en la sala. Un paralelepípedo de luna ponía un rectángulo azul en el encalado del muro frente a su cama. A través de los barrotes de la ventana abierta se veía el cielo encuadrado por el contramarco, un cielo poroso y seco de azul como yeso teñido de metileno. En el retículo de los hierros temblaban los hilos de agua de una estrella.

Ergueta se rascó concienzudamente la nariz, aunque no sentía mayor preocupación. Comprendía que se encontraba en la casa de los locos, pero ése «era un asunto que no le concernía».

Le preocupaba que hubieran encalabozado su espíritu, pero el que en realidad estaba encarcelado en el manicomio era su cuerpo, su cuerpo que pesaba noventa kilos, y que ahora con cierto resquemor inexplicable recordaba que había rodado por los lunapares. Y sin poder evitarlo revisaba como un espectáculo la vida sensual con que se había regodeado. Mas, ¿qué tenía que ver su espíritu con tal carnaza furiosa?

Era ésa una realidad tan evidente para su entendimiento, que se asombró de que los médicos no repararan aún en tal diferencia.

Ergueta se sintió maravillado de su descubrimiento. Él ya no era un hombre, sino un espíritu, «sensación pura del alma», con riberas nítidamente recortadas dentro de la carnicera armazón de su físico, como las nubes en los espacios infinitos.

Estaba ligeramente alegre. Ya noches anteriores tuvo la certeza de que podía

apartarse de su cuerpo, dejarlo abandonado como un traje. Al descubrirla, esta súbita seguridad le proporcionó un miedo liviano. Hasta en determinados momentos tuvo en la epidermis la sensación de que sólo se tocaba con los bordes de su alma, de forma que el equilibrio de su cuerpo próximo a caer, y el de su piel, le causaba náuseas. Era como si descendiera a suma velocidad en un ascensor.

Además sentía miedo de tener voluntad de abandonar su cuerpo, pues si se lo destruían, ¿cómo podría entrar en él? El enfermero tenía cara de bellaco, y aunque él le hubiera hablado de unas redoblonas para la próxima «reunión», no se sentía del todo seguro. Mas pasada esta primera impresión se complacía en creer que era un niño débil, lo cual no le impedía reírse desde su cama de la comedia con que trataba de tranquilizar sus noventa kilos, descontando que él podía ir a donde quisiera... pero no... no era cuestión de jugar. Su bondad no podía admitir eso. ¡Y qué hermoso era sentirse así colmado de caridad! Su misericordia se ensanchaba sobre el mundo, como una nube sobre los techos de la ciudad.

Su cuerpo se quedaba cada vez más abajo.

Ahora lo veía como en el fondo de un cajón, el sanatorio entre los blancos cubos de las casas era otro cubo, las calles azuleaban entre sábanas de sombra, las luces verdes de los semáforos del F.C.S. lucieron débilmente, y el espacio entró en él como el océano en una esponja, mientras el tiempo dejaba de existir.

Caían las alturas a través de su delicia. Ergueta sentía quietud, estancamiento de bondad para sí mismo, por la voluntad de una fuerza exterior. Así gozaría el estanque seco con la lluvia que le envía el cielo.

De la tierra hacia la cual se volvía su caridad, veía los redondeados bordes verdosos laminados por el éter azul. Y como no era natural permanecer silencioso, sólo atinaba a decir:

—Gracias... gracias mi Señor.

No experimentaba curiosidad alguna. Su humildad se fortalecía en el acatamiento.

En la tersura celeste atisbo de pronto el escalonamiento de un roquedal. Una luz de oro bañaba el pedrerío a pesar de la noche, y lo azul en la distancia caía en profundos barrancos de lomas doradas. Ergueta con su cuerpo restituido avanzó a pasos prudentes, tiesa la pupila fiera en su perfil de gavilán.

Naturalmente, no se sentía tranquilo porque su cuerpo había pecado innumerables veces, y porque comprendía que su rostro, a pesar de la actual expresión grave, tenía las rayas enérgicas y la fiereza de los malevos, que cuando él era mocito imitaba en el arrabal y con las patotas.

Pero su espíritu estaba contrito y quizá eso fuera suficiente, lo que no le impedía decirse:

—¿Qué dirá el Señor de mi «pinta»? ¿Cómo puedo presentarme ante él? —Y al mirarse maquinalmente los botines constató que estaban deslustrados, lo que acrecentó su confusión—. ¿Qué dirá el Señor de mi «pinta» y de esta cara de burrero y de «cafishio»? Me preguntará de mis pecados... se acordará de todas las macanas

que hice... ¿y yo qué le voy a contestar?... que no sabía, pero ¿cómo le voy a decir eso, si él dejó testimonio de ser en todos sus profetas?

Nuevamente volvió a examinar sus botines, sucios y descalabrados.

—Y me dirá: «Hasta estás hecho un turro... un vago vergonzoso y eso que fuiste a la universidad... Te jugaste a los “burros” y enfangaste en orgías el alma inmortal que yo te di y arrastraste a tu ángel guardián por los lupanares y él lloraba tras tuyo, mientras tu boca carnífera se llenaba de abominaciones...». Y lo peor es que yo no se lo voy a poder negar... ¿Cómo le voy a negar el pecado? ¡Qué macana, Dios mío!

El cielo era sobre su cabeza una cúpula de yeso azul. Giraban en la elíptica remotos planetas como naranjas y Ergueta miró humildemente el pedregal dorado.

De pronto una gran turbación desazonó su modestia. Levantó la cabeza y a su izquierda, detenido a diez pasos vio al Hijo del Hombre, a nuestro señor Jesucristo.

El Nazareno, cubierto de una túnica celeste, volvía a él su perfil demacrado donde lucía el almendrado ojo sereno.

Ergueta sufrió un gran desconsuelo, no podía arrodillarse, «porque un bacán conserva siempre la línea» y no se arrodilla frente a un carpintero judío, pero sintió que un sollozo le retorció el alma y en silencio extendió los brazos unidos por los dedos hacia el dios silencioso.

Sentía que toda su caradura se impregnaba de devoción hacia él.

Así callado lo miraba a Jesús detenido en el roquedal. Los ojos de Ergueta se llenaron de lágrimas. Lamentábase de que no hubiese alguien con quien golpearse para demostrarle al Señor cuánto lo quería, y ya el silencio le pareció tan insoportable que venciendo el terrible anonadamiento, humildemente suplicó:

—Créame... me da no se qué decirle que no lo quiero mucho. Yo quisiera ser diferente, pero no puedo.

Jesús lo miraba.

Ergueta le volvió la espalda, caminó tres pasos, luego, volviéndose, se detuvo.

—He cometido todos los pecados y muchas maca... disparates... quisiera arrepentirme y no puedo... *quisiera arrodillarme*... cierto, besarle los pies a usted, que fue crucificado por nosotros... ¡Ah! si usted supiera todas las cosas que quise decirle y se me escapan... y lo quiero, sin embargo. ¿Será porque estamos de hombre a hombre?

Jesús lo miraba.

Ergueta calló un instante, luego ruborizado murmuró tímidamente:

—¿Sufrió mucho usted en la cruz?

Una sonrisa nueva agració el rostro de Jesús.

—¡Oh! qué bueno es usted —exclamó enajenado Ergueta—. ¡Qué bueno! Usted se ha dignado sonreírme a mí, pecador... ¿Se da cuenta usted? Ha sonreído. A su lado, créame, me siento un muchacho, un «purrete». Quisiera adorarlo toda la vida, ser su guardaespaldas. Ahora no pecaré más, toda la vida voy a pensar en usted, y pobre del que dude de usted... le rompo el alma...

Jesús lo miraba.

Entonces Ergueta, queriendo ofrecer lo mejor de sí mismo dijo:

—Yo me arrodillo ante usted —avanzó unos pasos y llegando frente a Jesús inclinó la cabeza, apoyó una rodilla en el pedregal dorado, iba a prosternarse cuando Jesús avanzó su mano taladrada, la apoyó en su hombro, y dijo:

—Vete. Sígueme siempre y no peques más, porque tu alma es hermosa como la de los ángeles que alaban al Señor.

Quiso hablar, pero ya el vacío y el silencio lo rodeaban vertiginosamente. Ergueta comprendió que había entrado en el conocimiento de Dios. Ello era bien claro, porque al volverse a unas voces que sonaban en la sala oscura, un loco mudo de nacimiento exclamó, mirándolo con extrañeza:

—Parece que venís del cielo.

Ergueta lo miró asombrado.

—Sí, porque, como los santos, tenés una rueda de luz en la cabeza.

Ergueta, suavemente atemorizado, se apoyó en el muro.

Un loco tuerto, que hasta entonces permaneciera callado, exclamó:

—Milagros... vos hacés milagros. Al mudo le devolviste el habla.

La conversación despertó a un tercer poseído, que se pasaba los días matando imaginarios piojos entre sus callosos dedos desgastados, y el barbudo, volviendo su cara pálida, dijo:

—Vos viniste a resucitar a los muertos...

—Y a darles vista a los ciegos —interrumpió el mudo.

—Y también a los tuertos —aseguró el loco a quien faltaba un ojo—, porque ahora veo de este lado.

El mudo, sosteniendo su busto con los dos brazos apoyados en el colchón, continuó:

—Pero vos no sos vos, sino Dios que está en tu cuerpo.

Ergueta, anonadado, aseveró:

—Es cierto, hermanos... no soy yo... sino Dios que está en mí... ¿Cómo podría yo, miserable burdelero, hacer milagros?

Entonces, el matador de piojos, sentándose en la orilla de la cama y hamacando sus pies desnudos, insinuó:

—¿Por qué no hacés otro milagro?

—Yo no vine a eso, sino a predicar el verbo del Dios Vivo.

El matador de piojos recogió un pie sobre su rodilla y malévolamente insistió:

—Debías hacer un milagro.

El mudo colocó su almohada en el piso de la sala y sentándose encima de ella, dijo:

—Yo no hablo más.

Ergueta se apretó las sienes, aturdido de lo que veía. Medió amablemente el tuerto:

—Sí, vos debías resucitar ese muerto.

—¡Si no hay ningún muerto aquí!

El tuerto avanzó cojeando hasta Ergueta, lo tomó de un brazo y casi arrastrándolo lo llevó hasta una cama frontera, donde yacía inmóvil un hombrecito de cabeza redonda y nariz enorme.

El mudo se acercó apretando los labios.

—¿No ves que está muerto?

—Se murió esta tarde —rezongó el tuerto.

—Les digo que ese hombre no está muerto —exclamó irritado Ergueta, convencido de que los otros lo burlaban; pero el matador de piojos saltó de su lecho, se acercó a la otra cama, inclinóse sobre el hombrecito de cabeza redonda y de tal forma empujó el cuerpo inmóvil que éste, al caer resonó opacamente en el piso de la sala, quedando entre las dos camas con las piernas hacia arriba, semejante a la horqueta de un árbol recién podado.

—¿Viste que está muerto?

Los cuatro locos permanecían consternados en torno de la horqueta, recuadrados por el celeste de luna, con los camisones inflados por el viento.

—¿Viste que está muerto? —repitió el barbudo.

—Hace un milagro —suplicó el tuerto—. ¿Cómo vamos a creer en Él si vos no haces un milagro? ¿Qué te cuesta hacerlo?

El mudo, inclinando repentinamente la cabeza, le hacía señales de aquiescencia a Ergueta.

Gravemente se inclinó sobre el cadáver, iba a pronunciar las palabras de Vida, mas súbitamente los muros de la sala giraron los planos del cubo ante sus ojos, un viento oscuro aulló en sus orejas y otra vez tuvo tiempo de ver los tres locos recuadrados por el celeste rectángulo de luna, con los camisones inflados por el viento, mientras él resbalaba por una tangente que cortaba el girante torbellino de tinieblas, en la inconsciencia.

EL SUICIDA

ErDOSAIN permaneció a los pies de la Coja quizás una hora. Las anteriores emociones se disolvían en su actual modorra. Sentíase extraño a todo lo ocurrido en el transcurso del día. La angustia y la malevolencia se endurecían en su pecho como el fango bajo el sol. Permanecía sin embargo inmóvil, sometido al poder de la somnolencia oscura que se desprendía de su cansancio. Pero su frente se arrugaba. Y a través de la niebla y de la oscuridad crecía su otra desesperación, el temor sin esperanza de verse perdido como un fantasma a la orilla de un dique de granito. Las aguas grises trazaban franjas de distinta altura que corrían en opuesta dirección. Chalupas de hierro llevaban borrosas gentes hacia remotos emporios. Había allí además una mujer

acicalada como una «cocotte», con un barboquejo de diamantes y que apoyaba los codos en la mesa de una taberna y se apretaba las mejillas entre los dedos enjorjados. Y mientras ella hablaba, Erdosain se rascaba la punta de la nariz.

Mas como esta actitud no era explicable, Erdosain recordó que habían aparecido cuatro mocitas con el vestido hasta las rodillas y el pelo amarillo desgredado en torno de sus caras caballunas. Y las cuatro mocitas, al pasar a su lado, alargaron un platillo. Fue entonces cuando Erdosain se preguntó: «¿Es posible que puedan alimentarse haciendo sólo eso?». Entonces la estrella, la «cocotte», que bajo la barbilla tenía una papada de brillantes, le respondió que sí, que las cuatro mocitas vivían limosneando, y comenzó a hablar de un príncipe ruso, con su voz femenina, cuyo género de vida, aunque ella trataba de aparejarlo, no condecía con el que llevaban las cuatro mocitas. Y recién entonces Erdosain pudo explicarse satisfactoriamente por qué razón se rascaba la punta de la nariz mientras la preciosa hablaba.

Mas su tristeza creció cuando vio a la silenciosa gente volver la cabeza, subir a los vagones de un convoy largo, que tenía todas las persianas bajas. Nadie preguntaba por itinerarios ni estaciones. A veinte pasos de allí, un desierto de polvo extendía su confín oscuro. No se divisaba la locomotora, pero sí escuchó el doloroso rechinar de las cadenas al aflojarse los frenos. Podía correr, el tren se deslizaba despacio, alcanzarlo, trepar por la escalerilla y quedarse un instante en la plataforma del último vagón, viendo cómo el convoy adquiría velocidad. Erdosain estaba aún a tiempo para alejarse de esa soledad gris sin ciudades oscuras... pero inmovilizado por su enorme angustia, quedóse allí mirando con un sollozo detenido en la garganta, el último vagón con las ventanillas rigurosamente cerradas.

Cuando lo vio entrar en la curva de los entrerrieles que cubría la muralla de niebla, comprendió que se había quedado solo para siempre en el desierto de ceniza, que el tren no retornaría jamás, que siempre continuaría deslizándose taciturno, con todas las persianas de sus vagones estrictamente cerradas.

Lentamente retiró el rostro de las rodillas de Hipólita. Había dejado de llover. Sus piernas estaban heladas, le dolían las articulaciones. Miró un instante el rostro de la mujer dormida, esfumado en la claridad azulada que entraba por los cristales, y con extraordinaria precaución se puso de pie. Las cuatro mocitas de rostro caballuno y el pelo amarillo encrespado estaban aún en él. Pensó:

«Debía matarme... —Mas al observar el cabello rojo de la mujer dormida, sus ideas tomaron otro giro más pesado—: Debe ser cruel. Y podría matarla, sin embargo —apretó el cabo del revólver en el bolsillo—. Bastaría un tiro en el cráneo. La bala es de acero y sólo haría un agujerito. Eso sí, se le saltarían los ojos de las órbitas y quizá la nariz echara sangre. ¡Pobre alma! Y debes haber sufrido mucho. Pero debe ser cruel».

Una malevolencia cautelosa lo inclinó sobre ella. A medida que miraba a la dormida sus ojos adquirían una fijeza de enajenado, mientras con la mano en el bolsillo levantaba el percutor, apretando el gatillo. Un trueno retumbó a lo lejos, y esa

extraña incoherencia que envolvía como un velo su cerebro se apartó de él; entonces con numerosas precauciones cogió su perramus, cerró los postigos evitando que crujieran las bisagras, y salió.

Al bajar las escaleras reconoció con alegría que tenía hambre.

Se dirigió a una de las tantas churrasquerías que hay junto al mercado Spinetto, y apresuradamente recorrió algunas cuadras.

Rodaba la luna sobre la violácea cresta de una nube, las veredas a trechos, bajo la luz lunar, diríanse cubiertas de planchas de cinc, los charcos centelleaban profundidades de plata muerta, y con atorbellinado zumbido corría el agua, lamiendo los cordones de granito. Tan mojada estaba la calzada, que los adoquines parecían soldados por reciente fundición de estaño.

Erdosain entraba y salía de las sombras celestes que oblicuamente cortaban las fachadas. El olor a mojado comunicaba a la soledad matutina cierta desolación marítima.

Indudablemente, no se encontraba en sus cabales. Lo preocupaban aún las cuatro mocitas de cara caballuna, y el mar siniestro con sus olas de hierro. El pesado hedor de aceite quemado que vomitaba la puerta amarilla de una lechería le causó náuseas, y entonces, cambiando de idea, se dirigió a un prostíbulo que recordó había en la calle Paso, mas cuando llegó, la puerta estaba ya cerrada y desconcertado, tiritando de frío, la boca con sabor a sulfato de cobre, entró a un café donde acababan de levantar las cortinas metálicas. Después de larga espera, le sirvieron el té que había pedido.

Pensó en la mujer dormida. Entrecerró los ojos, y apoyando la cabeza en el muro, se entregó con más desconsuelo a sus penas.

No sufría por él, el hombre inscripto con un nombre en el registro civil, sino que su conciencia apartándose del cuerpo, lo miraba como al de un extraño, y se decía:

—¿Quién tendrá piedad del hombre?

Y estas palabras, que acertaba a recoger su pensamiento, lo turbaban llenándolo de dolorosa ternura por invisibles prójimos.

Caer... caer siempre más abajo. Y sin embargo otros hombres son felices, encuentran el amor, pero todos sufren. Lo que ocurre es que unos se dan cuenta y otros no. Algunos lo atribuyen a lo que no tienen. Pero qué sueño estúpido ese. Sin embargo, la cara de ella era linda. Lo que tenía de lógica era lo que decía respecto al príncipe aventurero. ¡Ah! poder dormir en el fondo del mar, en una pieza de plomo con vidrios gruesos. Dormir años y años mientras la arena se amontona, y dormir. Por eso tiene razón el Astrólogo. Día vendrá en que la gente hará la revolución, porque les falta un Dios. Los hombres se declararán en huelga hasta que Dios se haga presente.

Un amargo olor a cianuro llegó hasta él; y percibiendo a través de los párpados la lechosa claridad de la mañana, sintióse diluido como si se hallara en el fondo del mar y la arena subiera indefinidamente sobre su chozo de plomo. Alguien le tocó la

espalda.

Abrió los ojos al tiempo que el mozo del café le decía:

—Aquí no se puede dormir.

Iba a replicar, mas el criado se apartó para ir a despertar a otro durmiente. Era éste un hombre grueso, que había dejado caer la calva cabeza sobre los brazos cruzados encima de la tabla de la mesa.

Pero el durmiente no respondía a las voces del mozo, y entonces extrañado se aproximó el patrón, un hombre que tenía bigotes tan enormes como manubrios de bicicleta, y de tal forma lo sacudió a su parroquiano que éste quedó doblado sobre la silla, sin caer porque lo afirmaba el canto de la mesa.

ErDOSain se levantó extrañado, mientras que patrón y mozo, mirándose, observaban de reojo al singular cliente.

El durmiente permaneció en posición absurda. La cabeza caída sobre un hombro, dejaba ver su cara chata mordida de viruelas con los círculos negros de unas gafas ahumadas. Un hilo de baba rojiza manchaba su corbata verde, escapando de entre los labios azulados. El codo del desconocido apretaba en la mesa una hoja de papel escrito. Comprendieron que estaba muerto. Llamaron a la policía, pero ErDOSain no se movía de allí, curioseando por el espectáculo del siniestro suicida de las gafas negras, cuya piel se cubría lentamente de manchas azules. Y el olor de almendras amargas estaba inmóvil en el aire, parecía escaparse de entre las quijadas abiertas.

Llegó un auxiliar de policía, luego un sargento, más tarde dos vigilantes y un oficial inspector, y dicha gente merodeaba en torno del muerto, como si éste fuera una res. De pronto el auxiliar, dirigiéndose al oficial inspector, dijo:

—¿No sabe quién es?

El sargento sacó del bolsillo del cadáver la adición de un hotel, varias monedas, un revólver, tres cartas lacradas.

—¿Así que éste es el que mató a la muchacha de la calle Talcahuano?

Le quitaron los anteojos al muerto, y ahora se le veían los ojos, las pupilas bisqueando, la córnea vuelta hacia arriba, los párpados teñidos de rojo como si hubiera llorado lágrimas de sangre.

—¿No le decía? —continuaba el auxiliar—. Aquí está la cédula de identidad.

—Iba a ir a Ushuaia para toda la vida.

Entonces ErDOSain, al escuchar estas palabras, recordó, como si hiciera mucho tiempo que lo había leído. (Y sin embargo, no era así. La mañana anterior se había enterado en un diario). El muerto era un estafador. Abandonó a su esposa y cinco hijos para vivir en concubinato con otra mujer de la que tenía tres hijos, pero hacía dos noches, quizá harto de la barragana, se presentó en un hotel de la calle Talcahuano en compañía de una jovencita de diecisiete años, su nueva amante. Y a las tres de la madrugada le tapó suavemente la cabeza con una almohada, disparándole un balazo en el oído. Nadie en el hotel escuchó nada. A las ocho de la mañana el asesino se vistió, dejó entreabierta la puerta, y llamando a la camarera, le

dijo que no despertara a la señora hasta las diez, porque estaba muy cansada. Luego salió, y recién a las doce del día fue descubierta la muerta.

Pero lo que le impresionó extraordinariamente a Erdosain fue pensar que el asesino había estado cinco horas en compañía de la muerta, cinco horas junto al cadáver de la jovencita en la soledad de la noche... y que debía haberla querido mucho.

¿Mas él no había pensado lo mismo horas antes frente a la mujer de cabello rojo? ¿Era aquello una reminiscencia inconsciente o el suicida allí doblado...?

Llegó el carro de la Asistencia Pública y el muerto fue cargado.

Luego lo interrogaron. Erdosain manifestó lo poco que sabía como testigo, y salió intrigado a la calle. Una pregunta inconcreta y dolorosa estaba en el fondo de su conciencia.

Recordaba ahora que el cadáver tenía la boca de los pantalones, enfangada, la camisa sucia, y húmeda, y, a pesar de ello, ¿cómo había llegado a hacerse querer por la jovencita que mató? ¿Existía entonces el amor? A pesar de sus dos mujeres y de sus ocho hijos dispersos y de su vida crapulosa de ladrón y estafador el asesino amaba. Y se lo imaginó en la noche hosca, allí, en ese hotel frecuentado por prostitutas e individuos de profesión indefinida, en una habitación de empapelado despedazado, mirando sobre la almohada empapada de sangre la cérea carita de la muchacha enfriada. Cinco horas sombrías contemplando a la muerta, que antes le apretaba entre sus brazos desnudos. Pensando así llegó a la plaza Once, dolorosamente estupefacto.

Eran las cinco de la mañana. Entró a la estación del ferrocarril, miró en redor, y como tenía sueño se refugió en un rincón de la sala de espera.

A las ocho lo despertó de su profundo sueño el ruido que con las maletas hizo un pasajero. Se restregó con los puños los párpados adoloridos. En un cielo sin nubes brillaba el sol.

Salió subiendo a un ómnibus que se dirigía a Constitución.

El Astrólogo le esperaba en la estación de Témperley.

Su recia figura engalanada, con la chistera echada sobre los ojos y los bigotazos caídos a lo galo, fue distinguida inmediatamente por Erdosain.

—Está muy pálido —dijo el Astrólogo.

—¿Estoy pálido?

—Amarillo.

—He dormido mal... y para peor he visto un suicidio esta mañana.

—Bueno, aquí tiene el cheque.

Erdosain lo examinó. Era por quince mil trescientos setenta y tres pesos; al portador, pero con la fecha atrasada de dos días.

—¿Por qué atrasó la fecha?

—Inspirará más confianza. El empleado del banco sabe que si ese cheque se hubiera perdido, a la hora que usted se presentara a cobrarlo habría ya orden de

secuestro.

—¿Protestó?...

—No... sonreía. Ese hombre piensa hacernos meter en la cárcel a todos... ¡ah!... antes de ir al banco, vaya a una peluquería y hágase afeitarse...

—¿Y el otro está advertido?

—No, cuando sea el momento lo despertaremos.

Faltaban pocos minutos para la llegada del tren. Erdosain lo miró sonriendo al Astrólogo y dijo:

—¿Qué haría usted si yo me escapara?

El otro, con los dedos en horqueta, se sobó los bigotes, y luego:

—Eso es tan imposible como que el tren que viene no pare aquí.

—Pero admitámoslo por un momento.

—No puedo. Si por un momento admitiera eso, no sería usted el que fuera a cobrar el cheque... ¡Ah!... ¿Quién era el que se suicidó esta mañana?

—Un asesino. Curioso. Mató a una muchachita que no quería ir a vivir con él.

—Fuerzas perdidas.

—¿Y usted sería capaz de matarse?

—No... Usted comprende que yo estoy destinado para un fin más alto.

Erdosain lanzó una pregunta extraña:

—Dígame, ¿usted cree que las pelirrojas son crueles?

—Tanto no... pero más bien asexuales: de allí que esa frialdad con que examinan las cosas causa una impresión agria. El Rufián Melancólico me contaba que en su larga carrera de macró había conocido muy pocas prostitutas de cabello rojo... Ya sabe. No se olvide de afeitarse. Vaya al banco a las once, no antes. ¿Usted almuerza conmigo hoy, no?

—Sí, hasta luego.

Tras de Erdosain subió el Mayor, que le hizo una amistosa señal al Astrólogo. Erdosain no lo vio.

Y ya hundido en su butaca, Erdosain pensó:

—Es un hombre extraordinario. ¡Cómo diablos ha conocido que no lo engañaré! Si acierta en las otras cosas como en ésta triunfará —y vencido por el balanceo del tren se adormeció otra vez.

Tras de él estaba el Mayor. Y ya en el banco, con el corazón golpeando fuertemente, se acercó a la ventanilla, cuando el empleado pagador lo llamó:

—¿Quiere grueso o menudo?

—Grueso.

—Firme.

Erdosain firmó el reverso del cheque. Creyó que le pedirían cédula de identidad, mas el empleado, impasible, con sus brazos protegidos de manguitos de lustrina, contó diez billetes de a mil, cinco de quinientos y el resto en moneda menor. Y aunque Erdosain deseaba huir de miedo, escrupulosamente recontó el dinero, lo puso

en su cartera, colocó ésta en el bolsillo de su pantalón, cogiéndola fuertemente, y salió a la calle.

Entre bloques de nubes blancas aparecía como metal recién lavado un caracol de cielo. Erdosain se sintió feliz. Pensó que en otros climas y bajo un espacio siempre azul como el que miraba debían existir mujeres singulares, de cabelleras lujosas y rostros lisos, con grandes ojos almendrados, sombrosos en la oscuridad de las largas pestañas. Y que el aire siempre perfumado saldría de las grutas de la mañana hacia las bocacalles de las ciudades, escalonadas sobre los céspedes de los jardines, sobrepujando con sus esféricas torres las empenachadas crestas de los parques y terrazas.

Y el rostro romboidal del Astrólogo, con las guías de los bigotes caídas a lo largo de las comisuras de los labios, y su chistera de cochero de punto, lo entusiasmó; luego pensó que unido a la sociedad podría continuar sus ensayos de electrotecnia, y ahora cruzaba las calles semejante a un emperador venido a menos, sin reparar que su prestancia seducía a las planchadoras que pasaban con la cesta bajo el brazo, y emocionaba a las pantaloneras que regresaban de las tiendas con pesados bultos.

Inventaría el Rayo de la Muerte, un siniestro relámpago violeta cuyos millones de amperios fundirían el acero de los dreadnaughts, como un horno funde una lenteja de cera, y haría saltar en cascajos las ciudades de portland, como si las soliviantaran volcanes de trinitrotolueno. Veíase convertido en Dueño del Universo. Con una esquila terminante citaba a los embajadores de las Potencias. Encontrábase en un desmesurado salón de muros acristalados, cuyo centro lo ocupaba una mesa redonda. En rededor hundidos en las poltronas estaban los viejos diplomáticos, cabezas calvas, semblantes plomizos, miradas duras y furtivas. Algunos golpeaban con el revés del lápiz el cristal de la mesa, otros fumaban silenciosos, y un gigantesco negro lebreado de verde se mantenía inmóvil junto al terciopelo rojo de los cortinajes que cubrían la entrada.

¡Y él! Erdosain, Augusto Remo Erdosain, el ex ladrón, el ex cobrador, se levantaba. Su busto modelado por un negro saco cruzado se reflejaba en el vidrio de la mesa con los cuatro dedos de la mano derecha calzados en el bolsillo, y en la izquierda algunos papeles. Ya de pie, examinaba con ojos glaciales el impasible rostro de los Embajadores. Una palidez terrible le inmovilizaba con su frío delicioso. Héroe de todas las épocas sobrevivían en él. Ulises, Demetrio, Aníbal, Loyola, Napoleón, Lenin, Mussolini, cruzaban ante sus ojos como grandes ruedas ardientes, y se perdían en un declive de la tierra solitaria bajo un crepúsculo que ya no era terrestre.

Sus palabras caían en sonidos breves, con choques sólidos de acero. Y seducido por la teatralidad del espectáculo, se contemplaba a un imaginario espejo, estremecido y airado.

Imponía condiciones.

Los Estados debían entregarle sus flotas de guerra, millares de cañones y gavillas

de fusiles. Luego de cada raza se seleccionarían algunos cientos de hombres, se les aislaría en una isla, y el resto de la humanidad sería destruida. El Rayo volaba las ciudades, esterilizaba campos, convertía en cenizas las razas y los bosques. Se perdería para siempre el recuerdo de toda ciencia, de todo arte y belleza. Una aristocracia de cínicos, bandoleros sobresaturados de civilización y escepticismo, se adueñaba del poder, con él a la cabeza. Y como el hombre para ser feliz necesita apoyar sus esperanzas en una mentira metafísica, ellos robustecerían el clero, instaurarían una inquisición para cercenar toda herejía que socavara los cimientos del dogma o la unidad de creencia, que sería la absoluta unidad de la felicidad humana, y el hombre restituido al primitivo estado de sociedad se dedicaría como en tiempos de los faraones a las tareas agrícolas. La mentira metafísica devolvería al hombre la dicha que el conocimiento le había secado en brote dentro del corazón. Sus palabras caían con sonidos cortos y secos, como los choques de cubos de acero. Y decía a los Embajadores:

—La ciudad de nosotros, los Reyes, será de mármol blanco y estará a la orilla del mar. Tendrá un diámetro de siete leguas y cúpulas de cobre rosa, lagos y bosques. Allí vivirán los santos de oficio, los patriarcas bribones, los magos fraudulentos, las diosas apócrifas. Toda ciencia será magia. Los médicos irán por los caminos disfrazados de ángeles y cuando los hombres se multipliquen demasiado, en castigo de sus crímenes, luminosos dragones voladores derramarán por los aires vibriones de cólera asiático.

»El hombre vivirá en plena etapa de milagro y será millonario de fe. Durante las noches proyectaremos en las nubes, con poderosos reflectores, la “entrada del Justo en el Cielo”. ¿Se imaginan ustedes? Súbitamente, por sobre las montañas surge un rayo verde y lila, y las nubes se cubren de un jardín donde el aire blanco flota como copos de nieve. Un ángel de alas color de rosa cruza los canteros, se detiene ante la verja del Paraíso, y con los brazos abiertos lo recibe al “Justo”, un hombre de pueblo, con sombrero abollado, larga barba y garrote. ¿Comprenden ustedes, pillos profesionales, cínicos eximios? ¿Comprenden? El ángel de las alas color de rosa, lo recibe al hombre que en la tierra suda y sufre. ¿Se dan cuenta qué genial es mi idea, qué maravilloso el fácil milagro? Y las multitudes adorarán de rodillas a Dios, y únicamente el cielo no existirá para nosotros, bandoleros tristes que tenemos el poder, la ciencia y la verdad inútil».

Temblaba al hablar.

—Seremos como dioses. Donaremos a los hombres milagros estupendos, deliciosas bellezas, divinas mentiras, les regalaremos la convicción de un futuro tan extraordinario, que todas las promesas de los sacerdotes serán pálidas frente a la realidad del prodigio apócrifo. Y entonces, ellos serán felices... ¿Comprenden, imbéciles?

De un encontronazo un faquín lo arrojó contra un muro. Erdosain se detuvo espantado, apretó el dinero convulsivamente en su bolsillo, y excitado, ferozmente

alegre como un tigrecito suelto en un bosque de ladrillo, escupió a la fachada de una casa de modas, diciendo:

—Serás nuestra, ciudad.

Tras él caminaba el Mayor.

EL GUIÑO

En Témperley lo esperaba el Astrólogo. Una sonrisa llena de bondad iluminaba su rostro. Erdosain casi corrió a su encuentro, pero el otro, tomándolo de los brazos, lo detuvo un instante mirándolo a los ojos, luego, tuteándolo, cosa que no había hecho nunca, le dijo:

—¿Estás contento?

Erdosain se ruborizó. En aquel instante un doble misterio quedó revelado en su conciencia. Aquel hombre no mentía, y sintióse tan amigo de él, que ahora hubiera querido conversar indefinidamente, narrarle los pormenores más íntimos de su vida desgraciada, y sólo atinó a decir:

—Sí, estoy muy contento.

El Astrólogo se detuvo un momento en el andén de la estación. Ahora lo trataba de usted como de costumbre:

—¿Sabe? Muchos llevamos un superhombre adentro. El superhombre es la voluntad en su máximo rendimiento, sobreponiéndose a todas las normas morales y ejecutando los actos más terribles, como un género de alegría ingenua... algo así como el inocente juego de la crueldad.

—Sí y ya uno no siente miedo ni angustia, es como si anduviera caminando encima de las nubes.

—Claro, lo ideal sería despertar en muchos hombres esta ferocidad jovial e ingenua. A nosotros nos toca inaugurar la era del Monstruo Inocente. Todo se hará, sin duda alguna. Es cuestión de tiempo y audacia, pero cuando se den cuenta de que el espíritu se les hunde en la letrina de esta civilización, antes de ahogarse van a torcer el camino. Lo que hay es que el hombre no ha reparado en que está enfermo de cobardía y de cristianismo.

—Pero ¿usted no quería cristianizar a la humanidad?

—No, al montón... pero si ese proyecto fracasa tomaremos un camino contrario. Nosotros no hemos sentado principio alguno todavía, y lo práctico será acaparar los principios más opuestos. Como en una farmacia, tendremos las mentiras perfectas y diversas, rotuladas para las enfermedades más fantásticas del entendimiento y del alma.

—¿Sabe que usted me resulta el loco de la usina, como le decía ayer a Barsut?

—Lo que llamamos locura es la desacostumbre del pensamiento de los otros. Vea, si ese changador le confesara las ideas que se le ocurren, usted lo encerraría en un

manicomio. Naturalmente, como nosotros debe haber pocos... lo esencial es que de nuestros actos recojamos vitalidad y energía. Allí está la salvación.

—¿Y Barsut?

—Ni sospecha lo que le espera.

—¿Y cómo lo eliminará?

—Bromberg lo estrangulará... No sé, es una cuestión que no me atañe.

Bajo el sol, evitando los charcos, se encaminaban hacia la morada. Y Erdosain se decía:

—Y la ciudad de nosotros, los Reyes, será de mármol blanco y estará a la orilla del mar... y seremos como dioses —y mirándolo con los ojos resplandecientes, dijo a su compañero—: ¿Sabe usted que algún día seremos como dioses?

—Es lo que la gente bestia no comprende. Los han asesinado a los dioses. Pero día vendrá que bajo el cielo correrán por los caminos, gritando: «Lo queremos a Dios, lo necesitamos a Dios». ¡Qué bárbaros! Yo no me explico cómo lo han podido asesinar a Dios. Pero nosotros lo resucitaremos... inventaremos unos dioses hermosos... supercivilizados... ¡y qué otra cosa será entonces la vida!

—¿Y si fracasara todo?

—No importa... vendrá otro... vendrá otro que me sustituirá. Así tiene que suceder. Lo único que debemos desear es que la idea germine en las imaginaciones... el día que esté en muchas almas, sucederán cosas hermosas.

Erdosain asombrábase de su serenidad.

No temía ya nada, y nuevamente recordó el salón de los Embajadores, y su mirada malévolamente se recogió en la turbación de los ancianos diplomáticos, cabezas calvas, semblantes plomizos, miradas duras y furtivas, y entonces, sin poderse contener, exclamó:

—¡Qué tanto «joder» para retorcerle el pescuezo a esa bestia!

El otro lo miró sorprendido.

—¿Está nervioso o es que se enoja solo, como los elefantes?

—No, me revienta esta carga de escrúpulo antiguo.

—Así son los mocitos —repuso el Astrólogo—. Su vida es parecida a la de un gato entre la puerta entreabierta.

—¿Asisto a la ejecución?

—¿Le interesa?

—Mucho.

Pero al atravesar la puerta de la quinta, una náusea le revolvió el estómago y sintió en la garganta el reflejo gástrico de un vómito. Apenas si se podía tener en pie. En sus ojos las formas estaban veladas por una neblina lechosa. De las articulaciones le colgaban los brazos con pesantez de miembros de bronce. Caminaba sin conciencia de la distancia; el aire le pareció que vitrificaba, el suelo ondulaba bajo sus plantas, a momentos la vertical de los árboles se convertía en un zigzag dentro de sus ojos. Respiraba con fatiga, tenía la lengua reseca e inútilmente trataba de humedecerse los

labios apergaminados y las fauces ardientes, y sólo una voluntad de vergüenza lo mantenía en pie.

Cuando entreabrió los ojos descendía por la escalerilla de la cochera en compañía de Bromberg.

El Hombre que vio a la Partera marchaba como atontado con la greñuda cabellera alborotada. Traía los pantalones superflamente sostenidos por la pretina, y un trozo de camisa blanca como la punta de un pañuelo escapaba de su bragueta. Y se tapaba la boca con el puño arrojando enormes bostezos. Pero su mirada somnolienta, perdidosa, parecía ajena a su actitud de patán. Eran hermosos ojos los suyos, serios e incoherentes como los de las grandes bestias, entre los párpados pestañudos que sombreaban sus ojeras en un redondo y fino rostro de doncella. Erdosain lo miró, pero el otro pareció no verle, sumergido en su magnífica incoherencia. Luego miró embobado al Astrólogo, éste le hizo una seña con la cabeza y después de abrir el candado entraron los tres al establo.

Barsut se levantó de un brinco; iba a hablar. Bromberg describió una curva en el aire y un choque de cráneos contra las tablas retumbó en la cochera. En el polvo el sol alargaba un losange amarillo. Del montón informe se desprendían ronquidos sordos. Erdosain seguía con curiosidad cruel la lucha, y de pronto de la cintura de Bromberg, que estaba abultado sobre Barsut con los dos enormes brazos tensos en la sujeción de un pescuezo contra el suelo, se desprendió el pantalón, quedando con las nalgas blancas en descubierto y la camisa sobre los riñones. Y el sordo ronquido no fue ya. Hubo un instante de silencio, mientras el asesino, semidesnudo, inmóvil, oprimía más fuertemente la garganta del muerto.

Erdosain miraba, nada más.

El Astrólogo aguardaba con el reloj en mano. Así estuvieron dos minutos, que en Erdosain no tuvieron longitud.

—Basta, ya está.

Torpe, con el pelo pegado a la frente, volvióse Bromberg, y sin fijar en nadie su mirada incoherente, cogió ruborizado las puntas de su pantalón, abrochándose apresuradamente.

Había salido de la cochera el asesino. Erdosain lo siguió, y el Astrólogo, que era el último, se volvió a mirarlo al estrangulado.

Éste permanecía en el suelo, con la cabeza vuelta hacia el techo, las mandíbulas distendidas y la lengua pegada al vértice de los labios torcidos en una comisura que descubría los dientes.

En esa circunstancia ocurrió un suceso extraño, del que no se dio cuenta Erdosain. El Astrólogo, deteniéndose bajo el dintel de la cochera, volvió el rostro hacia el muerto, entonces Barsut, levantando los hombros hasta las orejas, estiró el cuello y mirándolo al Astrólogo guiñó un párpado.^[12] Este se tocó el ala del sombrero con el índice y salió a reunirse con Erdosain, quien sin poderse contener, exclamó:

—¿Y eso es todo?

—El Astrólogo levantó hacia él una mirada burlona.

—Pero ¿se creía usted que «eso» es como en el teatro?

—¿Y cómo lo va a hacer desaparecer?

—Disolviéndolo en ácido nítrico. Tengo tres damajuanas. Pero, hablando de todo un poco, ¿tiene noticias de la rosa de cobre?

—Sí, salió lo más bien. Los Espila están contentísimos. Anoche precisamente vi una muy buena muestra.

—Bueno, almorzaremos... que bien nos lo hemos ganado.

Pero cuando iban a entrar al comedor, el Astrólogo dijo:

—¿Cómo... no nos lavamos las manos?

Erdosain lo miró sorprendido e instintivamente levantó las manos hasta donde se cruzaban las solapas de su saco para mirárselas. Entonces, apresuradamente, en silencio, se encaminaron hasta el cuarto de baño, y despojándose de los sacos, abrieron las canillas. Erdosain cogió un trozo de jabón y concienzudamente, arremangado hasta los codos, se frotó con él. Luego puso los brazos bajo el chorro de agua y se secó vigorosamente en la toalla. Mas antes de salir, el Astrólogo efectuó un acto extraño.

Cogiendo la toalla la arrojó al fondo de la bañera, tomó un frasco de alcohol, vertiendo su contenido sobre ella, luego encendió un fósforo, y durante un minuto los dos semblantes en el cuarto oscuro fueron iluminados por las azuladas llamas del inflamable que consumía el tejido. Luego, por todo resto quedó allí un negruzco depósito de ceniza; el Astrólogo abrió una canilla, nuevamente el agua corría arrastrando la liviana carbonización, y entonces ambos salieron para el comedor.

Una sonrisa irónica retozaba en el rostro de Erdosain.

—¿Así que ha hecho como Pilatos, eh?

—Tiene razón e inconscientemente.

En el comedor sombrío las entreabiertas persianas dejaban ver el jardín. Tiernos tallos de madreSelva trepaban hasta las maderas del marco. Insectos transparentes resbalaban en el aire junto al limonero y las paredes blancas se reflejaban en la rubia opacidad del piso encerado. Los flecos del mantel caían en tomo de las patas cuadradas de la mesa. En un florero etrusco un ramo de claveles desparramaba su apimentada fragancia, y los cubiertos plateadas brillaban sobre el lino y en la loza; las sombras se enroscaban como rulos en la vitrea convexidad de las copas, o se extendían en franjas triangulares sobre los platos. En una fuente ovalada había una mayonesa de langostinos.

El Astrólogo sirvió vino. Comían en silencio. Luego el Astrólogo trajo caldo amarillo de yemas de huevo, una bandeja de espárragos nadando en aceite, ensalada de alcachofas y más tarde pescado. Como postre hubo ricota rociada de canela y fruta.

Después sirvió café, y Erdosain le entregó el dinero. El Astrólogo lo recontó.

—¿Cuánto necesita usted?

—Dos mil.

—Aquí tiene tres mil quinientos. Hágase varios trajes. Usted es un buen mozo y es conveniente que ande elegante.

—Muchas gracias... pero oiga... estoy muerto de sueño. Voy a dormir un rato. ¿Quiere despertarme a las cinco?

—Cómo no, venga —y el Astrólogo lo acompañó hasta su dormitorio. Erdosain se quitó los botines, extenuado ya, arrojó el saco en el respaldar de la cama. Un ardor enorme le quemaba los párpados, su pecho se cubrió de sudor espeso y no pensó más.

Despertó ya oscurecido, al ruido del Astrólogo que abría una persiana. Volvióse sobresaltado, mientras que el otro le decía:

—¡Por fin! Hace veintiocho horas que está durmiendo —mas como expresara duda, el Astrólogo le alcanzó los diarios del día, y, ciertamente, habían pasado dos días.

Erdosain saltó de la cama pensando en Hipólita.

—Es necesario que me vaya.

—Usted dormía que parecía un muerto. Nunca he visto a nadie dormir así, con tal cansancio, hasta con el olvido de las necesidades naturales... pero, a propósito, ¿de dónde sacó usted esa historia del suicida del café? He visto los diarios de ayer a la noche y de esta mañana. Ninguno trae esa noticia. Usted la ha soñado.

—Sin embargo, yo puedo enseñarle el café.

—Pues soñó en el café, entonces.

—Puede ser... no tiene importancia... ¿y eso?...

—Ya está.

—¿Todo?

—Todo.

—¿Y el ácido?

—Lo volcamos en el sumidero.

—¿Así que ya?...

—Es como si no hubiera existido nunca.

Al despedirse del Astrólogo, éste le dijo:

—Véngase el miércoles a las cinco. A la noche tendremos reunión. No se olvide de comprarse un traje de confección mientras le hacen los otros. No falte, que estarán el Buscador de Oro, el Rufián y otros. Cambiaremos ideas y acuérdesese de que tengo mucho interés en la cuestión de los gases asfixiantes. Hágase un proyecto para fábrica reducida de cloro y fosgeno. Ah, y a ver si puede averiguar qué diablo es el gas mostaza. Destruye cualquier substancia que no esté protegida por un impermeable empapado en aceite.

—El fosgeno es oxiclورو de carbono.

—No pierda tiempo, Erdosain. Una fábrica chica. Que pueda servir de escuela de química revolucionaria. Recuerde que nuestras actividades se pueden dividir en tres partes. El Buscador de Oro estará encargado de lo relacionado con la colonia, usted

con las industrias, Haffner con los prostíbulos. Ahora que tenemos dinero no hay que perder tiempo. Es necesario que trabaje. ¿Qué me dice usted si organizamos una usina que llegue a sel en la Argentina lo que fue la Krupp en Alemania? Hay que tener confianza. De lo nuestro pueden salir muchas sorpresas. Somos descubridores que no saben sino en conjunto hacia dónde van.^[13] ¡Y eso mismo quién sabe!...

Erdosain fijó un segundo los ojos en el semblante romboidal del otro, luego, sonriendo burlescamente, dijo:

—¿Sabe que usted se parece a Lenin?

Y antes que el Astrólogo pudiera contestarle, salió.

Buenos Aires, 15 de septiembre de 1929.

LOS LANZALLAMAS

PALABRAS DEL AUTOR

CON «Los lanzallamas» finaliza la novela de «Los siete locos».

Estoy contento de haber tenido la voluntad de trabajar, en condiciones bastante desfavorables, para dar fin a una obra que exigía soledad y recogimiento. Escribí siempre en redacciones estrepitosas, acosado por la obligación de la columna cotidiana.

Digo esto para estimular a los principiantes en la vocación, a quienes siempre les interesa el procedimiento técnico del novelista. Cuando se tiene algo que decir, se escribe en cualquier parte. Sobre una bobina de papel o en un cuarto infernal. Dios o el Diablo están junto a uno dictándole inefables palabras.

Orgullosamente afirmo que escribir, para mí, constituye un lujo. No dispongo, como otros escritores, de rentas, tiempo o sedantes empleos nacionales. Ganarse la vida escribiendo es penoso y rudo. Máxime si cuando se trabaja se piensa que existe gente a quien la preocupación de buscarse distracciones les produce surmenage.

Pasando a otra cosa: Se dice de mí que escribo mal. Es posible. De cualquier manera, no tendría dificultad en citar a numerosa gente que escribe bien y a quienes únicamente leen correctos miembros de sus familias.

Para hacer estilo son necesarias comodidades, rentas, vida holgada. Pero, por lo general, la gente que disfruta tales beneficios se evita siempre la molestia de la literatura. O la encara como un excelente procedimiento para singularizarse en los salones de sociedad.

Me atrae ardientemente la belleza. ¡Cuántas veces he deseado trabajar una novela que, como las de Flaubert, se compusiera de panorámicos lienzos...! Mas hoy, entre los ruidos de un edificio social que se desmorona inevitablemente, no es posible pensar en bordados. El estilo requiere tiempo, y si yo escuchara los consejos de mis camaradas, me ocurriría lo que les sucede a algunos de ellos: Escribiría un libro cada 10 años, para tomarme después unas vacaciones de diez años por haber tardado diez años en escribir cien razonables páginas discretas.

Variando, otras personas se escandalizan de la brutalidad con que expreso ciertas situaciones perfectamente naturales a las relaciones entre ambos sexos. Después, estas mismas columnas de la sociedad me han hablado de James Joyce, poniendo los ojos en blanco. Ello provenía del deleite espiritual que les ocasionaba cierto personaje de «Ulises», un señor que se desayuna más o menos aromáticamente aspirando con la nariz, en un inodoro, el hedor de los excrementos que ha defecado un minuto antes.

Pero James Joyce es inglés, James Joyce no ha sido traducido al castellano, y es de buen gusto llenarse la boca hablando de él. El día que James Joyce esté al alcance de todos los bolsillos, las columnas de la sociedad se inventarán un nuevo

ídolo a quien no leerán sino media docena de iniciados.

En realidad, uno no sabe qué pensar de la gente. Si son idiotas en serio, o si se toman a pecho la burda comedia que representan en todas las horas de sus días y sus noches.

De cualquier manera, como primera providencia he resuelto no enviar ninguna obra mía a la sección de crítica literaria de los periódicos. ¿Con qué objeto? Para que un señor enfático entre el estorbo de dos llamadas telefónicas escriba para satisfacción de las personas honorables:

«El señor Roberto Arlt persiste aferrado a un realismo de pésimo gusto, etc., etc.».

No, no y no.

Han pasado esos tiempos. El futuro es nuestro, por prepotencia de trabajo. Crearemos nuestra literatura, no conversando continuamente de literatura, sino escribiendo en orgullosa soledad libros que encierran la violencia de un «cross» a la mandíbula. Sí, un libro tras otro, y «que los eunucos bufen».

El porvenir es triunfalmente nuestro.

Nos lo hemos ganado con sudor de tinta y rechinar de dientes, frente a la «Underwood», que golpeamos con manos fatigadas, hora tras hora, hora tras hora. A veces se le caía a uno la cabeza de fatiga, pero... mientras escribo estas líneas pienso en mi próxima novela. Se titulará: «El amor brujo» y aparecerá en agosto del año 1932.

Y que el futuro diga.

ROBERTO ARLT

TARDE Y NOCHE DEL DÍA VIERNES

EL HOMBRE NEUTRO

EL ASTRÓLOGO miró alejarse a Erdosain, esperó que éste doblara en la esquina, y entró a la quinta murmurando:

—Sí... pero Lenin sabía adonde iba.

Involuntariamente se detuvo frente a la mancha verde del limonero en flor. Blancas nubes triangulares recortaban la perpendicular azul del cielo. Un remolino de insectos negros se combaba junto a la enredadera de la glorieta.

Con la punta de su grosero botín el Astrólogo rayó pensativamente la tierra. Mantenía sumergidas las manos en su blusón gris de carpintero, y la frente se le abultaba sobre el ceño, en arduo trabajo de cavilación.

Inexpresivamente levantó la vista hasta las nubes. Remurmuró:

—El diablo sabe adonde vamos. Lenin sí que sabía...

Sonó el cencerro que, suspendido de un elástico, servía de llamador en la puerta. El Astrólogo se encaminó a la entrada. Recortada por las tablas de la portezuela, distinguió la silueta de una mujer pelirroja. Se envolvía en un tapado color viruta de madera. El Astrólogo recordó lo que Erdosain le contara referente a la Coja, en días anteriores, y avanzó adusto.

Cuando se detuvo en la portezuela, Hipólita lo examinó sonriendo. «Sin embargo sus ojos no sonríen» —pensó el Astrólogo, y al tiempo que abría el candado, ella, por encima de las tablas de la portezuela, exclamó:

—Buenas tardes. ¿Usted es el Astrólogo?

«Erdosain ha hecho una imprudencia», pensó. Luego inclinó la cabeza para seguir escuchando a la mujer que, sin esperar respuesta, prosiguió:

—Podían poner números en estas calles endiabladas. Me he cansado de tanto preguntar y caminar. —Efectivamente, tenía los zapatos enfangados, aunque ya el barro secábase sobre el cuero—. Pero, qué linda quinta tiene usted. Aquí debe vivir muy bien.

El Astrólogo sin mostrarse sorprendido la miró tranquilamente. Soliloquió: «Quiere hacerse la cínica y la desenvuelta para dominar».

Hipólita continuó:

—Muy bien... muy bien... A usted le sorprenderá mi visita, ¿no?

El Astrólogo, embutido en su blusón, no le contestó una palabra. Hipólita, desentendiéndose de él, examinó de una ojeada la casa chata, la rueda del molino, coja de una paleta, y los cristales azules y rojos de la mampara. Terminó por exclamar:

—¡Qué notable! ¿Quién le ha torcido la cola al gallo de la veleta? El viento no puede ser. —Bajó inmediatamente el tono de voz y preguntó—: ¿Erdosain?

«No me equivoqué» —pensó el Astrólogo—. «Es la Coja».

—¿Así que usted es amiga de Erdosain? ¿La esposa de Ergueta? Erdosain no está. Hará diez minutos que salió. Es realmente un milagro que no se hayan encontrado.

—También usted a qué barrios viene a mudarse. La quinta me gusta. No puedo decir que no me guste. ¿Tiene mujeres, aquí?

El Astrólogo no quitó las manos de los bolsillos de su blusón. Engallada la cabeza, escuchaba a Hipólita, escrutándola con un guiño que le entrecerraba los párpados, como si filtrara a través de sus ojos las posibles intenciones de su visitante.

—¿Así que usted es amiga de Erdosain?

—Va la tercera vez que me lo pregunta. Sí, soy amiga de Erdosain... pero, ¡Dios mío!, qué hombre desatento es usted. Hace tres horas que estoy parada, hablando, y todavía no me ha dicho: «Pase, ésta es su casa, tome asiento, sírvase una copita de coñac, quítese el sombrero».

El Astrólogo cerró un párpado. En su rostro romboidal quedó abierto un ojo burlón. No le irritaba la extraña volubilidad de Hipólita. Comprendía que ella pretendía dominarlo. Además, hubiera jurado que en el bolsillo del tapado de la mujer ese relieve cilíndrico, como el de un carretel de hilo, era el tambor de un revólver. Replicó agriamente:

—¿Y por qué diablos yo la voy a hacer pasar a mi casa? ¿Quién es usted? Además, mi coñac lo reservo para los amigos, no para los desconocidos.

Hipólita se llevó la mano al bolsillo de su tapado. «Allí tiene el revólver» —pensó el Astrólogo—. E insistió:

—Si usted fuera amiga mía... o una persona que me interesara...

—Por ejemplo, como Barsut, ¿no?

—Exactamente, si usted fuera una persona conocida como Barsut, la hacía pasar, y no sólo le ofrecía coñac, sino también algo más... Además, es ridículo que usted me esté hablando con la mano sobre el cabo de un revólver. Aquí no hay operadores cinematográficos, ni usted ni yo representamos ningún drama...

—¿Sabe que es un cínico usted?...

—Y usted una charlatana. ¿Se puede saber lo que quiere?

Bajo la visera del sombrero verde, el rostro de Hipólita, bañado por el resplandor solar, apareció más fino y enérgico que una mascarilla de cobre. Sus ojos examinaban irónicamente el rostro romboidal del Astrólogo, aunque se sentía dominada por él.

Aquel hombre no «era tan fácil» como supusiera en un principio. Y la mirada de él fija, burlona, duramente inmóvil sobre sus ojos, le revisaba las intenciones «pero con indiferencia». El Astrólogo, sentándose a la orilla de un cantero, dijo:

—Si quiere acompañarme...

Apartando de las hierbas una rama seca, Hipólita se sentó. El Astrólogo continuó:

—Iba a decir que posiblemente, lo cual es un error... usted viene a extorsionarme,

¿no es así? Usted es la esposa de Ergueta. Necesita dinero y pensó en mí, como antes pensó en Erdosain y después pensará en el diablo. Muy bien.

Hipólita se sintió sobrecogida por una pequeña vergüenza. La sorprendían con las manos en la masa. El Astrólogo cortó una margarita silvestre y, despaciosamente, comenzó a desprender los pétalos, al tiempo que decía: —Sí, no, sí, no, sí, no, sí, no, sí, no, sí, no... ya ve, hasta la margarita dice que no... —y sin apartar los ojos del pistilo amarillo, continuó—: Pensó en mí porque necesitaba dinero. ¡Eh! ¿no es así? —La miró a hurtadillas, y arrancando otra margarita, continuó—: Todo en la vida es así.

Hipólita miraba encuriosada aquel rostro romboidal y cetrino, pensando al mismo tiempo: «Sin duda alguna mis piernas están bien formadas». En efecto, era curioso el contraste que ofrecían sus pantorillas modeladas por medias grises, con la tierra negra y el verde borde del pasto. Una súbita simpatía le aproximó a Hipólita al alma, a la vida de ese hombre. Se dijo: «Éste no es un “gil”, a pesar de sus ideas», y con las uñas arrancó una escama negruzca, del tronco de un árbol, cuya corteza parecía un blindaje de corcho agrietado.

—En realidad —continuó el Astrólogo—, nosotros somos camaradas. ¿No se ha fijado qué notable? Antes hablaba usted sola, ahora yo. Nos turnamos como en un coro de tragedia griega: pero como le iba diciendo... somos camaradas. Si no me equivoco usted antes de casarse ejerció voluntariamente la prostitución, y yo creo que voluntariamente soy un hombre antisocial. A mí me agradan mucho estas realidades... y el contacto con ladrones, macros, asesinos, locos y prostitutas. No quiero decirle que toda esa gente tenga un sentido verdadero de la vida... no... están muy lejos de la verdad, pero me encanta de ellos el salvaje impulso inicial que los lanzó a la aventura.

Hipólita, con las cejas enarcadas, lo escuchaba sin contestar. Atraía su atención el desacostumbrado espectáculo del tumulto vegetal de la quinta. Innumerables troncos bajos aparecían envueltos en una lluvia verde, que el sol chapaba de oro, en sus flancos vueltos al poniente.

Vastas nubes inmovilizaban ensenadas de mármol. Un macizo de pinos curvados, con puntas dentadas como puñales javaneses, perforaba el quieto mar cerúleo. Más allá, algunos troncos sobrellevaban en su masa de pizarra gris, un oscuro planeta de ramajes emboscados. El Astrólogo continuó:

—Nosotros estamos sentados aquí entre los pastos, y en estos mismos momentos en todas las usinas del mundo se funden cañones y corazas, se arman «dreadnaughts», millones de locomotoras maniobran en los rieles que rodean al planeta, no hay una cárcel en la que no se trabaje, existen millones de mujeres que en este mismo minuto preparan un guiso en la cocina, millones de hombres que jadean en la cama de un hospital, millones de criaturas que escriben sobre un cuaderno su lección. ¿Y no le parece curioso este fenómeno? Tales trabajos: fundir cañones, guiar ferrocarriles, purgar penas carcelarias, preparar alimentos, gemir en un hospital, trazar letras con

dificultad, todos estos trabajos se hacen sin ninguna esperanza, ninguna ilusión, ningún fin superior. ¿Qué le parece, amiga Hipólita? Piense que hay cientos de hombres que se mueven en este mismo minuto que le hablo, en derredor de las cadenas que soportan un cañón candente... lo hacen con tanta indiferencia como si en vez de ser un cañón fuera un trozo de coraza para una fortaleza subterránea. — Arrancó otra margarita, y desparramando los pétalos blancos continuó—: Ponga en fila a esos hombres con su martillo, a las mujeres con su cazuela, a los presidiarios con sus herramientas, a los enfermos con sus camas, a los niños con sus cuadernos, haga una fila que pueda dar varias veces vuelta al planeta, imagínese usted recorriéndola, inspeccionándola, y llega al final de la fila preguntándose: ¿Se puede saber qué sentido tiene la vida?

—¿Por qué dice usted eso? ¿Qué tiene que ver con mi visita? —Y los ojos de Hipólita chispearon maliciosamente.

El Astrólogo arrancó un puñado de hierba del lugar donde apoyaba la mano, se lo mostró a Hipólita, y dijo:

—Lo que estoy diciendo tiene un símil con este pasto. Lo otro son los hierbajos del alma. Los llevamos adentro... hay que arrancarlos para dárselos de comer a las bestias que se nos acercan y envenenarles la vida. La gente indirectamente busca verdades. ¿Por qué no dárselas? Dígame, Hipólita, ¿usted ha viajado?

—He vivido en el campo un tiempo... con un amante...

—No... yo me refiero a si ha estado en Europa.

—No...

—Pues yo sí. He viajado, y de lujo. En vagones contruidos con chapas de acero esmaltadas de azul. En transatlánticos como palacios. —Miró rápidamente de reojo a la mujer—. Y los construirán más lujosos aún. Barcos más fantásticos aún. Aviones más veloces. Vea, apretarán con un dedo un botón, y escucharán simultáneamente las músicas de las tierras distantes y verán bajo el agua, y adentro de la tierra, y no por eso serán un ápice más felices de lo que son hoy... ¿Se da cuenta usted?

Hipólita asintió, presa de malestar. Todo aquello era innegable, pero ¿con qué objeto le comunicaban tales verdades? No se entra con placer a un arenal ardiente. El Astrólogo se encogió de hombros:

—¡Hum!... ya sé que esto no es agradable. Da frío en las espaldas, ¿no?... ¡Oh! hace años que me lo digo. Cierro los ojos y dejo caer mi alma desde cualquier ángulo. A veces tomo los periódicos. Mire el diario de hoy. —Sacó una página de telegramas del bolsillo y leyó: «En el Támesis se hundieron dos barcos. En Bello Horizonte se produjo un tiroteo entre dos fracciones políticas. Se ejecutaron en masa a los partidarios de Sacha Bakao. La ejecución se llevó a cabo atando a los reos a la boca de los cañones de una fortaleza en Kabul. Cerca de Mons, Bélgica, hubo una explosión de grisú en una mina. Frente a las costas de Lebú, Chile, se hundió un ballenero. En Franckfort, Kentucky, se entablarán demandas contra los perros que dañen al ganado. En Dakota se desplomó un puente. Hubo treinta víctimas. Al

Capone y George Moran, bandidos de Chicago, han efectuado una alianza». ¿Qué me dice usted?... todos los días así. Nuestro corazón no se emociona ya ante nada. Cuando un periódico aparece sin catástrofes sensacionales, nos encogemos de hombros, y lo tiramos a un rincón. ¿Qué me dice usted? Estamos en el año 1929.

Hipólita cerró los ojos pensando: «En verdad ¿qué puedo decirle a este hombre? Tiene razón, ¿pero acaso yo tengo la culpa?» —además, sentía frío en los pies.

—¿Qué le pasa que se ha quedado tan callada? ¿Entiende lo que le pregunto?

—Sí, lo entiendo y pienso que cada uno tiene que conocer en la vida muchas tristezas. Lo notable es que cada tristeza es distinta a la otra, porque cada una de ellas se refiere a una alegría que no podemos tener. Usted me habla de catástrofes presentes, y yo me acuerdo de sufrimientos pasados; tengo la sensación que me arrancaron el alma con una tenaza, la pusieron sobre un yunque y descargaron tantos martillazos, hasta dejármela aplastada por completo.

El Astrólogo sonrió imperceptiblemente y repuso:

—Y el alma se queda a ras de tierra como si tratara de escapar de un bombardeo invisible.

Hipólita apretó los párpados. Sin poder explicarse el porqué, recuerda la época vivida con su amante en un pueblo de llanura. El pueblo consistía en una calle recta. No tiene que hacer el más mínimo esfuerzo para distinguir la fachada del almacén, el hotel y la fonda; el almacén era de ramos generales. La tienda del turco, la carpintería, más allá un taller mecánico, cercos de corrales, vista al campo obstaculizada por unas tapias de ladrillos, galpones inmensos, gallinas picoteando restos de caseína frente a un tambo, un automóvil se detenía junto a la usina a gas pobre, una mujer con la cabeza cubierta con una toalla desaparecía tras un cerco. Ése era el campo. Las mujeres se valoraban allí por la hijuela heredada. Los hombres apeándose del Ford entraban al hotel. Hablaban de trigo y jugaban un partido al billar. Los criollos hambrientos no iban al hotel; ataban los caballos escuálidos en los postes torcidos que había frente a la fonda, como a la orilla del mar.

El Astrólogo la examinaba en silencio. Comprende que Hipólita se ha desplomado en el pasado, atrapada por antiguas ligaduras de sufrimiento. Hipólita corre velozmente hacia una visión renovada: en el interior de ella se desenvuelve vertiginosamente la estación de ferrocarril, el desvío con un paragolpes en un terromontero verde; líneas de galpones de cinc resucitan ante sus ojos, se abandona a esta evocación y una voz dulcísima murmura en ella, como si estuviera narrando su recuerdo: «El viento movía el letrero de una peluquería, y el sol reverberaba en los techos inclinados y reventaba las tablas de todas las puertas. Cada rojiza puerta cerrada cubría un zaguán pintado imitación piedra, con mosaicos de tres colores. En cada una de esas casas, pintadas también imitación papel, había una sala con un piano y muebles cuidadosamente enfundados».

—¿Piensa todavía usted?

Hipólita lo envolvió en una de sus miradas rápidas, luego:

—No sé por qué. Cuando usted habló de aquellas ciudades distantes, me acordé del campo donde había vivido un tiempo, triste y sola. ¿Por qué motivo no puede uno sustraerse a ciertos recuerdos? Reveía todo como en una fotografía...

—¿Sufrió mucho usted allí?...

—Sí... la vida de los demás me hacía sufrir.

—¿Por qué?

—Era una vida bestial la de esa gente. Veamos... del campo me acuerdo el amanecer, las primeras horas después de almorzar y del anochecer. Son tres terribles momentos de ese campo nuestro, que tiene una línea de ferrocarril cruzándolo, hombres con bombachas parados frente a un almacén de ladrillos colorados y automóviles Ford haciendo línea a lo largo de la fachada de una Cooperativa.

El Astrólogo asiente con la cabeza, sonriendo de la precisión con que la muchacha roja evoca la llanura habitada por hombres codiciosos.

—Me acuerdo... en todas las partes y en todas las casas se hablaba de dinero. Ese campo era un pedazo de la provincia de Buenos Aires, pero... ¡qué importa!, allí esos hombres y esas mujeres, hijos de italianos, de alemanes, de españoles, de rusos o de turcos, hablaban de dinero. Parecía que desde criaturas estaban acostumbrados a oír hablar del dinero. A juzgar los hombres y sus pasiones, todos sus sentimientos los controlaba una sed de dinero. Jamás hablaban de la pasión sin asociarla al dinero. Juzgaban los casamientos y los noviazgos por el número de hectáreas que sumaban tales casamientos, por los quintales de trigo que duplicaban esos matrimonios, y yo, perdida entre ellos, sentía que mi vida agonizaba precozmente, peor que cuando vivía en el más incierto de los presentes de la ciudad. ¡Oh! y era inútil querer escaparse a la fatalidad del dinero.

Crepita el uik-uik de un pájaro invisible en lo verde. Una hormiga negra asciende por el zapato de Hipólita. El Astrólogo sonríe sin apartar los ojos del semblante de Hipólita y reflexiona.

—El dinero y la política es la única verdad para la gente de nuestro campo.

—Pero aquello ya era increíble. En la mesa, a la hora del té, cenando y después de cenar, hasta antes de acostarse, la palabra dinero venía a separar a las almas. Se hablaba del dinero a toda hora, en todo minuto; el dinero estaba ligado a los actos más insignificantes de la vida cotidiana; en el dinero pensaban las madres cuyos hijos deseaban que ellas se murieran de una vez para heredarlas, las muchachas antes de aceptar un novio pensaban en el dinero, los hombres, antes de escoger una mujer investigaban su hijuela, y en este pueblo horroroso, con su calle larga, yo me moví un tiempo como hipnotizada por la angustia.

—Siga... es interesante...

—Hombres y mujeres me miraban como forastera, hombres y mujeres pensaban con piedad en mi supuesto marido. ¿Por qué no se habría casado él con una muchacha de plata, o con la hija del habilitado de X y Cía., en vez de hacerlo con una mujer delgadita que no tenía dinero, sino pobreza?

El Astrólogo encendió un cigarrillo y observó encuriosado a Hipólita, mientras la llama del fósforo brillaba entre sus dedos.

—Es notable... ¿nunca habló usted con otra persona de lo que me cuenta a mí?

—No, ¿por qué?

—He tenido la sensación de que usted estaba vaciando una angustia vieja frente a mí. —El Astrólogo se puso de pie—. Vea, es mejor que se levante... si no se va a «enfriar».

—Sí... tengo los pies escarchados.

Caminaban ahora entre tumultos macizos ennegrecidos por el crepúsculo. A veces entre un cruce de ramas se escuchaba el rebullir de una nidada de pájaros. Hacia el noroeste, el cielo color de aceituna se rayaba de inmensas sábanas de cobre.

Hipólita apoyó una mano en el brazo del Astrólogo y dijo:

—¿Quiere creerme? Hace mucho tiempo que no miro el cielo del crepúsculo.

El Astrólogo dirigió una despreocupada mirada al horizonte y repuso:

—Los hombres han perdido la costumbre de mirar las estrellas. Incluso, si se examinan sus vidas, se llega a la conclusión de que viven de dos maneras: Unos falseando el conocimiento de la verdad y otros aplastando la verdad. El primer grupo está compuesto por artistas, intelectuales. El grupo de los que aplastan la verdad lo forman los comerciantes, industriales, militares y políticos. ¿Qué es la verdad?, me dirá usted. La Verdad es el Hombre. El Hombre con su cuerpo. Los intelectuales, despreciando el cuerpo, han dicho: Busquemos la verdad, y verdad la llaman a especular sobre abstracciones. Se han escrito libros sobre todas las cosas. Incluso sobre la psicología del que mira volar un mosquito. No se ría que es así.

Hipólita miraba con curiosidad los troncos de los eucaliptus moteados como la piel de un leopardo, y otros de los que se desprendían tiras cárdenas como pelambre de león. Pequeñas palmeras solitarias entreabrían palmípedos conos verdes. Ramajes color de tabaco ponían en el aire sus brazos, de una tersa soltura, semejantes a la boa erecta en salto de ataque. Proyectaban en el suelo encrucijadas de sombra, que ella pisaba cuidadosamente.

Cuando se movía el aire, las hojas voltejaban oblicuamente en su caída. El Astrólogo continuó:

—A su vez, comerciantes, militares, industriales y políticos aplastan la Verdad, es decir, el Cuerpo. En complicidad con ingenieros y médicos, han dicho: El hombre duerme ocho horas. Para respirar necesita tantos metros cúbicos de aire. Para no pudrirse y pudrirnos a nosotros, que sería lo grave, son indispensables tantos metros cuadrados de sol, y con ese criterio fabricaron las ciudades. En tanto, el cuerpo sufre. No sé si usted se da cuenta de lo que es el cuerpo. Usted tiene un diente en la boca, pero ese diente no existe en realidad para usted. Usted sabe que tiene un diente, no por mirarlo; mirar no es comprender la existencia. Usted comprende que en su boca existe un diente porque el diente le proporciona dolor. Bueno, los intelectuales esquivan este dolor del nervio del cuerpo, que la civilización ha puesto al descubierto.

Los artistas dicen: este nervio no es la vida; la vida es un hermoso rostro, un bello crepúsculo, una ingeniosa frase. Pero de ningún modo se acercan al dolor.

A su vez, los ingenieros y los políticos dicen: Para que el nervio no duela son necesarios tantos estrictos metros cuadrados de sol, y tantos gramos de mentiras poéticas, de mentiras sociales, de narcóticos psicológicos, de mentiras noveladas, de esperanzas para dentro de un siglo... y el Cuerpo, el Hombre, la Verdad, sufren... sufren, porque mediante el aburrimiento tienen la sensación de que existen como el diente podrido existe para nuestra sensibilidad cuando el aire toca el nervio.

Para no sufrir habría que olvidarse del cuerpo; y el hombre se olvida del cuerpo cuando su espíritu vive intensamente, cuando su sensibilidad, trabajando fuertemente, hace que vea en su cuerpo la verdad inferior que puede servir a la verdad superior.

Aparentemente estaría en contradicción con lo que decía antes, pero no es así.

Nuestra civilización se ha particularizado en hacer del cuerpo el fin, en vez del medio, y tanto lo han hecho fin, que el hombre siente su cuerpo y el dolor de su cuerpo, que es el aburrimiento.

El remedio que ofrecen los intelectuales, el Conocimiento, es estúpido. Si usted conociera ahora todos los secretos de la mecánica o de la ingeniería y de la química, no sería un adarme más feliz de lo que es ahora. Porque esas ciencias no son las verdades de nuestro cuerpo. Nuestro cuerpo tiene otras verdades. Es en sí una verdad. Y la verdad, la verdad es el río que corre, la piedra que cae... El postulado de Newton... es la mentira. Aunque fuera verdad; ponga que el postulado de Newton es verdad. El postulado no es la piedra. Esa diferencia entre el objeto y la definición es la que hace inútil para nuestra vida las verdades o las mentiras de la ciencia. ¿Me comprende usted?

—Sí... lo comprendo perfectamente. Usted lo que quiere es ir hacia la revolución. Usted indirectamente me está diciendo: ¿quiere ayudarme a hacer la revolución? Y para evitar de entrar en lleno en materia, subdivide su tema...

El Astrólogo se echó a reír.

—Tiene usted razón. Es una gran mujer.

Hipólita levantó la mano hasta la mejilla del hombre y dijo:

—Quisiera ser suya. Súbitamente lo deseo mucho.

El Astrólogo retrocedió.

—Sería muy feliz de serle infiel a mi esposo.

Él la midió de una mirada y sonriendo fríamente le contestó:

—Es notable lo que le sugieren mis reflexiones.

—El deseo es mi verdad en este momento. Yo he comprendido perfectamente todo lo que ha dicho usted. Y mi entusiasmo por usted es deseo. Usted ha dicho la verdad. Mi cuerpo es mi verdad. ¿Por qué no regalárselo?

Una arruga terrible rayó la frente del Astrólogo. Durante un minuto Hipólita tuvo la sensación de que él la iba a estrangular; luego movió la cabeza, miró a lo lejos, a una distancia que en la abombada claridad de sus pupilas debía ser infinita, y dijo

secamente:

—Sí... su cuerpo en este momento es su verdad. Pero yo no la deseo a usted. Además, que no puedo poseer a ninguna mujer. Estoy castrado.

Entonces las palabras que ella le dijo a Erdosain esa noche nuevamente estallaron en su boca:

—Cómo, ¿vos también?... un gran dolor... Entonces somos iguales... Yo tampoco he sentido nada, nunca, junto a ningún hombre... y vos... el único hombre. ¡Qué vida!

Calló, contemplando pensativa los elevadísimos abanicos de los eucaliptus. Abrían conos diamantinos, chapados de sol, sobre la combada cresta de la vegetación menos alta, oscurecida por la sombra y más triste que una caverna marítima.

El Astrólogo inclinó la frente como toro que va a embestir una valla. Luego, mirando a la altura de los árboles, se rascó la cabeza, y dijo:

—En realidad yo, él, vos, todos nosotros, estamos al otro lado de la vida. Ladrones, locos, asesinos, prostitutas. Todos somos iguales. Yo, Erdosain, el Buscador de Oro, el Rufián Melancólico, Barsut todos somos iguales. Conocemos las mismas verdades; es una ley; los hombres que sufren llegan a conocer idénticas verdades. Hasta pueden decirlas casi con las mismas palabras, como los que tienen una igual enfermedad física, pueden, sepan leer o escribir o no, describirla con semejantes palabras cuando ésta se manifiesta en determinado grado.

—Pero usted cree en algo... tiene algún dios.

—No sé... hace un momento sentí que la dulzura de Cristo estaba en mí. Cuando usted se ofreció a mí tuve deseos de decirle: Y vendrá Jesús. —Se echó a reír. Hipólita tuvo miedo, pero él la tranquilizó poniéndole la mano en el hombro, al tiempo que decía—: Erdosain tiene razón cuando dice que los hombres se martirizarán entre sí hasta el cansancio, si Jesús no viene otra vez a nosotros.

—¡Cómo!... ¿y usted, tan inteligente, cree en Erdosain...?

—Y además lo respeto mucho. Creo en la sensibilidad de Erdosain. Creo que Erdosain vive por muchos hombres simultáneamente. ¿Por qué no se dedica a quererlo usted?

Hipólita se echó a reír.

—No... me da la sensación de ser una pobre cosa a la que se puede manosear como se quiere...

El Astrólogo movió la cabeza.

—Está equivocada de medio a medio. Erdosain es un desdichado que goza con la humillación. No sé hasta qué punto todavía será capaz de descender, pero es capaz de todo...

—Usted sabe lo de la criatura en una plaza... —y se detuvo, temerosa de ser indiscreta.

Habían llegado casi al final de la quinta. Más allá de los alambrados se distinguían oquedades veladas por movedizas neblinas de aluminio. En un montículo,

aislado, apareció un árbol cuya cúpula de tinta china estaba moteada de temblorosos hoces verdes, y el Astrólogo, girando sobre los talones y rascándose la oreja, murmuró:

—Sé todo. Posiblemente los santos cometieron pecados mucho más graves que aquellos que ejecutó Erdosain. Cuando un hombre lleva el demonio en el cuerpo, busca a Dios mediante pecados terribles, así su remordimiento será más intenso y espantoso... pero hablando de otra cosa... ¿su esposo, sigue en el Hospicio?

—Sí...

—¿Usted venía a extorsionarme, no?

—Sí...

—¿Y ahora qué piensa hacer?

—Nada, irme. —Dijo estas palabras con tristeza. Su voluntad estaba rota. Súbitamente la luz oscureció un grado, con más rápido descenso que el de un aeroplano que se desploma en un pozo de aire. El celeste del cielo degradó en grisáceo de vidrio. Nubes rojas ennegrecieron aún más el escueto perfil de los álamos en la torcida del camino. Una claridad submarina se volcaba sobre las cosas. Hipólita tenía los pies helados y, aunque cerca de aquel hombre, su misteriosa castración interponía entre ella y él una distancia glacial. Era como si se hubieran encontrado caminando en dirección opuesta, en la curvada superficie del polo, y el simple gesto de una mano hubiera consistido todo saludo, en aquellas latitudes sin esperanza.

El Astrólogo, adivinando su pensamiento, dijo a modo de reflexión:

—Puse el pie sobre una claraboya, se rompieron los cristales, caí sobre el pasamanos de una escalera...

Hipólita se tapó los oídos horrorizada.

—... y los testículos me estallaron como granadas...

Se rascó nerviosamente la garganta, chupó un cigarro, y dijo:

—Amiga mía, esto no tiene nada de grave. En Venezuela se cuelga a los comunistas de los testículos. Se les amarra por una soga y se les sube hasta el techo. Allá a ese tormento lo llaman tortol. Aquí a veces en nuestras cárceles, los interrogatorios se hacen a base de golpes en los testículos. Estuve moribundo... sé lo que es estar a la orilla misma de la muerte. De manera que usted no debe avergonzarse de haberme ofrecido la felicidad. Barsut me besó las manos cuando supo mi desgracia. Y lloraba de remordimiento. Bueno, él tiene mucho que llorar todavía en la vida. Por eso se salvó. ¿Quiere verlo usted?

—¡Cómo! ¿No lo mataron?

—No. ¿Quiere que lo llame para presentárselo?

—No, lo creo... le juro que le creo...

—Lo sé. También sé que el amor salvará a los hombres; pero no a estos hombres nuestros. Ahora hay que predicar el odio y el exterminio, la disolución y la violencia. El que habla de amor y respeto vendrá después. Nosotros conocemos el secreto, pero debemos proceder como si lo ignoráramos. Y Él contemplará nuestra obra, y dirá: los

que tal hicieron eran monstruos. Los que tal predicaron eran monstruos... pero Él no sabrá que nosotros quisimos condenarnos como monstruos, para que El... pudiera hacer estallar sus verdades evangélicas.

—¡Qué admirable es usted!... Dígame... ¿Usted cree en la Astrología?

—No, son mentiras. ¡Ah! Fíjese que mientras conversaba con usted se me ocurrió este proyecto: ofrecerle cinco mil pesos por su silencio, hacerle firmar un recibo en el cual usted, Hipólita, reconocía haber recibido esa suma para no denunciar mi crimen, presentarle luego a Barsut, con ese documento inofensivo para mí, pero peligrosísimo para usted, ya que con él yo podía hacerla a usted encarcelar, convertirla en mi esclava; mas usted me ha dado la sensación de que es mi amiga... dígame, ¿quiere ayudarme?

Ella, que caminaba mirando el pasto, levantó la cabeza:

—¿Y usted creerá en mí?

—En los únicos que creo es en los que no tienen nada que perder.

Habían llegado ahora frente a la gradinata guarnecida de palmeras. El Astrólogo dijo:

—¿Quiere entrar?

Hipólita subió la escalera. Cuando el Astrólogo en el cuarto oscuro encendió la luz, ella se quedó observando encuriosada el armario antiguo, el mapa de Estados Unidos con las banderas clavadas en los territorios donde dominaba el Ku-Klux-Klan, el sillón forrado de terciopelo verde, el escritorio cubierto de compases, las telarañas colgando del altísimo techo. El enmaderado del piso hacía mucho tiempo que no había sido encerado. El Astrólogo abrió el armario antiguo, extrajo de un estante una botella de ron y dos vasos, sirvió la bebida y dijo:

—Beba... es ron... ¿No le gusta el ron?... Yo lo bebo siempre. Me recuerda una canción que no sé de quién será, y que dice así:

Son trece los que quieren el cofre de aquel muerto.

Son trece, oh, oh, viva el ron...

El diablo y la bebida hicieron todo el resto...

El diablo, oh, oh, viva el ron...

Hipólita lo observó recelosa. El rostro del Astrólogo se puso grave y:

—A usted le parecerá extemporánea esta canción, ¿no es cierto? —preguntó—. Yo la aprendí escuchándola de un chico que la cantaba todo el día. Vivía en el altillo de una casa cuya medianera daba frente a mi cuarto. El chico cantaba todas las tardes, yo estaba convaleciente de la terrible desgracia...; una tarde no cantó más el chico...; supe por un hombre que me traía la comida que la criatura se había suicidado por salir mal en los exámenes. Era un hijo de alemanes, y su padre, un hombre severo. No he visto nunca el semblante de ese niño, pero no sé por qué me acuerdo casi todos los días de aquella pobre alma.

Impaciente, estalló Hipólita:

—Sí, nada más que recuerdos es la vida...

—Yo quiero que sea futuro. Futuro en campo verde, no en ciudad de ladrillo. Que todos los hombres tengan un rectángulo de campo verde, que adoren con alegría a un dios creador del cielo y de la tierra. —Cerró los ojos; Hipólita lo vio palidecer; luego se levantó, y llevando la mano al cinturón dijo con voz ronca—: Veá.

Se había desprendido bruscamente el pantalón. Hipólita, retrayendo el cuello entre los hombros, miró de soslayo el bajovientre de aquel hombre: era una tremenda cicatriz roja. Él se cubrió con delicadeza y dijo:

—Pensé matarme; muchos monstruos trabajaron en mi cerebro días y noches; luego las tinieblas pasaron y entré en el camino que no tiene fin.

—Es inhumano —murmuró Hipólita.

—Sí, ya sé. Usted tiene la sensación de que ha entrado en el infierno... piense en la calle durante un minuto. Mire, aquí es campo; piense en las ciudades, kilómetros de fachadas de casas; la desafío a que usted se vaya de aquí sin prometerme que me ayudará. Cuando un hombre o una mujer comprenden que deben destinar su vida al cumplimiento de una nueva verdad, es inútil que traten de resistirse a ellos mismos. Sólo hay que tener fuerzas para sacrificarse. ¿O usted cree que los santos pertenecen al pasado? No... no. Hay muchos santos ocultos hoy. Y quizá más grandes, más espirituales que los terribles santos antiguos. Aquéllos esperaban un premio divino... y éstos ni en el cielo de Dios pueden creer.

—¿Y usted?

—Yo creo en un único deber: luchar para destruir esta sociedad implacable. El régimen capitalista en complicidad con los ateos han convertido al hombre en un monstruo escéptico, verdugo de sus semejantes por el placer de un cigarro, de una comida o de un vaso de vino. Cobarde, astuto, mezquino, lascivo, escéptico, avaro y glotón, del hombre actual debemos esperar nada. Hay que dirigirse a las mujeres; crear células de mujeres con espíritu revolucionario; introducirse en los hogares, en los normales, en los liceos, en las oficinas, en las academias y los talleres. Sólo las mujeres pueden impulsarlos a estos cobardes a rebelarse.

—¿Y usted cree en la mujer?

—Creo.

—¿Firmemente?

—Creo.

—¿Y por qué?

—Porque ella es principio y fin de la verdad. Los intelectuales la desprecian porque no se interesa por las divagaciones que ellos construyen para esquivar la Verdad... y es lógico... la verdad es el Cuerpo, y lo que ellos tratan no tiene nada que ver con el cuerpo que su vientre fabrica.

—Sí, pero hasta ahora no han hecho nada más que tener hijos.

—¿Y le parece poco? Mañana harán la revolución. Deje que empiecen a

despertar. A ser individualidades.

Hipólita se levantó:

—Usted es el hombre más interesante que he conocido. No sé si volveré a verlo...

—Creo que usted volverá a verme. Y será entonces para decirme: «sí, quiero ayudarlo...».

—Puede ser... no sé... voy a pensar esta noche...

—¿Va a volver a la casa de Erdosain?

—No. Quiero estar sola y pensar. Necesito pensar.

De pronto, Hipólita se echó a reír.

—¿De qué se ríe usted?

—Me río porque he tocado el revólver que traje para defenderme de usted.

—Realmente, hace bien en reírse. Bueno, ahora váyase y piense... ¡Ah! ¿No necesita dinero?

—¿Puede darme cien pesos?

—Cómo no.

—Bueno, entonces vamos saliendo. Acompáñeme hasta la puerta de esta quinta endiablada.

—Sí.

Al salir, el Astrólogo apagó la luz. Hipólita iba ligeramente encorvada. Murmuró:

—Estoy cansada.

LOS AMORES DE ERDOSAIN

Erdosain se detuvo asombrado frente al nuevo edificio en el que se encontraba el departamento al cual se había mudado.

No terminaba de explicarse el suceso. ¿En qué circunstancias dejó su casa por la pensión en la cual hasta hace algunos días vivía Barsut?

Preocupadísimo, miró en redor. Él vivía allí. ¡Había alquilado el mismo cuarto que ocupara Barsut! ¿Por qué? ¿Cuándo ejecutó este acto? Cerró los ojos para atraer a la superficie de su memoria los detalles que constituían la determinación para ejecutar aquel hecho absurdo, pero aquella franja de vida estaba demasiado cubierta de sucesos recientes y confusos. En realidad, está allí con la misma extrañeza con que podía encontrarse en un calabozo del Departamento de Policía. O en cualquier parte. Además, ¿de dónde ha sacado el dinero? ¡Ah, sí! El Rufián Melancólico... ¿Cuándo preparó sus maletas? Se pasa la mano por la frente, para disipar la neblina que cubre la franja mental, y lo único que sabe es que ocupa el mismo cuarto del hombre que lo ofendió cruelmente, y a quien hizo secuestrar, robar y matar. ¿Pero Hipólita cómo averiguó su dirección? Inútilmente Erdosain cavila estos enigmas, del mismo modo que el hombre que despierta después de un acceso de sonambulismo se encuentra, perplejo, en parajes desconocidos a aquéllos en los que se había dormido.^[1]

—¡Oh! ¡Todo eso!... ¡Todo eso!...

¿Qué penuria mental almacena para olvidarse del mundo?

Asqueado, avanza por el corredor del edificio, un túnel abovedado, a cuyos costados se abren rectángulos enrejados de ascensores y puertas que vomitan hedores de aguas servidas y polvos de arroz.

En el umbral de un departamento, una prostituta negruzca, con los brazos desnudos y un batón a rayas rojas y blancas, adormece a una criatura. Otra morena, excepcionalmente gorda, con chancletas de madera, rechupa una naranja, y Erdosain se detiene frente a la puerta del ascensor, sucio como una cocina, del que salen un albañil, con un balde cargado de portland, y un jorobadito con una cesta cargada de sifones y botellas vacías.

Los departamentos están separados por tabiques de chapas de hierro. En los ventanillos de las cocinas fronteras, tendidas hacia los patios, se ven cuerdas arqueadas bajo el peso de ropas húmedas. Delante de todas las puertas, regueros de cenizas y cáscaras de bananas. De los interiores escapan injurias, risas ahogadas, canciones mujeriles y broncas de hombres.

Erdosain cavila un instante antes de llamar. ¿Cómo diablos se le ha ocurrido irse a vivir a esa letrina, a la misma pieza que antes ocupaba Barsut?

Detenido junto al vano de la escalera y mirando un patiezuelo en la profundidad, se preguntó qué era lo que buscaba en aquella casa terrible, sin sol, sin luz, sin aire, silenciosa al amanecer y retumbante de ruidos de hembras en la noche. Al atardecer, hombres de jetas empolvadas y brazos blancos tomaban mate, sentados en sillitas bajas, en el centro de los patios.

La escalera en caracol descendía más sucia que un muladar. Entonces abrió la puerta cancel del departamento y entró. No bien se encontró en el patio tuvo el presentimiento de que Hipólita no estaba allí; se dirigió a su cuarto y nadie salió a su encuentro. Sin necesidad de que le dijeran nada, comprendió que la Coja no volvería más. Se tapó la cara con la palma de las manos, permaneció así un breve espacio de tiempo y luego se tiró encima de la cama.

Cerró los ojos. Tinieblas blancuzcas se inmovilizaban frente a sus párpados, y el reposo que recibía de la cama en su cuerpo horizontal circulaba como una inyección de morfina por sus venas. Trató de recibir dolor pensando en su esposa. Fue inútil. Una imagen desteñida tocó, con tres puntos de relieve, su sensibilidad relajada. Ojos, nariz y mentón.

¡Era lo único que sobrevivía de Elsa! Volcó entonces su recuerdo hacia el cuerpo de ella; cerró los ojos y apenas entrevió a un fantasma gris vistiéndose frente al espejo, pero repugnado abandonó la imagen. Era demasiado tarde. Ninguna fotografía de la existencia de ella podía erizar sus nervios agotados. En una especie de diario, en el que Erdosain anotaba sus sinsabores (y que el cronista de esta historia utiliza frecuentemente en lo que se refiere a la vida interior del personaje) encontró anotado:

«Es como si en el interior de uno el calco de una persona estuviera fijado en una

materia semejante al yeso, que con el roce pierde el relieve. Yo había repasado muchas veces esa vida querida, para que pudiera mantenerse íntegra en mí, y ella, que al comienzo estaba en mi espíritu estampada con sus uñas y sus cabellos, sus miembros y sus senos, fue despacio mutilándose».

En realidad, Elsa era para Erdosain lo que aquellas fotografías amarilleadas por el tiempo y que nada, absolutamente nada, nos dicen del original, del que son la exacta reproducción.

Entonces Erdosain trató de recordarlo a Barsut, y un bostezo de fastidio le dilató las quijadas. No le interesaban los muertos. Sin embargo, entre destellos solares, sobre una curva de riel, se desprendió por un instante de la superficie de su espíritu la ovalada carita pálida de la jovencita de ojos verdosos y rulos negros arrollados a la garganta por el viento y pensó:

«Estoy monstruosamente solo. ¿A qué grado de insensibilidad he llegado para tener el alma tan vacía de remordimientos?». Y dijo en voz tan baja que la habitación se llenó de un sordo cuchicheo de caracol marino:

—No me importa nada. Dios se aburre igual que el Diablo.

Le causó alegría el pensamiento: Dios se aburre igual que el Diablo. El uno arriba y el otro abajo, bostezan lúgubrementemente de la misma manera. Erdosain, estirado en la cama con las manos en asa bajo la nuca, entreabrió ligeramente los ojos, sin dejar de sonreír infantilmente. Estaba contento de su ocurrencia. Mirando un vértice del cielo raso, frunció el ceño. Luego vertiginosa, una chapa de amargura, perpendicular a su corazón, le partió la alegría, hizo fuerza tangencialmente a sus costillas y, como la proa que desplaza océano, expulsó más allá de su nuca la pequeña felicidad, y entonces contempló tristemente el crepúsculo que entraba por los vidrios de la puerta.

Y sin darse cuenta que repetía las mismas palabras de Víctor Antía cuando recibió el balazo en el pecho frente al chalet de Emborg, Erdosain murmuró fieramente:

—Me han jodido. No seré nunca feliz. Y esa perra también se ha ido. ¡Qué ocurrencia la mía, hablarle a una prostituta, de la rosa de cobre!

Y apretó los dientes al recordar el semblante de la pecosa, cuyo cabello rojo, partido en dos bandos, le cubría la punta de las orejas.

Trató de engañarse a sí mismo y dijo:

—Bueno, me haré siete trajes.

Fue inútil que con esas palabras tratara de detener el desmoronamiento de su espíritu.

—Y me compraré cincuenta corbatas y diez pares de zapatos, aunque hubiera sido mejor que la matara esa noche. Sí, debí matarla esa noche.

Y como el paquete de dinero le molestaba se puso a contarlo. Luego se dio cuenta de que no había tomado ni la precaución de cerrar la puerta.

Por allí entraba una cenicienta claridad crepuscular, semejante a las luces de acuario en las que flotan con torpes buzoneos, peces cortos de vista. Erdosain, sentado a la orilla de la cama, apoyó la mejilla en la palma de la mano. Al levantar

los párpados, detuvo los ojos en el cromo de un almanaque que lo seducía con su titánica policromía.

Una ciclópea viga de acero doble T, suspendida de una cadena negra entre cielo y tierra. Atrás, un crepúsculo morado, caído en una profundidad de fábricas, entre obeliscos de chimeneas y angulares brazos de guinches. La vida nuevamente gime en Erdosain. A momentos entorna con somnolencia los ojos, se siente tan sensible que, como si se hubiera desdoblado, percibe su cuerpo sentado, recortando la soledad del cuarto, cuyos rincones van oscureciendo grises tonos de agua.

Quiere pensar en la mañana del crimen y no puede. Cuando llegó lo sorprendió a medias la desaparición de Hipólita. Ahora también Hipólita está alejada de su conciencia. Su percepción le sirve únicamente para comprender que las energías de su cuerpo se agotaron hasta el punto de aplastarlo, con la mejilla tristemente apoyada en una mano, en la funeraria soledad del cuarto. Hasta le parece haber salido fuera de sí mismo, ser el espía invisible que escudriña la angustia de aquel hombre allí derrotado, con los ojos perdidos en una gráfica mancha escarlata, hendida oblicuamente por una viga de acero suspendida entre cielo y tierra.

A momentos un suspiro ensancha su pecho. Vive simultáneamente dos existencias: una, espectral, que se ha detenido a mirar con tristeza a un hombre aplastado por la desgracia, y después otra, la de sí mismo, en la que se siente explorador subterráneo, una especie de buzo que con las manos extendidas va palpando temblorosamente la horrible profundidad en que se encuentra sumergido.

El tictac del reloj suena muy distante. Erdosain cierra los ojos. Lo aíslan del mundo sucesivas envolturas perpendiculares de silencio, que caen fuera de él, una tras otra, con tenue roce de suspiro. Silencio y soledad. El permanece allí dentro, petrificado. Sabe que aún no ha muerto porque la osamenta de su pecho se levanta bajo la presión de la pena. Quiere pensar, ordenar sus ideas, recuperar su «yo», y ello es imposible. Si se hubiera quedado paralítico no le sería más difícil mover un brazo que poner ahora en movimiento su espíritu. Ni siquiera percibe el latido de su corazón. Cuando más, en el núcleo de aquella oscuridad que pesa sobre su frente distingue un agujerito abierto hacia los mástiles de un puerto distantísimo. Es única vereda de sol de una ciudad negra y distante, con graneros cilíndricos de cemento armado, vitrinas de cristales gruesos, y aunque quiere detenerse, no puede. Se desmorona vertiginosamente hacia una supercivilización espantosa: ciudades tremendas en cuyas terrazas cae el polvo de las estrellas, y en cuyos subsuelos, triples redes de ferrocarriles subterráneos superpuestos arrastran una humanidad pálida hacia un infinito progreso de mecanismos inútiles.

Erdosain gime y se retuerce las manos. De cada grado que se compone el círculo del horizonte (ahora él es el centro del mundo) le llega una certificación de su pequeñez infinita: molécula, átomo, electrón, y él hacia los trescientos sesenta grados de que se compone cada círculo del horizonte envía su llamado angustioso. ¿Qué alma le contestará? Se toma la frente quemante, y mira en redor. Luego cierra los ojos

y en silencio repite su llamado, aguarda un instante esperando respuesta, y luego, desalentado, apoya la mejilla en la almohada. Está absolutamente solo, entre tres mil millones de hombres y en el corazón de una ciudad. Como si de pronto un declive creciente hubiera precipitado su alma hacia un abismo, piensa que no estaría más solo en la blanca llanura del polo. Como fuegos fatuos en la tempestad, tímidas voces con palabras iguales repiten el timbre de queja desde cada centímetro cúbico de su carne atormentada. ¿Qué hacer? ¿Qué debe hacerse?

Se levanta, y asomándose a la puerta del cuarto mira el patio entenebrecido, levanta la cabeza y más arriba, reptando los muros, descubre un paralelogramo de porcelana celeste engastado en el cemento sucio de los muros.

—Ésta es la vida de la gente —se dice—. ¿Qué debe hacerse para terminar con semejante infierno?...

Cada pregunta que se hace resuena simultáneamente en sus meninges; cada pensamiento se transforma en un dolor físico, como si la sensibilidad de su espíritu se hubiera contagiado a sus tejidos más profundos.

Erdosain escucha el estrépito de estos dolores repercutir en las falanges de sus dedos, en los muñones de sus brazos, en los nudos de sus músculos, en los tibios recovecos de sus intestinos; en cada oscuridad de su entraña estalla una burbuja de fuego fatuo que temblequea la espectral pregunta:

—¿Qué debe hacerse?

Se aprieta las sienes, se las prensa con los puños; está ubicado en el negro centro del mundo; es el eje doliente carnal de un dolor que tiene trescientos sesenta grados, y piensa:

—¿Es mejor acabar?

Lentamente retira el revólver del cajón de la mesa. El arma empavonada pesa en la palma de su mano. Erdosain examina el tambor, lo hace girar observando las cápsulas amarillas de bronce con los cárdenos fulminantes de cobre. Endereza el revólver y mira el cañón con el negro vacío interior. Erdosain apoya el tubo sobre su corazón y siente en la piel la presión circular del tejido de su ropa.

Bloques de oscuridad se desmoronan ante sus ojos. Se acuerda de Elsa, la distingue en aquel terrible cuarto empapelado de azul. De la superficie de la oscuridad se desprende su boca entreabierta para recibir los besos de otro. Erdosain quiere aullar su desesperación, quiere tapar esa boca con la palma de su mano para que los otros labios invisibles no la besen, araña la mesa despacio y continúa apretando el revólver sobre su pecho.

Está gimiendo todo entero. No quiere morir, es necesario que sufra más, que se rompa más. Con la culata del revólver da un martillazo sobre la mesa, luego otro; una energía despiadada enarca sus brazos como si fueran los de un orangután que quiere apretar el tronco de un árbol. Y lentamente sobre el asiento se arquea, se acurruca, quiere achicarse, y como las grandes fieras carniceras, da un gran salto en el vacío, cae sobre la alfombra y despierta en cuclillas, sorprendido.

El suelo está cubierto de dinero; al golpear con la culata del revólver los paquetes de dinero, los billetes se han desparramado. Erdosain mira estúpidamente ese dinero, y su corazón permanece callado. Apretando los dientes se levanta, camina de un rincón a otro del cuarto. No le preocupa pisotear el dinero. Sus labios se tuercen en una mueca, camina despacio, de una pared a otra, como si estuviera encerrado en un jaulón. A instantes se detiene, respira despacio, mira con extrañeza la oscuridad que llena el cuarto, o se aprieta el corazón con las dos manos. Una fuerza se quiere escapar de él; en un momento apoya el antebrazo en la pared y sobre él la frente. En él respiran los pulmones de su angustia. Aguza el oído para recoger voces distantes, pero nada llega hasta él; está solo y perpendicular en la superficie de un infierno redondo. Nuevamente camina. Así como se forman las costras de óxido en las superficies de los hierros, así también lentamente se van formando imágenes en la superficie de su alma. Erdosain trata de interpretar esos relieves borrosos de ideas, deseos tristes, llantos abortados; luego gira bruscamente sobre sí mismo y piensa:

—¿Es necesario que me salve? ¿Que nos salvemos todos?

Esta palabra, como la tempestad de Dios, arroja contra sus ojos visiones de caseríos templados al rojo cobre, ventanucos en los que se recuadran rostros de condenados, mujeres arrodilladas junto a una cuna, puños que amenazan el cielo de Dios, y Erdosain sacude la cabeza, semejante a un hombre que tuviera las sienas horadadas por una saeta. Es tan terrible todo lo que adivina que abre la boca para sorber un gran trago de aire. Se sienta otra vez junto a la mesa... Ya no está en él, ni es él. Dirige en redor miradas oblicuas, piensa que es necesario descubrir la verdad, que aquél es el problema más urgente porque si no enloquecerá, y cuando ya retorna su pensamiento al crimen, su crimen no es crimen. Trata de evocar el fantasma de Hipólita, pero una experiencia misteriosa parece decirle que Hipólita nunca estuvo allí, y siente tentaciones de gritar.

Luego su pensamiento se interrumpió. Tuvo la sensación de que alguien le estaba observando; levantó la cabeza con lentitud precavida, y en el umbral de la puerta observó detenida a doña Ignacia, la dueña de la pensión.

Más tarde, refiriéndose a dicha circunstancia, me decía Erdosain:

—Cuando vi aquella mujer allí, inmóvil, espiándome, experimenté una alegría enorme. No sabía lo que podía esperar de ella, pero el instinto me decía que ambos deseábamos recíprocamente utilizarnos.

Silenciosamente, entró doña Ignacia. Era una mujer alta, gruesa, de cara redonda y paperas. Su negro cabello anillado, y ojos muertos como los de un pez, unidos a la prolongada caída del vértice de los labios, le daba un aspecto de mujer cruel y sucia. En torno del cuello llevaba una cinta de terciopelo negro. Unas zapatillas rotas desaparecían bajo el ruedo de su batón de cuadros negros y blancos, abultado extraordinariamente sobre los pechos. Soslayó el dinero, y pasando la lengua ávidamente por el borde de sus labios lustrosos dijo:

—Señor Erdosain...

Erdosain, sin cuidarse de guardar el dinero, se volvió:

—¡Ah!, ¿es usted?

—La señora que durmió aquí esta noche dijo que no la esperara.

—¿Cuándo se fue?

—Esta tarde. Hará tres horas.

—Está bien. —Y volviendo la cabeza continuó contando el dinero.

Doña Ignacia, hipnotizada por el espectáculo, quedóse allí, inmóvil. Se había cruzado de brazos, se humedecía los labios ávidamente.

—¡Jesús y María!, señor Erdosain, ¿ha ganado la grande?

—No, señora... es que he hecho un invento.

Y antes de que la menestrala tuviera tiempo de asombrarse, él, que si minutos antes le preguntaran el origen de ese dinero no supiera qué contestar, sacó del bolsillo la rosa de cobre y, mostrándosela a la mujer, dijo:

—¿Ve?... Ésta era una rosa natural y mediante mi invento en pocas horas se convierte en una flor de metal. La Electric Company me ha comprado la patente de invención. Seré rico...

La menestrala examinó sorprendida la bermeja flor metálica. Hizo girar entre sus dedos el tallo de alambre y contempló extasiada los finos pétalos metalizados.

—¡Pero es posible que usted!... ¡Quién iba a decir!... ¡Qué bonita flor!... Pero, ¿cómo se le ocurrió esa idea?

—Hace mucho tiempo que estudio el invento. Yo soy inventor, así como usted me ve. Posiblemente, nadie me supere en genio en este país. Estoy predestinado a ser inventor, señora. Y algún día, cuando yo me haya muerto, la vendrán a ver a usted y le dirán: «Pero, díganos, señora, ¿cómo era ese mozo?». No le extrañe a usted que salga pronto mi retrato en los diarios. Pero siéntese, señora. Estoy muy contento.

—¡Bendito sea Dios! ¡Como para no estarlo! Ya me decía el corazón cuando lo vi a usted la primera vez que usted era un hombre raro.

—Y si supiera usted los inventos que estudio ahora, se caería de espaldas. Esta plata que tengo aquí no es toda, sino una parte que me han dado a cuenta... Cuando la rosa de cobre se venda en Buenos Aires me pagarán cinco mil pesos más. La Electric Company, señora. Esos norteamericanos son plata en mano... Pero, hablando de todo un poco, señora, ¿qué le parece si me casara ahora que tengo dinero?... Yo, señora, necesito una mujercita joven... briosa... Estoy harto de dormir solo. ¿Qué le parece?

Se expresaba así con deliberada grosería, experimentando un placer agudo, rayano en el paroxismo. Más tarde, el comentador de estas vidas supuso que la actitud de Erdosain provenía del deseo inconsciente de vengarse de todo lo que antes había sufrido.

Los ojillos de la mujer se agrisaron en destellos de podredumbre. Giró lentamente la cabeza hacia Erdosain y espiándolo entre la repugnante hendidura de sus párpados murmuró con tono de devota que rehuye las licencias del siglo:

—No se precipite, Erdosain. Vea que en esta ciudad las niñas están muy despiertas. Vaya a provincias. Allí encontrará jovencitas recatadas, todo respeto, buen orden... abolengo...

—El abolengo se me da un pepino. Lo que hay es que he pensado en su hija, señora.

—¡No diga, Erdosain!

—Sí, señora... Me gusta... Me gusta mucho... Es jovencita...

—Pero demasiado joven para casarse. ¡Si recién tiene catorce años!...

—La mejor edad, señora... Además, María necesita casarse, porque ya la he encontrado el otro día en el zaguán, con la mano en la bragueta de un hombre.

—¿Qué dice?

—Yo no le doy mayor importancia, porque en algún lado siempre se tienen las manos... No negaré que soy comprensivo, señora...

Con aspaviento de desmayo, reiteró la morcona...

—¡Es posible, señor Erdosain!... ¡Mi hija con las manos en la bragueta de un hombre!... Nosotros somos de abolengo, Erdosain... De la aristocracia tucumana... No es posible... ¡Usted se ha confundido!... —dijo, y artificialmente anonadada, comenzó a pasearse en el cuarto, al tiempo que juntaba las manos sobre el pecho en actitud de rezo. Erdosain la contemplaba inmensamente divertido. Se mordió los labios para no lanzar una carcajada. Innumerables obscenidades se amontonaban en su imaginación. Arguyó implacable:

—Porque usted comprenderá, señora, que la bragueta de un hombre no es el lugar más adecuado para las manos de una jovencita...

—No me estremezca...

Erdosain continuó implacable:

—Y la niña que es sorprendida con las manos en la bragueta de un hombre, da que pensar mal de su honestidad. ¿No le parece, señora?... ¿Puede alegar que ha ido a buscar allí rosas o jazmines? No, no puede.

—¡Dios mío!... ¡A mi edad pasar estas vergüenzas!...

—Cálmese, señora...

—No puedo concebir eso, Erdosain, no puedo. Virgen, yo me casé virgen, Erdosain.

Grave como un bufón, Erdosain replicó:

—Nada impide que ella lo sea... Dios mío... Yo no sé hasta ahora que ninguna mujer haya perdido su virginidad por solamente poner las manos en las partes pudendas de un hombre.

—Y al hogar de mi esposo llevé mi abolengo y mi recato. Yo soy de la crema tucumana, Erdosain... Mis padrinos de boda fueron el diputado Néstor y el ministro Vallejo. Tanta era mi inocencia, que mi legítimo esposo, que en paz descansa, me llamaba la Virgencita. Yo era de fortuna, Erdosain. No confunda porque nos ve en esta situación. La muerte de un hijo nos dejó en la indigencia. Yo decía, y esta lengua

no fue manchada nunca por una mentira, yo decía: «El hospital es para los pobres. No hay que quitarles a los pobres el sitio». Y mi hijo fue a un sanatorio particular.

Erdosain la interrumpió:

—Pero, señora, ¿qué tiene que ver todo eso con la virginidad de su nena?

—Espéreme.

Tres minutos después entraba doña Ignacia con la niña en la habitación.

Era ésta una criatura ligeramente bizca, precozmente desarrollada. Erdosain la examinó como a una jaca, en tanto que la mujer se revolvía con furor pirotécnico a la bizca:

—Pero, decime, ¿cómo has podido renegar vos de tu abolengo?

—Señora, el abolengo no tiene nada que ver con la virginidad... Observe usted que soy comprensivo...

La bizca contempló despavorida con un ojo a su madre y con el otro a Erdosain.

—No me atore, Erdosain, por amor de Dios.

Y otra vez, dirigiéndose a la muchacha, reiteró:

—¿Qué diría tu padre, que casi era abogado, qué diría tu padrino, el ministro, qué diría la sociedad de Tucumán si supieran que vos, mi hija, la hija de Ismael Pintos, andabas con las manos en la bragueta de un hombre?

Dejóse caer aspaventosa en una silla.

—Virgen, señor Erdosain, yo fui virgen al matrimonio, con mi virtud intacta, con mi abolengo limpio... Yo era pura inocencia, Erdosain... Yo era como un lirio de los valles, y en cambio, vos... vos sumergís la familia en la deshonra... en la vergüenza...

La pelandusca se desvanecía en el éxtasis que le proporcionaba el recuerdo de su himen intacto. Jamás se divirtió tanto Remo como entonces. En la semioscuridad sonreía, disuelta su amargura, en un regocijo estupendo. Aquella escena no podía ser más grotesca. Él, un hombre de cavilación, discutiendo con una repugnante rufiana la hipotética virginidad de una muchacha que no le importaba ni poco ni mucho. Arguyó serio:

—Lo grave es que en esas trapisondas braguetiles las chicas pierden a veces su virginidad, y ¿qué hombre carga con una niña, por decente que sea, que tiene menoscabada la vagina?... Ninguno.

Clamorosa, ensartó la menstrual, entornando la podredumbre de sus ojuelos:

—Virgen, señor Erdosain... Yo fui virgen, con mi virtud intacta, al lecho nupcial...

—Así da gusto, señora. Lo lamentable es que su hija no pueda quizá decir lo mismo...

La bizca, que permanecía con la cabeza inclinada, estalló llorosa:

—Yo también soy virgen, mamita... Yo también...

Enternecida, se irguió la morcona:

—¿No mentís, mi hijita?

—No mamá; soy virgen... Era la primera vez que ponía la mano ahí...

—Si es la primera vez, no vale —epilogó serio Erdosain, agregando luego—: Además, no hay por qué afligirse. En alguna parte tienen que aprender las chicas lo que harán cuando casadas.

La escena era francamente repugnante, pero él no parecía darse cuenta de ello.

La menestrala, enjundiosa la voz y una mano en el pecho, dijo lentamente:

—Señor Erdosain, los Pintos no mienten jamás. Salgo en garantía de la virginidad de esta inocente como si fuera la mía.

Erdosain se rascó concienzudamente la punta de la nariz y dijo:

—Castísima señora Ignacia: la creo, porque la garantía es buena.

Enjugó sus lágrimas la mozuela, y Erdosain, mirándola, agregó:

—Che, María, quiero casarme con vos. Ahora tengo plata. ¿Ves toda esa plata?... Te podés comprar lindos vestidos... perlas...

Intervino vertiginosamente doña Ignacia:

—¡Cómo no va a querer casarse, y con un caballero de respeto como usted!

Los mortecinos ojos de la menor se iluminaron fulvamente.

—¿Qué te parece?... ¿Querés casarte?...

—Y... que lo diga mamá.

—Muy bien... Yo te autorizo para que tengas relaciones con el señor Erdosain y... ¡cuidadito con faltarle!

—¿Estás conforme, María?

La criatura sonrió libidinosamente y tartamudeó un «sí» de encargo.

Erdosain tomó trescientos pesos de la cama.

—Tomá, para que te vistas.

—¡Señor Erdosain!...

—No se hable más, doña Ignacia... ¿Usted no necesita nada?... Sin vergüenza, señora...

—Si me atreviera... Tengo un vencimiento de doscientos pesos... Se lo pagaría a fin de mes...

—¡Cómo no!, mamá, sírvase... ¿No necesita nada más?...

—Por ahora no... Más adelante...

—Con confianza, mamá... La voy a llamar mamá, si usted me permite...

—Sí, hijo... Pero, ¿qué hacés vos?... Dale un beso a tu novio, criatura —exclamó la mercona apretando los billetes contra su pecho al tiempo que empujaba la menor hacia los brazos del cínico.

Tímidamente avanzó María, y Erdosain, tomándola por la cintura, la hizo sentar sobre su pierna. Entonces la madre sonrió convulsivamente y, antes de salir de la habitación recomendó:

—Se la confío, Erdosain.

—No se vaya, señora... mamá, quería decirle.

—¿Quería algo?

—Siéntese. Si supiera qué contento estoy de haber dado este paso. —Le hizo lado en la cama a la Bizca, diciéndole—: Sentate aquí a mi lado —y prosiguió—: Éste es un gran día para mí. Por fin he encontrado un hogar... una madre.

—¿Usted no tiene madre, señor Erdosain?

—No..., murió cuando era muy chico...

—Ah... una madre... una madre —suspiró la rufiana—. El hombre es inútil, yo lo digo siempre. Para ser algo en la vida debe acompañarse de una mujercita buena y que lo ayude.

—Es lo que yo pienso...

—Por eso, y no porque mi nena esté aquí presente...

—Mamá...

—Lo que nosotros debemos hacer —insinuó Erdosain— es buscarnos una casa cerca del río. Si usted supiera cómo me gustaría vivir frente al río. Trabajaría en mis inventos...

Tímidamente golpearon con los nudillos de los dedos en la puerta, y apareció la criada, una mujer ocre y renga. La criada sonrió puerilmente y anunció:

—Lo busca un señor «Haner».

—Que pase.

Las tres mujeres se retiraron.

Enfático, husmeando tapujos, entró el Rufián Melancólico. Le alargó la mano a Erdosain y dijo:

—Estaba aburrido... por eso vine a verlo.

EL SENTIDO RELIGIOSO DE LA VIDA

Erdosain encendió la lámpara eléctrica. Haffner, sin cumplimiento, tiró su sombrero en la punta de la cama, recostándose en ella. Una onda de cabello negro, engominado, se arqueaba sobre su frente. Restregándose una mejilla empolvada con la palma de la mano, miró agriamente en redor, y al tiempo que se corría el pantalón sobre la pierna, rezongó:

—No está mal usted aquí.

Erdosain, sentado en la orilla de una silla, junto a la mesa, examinaba encuriosado al Rufián. Éste sacó cigarrillos y, sin ofrecerle a Erdosain, barbotó:

—En esta ciudad se aburre todo el mundo. Ayer lo vi al Astrólogo. Me dijo que hacía tiempo que no lo veía a usted.

—Lo vio... dice que...^[2]

—No sé... estaba un poco preocupado. Ese hombre va a terminar mal.

—¿Le parece?

—Sí... piensa demasiadas cosas a la vez. Cierto es que es capaz de otro tanto... yo he tratado de interesarme por lo que él planea... en el fondo, le seré sincero, nada

me interesa. Me aburro. Me aburro horriblemente. Estoy «seco» de «escolazo», de putas, y de filósofos de café. Aquí no hay absolutamente nada que hacer.

—¿Usted no era profesor de matemáticas?

—Sí... ¿pero qué tiene que ver el profesorado con el aburrimiento? ¿O usted cree que puedo divertirme extrayendo raíces? ¿Usted sabe por qué el «cafishio» se juega toda la plata que la mujer trabaja? Porque se aburre. Sí, de aburrido. No hay hombre más «seco» que el «fioca». Vive para el juego, como la mujer trabaja para mantenerlo a él. Lo tenemos en la sangre. ¿Usted no leyó la *Conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo? Encontraría cosas curiosas. Tan timberos eran los conquistadores que fabricaban naipes con el cuero de tambores inservibles. Y con esos naipes se jugaban el oro que les arrancaban a las indígenas. Lo traemos en la sangre. Está en el ambiente.

—Es la falta de sentido religioso —objetó seriamente Erdosain—. Si los hombres tuvieran un sentido religioso de la vida, no jugarían.

Haffner largó una carcajada de buenísima gana.

—Qué rico tipo que es usted. ¡Cómo quiere que un «cafishio» tenga sentido religioso de la vida! Los españoles de la conquista eran religiosísimos. No entraban en batalla antes de oír una misa. Se encomendaban a Dios y la Virgen. Esto no les impedía jugarse la camisa y quemar vivos a los indígenas.

—Eran fórmulas. El sentido religioso de la vida significa una posición dentro del mundo. Una posición mental y espiritual...

—¿Cómo se consigue?

—No sé.

—¿Y cómo habla entonces usted de lo que no sabe?...

—Porque el problema me preocupa tanto como a usted.

—Y por eso trata de resolverlo con frases.

—No, ahí está, no son frases... yo conjeturo algo. En qué consiste el algo... a momentos me parece que atrapo la solución; en otros momentos se me derrite entre las manos. Por ejemplo... mi problema. Encaremos mi problema... no el suyo. Mi problema consiste en hundirme. En hundirme dentro de un chiquero. ¿Por qué? No sé. Pero me atrae la suciedad. Créalo. Quisiera vivir una existencia sórdida, sucia, hasta decir basta. Me gustaría «hacer» el novio... no me interrumpa. Hacer el novio en alguna casa católica, llena de muchachas. Casarme con una de ellas, la más despótica; ser un cornudo, y que esa familia asquerosa me obligara a trabajar, largándome a la calle con los indispensables veinte centavos para el tranvía. No me interrumpa. Me gustaría trabajar en una oficina, cuyo jefe fuera el amante de mi mujer. Que todos mis compañeros supieran que yo era un cornudo. El jefe me gritaría y yo lo escucharía. Luego, a la noche, vendría de visita a mi casa, y mi mujer y mi suegra, y sus hermanas estarían jugando a la lotería con el jefe, mientras que yo me acostaría temprano, porque a la mañana tendría que ir volando a la oficina.

—Usted está loco.

—Eso ni se duda.

—Es que usted está loco de veras.

—¿Hay locos en broma, acaso?

—Sí; a veces hay locos en broma. Usted es en serio.

—Bueno... Hay en mí una ansiedad de agotar experiencias humillantísimas. ¿Por qué? No sé. Otros, tampoco se duda de esto, rehuyen todo lo que puede humillarlos. Yo siento una angustia especial, casi dulcísima, en imaginarme en esa casa católica, con un delantal atado a la cintura con un piolín, fregando platos, mientras mi mujer en el dormitorio se solaza con mi jefe.

—Es inexplicable... me hace pensar...

—Primero dijo que estaba loco... ahora dice que lo hago pensar...

—Sí, antes dije que usted era un loco... espere un momento —y el Rufián, levantándose, comenzó a caminar por el cuarto, luego se detuvo frente a Erdosain, y aquí ocurrió un episodio curioso. El Rufián se acercó a Erdosain, lo miró inquisitivamente a los ojos y dijo:

—Mientras usted hablaba, yo pensaba, y me dio frío en la espalda. Se me ocurrió un pensamiento casi descabellado, pero que debe ser verdadero...

—A ver...

—Usted lleva en su interior un remordimiento...

—¡Eh!, ¡eh!, ¿qué dice?...

—Sí... Usted ha cometido, vaya a saber cuándo... no puedo adivinarlo... un crimen terrible.

—¡Eh!, ¡eh!, ¿qué dice?

—Ese crimen usted no lo ha confesado a nadie... nadie lo conoce...

—Yo no he asesinado a nadie...

—No sé... No es necesario asesinar para cometer un crimen terrible. Cuando yo le digo un crimen terrible, es un crimen que nadie sobre la tierra puede perdonárselo.

—Yo no he cometido ningún crimen...

—No le pido que me cuente nada. Eso es asunto suyo. Pero yo he puesto el dedo en la llaga. Aunque usted diga que no con la boca, usted sabe en su interior que yo tengo razón... Sólo así se explicaría esa «ansia de humillación» que hay en usted. No se ponga pálido...

—No me pongo pálido...

—Y ahora usted... posiblemente esté en la orilla de otro crimen. Me lo dice no sé qué instinto. Usted pertenece a esa clase de gente que necesita acumular deudas sobre deudas para olvidarse de la primera deuda...

—Es notable...

El Rufián, detenido frente a Erdosain, con las manos en los bolsillos de su traje gris, el pecho abombado, porque inclinaba la cabeza hacia Erdosain, insistió, tenazmente fijos los ojos en el otro:

—Le diré otra cosa. Yo, con toda mi cancha de malandrino, me creía a su lado un

gigante; ahora me doy cuenta de que todos nosotros somos junto a usted unas criaturas. No se ría. Si hay un criminal entre nosotros, un hombre que vaya a saber qué horrores cometió en su vida, es usted, Erdosain. Y usted lo sabe. Sabe que yo no me equivoco. Vaya a saber qué crimen cometió. Debe ser algo sumamente gravísimo, para que le remuerda tanto adentro. Ya la primera vez que lo vi a usted, dije: «qué raro este hombre». Luego el Astrólogo me contó algo de usted; eso me hizo pensar más. Y cuando usted hablaba me dio un frío en la espalda, fue el presentimiento; y tuve una impresión nítida: este hombre ha cometido algún crimen terrible. Esa necesidad de humillación de que habla no es nada más que remordimiento, necesidad de hacerse perdonar por la conciencia algún acto espantoso del que no se puede olvidar. De otro modo no se explica...

—¿Qué crimen puede haber cometido un tipo que es un idiota como soy yo?

—Usted no es ningún idiota.

—Usted sabe que me dejé abofetear por el primo de...

—Sé todo... Eso no tiene importancia... Por el contrario... Confirma mi punto de vista. Usted vive aislado del resto de los hombres. Esa «ansia de humillación» que hay en usted es la siguiente sensación: usted ha comprendido que no tiene derecho a acercarse a nadie, por el horrible crimen que cometió.

—¡Qué notable!... No le basta que sea crimen, sino que además tiene que adjuntarle lo de horrible...

—Yo sé que estoy en lo cierto. Usted sabe que si el mundo conociera su delito, quizá lo rechazara horrorizado. Entonces, cuando usted se acerca a alguien, inconscientemente sabe que si ese alguien lo recibe afectuosamente usted lo ha estafado, porque, de conocer su crimen, lo rechazaría espantado.

—¡Pero que fantástico es usted, Haffner!... ¿Qué crimen puedo haber cometido yo?

—Erdosain, juguemos limpio. Usted hace mucho tiempo... vaya a saber cuántos años... ha cometido un crimen que ha quedado impune. Nadie lo conoce. Ninguno de los que lo conocen a usted sospecha nada. Usted sabe que nadie puede acusarlo... Posiblemente los protagonistas de su crimen han muerto, pero usted no se ha olvidado.

—Se ha vuelto loco, Haffner...

—Erdosain, permítame... Algo conozco a los hombres. Usted desde hoy que está cambiando de color. Tiene la boca reseca, a momentos le tiemblan los labios... Si le molesta la conversación, cambiemos de tema.

—Es que yo no puedo permitir que usted se quede con esa convicción.

—Mire, si usted me dijera que para probarme su inocencia se pegaba un tiro, y efectivamente se matara, yo me diría: «Erdosain hizo una comedia. A pesar de haber muerto, era culpable de un crimen que no pudo confesar... Tan espantoso es...»^[3].

—De esa manera no hay discusión posible...

—Naturalmente.

—Ahora también se explicaría su angustia... Esa angustia de la que usted hablaba...

—Perfectamente... Cambiemos de tema.

Quedaron durante algunos minutos silenciosos. Erdosain, cruzado de piernas, las manos sobre el pecho, miraba al suelo; luego dijo:

—¿Sabe una cosa, Haffner? A momentos se me ocurre que el sentido religioso de la vida consistiría en adorarse infinitamente a sí mismo, respetarse como algo sagrado...

—¡Ep!... ¡Ep!...

—No entregarse sino a la mujer que se ama, con el mismo exclusivo sentido con que lo hace la mujer al entregarse al hombre.

—¡Hum!...

—Observe usted... Pasa una prostituta que le agrada, y la compra. Ese hecho es, en sí, una simple masturbación compuesta. Bueno, para el hombre que tiene un sentido religioso de la vida poseer a una mujer sin amarla es recibir de ese acto la sensación degradante que usted recibiría si en vez de comprarla a la prostituta se masturbara. Igual sentimiento respecto a la cópula tiene la mujer normal, para quien la mujer que se entrega a un hombre sin amarlo es una depravada. Usted mismo me ha contado que las prostitutas llaman «loca» a la que cambia de «cafishio».

El Rufián levantó una ceja. Escuchaba.

—¿Usted cree en lo que me dice?

—Firmemente.

—¿Y qué ocurriría según usted amándose y respetándose a sí mismo de ese modo?

—¡Ep!... Es preguntar demasiado... Vea, la personalidad se duplicaría... Se guardaría castidad hasta que se desea tener otro hijo...

—Eso no es posible...

—No es posible mientras se piense que no es posible. En cuanto se crea que es posible, será lo más fácil. ¿Usted se imagina qué sensación de seguridad, de potencia, de alegría, de respeto, tendrá una mujer en el momento en que sepa que su compañero vive una vida tan pura y perfecta como la suya? En que él es como ella, exactamente igual... ¿De qué se ríe?

—Me río pensando que no hay ninguno de mis compañeros que me crea capaz de soportar una conversación así. ¿No le parece ridícula?

—No, porque... Lo grave sería pensarlas esas cosas y no decirlas...

—Pero el hombre no puede... fisiológicamente...

—Son mentiras... Puede... Todo lo que quiere puede. Usted también sabe que puede...

—¿Y la vida?

—Entonces la vida tomaría otra dirección. Aparecerían nuevas fuerzas espirituales. Nuevos caminos.

—¿Y si él quisiera a otra?

—¿Cómo no va a querer a otra, si antes de poseer a la última quiso a otras y la última poseída se convierte en una de las otras?

—¿Y para qué amarse y respetarse a sí mismo?

—Ése es asunto suyo. ¿Para qué quiere usted más dinero? ¿Para qué quieren otros más poder? ¿Para qué quiere usted más placer? Todo ello está fuera de usted, y como está fuera de su cuerpo no será nunca suyo. Sólo el amor a sí mismo y el respeto para sí están en usted y son suyos...

—¿Y ella?...

—Ella frente a usted se sentirá infinitamente grande. Se amará a sí misma para ser más amada de usted. Es como una competencia de perfeccionamientos, ¿me entiende? Las dos almas salen del cuerpo... más arriba... cada uno por el otro, más arriba... Es interesante el negocio ¿eh?... Más arriba. Los cuerpos se acercarán, claro... algunas veces, cuando ellos se necesiten imperiosamente... pero las dos almas sonreirán mirando la locura de sus cuerpos terrestres...

—¿Quién le ha enseñado esas cosas?...

—Nadie... Uno piensa solo estas cosas... Busca, sabe. ¿Por qué se es desgraciado? Porque la felicidad no está con nosotros. Estamos contruidos para ser felices, dése cuenta de esto. Mediante la voluntad, lo podemos conseguir todo... y no somos felices, sin embargo... Porque... Era el Astrólogo que decía... Sí, el Astrólogo decía que la ciencia había crecido desmesuradamente mientras que nuestra moral era enana. Lo mismo ha pasado con nuestro sexo. Hemos dejado crecer el deseo infinitamente, ¿y para qué?... ¿Puede decirme para qué deseamos las mujeres? No somos hombres, sino sexos que arrastran un pedazo de hombre. Usted explota tres mujeres para no trabajar. Otros explotan un regimiento de operarios para andar en automóvil, tener muchos sirvientes o beber un vino cuyo mérito fue el ser envasado hace cien años. Ni ellos ni usted son felices...

—¿Sabe que siento ganas de matarlo de un tiro en las tripas, para que tenga una mala agonía?

—Ya lo sé... Pero ni metiéndole un tiro en la barriga a todos los hombres del planeta se solucionará este negocio. No es «un asunto que se arregla con conversación», como dicen ustedes... Además, usted sabe que yo digo la verdad. Si no, no sentiría ganas de meterme un tiro en la barriga. Usted sabe que ahora no podrá vivir como antes; es inútil. Adentro le ha quedado un gusano y, quiera que no, tendrá que ser perfecto... o reventar...

Haffner entrecerró los ojos, pensando: «Maldito sea el día que he conocido a este imbécil».

Se levantó, y mirando fieramente a Erdosain, dijo:

—¡Salud!...

—¿No se lleva la plata?...

Haffner entrecerró los ojos, luego miró su reloj pulsera, y sin tenderle la mano a

Erdosain, dijo:

—Me voy... ¡Salud!...

—¿No se lleva la plata que me prestó?

—No, ¿para qué?... A usted le hace más falta. Hasta pronto... —Y salió sin esperar contestación de Erdosain.

LA CORTINA DE ANGUSTIA

Las diez de la noche. Erdosain no puede conciliar el sueño...

Los nervios, bajo la piel de su frente, son la doliente continuidad de sus pensamientos, a momentos mezclados como el agua y el aceite, sacudidos por la tempestad, y en otros separados en densas capas, como si hubiera pasado por el tambor de una centrífuga. Ahora comprende que bailen en él distintos haces de pensamiento, agrupados y soldados en la ardiente fundición de un sueño infernal. El pasado se le finge una alucinación que toca con su filo perpendicular el borde de su retina. El espía, sin atreverse a mirar demasiado. Está atado como por un cordón umbilical al pasado. Se dice: «puede ser que mañana mi vida cambie», pero es difícil, pues aunque el sueño termine por disolverse, siempre quedará allí en su interior un sedimento pálido: Barsut estrangulado, Elsa retorciéndose entre los brazos de un hombre desnudo. Mas de pronto se sacude: Barsut no existe, no existe ni como pálido sedimento y esta certidumbre no aliviana ni rompe el nudo que eslabona la franja de sus pensamientos, sino que introduce un vacío angustioso en su pecho. Este semeja un triángulo cuyo vértice le llega hasta el cuello, cuya base está en su vientre y que por sus catetos helados deja escapar hacia su cerebro el vacío redondo de la incertidumbre. Y Erdosain se dice: «Podrían dibujarme. Se han hecho mapas de la distribución muscular y del sistema arterial, ¿cuándo se harán los mapas del dolor que se desparrama por nuestro pobre cuerpo?». Erdosain comprende que las palabras humanas son insuficientes para expresar las curvas de tantos nudos de catástrofe.

Además, un enigma abre su paréntesis caliente en sus entrañas; este enigma es la razón de vivir. Si le hubieran clavado un clavo en la masa del cráneo, más obstinada no podría ser su necesidad de conocer la razón de vivir. Lo horrible es que sus pensamientos no guardan orden sino en escasos momentos, impidiéndole razonar. El resto de tiempo voltean anchas bandas como las aspas de un molino. Hasta se le hace visible su cuerpo, clavado por los pies en el centro de una llanura castigada por innumerables vientos. Ha perdido la cabeza, pero en su cuello, que aún sangra, está empotrado un engranaje. Este engranaje soporta una rueda de molino, cuyo pistón llena y vacía los ventrículos de su corazón.

Erdoain se revuelve impaciente en su lecho. No le quedan fuerzas ni para respirar violentamente y bramar su pena. Una sensación de lámina metálica ciñe sus muñecas. Nerviosamente se frota los pulsos, le parece que los eslabones de una

cadena acaban de aprisionarle las manos. Se revuelve despacio en la cama, cambia la posición de la almohada, entrelaza las manos por los dedos y se toma la nuca. La rueda de molino bombea inexorable en los ventrículos de su corazón la terrible pregunta que bambolea como un badajo en el triángulo de vacío de su pecho y se evapora en gas venenoso en la vejiga de sus sesos.

La cama le es insoportable. Se levanta, se frota los ojos con los puños; el vacío está en él, aunque él prefiere el sufrimiento al vacío.

Es inútil que trate de interesarse por algo, sufrir por la desaparición de Hipólita, desazonarse por el destino de Elsa, arrepentirse de la muerte de Barsut, preocuparse por la familia de los Espila. Es inútil. El vacío auténtico, como un blindaje, acoraza su vida. Se detiene junto a una silla, la toma por el respaldar y hace ruido con ella golpeando las patas contra el piso, pero este ruido es insuficiente para desteñir el vacío teñido de gris. Deliberadamente hace pasar ante sus ojos paisajes anteriores, recuerdos, sucesos, pero su deseo no puede engarfiar en ellos, resbalan como los dedos de un hombre extenuado por los golpes de agua, en la superficie de una bola de piedra. Los brazos se le caen a lo largo del cuerpo, la mandíbula se le afloja. Es inútil cuanto haga para sentir remordimiento o para encontrar paz. Igual que las fieras enjauladas, va y viene por su cubil frente a la indestructible reja de su incoherencia. Necesita obrar, mas no sabe en qué dirección. Piensa que si tuviera la suerte de encontrarse en el centro de una rueda formada por hombres desdichados, en el pastizal de una llanura o en el sombrío declive de una montaña, él les contaría su tragedia. Soplaría el viento doblando los espinos, pero él hablaría sin reparar en las estrellas que empezaban a ser visibles en lo negro. Está seguro que aquel círculo de vagabundos comprendería su desgracia, pero allí, en el corazón de una ciudad, en una pieza perfectamente cúbica y sometida a disposiciones del digesto municipal, es absurdo pensar en una confesión. ¿Y si lo viera a un sacerdote y se confiara a él? Mas, ¿qué puede decirle un señor afeitado, con sotana y un inmenso aburrimiento empotrado en el caletre? Está perdido, ésa es la verdad; perdido para sí mismo.

Una vislumbre de la verdad asoma su cresta en él. Con o sin crimen, ahora padecería del mismo modo... Se detiene y dice moviendo la cabeza:

—Claro, sería lo mismo.

Sentado en la orilla de la cama observa las venas borrosas en la superficie de las alfajías y repite: «Evidentemente, estaría en el mismo estado». Lo real es que hay en su entraña, escondido, un suceso más grave; no sabe en qué consiste, pero lo percibe como un innoble embrión que con los días se convertirá en un monstruoso feto. «Es un suceso», pero de este suceso incognoscible y negro emana tal frialdad que de pronto se dice:

—Es necesario que aprenda a tirar. Algo va a suceder.

Revisa el revólver, estira el brazo en la claridad como si apuntara a un invisible enemigo. Luego guarda el revólver bajo la almohada y de un salto se encarama, sentándose a la orilla de la mesa. Bambolea las piernas, quiere ir a alguna parte, irse,

olvidarse de que es él, Remo Augusto Erdosain, olvidarse de que tuvo mujer, fue abofeteado, olvidarse en absoluto de sí mismo, de que es él, y con desaliento deja caer la cabeza. Diez centímetros cuadrados de un grabado en madera han pasado ante sus ojos. Es el recuerdo de la viñeta que ilustraba su libro de lectura cuando iba a la escuela ¡hace tantos años!: un artesano colocando tejas de plomo en un país que se llamaba Francia y tenía un río que se llamaba Sena. Eso y además la pregunta del maestro: «¿Pero usted es un imbécil?» es todo lo que ha dejado la escuela en él. Erdosain salta de la mesa. Una indignación terrible sacude sus miembros, hace temblar sus labios, le enciende los ojos. Le parece que el ultraje acaba de repetirse, y grita:

—¡Ah, canallas, canallas!... ¡Mi vida echada a perder, canallas!...

Por qué no habrá en la noche un camino abierto por el cual se pueda correr una eternidad alejándose de la tierra...

—¡Mi vida, canallas, echada a perder!...

Alguien llora en él misericordiosamente, por su desgracia. Una piedad terrible refluye de su alma para su carne. A momentos se toca los brazos, se palpa las piernas, se acaricia la frente, le parece que acaba de salir del choque ocurrido entre dos locomotoras. La puerca civilización lo ha magullado, lo ha roto internamente, y el odio sopla por sus fosas nasales. Aspira profundamente, sus ideas se aclaran, sus cejas se crispan, le parece que avizora una distante carnicería de la que él es el único responsable. Va recobrando su personalidad terrestre. Apoyada la mandíbula en la mano, mira torpemente hacia un rincón. Su vida ya carece de valor; esa sensación es evidente en su entendimiento, pero hay otras vidas, millones de vidas que dan pequeños grititos despertando al sol, y se dice que estas pequeñas vidas son las que se necesita salvar. Ahora sus pensamientos se iluminan, como el desastre de un naufragio nocturno revelado en la noche por el cono azulado de un reflector, y se dice:

«Es necesario ayudarlo al Astrólogo. Pero que nuestro movimiento sea rojo. No sólo al hombre hay que salvarlo. ¿Y los niños?». El problema se afiebra en su interior. Le arden las mejillas y zumban los oídos. Erdosain comprende que lo que extingue su fuerza es la terrible impotencia de estar solo, de no tener junto a él un alma que recoja su desesperado S.O.S.

Y coloca su mano sobre las cejas a modo de visera. Parece que quiere protegerse de un sol invisible. Vislumbra distancias que ahondan una fiereza en su corazón. Por allá, en la distancia, camina su multitud. Su poética multitud. Hombres crueles y grandes que claman por un cielo de piedad. Y Erdosain se repite:

«Es necesario que a nosotros nos sea dado el cielo. Concedido para siempre. Hay que agarrarlo al terrible cielo». El sol invisible rueda cataratas de luz ante sus ojos, en las tinieblas. Erdosain siente que el furor atenace a sus carnes, se las coge como pinzas y le retuerce los dientes en los alvéolos. «Es necesario odiar a alguien. Odiar fervientemente a alguien, y ese alguien no puede ser la vida». Se acaricia las sienes

como si no le pertenecieran. La carita de la criatura que un día besó en el tren, con su calco desniva la ternura que él almacena. El relieve de amor encrespa sus nervios, inclina la cabeza y se dice: «Pensemos».

¿Qué es el hombre? Esta pregunta surge como un terrible S.O.S. (Salvad nuestras almas). Allí está el equivalente. Cuando él se pregunta qué es el hombre, otro grito clama en él, abocándose al universo invisible: «Salvad nuestras almas». Grito de sus entrañas. Y se dice:

«Yo estoy más allá de la tierra. Yo, con mi carne masturbada y mis ojos lagañosos y mi mejilla abofeteada. Yo, yo, siempre yo». Hunde la cabeza en la almohada. Así se ocultaban los soldados bajo las bolsas de tierra cuando silbaban las granadas. Quiere parapetarse contra el sol invisible que arroja en su espíritu oleadas de luz. Cielo, tierra. ¿Qué sabe él? Está perdido. Tal es la verdad. Perdido entre los hombres como una hormiga en selva removida por un cataclismo. Y se dice despacito:

«Es necesario que yo lleve sobre mis espaldas esta selva. Que cargue con el gran bosque y la montaña, y Dios y los hombres. Que yo lleve todo». El semblante de la criatura amanece en su corazón. No quiere hacer este milagro: llevarse la mano al pecho y sacar como de adentro de un estuche el corazón, cubierto por esa película de sangre pálida que conserva el calco de su amor. Erdosain se revuelve como una fiera en el cuartujo. Es necesario hacer algo. Clavar un suceso en medio de la civilización, que sea como una torre de acero. En torno se arremolinará la multitud, y la humanidad. ¿Con qué hay que castigarlo al hombre? ¿Con odio o con amor? Se acuerda de la muchacha que le hablaba del alto horno, de las muflas y de la fundición de cobre. Rápidamente alinea ante sus ojos los muñecos de carne y hueso. Luego se dice: «Esto mismo lo hace el Astrólogo. Esto mismo lo hace el Buscador de Oro. Esto mismo lo hace el Rufián Melancólico». ¿Quién será entonces el demonio, el gran demonio que los refuerza a todos? ¿Quién traerá la gran verdad, la verdad que ennoblezca a los hombres y las mujeres, que enderece las espaldas y los deje sangrando a todos de alegría? Esta vida no puede ser así. Como un bloque de acero que pesara toneladas, como una cúpula de fortaleza subterránea, la palabra pesa en él: «Esta vida no puede ser así. Es necesario cambiarla. Aunque haya que quemarlos vivos a todos». Inadvertidamente ha vuelto los ojos a sus flacos brazos desnudos, y las venas hinchadas erizan el vello de la epidermis. Quisiera ser lanzado al espacio por una catapulta, pulverizarse el cráneo contra un muro para dejar de pensar. La vida, de un rápido tajo, ha descubierto en él la fuerza que exige una Verdad. Fuerza desnuda como un nervio, fuerza que sangra, fuerza que él no puede vendar con palabras. Él no puede ir a la montaña a rezar. Eso es imposible. Necesita obrar. Hay que crear entonces la Academia Revolucionaria, filtrar esta necesidad de cielo en los hombres que estudiarán el procedimiento de crear sobre la tierra un infierno transitorio, hasta que los hombres enloquecidos clamen por Dios, se tiren al suelo e imploren la llegada de un Dios para salvarse. Ahora Erdosain sonrío fríamente. Ve el interior de las casas humanas. Cada casa. Con su alcoba dormitorio, su sala, su

comedor y su «water-closet». Los rincones: el rincón de los hombres y mujeres bandeas este cuadrilátero que tiene una arista dorada, una arista de espasmo, otra de grasa y otra de excremento. Ése es el hogar o la pocilga del hombre. Arriba del techo de cinc, dos milímetros de espesor de chapa galvanizada, se mueven los espacios con sus simientes de creaciones futuras, y los oídos sordos y los ojos ciegos no ven nada de eso. Sólo alguna vez la música. Sólo alguna vez una carita. Dulzura definitiva, porque es la primera y la última. El hombre que gustó su sabor acre no podrá amar nunca más. ¿Por qué tangente escaparse hacia las estrellas? Y Erdosain insiste en repetir ese pensamiento que pesa sobre su alma con el tonelaje de la cúpula de una fortaleza subterránea.

—Es necesario cambiar la vida. Destruir el pasado. Quemar todos los libros que apestaron el alma del hombre. ¿Pero no terminará nunca de pasar este tiempo? —grita.

Millares de sucesos se entrechocaban en su mente, los ángulos reverberan luces de fantasmagoría, su alma desviada en una dirección vive en un minuto largas existencias, de modo que cuando regresa de ese viaje lejano le causa terror encontrarse aún dentro de la hora en que ha partido. «Mi día no era un día —dijo más tarde—. He vivido horas que equivalían a años, tan largas en sucesos que era joven a la partida y regresaba envejecido con la experiencia de los sucesos ocurridos en un minuto-siglo de reloj. Con mi pensamiento se podría escribir una historia tan larga como la de la humanidad —decía otra vez—. Más larga aún». No sé si existo o no —escribió en su libreta—. Sé que vivo sumergido en el fondo de una desesperación que no tiene puestas de sol. Es como si me encontrara bajo una bóveda, sobre la cual se apoya el océano.

A instantes, Erdosain piensa en la fuga. Irse. Pero a medida que las horas pasan, como un fuego que flota sobre la descomposición del pantano que lo alimenta, el sufrimiento de Erdosain interroga:

—Irse... ¿Pero adonde? ...

—Más lejos todavía.

Una piedad enorme surge en Erdosain por su carne. Si él pudiera convencerla a esa forma física que constituye su cuerpo de que no hay más «lejos» en la tierra ni en los cielos; pero es inútil, es su carne la que clama despacio: más lejos todavía. ¿Adonde? Cierra los ojos y repite: «¿Adónde te podría llevar? A donde vayas irá contigo la desesperación. Sufrirás y dirás como ahora: “Más lejos todavía”, y no hay más lejos sobre la tierra. El más lejos no existe. No existió nunca. Verás tristeza adonde vayas».

Las manos de Erdosain caen sobre sus ingles. El rostro se le enrigidece, la espalda se le endurece; permanece así, con los párpados caídos y pesados como si lo petrificara su angustia. Un «yo» maligno le dice:

—Aun cuando bailaran las más hermosas mujeres de la tierra en tomo tuyo, aun cuando todos los hombres se arrodillaran a tus pies, y los bufones y aduladores

saltaran, danzando volteretas frente a ti, estarías tan triste como lo estás ahora, pobre carne. Aun cuando fueras Emperador. ¡El Emperador Erdosain! Tendrías carruajes, automóviles, criados perfectos que besarían, a una señal tuya, el orinal donde te sientas, ejércitos de hombres uniformados de rojo, verde, azul, caqui, negro y oro. Mujeres y hombres te lamerían dichosos las manos, con tal que les prostituyeras las esposas o las hijas. Tendrías todo eso, Emperador Erdosain, y tu carne endemoniada y satánica se encontraría tan sola y triste como lo está ahora.

Erdosain siente que los párpados le pesan enormemente. Ni un solo músculo de su rostro se mueve. Adentro suyo el odio desenrosca su elástico. En cuanto este odio estalle, «mi cabeza volará a las estrellas», piensa Erdosain.

—Estarían arrodillados a tus pies, Emperador Erdosain. Traerían sus hijas núbiles los ancianos camarlangos que se enorgullecerían de soportar tu orinal y permanecerías inmensamente triste. Te visitarían los reyes de los otros países; llegarían hasta tu palacio rodeados de escuadrones volantes de hombres con casacas de piel blanca prendida de un hombro y morriones negros con plumas verdes y amarillas. Y tú filtrarías a través de los párpados una mirada estúpida, mientras que los diplomáticos se estrujarían en torno de tu trono con todos los nervios del rostro contraídos para dejar estallar la sonrisa en cuanto los soslayaras. Pero continuarías triste, gran canalla. Entrarías a tu cuarto, te sentarías en cualquier rincón, harías rechinar los dientes de fastidio y te sentirías más huérfano y solo que si vivieras en la última mansarda del último caserón de un barrio de desocupados. ¿Te das cuenta, Emperador Erdosain?

Erdosain siente que las espirales de su odio almacenan flexibilidad y potencia. Este odio es como el resorte de un tensor. En cuanto se rompa el retén «mi cabeza volará a las estrellas. Me quedaré con el cuerpo sin cabeza, la garganta volcando, como un caño, chorros de sangre».

—¿Qué dices, Emperador Erdosain? Eres Emperador. Has llegado a lo que deseabas ser. ¿Y? Ahora mismo puede entrar aquí un general y decir: Majestad, el pueblo pide pan, y tú puedes contestarle: Que lo ametrallen. ¿Y con eso qué has resuelto? Puede entrar el Ministro de la potencia X y decirte: Majestad, repartámonos el mundo entre Vuestra Gracia y mi amo. ¿Y con eso qué has resuelto? Te cuelga la mandíbula como la de un idiota, Emperador Erdosain. Estás triste, gran canalla. Tan triste que ni tu carne se salva.

Erdosain aprieta los dientes.

—Siempre estarás angustiado. Puedes matar a tus prójimos, descuartizar a un niño, si quieres, humillarte, convertirte en criado, dejar que te abofeteen, buscar una mujer que conduzca sus amantes a tu casa. Aunque les alcanzaras la palangana con el agua con que se lavarán los órganos genitales (mientras ella permanece recostada y desnuda acariciándoles), y tú humildemente buscaras las toallas en que se han de enjuagar; aunque llegues a humillarte hasta ese extremo, ni en la máxima humillación encontrarás consuelo, demonio. Estás perdido. Tus ojos siempre permanecerán

limpios de toda mancha y tristes. Te podrán escupir al rostro, y te secarás lentamente con el dorso de la mano, o pueden hacer un círculo en torno tuyo los hombres y tu mujer, befarte, haciendo que te arrastres apoyado en las manos para besarle los pies al último de sus criados, y no encontrarás, ni soportando aquel ultraje, la felicidad. Estarás triste, aunque grites, aunque llores, aunque te abras el pecho y con el corazón sangrando en la palma de las manos camines por los caminos más polvorientos buscando quien te raye el rostro con la punta de un puñal o con los garfios de las uñas.

Erdosain siente que el corazón le crece calentándole las costillas. Respira con dificultad. Quiere arrodillarse. Su terror es blando, como el concéntrico dolor que dilata los testículos cuando han sido golpeados. «Por favor», gime. Un sudor frío le barniza la frente. «Me vuelvo loco; callate, por favor».

—A donde vayas, donde estés, es inútil...

—Callate por favor... Sí...

La voz se calla. Erdosain ha palidecido como si lo hubieran sorprendido cometiendo un crimen. Su dolor estalla en un poliedro irregular, los vértices de sufrimiento tocan sus tuétanos, el costado de su nuca, una inserción de sus rodillas, un trozo de pleura. Aspira profundamente el aire con los dientes apretados. Su mirada está desvanecida. Cierra los ojos y se deja caer con precaución en la orilla de la cama. Se tapa la cabeza con la almohada. Le quemán las pupilas como si se las hubieran raspado con nitrato de plata.

—Lejos, lejos —susurra la otra voz.

—¿A dónde?

—Busquemos a Dios.

Erdosain entreabre los ojos. Dios. El Infinito. Dios. Cierra los ojos. Dios. Una oscuridad espesa se desprende de sus párpados. Cae como cortina. Lo aísla y lo centraliza en el mundo. El cilíndrico calabozo negro podrá girar como un vertiginoso trompo sobre sí mismo: es inútil, él con sus ojos dilatados estará mirando siempre un punto magnético proyectado más allá de la línea horizontal. Más allá de las ciudades —grita su voz—. Más allá de las ciudades con campanarios. No te desespere —replica Erdosain.

—Más allá —ulula la voz.

—¿Adónde?... ¡Decí adónde, por favor!...

La voz se repliega y encoge. Erdosain siente que la voz busca un recoveco en su carne, donde refugiarse de su horror. Le llena el vientre como si quisiera hacerlo estallar. Y el cuerpo de Erdosain trepida del mismo modo que si estuviese colocado sobre la base de un motor que trabaja con sobrecarga.

—¿Qué hacer en esta «séptima soledad»? Yo miro en redor y no encuentro. Miro, creeme. Miro para todos lados.

Apenas es perceptible el suspiro de esa voz que gime:

—Lejos, lejos... Al otro lado de las ciudades, y de las curvas de los ríos y de las

chimeneas de las fábricas.

—Estoy perdido —piensa Erdosain—. Es mejor que me mate. Que le haga ese favor a mi alma.

—Estarás enterrado y no querrás estar dentro del cajún. Tu cuerpo no va a querer estar.

Erdosain mira de reojo el ángulo de su cuarto. Sin embargo es imposible escaparse de la tierra. Y no hay ningún trampolín para tirarse de cabeza al infinito. Darse, entonces. ¿Pero darse a quién? ¿A alguien que bese y acaricie el cabello que brota de la mísera carne? ¡Oh, no! ¿Y entonces? ¿A Dios? Pero si Dios vale menos que el último hombre que yace destrozado sobre un mármol blanco de una morgue.

—A Dios habría que torturarlo —piensa Erdosain—. ¿Darse humildemente a quién?

Mueve la cabeza. —Darse al fuego. Dejarse quemar vivo. Ir a la montaña. Tomar el alma triste de las ciudades. Matarse. Cuidar primorosamente alguna bestia enferma. Llorar. Es el gran salto, pero ¿cómo darlo? ¿En qué dirección? Y es que he perdido el alma. ¿Se habrá roto el único hilo?... Y sin embargo, yo necesito amar a alguien, darme forzosamente a alguien.

—Estarás enterrado y no querrás estar dentro del cajún. Tu cuerpo no querrá estar.

Erdosain se pone de pie. Una sospecha nace en él:

—Estoy muerto y quiero vivir. Ésa es la verdad.

HAFFNER CAE

A las once de la noche el Rufián Melancólico seguía a lo largo, con paso lento, de la diagonal Sáenz Peña.

Involuntariamente recordaba la conversación sostenida con Erdosain. Un ligero malestar acompañaba a este recuerdo; hacía mucho tiempo que no experimentaba una sensación de repugnancia liviana como la que lo acompañó después de apartarse de Erdosain.

En la esquina de Maipú y la diagonal se detuvo. Obstruían el tráfico largas hileras de automóviles, y observó encuriosado las fachadas de los rascacielos en construcción. Perpendiculares a la calle asfaltada cortaban la altura con majestuoso avance de transatlánticos de cemento y de hierro rojo. Las torres de los edificios enfocadas desde las crestas de los octavos pisos por proyectores, recortan la noche con una claridad azulada de blindaje de aluminio.

Los automóviles impregnan la atmósfera de olor a caucho quemado y gasolina vaporizada.

El Rufián soslaya de una mirada el perfil de una dactilógrafa, y continuó su soliloquio.

—Tengo ciento treinta mil pesos. Podría irme al Brasil. O podría convertirme en

un Al Capone. ¿Por qué no? El único que «jode» es el gallego Julio, pero el gallego va a sonar pronto. Cualquiera día se la «dan». Además, le falta talento. Está El Malek... Santiago. Aquí el único que «traga» es él. Habría que industrializar el contrabando de cocaína. Después está la Migdal... ese gran centro de rufianes tendría que ser exterminado en pleno. ¿Pero aquí hay gente dispuesta a trabajar con ametralladora? ¿Quién se atreve? ¿Y si me fuera al Brasil? Es tierra virgen. Un malandrino inteligente puede hacer negocios extraordinarios allá. Instalarme en Petrópolis o en Niteroi. Llevármela a la Cieguita. Por las otras tres mujeres pagarían diez mil pesos en seguida. Y me la llevaría a la Cieguita. Ella tocaría su violín y yo haría la vida de un gran burgués. Compráramos un chalet frente a una playa... Niteroi es precioso. ¿Por qué iba a cargar con la Cieguita? Cuando camina parece un pato. Sin embargo eso es lo que ha tratado de sugerirme indirectamente Erdosain. ¡Cargar con la Cieguita! Erdosain está loco con su teoría de la castidad. Aunque no ha leído nada, es un intelectual que sintoniza mal. Por las tres mujeres me darían volando diez mil pesos. Todo esto es descabellado. Ilógico. Y yo soy un hombre lógico, positivo. Plata en mano y culo en tierra. Eso. Bueno. Examinemos el problema de acuerdo a la teoría de Erdosain. Yo me aburro. ¿Erdosain cargaría con la Cieguita? La Cieguita está embarazada. Toca el violín. A mí me gusta el violín. Hay sabios que se han casado con su cocinera, porque sabían hacer un guisado impecable. La Cieguita no me pondría cuernos nunca. ¿Podría desearlo a otro hombre? Para desearlo tendría que verlo, mas, como es ciega, no puede verlo; en consecuencia, me querría incondicionalmente a mí. Por amor, por deseo, por gratitud. ¿Quién se casaría con una ciega? Un pobrecito no, un rico, menos que menos. Es «macanudo» ese Erdosain. Las gansadas que le hace pensar a uno. Bueno, vamos por partes.

Con el cigarrillo humeando entre los labios y las manos en los bolsillos, Haffner se detiene frente a la excavación de los cimientos de un rascanubes. El trabajo se efectúa entre dos telones antiguos de murallas medianeras que guardan en sus perpendiculares rastros de flores de empapelados y sucios recuadros de letrinas desaparecidas. Suspendidas de cables negros, centenares de lámparas eléctricas proyectan claridad de agua incandescente sobre empolvados checoslovacos, ágiles entre las cadenas engrasadas de los guinches que elevan cubos de greda amarilla.

El viento frío barre el polvo de la diagonal. El Rufián Melancólico escupe por el colmillo y sumergiendo más las manos en los bolsillos avanza con lento paso gimnástico mascullando su cavilación.

—Nadie puede negar que soy un hombre positivo. Plata en mano y culo en tierra. La Cieguita me adoraría. No me molestaría para nada. Se atracaría de dulces, me despiojaría y tocaría el violín. Además, como es ciega, piensa cien veces más que el resto de las mujeres, y eso me entretendría. En vez de tener un perro feroz, como algunos, tendría una cieguita que, hecha una flor, andaría por la casa dale que dale al violín, y yo sería absolutamente feliz. ¿No es esto macanudo? Yo, un «fioca», hombre de tres mujeres, hijo de puta por cualquier costado, me permitiría el lujo de cuidar

una azucena. La vestiría. Le compraría preciosas sedas, y ella, tocándome con los dedos el semblante, me diría: «Sos un santo; te adoro».

Razonemos. Hay que ser positivo. ¿Otra mujer puede hacerme feliz? No. Son todas unas yeguas. Con cualquiera de ellas tendría que hacer el «mishé». Y terminaría rompiéndole alguna costilla de un palo. En cambio, yo sería el Dios de la Cieguita. Viviríamos a la orilla de una playa, y el día que me aburriera la tiro al mar para que se ahogue. Aunque no creo que eso ocurra. Por otra parte la música me gusta. Cierto es que podría sustituirla a la Cieguita por una victrola, pero una colección de buenos discos es carísima, y además con la victrola yo no me podría acostar.

Claro está que casarse con una ciega no deja de constituir un disparate. No seré tan obcecado de negarlo. Pero casarse con una mujer que tiene los ojos habilitados para ver lo que no le importa es más disparate aún. En cambio, la Cieguita, con su cara pálida y los brazos al aire, no me molestaría para nada, y quién sabe si no me cambiaría la vida. Erdosain estará loco, pero tiene razón. La vida no se puede vivir sin un objeto. Además, se me ocurre que Erdosain no tiene esta sensación, que es importantísima: ¿La vida se puede transformar de manera que una ciruela tenga la sensación de haber sido siempre guinda? Cuando pienso en la Cieguita tengo esa misma sensación. Dejaré de ser el que soy para convertirme en otro. Posiblemente en esto influya el magnetismo de que está cargada la Cieguita. Como vivió en las tinieblas, cada vez que uno la mira le da las gracias a Dios o al diablo de tener los ojos bien abiertos.

El Rufián Melancólico ha entrado ahora en una zona tan intensamente iluminada, que visto a cincuenta metros de distancia parece un fantoche negro detenido a la orilla de un crisol. Los letreros de gases de aire líquido reptan las columnatas de los edificios. Tuberías de gases amarillos fijadas entre armazones de acero rojo. Avisos de azul de metileno, rayas verdes de sulfato de cobre. Cabriadas en alturas prodigiosas, cadenas negras de guinches que giran sobre poleas, lubricadas con trozos de grasa amarilla. Más arriba, la noche enfoscada por el vapor humano. Haffner gira lentamente la cabeza, como un fantoche hipnotizado por el reverbero de un crisol.

En las entrañas de la tierra, color mostaza, sudan encorvados cuerpos humanos. Las remachadoras eléctricas martillean con velocidad de ametralladoras en las elevadas vigas de acero. Chisporroteos azules, bocacalles detonantes de soles artificiales. Chrysler, Dunlop, Goodyear. Hombres de goma, vertiginosa consumación de millares de kilovatios rayando el asfalto de auroras boreales. Los subsuelos de los edificios de cemento armado vuelcan a la calle una húmeda fresca de frigoríficos.

El Rufián escupe y camina. Rechupa la colilla de su cigarrillo y llena de aire sus pulmones. La ciudad entra en su corazón y se vuelca por sus arterias en fuerza de negación:

—Por otra parte, ¿qué hago aquí, en esta ciudad? Estoy aburrido. Mi vida no tiene objeto. Cualquiera día me matan. No es únicamente el pibe Repollo el que «me la tiene

jurada». ¿Y el Marsellés? «Cafishear» a una desgraciada no puede ser considerado un objeto en la vida. Nada tiene objeto en la vida, ya lo sé, soy un hombre positivo... pero la luz... ¿Dónde está esa luz? ¿Existe la luz o es una invención de los muertos de hambre? ¿Crean en la luz los que hablan de ella, por ejemplo, el Astrólogo? ¿En qué puede creer el Astrólogo? En nada. En cambio, la Cieguita cree en mí. Cuando me dice que me quiere me dan ganas de reírme, pero en cuanto toca el violín y serrucha el cielo con su música mi vida puerca se reparte entre estos dos términos: se es feliz o no se es feliz. Y la verdad es que no soy feliz. Podría organizar el «malandrínaje», ser un segundo Al Capone, pernoctar en un auto blindado y ayudar a las células comunistas de todo el mundo, y continuaría tan aburrido como una ostra. Mujeres honradas no existen. La Ciega de nacimiento es la única mujer absolutamente honrada, pura. Ella es pura aunque se entregó a mí. Es maravilloso descubrir semejante singularidad después del asqueroso espectáculo que ofrecen hombres y mujeres. Ella es absolutamente pura, químicamente pura. No la ha contaminado la porquería del mundo, porque el mundo es una noche sin alternativas para ella. Las tinieblas completas. ¿A ver? Dentro de estas tinieblas camina con la sensación del latido de su corazón. Yo existo para ella como un relieve que tiene un especial timbre de voz. ¡Pobre Cieguita! Y yo que pensaba prostituirla. ¡Qué bestia!

A medida que camina, Haffner se empapa de la potencialidad sorda y glacial que emana de estos edificios, frescos como una refrigeradora eléctrica. A veces sus ojos tropiezan con un ascensor negro que cae vertiginoso, encendidas sus luces verdes y rojas. Junto a las jaulas hexagonales de hierro y cemento que perforan el cielo con una claridad pálida y vertical, en potreros baldíos se extienden, como en un Far West, sobre pisos de tablas, chatos cotages de madera pintada de gris. Fruteros napolitanos venden sandías y manzanas reinetas a «cocottes», con gestos de grandes señores que le ofrecen un ramo de flores a una primera actriz.

—No, no, la vida tiene que ser otra. Lo evidente es su crueldad. Unos se comen a los otros. Es lo evidente. Lo real. Los únicos que escapan a esta ley de ferocidad son los ciegos y los locos. Ellos no devoran a nadie. Se les puede matar, martirizar. No ven nada los pobrecitos. Oyen los ruidos de la vida como un encalabozado la tormenta que pasa.

¿Qué es lo que se opone, por otra parte, a que me case con la Cieguita? Sería el día más feliz, más brutalmente extraordinario de su vida. Supongamos que yo pudiera convertirme en Dios. ¿Qué haría yo? ¿A quién condenaría? ¿Al que hizo mal porque su ley era hacer mal? No. ¿A quién condenaría, entonces? A quien habiendo podido convertirse en un Dios para un ser humano, se negó a ser Dios. A ése le diría yo: ¿Cómo? ¿Pudiste enloquecer de felicidad a un alma y te negaste? Al infierno, hijo de puta.

Haffner se detiene y observa.

Entre la blancuzca suciedad de muros antiguos y que conservan rectangulares rastros de piezas de inquilinato, eliminadas por la demolición, trabajan en las grúas

hombres rubios de traje azul. Los camiones van y vienen cargados de greda. En la calzada, autos a los que les falta el cuarto de baño para ser perfectos, con choferes tan graves como embajadores de una potencia número 2, conducen en sus interiores mujercitas preciosas, perfil de perro y collares de cuentas gordas como las indígenas del Sudán Negro.

—Yo puedo convertirme en un Dios para la Cieguita. ¿Puedo o no puedo? Claro que puedo. «Fioca» con todos las agravantes, puedo convertirme en un Dios para la Cieguita. Al convertirme en un Dios dejo de ser el marido de la Vasca, de Juana y de Luciana. Además, la Cieguita no necesita saber nada de estas cosas. Ni yo decirles a esas vagas que me «rajo». Puedo traspasarlas con una simple documentación. Mosiós Yoryet me compraría inmediatamente a Luciana. La Vasca podría endosársela a Trededados. La ropa que tiene Juana vale mil pesos. ¿Quién no paga dos mil pesos por Juana? Habría que estar loco para no cerrar trato al galope. En última instancia, que se arreglen. Yo no voy a ser más rico ni más pobre con diez mil pesos. Podríamos ir al Brasil, aunque el Brasil me pone triste. Nos iríamos a París. Compraríamos alguna casita en el arrabal, y yo leería a Víctor Hugo y las macanas de Clemenceau. Bueno, lo indispensable ahora es casarse con la Cieguita. Lo siento en el alma; es como un fervor, no de sacrificio, yo soy un hombre positivo, sino de felicidad, de vida limpia. Aquí todos vivimos como puercos. Erdosain tiene razón. Hombres, mujeres, ricos, pobres, no hay un alma que no esté enmerdada. Al campo tampoco iría. A un pueblo de campo, no. Al campo campo sí. Podría tener una chacra, entretenerme... ¿cómo le va a gustar a la Cieguita el proyecto de la chacra! Me voy a fijar en los avisos de «La Prensa». Una chacra que tenga muchos árboles frutales, vacas con cencerro y una noria. La noria es indispensable. El alma se me limpiaría junto a un árbol en flor. Una estrella vista entre las ramas de un duraznero parece una promesa de otra vida. La chacra no impediría que la Cieguita tocara el violín. Viviríamos solos, tranquilos... ¿Acaso la vida es otra cosa que la aceptación tranquila de muerte que se viene callando?

Ahora el Rufián va a lo largo de vitrinas inmensas, exposiciones de dormitorios fantásticos de maderas extravagantes; dormitorios que hacen soñar con amores imposibles a los muchachos de tienda que llevan del brazo a una aprendiz pecosa cuyo ideal, como el título de un fox trot, podría ser: «Te amaría en una voiturette de 80 H.P.».

Los letreros tubulares se encienden y se apagan. Los baldíos negrean de automóviles custodiados por guardianes cojos o mancos.

Dos hombres correctamente vestidos caminan tras de Haffner, manteniendo siempre una distancia de cincuenta metros. Cuando el Rufián se detiene, ellos hacen alto para encender un cigarrillo o cruzan la vereda.

Las calles son ahora sucesiones de jardines sombríos, con pinos funerarios que el viento dobla, como en las soledades del Chubut. Criados con saco negro y cuello palomita levantan la guardia frente a las negras y marmóreas guaridas de sus amos.

Ruedan automóviles silenciosamente. Los dos desconocidos caminan mudos tras de Haffner, que a su vez persigue a la ciega en su imaginación.

—Los que deben tener una sensación precisa de la muerte deben ser los ciegos. Supongamos que yo la quisiera ahogar a la Cieguita. ¿Ella se daría cuenta? ¿Lo presentiría?

El Rufián pasa por la vereda frontera sin distinguir a los dos individuos que cruzando la calle le siguen rápidamente. De pronto tres estampidos llenan la calle de humo. Haffner gira vertiginosamente sobre sus talones, divisa dos brazos esgrimiendo pistolas. Instantáneamente adivina la nada. Quiere putear. Nuevamente, a destiempo, dos estampidos perforan con manchas bermejas la oscuridad. Una quemadura en el pecho y un golpe en el hombro. Más cercana retumba otra explosión en su oído y cae con esta certeza:

—¡Me jodieron!

BARSUT Y EL ASTRÓLOGO

A la misma hora que entre un tumulto de transeúntes dos vigilantes cargaban al Rufián Melancólico en una camilla de la Asistencia Pública, el Astrólogo y Barsut conversaban en Temperley.

El Astrólogo, hundido en su sillón forrado de terciopelo verde, termina de contarle la visita que esa tarde le hiciera Hipólita, mientras que Barsut, embutido en una salida de baño, recostado en una hamaca, lo escucha, con el codo cargado en la palma de la mano derecha. La izquierda sostiene su mejilla tupida de barba.

El joven atiende pensativo. Bajo sus cejas alargadas hacia las sienes, los ojos verdes cruzan preguntas, en movimientos imperceptibles.

El Astrólogo, haciendo girar con los dedos de la mano izquierda el anillo con la piedra violeta, termina su relato, interrogativo:

—¿Qué opina usted?

—¿Ella cree en la posibilidad de las células femeninas?

—Cree tanto como usted...

—Es decir, cree y no cree...

El Astrólogo se echó a reír ruidosamente, y exclama:

—Ella también terminará por creer. Ella también...

—¿Tanta fe se tiene usted?

—Inmensa...

—¿Y si falla?

—Entonces los que pagarán serán ustedes, no yo —y nuevamente el Astrólogo se ríe tan ruidosamente que Barsut, molesto, acaba por preguntarle:

—¿Qué diablos tiene usted esta noche que está tan contento?

—Me causa alegría pensar que una media docena de voluntades asociadas pueden

poner patas arriba a la sociedad mejor constituida. Fíjese, si no: ¿leyó hoy los diarios?

—No...

—Venía un telegrama muy interesante de la United Press. Las bandas de Al Capone y George Moran, alias el Chinche, se han aliado para explotar el vicio.^[4] Lo cual significa que en Chicago quedarán suprimidos por algún tiempo los combates con fusiles ametralladoras entre los rufianes de ambas pandillas. No sé si usted sabrá que Al Capone es dueño de un palacio de mármol en la orilla de Miami que deslumbra a diez kilómetros de distancia. Los diarios se ocupan de la alianza de Al Capone y del Chinche como se ocuparían de un tratado ofensivo y defensivo entre Paraguay y Bolivia o Bolivia y Uruguay. ¿No le parece notable? Las agencias telegráficas hacen correr la noticia por toda la redondez del planeta. Estamos en el siglo veinte, amigo, y a estas horas todos los imbéciles honestos que decoran el planeta se han enterado de la alianza de dos eximios bandidos, que las leyes norteamericanas respetan y que se reparten en toda la costa del Atlántico el contrabando de alcohol, la explotación de la prostitución y del juego. Más aún: en estos momentos, cientos de reporteros visitarán la casa de Aiello, el secretario de Al Capone, solicitándole informes respecto al pacto ofensivo y defensivo tramitado entre los dos criminales protegidos por los políticos, la policía y los bebedores de todo Estados Unidos.

La risa se había borrado ahora del semblante del Astrólogo. Se levantó pálido, y fijando una dura mirada en Barsut prosiguió, caminando al mismo tiempo de un punto a otro del cuarto.

—Estoy hambriento de revolución social. ¿Sabe lo que es tener hambre de revolución? Quisiera prenderle fuego por los cuatro costados al mundo. No descansaré hasta que no haya montado una fábrica de gases. Quiero permitirme el lujo de ver caer la gente por la calle, como caen las langostas. Sólo respiro tranquilo cuando me imagino que no pasará mucho tiempo entre el día aquel que unos cincuenta hombres a mi servicio tiendan una cortina de gas de diez kilómetros de frente.

Barsut lo miró sorprendido al Astrólogo. Éste hablaba solo. No se dirigía a él. Iba y venía en el reducido cuarto, que se llenaba del volumen de su vozarrón y del eco de sus resonantes pasos. El cabello encrespado sobre su sólida cabeza transparentaba al pasar bajo la lámpara eléctrica canas brillantes como virutas de plata.

Lo miró incoherentemente a Barsut y prosiguió:

—¿Se da cuenta lo que significa una cortina de gas de diez kilómetros de largo por cinco metros de altura?... —de pronto, sacudió la cabeza, se restregó la frente, y como si acabara de despertarse—: Estoy diciendo disparates. La verdad es que me indigna el funcionamiento de esta maquinaria capitalista, que tolera las organizaciones más criminales siempre que estas organizaciones reporten un beneficio a los directores de la actual sociedad.

—Esas cosas sólo pueden ocurrir en los Estados Unidos.

—¿Y por qué no aquí?

—Porque nosotros no nos sentimos con fuerzas para ser tan bandidos.

—Ha dicho una verdad. Somos honrados por debilidad. A esta debilidad le ponemos cualquier etiqueta con un adjetivo de virtuosidad, y... pero yo me siento fuerte. Y únicamente triunfan los que están seguros de triunfar. Muchas veces pienso en Napoleón; se me ocurre que no hay nadie que durante su vida, en el plazo de un minuto, no haya querido ser Napoleón... pero todo el mundo sólo ha querido ser Napoleón o Lenin durante un minuto de voluntad... calcule usted, el término medio de la vida humana es sesenta años... recién a los veinticinco se comienza a vivir... quedarían treinta y cinco años por delante... cada año tiene cuatrocientos dieciocho mil cuatrocientos minutos... calcule usted un deseo golpeando en todas las posibilidades durante cuatrocientos dieciocho mil cuatrocientos minutos, multiplicados por treinta o treinta y cinco años...

—Debería descontar las horas de sueño.

—Cuando hay un gran deseo, aun durmiendo se desea... ¡qué he dicho!, aun en el delirio de la fiebre se continúa deseando... en la agonía se desea... ¿Qué digo? Hasta los condenados a muerte desean. Muchos piden, como gracia postrera, poder poseer a una mujer. Tan maravilloso es el instinto creador del hombre. Únicamente los hombres poca cosa hacen filosofía de su castración mental. Cuando usted choque con un imbécil que diserte sobre su inercia, puede estar seguro de que se encuentra frente a un monstruo de la envidia y de la impotencia.

—Usted es formidable. ¿Ha deseado en la agonía?...

El Astrólogo se detiene y cierra automáticamente la puerta del antiguo armario, girando la llave olvidada en la cerradura.

—Sí. Estaba muriéndome, me pusieron el tomaoxígeno en la nariz... yo pensé: «estoy por morirme»... luego la idea se apartó de la muerte y quedó fija en la imagen que representaba un deseo... Por eso voy a triunfar. De allí que me indigne cuando se dice de un hombre que ha vencido: «tiene suerte». Lo que ha sucedido es que ese hombre estaba buscando un agujero por donde escapar. ¿Ha visto usted un tigre en una jaula? Lo mismo es el hombre que quiere conseguir algo grande. Va y viene frente a los barrotes. Otros se fatigarían. El no. Va y viene como una fiera. Minutos, horas, meses, años... montones de cuatrocientos mil cuatrocientos minutos... dormido y despierto, sano y enfermo. Es como una fiera, va y viene. En cuanto el destino se descuida, la fiera de un gran salto traspone la muralla, y ya no la cazan más...

—No le digo para adularlo... pero usted es formidable. Es una gran bestia.

—Yo también lo sé. Vea los músculos que tengo. —Barsut se levanta y palpa los bíceps de la Bestia. Los dedos y el tejido de la ropa resbalan sobre una fibrosa elasticidad de acero—. Hago diez «rounds» de sogá todavía —continúa el Astrólogo—. Sé boxear. Cuando lo hice secuestrar no quise pegarle, porque podía matarlo de un golpe.

—Dígame... ¿y la comedia del asesinato?

El Astrólogo con el pie aplasta una colilla que Barsut acaba de arrojar, cierra los brazos de un compás de bronce, abierto sobre el escritorio, y continúa:

—Erdosain creía que un crimen modificaría su vida. Yo en cambio, estaba seguro de que el crimen no modificaría, absolutamente nada, su naturaleza psicológica. Había que probar sin embargo, y las circunstancias no podían presentarse mejor.

—¿Y usted qué siente por Erdosain?

—Un gran afecto. Representa para mí la humanidad que sufre, soñando, con el cuerpo hundido hasta los sobacos en el barro.

—Yo le he pegado.

—No se preocupe. Ese pecado lo tendrá que pagar algún día...

—¿Y yo para usted qué soy?

—El que busca. No la verdad. A usted no le interesa la verdad. Usted busca algo que lo distraiga. Más adelante le interesará la verdad. Los hombres, como las criaturas, sienten necesidad de juguetes, de apariencias. Algunas criaturas se aburren inmediatamente de los juguetes, porque los juguetes carecen de vida. Erdosain pertenece a ese grupo; otros, en cambio, se atan a las apariencias.

—Eso mismo.

—¿Y cómo se busca la verdad?

—Buscándose a sí mismo.

—¿Y qué hay que hacer para encontrarse a sí mismo?

—Obedecer.

—¿A usted?

—Al que usted sienta... no a mí. Algún día tendrá que obedecerse a sí mismo.

—Es que yo sentiría placer en obedecerle a usted.

—¿Sabe que eso se llama la voluptuosidad de la humillación? Su excesivo amor propio le hace creer que es superior a mí, cosa que no me importa...

—No... Además le tengo envidia.

—Déjeme... y entonces obedecerme a mí es imponerse una humillación tan agradable... ¿a ver?... , como si usted, siendo millonario se disfrazara de pordiosero y consintiera en que le negara un cobre aquel que de saber quién es usted le besaría los pies.

Barsut lo observa al Astrólogo.

—Es cierto, tiene razón... pero dígame... ¿por qué yo tengo respecto a usted semejante sentimiento? No debía sentirlo porque lo admiro.

—Al contrario, está muy bien que envase tal sentimiento. Es la fuerza. Cuando se llevan fuerzas adentro, siempre se reacciona frente a los otros.

Barsut lo escucha al Astrólogo, pero con la vista sigue una pequeña araña que cruza velozmente por el rojizo marco de la ventana.

—Es que también soy perverso.

—Otra manifestación de la fuerza.

—Hay algo, sin embargo, que no me llama la atención. Es el dinero. Siento un desprecio absoluto por el dinero. Para otro hombre, el dinero que usted me quitó por la violencia constituiría una desgracia irreparable... para mí ese dinero no existió nunca...

—Es la manifestación más directa de su fuerza. Usted desea y espera el poder... no sabe de dónde vendrá ese poder... pero el dinero no lo seduce... es decir... no existe para usted...

—¿Y esa fuerza?

—Es la voluntad de vivir. Cada hombre lleva en sí una distinta cantidad de voluntad de vivir. Cuantas más fuerzas, más pasiones, más deseos, más furores de plasmarse en todas las direcciones de inteligencia que se ofrecen a la sensibilidad humana. Querrá ser general, santo, demonio, inventor, poeta...

—Son apariencias... ninguna satisface.

—La única es querer ser Dios. Confundirse con Dios. Se pueden contar con los dedos de las manos los hombres a quienes la necesidad de realizarse les hizo sentir la voluntad de vivir en dioses. Lenin fue el último dios terrestre que pasó por el mundo.

—¿Y proporciona grande felicidad?

El Astrólogo guiña los ojos. Ha sentido temblar la voz de Barsut en la pregunta. Recoge una vírgula de madera y la desmenuza entre la yema de dedos; luego, estirando una pierna para desencalambrarla, y meneando la cabeza, dice:

—Hay muchas felicidades terribles de las que no conviene hablar. Si usted busca sinceramente la verdad, las conocerá.

—¿Y por qué no se comunican esas verdades a los hombres?

—Porque no están preparados para recibirlas, y por lo consiguiente no las entenderían. Creerían que eran frases puestas en línea para entretenerlos; las leerían y esas verdades tocarían con menos fuerzas sus entendimientos que burdas mentiras. Podría ocurrir, además, algo más grave. Convertirían esas verdades en monstruosidades.

—¿De modo que hay secretos aún sobre la tierra?

—No. Atiéndame bien. Lo que hay son avances interiores de la voluntad de vivir. Cuanto más intensa y pura sea la voluntad de vivir, más extraordinaria será la sensibilidad que capta conocimiento, de manera que en un momento dado el cuerpo humano llega al estado del hermafrodita.

—¿Cómo?...

—Es hombre y mujer simultáneamente. Pero, ¿ve? ya usted se asombra groseramente. Ha pensado inúmeras obscenidades en un minuto. Se le ha ocurrido un hombre masculino y femenino, simultáneamente. No hay nada de eso. Este hermafroditismo es psíquico; el cuerpo envasa a la mujer y al hombre tan perfectamente con sus dos distintas sensibilidades, que la personalidad doble absorbe las energías sexuales, y entonces la resultante es un hombre o una mujer sin las necesidades sexuales de uno u otro. Es decir, es perfecto en su perfecta soledad sin

deseos. Está más allá del hombre. Es el superhombre.

—¿Y existen actualmente tipos así?

El Astrólogo se detuvo frente al mapa de los Estados Unidos, y enderezando una bandera negra fijada sobre el territorio de Kansas, respondió:

—Sí.

—¿Usted es uno de ellos?

—No. Mi fuerza es todavía imperfecta, mi voluntad de vivir exige muchas realizaciones.

—¿Y cómo conoce esos secretos entonces?

—Por intuición. Obsérvese usted, a sí mismo, en un gran momento de exaltación psíquica y constatará que se ha olvidado del sexo. Está más allá del macho y de la hembra. Desprecia la sexualidad.

—Es cierto.

—Eso ocurrirá en el hombre futuro. Su acto sexual con la mujer, o viceversa, tendrá la finalidad de fecundarla; ella aceptará al hombre en esa única función; luego vivirán ambos su vida perfecta y armoniosa, ¡pero qué diablos del hombre del mañana!... hablábamos del hombre de hoy, que es usted envidioso.

—Además, pérfido. Me gusta pensar iniquidades. Fíjese: para dormirme tengo que imaginar que soy capitán de una fortaleza de piratas, sitiada... ¿no le aburre?

El Astrólogo levanta una mano para rascarse la cabeza.

La sombra de su brazo, lanzada hasta el alto cielorraso, desciende por el muro y se troncha sobre la mesa cargada de papeles.

—Interesante... cuente...

—El emperador de España de esos tiempos, aliado por necesidades coloniales con el de Inglaterra, envía cien barcos a sitiar mi fortaleza. Primero pienso que los cañones podrán rechazar esa flota; noto que la artillería es insuficiente, y he aquí que en mi fortaleza descubro un yacimiento petrolífero y por medio de mangueras proyecto chorros de cien metros de largo de petróleo encendido, sobre las tropas. Entonces me detengo encantado en el espectáculo de millares de hombres que corren de un lado a otro, ardiendo vivos. Veo las chispas que saltan de la casaca de un soldado y que le prenden fuego a las ropas de otro; hasta una cabeza rapada con el cuello entre las llamas, que trata, con el mentón para arriba, de escapar del cuello...

—Es siempre la fuerza que no tiene salida en usted. Algún día, acuérdesse usted, será pronto, los psicólogos harán encuestas para averiguar lo que piensan los hombres antes de dormirse. Sería interesante saberlo, pues ello permitiría establecer cuál es la tendencia psíquicamente humana desviada de su camino por el régimen de esclavitud a que están sometidos los hombres.

—¿Y cuál es el camino para usted?

Barsut se estremeció de frío y ajustó la salida de baño entre sus pantorrillas desnudas. El Astrólogo se quitó el anillo de acero, frotó la piedra contra la manga de su blusón gris y continuó:

—Ahora, la organización de la Academia Revolucionaria.

—¿Y yo llegaré a ser algo?

—Para ser algo... hay que saber en qué consiste ese algo. A mí no me interesa. Demuéstreme que usted es capaz de ser algo y entonces conversaremos...

—Perfectamente, le voy a obedecer... quiero decir, trataré de ayudarlo lealmente. Y si se me ocurre hacerle alguna canallada o traicionarlo, le diré: he pensado esto...

—Me parece muy bien. Es la única forma para usted de libertarse de cometer horrores inútilmente... Diga siempre lo que piense, no por mi seguridad sino para su tranquilidad. No se olvide de esto. Si a usted se le ocurre una monstruosidad, no la oculte, porque si no la comunica la monstruosidad lo trabajará intermitentemente, de tal forma que va a llegar un momento en que no podrá dominar el impulso de cometerla...

—¿Sabe que usted es un demonio? Lo sabe todo... Uno lo oye hablar a usted y comprende que dice la verdad, que es sincero, que no miente. Por eso va a triunfar...

—Hablo únicamente de lo que internamente estoy convencido...

—¿Y lo de los esclavos?...

—Había que deslumbrarlo a usted y a Erdosain. Por eso mis palabras sonaban a mentiras. Mi verdadero plan es organizar la academia revolucionaria. Se habla de revolución, mas en realidad la gente ignora la técnica de una revolución. Revolución quiere decir interrupción de todos los servicios públicos. ¿Cómo se abastece de agua a la ciudad? ¿Quiénes recogen las basuras? ¿Cómo se continúa haciendo llegar el ganado a los mataderos y la harina a las panaderías? Y los ferrocarriles, y la luz, ¿se da cuenta que un movimiento revolucionario es el mecanismo más complicado que pueda concebirse, porque de inmediato lastima los intereses de la multitud, que es la que puede hacerlo fracasar? Y los militares. El ejército rojo que hay que improvisar. Y el reparto de tierras. Y las herramientas. ¿Cuántas toneladas de hierro se necesitan para fabricar los arados? ¿Cuánto tiempo para fundirlo? ¿Cuántos hornos, cuántos operarios? ¿Y los bancos? ¿Las relaciones exteriores? ¿La resistencia de la burguesía? ¿El hambre? ¿Los movimientos de resistencia? Una revolución es posible improvisarla en un año pero es imposible sostenerla sesenta y dos horas. En cuanto se terminó el pan y de las canillas no sale una gota de agua, la gente comienza a barruntar que es preferible una mala dictadura capitalista a una buena revolución proletaria.

—¿Y entonces?

—Hay que preparar técnicos. El Especialista en Revoluciones. Es una idea de Erdosain. Organizar cursos secretos donde se habiliten ingenieros en movimientos sociales bruscos. Así como durante la guerra se preparaban instructores militares, enfermeras, artilleros, etc., nosotros prepararemos Especialistas en Revoluciones. Ellos a su vez harán lo que hemos hecho nosotros, de manera que una vez puesto en marcha el mecanismo no es necesario que las células tengan contacto con el núcleo central. En síntesis, incrustar en la sociedad actual una cantidad de pequeños cánceres

que se multiplicarán. Usted sabe que un cáncer es un tejido que no acaba nunca de crecer. He visto cánceres que abarcaban un cuerpo entero. Algo fantástico.

Barsut dejaba humear el cigarrillo entre sus dedos. Las azules volutas de humo se superponen en anillos concéntricos. Las cabezas de los dos hombres se reflejaban en el mapa de los Estados Unidos.

—¿Y nosotros constituiremos el cáncer matriz?

—Sí. Si nuestros comunistas tuvieran un poco de inteligencia lo hubieran hecho... pero ni aun nada malo es posible esperar de ellos. Se la pasan escribiendo proclamas con una sintaxis ridícula y una ortografía pésima. De los socialistas no hablemos. Muchos de ellos son pequeños propietarios. Fueron socialistas cuando vinieron desnudos casi de Europa al país, y por sentimentalismo continúan siéndolo, cuando explotan a otros desgraciados que llegan más desnudos que ellos. Son pequeños propietarios, tienen hijos en la Universidad de Derecho, en la Escuela Militar y la Facultad de Medicina. Es para reírse... Nosotros también enviaremos muchachos... nuestros hijos a la Escuela Militar... pero antes, desde niños, los criaremos en una atmósfera revolucionaria, oyendo continuamente hablar del triunfo de la causa social. Cuando estén perfectamente inmunizados contra el militarismo al servicio del capitalista los haremos ingresar a la Escuela Militar, a la escuela de suboficiales, a la marina, escuela de aviación; en pocos años podemos tener desparramados cánceres en todas las instituciones...

—¿Sabe que es magnífico?

—En la colonia también tendremos algunos instructores militares. Formaremos instructores de artillería y combate de gases, técnicos metalúrgicos, hay que fundir muchos arados y bombas... instructores químicos, hay que fabricar gases y explosivos; disponer de los instructores de comunicaciones, de puentes, instructores económicos; compraremos un avión... hay aquí, en el país, varios oficiales militares alemanes que son aviadores y se mueren de hambre... los contrataremos y prepararán pilotos. Incluso el espionaje y pena de muerte en su aplicación necesitan técnicos, porque una revolución sin condenados a muerte es como un guiso sin salsa. Hay que ejecutar a los que son peligrosos y a los que no lo son también. Precisamente la ejecución de estos últimos es la que más terror inspira. En los tiempos de revolución hay individuos que habiendo sido conservadores se convierten instantáneamente en revolucionarios. El caso es continuar en el poder para ellos.

—Habrá que crear reglas escénicas para ejecutar...

—Eso mismo. Un bandido ejecutado con el ceremonial estético indispensable vale por cien pilletes muertos de mala manera. Además, seamos consecuentes —el Astrólogo se ríe frotándose las manos—: A un X o a un XX no se lo puede ejecutar como a un patrón de panadería. A los bandidos gordos hay que colgarlos... al patrón de panadería se le puede fusilar... pero a un X... ¡qué diablos! hay que ahorcarlo con todas las reglas del caso. A simple vista parecería que ahorcar y fusilar es lo mismo... pero no... para ahorcar hay que preparar el cadalso, transportar las maderas a

medianoche y despertar a los vecinos...; esto crea una atmósfera de interés digna de todos los latrocinios que ha cometido el ilustre pillete que se va a colgar...

La puerta del escritorio se entreabrió, y el judío Bromberg asomó su cabeza cabelluda, diciendo al tiempo que miraba incoherentemente al mapa de los Estados Unidos, con sus banderas negras clavadas en los territorios donde dominaba el Ku-Klux-Klan:

—Hay un señor que dice que es abogado y amigo del señor Haffner.

El Astrólogo sonrió y, mirándolo a Barsut, le suplicó:

—¿Quiere dejarme solo, amigo mío? Aquí llega otro futuro «cáncer».

EL ABOGADO Y EL ASTRÓLOGO

Un minuto después entraba el «abogado amigo de Haffner».

—Yo lo esperaba —dijo el Astrólogo yendo a su encuentro—. Usted se retiró de una forma extraña la otra mañana, de nuestra reunión. Tome asiento.

El Abogado ocupó el mismo lugar en que antes estuviera Barsut. Pero una vez que se hubo sentado, al mirar el mapa de los Estados Unidos, tatuado de banderas negras, se levantó, y acercándose al escritorio, examinó con detenimiento el trabajo del Astrólogo.

—¿Qué es esto? —murmuró.

—Los territorios donde domina el Ku-Klux-Klan...

—Ah... —dijo, y retirándose se sentó nuevamente.

Era un guapo joven. Si algo había en él de característico era una desenvoltura ágil, cierto aire de autoridad, como si estuviera acostumbrado al mando. Bajo su traje raído y muy arrugado se adivinaba un cuerpo recio, sumamente trabajado por la gimnasia.

«Un hombre caído en desgracia» —pensó el Astrólogo, mientras se paseaba por el cuarto con las manos a las espaldas. El pensamiento trabajaba bajo todos los nervios de su semblante romboidal. De pronto, volviendo medio rostro al abogado, le lanzó la pregunta:

—¿Usted enarboló una bandera de oro en la Facultad de Derecho, no?

—Sí. Yo quería protestar contra el régimen conservador. Al mismo tiempo quería significar que sobre el mundo había advenido la Era de Oro... Renuncié a todo. Usted sabe, he renunciado a las riquezas, y sin embargo mi familia podía proporcionarme todos los medios para ganar mucho dinero con el ejercicio de mi profesión. Actualmente me hago la comida, me lavo la ropa... y soy un «doctor», como dice admiradamente la gente. Pero no es a esto a lo que he venido. Yo necesito conversar con usted seriamente.

—A ver...

—Deseo saber si usted es un comediante, un cínico o un aventurero.

—Las tres cosas expresan lo mismo.

—En mayor o menor grado... pero no hagamos sutilezas. Dígame ¿qué es lo que hay de cierto en la intervención de los militares? Mejor dicho: en la comedia que el Mayor pretende que ustedes realicen...

—Nada... una simple idea...

—No es ésa la contestación.

—Tampoco es la pregunta...

—Bueno... quiero hacer una composición de lugar respecto a usted. ¿Usted se prestaría a organizar una célula comunista para hacer una comedia que favoreciera a los militares?

—Yo, sí.

—Entonces usted es anticomunista.

—No, soy comunista...

—¿Y siendo comunista usted traicionaría a sus compañeros para favorecer una asonada militar, con el pretexto de que el país va a ser víctima del comunismo?

—Sí.

—No lo entiendo.

—Yo sí me entiendo.

—¿De qué manera?

El Astrólogo se puso de pie, caminó unos instantes en el cuarto y luego dijo:

—El nivel intelectual del país es pésimo. Con lo dicho quiero decirle que nuestro pueblo, en su mayoría, por procedimiento de evolución no llegará jamás a admitir íntegramente el comunismo. Se opone a esto no sólo el interés de los capitalistas sino el de los cuerpos políticos democráticos, que viven y se enriquecen representando al pueblo. Es decir, que nosotros nunca podremos llevar el convencimiento y aceptación del comunismo por procedimientos intelectuales al pueblo. Un pueblo se hace comunista por hambre o por el exceso de opresión. Nosotros no tenemos poderes para provocar el hambre... tampoco para provocar la opresión. Los únicos que pueden oprimir y tiranizar a un estado son los militares ¡Entonces auxiliamos a los militares a clavar las uñas en el poder...

—Es un juego largo...

—Regular. Lo que ocurre es que nosotros somos una raza avara, acostumbrada a decir: Es preferible una paloma en la mano a ciento volando. Yo en cambio prefiero cien palomas volando a una en la mano. Ésta es también la técnica del ajedrez... ¿Usted juega al ajedrez?

—No...

—Sin embargo, usted admira a Napoleón... Hay que jugar al ajedrez, querido amigo... El ajedrez es el juego maquiavélico por excelencia... Tartakover, un gran jugador, dice que el ajedrecista no debe tener un solo final de juego, sino muchos; que la apertura de una jugada cuanto más confusa y endiablada, más interesante, es decir más útil, porque así desconcierta de cien maneras al adversario. Tartakover, con

su admirable vocabulario de maquiavelista del ajedrez, denomina a este procedimiento: «elasticidad de juego». Cuanto más «elástica» la jugada, mejor; pero como decíamos, el advenimiento de los militares al poder es el summum ideal para los que deseamos el quebrantamiento de la estructura capitalista. Ellos constituyen intrínsecamente los elementos que pueden despertar la conciencia revolucionaria del pueblo.

—No se mantendrán en el poder.

—Se mantendrán... y además son suficientemente brutos para llevar a cabo todos los disparates necesarios para despertar la conciencia revolucionaria del pueblo...

—Hum...

—Harán disparates, no le quede la menor duda. Todo militar es un déspota que se ríe a carcajadas de las ideas. Hay que colocarlos en el poder, permitir que le «ajusten las clavijas» al pueblo. Y, claro está, el pueblo que lo que menos tenía era de revolucionario y comunista, por contradicción con esa minoría se convertirá en bolchevique y antimilitarista. Se necesita un dictador enérgico, bárbaro; cuanto, más bruto y enérgico sea, más intensa será la reacción. La pólvora sola arde en el aire; encerrada en un recipiente, forma lo que se llama una bomba.

—¿Sabe que es curioso?

Una jauría de perros ladra interminablemente en la distancia. Se oye un amortiguado y lejano estampido de escopeta.

—No tiene importancia —rezonga el Astrólogo, reparando en el semblante de atención del abogado—. Por la noche, aquí siempre hay tiros —y continúa—: Ajedrez puro, querido amigo... Nosotros no tenemos que evitar el poder militarista. Por el contrario, apoyar firmemente sus decisiones. Ellos necesitan el pretexto bolchevique para cercenar las libertades del pueblo que ignora cuál es la esencia del bolcheviquismo. Perfectamente. Nosotros crearemos el comunismo artificial... Usted sabrá que en el organismo humano existen bacterias que no resisten una temperatura de cuarenta grados. Estas bacterias provocan enfermedades. Entonces el sistema es provocar artificialmente en el organismo otra enfermedad que al suscitar la fiebre de cuarenta grados extermina los microorganismos realmente nocivos.

—Con su sistema se llega a admitirlo todo...

—Naturalmente. En cuanto usted quiere introducir una moral en la conducta política, la conducta política se transforma en lo que podríamos definir como un mecanismo rígido destructible por la presión de las fuerzas externas y hasta a las internas.

—¿Y si los militares le hacen bien al país?

—Dentro del régimen capitalista el militarismo es una institución a su servicio. Ningún sistema de gobierno capitalista puede resolver los problemas económicos que cada año aumentan de gravedad. El capitalismo de estos países es tan ingenuo que cree poder hacerlo... Fracasará. Ha fracasado con la democracia; ahora tiene que fracasar con la dictadura. Es lo mismo que pretender curar la sífilis con inyecciones

de agua destilada.

—De modo que si partimos de su punto de vista, usted no tendría inconveniente en ser socio de un bandido, de un falsificador de moneda, ni de un asesino...

—Todos son útiles, si se los sabe utilizar; magníficos medios para coadyuvar al triunfo del comunismo. Más aún; le diré: el perfecto comunista no debe vacilar ni un instante en emplear para el triunfo de la causa proletaria universal todos los crímenes que condena la moral capitalista... en los que no tienen un centavo.

El Abogado se levantó.

La luz de la lámpara eléctrica oscila violentamente. El Astrólogo se interrumpe y observa el filamento que de incandescente toma rojor de hierro a la calda. Murmura:

—Estos transformadores andan como el diablo.

—¿Tienen corriente continua? —murmura abstraído el Abogado.

—No, alternativa. ¿Estábamos en la democracia? ¿No es así? Bueno, querido doctor. ¿Usted cree todavía en la democracia? Escúcheme. Cuando los norteamericanos provocaron la independencia de Panamá para apoderarse del territorio donde iban a trazar su canal, años más tarde dijo Roosevelt, en un discurso que pronunció en Berkeley, California: «Si yo hubiera sometido mis planes a los métodos conservadores (es decir, democráticos), hubiera presentado al Congreso un solemne documento oficial, probablemente de doscientas páginas, y el debate no habría terminado todavía. Pero adquirí la zona del canal y dejé al Congreso discutir mis procedimientos, y mientras el debate sigue su curso, el canal también lo sigue». Estimado doctor, si esto no es burlarse cínicamente de los procedimientos democráticos y de la ingenuidad de los papanatas que creen en el parlamentarismo, que lo diga Dios.

—No se puede generalizar sobre un solo hecho.

—Magnífico. Usted quiere una colección de hechos que le demuestren que los Estados Unidos (nos referiremos a Estados Unidos porque estamos en América) es el país más antidemocrático que existe. Bien... ¿Puede decirme, querido amigo, qué calificativo merece la conducta yanqui o la de los bandidos capitalistas yanquis en la América Central? Ríase, ríase usted de los bandidajes de Pancho Villa. Todos esos granujas son unos tiernos infantes junto a las empresas que han provocado la revolución de Panamá. Si pasamos de Panamá a México, encontramos una serie de revoluciones provocadas por la presión del señor Doheney, representante del grupo capitalista norteamericano en México. Al señor Doheney lo apoyaba el evangélico Wilson. Como los ingleses tenían intereses petrolíferos y apoyaban a Huerta, enemigo de los capitales yanquis, ¿qué hizo el gobierno? Obligar a los ingleses a retirarle su apoyo económico a Huerta. Concedió a las naves inglesas derecho de tránsito sin pago de intereses por el canal de Panamá, compraron las acciones petrolíferas inglesas y se derrotó a Huerta con una revolución que se hizo con la ayuda de Carranza, que recibió armas y dinero norteamericanos. Pasemos a Santo Domingo. Santo Domingo cae en poder del imperialismo yanqui cuando la Santo

Domingo Improvement Company compra la deuda de 170 mil libras que una compañía holandesa había prestado al gobierno dominicano, con derecho a cobrar los impuestos aduaneros que garantizaban la operación. En 1905 EE.UU. se convierte en el síndico de la aduana dominiqueña, y por intermedio de Kuhn, Loeb and Company le facilitan al gobierno, que hace nombrar a su antojo, la suma de 20 millones de dólares, lo cual autoriza a los Estados Unidos a cobrar los impuestos aduaneros hasta el año 1943.

El Abogado se ha tomado una rodilla entre las manos y con la cabeza tan inclinada que el mentón se apoya en su pecho escucha atentamente, mirando la deformada punta de su zapato casi deslustrado.

—¿Cuál es el sistema, querido doctor? El siguiente: Los bancos y empresas financieras organizan revoluciones en las cuales, prima facie, aparecen lesionados los intereses americanos. Inmediatamente se produce una intervención armada bajo cuya tutela se realizan elecciones en las que salen elegidos gobiernos que llevan el visto bueno de Norteamérica; estos gobiernos contraen deudas con los Estados Unidos, hasta que el control íntegro de la pequeña república cae en manos de los bancos. Estos Bancos, revise usted la teneduría de libros de la América Central, son siempre el City Bank, la Equitable Trust, Brown Brothers Company; en Extremo Oriente nos encontramos siempre con la firma de J. P. Morgan y Cía. Nicaragua ha sido invadida para defender los intereses de Brown Brothers Company. Cuando no es la Standard Oil es la Huasteca Petroleum Co. Vea, aquí, a un paso de nosotros, tenemos a un Estado atado de pies y manos por Estados Unidos. Me refiero a Bolivia. Bolivia, por un empréstito efectuado en el año 1922 de 32 millones de dólares, se encuentra bajo el control del gobierno de Estados Unidos por intermedio de las empresas bancarias Stiel and Nicolaus Investment Co., Spencer Trask and City y la Equitable Trust Co. Las garantías de este empréstito son todas las entradas fiscales que tiene el gobierno, controlado por una Comisión Fiscal Permanente de tres miembros, de los cuales dos son nombrados por los bancos norteamericanos y un tercero por el gobierno de Bolivia.

Con los brazos cruzados sobre su blusón el Astrólogo se ha detenido frente al Abogado, y moviendo la cabelluda cabeza insiste como si el otro no lo pudiera comprender:

—¿Se da cuenta?... por treinta y dos millones de dólares. ¿Qué significa esto? Que un Ford o un Rockefeller, en cualquier momento podrían contratar un ejército mercenario que pulverizaría un estado como los nuestros.

—Es terrible lo que usted dice...

—Más terrible es la realidad... El pueblo vive sumergido en la más absoluta ignorancia. Se asusta de los millones de hombres destrozados por la última guerra, y a nadie se le ocurre hacer el cálculo de los millones de obreros, de mujeres y de niños que año tras año destruyen las fundiciones, los talleres, las minas, las profesiones antihigiénicas, las explotaciones de productos, las enfermedades sociales como el

cáncer, la sífilis, la tuberculosis. Si se hiciera una estadística universal de todos los hombres que mueren anualmente al servicio del capitalismo, y el capitalismo lo constituyen un millar de multimillonarios, si se hiciera una estadística, se comprobaría que sin guerra de cañones mueren en los hospitales, cárceles, y en los talleres, tantos hombres como en las trincheras, bajo las granadas y los gases. ¿Qué significa entonces el peligro de una dictadura militar, si esta dictadura puede provocar el resurgimiento de una fuerza colectiva destinada a terminar de una vez por todas con esa criminal realidad del capitalismo? Al contrario; lo criminal sería negarse a ayudar a los militares a que opriman al pueblo y le despierten por catálisis la conciencia revolucionaria. Más útil es un generalito déspota y loco, que un revolucionario sentimental y bien intencionado. El revolucionario hará propaganda limitada; el déspota despierta la indignación de millares de conciencias, precipitándolas hacia extremos que ellas nunca hubieran soñado.

El otro escucha con la frente abultada de atención. A momentos con la uña de una mano se limpia las de la otra.

—Piense usted, querido amigo, que en los tiempos de inquietud las autoridades de los gobiernos capitalistas, para justificar las iniquidades que cometen en nombre del Capital, persiguen a todos los elementos de oposición, tachándolos de comunistas y perturbadores. De tal manera, que puede establecerse como ley de sintomatología social que en los períodos de inquietud económico-política los gobiernos desvían la atención del pueblo del examen de sus actos, inventando con auxilio de la policía y demás fuerzas armadas, complotos comunistas. Los periódicos, presionados por los gobiernos de anormalidad, deben responder a tal campaña de mentiras engañando a la población de los grandes centros, y presentando los sucesos de tal manera desfigurados que el elemento ingenuo de población se sienta agradecido al gobierno de haberlo librado de los que las fuerzas capitalistas denominan «peligro comunista».

El Astrólogo se pasea con las manos a la espalda. El pensamiento parece trabajar bajo todos los nervios de su semblante romboidal. Enciende cigarrillos que consume rápidamente de poderosas aspiraciones. De pronto recuerda que aún no le ha ofrecido un cigarrillo al Abogado, y le tiende la cigarrera metálica:

—¿Quiere fumar?

—Gracias... no fumo.

—Perdón. No le he ofrecido nada. ¿Quiere ron?

—No bebo.

—Perfectamente. Como le decía: la táctica del capitalismo mundial consiste en corromper la ideología proletaria de los estados diversos. Los cabecillas que no se dejan corromper son perseguidos y castigados. Las penas más leves consisten en el destierro para los inculpados, y las más graves, la cárcel, con el corolario de los tormentos policiales más extraordinarios, como ser retorcimiento de testículos, quemaduras, encierro de los inculpados en invierno en calabozos a los que se les arroja agua, quemaduras. A las mujeres de filiación comunista se les retuercen los

senos, se les arroja pimienta en los órganos genitales; todos los martirios que pueda inventar la imaginación policial son puestos al servicio del capitalismo por los empleados de investigaciones de todos los países de Sudamérica.

Nuevamente la corriente eléctrica oscila, estancándose durante algunos segundos en un voltaje tan bajo que el filamento de osmio fosforece levemente en la oscuridad. El Astrólogo no por ello deja de hablar:

—El sistema del régimen capitalista requiere, de parte de los simpatizantes del comunismo, una conducta semejante, aunada a un sistema de vida hipócrita. Esto les permitirá realizar sus actos tendientes a la destrucción del presente régimen, con la más absoluta de las impunidades.

Bruscamente la luz recobra su intensidad normal.

—Lo cual requiere la organización de células que se pueden clasificar en dos categorías: las sentimentales y las enérgicas.

El Astrólogo se acercó al armario antiguo, hizo girar la llave, extrajo un cuadernillo de tapa roja, y sentándose junto al escritorio dijo:

—Le voy a leer algunas instrucciones que estoy preparando para la organización de las Células.

Abrió una página y comenzó:

«Células sentimentales son aquellas compuestas por individuos nulos para emprender una acción enérgica o ejecución de gravísimos delitos sociales. Estas células se caracterizan por desarrollar una labor eminentemente proselitista, y su eficacia es reducida, sobre todo, en los tiempos prerrevolucionarios.

»Las células enérgicas requieren la colaboración de hombres jóvenes, de carácter templado, audaz y sin escrúpulos. Células así compuestas deben colocarse por encima de toda contemplación de tono sentimental. Los medios que estas células pondrán en práctica deben ser enérgicos. Se recomienda la comisión de gravísimos delitos sociales, como ser ejecución colectiva y aislada de jefes militares, de políticos de filiación netamente antiproletaria y de capitalistas conocidos por su temple endemoniado».

El Abogado escucha con una mano en la mejilla. El pantalón corrido sobre su pierna deja ver una grosera media achocolatada, que él no se cuida de ocultar, y que a momentos observa distraídamente.

«El conocimiento entre jefes de células enérgicas es poco recomendable. En tiempos de inquietud social es preferible que trabajen aisladamente. La propaganda periodística explotando el escándalo para sus logros de ganancias, estimulará a las células anónimas y a los individuos que con ellas simpatizan.

»Pueden recomendarse, para eslabonar de complicidad a los miembros de una célula, los crímenes colectivos o las represalias llevadas a cabo contra los sostenedores de los regímenes de opresión como ser altos empleados policiales, jefes militares, civiles enemigos del triunfo del proletariado, etc.

»*Precauciones elementales.* — Todo componente de una célula enérgica no debe

haber actuado jamás en ningún partido político de oposición al capitalismo. Será rechazado si registra un solo antecedente policial. Todo componente de una célula enérgica no mantendrá relaciones de ninguna especie con bolcheviques reconocidos públicamente por tales. Públicamente aparentará respetar los regímenes dominantes.

»*Ventajas de la conducta hipócrita.* — Todo idealista sincero, que sistemáticamente se ve obligado a representar una comedia que contradice sus sentimientos, se convierte en un eficientísimo elemento revolucionario ocultando sus sentimientos. El sujeto acumulará en su psiquis una fuerza de odio tan enconada que el día de la revolución la explosión será formidable. En síntesis, el individuo debe convertirse en un maquiavelo organizador.

»*Desconfianza.* — Deberá desconfiar de todos; hombres, mujeres y niños. Jamás hará confidencias de especie alguna a una mujer, y menos con la que mantenga relaciones amorosas. Particularmente se demostrará pusilánime y enemigo del uso de la fuerza. Hablará bien de todos los gobiernos capitalistas, y cuando se hable del régimen soviético se indignará profundamente contra tal régimen».

La corriente eléctrica oscila nuevamente una fracción de segundo. El Astrólogo continúa leyendo:

«Si el comunista es estudiante, aparentemente debe respetar los sistemas universitarios, por retrógrados y anormales que le parezcan. Incluso le conviene adular a sus profesores, y a todo lo que signifique principio de autoridad. Se inscribirá en los centros chauvinistas que bajo distintos nombres funcionarán en todos los países de organización capitalista.

»Si es obrero, y comunista, repudiará públicamente las huelgas, mostrándose siempre un tibio defensor de la burguesía.

»Si es suboficial del ejército o de la marina desempeñará la misma comedia, horrorizándose inteligentemente contra los progresos del comunismo». ¿Qué le parece todo esto?

—Sumamente interesante. ¿Se las ha leído al Mayor?

—Al Mayor le proporciono los conocimientos que me convienen. Nuestras relaciones son otras.

—¿Le han ofrecido dinero a usted para organizar una célula comunista?

—Hombre, si así fuera no se lo diría a usted. Volviendo a nuestro tema, le diré: Tenemos que organizar un instituto técnico revolucionario. Este instituto se dividirá en dos secciones. Teórica y práctica. La parte teórica abarcará sección política, sociología y economía. Estos tres puntos exclusivamente de acuerdo a la teoría marxista. La parte teórica comprenderá: estudio y análisis del militarismo y técnica. La práctica consistirá en manejo de ametralladoras, artillería, gases, lanzabombas, comunicaciones, etc.

Un sordo silbato de locomotora de carga llega desde la estación del ferrocarril.

—Instalaremos un laboratorio químico. En este laboratorio el alumno revolucionario aprenderá la fabricación de gases, fosgeno en especial, fabricación de

bombas de gases y granadas de mano. Aprenderá también fabricación de explosivos, aunque éstos, por su fácil adquisición, no merecen mayor atención. Lo importante para nosotros es formar comunistas con práctica positiva de infantería, artillería y guerra química. Nosotros tendemos a la eliminación absoluta del revolucionario sentimental. El sentimentalismo no nos interesa. Se lo dejamos a los socialistas que son tan bestias que aun después de la experiencia de la Guerra Europea siguen creyendo en la democracia y la evolución. Esto sólo se puede llevar a cabo en el campo. Por eso me gusta el Sur. Nos disfrazaremos de chacareros, instalaremos alguna chacra colectiva, pero nuestros trabajos y nuestros alumnos se encaminarán hacia las especializaciones de guerra. Claro está que en todo lo que le digo hay lagunas de carácter técnico, pero acépteme usted que sólo dando comienzo a los trabajos llegaremos a algo positivo.

—¿Y el dinero?

—Ahí está. El dinero lo proporcionarán los prostíbulos.

—Es una barbaridad.

—Qué le hemos de hacer... Aunque es menos barbaridad de lo que usted se cree. Entre que las ganancias que rinda un prostíbulo se las gaste un macró jugando a las carreras, es preferible que las susodichas ganancias se empleen en formar tipos capacitados de revolucionarios técnicos que serán útiles a la sociedad. Fíjese bien lo que le digo: una célula desconocida para el conjunto, manejará los prostíbulos. Dichas ganancias servirán para financiar el sostenimiento de la academia de técnicos revolucionarios. Yo, aún no he elegido el punto del interior... me falta presupuesto... Erdosain tiene que entregarme los planos de la fábrica de fosgeno.

—¿Usted cree en Erdosain?

—Sí, creo en él y lo aprecio mucho.

—Siga.

—Si nosotros llegamos a montar la Academia Revolucionaria, no importa que esté plagada de defectos; habremos dado un gran paso hacia adelante. Buscaremos técnicos, dividiremos nuestro tiempo de trabajo.

—¿Para qué?, me pregunto. ¿Usted no tiene esperanza en que el comunismo se infiltre en nuestro ejército?...

—Tengo confianza en todo. Pero procedo como si no tuviera confianza en nada. La habilidad de un organizador, no de derrotas, sino de triunfos, consiste en pensar que los hombres y los sistemas son diez veces más inconquistables de lo que en realidad son. Si yo partiera del principio de que en el ejército el comunismo se puede infiltrar positivamente, con la rapidez necesaria, no tendría objeto que estuviera preparando lo que le explico. Las funciones de la academia de técnicos revolucionarios son más elevadas. Nosotros con los prostíbulos, quiero decir con las rentas que nos proporcionen los prostíbulos podremos enviar alumnos a la escuela civil de aviación. Costearles la carrera. Hacerles buscar prosélitos allí. Claro está, inteligentemente, prudentemente. Con las fábricas de fosgeno nos armamos del poder

práctico más indispensable y enérgico que se conoce actualmente. Nuestro ejército no está ni remotamente preparado para afrontar una lucha con gases.

Involuntariamente en el Abogado se desenvuelve un sombrío paisaje de usina, gasógenos rojos y grises, tuberías forradas de corcho, hombres titánicos que se mueven en un piso totalmente cubierto de amarillo polvo de azufre, y sonrío pensando en lo imposible de la empresa.

—En cuanto entremos en acción simultánea..., no se ría... con diez mil kilogramos de fosgeno líquido podemos exterminar todos los regimientos de Buenos Aires. Imagínese un automóvil tanque desparramando, en un día tibio, fosgeno líquido en redor de la casa de gobierno, del Departamento de Policía, de los cuarteles. El fosgeno se evapora a los veintisiete grados de temperatura. Basta respirar una partícula de gas fosgeno para quedar fuera de combate. Usted me dirá... este hombre fantasea al estilo de Julio Verne. Piense que Julio Verne se quedó corto en cuanto a imaginación. Yo planteo problemas de carácter positivo tremendo. Sólo un imbécil puede encogerse de hombros y decir que yo fantaseo. Basta que media docena de hombres con diez mil pesos de capital se reúnan y trabajen para fabricar fosgeno, para que puedan... fíjese bien... con diez mil pesos, destruir íntegra la población de la ciudad de Buenos Aires. Si usted no me cree, diríjase a un militar y explíqueme mis puntos de vista, y verá lo que le contesta ese hombre: el Astrólogo tiene razón.

El Abogado reflexionaba.

El Astrólogo continuó:

—El día que tengamos preparada una brigada de técnicos en gases, una brigada de aviadores, unos expertos en ametralladoras, unos hombres que sepan explicarle tranquilamente y claramente al proletariado en lo que consiste el comunismo, la división de la tierra, la tierra para el que la trabaja, las industrias fiscalizadas por el Estado; el día que tengamos, no pido mucho, cien hombres capaces cada uno de organizar una célula que sea un reflejo de la Academia Revolucionaria, con sus procedimientos científicos... ese día podemos hacer la revolución...

—Todo eso es inverosímil a simple vista...

—Sí... Usted me recuerda... Vea: el año 1905, en el congreso de Ginebra, los comunistas dijeron a los delegados reunidos que ellos jamás pagarían las deudas que la Rusia zarista contraía con los otros Estados. Los delegados se reían de ese que llamaban «un montón de locos», y hoy... hoy, querido amigo... todavía andan corriendo los franceses para cobrar los mil millones que le prestaron a Rusia en el año 1905. ¿Sabe por qué a usted todo esto le parece inverosímil? Porque usted está contagiado de la cobardía natural, la inercia natural a casi todos los pobladores de estos países sudamericanos. Le digo a usted que cien hombres pueden hacer la revolución en la República Argentina. Cien hombres decididos, con diez mil kilogramos de fosgeno a la vanguardia, destruyen el ejército, desmembran el resto, organizan el proletariado, van a las nubes...

—¡Cien hombres!

—Cien hombres... ¡Sí! Cien hombres... ¿Cuál sería la táctica?... Vea, no tengo reparos en explicársela. Ataque simultáneo con gases a las zonas militares. Ataque con gases a los centros de aviación. Los aviadores que sobrevivan al ataque se encargarán de desmembrar el resto del ejército. Se les responsabiliza de todo accidente. Se les castiga durísimamente. Obedecerían. Desmembramiento del ejército. Degradación de la oficialidad. Reorganización de la suboficialidad. Se arman inmediatamente ejércitos proletarios. Se ejecuta automáticamente a todos los políticos. El poder al proletariado. Claro... Cien hombres preparados como yo quiero, conscientes del poder que traen entre sus manos. Es decir, ya no son cien hombres, son cien técnicos. Cien técnicos trabajando casi impunemente. Lo que impide la acción práctica es la falta de impunidad. Pero cien técnicos es distinto. ¡Diablos si es distinto! Cien técnicos, le insisto, pueden destruir nuestro ejército. ¿Sabe usted el entusiasmo, el delirio que en la multitud proletaria provocaría este fenómeno? Esos cien técnicos de la mañana a la noche se convertirían en cien héroes que la multitud no terminaría de admirar. Pero son necesarios cien técnicos. Estos cien técnicos hay que prepararlos, adiestrarlos...

Se escuchan pasos en el cuarto que comunica con el escritorio.

—No es nada.

Los pasos se alejan, y él prosigue:

—Eso sólo se puede obtener con la academia. En la academia tendrán que aprender a fabricar gases, y con qué precauciones... cualquier descuido puede ser mortal; tendrán que entrenarse en usar caretas, a trabajar envueltos en gas. Usted cree que estamos conversando para distraernos. Le estoy hablando de realidades terribles, de las cuales la más insignificante provoca instantáneamente la muerte o lesiones gravísimas. Así como suena. Cien hombres entrenados en este trabajo peligrosísimo, creo que se pueden tomar en cuenta, ¿no?

—Así es.

Y el Abogado entrecierra los ojos. En el aire dorado por la luz le parece distinguir hombres envueltos en impermeables empapados de aceite, con embudos frente al rostro. Anillados tubos de goma penetran en carteras suspendidas de las espaldas, sobre el pecho, por triples correaes, tal cual lo ha visto en las fotografías de posguerra.

—Nadie se resistiría. ¿Usted cree que el ejército, la policía, alguien se atrevería a resistir? No dudo de que la gente, tratándose de cañones, ametralladoras, haría el ensayo; pero contra el gas, ¿quién se atreve a luchar? Piense usted que a medida que se desparrama, las víctimas caen como moscas... igual. El efecto psicológico... que hay que contarle en estas circunstancias, es espantoso. Los sobrevivientes de las ciudades huirían aterrorizados; simultáneamente toda actividad se paralizaría, los más enconados enemigos del comunismo levantarían los brazos al cielo reclamando piedad.

»Eso lo conseguiremos con la Academia Revolucionaria. Allí se estudiará

estrategia, sistemas de ataque, ataque con fosgeno a distintas temperaturas, con distinta velocidad de viento. Un hombre que sepa manejar gases, ametralladoras y obuses es invencible. Si podemos costearle a los alumnos un curso de aviación en una escuela civil de aquí o de los países fronterizos, tenemos el problema resuelto. Pero, sea sensato, querido doctor, ¿de dónde sacaremos el dinero? Nosotros no podemos pedirle ayuda al gobierno, supongo... —aquí se echó a reír—. Ni hacer colectas públicas. El negocio hay que basarlo entonces en los prostíbulos.

—¿Y los inocentes que caerían bajo los gases?...

—Dios mío, ya empezamos la palinodia sentimental. Los inocentes que morirían por efecto de los gases, querido doctor...

—No me llame doctor.

—Querido doctor, durante la guerra europea, para satisfacer las ambiciones de un grupo de capitalistas, bandidos rusos, alemanes, franceses e ingleses, murieron doce millones de hombres... Supongo que estos doce millones de hombres no eran culpables de ningún crimen... Es decir, eran inocentes...

—¿A usted le interesa la destrucción del ejército?

—Partiendo del punto de vista de que el ejército es defensor del régimen capitalista, no queda otro remedio que preconizar su sistemática destrucción. Además, nuestro ejército, examinado con un criterio técnico no sirve absolutamente para nada.

—¿Ha hecho vida militar usted?

Un trueno semejante al sordo estampido del paso de un tren escuchado bajo un puente metálico estalla afuera.

—¡Diablo!... ¡Va a llover!...

—Todavía no... pero a su pregunta le contestaré con otra: ¿Podemos nosotros entablar una guerra con un país vecino? ¡No! Estados Unidos no lo permitiría. Y si con un estado limítrofe es imposible toda guerra, ¿quiere explicarme usted para qué necesitamos este ejército? Además, y observe usted que es una objeción de carácter científico, nuestro ejército completo puede ser destruido por una escuadrilla de cincuenta aviones de guerra. En verdad, lo único positivo de los ejércitos sudamericanos son sus cuerpos de aviación. De igual modo nuestra escuadra de guerra. ¿Sirve para algo? ¿Podría hacer frente a la escuadra de Estados Unidos? ¡No! ¿Y entonces?... Ahora, si nuestro estado capitalista mantiene a esos excelentes muchachos de familia es sencillamente porque el estado capitalista no puede sostenerse oprimiendo al proletariado sin el inmediato auxilio de la fuerza. Pongamos un caso contrario... imposible casi de ocurrir. El que una democracia sensata, con sentido común, quisiera suprimir estos dos parásitos que absorben la mitad de las finanzas del Estado: ejército y marina. ¿Qué ocurriría? Lo siguiente: no faltaría un general audaz que en defensa de los intereses económicos de su clase diera un golpe de estado... lo cual, desde un punto de vista humano, es tan lógico como lógico es mi deseo de propagandista rojo que el ejército sea despiadadamente destruido. Como ve

usted, son dos lógicas un poco encontradas... pero que tienen la ventaja de ponerle en un aprieto a usted, doctor en leyes.

Un zigzag celeste revela afuera un cielo más plano que muralla de plomo. El apagado quejido del viento roza las maderas y vidrios de la ventana.

El Astrólogo prosigue:

—Por lo demás, es ridículo sostener un ejército. Los países europeos no lo han suprimido porque a las clases capitalistas no les conviene y a las clases militaristas menos; pero consulte usted con un técnico y verá lo que le dice: la guerra futura es aérea y química. Los ejércitos desempeñarán papeles secundarios. Los ataques se llevarán a los centros de población civil que abastecen con su producción de guerra a las tropas del frente. ¿Qué dice usted a todo esto?

—No sé... Tengo la cabeza hecha un cencerro. Me parece que usted divaga en exceso.

El Astrólogo repuso casi violento:

—¡Ustedes quieren paz! ¡Ustedes quieren evolución!... Es absurdo todo lo que pretenden ustedes... mezcla infusa de socialistas, demócratas, etc., etc. ¿Y sabe usted cuáles son los revolucionarios más tremendos que hoy pisan el suelo de la humanidad? Los capitalistas. Una mujer puede fabricar un hijo en nueve meses; un capitalista puede fabricar mil máquinas en nueve meses... Mil máquinas que dejan en la calle a mil hijos de mujeres que tardaron nueve mil meses en concebirlos. Y yo quiero la revolución. Pero no una revolución de opereta. La otra revolución. La revolución que se compone de fusilamientos, violaciones de mujeres en las calles por las turbas enfurecidas, saqueos, hambre, terror. Una revolución con una silla eléctrica en cada esquina. El exterminio total, completo, absoluto, de todos aquellos individuos que defendieron la casta capitalista.

—¿Y después?...

—Después vendrá la paz.

—¿Y usted cree que llegará «eso»?

—Llegará.

El Astrólogo pronunció la palabra con tanta suavidad, que el Abogado lo miró sorprendido.

—Llegará «eso», amigo mío: sí que llegará. Estamos distribuidos en todas las tierras, bajo todos los climas. Somos hombres subterráneos, algo así como polillas del acero. Roemos el cemento de la actual sociedad. Lo roemos despacio, pacientemente. Por cada encarcelado, por cada hombre martirizado en las soledades de las celdas policiales brotan diez oscuros hombres subterráneos. En todas las clases, querido amigo. Sí, en todas las clases. Hay ya sacerdotes comunistas, militares comunistas, ingenieros comunistas, químicos comunistas, literatos comunistas. Nos hemos infiltrado como lepra en todas las napas de la humanidad. Somos indestructibles. Crecemos día por día, insensiblemente. Nuestra odisea roja atrae hasta a los hijos de los capitalistas. Cuando los padres los oyen hablar sonrían con una cobarde sonrisita

de suficiencia, pero los hijos palidecen de entusiasmo en la posibilidad de la epopeya definitiva. ¿Y sabe lo que quiere decir esa sonrisa de suficiencia? Miedo a la carnicería. En el más sórdido pueblo de nuestra más ínfima provincia encontrará un hombre que secretamente desparrama la promesa de la destrucción. Revestimos mil aspectos. Somos los omnipotentes. La juventud se siente atraída por nuestra amenaza. Ahora también nos dirigiremos a las mujeres... Lentamente, querido amigo, lentamente... Y un día, acuérdesese, no habrán pasado diez años, el edificio social oscilará bruscamente, los que sonreían con tímidas sonrisas cobardes mirarán en redor espantados... Entonces, querido amigo, se lo juro seriamente, cortaremos más cabezas que racimos en tiempos de vendimia. Cortaremos cabezas, y sin odio. Con serenidad. ¡Guay de los que estuvieran en contra nuestra! ¡Guay de los que nos persiguieron! Maldecirán el día en que nacieron y el día en que engendraron hijos.

A medida que el Astrólogo hablaba el semblante del Abogado enrojecía. Éste, sin mirarlo, continuó:

—Se lo juro. Cortaremos cabezas en cada esquina. Cabezas de hombres y de mujeres.

Hablando así, el Astrólogo había vuelto las espaldas al Abogado, que se puso de pie. Cuando giró sobre sus talones el Astrólogo encontró a su visitante de pie, observándolo sombríamente.

—¿Qué le pasa?

Por toda contestación el Abogado descargó en su cara una tremenda bofetada. La boca del castrado se abrió en absorción de aire. Tras este golpe, el visitante descargó un cross de izquierda a la mandíbula del endemoniado, mas éste rápidamente se cubrió el rostro con el brazo, en un ángulo tan violento, que cuando el golpe llegó el Abogado retrocedió con un terrible gesto de dolor: se había roto la mano.

El Astrólogo lo miró fríamente, ligeramente empalidecido. Sonrió despacio, descubriendo los dientes, y al cruzarse de brazos la piel de su frente se cubrió de estrías.

Durante un instante los dos hombres se midieron silenciosamente. Una increíble sensación de asco descomponía lentamente el semblante del Abogado.

Los ojos del Astrólogo se dilataban progresivamente. Sus hombros estaban encogidos como los de una fiera dispuesta a dar el salto mortal. Luego su cuerpo potente se enderezó, y tomando el sombrero del Abogado, le dijo:

—Váyase.

Éste no parecía dispuesto a retirarse. Su rostro continuaba crispándose en la sensación de repugnancia. Buscaba un insulto más efectivo; sus labios se encogieron, chasqueó la lengua y antes de que el Astrólogo pudiera evitarlo recibió un salivazo en la mejilla.

—Nunca vi palidecer a un hombre de esa manera —diría más tarde el Abogado—. Creí que el Astrólogo iba a matarme, pero levantó el brazo, se enjugó la saliva del rostro, echó la mano al bolsillo, sacó un reloj, y consultándolo, con voz calmosísima

me dijo: «Es muy tarde. Hoy he hablado mucho. Es mejor que se vaya». Y entonces yo me fui.

HIPÓLITA SOLA

A pesar de disponer de dinero, Hipólita ha alquilado una mísera pieza amueblada en un hotelucho de ínfimo orden.

Después de cerrar la puerta asegurándola con la llave y de extender una toalla sobre la almohada, tira los botines a un rincón, y en enaguas entra a la cama. Aprieta el botón de la corriente eléctrica y su cuarto queda a oscuras. Entre los resquicios de una celosía distingue una claridad verdosa, proveniente de un cartel luminoso que hay en la fachada frontera. Hipólita se frota las sienes.

Sobre su cabeza gira un círculo pesado. Son sus ideas. Adentro de su cabeza un círculo más pequeño rueda también con un ligero balanceo en sus polos. Son sus sensaciones. Sensaciones e ideas giran en sentido contrario. A momentos, sobre las encías siente el movimiento de sus labios, que fruncen impaciencia; cierra los ojos. La cama, que conserva soso olor de semen reseco, y el balanceo lento del círculo de sus sensaciones la sumergen en un abismo. Cuando el círculo de sensaciones se inclina, entrevé por encima de la elíptica el círculo de sus ideas. Giran también un vértigo de espesura, de recuerdo, de futuro. Se aprieta las sienes con las manos y dice despacito:

—¿Cuándo podré dormir?

Hay un guiño de dolor en sus rótulas; las piernas le pesan como si toda la pesantez de su cuerpo hubiera entrado a sus miembros. El Astrólogo, a la distancia de dos horas de conversación, está más lejos que su infancia. Sufre, y ninguna imagen adorada toca su corazón. Y sufre por ese motivo. Luego se dice:

—¿Cuántas verdades tiene cada hombre? Hay una verdad de su padecimiento, otra de su deseo, otra de sus ideas. Tres verdades. Pero el Astrólogo no tiene deseo. Está castrado. «Reventaron mis testículos como granadas», resuena la voz en sus oídos, y la visión del eunuco pasa ante sus ojos: un bajo vientre rayado por una cárdena cicatriz.

Una sensación de frío roza el oído de Hipólita como saeta de acero. Le taladra los sesos. Cada vez es más lento el balanceo de sus sensaciones. Arriba de su cabeza puede distinguir casi el círculo de sus ideas. Son proyecciones fijas, pensamientos, con los que nacen y mueren un hombre y una mujer. En ellos se detiene el ser humano, como en un oasis que el misterio ha colocado en él para que repose tristemente.

¿Qué hacer? Cierra nuevamente los ojos. El esposo loco. Erdosain, loco. El Astrólogo, castrado. ¿Pero existe la locura? Busca una tangente por donde salir. ¿Existe la locura? ¿O es que se ha establecido una forma convencional de expresar

ideas, de modo que éstas puedan ocultar siempre y siempre el otro mundo de adentro, que nadie se atreve a mostrar? Hipólita mira con rabia la fosforescente mancha verde que brilla en las tinieblas. Quisiera vengarse de todo el mal que le ha hecho la vida. Células revolucionarias. El Hombre Tentador aparece ante sus ojos, sentado en la orilla del cantero, deshojando la margarita. No puede más. Murmura:

—¿Dónde estás, mamita querida?

El corazón se le derrite de pena. ¡Ah, si existiera una mujer que la recibiera entre sus brazos y le hiciera inclinar la cabeza sobre sus rodillas y la acariciara despacio! Busca con la mejilla un lugar fresco en la almohada y pone atención a su pecho que despacio se levanta y baja, en la inspiración y espiración. ¡Ah, si esa oblicua de la almohada coincidiera con la pendiente por la que se puede resbalar al infinito desconocido! Ella se dejaría caer. Claro que sí, mil veces sí. Una voz de adentro pronuncia casi amenazadora: ¡El hombre! Y ella repite furiosamente, en pensamiento: el Hombre. Monstruo. ¿Cuándo nacerá la mujer que venza al monstruo y lo rompa? Sobre las encías siente el rasponazo de los labios que tascan saliva. Y nuevamente una voz estalla: «Reventaron mis testículos como granadas». Mas, ¿para qué sirvió eso? ¿Dejó de ser un monstruo? Claro, estará siempre solo, sin una mujer en el lecho. Bruscamente Hipólita vuelca su flanco hacia la derecha. En el cuarto hay un terrible hedor a humedad. El tabique deja pasar el ruido del taco de las botas de un hombre que se desviste. Un punto amarillo luce en el tabique. Es la luz del otro cuarto. Piensa: aquí espían. Se acuerda de que el cuarto tiene el tapizado rojo, y se dice: Quizá saquen fotografías pornográficas. Se muerde los labios. Allí al lado hay un desgraciado. Yo podría pasar, entrar a su pieza y hacerlo feliz. Y no lo hago. Él pondría los ojos grandes cuando me viera entrar, se arrodillaría para besarme el vientre, pero después que me hubiera poseído la cama le parecería demasiado chica para dormir los dos. Recientemente, Hipólita gira sobre sí misma. Aquel circulito amarillo le es intolerable. «Células femeninas revolucionarias». Es cierto entonces. Todo es cierto en la vida. ¿Pero en dónde se encuentra la verdad que pide a gritos el cuerpo de uno? Y de pronto Hipólita exclama:

—¿Qué me importa a mí la felicidad de los otros? Yo quiero mi felicidad. Mi felicidad. Yo. Yo, Hipólita. Con mi cuerpo, que tiene tres pecas, una en el brazo, otra en la espalda, otra bajo el seno derecho. ¡Qué me importan los demás si yo estaré así, siempre triste y sufriendo! Jesús, Jesús era un hombre. —Hipólita sonrío; le causa gracia una idea—. Jesús no tenía pinta de «cafishio». Lo seguían todas las mujeres. Él la hubiera podido hacer «trabajar» a la Magdalena. —Se ríe despacio, tapándose la boca con la almohada—. ¿Qué dirá el de al lado? —Luego, temerosa de haber concitado alguna ira misteriosa y alta contra su cabeza, dice—: Una no tiene la culpa de pensar ciertas cosas—. En realidad, se ha reído porque ha pensado en el escándalo que hubieran provocado esas palabras si las hubiera lanzado en una asamblea de mujeres devotas.

El cansancio la aplana lentamente en la cama. Su rostro queda otra vez más

rígido. ¿Y por qué no? ¿Por qué no hacer la prueba? Sublevar a las mujeres. Tiene fuerzas para ello. Repite. —Tengo sueño y no puedo dormir. Pero ese maldito tampoco tiene sueño. Todavía no apagó la luz—. En efecto, el disquito amarillo continúa en el muro. ¿Quién será? ¿Algún viejo ladrón que no encontró a quién robar? ¿Algún asesino? ¿Algún pederasta? ¿Algún muchacho que se fugó de su casa? ¿Algún marido desdichado? Hipólita se levanta. La cama está tan gastada que ni rechina el elástico. En punta de pie avanza hacia el muro. Encoge el cuerpo. Pone un ojo a la altura del agujero.

Es un viejo que permanece sentado a la orilla de una cama. Las puntas de sus pies casi tocan el suelo. Se ha quitado una media. La otra, rota, sirve de fondo rojo al amarillo pie desnudo. Hipólita mira la cabeza. Tiene sobre el cogote la nuez de la garganta aguda, el perfil con la mandíbula caída, la frente desmantelada, un ojo inmóvil y globuloso, los labios despegados. Con un pie descalzo, el hombre, sin pestañear, mira a su frente. La luz de la lámpara suspendida del techo cae sobre su espalda encorvada. Las vértebras dorsales marcan anfractuosidades en la lustrina del saco. La nuez de la garganta, el labio despegado, el ojo caduco. Hipólita mira, cierra los ojos, los vuelve a abrir y ve el pie desnudo, calloso, inmóvil sobre el dorso de la media roja. Hipólita se siente anonadada ante la inmovilidad de ese cuerpo, separado de ella por el espesor de un tabique de madera. Tendrá cincuenta años, sesenta. ¡Vaya a saber! El hombre no se mueve, mira a su frente con fijeza de alucinado. Hipólita siente que en la superficie de su cerebro estallan burbujas de ideas que al hundirse en ella se ahogan. Le duelen las espaldas de estar tanto inclinada. ¡Pero cuándo ha hecho el hombre ese movimiento que ella no vio! Sin embargo, estaba mirando y no ha visto que el viejo apoyaba en la franela de su camiseta el cañón de un revólver niquelado.

—No —susurra rápidamente un fantasma en el oído de Hipólita. El ojo globuloso y el labio despegado continúan inmóviles mirando el muro del cuartujo, la mano que soporta el revólver se separa despacio del pecho, cae sobre la pierna y el hombre entrecierra lentamente los párpados, mientras que su cabeza cae sobre el pecho. A Hipólita le parece comprender ese deseo del hombre de dormirse para siempre, sin morir, y se arrodilla. Instantáneamente ha pensado:

—Sufiría, menos por él si se hubiera matado.

Ha pronunciado la oración sincera. Piensa: «Si estuviera Erdosain, comprendería». No quiere ahora mirar por el agujero. Lo ha visto todo. Se le cae la cabeza de fatiga. Como si hubiera girado mucho sobre sí misma. Las tinieblas dan grandes barquinazos en el vértice de sus ojos. Con las pupilas deslumbradas y con las manos extendidas en la oscuridad, se deja caer en su cama. Una náusea profunda solivianta su estómago. ¡El viejo ha tenido miedo de matarse! La frente de Hipólita suda. Una fuerza misteriosa la inclina horizontalmente de pies a cabeza con tan suave vaivén que el sudor frío brota ahora de todos los poros de su cuerpo. Sus brazos yacen caídos, vacíos de energía. En el estómago le golpean blandamente viscosidades

repugnantes. Y se sumerge en la inconsciencia pensando:
—Mañana le diré que «sí» al Astrólogo.

TARDE Y NOCHE DEL DÍA SÁBADO

LA AGONÍA DEL RUFIÓN MELANCÓLICO

EL SOL se filtra por la persiana entreabierta de la sala del hospital. Un sol oblicuo que le baña la cara. Inútilmente Haffner intenta levantar un brazo para espantar las moscas, cuyas antenas hormiguean en sus labios; los miembros le pesan como si estuvieran tallados en bronce, y con la cabeza torcida sobre la almohada y una raya de neblina entre los párpados entreabiertos, agoniza.

De pronto, alguien dice a su lado:

—¿Quién fue que te tiró? ¿El Lungo o el Pibe Miflor?

El Rufión Melancólico quiere abrir los ojos, contestar, pero no puede. La sed, una sed terrible le ha sajado la lengua, mientras que el sol centellea a través de sus párpados una espesa neblina roja. La neblina como el reverbero de una fragua, penetra a través de su cráneo y le punza el bulbo. Ávidamente recuerda un charco de agua sucia que había al pie de un poste en la herrería en la que jugaba cuando tenía pocos años. ¡Ah, si tuviera ese charco al alcance de su boca! Y sin embargo le es imposible mover un brazo.

Otra vez la misteriosa voz, meliflua y autoritaria, insiste en su oído:

—Hablá. ¿Quién fue? ¿El Lungo o el Pibe Miflor?

La sed le llega hasta los intestinos resecos como cordeles. El charco de aguas y orines, donde herraban los caballos, a poca distancia de la fragua, reaparece ante sus ojos. Haffner lo desea ansiosamente en pensamiento; quisiera arrastrarse de rodillas hasta allí, de rodillas sorber a tragos pegando la nariz al agua. Le duele el pulmón, pero eso ¿qué importa? Sabe que va a morir, mas su quebranto nace de esta sed que está apergaminándole la carne, curtiéndole la boca con sequedad de salitre.

¡Y su brazo, que era tan potente, y derribó tantas mujeres a bofetadas, ahora ni se puede mover para espantar las moscas!

En realidad, en su cuerpo flota el recuerdo como el gas dentro de una campana. Comprende que va a morir, pero esta certidumbre no le causa ningún temor. En cambio, el sol, que a través de sus párpados desplaza neblinas rojas, le aturde como si estuviera meciéndose en la cresta de una nube.

La misteriosa voz repite de nuevo en sus oídos:

—¿Quién fue que te tiró? ¿El Lungo o el Pibe Miflor? ¿Es cierto que vos te llevaste la mujer del Pibe Miflor?

Y otra voz, más ronca, rezonga:

—A estos hijos de puta habría que ahorcarlos a todos.

El Rufión Melancólico entreabre fatigosamente un párpado. El vidrio de la

ventana brilla como una lámina de plata incandescente. Una gran sombra negra está detenida a su lado, es como un manequí negro que dice:

—¿No te acordás? Soy el auxiliar Gómez; Gómez de Investigaciones. ¿Quién fue el que te tiró? ¿El Lungo o el Pibe Miflor?

Haffner termina por comprender. Lo están interrogando los «tiras». Con su solo ojo enneblinado el macró hace un tremendo esfuerzo y termina por reconocerlo al auxiliar. Es Gómez, el tísico Gómez, explotador de ladrones, cómplice de ladrones, torturador de ladrones, que ha hecho su carrera prensándoles las manos a los que interrogaba; el verdugo del Departamento de Policía, pequeño, compadre, violento, melifluo.

El párpado del Rufián Melancólico cae otra vez y deja de pensar. El recuerdo abre una compuerta en su pasado y se ve a sí mismo en un rectángulo encalado de la división de Seguridad Personal, un cuarto que tiene un único ventanuco de vidrio esmerilado y en el centro una mesa barnizada. Le es visible el tintero sin tinta y la lapicera con la pluma oxidada que había cubierta de polvo allí.

Lo habían detenido en indagatoria del asesinato de Lulú la Marsellesa. Y es Gómez el que lo interroga, es el mismo, pero ya no le pregunta, sino que mientras dos pesquisas lo retienen por las esposas, Gómez descarga lentamente puñetazo tras puñetazo sobre su rostro. Es un trabajo frío y horrible. Gómez está junto a él, descarga el puño sobre su nariz y luego despaciosamente retira la mano mientras dice con voz muy suave:

—Batí, nene, ¿quién la mató a Lulú?

Haffner entreabre nuevamente el párpado. Sí, el que está allí es el auxiliar Gómez; pero ahora no le pega, sino que, inclinándose sobre la cama, acercando la boca a su oreja, repite infatigablemente:

—Decí, ¿quién te tiró? ¿El Lungo o el Pibe Miflor?

El Rufián Melancólico no contesta. Por su carne se extiende una sábana de rencor, pero el auxiliar persiste:

—Contéstame, que te hago dar agua.

Un sudor helado cubre la frente del moribundo. Ya no tiene sed. Le parece que las enrejadas puertas del cuadro quinto se han cerrado definitivamente tras de su espalda.

Cae la tarde; el bombero de guardia se pasea con el máuser al hombro frente a la caverna rectangular y él se acuerda de la «merza» que a esa hora toma el vermut en la Terraza o en el Ambos Mundos. Seguramente se prepara un «escolazo» para la noche en Belgrano bajo o al Sur de Boedo, o en Vicente López, y como fantasmas pasan ante sus ojos los contertulios de la ladronera de los hermanos Trifulca, reducidos y batidores.

—¿Por qué no hablas? —insiste la voz.

Haffner se acuerda. El sol cae en la pradera, y bajo un sauce con mantel de pasto y techo de cielo corre la alegría de un picnic «mafioso»: siete perdularias con sus siete hombres, todos revólver al cinto, sombrero empinado sobre la frente y la cara

blanca y tierna de fomentos al vapor.

Alguien ha tomado la guitarra. Una vidala suena triste, y el porrón de ginebra embadurna los labios de fuego y los ojos de coraje. Las «milongas» entornan los párpados y retoban las caderas en pujo de baile; luego el moreno Amargura desenfarda el bandoneón, y en el pasto verde se destrenza el tango, negro ritmo de carnaza sensual y angurriente.

Un fuego de ginebra corre por la garganta. Ante sus ojos se detiene el charco de agua y orines.

La pregunta repiquetea en sus oídos:

—¿Por qué no batís? ¿Quién fue? ¿El Lungo o el Pibe Miflor?

La voz meliflua del hombre de terrible mirada aceitada perfora continuamente sus oídos como un berbiquí:

—¿Por qué no hablas, nene? ¿Quién fue que te baleó? ¿El Lungo o el Pibe Miflor?

Guarda silencio el Rufián. Su imaginación se desploma en el calvero de un bosque fresco. Se ha sentado bajo un árbol descomunal, de cuya cúpula se desprenden lianas multicolores. En redor, embrujados, danzan perfiles de gato, de cabra, de perros, de gallinas y de ocas. Mueve la cabeza intentando apartar los ojos del castigo de esa chapa de plata incandescente que, traspasándole los párpados le envía hasta el más recóndito filete nervioso del cerebro, un espolonazo de fuego. A instantes, la multitud misteriosa hace tal ruido en la sala que le parece van a estallar sus tímpanos bajo la presión de chillidos de figles, quejas de bandoneón, rataplán de tambores.

Y la voz misteriosa y meliflua insiste, terca:

—¿Por qué no hablás?... ¡si podés hablar!...

Lo sacuden tan brutalmente que la boca se le llena de un cuajo de sangre. La voz meliflua ruge sordamente en sus orejas:

—Hablá, hijo de puta.

El Rufián Melancólico entreabre el párpado y lo mira al auxiliar. Se acuerda de los golpes que éste le descargó en el rostro, de los puntapiés que le dio en el estómago y con un soplo arranca de sus entrañas este insulto sordo:

—Canalla...

El auxiliar sonrío parsimoniosamente:

—Por fin hablaste, nene. Estás cabrero. No seás así, viejo. Con los amigos no hay que ser así. ¿Vos le robaste la mujer al Pibe Miflor, no? Mirá, vas a reventar de un momento a otro. Hablá que te ganás el cielo, viejo. ¿También fue el Pibe Miflor el que la mató a Lulú?

Una mujer alta y escuálida se detiene frente a la cama de Haffner. Tiene grandes manchas de sudor en las axilas. El rouge se derrite en sus mejillas amarillas descubriendo agrietadas placas sifilíticas. Los ojos grises, casi podridos, bajo los párpados ennegrecidos le lanzan amenazadoras miradas al Rufián. La meretriz coloca

una mano en su cintura, e inclinando el flaco torso sobre el moribundo le arroja la injuria más atroz entre la «gente de ambiente».

—*Nom de Dieu, va t'en faire enculer...*

Los dientes de Haffner crujen como los de un chacal. ¡Oh! si la pudiera patear a la hembra impúdica. Y el otro, que resopla la nauseabunda cantilena:

—¿Por qué no hablás, nene? ¿Quién te fajó? ¿El Lungo o el Pibe Miflor?

Haffner gime dolorosamente. El infierno se ha dado cita a la orilla de su cama. Un rectángulo negro gira ante sus ojos, y alguien escribe con una tiza:

cos. a + i sen. a

El pizarrón se desvanece. La penumbra proyecta conos oscuros en sus tejidos. Desde una altura invisible llueve papel picado. Un reflector gira haces de luz violeta y amarilla. Pasan ante sus ojos espaldas desnudas. Damiselas que «hacen la vida». Sin medias y con zapatos rojos. La pollerita diez centímetros más arriba de las rodillas. Vinchas en la frente, y en los labios pintado un corazón. El insulto resuena otra vez más cercano:

—*Nom de Dieu, va t'en faire enculer.*

La hembra maldita debe estar escondida por allí. Hurga con su mirada, pero el paisaje siniestro se lo oculta un negro motudo, cráneo de melón, que baila con una rubia: 10 bacilos por campo. Haffner quisiera gritarle al negro:

—Chau, Amargura —pero la voz queda retenida en su garganta por un sabor salado y hediondo que brota de sus entrañas. Sonríe levemente, de placer. Mantones negros con amapolas rojas centellean bajo el reflector verde, que se transforma en amarillo y luego en violáceo. Una expresión de ausencia y fatiga sobrehumana se disuelve en el semblante del Rufián Melancólico. Hipa sordamente y se enjuga los labios con la lengua.

La voz misteriosa le promete ahora:

—Mirá, en cuanto me digas te hago dar un refresco de horchata. Si se ve que tenés sed.

Haffner cierra el ojo, adolorido de tanta luz. A lo lejos distingue el charco de agua y orines, y el peón cojo del herrador que le tomaba la nariz a los caballos con un suncho de cuero corredizo en un garrote, y luego le retorció el hocico a la bestia para que permaneciera quieta y se dejara herrar.

El auxiliar es infatigable:

—¿Por qué no hablás, nene? ¿Quién fue, el Lungo o el Pibe Miflor?

Como un escorpión en un círculo en llamas se retuerce el «fioca». Tiene la sensación de que hace un siglo está esa voz suave y esa terrible mirada aceitosa hurgándole la memoria y arrastrándolo por el sufrimiento y los cabellos hacia el trágico momento de la noche oscura en que los «otros» le desfondaron el pecho de un balazo. Algo parecido a un razonamiento, oscila una chispa de lógica en su entendimiento. Si se salva, lo coserá a puñaladas. Y si no, morirá en su ley. ¿Para que

«batir»? Si le parece que es ahora cuando se hizo besar los pies por el Pibe Miflor. Y en su imaginación el tiempo corre, está curado, y de pronto lo ve al Pibe arrinconado. Él lo faena, y su cuchilla penetra en la tierna carne del vientre del otro, como una daga en la pulpa de una banana...

—¿Te llevaste la mujer? ¿Fue el Pibe Miflor?

Por primera vez en los oídos del moribundo encuentra eco la palabra mujer. Como en un film, en el que la máquina hace marchar demasiado despacio la película alargándose perpendicularmente todas las palabras, esta vez la palabra «mujer» se alarga en su tímpano, extraordinariamente.

—¿Así que las «paicas» eran mujeres?...

Una fuerza tangencial se apodera de su memoria, en ángulo se desplaza el alma fuera de su cuerpo, y de pronto una fisonomía lejana avanza en engrandecimientos sucesivos hacia su última hora. Una carita pálida y alargada, enmarcada por un sombrerito de esterilla verde, y la nariz quizá un poco larga. Y por primera vez, el «fioca» se dice:

—A ésa no debí pegarle.

Ahora se desploma en un pozo negro. La nada.

El auxiliar de investigaciones ronda sombrío el lecho del moribundo. Clava una penetrante mirada en el rostro del moribundo y soliloquia:

—No sale de la tarde este hijo de puta. ¿Quién le habrá tirado? ¿El Lungo? No es probable. Pero el Lungo debe saber. El Pibe Miflor es una fija que «está metido en el baile». La que debe saber del Pibe Miflor es la mechera Julia. Donizzetti la vio varias veces con el Pibe Miflor. Si el pibe Repoyo hubiera sabido algo habría ya telefoneado. ¡Qué «merza», mi madre!

El Rufián Melancólico entreabre un párpado. Vertiginoso, el auxiliar Gómez se inclina sobre él y susurra:

—Nene... te hago traer una horchata si «cantás». Una horchata heladita.

Haffner tuerce la cabeza, penosísimamente.

Una canción distante llega hasta sus oídos. La conoce. Levanta el párpado, pero no distingue a nadie, mientras que la voz sonora canta en la sala:

O Mamri, o Mamri,
Quando sonna agul perse pe tu
Fammi durmi una notte abbraciattu cutté.

El Rufián Melancólico galopa en pleno recuerdo. La canción evoca el carrito de verdura que un chico vecino suyo arrastraba junto al padre. El padre llevaba un clavel rojo tras la oreja, y la mató de un puntapié en el vientre a su esposa, la que llevaba arrancadas amarillas, como gitana, entre el pelo renegrado y que también cantaba a veces en la batea la canción aguda como el canto de un gallo en un mediodía de oro:

Fammi durmi una notte abbraciattu cutté.

—¡Ah! También cantaba esa canzoneta, Pascuala, gorda como una marrana y que regenteaba la casa del napolitano Carmelo. Carmelo se levanta frente a sus ojos con los rulos de cabello negro sobre el cogote rojo, mientras que cinchándose la enorme tripa con una faja verde le grita en el oído al Rufián Melancólico.

—*La vitta e denaro, strunssso.*

Como una culebra de fuego, la sed se adentra en las entrañas del macró. Y nuevamente, sin saber por qué, le dice:

—A ésa no debí pegarle.

Porque las castigó a todas. Desahogando en ellas la ferocidad de su aburrimiento, una rabia persistente y canalla que estallaba en él por cualquier insignificancia.

Sí, se acuerda, aunque está por morir. ¿No la tuvo toda una noche de invierno encerrada en la parte exterior de un balcón a la Coca? Y sin embargo, a través de los vidrios se escuchaba el ulular del viento. Más tarde diría, comentando ese suceso:

—Y tan bestia era esa mujer, que no reventó.

Y con Juana la Bizca. A ella le decía:

—Te pego por principio; porque un hombre siempre tiene que pegarle a su mujer.

¡Si hizo atrocidades! La domesticó a la Vasca; la Vasca, que tenía el perfil de cabra y el pelo rizado y bravío como la crin de un toro. Tan feroz era la bestia que para que no lo mordiera la tuvo un mes atada a una cama de bronce, y durante treinta días la desmayó a bastonazos. Y como era pecosa, para afinarle el semblante le daba al atardecer una ración de aceite de castor, poniéndole un embudo entre los dientes. Después descubrió que no sabía caminar, y para impedir que diera pasos largos le ató los tobillos con una cadena, de modo que la fiera se acostumbrara a dar pasos cortos. Cuando la mujer escuchaba el eco de sus pasos el rostro se le quedaba sin sangre.

¡Qué atrocidades cometió con la bestezuela trotacalles! Y sancionando su conducta, las resonantes palabras de su compañero Carmelo, «el dueño de casas»:

—*La vitta e denaro, strunssso.*

Nuevamente surge ante él la meretriz, taciturna, que bajo los ennegrecidos párpados grasientos le lanza por los ojos relámpagos de odio. La proxeneta se inclina sobre él, y muy junto a su cabeza descubriendo una boca taladrada de chancros indurados, escupe gangosa el insulto atroz:

—*Nom de Dieu, va t'en faire enculer.*

Haffner quiere morir. Se dice casi lúcido: ¿Por qué tarda tanto en llegar? Sufre como si estuviera sobre un lecho de fuego. Una arena candente circula por sus pulmones.

Sin embargo, ahora que está agonizando algo le dice adentro del corazón que no debió pegarle a Eloísa, la dactilógrafa. Y a ésta la castigó con más rudeza que a las otras, y no con lonja, sino con cabitrenzado. No se olvidará ni en el sepulcro de esa

tarde en que le dijo a la muchacha:

—Andá a la calle. Traé plata.

No puede precisar qué gesto hizo la muchacha, pero en él se renueva la sensación de salto de tigre que dio cuando la muchachita se negó. También distingue un rostro que se cubre con las manos, soslayando los golpes, unas rodillas que se doblan, y después él, con la trenzadura, descargando inexorablemente golpe tras golpe sobre el flaco cuerpo inanimado, que quedó señalado de verdugones violetas. Y aquella tarde, antes de salir, al ir ella a dejar la pieza, se detuvo en el dintel, y volviendo la cabeza le preguntó dulcemente mirándolo con una expresión extraña a él que estaba recostado en el sofá con los botines puestos y las manos en asa tras la nuca:

—¿Voy?

Él no se dignó contestar. Incluyó la cabeza en señal de asentimiento. Ella salió.

Tres días después la recogieron flotando entre los perros ahogados y las balsas de paja y de corchos en la salida del Riachuelo.

—Decime, ¿quién fue el que te tiró? ¿El Lungo o el Pibe Miflor?

Un sacudimiento ha estremecido la carnaza del macró. La boca se le entreabre en un afán de tragar aire y el pesquisa retrocede sombrío, penetrantes sus ojos aceitosos.

El Rufián Melancólico se estremece. Una figura augusta ha entrado en la sala. Es alta y terrible, pero el Rufián no tiene miedo. La mujer enlutada, con un vestido cuyo ruedo se atorbellina junto a las piernas, avanza por la sala, rígido el rostro largo y terrible. Una mueca de dolor se inmoviliza en este semblante de mármol. Camina con los brazos extendidos frente a sus senos, palpando el aire. La voz gime dulcísima:

—Haffner... mi pobre Haffner querido.

Lejana la voz, tiembla su magulladura ardiente.

—Haffner... mi pobre Haffner.

Lo envuelven unos brazos. Haffner tiende la boca entreabierto al brazo fresco.

Gime.

—Mamita... Mi Cieguita...

—Haffner...

Se siente apretado contra la dulzura infinita de un pecho. Una mano le recoge el cabello sobre la frente sudorosa.

—Haffner...

Los ojos del moribundo se han dilatado. Un frío glacial sube hasta su cintura. Una dulzura infinita lo adormece sobre el pecho de la Ciega. Sonríe incoherentemente, refrescada la mejilla por el brazo frío que lo soporta, y deja de respirar.

EL PODER DE LAS TINIEBLAS

Convento de las Carmelitas.

En el locutorio encalado, las dos monjas de mejillas regordetas y rojas

permanecían sentadas en el banco, junto al muro, como si estuvieran en un cuartel. Tiesa en la orilla de otro banco, observa la monja Superiora. En su semblante estriado de arrugas los ojos fijos de la Superiora semejan dos planchas de plata muerta. Con los labios apretados, mantiene las pupilas fijas en el rostro de la esposa de Erdosain.

Elsa aguarda sobrecogida, sin saber qué decir, con las manos sobre las rodillas. Un terror suave penetra en capas sucesivas a su alma, cuando al volver la cabeza sorprende a las dos hermanas que se guiñan los ojos para no reír. Las envuelve en una mirada alternativamente severa y tímida, y luego dirige los ojos en imploración hacia la Superiora. Ésta no aparta de ella sus ojos blancos. Permanece en el centro del locutorio, inmóvil, como si la deslumbrara un arco voltaico. Y su cara color de avellana, arrugada como una nuez, es más inexpresiva y espantosa que aquellos dos guiños que cambiaron las monjas de pálida frente y mejillas regordetas y rojas.

—¿Usted es católica? —pregunta por fin.

—Sí, hermana.

—Usted abandonó a su esposo.

—Sí, hermana.

—¿Por qué cometió ese pecado?

—Por tristeza, hermana. Estaba muy triste. Me hacía sufrir mucho.

Nuevamente aquellos ojos blancos, inmóviles, la sondearon como un escalpelo. La monja Superiora hizo una señal a sus dos compañeras y ambas salieron. Elsa quedó sola, sentada en el banco, frente a la vieja terrible que parecía hipnotizada en su tiesura de expectativa. Ésta movió los labios y sopló:

—Justifíquese.

Elsa inclinó la cabeza. Hacía dos horas que había abandonado al Capitán, y ya la vida se precipitaba sobre ella más violenta que un aluvión de fango. Si hubiera cometido un crimen su futuro no se le presentaría más sombrío. Cerró los párpados; al abrirlos dos lágrimas se le desprendieron de las pestañas y corrieron por sus mejillas.

La monja Superiora, inmóvil frente a ella, dejaba estar sus ojos blancos. Elsa hizo un esfuerzo y sobreponiéndose a su deseo de desplomarse sobre una cama y dormir, habló.

Mi familia siempre se opuso a que me casara con Remo, porque su pobreza no les parecía compatible con la fortuna que yo había heredado de mi padre, y que era escasa para un hombre que no tuviera conocimientos comerciales para duplicarla. Nuestro noviazgo fue en consecuencia duro, breve y no tuvimos tiempo de conocernos como es necesario que entre novios ocurra. Sin embargo, yo creía firmemente en las condiciones de Remo para desenvolverse en la vida, y lo quería. Lo quería mucho, pues de otra manera no me hubiera casado con él. Una muchacha de mis condiciones estaba en situación de elegir partido. Sin embargo, contra todos los consejos que me dieron y las presunciones de que sería sumamente desdichada con él, me casé.^[5]

Recuerdo, como si fuera hoy, que el día que contrajimos matrimonio él comenzó a hablarme de la pureza, del ideal, y no recuerdo de cuántas cosas más. Yo lo miraba asombrada dándome cuenta de que me había casado con una criatura. Cierto es que lo quería... pero había algo en él inadmisiblemente estúpido, si se quiere. Al otro día de la noche de bodas le propuse que trabajara de dependiente en una ferretería; de este modo, con el capital de que yo disponía podíamos instalar más tarde una ferretería. Recuerdo que se indignó como si le hubiera propuesto un comercio vergonzoso. Él quería ser inventor. No hacía nada más que asombrarse, y de pronto se puso a reír a gritos. ¿Se da cuenta usted? Yo me sentí ofendida. ¿Pretendía él vivir a costa de mi dinero? No aceptó, y entonces, a pesar de que ya había cumplido veintitrés años, le propuse que estudiara en el Colegio Nacional. Podía recibirse de bachiller, y luego ir a la facultad y cursar farmacia. Los farmacéuticos ganaban mucho dinero instalándose en el campo por su cuenta. Esta propuesta lo enfureció como la anterior. Creía que se podía vivir de amor. Yo un día le dije:

«Mirá, nosotros nos queremos, y se terminó. Lo que tenés que hacer es pensar en trabajar». Y traté de convencerlo de que entrara en un almacén. Podía hacer práctica hasta conocer bien el precio de las mercaderías, y luego instalarse por su cuenta. ¿No había hecho de esa misma manera su fortuna mi padre? Él era inteligente y podía enriquecerse más rápidamente aún. Cuando le propuse lo del almacén se disgustó de tal forma que durante quince días no me dirigió la palabra. Entonces busqué otro trabajo más en consonancia con sus gustos, y le propuse la instalación de una fábrica de ravioles. El tomaría oficiales competentes, y no tendría más trabajo que atender la caja. ¡Qué serio se puso! Yo vi bien que estaba sufriendo. ¿Pero qué es lo que quería? Pasarse los días leyendo libros de mecánica, o hablando de los rayos Beta. Tenía algo del idiota, del hombre que no entiende las cosas, que no se da cuenta de que la vida no son besos en las manos, pues con los besos en las manos no se come. Por fin se resignó a emplearse. Yo me puse contenta. Tenía esperanzas de convertirlo poco a poco en un hombre de provecho. Mas tiempo después observé que Remo insensiblemente cambiaba, cambiaba en algo. A veces lo sorprendí mirándome con una expresión extraña en la mirada, pero como si me estuviera estudiando o pesando.

Y yo, que nunca fui a recibirlo con un beso, cuando sentí un día necesidad de ir a su encuentro para abrazarlo recibí de él estas palabras frías:

—¿Para qué quiero tus besos?

Me extrañó, pero no le dije nada. Supuse que estaba disgustado de que la noche antes lo retara por traerme diez pesos menos del sueldo que había cobrado. No porque yo fuera avara, sino porque ninguna necesidad tenía de gastar dinero afuera, ya que yo le daba todos los días para cigarrillos y para dos cafés. ¿En qué había gastado los diez pesos? Luego observé que todo principio de mes estaba un no sé qué irónico y burlón. Me desperté alarmada. Se había sentado en la cama y se reía con risitas reprimidas y convulsas, las risitas de un loco que ha hecho una travesura. Cuando le pregunté lo que le pasaba, me contestó:

—¿Qué te importa? ¿O es que ahora pensás también administrarme la risa?

Entonces le dije que no se ofendiera, y que gastara todos los meses diez pesos de su sueldo, si así lo quería; pero eso no lo consoló como yo esperaba.

Tenía algo. Algo que... ¿Por qué no habló? Nunca entonces anduvo tan silencioso. Llegaba de la fábrica a las doce y media, almorzaba con la nariz metida en su libro de física, y luego se tiraba encima de la cama. Por lo general no dormía sino que se quedaba mirando un rincón del cielo raso. A veces, una arruga gruesa como una vena le cortaba la frente. Si se le hablaba en esas circunstancias daba un salto, como si lo hubieran sorprendido cometiendo un delito. Y yo que lo dominaba como quería, ¡no sé por qué en esos momentos sentía tal respeto por él, que lo hubiera abrazado y apretado fuertemente! Pero su mirada hosca me paralizaba todo impulso de amor. No sé si él se daba cuenta de lo que en mí pasaba, pero tenía la impresión de que aunque su cuerpo se movía, en el fondo de él su alma quedaba inmóvil, acechándome como un enemigo. Sí, porque me acechaba. Hasta creo que durante un tiempo pensó en matarme. No sé por qué, pero me parece. Conversábamos un día de un crimen que había tenido resonancia; estábamos precisamente en la mesa, la sirvienta había salido, y él contestó:

—Realmente, el asesino ha sido un estúpido. Con haber preparado un cultivo de bacilos y dárselo en la sopa... (precisamente yo estaba tomando la sopa) o en el café, quiero decir —agregó él—, la cuenta estaba liquidada.

—¿Y vos serías capaz de hacer tal cosa, de asistir a una agonía lenta?

Aunque se reía a carcajadas sus ojos estaban serios. Me contestó:

—¿A una agonía? Y a diez... si fuera necesario. No me conocés, querida mía —la voz le temblaba como si lo estremeciera el odio. Luego agregó—: ¿Por qué no? Naturalmente, antes de cometer un crimen habría que familiarizarse con la idea, pensar en él, de manera que en la conciencia de uno «eso» dejara de ser un crimen para convertirse en un asunto vulgar.

—¿Pero vos serías capaz? —insistí yo.

—Creo que sí.

Ese «creo que sí» lo dijo pensativamente, con tanta tristeza y resignación que de pronto me dio una lástima enorme, me puse pálida, y con lágrimas en los ojos, adorándolo como nunca, me abracé a su cuello y le dije:

—¿Pero qué te pasa que estás así tan triste? ¿Qué te pasa? ¿Por qué no hablás?

Con frialdad se separó de los brazos, y sonriendo cínicamente, me contestó:

—¡Estás loca! No tengo nada, mi hija. ¡Qué divertida que sos!...

Desde entonces adoptó conmigo una conducta reservada, fría. Cuantas veces quise acercármele y avanzaba ligeramente, me detenía en el impulso el choque con la atmósfera helada que rodeaba su cuerpo, y que parecía escaparse del brillante mirar de sus ojos fijos. Era como pasar del sol al sótano de un frigorífico.

Desde la cama donde él estaba tendido dejaba caer los ojos hacia mí, pero con tanta indiferencia, que a medida que yo trataba de penetrar en su silencio, su silencio

se hacía en la profundidad cada vez más denso, como el agua que en el fondo del océano debe tener la consistencia del acero.

Y yo comprendía que sus primeros silencios eran a los silencios que vendrían después, como su semblante de criatura respecto a esta otra, su cara presente, cortada desde los pómulos en mejillas de planos tumultuosos, con la arruga del ceño más hinchada, y los párpados, el ceño y los vértices de la boca crispados en finas arrugas de sufrimiento.

A veces he pensado que debía odiarme profundamente y que sólo se quedaba a mi lado para martirizarme. Y sin embargo él era el mismo hombre. El mismo hombre que un día me había acariciado con manos tímidas de rubor, el mismo hombre que apoyaba la cabeza en mis rodillas, sentado a mis pies, y a quien yo entonces miraba con asombro mezclado de burla, porque al fin y al cabo, era una mujer como otra para merecer tan exagerada adoración.

Ahora, en cambio, cuando él no se daba cuenta me entretenía en espiarlo, buscando en las contracciones de su semblante y en esas luces fugitivas del perfil de la pupila la naturaleza de sus sentimientos; pero era inútil. Yo estaba junto a él, y sin embargo no me pertenecía.

Era mi marido de nombre... eso... de nombre. En el fondo quizá me estimara. El odio en él estaría mezclado por la estima que se siente hacia las personas a las que se hace sufrir injustamente... nada más.

Y es que no me quería. Yo observaba que no me quería, porque toda observación que le hacía respecto a nuestros intereses la acogía con una frialdad respetuosa, asintiendo por completo a mi voluntad, no rebelándose nunca, poniendo una especie de atención a sus pensamientos y egoísmo. De tal manera que su flamante amabilidad era un cristal interpuesto entre su alma y la mía. Cada vez que yo quería acercarme a él, mi frente chocaba con ese invisible cristal. Y si yo le hubiera pedido que se tirara a un pozo posiblemente lo hiciera, con esa misma indiferencia con que a fin de mes me entregaba su sueldo completo, tal cual se lo habían colocado en el sobre.

Más tarde, cuando ocurrió un gravísimo suceso entre nosotros, observé esto: renunciaba con una especie de indiferencia burlona a todo lo que le era más querido y que le había costado esfuerzos inmensos para obtenerlo. ¿Cómo explicarse esa conducta? Se reía hoy de aquello que ayer le había costado lágrimas... y que seguiría haciéndolo llorar mañana. Buscaba ya el sufrimiento. Dios solo sabe lo que ocurriría en el fondo de aquella pobre alma. A medida que pasaban los días lo quería más. Lo quería como una mujer, lo quería con toda mi feminidad más dulce, más complaciente, más humillada, y yo, que por él nunca me había preocupado de mi tocado, comencé a cuidar el detalle. Cuando él volvía de la oficina me encontraba vestida como para salir, linda si se quiere, y no terminaba de transponer el umbral cuando yo me había cogido de su brazo, y colgada casi de él lo acompañaba hasta el comedor, pero él fríamente me besaba en una mejilla, y con esa voz lejana y clara con que conversamos con las personas que no nos interesan contestaba a mis preguntas,

cuidando de que fueran precisas, como si se tratara de uno de los tantos informes que redactaba en su oficina. Y yo, que nunca me había pintado, lo esperé un día con los labios y las mejillas teñidas, y al verme así, sonriendo irónicamente, dijo por todo comentario:

—¡Qué curioso! Las prostitutas, cuando llega el «marido», hacen todo lo contrario de las mujeres honestas. Se despintan.

¿Por qué me humillaba así? ¿Acaso porque le había pedido un día que instalara una fábrica de raviolos? Le contesté:

—¿Y qué sabés vos de esas mujeres?

Silenciosamente incliné la cabeza sobre el plato y mis lágrimas se mezclaron con el rouge.

¡Qué días, Dios mío!

Tenía la impresión de que algo horrible se estaba elaborando en él. Su silencio era cada vez más espeso, lo envolvía como una neblina que le sirviera para disimular sus propósitos. Ahora, cuando entraba a la casa, no parecía él, sino otro hombre; otro hombre que con su mismo rostro había adquirido sobre mí no sé qué derechos, y que se me imponía con el misterio de su vida callada, sin explicaciones, sin rumbo.

Algunas veces, cuando yo me recostaba, de pronto, sin que su actitud se explicara, sentábase a la orilla de mi cama, y con una lentitud de extrañeza me acariciaba el cabello sobre la frente, con la yema de los dedos me alisaba las pestañas, los párpados, ponía la cálida palma de su mano sobre mi garganta y de pronto me besaba en la boca con esa frialdad brutal de los hombres que tratan a bofetadas a las mujeres y hacen de ellas lo que quieren. Yo trataba de resistirme a ese salvaje modo de su ser, pero era imposible. De pronto el alma se me llenaba de una misericordia enorme, él era quien tanto me había querido; y entonces yo levantaba mi mano hasta su rostro, mis dedos se detenían en sus ásperas mejillas frías o le apretaba la boca; sus ojos estaban muy próximos a los míos y de pronto ocurría algo horrible: él sonreía cínicamente, y dándome la espalda se retiraba a su cuartito, donde, estirado en la cama, se quedaba pensando, con las manos en asa debajo de la nuca.

¿Por qué no lo hablé desde el fondo de mi corazón? Un falso orgullo me retenía las palabras sinceras que quizá nos hubieran salvado. Yo misma era la víctima de la desesperación interpuesta en nuestras vidas, y que se hacía cada día más fuerte. Hubo semanas en que no nos dijimos una palabra. Vivíamos en silencio, y era inútil que el sol alegrara los árboles y que las tardes fueran tan delicadas como una seda color turquí. Un día, no sé cómo, dijo él: «Más tristes no están los leones entre las montañas cuando se mueren de hambre». Y el sol, que para los otros era sol de fiesta, lucía para nosotros en lo alto, fúlgido y siniestro. Entonces yo cerraba los postigos de las piezas, y en la oscuridad de mi dormitorio me quedaba pensando en ese muchacho distante, mientras que una mancha amarilla corría lentamente por las flores del empapelado.

Un día recibí una sorpresa extraña, que me dejó mucho tiempo preocupada. Era

domingo. Yo iba por la calle Rivera, cuando de pronto me detuve asombrada.

Junto al vidrio de un café de cocheros, un vidrio lleno de polvo iluminado por el sol, estaba él, tristemente apoyada la mejilla en la palma de la mano. Miraba la cornisa de una casa frontera, pero sin verla, con la frente arrugada, vaya a saber pensando en qué. Yo me detuve para observarlo. Era mi esposo. ¿Qué hacía allí, en ese lugar repugnante, con la mejilla casi apoyada en el vidrio sucio, y una franja de sol iluminando la galera de los cocheros que hacían círculo en torno de las mesas? En la puerta del café un japonés conversaba con un hombre de pierna de palo. El alma se me encogió de tristeza. Yo lo miraba a él como si fuera otro; otro que hacía mucho tiempo que se había perdido en mi vida, y que de pronto el azar me lo presentaba desnudo de toda máscara en un antro espantoso.

Se veía que la gente que allí estaba hacía un ruido tremendo. Golpeaban con los puños las mesas, pero él como si estuviera sordo, permanecía en su desgarrada postura, la mejilla en la palma de la mano, las pupilas fijas en un punto invisible de la cornisa marrón, los labios contraídos en un mohín de sufrimiento y de voluntad. Su taza de café era una colmena de moscas, pero él no veía nada. Y, sin embargo, era mi esposo, el mismo que un día fuera tan tímido en ademanes dulces y que apoyaba la cabeza en mis rodillas. Y ahora estaba allí. Sólo le faltaba estar dormido o cabecear frente a un vaso de vino para que su aspecto derrotado fuera más horrible.

De pronto comprendí que si me quedaba un minuto más frente a ese lugar me echaría a llorar, y me fui... me fui sin atreverme a llamarlo.

Luego hubo una época en que pareció tener miedo, desconfiarme. Recuerdo que una mañana, en circunstancias en que se estaba poniendo el cuello frente al espejo, de pronto soslayándome, dijo:

—¿Te acordás de Lauro y Salvatto?

Asombrada le pregunté:

—¿Quiénes eran esos hombres?

—Dos pescadores que llevaban un clavel en la oreja. Con ellos lo hizo asesinar a su marido la Guillot. ¿Te das cuenta? Se enamoraría de verlos pasar por la mañana en la calle, con un clavel tras la oreja y cantando alguna canzoneta napolitana.

Agudo como el canto de un gallo fue el tono con que lanzó una estrofa napolitana. Luego continuó:

—Mirá qué interesante sería que vos también me hicieras asesinar por un pescador que llevara un clavel en la oreja.

Indudablemente, estaba loco.

—Lo extraño es que todavía no me hayas engañado. Sin embargo, sería interesante. Pero te faltan condiciones. No naciste para eso. Sos demasiado burguesita.

Y después de reírse solo frente a frente del espejo y de observar el efecto de su corbata sobre la pechera de finas rayas rojas y grises, continuó:

—No estoy mal mozo. Lo bueno es que si te quedás viuda te casarás con un

tendero. ¿Qué te gustaría más?... ¿Un confitero? Vos atenderías la caja y cuidarías que los mozos no le robaran a tu marido, de cincuenta mil pesos, ni una masa de cinco centavos. En fin, la vida es divertida, ¿no te parece, mi amor? Y sonriendo cínicamente se acercó para besarme. ¿Se da cuenta?... ¡Para besarme! Lo rechacé y entonces me preguntó: —¿Está disgustada la confitera? —Y se marchó cantando.

Me ultrajaba porque sí. Llevaba en el corazón una alegría siniestra, que le encandilaba los ojos. Y, cosa que nunca hizo, comenzó a cuidar de su elegancia. ¿De dónde sacaba el dinero? No lo sé. Posiblemente ganara a la lotería, porque poco antes de nuestra ruina encontré en un cajón un mazo de billetes. El caso es que se compraba camisas de seda, medias caras, en fin, hasta se bañaba todos los días. Con eso le digo todo.

Sin embargo, su siniestra alegría no lo distraía. Tenía momentos más oscuros que una fiera amaestrada.

Fermentaba ferocidad. No buscaba nada más que pretextos para estallar. Así, la retaba injustamente a la sirvienta por no cuidar más de los muebles, y exclamaba, con un tono de voz que hasta los vecinos podían escucharlo:

—Estos muebles cuestan dos mil pesos. Esta alfombra cuesta cuatrocientos pesos... —Y como el más vil rastacuero enumeraba el precio de las cosas, mientras que la criada lo miraba roja de indignación. Y yo sabía que todo ese interés por las cosas que me pertenecían era falso, que a él se le importaba un ardite el valor de los muebles y de las alfombras, y que esos furores de advenedizo eran la explosión de sentimientos desviados, de ansiedades no satisfechas y de aquel misterio que su alma escondía con más pudor que si fuera un cáncer.

Y que lo nuestro no le interesaba mayormente lo comprobé más tarde, cuando sobrevino nuestra ruina. Por consejo de un hermano entré en negocios con una empresa comercial; yo quería duplicar nuestra fortuna, para que él se pudiera dedicar a sus estudios de electricidad, lo único que le interesaba, y algunos meses después de haber invertido el dinero que tenía en acciones la casa fue a la quiebra y quedamos en la calle.

Para mí, aquél fue un golpe terrible. En cambio, él permaneció impassible, como si no hubiera ocurrido nada. Yo trataba de hacerle comprender la importancia de lo sucedido, pero qué... no he visto mayor indiferencia en mi vida que aquella que demostraba él por todo aquello que no se refiriera a sí mismo. Con dinero o sin dinero, ese hombre era siempre el mismo, indiferente y triste.

Yo lloraba desesperada; la tranquilidad para nuestro porvenir había desaparecido. Incluso se negó a informarse y a hacer trámites para recuperar algo de lo perdido. Una vez llegué a pensar que Remo se alegraba secretamente de la desgracia que nos había ocurrido. Iba y venía como de costumbre, observando una conducta hermética, hasta que descubrí algo repugnante.

No sé cómo me puse a revisar los bolsillos de su saco. De pronto me llamó la atención un pliego duro; entré la mano al bolsillo y saqué una fotografía.

Era en el fondo de un parque. Sentada a su lado, con una cartera de colegiala, estaba una criatura de trece años a lo sumo, el cabello en rizados escapándose de un gorrito de paja, y el delantal plegado sobre la cartera. Él, cruzado de piernas, el sombrero sobre la coronilla, la sonrisa desvergonzada, miraba hacia el frente, mientras que la criatura tenía vuelto el semblante hacia él.

A mediodía, mientras tomaba la sopa, le dije:

—¿Quién es esa criatura con la que te has retratado?

Sin enojarse, con una sonrisa cándida me contestó:

—Una chica que está en tercer grado y hacemos el amor. Esa mañana se hizo la rabona.

—¿Cuántos años tiene?

—Va a cumplir doce el mes de agosto.

—¿Y no te da vergüenza? ¿No te das cuenta de que sos un canalla?

—¡Ajá!

Luego se levantó y salió.

Un anonadamiento espantoso me aplastaba en esa casa mía, pero que ya no lo era, porque en ella me sentía perdida. Recién había visto el monstruo que existía en él. ¿Cuándo se despertó? No lo sé. Pero él era un monstruo, un monstruo frío, un pulpo. Eso, un pulpo envasado en el cuerpo de un hombre... un hombre que era él... y que no fue, porque me acuerdo cuán torpes eran sus ademanes, y con qué pena de amor me besaba las manos y me tomaba los dedos, y quería inclinarme la cabeza sobre su pecho. ¡Cómo cambió de niño que era! Su alma inmóvil, tesa allí abajo, como la de un condenado a muerte a quien ya le han rapado la cabeza, esperaba no sé qué ajusticiamiento.

En esa época vivió más frenéticamente que nunca.

Una noche llegó bastante tarde. Serían las nueve y media. Todo en él vibraba, como después de una acción heroica. Tenía los ojos brillantes, las mandíbulas se apretaban, mientras que las fosas nasales aspiraban profundamente el aire. No terminó de quitarse el cuello, que ya decía:

—¿Sabés? Acabo de escupirle en la cara a una modistilla. Al chasquear los labios lanzándole el salivazo, fue como si hubiera estallado ante mis ojos un petardo de dinamita. Ella se torció como si le hubieran dado un hachazo en la cabeza.

Y continuó con voz estremecida:

—¡Ah, si la hubieras conocido! Es la criatura más insolente que he tratado. Y fea, ¿sabés?, una de esas fealdades que hacen que un hombre se avergüence de ir por la calle en su compañía, porque todos lo miran con asombro. Imagínate tú una criatura bajita, de piernas cortas, un vestido de mala muerte, las articulaciones de los dedos con callos. Mirándole de frente parece jorobada, tan levantados tiene los hombros; la nariz con caballete y tan larga que podía decirse que entre el mentón y la nariz se podría romper una nuez; y agrégale a eso un feo aliento. ¡Ah, si la hubieras conocido! No te imaginás cómo me tiranizaba. Yo la observaba curioso. Quería ver hasta qué

punto llegaba o podía llegar el dominio de una criatura inferior sobre un hombre superior. Y le aguantaba todo, a ella a quien el último tendero de barrio se hubiera avergonzado de acompañar por una calle medianamente iluminada.

Yo lo escuchaba encuriosada. Él continuó:

—¡Había que oírla hablar! No se puede pedir nada más ridículo. Por ejemplo: Si se sonreía y yo le preguntaba el motivo me contestaba, viniera o no a cuento: «Sonríe cuando me hieren». ¿Te das cuenta? Otra frasecita que le gustaba largar era ésta: «Tengo frío en el alma». ¿Te das cuenta? Daban ganas de pegarle. Cuando viajábamos juntos no hablaba palabra, miraba para la calle; yo me limitaba al estúpido papel de pagar el boleto. Y cuando conversaba, a veces tenía que hacer un esfuerzo para no volver la cabeza. Su aliento era nauseabundo. En fin, eso llegaba al absurdo. Me citaba a una hora y llegaba cuarenta minutos más tarde, y en vez de disculparse decía: «¿Por qué me esperó? Se hubiera ido...». Y yo bajaba la cabeza y tímidamente le decía palabras idiotas, porque encontraba un placer angustioso en tolerar la insolencia de esa mujer monstruosamente fea. Y si nos peleábamos, me buscaba; entonces no descansaba hasta que volvía a su lado, y las lágrimas corrían por su nariz enrojecida, mientras que con sus manos desportilladas me atraía hacia su cuello. En fin, eso era el acabóse. Yo estaba harto; comprendía que por ese camino le iba a terminar por darle de bofetadas cualquier día en un lugar público.

Debido a la lluvia, hoy a la mañana no la vi. Esta noche estuve una hora esperándola bajo la garúa, en el sitio donde sabía que bajaba. Por fin llegó. ¿Te pensás que se emocionó de ver que la esperaba? Se limitó a decir: «¡Usted por aquí!». ¡Ah, si supieras qué curioso! Estaba resuelto a continuar la comedia, a dejar que me humillara hasta donde le alcanzara la imaginación, pero el caso es que de pronto perdí la paciencia, y tomándola de un brazo, con tal fuerza que casi se pone a gritar, le dije:

—¿Sabés vos lo que te merecés? Pues que te escupan a la cara.

—Yo no le he dicho que me esperara —replicó furiosa la viborita, y entonces fue cuando estalló el salivazo. Ella se torció; de pronto comprendí que tenía que ultrajarla más, ya que un salivazo para una bruta como ella era poco o nada significaba, y entonces manteniéndola agarrada del brazo, para que no se escapara (estaba ella a dos cuadras de su casa) me incliné hasta el suelo, recogí un puñado de fango inmundo, y sin que ella se resistiera (estaba como muerta) le restregué la cara, pero tan acertadamente, que a la luz del foco sólo se veía un plastrón de fango verde. Luego la empujé, chocó contra un árbol, y me fui.

—¿Qué edad tiene ella?

—Veinticinco años.

—¿Y la querías?

—Quería las humillaciones que me proporcionaba.

—¿Pero no sentías amor hacia ella?

—Yo nunca sentiré amor.

—¿Y ella?...

—Ahí está. Esa mujer me ha querido. Sabía perfectamente que estaba casado. Ahora yo supongo esto: llegó un momento en que perdió la confianza en su fuerza de voluntad, y entonces todas las insolencias que me hacía eran para ver si conseguía perderme y así no perderse, pero si ése era su fin, ya ves, lo ha conseguido. No se puede quejar, no.

Se veía que estaba contento de su infamia. Gozaba con ella, la exprimía como una naranja regustándola ferozmente, con tanta agudeza que de pronto se le escapó la frase definitiva:

—Ahora comprendo por qué hay asesinos que dan catorce puñaladas a un cadáver. Y que si los dejaran continuarían ensañándose. —Los ojos se le habían paralizado, mientras que los párpados, encapotados, parecían querer descubrir una visión lejana.

Y esto no fue lo último que me hizo, no. A momentos pienso si ese hombre no estaba loco, porque de no estarlo ¿pueden explicarse sus actos? Un mes antes de que me enterara de su defraudación en la Azucarera, una noche, pero ya muy tarde, me despertaron los pasos de Remo, que se paseaba nerviosamente de una pieza a otra.

El comedor y el dormitorio se comunicaban por una puerta. Para poder pasear más cómodamente, Erdosain entornó la puerta de manera que iba y venía de un cuarto a otro sin obstáculo alguno, y disponiendo de un espacio suficiente como para descargar, caminando, su nerviosidad.

Indudablemente, estaba sobreexcitado. Ignoro si los motivos había que buscarlos en la defraudación a la Azucarera, pero en aquellos momentos no eran éstos los esenciales. Lo preocupaba un problema grave.

Aunque yo me desperté, continué con los ojos cerrados. Cuando Erdosain volvía la espalda a la cama le observaba entreabriendo los párpados. La conducta de mi esposo hacía tiempo era anormal, mas ahora el presentimiento me decía que «algo tenía que ocurrir». Erdosain caminaba con paso muy firme. Esto me hizo pensar que deseaba despertarme, pues, por lo ordinario, Remo evitaba molestarme cuando dormía. Se había quitado el cuello. Así, iba y venía, el rostro contraído por una preocupación que terminó por vencerlo. Se acercó a mi cama, e inclinándose corrió la cobija de manera que me dejó descubierto el hombro. Hecho esto, comenzó a sacudirme por el hombro llamándome despacio:

—Elsa... Elsa...

Entreabrí los ojos.

—¡Ah!... ¿Qué querés?

—Despertate. Elsa... Despertate, que tengo que decirte algo muy importante... importantísimo...

Para fingir que me despertaba en ese momento, me restregué los párpados. Remo se sentó a los pies de mi cama y mirándome con ardor, como si estuviera bebido, me dijo:

—¿Estás bien despierta?

—Sí.

—A ver... dejame que te mire... Bueno... escuchame bien...

Caviló un momento, como si fuera muy grave lo que tenía que decirme, y después dijo despacio:

—Elsa, tenemos que salvar un alma... Elsa, si vos me querés, tenés que ayudarme a salvar un alma...

—Usted comprende^[6] —argüía más tarde Elsa— que despertarla a la una o las dos de la madrugada para comunicarle «que hay que salvar a un alma» es para sorprenderla, incluso a la más despierta. Me di cuenta en seguida que Remo había bebido, pero no en cantidad suficiente para estar ebrio, sino excitado. Eso: estaba muy excitado. Pocas veces en mi vida lo he visto así.

—¿Qué sucede?... Contame —le dije.

—¿Estás bien despierta?...

—Sí.

—Bueno, escuchame... Tenés que ayudarme a salvar un alma. ¡Qué cosa más terrible he visto esta noche, Elsa! Algo que no tiene nombre. Un alma hundiéndose en el infierno. Eso... Imagínate una muchacha rodeada de un círculo de bebedores que la emborrachan riéndose..., y ella mirándome triste, como si me dijera: «¿Ves? Es por tu culpa, por culpa de todos los hombres que yo estoy perdiéndome». Te juro que es algo espantoso, Elsa. Si la conocieras, le tendrías lástima. Tendrá veinticuatro años. Sí, veinticuatro años, me dijo el otro día. Trabaja de prostituta... pero no en un prostíbulo, no... «Hace la calle», como dicen ellas. Eso es más honorable que pasarse el día encerrada en un lenocinio. Hacer la calle es caminar por la calle buscando hombres. ¿Te das cuenta? Y es linda. Tiene los pies rotos de tanto caminar. Fijate que escribió en un cuaderno, no sabiendo que yo lo iba a encontrar... porque nos encontramos una vez y luego dejamos de vernos. Mirá, escribió en ese cuaderno: «¿Dónde estás Remo, alma noble? Pienso en ti día y noche». ¿Te das cuenta, una prostituta? Camina como si estuviera ciega. Es muy corta de vista. Esperá que te cuente. Yo estaba una tarde en un café, triste como siempre, cuando la vi pasar. Parecía una sonámbula. Eso... Eso mismo... Una sonámbula por la manera cómo caminaba. Iba y venía. Yo la miré y me dije: ¡Qué mujer más rara! Entonces me acerqué y le dije: «¿No quiere que la acompañe, señorita?». Y ella me dijo: «Sí». Extrañado le pregunté: «¿Por qué usted acepta con tanta naturalidad que la acompañe?». Y ella me contestó: «No se da cuenta que soy una...». ¡Si te imaginaras la pena que me produjo!

Sentí una lástima enorme por ella. La vi sola, triste, rodando de mano en mano... Te prevengo que tengo el corazón duro, pero hay momentos en que me dejaría hacer pedazos por el primer desgraciado que se me cruza al paso. Pasamos la tarde juntos. Yo la escuchaba adolorido. ¿Por qué la vida trataba así a los pobres seres humanos? ¿Por qué los rompía en pedazos? Pensaba que alguna vez esa mujer había tenido cinco años... Jugaría con otras chicas, y nadie en esos momentos se imaginaba el

destino que le esperaba. ¿Te das cuenta si es horrible? ¡Cuántas veces he pensado, mirando las criaturas que juegan en las plazas! ¿Cuál dentro de algunos años será un asesino? ¿Cuál de éstas una prostituta?... ¡Dios mío!... Hay momentos en que dan ganas de matarse.

—¿Y la muchacha ésa?...

—Luego la perdí de vista... Pasaron como unos quince días, cuando una mañana que andaba cobrando me la encuentro. ¡Si vieras qué alegría; qué contenta se puso!... Me llevó a su cuarto... Imagínate un cuarto chiquito en un hotel de prostitutas y ladrones en la calle Libertad. Cuando subimos nos lo encontramos al negro Raúl que bajaba una escalera con una escupidera en la mano. El negro me saludó enfáticamente. ¡Lo hubieras visto a Raúl, con su cara de chocolate, envuelto en una asquerosa «robe de chambre»! Subimos un montón de escaleras y llegamos arriba, a un cuartito pintado de azul, un azul claro, sucio. En un rincón estaba su camita. El espectáculo me desconcertó. Te prevengo que no nos acostamos, no. Nuestras relaciones son purísimas. No muevas incrédulamente la cabeza. Son purísimas. Yo me recosté en la cama y ella también. Entonces me enseñó el cuaderno. Había empezado a escribir el diario de su vida, y no te imaginás la impresión que me produjo cuando leí eso: «¿Dónde estás, Remo, alma noble?». Me contó su vida. Era hija de vascos. Había estado en un convento. Fíjate que es instruida. Ha leído el Quijote. Desde entonces nos encontramos todas las tardes. ¡Qué vida la suya! Mirá, la he visto acompañada de hombres, y nunca me produjo mayor impresión; pero esta noche, al verla en un cafetín de la calle Esmeralda rodeada de un círculo de perdularios que la emborrachaban, me dio una pena horrible. Entonces me dije: ¡Es necesario salvar esta pobre alma! Porque es buena, Elsa, es buena... Fijate: una tarde en la pensión le digo: «Tengo ganas de tomar mate...».

—¿Cómo se llama esa mujer?...

—Aurora... Aurora Juanco... Bueno; como te decía, le digo: «Tengo ganas de tomar mate». «Esperá un momento», me dice, y sale. Yo quedé recostado en la cama. Enfrente había un reloj despertador. Eran las dos y media, más o menos. A esa hora se levantaba todos los días. Pasó un largo rato, y no venía. Me llamó la atención, y para entretenerme me puse a leer una revista. Al mismo tiempo pensaba en vos. Otra vez volví a mirar el reloj. Eran las tres. Yo me preguntaba qué diablos habría ocurrido, cuando a las tres y diez aparece ella, cojeando, con unos paquetes entre las manos. Fijate que tenía los pies lastimados de caminar, con tales llagas, que para poder sacarse las medias tenía que remojarse antes las medias. Bueno; había ido a comprar, para satisfacer mis ganas de tomar mate, una pava, una bombilla, yerba, factura, y estaba pálida del dolor que sentía en los pies. Todo por mí. ¿Te das cuenta, Elsa? Hay que salvarla. Y vos tenés que ayudarme.

¿Con qué impresión podía yo escucharlo? Él, mi esposo, me venía a contar a mí sus relaciones con una prostituta. Y lo más grave era que estaba enamorado. Prescindo de que esa mujer fuera o no una depravada. Mientras él hablaba, yo me

decía: ¿Qué es lo que querrá de mí este hombre? No está contento con haberme humillado, porque me humilló muchas veces. Incluso me contó que había tratado de corromper a una criatura en una estación de ferrocarril, y ahora traía esta nueva novela de «un alma que hay que salvar». Sin embargo, por el tono con que hablaba me daba cuenta de que estaba enamorado. Hasta qué punto llegaba su pasión por esa mujer no podía establecerlo, pero la verdad es que estaba enamorado. De otro modo, ¿hubiera venido a contarme todo?

—¿Y qué es lo que querés de mí? —le dije. Vaciló un momento y me contestó:

—Mirá, la única forma de salvar esa alma sería sacarla de ese mundo en que se mueve. Si la dejamos allí, se va a perder. En cambio, si tú me dieras permiso, yo la traería aquí, ella te ayudaría a trabajar, y poco a poco... (A esta altura de su relato la esposa de Erdosain no se pudo contener, y exclamó, indignada):

—¿Se da cuenta qué loco es mi marido? ¡Ah, Dios mío!... ¡Qué hombre!... ¡Qué monstruo! Un monstruo, sí, un loco; no puedo decir otra cosa. ¡Si usted supiera todo lo que pasé después! ¡Y luego se dice que hay mujeres que engañan a sus maridos! Sin embargo, yo en esos momentos me dominé perfectamente. Tenía conciencia que mis relaciones con Erdosain habían llegado al límite, que me iba a jugar mi felicidad de esposa en la contestación que tenía que darle, porque él estaba enamorado con locura de esa mujer,^[7] y le dije:

—Lo que vos querés es traer aquí, a esta casa, a esa mujer. ¿No es así?

—Sí.

Decirle que no, hubiera sido enardecer su pasión. Yo no la conocía a esa mujer. Podía ser buena. Era un deber cristiano ayudarlo a «salvar un alma». Tener celos de «ésta» era demostrarme que yo me consideraba inferior a ella. Pensé un minuto todas estas cosas, pensé en mi poquita felicidad, en mi casa, y le contesté:

—Bueno, traela a esa muchacha. La voy a tratar como si fuera mi hermana.

¡Hubiera visto! Me besaba las manos de agradecimiento.

Dijo que jamás olvidaría ese gesto mío ayudándolo para «salvar un alma»; y luego se acostó, pero yo no pude dormir. Fue una de las más tristes noches que pasé en mi vida. Habíamos llegado al límite. ¡Traer una prostituta a su casa! ¿Se da cuenta? Para no perder la cabeza, me puse a rezar fervientemente. A momentos tenía ganas de abandonarlo, dejarlo solo, pero el corazón me decía que si lo dejaba solo se perdería. Sí, como se perdió después... Mas, ¿cómo resistir?... ¡Viera lo que pasó luego!...

Al día siguiente Remo salió temprano. Estuve toda la mañana inquieta. Él llegaría a las dos de la tarde, más o menos, porque se entrevistaría con esa mujer para ofrecerle su ayuda, y aunque yo dudaba del éxito, llegó a las tres de la tarde en compañía de ella.

La muchacha me impresionó lamentablemente. Yo estaba en la puerta de mi casa y los vi llegar. Era una mujer delgada, de regular estatura. *Coleaba* al caminar, un poco, pues llevaba zapatos demasiado grandes para ella. Además, tenía lastimados los

pies. Su vestido negro estaba ribeteado de una trencilla violeta; de cerca, comprobé que estaba manchado y muy usado. A medida que se acercaba discernía perfectamente el rostro de la mujer. Era un tipo vulgar: la nariz muy larga y en caballete, los ojos como cubiertos de una neblina, y el cabello sumamente renegrido. Su tez era muy blanca. Erdosain caminaba cohibido junto a ella. Yo los esperé serenamente. Cuando estaban a pocos metros salí al encuentro de ellos, y estirando la mano saludé a la muchacha. Desde ese momento dejé de ver en ella la prostituta para considerarla como una infortunada que necesitaba mi ayuda. La muchacha parecía tímida. En efecto, estaba muy avergonzada de su situación anormal, y sonrió con cierta turbación cuando se sentó en el comedor y yo le dije:

—Usted, señorita, tiene los pies muy enfermos, parece, ¿no?

—Sí, señora —me contestó.

—Bueno, espere un momentito —e inmediatamente fui a la cocina, puse agua caliente en una palangana, y la llevé al comedor. Aunque ella se resistía le saqué yo misma los zapatos, y puso los pies a remojarse, sin quitarse las medias, sumamente manchadas en los lugares de las llagas.

Estas atenciones la emocionaron; quiso besarme la mano, mas yo no lo permití. La muchacha estaba conmovida. Omití toda pregunta sobre su vida anterior, y le dije:

—Remo me explicó su situación actual. Nosotros somos pobres, pero usted aquí va a estar bien. Mucho trabajo no hay; en lo que pueda me ayudará. ¿Usted tiene ropa interior?...

—No, señora...

—Bueno, entonces le voy a prestar ropa mía hasta que usted se haga algo. Yo aquí tengo máquina de coser.

—Como usted guste, señora.

—¿Quiere tomar algo?

Y es que yo, en previsión de que pudiese llegar, había preparado chocolate. Observándola, me causó la impresión de estar mal alimentada.

Remo no encontraba palabras para agradecerme las atenciones con que yo obsequiaba a su protegida. En un momento que salimos, me abrazó diciéndome:

—Sos una gran mujer, Elsa...

Pues verá cómo correspondió más tarde a mis actos de «gran mujer».

A todo esto, la muchacha pudo por fin quitarse las medias. Me horroricé. Sus talones estaban despellejados, en carne viva. Resultaba difícil explicarse cómo en tales condiciones podía caminar esta mujer, y más aún, dedicarse a ese oficio infame. Después me explicó que caminaba por día un término medio de diez y doce horas «buscando hombres». Como ella creía que para no fatigarse era necesario tener zapatos holgados, se había comprado aquellos botines, que terminaron por destrozarle los pies.

Fui al almacén y le compré zapatillas para que pudiera estar cómoda. A la vuelta hice que se quitara su vestido y la ropa interior que traía, y le di un batón y ropa mía,

pues eso era todo lo que yo podía hacer por ella en esos momentos, y estaba obligada a hacerlo por deber de caridad.

La muchacha se reanimaba a medida que pasaba el tiempo. Mi esposo salió nuevamente, y entonces yo procedí a estudiarla con sumo tacto. Traté de establecer si era digna o no de nuestro auxilio, pues yo estaba completamente dispuesta a socorrerla, o si se trataba simplemente de una aventurera que explotaba la debilidad sentimental de mi marido para introducirse en nuestro hogar y provocar una catástrofe.

En pocos días me puso al tanto de su vida. Era hija de un lechero. Se había criado poco menos que en un corral. Desde muy joven había mantenido relaciones sexuales con los que se le acercaban, y en su interior no le daba ninguna importancia al hecho de prostituirse. Recuerdo que una tarde, a los dos días de llegar, conversando me dijo: «Las mujeres casadas son iguales que nosotras». Ella, a su vez, me observaba a mí. Me di cuenta, y entonces le di a entender, con falsedad, por supuesto, pues quería ver hasta dónde llegaba, que efectivamente ella tenía razón. No hacíamos más que conversar, y poco a poco establecí que no tenía ningún respeto por Remo; por el contrario, lo juzgaba un loco. Más aún, comprobé que ella, de saber que yo, su esposa, era una mujer sensata y segura de mí misma, nunca lo hubiera acompañado en la aventura de «salvar un alma». Traté entonces de darme cuenta si prefería la actual vida sosegada a mi lado a la de la calle pero me convencí pronto que a su criterio la vida anormal era idéntica o preferible a la honesta. Cuando hablaba del pasado lo hacía con animación y entusiasmo, casi, refiriéndome las costumbres íntimas de sus clientes y demás pormenores de su vida innoble. Si esta profesión le parecía «molesta» era por los riesgos que se corrían, nada más. En cuanto a la moral, ni remotamente concebía que pudiera vivirse de otra manera. Las mujeres casadas eran para ella «hipócritas que simulaban querer a un hombre para pasarse la vida sin hacer nada», aunque a ella en mi casa le constaba todo lo contrario.

Llegué a preguntarme con qué interés permanecía entonces con nosotros. A ella regenerarse no le preocupaba en absoluto. Trabajar honestamente, menos. Cuando mi esposo volvía del empleo yo evitaba cuidadosamente dejarlos solos. Aurora no perdía oportunidad en nuestras conversaciones (a veces distraídamente) de ponerse siempre de parte de mi marido. Lo elogiaba y adulaba con suma discreción. No transcurrieron muchos días sin que ocurriera lo inevitable. Remo se encontraba entre la espada y la pared. ¿Con quién se quedaría? ¿Con ella o conmigo? Yo observaba este problema, porque Erdosain al llegar, si Aurora se encontraba presente, evitaba besarme; en fin, me trataba con las consideraciones que se estilaban con una mujer con quien no se tienen relaciones íntimas.

En esos días ocurrió un hecho curioso. La muchacha empezó a trabajar la tierra. Había en nuestra casa un pedazo de tierra que formaba el fondo. Pues Aurora, tres días después de llegar a mi casa, se levantó temprano una mañana, pidió una pala prestada a un vecino, y cuando yo me desperté, una parte del terreno estaba

completamente removida. Trabajaba con tanto entusiasmo que las manos se le ampollaron por el roce de la pala. Esto no fue obstáculo para terminar de «puntear» todo el fondo, lo que me hizo pensar que era un poco insensible al dolor físico. Decía que era una lástima no sembrar de tomates y lechugas tal extensión. Salvo esa aislada muestra de actividad era perezosa en lo que se refiere a la ejecución de trabajos domésticos. De su estada en el convento le había quedado el gusto por bordar, y a pesar de ser sumamente corta de vista se pasaba las horas tejiendo en un punto tan corto que no pude menos de asombrarme de esa muestra de habilidad. Al final, llegué a sospechar que bordaba con el fin de evitar conversaciones conmigo, pues no le agradaba que yo profundizara en ella.

Preocupaciones serias no le descubrí sino una: Deseaba estudiar magia negra para dedicarse a la brujería. No sé dónde había leído algo de espiritismo, y aunque era reservada, en cuanto se tocaba este tema su rostro se transformaba de entusiasmo. Hablaba de un primo sacerdote, el cual entendía de conjuros y magia. Es posible que así fuera. Lo evidente es que la muchacha era una endemoniada, que terminaría por perder el poco seso que le quedaba si entraba de lleno en esas ciencias, incomprensibles para mí. Más aún: recuerdo que una tarde la sorprendí como hipnotizada, en el dormitorio a oscuras, contemplando un vaso de agua. Le pregunté qué hacía, y me contestó que mirando durante largo tiempo, fijamente, un vaso de agua, aparecían en forma de figuras los sucesos de que se componía el futuro de uno.

Le dije que se dejara de tonterías y que fuera a la cocina a preparar el té. ¡Qué días ésos! Sí, yo estaba aparentemente tranquila; por dentro, en cambio, vivía extraordinariamente inquieta. ¿En qué terminaría esa aventura? Remo pensaba buscarle empleo, pero la muchacha no era mujer de resignarse a ganar un sueldo miserable para vivir honradamente. «¿Con qué ventaja?», decía ella. Por las noches yo no dormía casi. Ella se preparaba una cama en el comedor. Inevitablemente, nuestros cuartos se comunicaban. Cierto es que yo cerraba la puerta central con una vuelta de llave, pero esto no impedía que estuviera intranquila, enormemente triste, cuando llegaba la noche. Muchas veces, poco antes de acostarme, sorprendía sobre mí los ojos de esa muchacha que me miraba como si quisiera hacerme daño. En cuanto la observaba, sonreía tímidamente con sus labios finos. A veces se quedaba silenciosa en un rincón. Con su cabellera encrespada, la nariz larga y los ojos como cubiertos de una neblina, me producía la impresión de que tenía al lado una joven asesina.

Una semana después de llegar a casa ocurrió el hecho repugante. Nos habíamos acostado. Era muy pasada la medianoche. Yo me desperté bruscamente, como si me hubieran llamado. Al acordarme, me da frío todavía. Alargué el brazo y Remo no estaba en la cama. En el otro cuarto se escuchaban ciertos quejidos débiles. No sé cómo hice para dominarme. El corazón me daba en el pecho golpes tremendos. Pasó media hora. Remo entró de nuevo al cuarto, despacio, sin hacer ruido. Yo no dije una palabra. No me moví. Poco después él se durmió, pero yo vi llegar el amanecer.

Estaba mortalmente tranquila, como si tuviera que morir de un momento a otro. Remo se levantaba temprano: esa mañana la prostituta también se levantó temprano. Yo me di cuenta de que iban a reunirse en la cocina; ella, con el pretexto de preparar el café para él, que tenía que salir a trabajar. La cocina tenía pared medianera que no estaba aún terminada, de manera que todo lo que se hablaba allí podía escucharse desde afuera. Salí descalza, escondiéndome tras el muro. Tuve la sensación de que se abrazaban; luego, hablaron, y entre otras palabras ella dijo:

—Tenés que elegir Remo... Yo no puedo vivir así. Tengo el presentimiento que ella nos escuchó anoche. Es muy zorra esa mujer.

No quise oír más, y me volví al dormitorio. Antes de salir, Remo vino a despedirse de mí con un beso. Lo miré perpleja. ¿Ése era mi marido? ¿El hombre que quería «salvar un alma»? Hay circunstancias en la vida en que las palabras más santas se convierten en tan grotescas, que una no sabe realmente si llorar o reír.

Momentos después entró la prostituta a mi cuarto, trayendo una taza de café con leche. Observé que no se atrevía a mirarme en los ojos; no le dije una sola palabra; se acercó temblando, me alcanzó la bandeja, y entonces, serenamente, tomé la taza, la miré sonriendo, y sin decirle una palabra le tiré la leche a la cara.

Ella retrocedió sorprendida, me observó, luego inclinó la cabeza y dijo:

—Usted tiene razón, señora. Su marido es un loco.

La miré, sin decirle una palabra. Salió del cuarto, sentí como se lavó, vistió, luego entró a mi cuarto y dijo:

—Perdóneme, señora; su marido es un loco. Yo me voy. Perdóneme.

Y se fue.

A mediodía llegó Remo. Yo continuaba en la cama. Tenía fiebre. No viéndola a la prostituta, me preguntó:

—¿Y Aurora, dónde está?

—Se fue para siempre —le contesté.

Nunca me sorprendió tanto como entonces. Yo creía que él se indignaría, que preguntaría algo; pero no. Se puso a reír a carcajadas, al tiempo que decía:

—Esto sí que es notable. En fin, has procedido muy bien, Elsa. Esa mujer iba a terminar por provocar un desagradable lío entre nosotros.

¿Puede explicárselo usted a este hombre, que una noche llega casi llorando, desesperado por «salvar un alma», y a la semana siguiente se encoge de hombros con la más absoluta de las indiferencias frente a las desgracias que ha provocado? Yo me tomé la cabeza, pidiéndole a Dios que me ayudara.

Sin embargo, estaba curiosa por conocer los móviles de su conducta esa noche, y él se explicó con tanta claridad que no me quedó ninguna duda respecto a la sinceridad de su relato.

Remo despertó, avanzada la noche, «bruscamente». El hecho de despertarse «bruscamente» lo impresionó extraordinariamente. Como tardaba siempre mucho tiempo en conciliar el sueño, cuando se dormía podía hacerse en redor de él los

ruidos más estrepitosos sin que se despertara. «Me desperté bruscamente, como si se me hubiera terminado el sueño, y sin embargo no hacía dos horas que me había dormido, y estaba muy cansado».

«Me desperté bruscamente, sentándome en la cama de un modo automático. Luego, como si me hubieran llamado, sin vacilar, sin temor a ser escuchado me levanté, abrí la puerta de comunicación con el dormitorio de Aurora y entré. Ella, sentada en la cabecera de su cama, me esperaba en la oscuridad con los brazos extendidos, como si hubiéramos convenido un encuentro en tal actitud. Sin decirnos una palabra, nos abrazamos tan ansiosamente que yo casi me desmayé de felicidad».

Yo misma quedé maravillada de semejante coincidencia triple, pues si Remo se había despertado anormalmente, encontrando en la misma actitud a la prostituta, a mi vez yo también desperté bruscamente como si me hubieran llamado. Más tarde recordé mucho a esa mujer, diciéndome que no estuve equivocada cuando al mirarla la definí mentalmente como la «joven asesina». Posiblemente la naturaleza la había dotado de un intenso poder magnético que ella conocía. Tres días después que se marchó de mi casa recapacité: «¡Con razón que le interesaba tanto la magia negra y el espiritismo!» y aunque no soy supersticiosa tengo la certeza de que Remo dijo la verdad, y por eso lo perdoné. Después de este suceso Erdosain se tranquilizó aparentemente durante dos o tres semanas. Iba y venía de su trabajo sin darme motivos de disgusto. Sin embargo, lo observaba a veces, preguntándome: «¿Qué nuevas barbaridades preparará este monstruo?».

Elsa Erdosain cierra los ojos y se desploma en el fúnebre diálogo de una noche. ¿Quién es el culpable si no él, Remo, su esposo?

Todavía entrevé la cónica brasa del cigarrillo que ilumina con resplandores rojos el demacrado perfil de Erdosain. La mano del demonio corta lentamente las capas de oscuridad con el tizón rojo. Las palabras brotan ácidas de su boca invisible, vacilan un instante en la superficie de las tinieblas, y luego se sumergen como gotas de corrosivo en el alma de Elsa.

—Es horrible, pero nosotros nos queremos... Y sin embargo, pienso que si te he hecho sufrir era porque te quería. Mas si te quería era porque sentía necesidad de humillarte. Cuando te atormentaba, el remordimiento me acercaba a vos...

Elsa trata de dominar el furor subterráneo que le encrespa el alma, y aparentemente fría responde:

—Es inútil... tenés que caer en algún pozo. Entonces te acordarás de mí... y de todo lo que hiciste... pero ya no estaré a tu lado... no... no estaré...

Comentaba más tarde, Elsa: ¿Cree usted que mi contestación lo enterneció? Por el contrario, reflexionó tranquilo:

—Hace tiempo que pienso lo mismo. Tengo que caer en algún pozo sin nombre. ¿Te pensás que no lo sé? Claro que lo sé. ¡Hace tantos años que lo sé!

Su tono se hizo confidencial y dijo:

—Mirá, nunca te conté este sueño que tuve antes de casarme con vos. No fue un

sueño, sino una visión en pleno día, ¿sabés? Me veía viejo, te había abandonado para seguir a otra; luego, una noche de tormenta, volvía solo, roto como un atorrante... y vos me esperabas... hacía muchos años que me esperabas.

—¿Y lo que pensás vos tratás después por todos los medios que se realice? ¿Te creés que no lo sé?

Pocas veces Erdosain se expansionaba, mas esta vez descubrió un recoveco de su alma:

—Pero decime... ¿Por qué esto... siempre esto? Es un dolor que no se calma... un sufrimiento extraño. Te he recordado siempre al lado de cualquier mujer. Mirá... aun de las que quise... Me besaban... y en ese momento en que me besaban, tu cara pasaba por mis ojos... Ellas me miraban a los ojos... Yo no... al vacío... en el vacío miraba tu cara, como si estuviera apenas dibujada en una película de vidrio.

—Sí... sí...

—Si alguien me preguntara por qué he sido así de cruel con vos, no sabría qué contestarle.

Y el tizón de su cigarrillo describió una curva bermeja en las tinieblas. El demacrado perfil de Erdosain se iluminó de relieves rojos. Continuó:

—Necesito atormentarte. Cuando estoy a tu lado me es indiferente verte sufrir; cuando te tengo lejos padezco una angustia enorme. Pienso que estás sola, con tu pobre vida hecha pedazos; pienso que no tenés esposo, pienso que envidiás a las mujeres que son felices, a las que se pasean del brazo de sus maridos, a las que tienen muchos hijos... ¡Uuuuh, los pensamientos!... Los pensamientos que dan vuelta adentro. ¿Qué sabés vos de mi vida? Nada, nada, nada. ¿Qué podés saber? ¡Ni te imaginás lo que te quiero! ¡Cuántas veces te he imaginado casada con otro hombre! Serías una mujer dichosa; pasarías a mi lado y ni me mirarías... tendrías hijos... recibirías a tus amigas; así, en cambio, estás sola, como una bestia mal herida... ¿O te pensás que no era consciente de cuando te hacía sufrir? Pero hubiera querido verte sufrir más, verte humillada ante mí, arrancarte un grito... ese grito que nunca has lanzado... Decime... ¿no será ése el secreto de mi conducta? Tu dignidad. El no decir nada. El callártelo todo. Sola. ¿Por qué no contestás? ¿Por qué las otras mujeres no te quieren? ¿Por qué nadie te quiere? Es que se sienten inferiores a vos. Es que comprenden que sos distinta. A tu lado hasta he experimentado curiosidades infames... Si hubieras tenido un amante, no te reprocharía nada... Te hubiera observado. Hasta he llegado a desear que lo tuvieras...

—Callate, monstruo...

—Sí... ¡Cuántas veces lo pensé! Me decía: Sería quizá más feliz que conmigo. Pero, ¿por qué no hablás? Las otras mujeres son estúpidas a tu lado. Uno las ofende como se le da la gana y luego las tira... y no le queda ningún remordimiento adentro. En cambio, de vos no se sabe lo que se puede esperar. ¿Qué es lo que se puede esperar de vos, decime... se puede saber?... Me pregunto muchas veces si serás capaz de matarte... Quizá no lo hagas... quizá tengás adentro algún pedacito de

esperanza todavía...

—Algún día te arrepentirás. Pero será tarde...

—Es posible. Lo creo. ¿Te pensás que no lo creo? Sí, Elsa... claro que lo creo. Y eso me produce una angustia nueva. ¡Si supieras lo que pienso en vos! Mirá... a veces entro a algún café solitario...

Instantáneamente, Elsa lo revé a Erdosain en aquel café de cocheros, junto al vidrio cubierto de polvo, tristemente apoyada la mejilla en la palma de la mano. Miraba él la cornisa de la casa frontera... quizá pensaba en ella. ¿Pensaba en ella como se lo estaba diciendo ahora?

... pido un «expres» y me pongo a cavilar en nosotros. En nuestro futuro. ¿Qué soy en ese futuro? No lo sé. Quizás un atorrante, quizás un perdido... (bajando la voz). ¿Sabés lo peor que puede ocurrirme? Caer en un pozo... conocer alguna mujer terrible que me envilezca y me haga arrastrar un cochecito que tenga en su interior un chico enfermo...

—Tengo sueño... Dejame dormir...

—Hablemos. ¡Es tan lindo poder hablar con confianza!... (Irónicamente). Parecemos hermanos... Inútilmente he tratado de analizarte. Hasta he observado el timbre de tu voz cuando hablás de mis amigos. Sé que algunos te son simpáticos, porque los nombrás por su nombre... Las personas que no te son simpáticas las nombrás por sus apellidos... Aquellos que a vos te son simpáticos... a mí, antes de que vos los conocieras, me eran antipáticos... ¿No es raro esto de que estimemos tipos fundamentalmente distintos?... Te lo digo porque cuando un hombre y una mujer se quieren estiman caracteres iguales... Por eso te dije antes que no conocés mi vida...

—Te he dicho que tengo sueño... ¿Querés dejarme dormir?

La cónica brasa describe una curva en el aire. Se reaviva un instante, y su fulgor escarlata soslaya una órbita, con el ojo fijo en un punto de las tinieblas.

—Yo no sé lo que pensás. Me equivoco a veces, pero no importa. Si a momentos no soy yo, sino vos. Sé qué vida hubieras deseado. Qué cariño. En cambio, estamos ahora aquí, el uno al lado del otro, como dos enemigos... espiándonos...

—¿Y qué harías si me encontraras por la calle con otro?...

—¿Qué haría?... Preguntarte si eras feliz.

—¿Pero vos podés creer eso?...

—No sé. ¡Qué sé yo! Sé que siempre he estado triste a tu lado. Triste con una tristeza sin nombre. Es algo que no se puede definir.

—¿No será remordimiento?...

—¿Sabés que me preguntás algo raro? Remordimiento... remordimiento. No sé, ni quiero saberlo. Me encuentro raro de un tiempo a esta parte. Es algo satánico. ¿Te acordás de esa muchacha que te conté... ésa a quien escupí a la cara porque me faltó el respeto?... La encontré el otro día en el tranvía. Vieras cómo cambió de color cuando me vio. El tranvía estaba lleno de gente. Me acerqué a ella naturalmente, le di

la mano, no se atrevió a negármela y entonces le dije: «¿Te acordás de esa noche en que te ofendí? Te doblaste como una caña, así, para un costado... Pero mirá... aquí tenés una oportunidad para desquitarte. ¿Por qué no me das una cachetada delante de toda esta gente? Mirá que linda oportunidad. ¿Por qué no la aprovechás?»...

—¿Le dijiste eso?...

—En ese momento todas las potencias del mal estallaron en mí. Me parecía haberme elevado a una altura prodigiosa; el alma se me volaba por la garganta, grandes ruedas de luz daban vueltas ante mis ojos. La tomé de un brazo y apretándoselo fuertemente, le dije: «Te doblaste como una caña. ¿Por qué no me devolvés ahora esa cachetada, mujercita cobarde?». Me pareció que el mundo se hacía chico para mí. Nunca en la vida experimenté una voluptuosidad tan terrible. Las arterias me daban martillazos en las sienes, de los ojos me salían chorros de luz. Y entonces ella, delante de todos los pasajeros, levantando la mano me acarició dulcemente la mejilla y me dijo: «Te quiero mucho».

—¿Y tú buscas eso en mí... no?... Pero estás equivocado...

—No... en vos no. A vos te quiero mucho. ¡Si supieras cuánto te quiero! Posiblemente seas la mujer que nunca tendré. A vos te quiero contra mi voluntad. Decime si no es algo terrible esto... Cuántas veces he tratado de escaparme de vos... inútilmente. Hasta le he declarado amor a una negra.

A una negra, aunque no lo creas. Sí, a una negra. Ella me miraba estupefacta, pero como yo le hablaba seriamente, me dijo: «Caballero, diríjase a mi padre». El padre era cartero. Lo conocí. ¡Si supieras lo que me he reído! El negro quería que le diera informes de mi posición social. Era cosa de morir. —Y Erdosain lanza tales carcajadas en el dormitorio a oscuras que Elsa, repugnada, le advierte:

—Mirá... Si no te callás la boca, me visto y me voy.

Erdosain continúa, implacable:

—Ya ves. Me he hundido en todos los pozos. Nadie sabe qué longitud tiene el camino de la perversidad, pero siempre, al lado de cualquier monstruo, lindo o feo, me he acordado de tu vida desdichada, y cuanto más junto creían tenerme a sí, más junto a vos me sentía...

—No digás esos disparates.

—Te hablo de cosas interiores. De angustias y de lágrimas.

Elsa estalló indignada:

—Tus lágrimas son agua sucia. Tus angustias son malos placeres que buscaste. Porque tú has buscado todo... incluso me perdición... para sentir una emoción nueva... pero escuchame... no te daré nunca esa emoción, ¿sabes?... nunca... aunque tenga que morirme de hambre. Aunque tenga que ser sirvienta, nunca me tiraré a ningún pozo, ¿sabes, canalla?... no por vos, que no lo merecés... no... sino por mí, por respeto a mí misma...

Erdosain calló.

—Pasó esa noche y después otra. El carácter de Remo se hizo más sombrío que el

de un demonio. Un día perdí la cabeza casi involuntariamente. Quería hundirlo, humillarlo, tomarme una venganza de todas las indignidades que cometiera, y busqué quién tuviera coraje de cobrar por mí lo que él me había hecho sufrir. No sé si he hecho bien o mal. Que Dios me perdone.

Así habló Elsa.

Durante las tres horas que duró su relato permaneció la monja Superiora tiesa en el centro del locutorio, como si la deslumbrara un arco voltaico. Ni un solo músculo de su rostro, más arrugado que una nuez, se estremeció. Con las manos cruzadas sobre el crucifijo de bronce pendiente de su cintura por un rosario y los labios apretados tercamente, mantuvo inmóviles sus pupilas de plata muerta en el afiebrado rostro de la mujer.

Cuando Elsa terminó de hablar, ella dijo austeramente:

—¿Usted no tiene adónde ir?

—No.

—Usted necesita soledad, ¿no?

—Sí.

—Entonces usted se quedará aquí hasta cuando lo necesite. Venga —y levantándose le señaló reverentemente a Elsa la puerta que del locutorio conducía al interior del convento.

LOS ANARQUISTAS

ErDOSAIN y el Astrólogo cruzan el Dock Sur. Las calles parecen bocas de hornos apagados. De distancia en distancia un bar alemán pone en la oscuridad el rectángulo rojo y amarillo de su vidriera. La carbonilla cruje bajo los pies de los dos hombres.

Marchan silenciosos, dejando atrás silos de portland agrupados como gigantes, oblicuos brazos de guinches rebasando las cabriadas de los talleres, torres de transformadores de alta tensión erizadas de aisladores y más enrejadas que cúpulas de «superdreadnaught». De la boca de los altos hornos escapan flechas de gas azul, la comba de una cadena corta el espacio entre dos plataformas de acero, y un cielo con livideces de mostaza se recorta sobre las callejuelas que más allá de los emporios ascienden como si desearan fundirse en un camino escoltado de pinos.

El Astrólogo comenta la muerte del Rufián Melancólico:

—Es inútil... ya lo dice el proverbio: Quien mal anda, mal acaba.

ErDOSAIN casi suelta la carcajada. El Astrólogo continúa gravemente:

—Tenía una hermosa alma el Rufián. Recuerdo: una vez conversábamos sobre el coraje, y Haffner me contestó: «Soy un civilizado. No puedo creer en el coraje. Creo en la traición». Qué hermosa alma tenía. Y qué vengativo era. Nadie le pegaba más cruelmente a una mujer que él. De la primera pobre diabla que dejó su casa y la máquina de escribir para seguirlo hizo una prostituta. Naturalmente, para eso tuvo

que suministrarle una paliza extraordinaria.

—¿La otra no lo abandonó?

—No... nada de eso... sin embargo este hecho le causó una profunda impresión al Rufián.

—Más impresión debe haberle producido a ella.

—No haga chistes. Cuando por primera vez la dactilógrafa salió a la calle a ganarse la vida, el pelafustán estaba acostado. Eran las cuatro de la tarde. Conozco estos detalles por él. La muchachita, el sombrero ya puesto, se detuvo en el umbral, y con una mano olvidada en la jamba lo miró entristecida al tiempo que decía:

—¿Voy?... —y el siniestro pelafustán, sobreponiéndose a su emoción asintió con un gesto... La chica salió a la busca. Pero al tercer día de «ejercer», desde un puente del Riachuelo se tiró al río, partiéndose la cabeza en las piedras del fondo. La recogieron hinchada, entre perros ahogados que arrastraba la corriente. Este suceso lo preocupó un tiempo al Rufián. En verdad, la primera mirada que le dirigió la jovencita al salir a la calle estuvo siempre clavada en él, como un terrible reproche. A veces decía:

—¿Qué objeto tiene la vida? —¿Se da cuenta usted de los problemas del siniestro pelafustán? Además, pensaba siempre en la mirada que ella le arrojó, como una súplica, antes de salir a la calle. Una tarde, sin decir palabra, sin tocar uno de los tres mil pesos que había en la mesa de luz, después de meditar algunos minutos en la verdad que había descubierto, «la vida no tiene objeto», se disparó un tiro al corazón, pero el proyectil, al tropezar con una costilla, se desvió. Dos meses después, al salir del hospital, su primer acto fue instalar en Mercedes un prostíbulo en sociedad con un rufián napolitano llamado Carmelo.

Erdsain no comenta el suceso. ¡Qué le importa que el Rufián haya muerto! Él tiene también sus problemas terribles. Además, camina extrañado, como a través de una ciudad desconocida. Algunos techos, pintados de alquitrán, parecen tapaderas de ataúdes inmensos. En otros parajes, centelleantes lámparas eléctricas iluminan rectangulares ventanillas pintadas de ocre, de verde y de lila. En un paso a nivel rebrilla el cúbico farolito rojo que perfora con taladro bermejo la noche que va hacia los campos.

—Le dije que era ferozmente vengativo... y es cierto. Le contaré un hecho. Se lo pintará de cuerpo entero. Un macró le robó una mujer, por la que Haffner se interesaba. Aunque ella no se había «apalabrado» con él, lo evidente es que el otro procedió con más rapidez, y el Rufián perdió una bonita renta. Hay cosas que sin decirlas dos hombres las entienden. Y usted comprenderá que esas que precisamente se archivan en el fondo del alma son las más intensas. Indiscutiblemente, el Rufián estuvo aguardando la oportunidad en silencio. El otro recelaba, porque evitó durante un tiempo, prudentemente, frecuentar los sitios por donde barruntaba podía andar Haffner. Un día se encontraron: el Rufián, aparentando absoluto olvido de lo sucedido, se dio por completo de amigo del otro, aunque el otro no ignoraba que esas

jugadas jamás se perdonan. Se embriagaron juntos, pero el Rufián estaba, siempre que le convenía, ebrio un cuarto de hora antes de lo necesario. Y esa conducta es muy útil para guardar los propios secretos e investigar los ajenos.

De pronto suena una llamada de ronda, reglamentaria, y en la pared de madera de un caserón se mueve la sombra del caballo de un oficial inspector que recorre el paraje.

El Astrólogo prosigue:

—Bueno, como le contaba, dos años después de este suceso, ambos concurren... cómo la llamaríamos... a una fiesta campestre que organizaron los rufianes y sus mujeres en los bajos de San Isidro. En ese paraje se citaba la espuma de nuestro bajo fondo... manágeres de boxeadores, entrenadores, corredores de automóviles, toda una crema, amiga en particular de Haffner. Estaba también la mujer aquella, la que casi estuvo por «apalabrarse» con el Rufián. Nada hacía presumir lo que iba a suceder. Quiero anticiparle un detalle. Esta canalla respeta a sus mujeres entre sí, como nosotros los civilizados acostumbramos hacerlo en sociedad.

El Astrólogo y Erdosain se detienen a pocos pasos de los rieles del ferrocarril. Con jadeo lento pasa un tren de carga por el desvío. Las ranas croan en los charcos, y tintinean los eslabones de las cadenas del convoy. Más allá, un lanchón se balancea en la aceitada superficie de las aguas. La puerta de un bar, enquistado en una callejuela paralela a la línea del ferrocarril, se entreabre, y por la trocha de carbón avanza una mujer gigantesca. Se engalana con un sombrero de torta encajado sobre los moños, y la sigue un hombrecillo flaco, de espalda encorvada. El Astrólogo continúa:

—Cuando la fiesta estaba en su apogeo Haffner desenfundó el revólver, lo encañonó al otro macró, se desprendió los pantalones, y descubriendo sus órganos genitales dijo fríamente:

—Decile a tu mujer que me los bese... o te limpio los sesos.

—Usted comprende que esta actitud no es rigurosamente social. El macró encañonado por el Rufián no se movió. Haffner, tranquilamente, aguardaba. Miró el reloj pulsera en su muñeca y dijo: —Tenés medio minuto.

—¿Y el otro?...

—El otro adivinó que el Rufián lo iba a matar. Que había ido allí con ese exclusivo fin: a matarlo... que sólo podía salvarlo de la muerte esa humillación espantosa...

—¿Y?...

—Antes de que pasara el medio minuto, roncó: «Besalo, Irene».

—¿Y?...

—La mujer obedeció. Entonces Haffner, antes de que la mujer se humillara ante él, la tomó de un brazo y dijo:

—Vos desde hoy sos mía.

—¿Y el otro?

—¿Qué iba a hacer el otro? Irse. En estos asuntos de vida o muerte, amigo, las venganzas se trabajan despacio. No me extrañaría que fuera ese tipo el que lo «liquidó» por la espalda al Rufián.

—¿El Rufián no dijo lo que habría hecho si el otro se hubiera negado?

—Lo mataba... tal es así que en previsión de ello tenía, desde hacía diez días, preparado un pasaporte con nombre falso.

—¿Sabe que es extraordinario?

—Era un verdadero discípulo de Maquiavelo. Hablando con él me decía que lo que hacía temible a un hombre era la memoria de las ofensas y la paciencia en aguardar la revancha. Vivía sobre aviso, como en un campo de batalla. En el tranvía, en el café, en la calle, podía usted asegurar que ese hombre estaba siempre colocado en el punto o ángulo donde menos blanco podía ofrecer al revólver de un enemigo. Catalogaba de una mirada a las personas. Instintivamente establecía el grado de peligrosidad de cada individuo que se le acercaba. Era curioso. Desde las periferias de los parajes donde se encontraba tiraba hacia él radios de ataque y defensa. Semejante composición de lugar, instantánea casi en él, le aseguraba un dominio perfecto sobre los demás.

Calla el Astrólogo investigando en la oscuridad una franja de pampa casi virgen, colindante con poblados siniestros formados por cubos de conventillos más vastos que cuarteles. Es aquélla una sucesión de cuartujos forrados con chapas de cinc, donde duermen con modorra de cadáveres cientos de desdichados, calles con baches espantosos, donde se descuadrilaría una carreta para montaña. El Astrólogo marcha silencioso con las manos sumergidas en los bolsillos de su gabán. De pronto exclama:

—¿A que no se imagina lo que me pasó anoche?

—No sé...

—Pues después de abofetearme, me han escupido en la cara.

—¿Qué dice?

—Sí, así como usted lo oye —e inmediatamente el Astrólogo le narró a Erdosain la escena ocurrida entre él y su visitante, el Abogado.

—¿Y usted...? No termino de comprender su actitud.

El Astrólogo chasquea una risita desagradable.

—Querido amigo: la explicación del suceso es fácil. El Abogado me escuchó con tranquilidad hasta que un residuo de sentimientos burgueses, enquistados en el fondo de su conciencia, estallaron, superando su fuerza de control. Si ese hombre hubiera tenido allí un revólver, en ese momento me mata como a un perro. Yo, a mi vez, también lo hubiera asesinado... me limité a ponerle un codo frente al puño y se rompió la mano; entonces pensé que matando a ese mozo enérgico no ganaba nada. Por principio, acepto únicamente el asesinato que reporta utilidad social... Cuando el brazo le cayó a un costado, podía devolverle el golpe... pero, ¿para qué?... si ese hombre estaba desarmado. Al comprenderse impotente frente a mí trató de obligarme a ejecutar un acto que después me avergonzaría... y me escupió la cara. Continué

mirándolo tranquilo, y él debe estar ahora profundamente molesto con su actitud. Además, tarde o temprano, ese joven será de los nuestros. Es apasionado y digno. En el fondo, un idealista desorientado, consecuencia ello de la educación capitalista. Cuando los hombres que la educación capitalista ha deformado quieren lanzarse a la acción, se encuentran deformados internamente, de manera que lo prefieren todo... todo, menos el comunismo.

—¿Y usted le guarda odio?

El Astrólogo replicó asombrado de la pregunta de Erdosain:

—¡Odio! ¿Y por qué? No. Al contrario... le estoy agradecido de que me haya dado oportunidad de presentarme ante él como un hombre cuyo temple está por encima de las pequeñas reacciones humanas. Además, posiblemente yo le tuviera odio al Abogado si me considerara físicamente inferior a él. No lo soy, y nuestras cuentas están ya canceladas.

El camino que siguen marcha a través de campos y está sembrado de carbonilla; a veces el viento trae un olor de alfalfa húmeda; luego el camino se bifurca y entran nuevamente en la zona de las barracas que desparraman hedores de sangre, lana y grasa; usinas de las que se escapan vaharadas de ácido sulfúrico y de azufre quemado; calles donde, entre muros rojos, zumba maravilloso, un equipo de dínamos y transformadores humeando aceite recalentado. Los hombres que descargan carbón y tienen el pelo rubio y rojo se calafatean en los bares ortodoxos y hablan un imposible idioma de Checoslovaquia, Grecia y los Balcanes.

El Astrólogo epilogó:

—Indiscutiblemente, el Abogado es un hombre bueno. En otros tiempos hubiera ido lejos, pero las teorías sociales no las ha digerido todavía.

Al fin, se detuvieron frente a una chacra. Un letrero de chapa de cinc, colgado de un poste que sostenía la puerta de tablas, rezaba un aviso:

Se benden huevos y gayinas de raza

El Astrólogo, sin llamar, entró. Bajo la galería, a la luz de una lámpara eléctrica, dos hombres jugaban a los naipes. Uno era delgado, pálido, pomuloso, de pelo crespo y ojos negros. El otro, grueso, de barbilla reluciente, ojos verdosos, cabello rubio, vestía un traje azul de mecánico. Los desconocidos clavaron los ojos en Erdosain, y éste, sin saber por qué, se sintió cohibido. En el fondo del patio una mujer joven, con una criatura en el brazo, detenida en el marco de una puerta, lo examinó también. Erdosain se sintió molesto por la persistencia de las miradas, y el Astrólogo dijo:^[8]

—Éste es uno de los «nuestros», que recién empieza... Erdosain...

Los dos hombres le estrecharon la mano, y la mujer con el chiquillo en brazos arrimó una silla de estera de paja. El hombre flaco entró al cuarto, saliendo con otra silla, y los cuatro hombres formaron círculo en torno de la mesa.

—¿Quieren que cebe mate? —dijo la mujer.

El hombre de la barbilla reluciente y ojos verdosos miró cariñosamente a la mujer y dijo:

—Bueno, pero dame al nene.

Lo sentó en su falda, y ella se dirigió a la cocina.

El hombre flaco sacó del bolsillo un paquete de billetes, y dijo:

—Sírvase, están contados. Son diez mil pesos justos.

El Astrólogo, sin contarlos, se los pasó a Erdosain y dijo:

—Guárdelos —y dirigiéndose al hombre flaco preguntó—: ¿Han impreso los volantes?

El hombre rubio, que mecía a la criatura en sus brazos, contestó:

—Ya se mandaron.

El Astrólogo continuó:

—Hay que preparar más. He recibido esta carta de Asunción.

—¿De Paraguay?

—Sí.

El hombre del traje de mecánico leyó la carta, luego la entregó a su socio; éste se inclinó sobre la mesa, la leyó atentamente y, devolviéndosela al Astrólogo, dijo:

—Era de esperar. ¿Y usted continúa con su idea?...

—Sí.

—Es absurda...

—Más absurdo es falsificar dinero...

Los dos hombres lo miraron a Erdosain:

—¿Usted se prestaría para hacer circular billetes falsos?

Sorprendido, examinó Erdosain al hombre de traje azul. Reflexionó un instante, y mirando la juntura de los ladrillos del suelo contestó:

—No.

—¿Por qué?

—Simplemente... porque me parece absurdo hacer circular moneda falsa.

—No es una razón...

—Sí que lo es. Tanto lo encarcelan a uno por limpiar las cajas de un banco como por falsificar moneda. Entre que me detengan por andar con papel impreso prefiero que sea por haber substraído legítimo...

—¿Qué quiere hacer usted por el momento?

—Nada...

—¿Usted sabe que nosotros estamos?...

—No me diga nada. Yo no quiero saber lo que ustedes hacen ni dejan de hacer. Si tienen que conversar cosas reservadas, me retiro...

—¿Y el trabajo de imprenta no le interesaría aprenderlo?

—¿Para?

—Para colaborar en la preparación de la Revolución Social... Nosotros necesitamos hombres que lleven la revolución a todas partes. Unos lo hacen con la

acción descubierta y franca, para lo cual usted no sirve; otros, subterráneamente, astutamente. Hay que hacer manifiestos para los trabajadores del campo. Repartirlos subrepticamente. Si usted aprendiera el trabajo de imprenta podría hacerse cargo de una imprenta rural. Una imprenta clandestina, se entiende. ¿Quiere pasar a ver la nuestra?

—Sí, eso me interesa.

—Venga.

Erdosain lo siguió al hombre flaco. Entraron a un cuarto. Un ropero ocupaba un ángulo, y una cama de dos plazas el centro de la habitación.

—¿Quiere ayudarme? —dijo Severo, y comenzó a empujar la cama para un costado. Quedó al descubierto la puerta de un sótano. Severo se inclinó y levantándola bajó por una escalerilla. Giró una llave y se encendió una lámpara. No le faltaban motivos a Erdosain para admirarse. En el sótano de paredes encaladas habían instalado un completo taller de imprenta. Junto a los muros se veían cajas de tipos y matrices, cilindros de caucho y una mesa triangular llamada «burro». A un costado de la escalerilla de madera, sobre una base de mampostería, una minerva de pedal, y al otro lado una pequeña guillotina. Cajones con resmas de papel completaban el clandestino tallercito de obra. Erdosain se admiró de pronto al mirar un fusil, cuyo cañón terminaba en un tubo de tres diámetros, del calibre del arma, y longitud de quince centímetros. Preguntó:

—¿Y ese fusil tan raro?

—Un fusil con silenciador...

—¿De dónde lo sacaron?

—Entró de contrabando.

—¿Y no se oye nada la explosión?

—La amortigua considerablemente. ¿Qué le parece, en total, este conjunto?

—Muy bien.

—Éste también es un campo de batalla. Una trinchera de emboscados. ¿Se da cuenta?

—Sí...

—El compañero es el que redacta los manifiestos.

—Pero aquí no pueden falsificar dinero...

—¿Y cómo lo sabe?

—Se ve a simple vista.

—No, pero esperamos la llegada de un práctico... Nosotros falsificaremos dinero paraguayo y chileno, y otro compañero nuestro, desde afuera nos traerá dinero argentino. Es conveniente que el lugar de circulación esté muy distante del paraje de producción.

—Me parece muy bien.

—¿Usted qué clase de ideas políticas tiene?

—Soy comunista.

—Después vendrá el anarquismo... no importa... por el momento éstas son pavadas que no conviene discutir. A propósito: el Astrólogo nos dijo que usted era práctico en explosivos; vea esto: ¿qué le parece?

Severo había abierto un cajón y extrajo un tubo de hojalata revestido de cemento... El trabajo era tosco, informe. Una cápsula de cobre hundía su tubo rojo en el cilindro gris.

—Una bomba...

—Eso...

—Pésimamente construida.

—¿Por qué?

—Es pesada. Irregular. El cemento se fragmenta siempre irregularmente. Poco práctica para llevarla... y poca potencia. ¿Qué carga tiene?

—Gelinita...

—El explosivo es bueno... pero eso no es todo en material destructor.

—¿Usted cómo construiría bombas?

—Yo no soy partidario de las bombas... prefiero los gases. Ustedes, los terroristas, siempre están atrasados en material destructor. ¿Por qué no se dedican a estudiar química? ¿Por qué no fabrican gases? El cloro combinado con el óxido de carbono forma el fosgeno. Insisten en las bombas. Las bombas estaban muy bien en el año 1850...; hoy debemos marchar con el progreso. ¿Qué desastre puede provocar usted con el petardo que tiene entre manos? Nada o muy poco. En cambio con el fosgeno... El fosgeno no hace ruido. No se ve nada más que una cortinita amarilla verdosa. Un pequeño olor a madera podrida. Al respirarlo los hombres caen como moscas. En un tubo de acero, que puede tener la forma de una caja de violín, de un piano... en fin... de lo que quiera usted, puede llevar tal cantidad de gas como para desinfectar de hombres muchas hectáreas.

—¿De modo, por ejemplo, que si usted tuviera que asaltar un banco...?

—El gas es el arma ideal. Lo malo es que aquí vivimos todavía en un país de gente muy bruta y atrasada. Fíjese que en Estados Unidos los guardianes de los furgones blindados que generalmente llevan tesoros están equipados con careta contra gases. Bueno, también allá, los que trabajan de asalto no proceden con contemplaciones.

—¿Y la táctica?

—Simplemente, descargar por cualquier tragaluz, mediante un tubo de goma, algunos litros de fosgeno. Cuando ustedes se dispusieran a «trabajar» tendrían que llevar caretas. No hay necesidad de matar a nadie, porque hasta las pulgas que llevan las ratas, quedan intoxicadas.

—El problema es conseguir fosgeno...

—Yo estoy proyectando una fábrica casera. Es un tipo de usina doméstica o experimental para producir mil kilogramos de gas por día.

—¿Mil kilogramos... y una fábrica así se puede instalar en una casa?

—En un salón de cuatro por ocho... con toda comodidad.

—¿Sabe que es interesante?

—Vaya si lo es... Pienso hacer la prueba en el Sur. Tengo ganas de instalar una pequeña usina química. Fabricar gases. Preparar técnicos exclusivamente en fabricación de gases. Nada más. Prepararlos en serie, como se preparan subtenientes o sargentos. Las bombas constituyen un procedimiento antiguo. Otra cosa es granadas de mano, pero hay que tener máquinas especiales para fabricarlas. Y en cantidad. Una bomba construida individualmente no sirve sino para hacer un poco de estruendo. Las bombas deben fabricarse en serie. Un obrero carga las espoletas, otro las prepara. Máquina para las espoletas. Máquina para los envases. Usted comprende... todo eso cuesta dinero. Hay que prepararse. Aquí ni tratados técnicos se encuentran.

Callaron, y el hombre delgado hizo una señal para que salieran. Cuando subieron al dormitorio el Astrólogo conversaba animadamente con la mujer delgada y el hombre del traje azul.

ErDOSain supuso que continuarían charlando, pero el Astrólogo terminó con estas palabras el objeto de su visita:

—¿Quedamos en eso? ¿No es así?

El hombre del traje azul sonrió ligeramente, y el cabelludo respondió:

—¡En fin... veremos!...

Los tres hombres no hablaron más. Se miraron mutuamente y la mujer, que con la criatura en el brazo atendía a la conversación, repuso:

—Son diferencias insignificantes.

—Hay que estudiarlas —repuso el Astrólogo, y extendiendo la mano a los tres anarquistas se despidió.

Silenciosamente, tras él marchó ErDOSain. Una congoja profunda le apretaba el corazón. Experimentó algún alivio cuando pensó:

—De cualquier modo, me mataré.

EL PROYECTO DE EUSTAQUIO ESPILA

A pesar de encontrarse Ramos Mejía a treinta minutos de la Avenida de Mayo y la casa de los Espila a siete cuadras de Rivadavia, el sordo Eustaquio y Emilio hacía dos días que no comían. Comer significaba echar algo al estómago. Devorar una cáscara de pan seco, es comer. Bueno, Eustaquio y Emilio llevaban dos días sin echar al estómago ni una sola cáscara de pan seco.

Luciana, Elena y su madre, sitiadas por el hambre, se habían refugiado en la casa de unos parientes esperando que la tempestad menguara. Cuidando los restos de los muebles, Emilio y Eustaquio quedaron en el reducto. Eso sí, tenían tabaco en abundancia, y Emilio cada cinco minutos encendía un cigarrillo; luego, girando sobre el colchón, se volvía hacia el lado de la pared «para no mirarlo a ese bellaco de

sordo». Éste, con las piernas suspendidas en el aire, permanecía sentado a la orilla del catre, la gorra enfundada hasta las orejas, y mirando ceñudamente la puerta del cuarto como si esperara ver entrar por allí a la diosa Providencia cargada de un cesto repleto de costillas de ternera, mazos de espárragos y cachos de bananas o ananás. Tenía la misma cantidad de hambre que un tigre en ayunas.

Una lámpara de acetileno iluminaba con fúlgida llama a los dos hermanos silenciosos, en aquel reducto de murallas de cinc que constituía el dormitorio común.

El sordo, haciendo valer sus derechos de sabiduría en matemáticas y química, ocupaba el catre. Emilio meditaba tristemente, en una colchoneta tendida en el suelo, en los treinta años que contaba de vida, y con las manos bajo la nuca, mirando al cielo raso, se preguntaba si en Ramos Mejía podía encontrarse un desgraciado más famélico que él...

Al mismo tiempo soslayaba con cierto furor al Sordo, como si lo responsabilizara de sus desgracias. El Sordo, impasible, engorradado como un tahúr, esgarraba escupitajos que proyectaba despectivamente tras el respaldar de su catre. Luego con la manga del saco se frotaba el moco prendido entre las barbas, y continuaba examinando caviloso la entrada del reducto.

Emilio sentía crecer su indignación contra el Sordo. Soliloquiaba:

—... Pensar que este puerco zabe cálculo infinitesimal, y parece un bribón ezcapado de la Corte de los Milagros. ¿Para qué le zervirá el cálculo infinitesimal? —una racha de aire lo estremeció de frío.

El viento entraba abundantemente por allí, moviendo la fúlgida llama de la lámpara de acetileno. La sombra del Sordo, sobre el plano ondulado de las chapas, se meneaba fantásticamente como la de un Bubú de Montparnasse.

Hacía mucho tiempo que Eustaquio y Emilio habían reñido, y ya pasaba de dos años el tiempo en que no se dirigían la palabra. Juntos en las cavernas más absurdas que les servían de refugio, uno tirado en un catre, y el otro tendido en su colchoneta, guardaban silencio de sordomudos.

Lo singular de sus conductas es que tácitamente, sin decirse una palabra, salían por la noche a buscar en la calle colillas de cigarrillos. Silenciosamente saltaba el Sordo del catre, se endosaba la gorra, apretaba las puntas de un arruinado macferlán sobre su pecho, y seguido de Emilio iba a recolectar tabaco. Un hermano por una vereda y el otro por la opuesta. Regresaban, se sentaban en el suelo, colocando de por medio un diario, y rompían la envoltura de las colillas, preparando montones de tabaco que al día siguiente soleaban para que se le evaporara la humedad. Partían equitativamente el grupo en dos partes, y armaban cigarrillos que fumaban con lentitud. «Fumando no ze ziente hambre», decía Emilio.

Cuando algo había que cocinar, cocinaban por turno. Eustaquio era glotón. Emilio, comedido. Eustaquio comía con voracidad de bestia. Emilio, revistiendo dignidad de hidalgo que se siente menoscabado en su hombría si revelara sentimientos bajunos. Pero ambos devastaban cantidades prodigiosas de vituallas

cuando las había, proporcionadas por las diligencias de Elena o Luciana.

A veces Eustaquio visitaba a un pintor sordo como él, y el pintor y Eustaquio cebaban mate durante largas horas sin cruzar palabra.

Emilio rezongaba silenciosamente al ver aparecer al Sordo en el reducto. Deseaba estar solo, mas el Sordo, sin mirarle se dejaba caer en su catre permaneciendo inmóvil como un faquir. Emilio se desesperaba ante su conducta estática e indiferente.

De noche dormían irregularmente. Eustaquio, antes de cerrar los ojos, suspiraba profundamente. Emilio lo escuchaba resoplar en las tinieblas y sentía ganas de gritarle: «¿Por qué suspirás, bellaco?», pero no decía nada, y el otro continuaba revolviéndose bajo sus cobijas como si estuviera enfermo. A veces encendía la luz, y sin objeto alguno, porque no existía ningún motivo para apresurarse, se afeitaba entre gallos y medianoche. Emilio, fingiéndose dormido, le espiaba, y su malestar crecía, mientras que el Sordo hacía guiños frente al espejo, o con media cara barbada se alejaba riéndose sarcásticamente con cierta alegría bestial «igual a la que manifestaba cuando se comía dos docenas de naranjas él solo».

Emilio, en tales circunstancias, hubiera querido estar lejos; el dolor de vivir deyectaba en él círculos de sufrimiento, como una glándula enferma. Pensaba, sin saber por qué, en la alegría de llevar contabilidad en un aserradero a la orilla del río, y en visitar a una novia a la que le quitaría sus creencias religiosas haciéndole leer libros de Haeckel y Büchner. Luego se arrebujaba entre las colchas, y trataba de dormir, mientras que el Sordo lanzaba chasquidos de alegría con una mejilla afeitada y la otra empapada de espuma.

Los dos hermanos albergaban ideales distintos. Emilio aspiraba a ser linotipista y ganarse la vida tranquilamente en el campo, en algún pueblo de campo donde se le cicatrizaran las desolladuras que en el alma la miseria enconaba cada vez más.

En cambio Eustaquio, de haber seguido sus impulsos, hubiera sido atorrante. Lisa y llanamente, un atorrante. Esto no le impedía dar algunas clases de álgebra superior a extraviados alumnos que ciertas amistades le recomendaban. También Eustaquio aceptara una cátedra de geometría si se la hubieran ofrecido, pero el maravilloso monstruo que le trajera en una bandeja de plata tal canonjía no aparecía jamás, y estirado en su catre elaboraba proyectos que tenían siempre relación con las matemáticas. Por ejemplo, calculaba cuánto podía ganar instalando una fábrica de chorizos. Ni remotamente pasaba por su imaginación la idea de dónde se proporcionaría el capital necesario para instalar la choricería.

Ambos desdichados pasaban de tal manera las horas.

Cuando Emilio sentía que la desesperación lo atosigaba en el reducto de cinc, se largaba a la calle para «estudiar la Vida». Él llamaba «estudiar la Vida» al acto de quedarse tres horas con la boca abierta observando a un truhán que vendía mercaderías milagrosas o específicos infalibles.

Pero ahora que el hambre lo acosaba como a una fiera en su caverna, Emilio lo

observa furiosamente al Sordo.

Éste, como si adivinara los malévolos pensamientos que incubaba su hermano, se rasca socarronamente la ríspida barba de siete días. Además, sabe que a Emilio le molesta que él escupa tan abundantemente, y por eso esgarra cada vez más fuertemente, proyectando los escupitajos con tal violencia contra las chapas del reducto que éstas resuenan como si recibieran pedradas.

Emilio, asqueado, giró sobre su colchoneta, dándole las espaldas al Sordo.

El Sordo se contempla los pies calzados en irnos zapatos amarillos, con evidente satisfacción. Al mismo tiempo resopla como un ballenato. El catre cruje lamentablemente, y Emilio se dice:

—Ez lo único que falta. Que ezte animal rompa el catre, para que dezpuéz lo tenga que oír roncando a mi lado. —Su indignación y tristeza crecen simultáneamente. En la base del estómago, siente la presión cálida de una iniciación del vómito... Piensa: «Me eztoy deztrozando el eztómago con la nicotina». Ahora, las piernas cruzadas y los brazos en asa, con las manos bajo la nuca, cuenta el número de ondulaciones que hay en las chapas del techo, extrañándose de perder la cuenta al llegar a la acanaladura número treinta y siete. Instantáneamente de perder la cuenta lo revisa de una mirada oblicua al Sordo y se dice: «¿Qué eztará tramando eze bellaco?» —luego recomienza nuevamente: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7 y los módulos del techo pasan ante sus ojos con la velocidad de los postes telegráficos cuando se viaja en tren.

De pronto, la voz del Sordo estalla en el reducto:

—Che, Emilio, tengo un gran proyecto.

Emilio vuelve la cabeza. Hace dos años que no se hablan. En el ínterin, el Sordo ha tenido muchos proyectos, pero en vez de comunicárselos a él se los explicaba a las hermanas, de manera que este proyecto actual tiene que ser realmente importante para que, infringiendo el silencio que mantenían tácitamente, se lo comunicara.

El Sordo insistió:

—Es un gran proyecto, porque no requiere capital y sus resultados son matemáticos. Infalibles. Pediremos limosna.

—¿Limozna?

—Yo me disfrazaré de ciego... pero de ciego de gran guignol. Y me pondré una tarjetita que diga:

Estoy ciego por los efectos del ácido
clorhídrico. Compradle caramelos al
inutilizado en el servicio de la Ciencia.

Te darás cuenta que esta ceguera científica no puede menos de impresionar al público.

—¿Y loz carameloz?...

—Ahí está... Los caramelos son para disfrazar. Las leyes prohíben la mendicidad.

Nosotros seremos carameleros... oficialmente carameleros, y bajo cuerda limosnearemos.

—¿Y cómo te vas a disfrazar de ziego?

—Me pondré unas gafas retintas, que no dejen ver nada, y vos serás mi lazarillo. Tengo que conseguirme bastón, gafas, y esa valija hay que adecentarla. Allí llevaremos los caramelos. Hay que comprar también una gruesa de estuches de papel de seda para poner los caramelos. Haremos paquetes de diez y veinte centavos. Será casi mejor poner en la tarjeta: Ciego por servir a la Ciencia. ¿Qué te parece? ¿No es mejor? Y abajo de «Ciego por servir a la Ciencia» ponemos: «Vapores de ácido nítrico le quemaron el nervio óptico». ¿Qué te parece? ¿No te convence?

—Zí... algo me convence... Pero ¿de dónde sacamos la plata para las gafas, el bastón, los caramelos?... Esa valija es indecente. Además, habría que hacer tarjetas impresas.

—Eso en cuanto el negocio progrese. Ahora me voy a verlo al pintor.

—¿Y la roza de cobre?...

—¡Qué rosa... rosa!... Se hará después. Ahora tenemos que comer. Además vaya a saber lo que le pasa a Erdosain, que no viene.

—¿No le contamos a Luziana?

—¿Qué?...

—¿Zi no le contamos a Luziana?

—Otro día andá a verla. Ahora lustrate la valija.

Así terminó la primera conversación que Emilio y el Sordo mantuvieron después de dos años de silencio y dos días de ayuno.

El Sordo se dirigió al espejo, contempló su facha barbuda; luego, con cuatro gestos, se puso el cuello, tres movimientos más de mano invirtió en hacerse el nudo de la corbata, y apretando sobre su pecho las puntas de las solapas del macferlán se lanzó al vano de la escalera, mirando el cielo emplomado de gruesas nubes.

Una vez que el Sordo salió, Emilio apoyó el codo en la almohada, y una mejilla en la palma de la mano. Un mechón de cabello renegrado le caía sobre la frente pecosa, y con mirada displicente comenzó a examinar la valija. Estaba cubierta por una capa de polvo, y de la orilla del catre caía un ángulo marrón: la punta de una manta.

Emilio lió pensativamente un cigarrillo, se tapó los pies con un remanso de frazada y, contemplando pensativamente el cielo, meneó la cabeza con tristeza. El proyecto de ser tenedor de libros en un aserradero a las orillas del río se alejaba.

BAJO LA CÚPULA DE CEMENTO

Erdosain se detiene frente a la casa de departamentos, al tiempo que a pocos pasos un hombre abre la puerta de su casa. Junto al desconocido se ha detenido un gato blanco

y negro. El hombre entra, pero el gato no lo sigue. El desconocido cierra intencionalmente la puerta. El gato raspa con una pata en el zócalo, y entonces el hombre que aguardaba abre la puerta, se inclina, le pasa una mano por el lomo al gato. Este atiesa la cola, el desconocido toma por el vientre a la bestia y la puerta se cierra.

Erdosain, adolorido, permanece en la orilla de la vereda. Piensa:

«Ese hombre está satisfecho. Acarició al gato que lo esperaba en el dintel. El gato tendría ganas de pasear, salió, vaya a saber dónde anduvo metido. Para eso es gato. Y al volver, como encontró la puerta cerrada, esperó a su patrón. El gato tiene al hombre... pero al hombre ¿quién le abrirá la puerta misteriosa?».

En su mente se levanta una fachada infinita. Los muros ondulan como una cortina de humo. Desecha el espectáculo. La fachada se aleja como un eco de trompa. Incluso persiste en su carne un ritmo de galope. Luego, más lejos, la muralla de humo. Regresa a la orilla de la vereda. Da un paso. Otro. Uno. Dos. Uno. Dos.

—¿Quién es el hombre? Yo. —Uno, dos—. Yo soy el hombre. —Uno, dos—. ¿Yo? S.O.S. Es notable. —Uno, dos...

El gato ha lanzado su S.O.S. y el hombre ha esperado tras de la puerta. Realizó varios actos. Uno, inclinarse. Dos, acariciarlo en la espalda. Tres, pasarle la mano bajo el vientre. Cuatro, levantarlo. Pero, ¿a mí? ¿A ellos? ¿A nosotros? Sí, a nosotros, Dios canalla. A nosotros. Te hemos llamado y no has venido. Se detiene y piensa:

«¡Qué dulce palabra!».

—Lo hemos llamado y no ha venido. Lo hemos lla... ma... do... y no... ha... ve... nido. Dulzura única. Lo hemos llamado y no ha venido. Podremos contestar así algún día: «Nosotros lo llamamos y Él no vino». Erdosain cierra los ojos. Deja que un intervalo de oscuridad penetre por su boca y por sus ojos. El intervalo de oscuridad se agrieta. Deja pasar una réplica.

—¿Tenemos la culpa? Nosotros lo llamamos y Él no vino. ¡Hum!... esto es grave. ¿Se ha calculado cuántos hombres lo llaman a Dios en la noche? No importa que lo llamen para resolver sus asuntos personales. ¡Y cuántas almas están gritando despacio, despacito: «¡Dios, no me abandones, por favor!»». ¿Se ha calculado cuántas criaturas antes de dormirse rezan a hurtadillas del padre oblicuo en la cama o de la madre detenida frente a un ropero entreabierto: «No nos dejes, Dios por favor»?

Erdosain se detiene espeluznado. Es como si le encarrilara el pensamiento en una elíptica metálica. Cada vez se alejará más del centro. Cada vez más existencias, más edificios, más dolor. Cárceles, hospitales, rascacielos, rascaestrellas, subterráneos, minas, arsenales, turbinas, dínamos, socavones de tierra, rieles; más abajo vidas, suma de vidas.

—Al margen de Dios se ha realizado todo esto. Y este Dios, decime, ¿qué hiciste vos por nosotros?

La boca de Erdosain se llena de una mala palabra. La mala palabra le deforma las mejillas, le deja los dientes porosos, acidulados...

El insulto estalla:

—¡Canalla!

Cierra los ojos. Camina con los ojos cerrados. Sabe que se desvía, embica nuevamente el centro de la vereda. Le arden las espaldas. Repite:

—Todo es inútil. Si se hiciera un agujero que pudiera llegar al otro lado de la tierra, allí también se encontrarían sufrimientos. Turbinas, cárceles, superrascacielos. Dínamos que zumban, minas, arsenales. Puertas de casas. Hombres que toman amorosamente a su gato por el vientre.

Golpea con el puño la fachada de una casa. Allí hay un tablero color de hígado, seguramente la persiana de un almacén, donde entre velas de sebo se encuentran bolsas de arroz, trozos de jabón y una ristra de cebollas colgando del techo encalado. Golpea con el puño:

—Si me pusiera smoking y galera de felpa sufriría lo mismo. Si pudiera volar a trescientos mil kilómetros por hora... cifras... cifras... Entonces... ¿Y?... —arruga la frente, se aprieta los dedos haciendo crujir los huesos de los dedos. Toca la oscuridad de la noche alta sobre la ciudad como un océano sobre un mundo sumergido—. Podría venir una mujer y besarme... sería más feliz si viniera una mujer y me besara hasta el tuétano. Oro. Pongamos por ejemplo que esta calle se llenara de oro. Tiene cien metros de largo. Veinticinco de ancho. Cinco de altura. Cinco por cien, quinientos, por veinte, diez mil... más cinco... bueno, lo que sea... Oro macizo, cúbico, pesado. Yo estaría sentado arriba en cuclillas, tomándome el dedo gordo del pie. Junto a mi cabeza humearía la boca de una ametralladora. Yo miraría tristemente al mundo. Vendrían hombres, mujeres, ancianos, corcovados en muletas, se acercaría dificultosamente a la vertical amarilla. Arriba humea el tubo de la ametralladora. Inventores, dactilógrafas, mirándome hambrientamente, dirían:

—Danos un pedacito.

Pero yo estaría sordo, tomándome el dedo gordo del pie, mientras humeaba el tubo de la ametralladora. Quizá mirara tristemente el confín del mundo en un atardecer naranja.

—Danos un pedacito, miserable, canalla.

—Hombre hermoso, danos un pedacito. Hijo de entrañas podridas. Canalla.

Pero yo estaría sordo, tomándome el dedo gordo del pie, mientras humeaba el tubo de la ametralladora a la izquierda de mi cabeza.

Todos se romperían las uñas rascando el durísimo bloque, como una ola gris avanzaría la gusanera humana: mujeres con martillos de picapedreros y hombres con navajas cortantísimas. Algunos de tanto arañar la base del cubo de oro sólo tienen muñones, otros al pie del bloque abrieron cavernas, y mostrando sus órganos genitales, como bestias andan en cuatro patas, mientras le arrojan mordiscones a la superficie del oro.

Pero yo no sería más feliz. ¿Te das cuenta, Dios? Ni yo ni nadie. Hasta este hombre que vende arroz podrido y azúcar adulterado con polvo de mármol, lloraría

de angustia. Hasta este traficante canalla que duerme mientras yo estoy aquí, a diez metros de su cabeza. Si yo me introdujera al dormitorio donde duerme este comerciante, vil como todos los comerciantes, y me inclinara sobre su cama y le abriera el pecho poniendo al desnudo su corazón este almacenero, gritaría penas, expulsando chorros de sangre.

Y si yo me inclinara sobre Elsa y le arrancara el corazón, o sobre el Capitán, también ese corazón aullaría despacio para que no lo escuchara su teniente coronel: «Sufro». Si yo me inclinara sobre el pecho del juez que me va a condenar, ese corazón diría quizá sudando:

—A pesar de mi jurisprudencia, sufro.

¿Te das cuenta, Dios canalla? No hay boca torcida que no revuelva un ácido de maldición. ¡Uh... uh... uh...! qué grito no combinará la boca sucia del hombre. Decí. Y el otro grito más agudo, como de gato recién nacido ¡ih... ih... ih...! Y el otro que se lanza con el estómago. Y el otro que se asorda en el tímpano dejando la cara torcida de miedo durante un minuto. ¡Eh! ¿qué decís de esto? Y el otro grito de todo el cuerpo, del gran dolor de toda la superficie, que es como una chapa arqueada sobre la médula espinal engrampada por los dos extremos humanos, un borde en las vértebras de la nuca y el otro en los talones.

¿Y el grito del vientre, del total ancho del vientre, cuando el corazón se agranda de dolor y hace trepidar la pleura? ¿Y el pobre grito lento de la garganta cuando la cabeza se dobla? ¡Ah... ah...! todos esos rechinamientos de la carne, de los músculos, de los huesos, de los nervios, estallan en el silencio de la noche. Basta inclinar la cabeza hasta el suelo. No querés hacerlo, pero cerrás los ojos y te inclinás despacio. Todos los nervios se te envaran, el cuerpo queda tieso, flota en el dolor. Juntás las manos, es inútil que te aprietes los huesos, aunque te rompas los dedos, es inútil, estás en el dolor... ¿Eh? ¿Qué decís? Vos inclinás la cabeza sobre el piso de la calle, junto a los zócalos de las casas, al lado de la boca cuadrada de los sótanos, meada por los perros, y de pronto cerrás los ojos. Comprendes que la vida ha perfeccionado la angustia, como un fabricante perfecciona su motor a explosión.

Un vigilante se detiene frente a Erdosain y lo examina detenidamente. Se da cuenta de que el individuo es un visionario a la orilla de un callejón mental, y sigue, encogiéndose de hombros.

Remo entra a la casa de departamentos. Espera encontrarla a la Bizca en su habitación, pero la muchacha no está. Posiblemente se ha quedado dormida.

Ahora, encerrado en su cuarto, le parece distinguir una rata que surge de un rincón. Tras de esa rata, otra y otra. Erdosain soslaya las alimañas grises y sonrío soturno.

—Así correrá la gente si se le habla de los hombres chapados de luz que llevan la frente apretada por una rama de laurel. Y los ojos que al moverse dejan caer rayos como puñados de flores. Y los torsos que se doblan y arquean como ramas de sauce. Y mujeres tendidas que reciben entre los labios entreabiertos los pétalos que caen.

¿Por qué nadie habla de estas cosas? Me pregunto tristemente, ¿estoy en un planeta que me corresponde o he venido a la tierra por equivocación? Porque sería gracioso que uno se equivocara de planeta.

El soliloquio se aplana repentinamente. Erdosain mira a un costado y ve numerosas ratas grises que con el rabo a ras del suelo corren a esconderse bajo su piel. ¡Y no abultan! No tocan su sensibilidad.

—¿O es la muerte, que viene despacio, apacigua el alma y la aplasta despacio sobre la tierra, para que se vaya acostumbrando a una definitiva horizontalidad?

Tiene la sensación de que un fantasma le aprieta los brazos, rodeándoselos de refajos de acero. Se sacude bruscamente, queriendo desamarrarse de la invisible ligadura, y murmura entre dientes:

—Soltame, demonio.

El rencor acrecienta en sus músculos. Él quisiera ser enorme para aplastar el invisible enemigo que lo aplasta cada vez más contra el suelo. Frunce el ceño y piensa, como si tuviera que repeler un ataque inmediato:

—Nadie puede defendernos de la Vida ni de la Muerte. ¡Pobre cuerpo nuestro y manos nuestras que sólo pueden tocar de las cosas dos dimensiones! Porque si pudiéramos tocar las tres dimensiones, atravesaríamos las montañas y los filones de hierro y los cúbicos bloques de mampostería donde trepidan los «blues» de las jazzband amarillas, y los dínamos recalentados de histeresis... ¡Oh! ¡Oh!...

Y cada vez que lanza un ¡oh, oh! permanece estático. Camina por el cuarto con la sensación de que junto a la sien, en redor de su cabeza, tiemblan y ondulan flecos de papel. Un viento ascendente levanta los flecos de papel y psíquicamente se siente enloquecido. Corrientes eléctricas se le escapan por las puntas de los cabellos, erizándoseles.

Mira lejos. Su mirada pasa por encima de los tejados, las cuerdas con ropas, las chimeneas, los jardines y los planos horizontales apretados de macizos de orégano y lechuga. Mira, deja de mirar, y se dice con toda seriedad, como si considerara a un postulante que solicita empleo:

—Es necesario ser sincero. ¿Qué es lo que querés?

Involuntariamente mueve la cabeza como los boxeadores cuando están groguis. Alguien descarga trompadas que le rozan con zumbido de viento las orejas.

—Es necesario ser sincero. ¿Qué es lo que querés?

Esquiva dificultosamente, pierde sensación de la distancia y de la luz; todo se enneblina en redor.

—Y gozarás con ser espantosamente humillado (pido secreto, secreto, grita el alma de Erdosain), y con caminar encorvado hacia una cocina donde lavarás pensativamente los platos.

Erdosain siente que varios resortes de su sensibilidad escapan de los gatillos y le estremecen el tuétano de los clientes. (Pido secreto, secreto).

Te agacharás cada vez más, de manera que la gente podrá caminar encima tuyo, y

serás invisible para ellos casi, como lo es una alfombra.

Si Erdosain tirara de la punta de su odio es casi seguro que el carretel se desenvuelve definitivamente; pero él no se atreve, y las puntas de su odio cuelgan allí dentro de la caja de su pecho mientras él no sabe qué hacer.

Se acuerda de los cornudos felices y lustrosos que ha conocido y reitera la pregunta:

—¿Me habré equivocado de planeta?

No quiere confesarse a sí mismo que siente una nostalgia terrible de llanuras con miniadas colinas, que siente la nostalgia de un país donde monte por medio se habla un idioma distinto y se viste un traje diferente. Él vestiría entonces una túnica de buriel, y con una escudilla en la mano limosnearía entre bueyes fajados con mantas y mujeres que manejen rastrillos.

Su amargura crece. Está solo, solo, en un siglo de máquinas de extraer raíces cúbicas y cinema parlante. La distancia se cubre de multitud de cogotes nervudos, gorras aplastadas como platos y jetas pomulosas. Y Erdosain piensa:

—A toda esta chusma se podría liquidarla con un fusil ametralladora y gases lacrimógenos. En uno no puede apoyarse. —Y de pronto acude a él un horror inmenso:

—La tierra está llena de hombres. De ciudades de hombres. De casas para hombres. De cosas para hombres. Donde se vaya se encontrarán hombres y mujeres. Hombres que caminan seguidos por mujeres que también caminan. Es indiferente que el paisaje sea de piedra roja y bananeros verdes, o de hielo azul y confines blancos. O que el agua corra haciendo glu-glu por entre cantos de plata y guijas de mica. En todas partes se ha infiltrado el hombre y su ciudad. Piensa que hay murallas infinitas. Edificios que tienen ascensores rápidos y ascensores mixtos: tanta es la altura a recorrer. Piensa que hay trenes triplemente subterráneos, un subte, otro, otro y turbinas que aspiran vertiginosamente el aire cargado de ozono y polvo electrolítico. El hombre... ¡Oh!... ¡oh!...

—¿Y para qué todo eso? ¿Para qué los submarinos y los altos hornos y las máquinas? En cada metro cúbico hay un simio blanco meditando con ojo triste en la fragilidad de su tierna piel. La sífilis vive en la salada leche donde flotan los vibriones. Y de pronto el simio blanco se despereza, su ojo triste se inflama y a gatas, con los testículos colgando como los de un león, se arrastra hacia la hembra, que espera triste y enancada entre las columnas de acero de una máquina elevada. Pesadamente cae una gota de aceite en el piso, y un sol blancuzco filtra a través de los altos vidrios de las claraboyas su siniestra claridad de postrimería planetaria.

Erdosain olfatea su pequeña alegría. Algún día así será. Y luego ve al simio blanco que se retira nuevamente a su metro cúbico de mampostería y se queda sentado, con el codo de un brazo apoyado en la rodilla y el mentón en la palma de la mano, mientras que la arrugada piel se mueve sobre la frente inquiriendo el origen de la gotera de aceite. Estos pensamientos lo sobrecogen a Erdosain. Se toma

sobrecogido la cabeza. Su dolor es más monótono que el estúpido oleaje del mar. Gris sobre gris, negro sobre negro. A momentos lo sorprende, se dice que este dolor no estaba en él hace algunos años, su sufrimiento se ha multiplicado en castigo, y su desesperación acrecentada renueva su movimiento desde que se despierta hasta que se duerme.

Materialmente, no hay descanso para él. Incluso le parece ver frente a sus ojos, para el lado que se vuelva, escrito este letrero:

Tienes que sufrir.

Mueve la cabeza en infantil negativa:

Tienes que sufrir.

Su mirada adquiere a momentos la vitrea transparencia de los afiebrados. Lo solivianta la locura de padecer. No terminará nunca su dolor. Aun durmiendo, sufre.

Son los suyos sueños turbios, desolados como los cuartos de altos techos algodonados de sombras. El camina sin despertar un eco y cruza palabras olvidadizas con fantasmas que aún le piden cuentas de sus actos terrestres.

Tiene la sensación de estar en puntas de pies sobre la última pulgada de un trampolín que lo lanzará al vacío.

Luego regresa a la conciencia de sí mismo, y el dolor abandonado permanece allí más abrasador, quemándole las sienes, apesantándole los párpados, aplomándole las manos.

Quiere rebelarse contra este hedor de sus entrañas que le infecta la mente, escaparse de su periferia humana. Sabe que le está negado hasta el regazo donde poder llorar desmesuradamente.

¿Hasta cuándo? No lo sabe. Cada día que nace y lo despierta es brutal y fiero como el anterior; cada día que nace y lo despierta, se le figura la muralla de una prisión que es siempre la misma muralla para los ojos del preso, que la olvidaron mientras dormía. Se toca el rostro con piedad de sí mismo, se acaricia las manos, se toma la frente, se resguarda los ojos. Su piedad es insuficiente para agotar el sufrimiento de vivir que ya para él es un castigo sin definición.

Fuego consumidor, se quema despacio en sí mismo.

A veces recuerda otros años que pasaron y entonces se dice que fue infinitamente feliz. Ahora, Satán lo posee y lo tuesta lentamente. Cuando alguna palabra que le parece excesiva ha brotado de él se rectifica, como si lo estuviera engañando al destino, y entonces recae que es cierto que el dolor, como un carbón débilmente encendido, lo tuesta y lo seca, sin que este morir sea morir, siendo peor muerte que la otra que sobreviene definitivamente.

Se acuerda de la Ciega. ¿Sufrirán los ciegos? ¿Y los sordos? ¿Y los que no pueden hablar? ¿Qué se habrá hecho de la criatura pálida, que tenía ojos verdosos y

rulos negros, en el vagón del ferrocarril?

Sus entrañas vuelcan palabras infantiles. Hay ya palabras que lo obligan a cerrar instintivamente los ojos. Por ejemplo:

Tierra. Hombres. Soledad. Amor.

Aguza el mirar y se dice:

—¿Es posible que se tema tanto a la muerte? ¿Que la muerte preocupe tanto a los hombres, si es su descanso?

Mas en cuanto ha pensado de esta manera, se dice:

—La realidad mecánica ensordece la noche de los hombres con tal balumba de mecanismos que el hombre se ha convertido en un simio triste. A veces los cuerpos, a tres pasos de las máquinas, refugiados en una bohardilla, se inclinan; las manos despojan los pies de las botas, luego caen los vestidos, después los cuerpos se acercan a los espejos, se miran un instante, luego levantan un lienzo, se cubren, cierran los ojos y duermen. A veces un miembro entra en un orificio, vuelca su esperma, los dos cuerpos se separan hartados, y cada uno por su lado duerme sudoroso. Y despacio crecerá el vientre... y esto es todo. Erdosain se siente cogido por un engranaje apocalíptico. La mitad del cielo, hasta el cénit, está ocupado perpendicularmente por una curva dentada que gira despacio y recoge entre sus dientes, anchos como las fachadas de los edificios, los cuerpos que inmediatamente desaparecen entre la conjunción.

¡Cuántas cosas involuntarias sabe! Y la principal: que a lo largo de todos los caminos del mundo hay casitas, chatas o con techos en declive, o con tejados a dos aguas, con empalizadas, y que en estas casas el gusano humano nace, lanza pequeños grititos, es amamantado por un monstruo pálido y hediondo, crece, aprende un idioma que otros tantos millones de gusanos ignoran, y finalmente es oprimido por su prójimo o esclaviza a los otros.

Erdosain aguza el mirar en las tinieblas. La presión que lo sofoca se hace siniestra y jovial. Siente ganas de reírse. Aguza más el mirar. Tiene la sensación del movimiento del mar, de la frialdad de una cúpula de acero bajo sus pies...

¿La fuerza...? ¿El odio...?

Tampoco la verdad está en los cañones...

Regresa a la profundidad cristiana. Pronuncia el nombre:

—Jesús...

Tampoco la verdad está allí.

Baja más. Le parece que tantea la bóveda de una fábrica subterránea. Es inmensa. Hombres con escafandras de buzo, con trajes de impermeables empapados de aceite, se mueven en neblinas de gases verdosos. Grandes compresores entuban gas venenoso en cilindros de acero laminado. Manómetros como platos blancos marcan presión de atmósferas. Los elevadores van y vienen. Cuando se ha disipado la nube verde, la usina amarillea. Cortinas de gas amarillo a través de las cuales los monstruos escafandrados se mueven como grises peces viscosos.

Tampoco la verdad está allí.

Rabiosamente se hunde más. Atraviesa capas geológicas. Enmurado, grita al final:

—No puedo más.

Cae sobre su cama y permanece inerte como un imbécil.

DÍA DOMINGO

EL ENIGMÁTICO VISITANTE

POCAS VECES Erdosain retrocedía a los tiempos de su infancia. Ello, quizá se debiera a que su niñez había transcurrido sin los juegos que le son propios, junto a un padre cruel y despótico que lo castigaba duramente por la falta más insignificante.

Remo había vivido casi una infancia aislada. Comenzó a estar triste (la criatura en esos tiempos no podía definir como tristeza aquel sentimiento que lo arrinconaba solitario en algún ángulo de la casa) a la edad de siete años. Debido a su carácter huraño no podía mantener relaciones con otros chicos de su edad. Rápidamente éstas degeneraban en riñas. Su exceso de sensibilidad no toleraba bromas. Cualquier palabra un poco disonante hacía sufrir indeciblemente a esta criatura taciturna. Erdosain se recordaba a sí mismo como un chiquillo hosco, enfurruñado, que piensa con terror en la hora de ir a la escuela. Allí todo le era odioso. En la escuela había chicos brutales con los que tenía que trompearse de vez en cuando. Por otra parte, los niños bien educados rehuían su trato silvestre y se espantaban de ciertas precoces ideas suyas, observándolo con cierto desprecio mal encubierto. Este desdén de los débiles le resultaba más doloroso que los golpes cambiados con otros chicos más fuertes que él. El niño insensiblemente se fue acostumbrando a la soledad, hasta que la soledad se le hizo querida. Allí no podía entrar a buscarlo el desprecio de los chicos educados, ni la odiosa querrela de los fuertes.

En la soledad, recuerda Erdosain que el chico Remo se movía con agilidad feliz. Todo le pertenecía: gloria, honores, triunfos. Por otra parte, su soledad era sagrada, no se daba conscientemente cuenta de ello, pero ya observaba que en la soledad ni su mismo padre podía privarle de los placeres de la imaginación.

Sin embargo, esa mañana de domingo, mientras que las campanas de la iglesia de la Piedad llamaban a los feligreses, Erdosain, vestido, se quedó recostado en su lecho, fijando su trabajo mental en un recuerdo de su infancia. Sin explicación aparente este recuerdo ennitidece en su memoria a medida que pasan los minutos.

Una criatura con pantaloncito corto, en mangas de camiseta, la cabeza empinada y rubia, abre con precaución la puerta del gallinero.

El chico durante un instante observa encuriosado a las gallinas que picotean restos de comida de la noche desparramados en la tierra. De pronto el niño sonrío. Toma una lata vacía y la llena de agua. Luego se dirige a un rincón del gallinero, escarba la tierra con un palo en punta y amasa barro para «fabricar la fortaleza». Los brazos de la criatura se manchan de fango hasta los codos.

El niño trabaja dichoso, sonriente. Ha olvidado que por la tarde tiene que ir a

clase, ha olvidado el horror que le causan esos muros desnudos del aula, envilecidos, con esqueletos de hule amarillo; se olvida del temor al «insuficiente» fin de mes en la libreta de calificaciones, y trabaja con barro, levantando murallitas.

Es la fortaleza (generalmente la fabrica de esta forma) un polígono de cincuenta centímetros de diámetro y veinte centímetros de altura. La muralla dentada con troneras y saeteras encierra en su interior miradores, torres, puentes de astillas, calabozos y, casi siempre, un subterráneo, que el niño excava pacientemente con el brazo bajo la muralla de fango. Así los sitiados podrían huir de los sitiadores.

Defienden las esquinas de la fortaleza torres triangulares, de manera que presenten con el vértice «poco blanco a los proyectiles de las bombardas». El pequeño Erdosain ha observado que las piedras resbalan en el ángulo de los muros y causan menos efecto «destructor» que en las superficies planas.

Las gallinas, que conocen al niño, dejan de picotear el suelo para mirarlo atentamente. A veces el gallo aplasta el lomo de un ave. Erdosain no le concede mayor importancia a ese acto, aunque esta falta de curiosidad no le impide preguntarse de vez en cuando, con cierta indecisión abstraída: «¿Por qué el gallo hará eso?».

Erdosain a los siete años es absolutamente puro. Aborrece instintivamente a los chicos que dicen obscenidades. Quisiera no avergonzarse de escucharlas, pero la sangre sube a sus mejillas cuando se pronuncia una mala palabra.

Ahora, lo que absorbe su atención, es la fortaleza, secándose al sol. La contempla con orgullo de arquitecto. Luego cavila un instante. ¿A qué héroe puede convertírsele en habitante de la fortaleza? ¿A un pirata o a un general? Si es general, tiene que vivir en la costa de África. Pero el general no puede ser buena persona, porque si no, él no lo sitiaría en la fortaleza, que va a destruir a cañonazos.

Y es que una vez construida la fortaleza, Erdosain se divierte en destruirla.^[9]

Desde una distancia de veinte metros «bombardea a cascotazos el castillo sitiado». Después de una descarga de diez o quince piedras el pequeño Remo, con la cabeza engallada, se acerca al fuerte. Con ojos brillantes de entusiasmo estudia el efecto de las ladrillazos sobre las torres de fango. Calcula concienzudamente la resistencia que los muros ofrecen a otra descarga, la dirección de las grietas, acompañado de qué accidentes se ha hundido un puente, cómo se ha desmoronado el mirador.

El juego encierra prodigios de felicidad solitaria para el pequeño Remo.

Como siempre construía la fortaleza en el ángulo formado por dos tapias de ladrillo, las piedras que no tocaban el «castillo» rebotaban en la pared, arrancando nubes rojas de polvo que cubrían la fortaleza de un polvillo achocolatado. El niño, al ver flotar el polvo rojo en el aire, se imaginaba que la nubecilla estaba formada por el humo de la pólvora de una «bombardea» invisible, y arreciaba de tal manera el «cañoneo», que las gallinas, espantadas, ahuecaban las alas, dando grandes saltos a ras del suelo.

Lentamente, la fortaleza se desmoronaba bajo los proyectiles. Caían las torres descubriendo cimientos circulares, los puentes de madera se incrustaban en los calabozos, los minarettes, a veces, por un prodigio de resistencia, quedaban erectos en la desolación achatada de las troneras y baluartes, espolvoreados de polvo rojo. Cuando la destrucción había sido total, hasta desfondar el techo del subterráneo que le servía para «escaparse al enemigo», el niño Erdosain, sudoroso, sonriente, el rostro salpicado de motas de barro, los brazos achocolatados hasta el codo, se sentaba a la orilla de la fortaleza. Sus ojos se clavaban en el cielo de la mañana y seguía con la mirada las nubes que resbalaban en la tersura celeste de la bóveda. Las gallinas sosegadas nuevamente, se acercaban a él. La más atrevida, espiando con un ojo al chiquillo y con el otro los escombros, estiraba el cuello y picoteaba las ruinas de la fortaleza. Remo, impasible como un Dios, con plena conciencia de su superioridad sobre las gallinas, las dejaba hacer, contemplando el espacio. Y es que el pequeño Erdosain había descubierto que el cielo, junto al borde de las nubes, se festoneaba de una franja ligeramente verdosa. Le era sumamente fácil imaginarse que este color verde provenía de cañaverales silvestres a la orilla de un río donde él corría aventuras, sin obligaciones escolares. ¡Ah! si se pudiera vivir en las nubes —pensaba el pequeño Remo— no tendría necesidad de ir a la escuela, de entrar a la horrible aula, pintada de marrón y de blanco cal, de escuchar a un maestro grosero e irritable que señalaba las rótulas del «cadáver» con un puntero oscuro de tan manoseado.

De pronto una voz áspera resonaba en sus oídos:

—¿Hiciste los deberes, imbécil?

Una angustia desgarradora sobrecogía y hacía temblar el alma del niño. El que así le hablaba era su padre.

Súbitamente empequeñecido, humillado hasta lo indecible, iba a lavarse las manos. Sentíase caído, solo, desconsolado, como si le hubieran roto la columna vertebral de un puntapié. Si lo insultaba su padre, ¿cómo no tendrían derecho a insultarlo los otros? Entonces bajaba la cabeza pasando frente al padre, cuya mirada torva sentía que se le clavaba en la nuca, renovando el ultraje del insulto.

Otras veces el padre le arrancaba de sus juegos para hacerle lavar el piso de la cocina. El pequeño Remo, débil frente al hombre inmenso, lo desafiaba con los ojos temblorosos de indignación, y el padre, glacial, le escrutaba con tanta firmeza las pupilas, que el niño, encorvado, iba a la pileta a buscar el «trapo de piso», un fuentón que llenaba de agua y un cepillo de rígidas cerdas limadas.

Mientras fregaba el piso de mosaico de la cocina pensaba en las carcajadas que lanzarían sus compañeros de clase si supieran que él, igual a ellos en la apariencia del traje, lavaba el piso de la cocina de su casa.^[10]

El chiquillo no podía menos de comparar su vida con la de otros compañeros. Esos niños tenían padres que los venían a buscar a la salida de la escuela, que los besaban. A él su padre no lo besaba nunca. ¿Por qué? En cambio lo humillaba continuamente. Para insultarlo removía la boca, como si masticara veneno, y escupía

la injuria atroz:

—Perro, ¿por qué no hiciste esto? Perro, ¿por qué no hiciste aquello? Siempre el calificativo de perro antepuesto a la pregunta. Lustrosos los ojos de emoción, el pequeño Erdosain se inclinaba sobre el fuentón, sumergía los brazos hasta el codo en el agua y retorció con sus manos enrojecidas el rústico trapo, que le dejaba en la piel estrías bermejas.

Lágrimas candentes corrían por sus mejillas sonrosadas, pero el rodar de estas lágrimas infiltraba un dulcísimo consuelo en su pequeño corazón. «Aprendí así a encontrar felicidad en las lágrimas», me diría más tarde.

Lentas campanadas llegan ahora de la iglesia de la Piedad hasta el cuarto de Erdosain, que permanece recostado en su cama. Los ojos se le han humedecido evocando su niñez destrozada. Murmura:

—¡Qué vida horrible! —Su frente se arruga en estrías poderosas. Continúa soliloquiando—: No he tenido infancia, no he tenido compañeros, no he tenido padre, esposa, ni amigos. ¿No es espantoso esto?

El corazón le late con una delicadeza de órgano que por sí mismo tiene miedo de romperse. Deja de evocar desastres, quedando sumergido, no pudo precisar por cuánto tiempo, en una especie de somnolencia más densa que una siesta.

De pronto recobra conciencia de la realidad. Alguien que ha entrado subrepticamente a su cuarto le toca con suavidad en el hombro. Sin embargo, Erdosain no se resuelve todavía a despertarse. Trata de localizar con los ojos cerrados de dónde proviene el inesperado hedor de aceite de ricino que ahora llena su cuarto.

La persona que lo llama insiste en su propósito de querer despertarlo mediante suaves toques en la espalda. Erdosain entreabre lentísimamente los párpados. De esa manera puede espiar sin demostrar que se encuentra despierto.

Permanece inmóvil, aunque no puede menos de sorprenderse. Su visitante se ha detenido a la orilla de la cama, y desde allí lo contempla, tiosos los brazos cruzados sobre el triple correa que cruza su capote. Lo extraordinario del caso es que el desconocido viste el traje de las trincheras. Se cubre con un casco de acero y lleva el rostro protegido por una máscara contra gases. Erdosain no puede establecer a qué modelo de guerra corresponde la máscara. Esta consiste en un embudo negro con dos discos de vidrio frente a los ojos. El vértice del embudo termina en un pequeño cilindro horizontal, de aluminio, con tornillos laterales. De allí parten dos tubos de goma, anillados, que penetran en una cartera suspendida sobre el pecho por un triple correa que pasando por las espaldas se empestilla en las axilas. La careta da al desconocido la singular apariencia de un hombre con cabeza de oso. Ahora Erdosain levanta la cabeza y, apoyado el cuerpo sobre los dos codos, examina el capote en que se calafatea su visitante, impermeabilizado a los gases por un baño de aceite. El capotón es tan inmenso que su rueda roza los talones de unos botines increíblemente deformados y cubiertos de fango endurecido.

Remo menea la cabeza, no del todo convencido, y murmura:

—¿Por qué no se quita la careta? Aquí no hay gases.

El desconocido se desprende del casco, descubriendo el cráneo tomado por las tres correas de la máscara; desabrocha las hebillas y delicadamente aparta el aparato adherido por unas pinzas a su nariz. Absorbe aire profundamente.

Erdosain examina el fino rostro del soldado, que con sus ojos amarillos y los finos labios apretados refleja un «espíritu con avidez de crueldad» (uso estrictamente los términos de Erdosain). Sin embargo, el desconocido debe estar gravemente enfermo, pues sus labios y los lóbulos de las orejas aparecen ligeramente teñidos de un halo violáceo.

—Puede también sacarse los guantes —insiste Erdosain—. Aquí no hay gases.

El hombre extrae penosamente sus manos demacradas, de color mostaza, de los guantes impregnados de aceite, como el resto de su ropa.

Mas, en verdad, la única preocupación del desconocido parece ser su aparato de antigás. Busca con los ojos un lugar donde colocarlo, y por fin parece encontrarlo. Dobra los tubos de caucho con suma precaución, ajusta los tornillos de oxígeno solidificado, y conduciendo la máquina con la misma delicadeza que si fuera de cristal la acomoda sobre la mesa. Erdosain, al mirar por las espaldas del desconocido, que está inclinado sobre la mesa, se da cuenta de que lleva colgada de la cintura una gruesa pistola Mannlicher.

A Erdosain no se le ocurre indicarle al enigmático visitante que su uniforme es extemporáneo, pues han pasado los tiempos de guerra. Por el contrario, le parece natural que el hombre se uniforme del mismo modo que los poilus de las trincheras.

El desconocido, con el casco de acero nuevamente endosado en la cabeza, vuelve hacia Erdosain con paso perezoso y elástico de tigre. Erdosain comprende que tiene que hacer algo en obsequio de su desconocido, pero ni por mientes se le ocurre dejar la cama. Con las manos bajo la nuca lo observa de reojo, y al final no encuentra un agasajo más amable que decirle estas palabras, con voz suave:

—Usted parece que está bastante enfermo, ¿eh?

El otro, inclinada la cabeza, frota el suelo con el taco del botín, como los boxeadores que en un ángulo del ring pulverizan la resina con la suela mientras esperan que suene el gong. La visera de su casco de acero le proyecta un semicírculo de sombra hasta los labios.

—Sí, estoy mal. No sé si podré pasar de la noche. Me han gaseado.

—Precisamente, yo estoy estudiando gases.

—¿Quiere empezar el combate?

—Tenemos que terminar. ¿No le parece a usted que ha llegado la hora? ¿Ha visto el mundo en qué estado se encuentra? Jamás ha pasado la humanidad por una crisis de odio como ahora. Podría decirse que estos últimos años del planeta son como la agonía de un libidinoso, que se aferra a todos los placeres que pasan al alcance de sus manos.

—¿Qué gas estudia usted para terminar con esto?

—El fosgeno.

El enigmático visitante sonrío prudentemente con leve encogimiento de labios mientras sus ojos amarillos lanzan destellos de pupila de tigre:

—Sería preferible la «lewisita». El fosgeno no es malo, pero es inestable.

—Vea que en el índice de Haber da 450 de toxicidad...

—No importa. Nosotros usamos al principio el fosgeno. Después lo dejamos por el sulfuro de etilo biclorado. A pocos días de transcurrido el combate las carnes de los gaseados se rajaban como las de los leprosos. También empleábamos el clorosulfonato de etilo, más cáustico que el fuego. Los hombres tocados por el gas parecían haber bebido ácido nítrico. La lengua se les ponía gruesa como la de un elefante, las entrañas se les consumían como si estuvieran disecándose en bicloruro de mercurio. Para variar el juego, los otros introdujeron la cloroacetona. Me acuerdo de un hombre nuestro a quien se le rompieron los cristales de la careta. A las veinticuatro horas tenía los ojos más rojos que hígados. Era, en verdad, un espectáculo triste y extraño el semblante amarillo de aquel hombre con dos hígados rojos fuera de las órbitas, que manaban interminables torrentes de lágrimas. Inútil era ponerle compresas de yema de huevo sobre los ojos. Sus desaparecidas pupilas lloraban ríos de lágrimas. Cuando llegó al lazareto de la retaguardia estaba absolutamente ciego.

Erdosain sonrío imperceptiblemente.

—Lo notable del caso es que todos esos gases infernales los han descubierto honrados padres de familia.

El gaseado, tiritando de frío bajo su impermeable empapado de aceite, repone:

—Ciertamente, casi todos los químicos contraen matrimonio muy jóvenes, como si la química influyera en la tendencia a constituir familia.

Erdosain experimenta increíbles deseos de burlarse de aquel hombre:

—¡Qué verdad notable dice usted! Constituyen familia... Se casan con señoritas serias que por lo general dan a luz tres hijos.

El gaseado repone grave:

—Yo conocí a un químico que le puso estos nombres a sus hijos: Helio, Tungsteno y Rutenio.

Erdosain arguye, pensativo:

—¿Se le ocurrirá a esos químicos que con los gases que ellos han inventado pueden quemárseles en el futuro los pulmones a sus hijos, agrietarles las carnes, vaciarles las órbitas?

Repentinamente, el enigmático visitante pregunta, serio:

—¿Y usted tiene el coraje de entregarle al Astrólogo los planos de una fábrica de fosgeno?

Erdosain podía contestarle: «qué le importa a usted»; pero retiene la grosería, escapándose por la tangente:

—En todas las químicas se encuentran datos respecto a los gases.

—Sí... es cierto...

—En Alemania hay almacenes de caretas contra gases como aquí bares automáticos.

—¿Y ustedes llevarían el ataque?...

—El plan consiste en atacar bases aéreas y arsenales. Apoderarse de los arsenales...

—Caerían inocentes...

—¿Y ustedes en las trincheras eran culpables de algún crimen?

—Sí...

—¡Eh!... ¡eh!... ¿Qué dice usted?

—Claro. Todos los que estuvimos en las trincheras somos culpables de crimen. ¿Por qué tiramos? ¿Por qué no dejamos que tiraran ellos, los generales? ¿O usted cree que la responsabilidad se puede trasponer a otro, como un cheque? No. El soldado que mató en las trincheras es tan criminal como el hombre que mata a su prójimo en la calle y a sangre fría. Ahora, si los generales hubieran estado en mayor cantidad que los soldados, nada habría que objetar.

Erdosain reflexiona unos instantes y dice:

—¿Sabe usted que debe ser divertido ese juego atroz?

El gaseado se restrega nerviosamente las manos azuladas:

—No; no era divertido. Uno no podía menos que asombrarse a veces... Me acuerdo que una noche estalló a mi lado una granada de fósforo. La explosión me arrojó a unos metros; cuando volví la cabeza descubrí un espectáculo extraño. Un trozo de fósforo blanco se había incrustado en el vientre de un soldado y ardía lanzando llamaradas blancas, mientras que el otro daba gigantescos saltos en el aire, intentando arrancarse los intestinos que se abrasaban lentamente en ese agujero luminoso que tenía bajo el estómago.

—Debe haber visto muchas cosas «allá» —arguye pensativo Erdosain.

El gaseado aprieta cada vez más frecuentemente las solapas del capote aceitado, sobre su pecho. Dice:

—El instinto de la guerra está hasta en los niños.

Erdosain se da una palmada en la frente. Recuerda la fortaleza de barro que derribaba con cañonazos de pedradas. Caviloso, comenta:

—Usted tiene razón. Pero al niño le atrae la poesía de la guerra.

El gaseado se ajusta el cinturón que sostiene la pistola Mannliche. Tose un poco ahora. Evidentemente, el hombre no se siente bien. Los labios se le tiñen de violeta. Sus pómulos parecen vaciados en cera. Mira con ansiedad su aparato de contragás.

«No sería correcto preguntarle», se dice Erdosain; pero el deseo de averiguar late en él. Por fin se resuelve y dice:

—¿A usted con qué lo gasearon?

—Con Cruz Azul.

Erdosain murmura para sí:

¡Cruz Verde!... ¡Cruz Amarilla!... ¡Cruz Azul!... ¡Oh, la poesía de los nombres infernales! Jesús está tras de cada cruz: la Cruz Verde, la Cruz Amarilla, la Cruz Azul... Compuestos cianurados, arsenicales... los químicos son hombres serios que contraen enlace muy jóvenes y tienen hijos a quienes les enseñan a adorar a la patria homicida.

El gaseado tiembla en la orilla de su sillón, como si estuviera en una habitación frigidísima. Las campanas de la Piedad llaman a los feligreses a misa. Erdosain examina entristecido a su visitante, que se apoya contra el respaldo del asiento apretando fuertemente las solapas de su capote, empapado de aceite, contra su pecho. El rostro de éste está completamente azulado.

Su compasión se entremezcla a una curiosidad intensa. Como quien no quiere preguntar nada insinúa:

—¿Así que fue con Cruz Azul?...

El otro, con el taco de su grosero botín frota el suelo, como los boxeadores en un ángulo del ring la resina de la lona. Se restriega las manos. Y con escalofrío de alucinado, habla despacio:

—Fue en tiro de contrabatería. Hacía dos noches las bombas de fósforo blanco rayaban de cascadas magníficas la noche de Satán. La tierra estaba impregnada de gas. El agua impregnada de gas. Las ropas impregnadas de gas. Los metales no resistían más. Hasta los fusiles se oxidaban. Los lubricantes perdían sedosidad. Trabajábamos en ataque de contrabatería. 70 por ciento de Cruz Azul; 10 por ciento de Cruz Verde. Los filtros de las caretas se habían agotado. Comenzamos a caer en el barro de los reductos mientras arriba se abrían como prodigiosos miraflores cascadas de fósforo, y los hombres, tirados en las crestas de barro, con las piernas trenzadas y los capotes endurecidos, no parecían muertos, sino dormidos. ¡Oh, la poesía de los gases de guerra!

Erdosain se extraña de oírle repetir al otro su oculto pensamiento.

De pronto, el gaseado se pone de pie. Aparece tan prodigiosamente alto que Erdosain se estremece como si contemplara a un dios. El correaje cruza el pecho del desconocido como una amenaza. Camina, lanzando una mirada cruel, que tiene los amarillos reflejos de la pupila del tigre, bajo la visera de su casco...

Soliloquia como si hubiera enloquecido:

—¡Cruz Amarilla!... ¡Cruz Azul!... Iperita... Gas Mustard... Instrucciones de batería en contraataque... 60 por ciento de Cruz Azul... 10 por ciento de Cruz Verde... Al amanecer, el sol rojo se ponía sobre las alambradas de postes torcidos. El viento levantaba nubes de polvo venenoso que sesgaban durante kilómetros y kilómetros la torcida ruta de las trincheras. Los terrones de tierra se cubrían de óxidos amarillos. El sol rojo subía despacio, traspasaba las polvaredas, y los postes torcidos de las alambradas mandaban al fondo de las excavaciones taciturnas sombras escalonadas. Se vuelve a Erdosain e insiste:

—¿Usted le va a entregar al Astrólogo el plano de la fábrica?

Erdosain se defiende:

—Esos datos se encuentran en todas las químicas de guerra.

El gaseado tose convulsivamente. Debe sufrir de cierta ansiedad, porque se aprieta las costillas bajas con los codos al mismo tiempo que, encogiendo el cuerpo, apoya las mandíbulas en los puños. El semblante, que se había descolorido, se tiñe nuevamente de azul hasta los lóbulos de las orejas. Mira ansiosamente su aparato de contragás con los anillados tubos de caucho y la cabeza de oso. Se pone lentamente los guantes. Ajusta su cinturón. Una calma sobrehumana aparece en él. Erdosain lo mira con ojos desencajados de admiración. Quisiera arrodillarse frente a ese hombre maravilloso.

Él mantiene los labios austeramente apretados y permanece tieso, mirando bajo la visera de su casco con los ojos abombados de claridad sobrehumana un siniestro panorama de trincheras. Habla despacio, mientras que Erdosain llora en silencio su desconsuelo infinito:

—¡Compañeros míos! ¿Dónde están mis compañeros?

—Despedazados, han quedado por todos los caminos, quemados en los fosos, rotos en las alambradas, gaseados en el fondo de los embudos. ¡Compañeros míos!... ¡Dioses más grandes que mi dolor!...

Erdosain llora silenciosamente, la cabeza apoyada en el brazo. Lágrimas ardientes bajan por sus mejillas.

El gaseado se inclina sobre Erdosain:

—Llorá, chiquito mío. Tenés que llorar mucho todavía. Hasta que se te rompa el corazón y ames a los hombres como a tu propio dolor.

—Nunca —contábame más tarde Erdosain— experimenté un consuelo más extraordinario que en aquel momento. Le tomé las manos al gaseado y se las besé, cayendo de rodillas frente a él. Él no me miraba, tenía los ojos clavados en su distancia terrible. Apoyó una mano en mi cabeza y dijo:

—Cuando eras chiquito jugabas al inocente juego feroz de bombardear fortalezas. Te has hecho hombre y querés cambiar el juego de las fortalezas que bombardeabas en la soledad por el juego de las fábricas de gas. ¿Hasta cuándo seguirás jugando, criatura?

—Yo le besaba las manos. Una angustia atroz me retorcía el alma. Me separé de él y le besé los rotos botines. Él, inmóvil, con el correaje cruzado sobre su pecho, los ojos abombados de una claridad sobrehumana, miraba a lo lejos. Yo le dije:

—Padre, padre mío: estoy solo. He estado siempre solo. Sufriendo. ¿Qué tengo que hacer? Me han roto desde chico, padre. Desde que empecé a vivir. Siempre me han roto. A golpes, a humillaciones, a insultos. He sufrido, padre.

Las palabras se le escapaban a Erdosain entre sollozos ahogados. Estaba ahogado por el llanto.

—No puedo más, ahora. Estoy por dentro magullado, roto, padre. Me han destrozado como a una res. Igual que en el matadero.

Las lágrimas caían del rostro de Erdosain sobre el piso como las gotas de una lluvia.

Súbitamente amaneció en Erdosain una paz sobrehumana. Cuando levantó la cabeza, el gaseado no estaba ya allí.

Nunca pudo saber quién era el enigmático visitante.

EL PECADO QUE NO SE PUEDE NOMBRAR

La sirvienta color de chocolate, cojeando, entró al cuarto de Erdosain. Erdosain examinó el rostro de la mulata, impregnado de resignada dulzura, preguntándose en el ínterin:

—¿Qué pasará por el alma de esta pobre bestezuela?

—Lo busca una señorita —anunció la coja—. Una señorita rubia y alta.

—Decile que pase. —Y Remo saltó de la cama.

Luciana Espila entra a la habitación y se detiene frente a Erdosain. Él le alarga la mano, pero ella no corresponde a su saludo. Remo se queda con el brazo extendido en el aire, y Luciana, examinándolo, con serena compasión, le dice:

—¿Por qué me humillaste así la otra noche? ¿Querés decirme qué mal te hice?... Quererte, porque eras bueno con nosotros...

Erdosain de pie, enfurruñado, no pronuncia una palabra. Mira insistentemente el suelo, con las manos en los bolsillos.

—¿Por qué no hablás? ¿Qué tenés, Remo? Decime. Hace tiempo te noto raro. Parece que estuvieras enfermo de algo. Sin embargo, no decís nada. Estás más gordo que antes; mirando a la gente parece que te burlaras de ella. Te he observado, aunque te parezca que no. Vos tenés un secreto triste.

Remo entrechoca una risita seca. Su orgullo se debate contra la dulzura que en él suscitan las palabras de la muchacha. Luciana entrecierra lentamente los párpados, se sienta a la orilla del sofá y dice:

—No te digo que me quieras. No. El querer y el no querer no se mandan. ¡Pobres nuestros corazones, si es así!

Erdosain la mira sorprendido.

—Repetí otra vez esas palabras.

—¿Qué palabras?

—Esas últimas que dijiste.

—Si es así: el querer y el no querer no se mandan... ¡Mirá si serán de pobres nuestros corazones!

—Es cierto...

—Decime, ¿por qué has cambiado tanto con nosotros?

—Quiero estar solo.

—¿Por qué querés estar solo?

—Porque se me da la gana... Quiero estar solo...

—Sos testarudo como un chico. ¿Por qué querés estar solo, decime?...

—Uff con esta mujer... Quiero estar solo... Decime, ¿no tengo derecho a estar solo?

—¿Para qué? ¿Para atormentarse como lo hacés?

—¿Se te importa a vos?...

—Me preocupa, porque estás triste.

—No tengo ilusiones. Eso no es lo peor. Tampoco podré tener nunca ilusiones.

—Hablá, que te escucho.

Insensiblemente, Luciana se ha arrodillado junto al sofá, apoyando los codos en las rodillas de Erdosain. Remo la observa y se acuerda, como un trozo de panorama visitado, del aserradero a la orilla del agua.^[11] Él llevaría contabilidad y sonreiría mirando monstruosas ratas de agua asomando el puntiagudo hocico entre los montones de virutas de la orilla.

—¿Querés que hable? Pues tengo poco que decirte. No tengo ilusiones. No podré tener más ilusiones. A los otros hombres los mueve alguna ilusión. Unos creen que tener dinero los hará felices, y trabajan como bestias para acumular oro. Y así los sorprende la Muerte. Otros creen que con el Poder serán dichosos. Y cuando les llega el poder, la sensibilidad para gustarlo se les hizo pedazos entre todas las bellaquerías que ejecutaron para conseguir el poder.

Los menos creen en la Gloria, y como esclavos trabajan su inútil obra de arte, que el cataclismo final sepultará en la nada. Y ellos, como los otros que se atormentan por el Oro o por el Poder, aprietan los dientes y mascullan blasfemias. Pero qué importa. Trabajando para conseguir el dinero o el poder o la gloria no se aperciben que se va acercando la muerte. Pero yo, ¿en qué querés que ponga mis ilusiones? Decime. Le he escupido en la cara a una muchacha. Esa muchacha algún tiempo después volvió hasta mí. Le pregunté entonces: ¿estás dispuesta a tirarte a la calle para mantenerme? Y me contestó que sí. La eché porque me daba lástima. He corrompido a una criatura de ocho años. Me he dejado abofetear. He robado. Nada me distrajo. He permanecido siempre triste...

Luciana se incorpora sentándose junto a Erdosain. Le acaricia la frente despacio.

—¿Por qué hiciste todo eso? ¿No sabes que en el mal no se encuentra la felicidad?

—¿Y qué sabés vos si yo busco la felicidad? No; yo no busco la felicidad. Busco más dolor. Más sufrimiento...

—¿Para qué?

—No sé... A momentos me imagino que el alma no puede resistir el máximo dolor que aún no conozco, y entonces revienta como una caldera. Mirá... Me he puesto de novio en esta casa con una chica. Tiene catorce años. La compré... No es otro el término. Por quinientos pesos. Me he metido en un lío repugnante. La madre va a tratar de dominarme. A mí me divierte luchar contra ese monstruo hembra... Me

distraigo. Pienso en el día en que entraré a la cocina y le diré: «Doña Ignacia, su hija está embarazada». Entonces la terrible vieja me dirá: «Usted tiene que casarse». Y yo me casaré... ¿Te das cuenta? No me negaré a casarme.

Luciana se incorpora violentamente:

—¿Estás loco?

Erdosain encendió lentamente un cigarrillo:

—Más o menos, tenés razón. No estoy loco, pero estoy angustiado, que es lo mismo.

Y de pronto se echó a reír con fuertes carcajadas.

—¿Te das cuenta, Luciana? Veo el paisaje. La vieja, de pie en la cocina, vigila con cara de deidad ofendida una milanese que se recalienta, mientras que *in mente* tramita el aborto de la menor. En cambio, la chica, estupefacta, hace extrañas consideraciones sobre aquello que lleva embaulado en el vientre.

Y Erdosain se toma el estómago con las manos al tiempo que lanza carcajadas detonantes.

Luciana no puede menos de mirarlo sorprendida.

—Remo, no te rías... Andate pronto de aquí.

Encorvando las espaldas, se detiene frente a Luciana.

—¿Irme adonde? ¿Querés decirme?

—A cualquier parte... A Norteamérica...

—Y vos, pedazo de ingenua, te creés que en Norteamérica no hay doñas Ignacias que tramitan un aborto mientras recalientan unas milanesas. Sos cándida, querida. Adonde vayas encontrarás la peste hombre y la peste mujer.

Ahora se pasea con las manos en el bolsillo.

—¡Irse! ¡Con qué facilidad lo decís vos! ¿Irse adonde?

Cuando era chico pensaba en las tierras extrañas donde los hombres tienen color de tierra y llevan collares de dientes de caimán. Esas tierras ya no existen. Todas las costas del mundo están ocupadas por hombres feroces que con auxilio de cañones y ametralladoras instalan factorías y queman vivos a pobres indígenas que se resisten a sus latrocinios. ¡Irse! ¿Sabés lo que hay que hacer para irse?... Matarse.^[12]

Un suspiro escapa del pecho de Luciana.

—Suspirás porque te digo la verdad. Mirá, otro hombre te hubiera poseído. No me digás que no. Estás en un momento ardiente de tu vida. Es así. Yo he traspasado esa línea. Deliberadamente, entendeme bien, deliberadamente voy hacia el perfeccionamiento del mal, es decir, de mi desgracia. El que le hace daño a los demás, en realidad fabrica monstruos que tarde o temprano lo devorarán a él. Yo vivo acosado por los remordimientos. Escuchame... Dejame hablar. Tengo miedo a la noche. La noche, para mí, es un castigo de Dios. He cometido pecados atroces. Habrá que pagarlos. Creo que todavía alcanzaré a cometer dos o tres crímenes más. El último, posiblemente sea espantoso. Ya ves, te hablo tranquilamente, ¿no? Con sentido común ¿no es así?

Oyéndolo hablar sentía una lástima infinita por él —diría más tarde Luciana—. Tuve la impresión de que estaba frente al hombre más desgraciado de la tierra.

—Bueno. Nadie puede desviarme del camino de perdición que me he trazado. El fin, mi fin, creo que está próximo. No te asustes. Todavía no me voy a matar... Tengo los ojos secos de lágrimas. Me he divertido, no es otro el término, en hacer sufrir hasta la agonía a pobres seres que, en verdad, el único pecado que habían cometido era ser inferiores a mí.

Luciana lo contemplaba hipnotizada a Erdosain. Éste continuó:

—No sé a quién le oí decir que en las Sagradas Escrituras se habla de un pecado que no se puede nombrar. El término teológico es éste: «el pecado que no se puede nombrar». Yo ya lo he cometido. Los teólogos todavía no se han puesto de acuerdo en lo que consiste el «pecado que no se puede nombrar». Sólo el alma es capaz, con su extraordinaria sensibilidad, de clasificarlo... Pero no puede nombrarlo, ¿me entendés? Desde entonces vivo acosado. Es como si me hubieran expulsado de la Existencia. Nadie, además, fijate qué castigo terrible, puede comprenderme. Si en este instante me encarcelaran, de mí los jueces verían únicamente un semblante vulgar, demacrado. Si me acercara a una mujer y no le confesara ni una palabra de todo lo que te hablo, ella me vería únicamente como un hombre con quien puede «contraer enlace». Decí si no es espantosamente ridículo llevar sobre las espaldas una tragedia que no se puede nombrar... que no interesa a nadie... ni aun a la misma mujer que puede exclamar en un momento de locura: «Te amaré para siempre».

Luciana lo escucha atentísimamente a Erdosain. Éste se pasea por el cuarto y habla:

—El alma de nuestros semejantes es más dura que una plancha de acero endurecido. Cuando alguien te diga: he entendido lo que usted me dice, no te ha entendido. Esa persona confunde lo que en la superficie de su alma se refleja con la penetración de la imagen en el alma. Es lo mismo que una plancha de acero endurecida. Espeja en su superficie pulimentada las cosas que la rodean, pero la substancia de las cosas no penetra en ella... Y nosotros, que estamos afuera, lo vemos. ¿Pero por qué me mirás así?

La doncella ha enrojecido hasta la raíz de los cabellos. Se levanta lentamente, camina hasta la puerta, cierra la hoja y gira la llave. El vacío del cuarto se agrisa. Erdosain se apoya en el canto de la mesa. Luciana levanta los brazos, recogiendo los dedos sobre su nuca. Su mirada se queda perdida en el vacío; luego la vuelve a Erdosain y le dice:

—Quiero que me veas... Mirá. —Y de un tirón que da en su bata descubre la blanca comba de los senos.

Erdosain la contempla, inmóvil.

El vestido se atorbellina y cae en redor de las piernas de la doncella. Su camisa, sostenida por un brazo, traza un triángulo oblicuo sobre su cabeza. La blancura lechosa de sus amplias caderas colma el cuarto de una grandeza titánica. Erdosain

mira sus redondos senos de pezones rodeados de un halo violeta, y un mechón rubio de cabellos que escapa de su sexo, entre las rígidas piernas apretadas, y piensa:

—Sólo un gigante podría fecundarla.

Luciana se recuesta en el sofá, manteniendo unidas las piernas, y un pie sobre otro. La redondez lateral de un seno se aplasta en el brazo encogido, en cuya mano apoya medio rostro. La rojidez de su rostro degrada sucesivamente en una palidez que convierte en más morados sus labios flojos. Entorna los ojos hacia el rulo bronceado que escapa de su vientre, y dice:

—Mirame. ¿Sabés cuántos años hace que todos los ojos de los hombres que pasan me desean? Quince años, Remo. Mirame. Hace quince años que me desean todos los ojos de los hombres. Y vos sos el primero que me ve desnuda. Yo también estoy tranquila para vos.

Erdosain permanece de pie apoyado en el canto de la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Me he desvestido para hacerte el regalo de mi cuerpo. No quiero que sigas sufriendo.

La mirada de Erdosain se hace cada vez más penetrante y fría. Por sus ojos resbalan unos rieles dorados de sol, un trozo de llanura verde y el viento envuelve en la garganta de una chiquilla unos tibios rulos negros. Remo sonríe y dice infantilmente:

—Efectivamente... Sos linda, Luciana.

Se acerca tranquilamente a la doncella, le pasa la mano por el cabello y remurmura:

—Sos linda... ¿Por qué no te casás?

Un golpe de pudor le devuelve la conciencia de la realidad a Luciana. Salta del sofá y se envuelve precipitadamente en su ropa. Erdosain se apoya nuevamente en el canto de la mesa, la observa y repite casi sardónico:

—Sos linda. Debías casarte...

Y tiene que morderse los labios para no soltar una carcajada. Acaba de ocurrírsele la siguiente pregunta: «¿Qué diría doña Ignacia si entrara en este momento y la viera a Luciana desnuda? Pondría el grito en el cielo. Exclamaría: ¿Y usted, desvergonzado, era el que se indignaba de que esa inocente estuviera con la mano en la bragueta de un hombre? ¿Usted que recibe mujeres desnudas en su cuarto? Menos mal que ha ido a misa, a encomendarle su alma al diablo».

Con vergüenza urgente, Luciana se viste. Evita la mirada de Erdosain. Los labios le tiemblan de indignación.

Erdosain continúa:

—Perdoname, pero no te deseo. Vos lo que debías hacer es casarte con un hombre respetable.

El demonio de la Crueldad se apodera vertiginosamente del alma de Remo. Erdosain tiene que morderse los labios y hacer un tremendo esfuerzo de voluntad

para no decirle a la doncella:

—Cierto... Vos debías casarte con un hombre respetable que usara calzoncillos de franela y que antes de irse a dormir, para evitar los resfríos, se pusiera vela de baño en las narices.

Sin embargo, alcanza a dominarse, tratando de fingir un continente grave, pero la ironía escapa alegremente por sus ojos.

Luciana se viste en silencio. En su rostro, blanco como su camisa, los ojos relampaguean. Erdosain comprende la tempestad que en el silencio de ella se desencadena, y por fin, haciendo un esfuerzo tremendo, domina a su demonio interior. Y se excusa:

—Querida Luciana, perdoname, pero no te deseo.

La doncella, enrojada, termina de vestirse. Antes de salir, se detiene un instante frente a Erdosain, lo mira de tal manera que parece que sus ojos van a estallar de luz; luego, estremecida por un sollozo que retiene entre sus dientes, abre la puerta y se va.

LAS FÓRMULAS DIABÓLICAS

Son las cuatro de la tarde. Erdosain permanece tieso, sentado frente a la mesa. Si fuera posible fotografiarlo, tendríamos una placa con un rostro serio. Es la definición. Erdosain permanece sentado frente a la mesa, en el cuarto vacío, con la lámpara eléctrica encendida sobre su cabeza.

Afuera luce el sol del domingo, pero Erdosain ha cerrado herméticamente el cuarto, y trabaja a la luz artificial.

Las manos están apoyadas en la tabla. Pero él no mira sus manos. Mira al frente. El muro. Sin embargo, en un momento dado retira de la mesa la mano derecha. La retira con la misma lentitud que emplearía un ajedrecista que acercó su mano a un peón y no se atreve a moverlo. En realidad, Erdosain no trata de mover nada, incluso su mano. De allí esa delicadeza de movimiento. Sus párpados bajan y sus pupilas se detienen en la mano que se movió. La mira con extrañeza. Le parece en ese momento tan frágil, que se extraña no se haya roto su mano.

Otras sensaciones se injertan en los entreplanos de sus músculos. Hay momentos en que la expresión de su seriedad se intensifica de tal manera, que Erdosain tiene la sensación de que su carne ennegrece a la luz de la lámpara. Esta tiñe de amarillo los papeles desparramados sobre la mesa.

Erdosain deja apoyadas las manos en la tabla blanca, lanza una ojeada al puñado de apuntes, y escribe después en un cuadernillo de páginas cuadrículadas:

«Llamando P al peso en kilogramos del animal sometido a la experimentación, y p a la cantidad mínima de gas destinado a producir la muerte, tenemos que P sobre p es igual...». Remo tacha nerviosamente lo escrito y redacta nuevamente:

«Llamando Q a la cantidad de gas en miligramos disuelto en un metro cúbico de

aire, A al número de metros cúbicos respirado por minuto, y T al número de minutos transcurridos entre la respiración y la muerte del sujeto, tendremos:

»Con A multiplicado por T, el número de metros cúbicos de tóxico respirado, o sea:

$$p = Q \times T \times A$$

»Entonces el grado de toxicidad específica de un gas de guerra es igual a

$$T_{\text{ox.}} = \frac{p}{P} = \frac{Q \times A \times T}{P}$$

La Bizca le grita desde afuera:

—Remo, ¿quieres venir a tomar mate?

ErDOSain se levanta pensativamente y entreabre la puerta. Frente a él está la chica. Desde aquella tarde en que le entregó una suma de dinero a doña Ignacia, la muchacha se ha convertido en su querida. Este hecho coincidió con su aislamiento casi completo. Se entrevistaba escasas veces con el Astrólogo. Para evitarse en la pensión preguntas indiscretas dio por toda razón el pretexto de que «meditaba otro invento». En realidad estudiaba la instalación de la fábrica de gases de guerra. Desea entregarle su proyecto al Astrólogo. Después se «iría» a la colonia de la cordillera. Tal pensaba a momentos. Semejante conducta le atrajo la admiración de los otros pensionistas, que le estimulaban incondicionalmente desde que supieron por doña Ignacia que Remo había vendido «su invento» de la Rosa de Cobre a una compañía electrotécnica.

Como esa gente además de bruta era ingenua, no sabiendo a ciencia cierta en qué consistía la meditación, pero impresionados por la oscuridad del cuarto en el que se recluía ErDOSain, cuando pasaban frente a la pieza lo hacían con tanto recogimiento como si allí se albergara un enfermo. ErDOSain fomentaba este respeto, almorzando y cenando en su habitación, y cuando en el comedor los pensionistas le preguntaban a doña Ignacia qué es lo que hacía ErDOSain, ésta respondía con gesto lleno de misterio, bajando la voz:

—Medita otro invento... Pero no digan nada, porque se lo pueden robar.

—Ese mozo debía irse a Norteamérica —comentaba un vejete castellano, tenedor de libros en una ferretería—. Allí ganaría millones...

—¡Lo que es el talento! —argüía un mozo de café—. Él, con dos patadas, se enriquecerá, mientras que nosotros dale que dale y dale...

El tenedor de libros soslayaba con ojillo rijoso el trasero de doña Ignacia, y se sumergía nuevamente, después de suspirar, en la noticia, de los festejos de Su Majestad el Rey en su paseo por Cataluña.^[13]

—Sí, a tomar mate, Remo.

ErDOSain salió del cuarto.

La Bizca estaba, como de costumbre, en alpargatas, obscena la sonrisa tras el cristal de sus gruesos lentes. En cuanto veía a Erdosain ampliaba el escote, y temblantes los senos iba a restregarse en él, entreabiertos los labios, lagañosos los ojos.

Silenciosamente, Erdosain sentóse en un escabel de la cocina. Los muros estaban allí impregnados de mugre, las cacerolas escurrían el agua del fregado en el oscuro revoque, y doña Ignacia, con su negro cabello anillado, las despedazadas pantuflas, y la cinta de terciopelo negro ceñida al musculoso cuello, sonreía con la posible amabilidad de sus muecas, sin desunir los labios.

La Bizca mimoseaba a Erdosain.

Éste sonrió incoherentemente, y mientras doña Ignacia renovaba la yerba en el mate, arrojando los posos a un tacho de basura, Remo continuó, ausente de todo, el soliloquio mental.

«Fórmula Mayer... Fórmula Haber... (Q-E) por T igual a I. Cierto que el experimento de laboratorio difiere del que se ejecuta al aire libre... pero qué diablos, pongamos el fosgeno; 450 miligramos por metro cúbico. Difosgeno, 500 miligramos por metro cúbico. Sulfuro de etilo biclorado, 1500, suma y sigue. Como el hombre respira en un minuto cerca de ocho litros de aire... fórmula de intoxicación sería... sería... 450 por 8, dividido por 1000».

Erdosain se queda como un bobo contemplando el espacio, mientras sus labios se mueven en el cálculo de división.

«Exacto. Con cerca de 4 miligramos por unidad de peso... se produce la intoxicación mortal. ¡Qué hijos de puta esos sabios! Lo han dejado chiquito al diablo. Y me jugaría la cabeza que estos químicos, después de dejar sus probetas y máscaras, regresarían a sus casas y abrazarían a sus hijos. A la hora de acostarse, mientras la mujer, desvistiéndose, mostraba el trasero en el espejo, le dirían: “Tenés que ver cómo progresa la arquitectura atómica de ese gas”. ¡Qué hijos de puta! Nada más que cuatro miligramos por metro cúbico. Y el hombre se desmorona como una mosca. Si esto no es economía satánica, que lo diga Dios. Ideal. Mayor toxicidad a menor cantidad. “Descúbrame usted, caballero, un veneno que pueda intoxicar cien mil metros cúbicos de aire con un miligramo de gas, y le levantaremos una estatua”, le dicen a sus químicos los jefes de Estados Mayores. Y el hombre, que por la noche le acarició dulcemente las nalgas a su mujer, se enquista al amanecer en el laboratorio a buscar la nueva construcción atómica que exterminará el máximo de hombres, con el mínimo de gasto. ¡Qué canallas!».

Los símbolos revolotean en la imaginación de Erdosain, mientras doña Ignacia le pasa un trapo al mate, emporcado con residuos anteriores.

« $\text{CH}_3 \text{CO CH}_2$. Derivados de la cloroacetona. Derivados de la serie aromática. Hijos de... La serie aromática. Cloruro de Benzilo, Bromuro de Benzilo, Bromocianuro de Benzilo, Arsinas aromáticas...».

Doña Ignacia, que lo observa preocupado, le pregunta:

—¿Qué le pasa, Erdosain? Hoy habla solo.

—¿Eh...? Ah... sí; tiene razón, estoy preocupado...

—¿Qué tenés, querido?

—Estoy estudiando los gases de guerra, ¿sabe? Los gases de guerra. No hay nada más terrible que los gases de guerra, ¿sabe, señora?, que los gases de guerra. Permiso, querida.

Erdosain camina de un punto a otro de la cocineja hedionda. En el muro se refleja su perfil cabelludo. Doña Ignacia y la Bizca lo escuchan asombradas.

—Son terribles. Parece que los hubiera inventado el diablo. Si, señora, el diablo, pero un diablo que se hubiera especializado en odiarla a esta pobre humanidad. Fíjense: hay gases lacrimógenos que corroen la conjuntiva, queman la pupila, horadan la córnea, provocando úlceras incurables. Y sin embargo, tienen la preciosa fragancia del geranio. Otros, en cambio, esparcen el perfume del clavel, de la madera o del pasto.

—¡Qué horror!

Remo va y viene impasible entre las cacerolas de fondo negruzco y oxidado. Aparentemente, habla para doña Ignacia y la Bizca; en realidad, habla para sí mismo, dando salida al conocimiento horrible que acumuló día tras día para ponerlo al servicio del Astrólogo:

—Están los lacrimógenos simples, los lacrimógenos tóxicos; después viene la serie de los vesicatorios o cáusticos, aquellos que estrían y requeman el epitelio, levantan ampollas, desprenden en lonjas la epidermis. Después los sofocantes y nauseabundos, irritantes, estornutatorios, asfixiantes y tóxicos, de todos los colores, verdes, ladrillo, azulados, amarillos, lilas, blancuzcos como la leche, verdulencos como secreciones de animales marinos. Algunos atraviesan las máscaras más compactas, atacan simultáneamente los ojos, las vías respiratorias, la piel, la sangre. Los atacados vomitan trozos de pulmón, encegueden, se cubren de úlceras como leprosos, pierden a pedazos los órganos genitales...

—Callate por amor de Dios querido.

—Sí pierden a pedazos los órganos genitales. Esos son los efectos del gas mostaza —y continúa soliloquiando impasible, con los ojos dilatados, fijos en el vacío—: «Fórmula Mayer... fórmula Haber, líquidos, sólidos, gaseosos, fugaces, semifugaces, permanentes, semipermanentes, penetrantes... fórmula Haber, fórmula Mayer...». El Demonio de la Química ha salido del infierno, anda suelto entre los hombres, les susurra tentador su secreto a los oídos, y ellos gozosos, a la noche, mientras la mujer, desvestiéndose, muestra el trasero en el espejo del ropero, dicen:

«Estamos contentos; hay que ver cómo progresa la arquitectura atómica de ese gas».

—Dígame, señora, si no dan ganas de hacer saltar el planeta. ¿Sabe lo que escribió un químico? Parece mentira. Sólo Satán podía escribir algo semejante. Oiga bien, señora. Escribió ese señor, que es un sabio: «Desde el punto de vista químico y

fisiológico el mecanismo de la acción del cloro es digno del mayor elogio, pues le subtrae a los tejidos de las sustancias orgánicas, el hidrógeno, generando compuestos nocivos». ¿Se da cuenta, señora? Dígame si ese hombre no merecía que lo ahorcaran; pues, no, está al servicio de la Bayer...

De pronto Erdosain mira en redor y se siente aplastado por lo ridículo de la comedia humana. Está disertando de gases con una menestrala y su hija. Siente deseos de lanzar una carcajada, y acercándose bruscamente a la Bizca le toma el labio inferior entre los dedos, lo entreabre, como haría con el belfo de una yegua, y examinándole la boca, rezonga malhumorado:

—Tenés que lavarte los dientes.

La bisoja protesta:

—No me gusta... se me lastiman las encías.

—Usted debe obedecerlo a su novio —ordena seca doña Ignacia.

Pasa el mate de una mano a otra. Doña Ignacia, apoltronada en su sillita, se arranca las pringosas hilachas de las zapatillas con los mismos dedos con que forzaba a los terrones de azúcar a entrar en el mate.

Remo se restrega la frente donde hay un amago de neuralgia. Dice:

—Vestite que saldremos. Tengo la cabeza como un cencerro.

Doña Ignacia repuso:

—Me parece muy bien, porque como usted siga así se va a enfermar.

Erdosain mira sorprendido a la mujer. Ha descubierto una inflexión de cariño en su voz, y su corazón late durante un minuto más apresurado.

—Vayan a tomar fresco. ¿Qué es eso de pasarse el día encerrado como un preso? No tiene que estudiar tanto, ¿para qué? El mundo seguirá siempre lo mismo, hijo. Movete, hija... acompañalo a tu novio.

—¿Estás apurado, querido?... porque si no, me lavo la cara.

—Es lo mismo... ponete un poco de polvo. Ya está oscureciendo.

EL PASEO

Caminan ahora.

La Bizca, tan ajustada la blusa y el corpiño que sus pezones se marcan en la seda roja de su bata. Erdosain marcha a su lado, con una mano apoyada flojamente en su brazo.

Atraviesan calles, van a la ventura, sin rumbo. Silenciosos. Piensa despacio, mientras que la Bizca hace observaciones pueriles respecto al tráfico, que Erdosain no escucha ni ve. Camina ensordecido por la baraúnda de sus pensamientos. Se dice:

—¿Por qué, viviendo, realizamos tantos actos inútiles, cobardes, o monstruosos?

Las fachadas de las casas pasan ante sus ojos, borrosas como estampas de un filme. Se oye en la distancia un silbido ronco de sirena. Es algún barco que entra al

puerto. Erdosain cierra los ojos. Una voz interior le dice:

—En estos instantes más de una barca se separa de un puerto de tablas, en la orilla de un río. La barca cubierta de oscuridad lleva su cocina encendida y hombres silenciosos que, en círculo, escuchan a otro que toca un acordeón.

Erdosain camina, automáticamente, tomado del brazo de la Bizca. Soliloquia:

—No es posible seguir así, no es posible.

La muchacha, tomada de su codo, observa curiosa parejas de novios conversando en otros balcones. Y se dice a sí misma:

—¿Por qué Remo no será amable como los otros novios? Mamá tendrá razón, pero yo preferiría otro hombre.

Erdosain marcha cavilosamente.

Tiene la sensación de que «hay algo en él» que se aproxima insensiblemente al drama final. Erdosain sabe que contiene la «necesidad del drama». Un drama definido, terco, preciso, material. Sabe que aflojando su fuerza de voluntad en una mínima cantidad (como la que equivaliera al esfuerzo tenue de respirar) toda su vida se volcaría en el drama. Desvía el pensamiento:

—Hay ríos en todas las zonas del mundo. Y barcas con hombres silenciosos. — Quiere fijar su atención en el río. Un río cuya ancha lámina de plata puede lamer confines con cabañas, malecones, depósitos de automóviles.

Se aleja cautelosamente de su drama, pronunciando nuevamente estas palabras mentales:

—Hay ríos con barcas silenciosas.

Consigue así postergar la explosión que tiene que advenir en él.

—Ríos a cuyas orillas corren ratas grandes como perros.

El alma le duele como una torcedura de pie. Ahora se ha movido la piel de su frente; aprieta los párpados y enreja su semblante entre los diez dedos de sus manos.

—¿Qué tenés, querido? —murmura la muchacha.

—Me duele la cabeza. Es la neuralgia.

Duda o no en acercarse al recuerdo de Elsa. En cuanto pronunció mentalmente la palabra «recuerdo de Elsa» el contenido cúbico de su drama se acerca, como si una zorra aproximara por un desvío de rieles la carga de un cajón monstruoso. Erdosain sabe perfectamente lo que hay dentro del cajón. Por cualquier rendija de éste puede espiar. Retrocede y se niega a mirar. Mueve con precaución los pies. Cierra los ojos y llama piadosamente hasta él el circular horizonte del mundo. El circular horizonte del mundo se acerca, y entonces lo rechaza. No, tampoco es eso.

Se restriega despacio, con precaución, las manos.

—Hay ríos y barcas con hombres silenciosos.

Y durante un instante piensa en fugar. Si se fuera muy lejos, a vivir ignorado, cerca de un río a cuya orilla hubiera un aserradero donde corrieran ratas grandes como perros. Se tendería junto a la Bizca, purificada por el olor de la madera, apoyaría la cabeza en la puntuda altura de sus senos redondos. Ella le haría dormir su

fatiga. Desfilan de tarde en tarde barcas silenciosas con hombres dormidos entre las estibas de tablas.

—Entonces ella tendría que estar siempre despierta —piensa Erdosain.

Erdosain aprieta estremecido de emoción el brazo de la Bizca y le pregunta:

—¿No te gustaría vivir conmigo, en un aserradero a la orilla de un río? Yo llevaría la contabilidad y vos colgarías la ropa de las ramas de los árboles...

—Querido mío... vos sabés que con vos todo me gusta. ¿Por qué?... ¿te han ofrecido algún empleo?

—No, pensaba...

—¿Por qué no buscás un trabajo así? A mí me gustaría.

Erdosain se sumerge de nuevo en sí mismo.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde quisiera estar? ¿Soy yo que estoy así, o es el mundo, el dolor del mundo que por un prodigio maravilloso me ha sido dado escuchar a toda hora? ¿Y si existiera el dolor del mundo? ¿Si realmente el mundo estuviera quejándose y sufriendo a toda hora? ¿Si fuera verdad la posibilidad de escuchar el dolor del mundo? Ríos con cargas de hombres silenciosos. Puestas de sol. Cuerpos cansados. Hombres que desnudan sus órganos genitales en cuartos oscuros y llaman a la mujer que pasa hacia la cocina con una sartén. ¿Por qué eso... eso?... (la palabra «eso» resuena en los oídos de Erdosain como el logaritmo de una cifra terrible, incalculable). El órgano genital se congestiona e inflama, y crece; la mujer deja su sartén en el suelo y se tiende en la cama, con una sonrisa desgarrada, mientras entreabre las crines que le ennegrecen el sexo. El hombre derrama su semen en la oscuridad ceñida y ardiente. Luego cae, desvanecido, y la mujer entra tranquilamente a la cocina para freír en su sartén unas lonjas de hígado.

Ésa es la vida. ¿Pero es posible que ésa sea la vida? Y sin embargo, ésa es la vida. La vida. La vviiddaaa...

¿De qué modo dar el gran salto?

De un pechazo, Erdosain ha mandado a un transeúnte contra la fachada de una casa. El otro lo mira, consternado, y la chiquilla se ríe a carcajadas:

—Querido, vos estás ciego. Mirá lo que hacés. Abrí los ojos, querido.

El fulano se marcha, mascullando malas palabras, y Erdosain meneaba la cabeza, diciéndose:

—Rige la existencia de los hombres un poder misterioso, sobrehumano, aplastante e indigno.

Repara en un mequetrefe que lo viene siguiendo, y continúa: —¿Será necesario humillarse, hacer una comedia hipócrita para engañarlo a ese poder inhumano y arrancarle de esa manera el secreto?

De pronto Erdosain observa que el mequetrefe continúa siguiéndolo. Su mirada se ha encontrado en tres bocacalles con él, durante el paseo nocturno, bajo los focos eléctricos. Erdosain suelta bruscamente el brazo de la Bizca, se enfrenta con el tipo, y le lanza el exabrupto:

—Si no deja de seguirme, le rompo el alma.

El desconocido lo miró asombrado a Erdosain; farfulla un «disculpe» y desaparece en la primera esquina que encuentra. Remo rezonga:

—Siempre vas por la calle excitando a los hombres.

La Bizca lo mira extrañado. Ella no le había dado mayor importancia al hecho de ser seguida. En substancia, no era ni más ni menos bruta que las muchachas de familia, a las que Erdosain podía aspirar para desgraciarse por completo.

Ahora marchaba malhumorada junto a Erdosain. No le quería. Apenas si lo estimaba, pero los largos considerandos de su madre, que no pensaba en absoluto en ella, la persuadieron de tal manera que si Erdosain la hubiera abandonado la muchacha habría sufrido lo indecible. Erdosain constituía para ella lo inmediato, es decir, el eterno marido.

A su vez, él, que tenía la sensación de esta composición de lugar de la muchacha, la trataba con rencor sordo, como a una bruta que sólo puntapiés mereciera. Además, Remo iba indignado secretamente. Ella inflamaba de lujuria, con el descaro de sus senos puntiagudos y la pollera que, a la menor presión del viento, dejaba ver las puntilladas ligas a los tenderos. Éstos, parados en las puertas entreabiertas de sus comercios a oscuras, miraban ávidamente a la muchacha que, sin pudor ninguno, les clavaba la vista hasta que había pasado.

Erdosain sumerge las manos en los bolsillos al tiempo que le dice a la Bizca:

—Mirá, vos caminás correctamente a mi lado o esta noche terminamos mal.

—Querido... ¿pero qué hago yo? ¿Tengo la culpa de que me miren?

—Realmente —se dice Erdosain— ella no tiene la culpa de que la miren—. Y contesta: —Vos los incitás a que te miren... pero, mirá... es mejor que no discutamos.

Caminan en silencio, como un matrimonio antiguo, y Erdosain sonría malignamente:

Se imagina casado con la Bizca. La revé en una casa de inquilinato, desventrada y gorda, leyendo entre flato y flato alguna novela que le ha prestado la carbonera de la esquina. Holgazana como siempre, si antes era abandonada ahora descuida por completo su higiene personal, emporcando con sus menstruaciones sábanas que nunca se resuelve a lavar. Tendrían algún hijo, eso era lo más probable, y a la mesa, mientras que la criatura, con el traserito enmerdado, berreaba tremendamente, ella le contaría alguna pelea con una vecina, reproduciendo todas sus frases atroces e injurias imposibles. Y el pueril motivo de la pelea habría sido el robo de un puñadito de sal o la utilización indebida de una cuerda de colgar ropa.

Erdosain se ríe solo en la oscuridad, mientras la Bizca marcha enfurruñada a su lado.

Y es que la revé erizada como un puerco espín con las mejillas arreboladas y los senos danzando dentro del corpiño, historiándole el suceso del puñadito de sal o de la sogá de colgar la ropa.

Y pensar —continúa él— que éste es el plato de todos los días, el amargo postre de los empleados de la ciudad, de los cobradores de las compañías de gas, de las sociedades de ayuda mutua, de los vendedores de tiendas. Un panorama lividecido por los flujos blancos de todas esas hijas de obreros, anémicas y tuberculosas, cuya juventud se desploma como un afeite bajo la lluvia a los tres meses de casadas. Un panorama de preñeces que espantan al damnificado; la visita después de cenar al farmacéutico de la esquina pidiéndole confidencialmente un abortivo, la esterilidad de los baños de mostaza y agua caliente, y luego la inevitable visita a la partera, a esa partera «diplomada en la Universidad de Buenos Aires», y que entre sonrisas agridulces se resuelve a «colocar la sonda», pero como un favor, hablando entre paréntesis de la partera de la otra cuadra, «que dejó morir por falta de escrúpulos a una muchacha que estaba lo más bien».

Anonadado, Erdosain amontona ante sus ojos, con el espanto de un condenado a muerte, la inmundicia cotidiana que envenena a los empleados de la ciudad, imaginándosela a la marrana de la Bizca chismorreando con la vecina de enfrente, creándole espantosas pejugueras con mujercitas que temblando de cólera irían a injurarlo para pedirle explicación de los chismes de su mujer, y la intervención de los otros maridos, esas grescas de tumultos conyugales que a la puerta del conventillo incitan a «intervenir a la autoridad».

Erdosain lanza una carcajada, y zamarreándola cariñosamente a la muchacha, le dice:

—¿Estás enojada todavía?

—Dejame. Hasta que no me haces enojar no estás contento.

Remo se sumerge en la escena del aborto, en una noche terrible, que transcurriría en compañía de la Bizca. Ella revuelve sus piernas de jamón de Westfalia, y los dolores cruentos desfiguran el semblante de la muchacha que, en cuclillas sobre una «chata», espera expulsar el maldito feto. La partera, trasijada como una prostituta de bajo fondo, expone preocupaciones técnicas:

«¿Saldrá o no entera la placenta?». Erdosain se achucha, afiebrado ante la perspectiva de un raspaje a la matriz, alternado todo ello con los alaridos de la muchacha y el ruido de un irrigador que se prepara y cuyas cánulas ahora no aparecen.

Le pregunta por tercera vez a la partera:

—¿Saldrá entera la placenta? —pues entre sudores mortales piensa que si hay que efectuar un raspaje tendrá que endeudarse con un usurero que le cobrará el veinte por ciento mensual.

Más vivos que los relieves de un pirograbado saltaban los espantables detalles ante sus ojos.

Luego el «ya está» de la partera, el golpe de lástima al contemplar un feto color pizarra y sangre, el afán de cuervo de la comadrona revisando la placenta, introduciendo el brazo hasta el codo en la vagina de la paciente, desjarretada como

una res, y la medianoche, esa terrible noche en que suenan los pitos de todos los vigilantes mientras la partera examina pedacitos de tejido parecido al hígado podrido y deja correr el agua del irrigador, que arrastra hasta la palangana un lodo de sangre negruzca, de filamentos de tejidos y telarañas de glóbulos rojos.

Sudaba como si una fuerza misteriosa lo hubiera centralizado en el trópico.

Pasada la borrasca, Erdosain se imaginaba las relaciones sexuales con la Bizca después del aborto, la malevolencia de la mujer de entregarse, temerosa de que suceda «eso» otra vez, las fornicaciones incompletas, como de las que hablan las escrituras refiriéndose a Onán, la impaciencia casi frenética a fin de mes en saber si ha «venido» o no la menstruación, y toda la realidad inmunda de los millares de empleados de la ciudad, de los hombres que viven de un sueldo y que tienen un jefe.

Cuando amontona el desastre cotidiano de un millón ochocientos mil habitantes que tiene la ciudad Erdosain se dice, como el hombre que sale de una clínica y acaba de constatar el éxito de una innovación quirúrgica:

—Tiene razón el Astrólogo. Esto hay que barrerlo con cortinas de gas, aunque sea inútil, aunque nos despedacen a «gomazos» en el Departamento.

Su corazón se dilata como un coco en el corazón de la selva. Piensa que los profetas tenían razón cuando hacían caer sobre las ciudades agotadas por la inmundicia sus hipotéticas lluvias de fuego entre hedores de ácido sulfúrico.

Ahora están próximos a la casa de pensión. Erdosain de buen humor casi, la toma de un brazo a la Bizca, y lanza por tercera vez la pregunta:

—¿Todavía no se te pasó el enojito?

La muchacha, molesta internamente, insiste:

—Decime, ¿por qué te enojás conmigo si los otros me miran?

—¿Y vos todavía venís pensando en eso?

—Claro, ¿qué culpa tengo yo de que me miren?

—Bueno, querida, mirá y dejá que te miren todos los que te gusten y gusten de vos. ¡Qué vamos a hacerle!

Y tomados de los dedos como dos escolares entran al abovedado corredor de la casa de departamentos.

DONDE SE COMPRUEBA QUE EL HOMBRE QUE VIO A LA PARTERA NO ERA TRIGO LIMPIO

De espaldas a la estrecha ventana protegida por el nudoso enrejado, esa noche, en Temperley, conversan Hipólita, el Astrólogo y Barsut. La luz de la lámpara bisela con simétricas ondulaciones el ocre enchapado del armario antiguo. El Astrólogo, embutido en su sillón forrado de raído terciopelo verde, diserta cruzado de piernas, mientras que Barsut, en traje de calle, se obstina en tratar de conservar sin que se fragmente el largo cilindro de ceniza en que se convierte su cigarrillo. Hipólita, sin

sombrero, permanece recostada en la silla hamaca. Su mirada verdosa está fija en la oreja arrepollada del Astrólogo y su mongólico semblante... Barsut, a momentos, detiene los ojos en el peinado rojo de la joven, que en dos lindos bandos le cubre la punta de las orejas.

El Astrólogo baraja pensamientos:

—Yo me pregunté muchas veces de qué forma se podía alcanzar la felicidad. Con esto quiero decirles que hubiera aceptado cualquier situación, por absurda que fuera, siempre que hubiera tenido la certidumbre de que, aceptándola, encontraba la felicidad. ¿Pero ustedes pueden decirme qué es lo que hicieron para obtener la felicidad?... Nada. Ésa es la verdad.

El Astrólogo inclina la cabeza un momento y ahueca la voz como si hablara proféticamente desde la distancia.

—He descubierto un secreto. Erdosain también, sin saber que lo ha descubierto, lo ha encontrado instintivamente. (Mirándola a Hipólita). ¿Se acuerda que le dije que Erdosain era un gran instintivo? El secreto consiste en humillarse fervorosamente. Incluso lo sospecharon los antiguos. No hay santo casi que no haya besado las llagas de un leproso. Claro está que la finalidad hoy es otra. Pero para ellos también era otra. No se han investigado aún los interiores de muchas almas interesantes. A veces se me ocurre que algunos santos eran tremendamente ateos. Tan no creían en Dios, que cuanto más furioso era su descreimiento, más furiosamente se flagelaban. Después decían que habían sido tentados por el demonio. ¡Je!... ¡je!...

El Astrólogo se ríe por pedacitos, restregándose las manos como si se prometiera un espectáculo divertidísimo y prosigue:

—¿Cuál es la finalidad de lo que les decía? ¡Ah!, yo quería llegar a esto. Primero, que ustedes eran unos cobardes; segundo, que para ser felices es necesario humillarse... Y claro... después... Yo me pregunto quién en este siglo tendrá el coraje de convertirse en un santo ostensible, de salir a la calle vestido conscientemente con harapos. Ponga, por ejemplo, a Barsut. Usted es de Flores. Allí lo conoce todo el mundo. Bueno, pongamos por caso que usted en Flores, donde lo conoce todo el mundo, sale a la calle vestido de harapos, descalzo, con una latita en la mano. ¿Usted tiene novia? Pongamos que la tuviera. Bueno, que pasara por delante de la casa de su novia, descalzo, pidiendo limosna. Y que fuera al café... ¿En qué café de Flores se reúnen sus amigos?

—A veces, en el Paulista; a veces, en la Brasileña...

—Y que usted, descalzo y con su latita en la mano entrara al Paulista y a la Brasileña y le dijera a sus amigos: «Yo no vengo a discutir con ustedes, pero sí a decirles que el que quiera ser humillado y encontrar la paz que los santos encontraron debe imitarme y vestir esta arpillera y comer esta bazofia que yo he sacado de los cajones de la basura».

Barsut se ríe alegremente:

—No me he vuelto loco todavía...

Sobrador, lo reojea el Astrólogo:

—Querido adolescente, ¿se cree usted acaso más sensato que San Francisco de Asís? ¿Disfruta usted de la posición económica de que él gozaba en la ciudad florentina? Hijo de un opulento mercader de paños, Francisco, amigo Barsut, constituía la envidia hasta de los jóvenes nobles de la ciudad, por su elegancia y boato. Y, sin embargo, un día se vistió de arpillera y salió a la calle a predicar pobreza. No tenía mucha más edad que usted, entonces.

Y como ellos lo miraran asombrados, el Astrólogo levantó las cejas, observándoles burlón. Al mismo tiempo, con las manos en las caderas, se contoneaba, como si fuera él quien no terminara de entender algo que le arrancaba risitas compasivas hacia sus interlocutores, y tomándole a Barsut de la barbilla, dijo mirándolo profundamente en el fondo de los ojos:

—Queridito, para triunfar en la vida es necesario a veces resignarse a vestir el traje de arpillera.

«¿No he renunciado a mis bienes, acaso?», pensó Barsut.

Hipólita, inmóviles los ojos verdes, apoyadas las manos en una rodilla de sus piernas cribadas, observaba la escena, perfectamente dueña de sí misma. Una idea cruzaba por ella, persistente:

«Este hombre conversa y conversa. ¿Qué es lo que se propone? ¿No pretenderá ganar tiempo? ¿Pero para qué quiere ganar tiempo?».

Bruscamente, se vuelve a ella el Astrólogo.

—¿Qué está usted pensando en silencio? Sabe que no me gustan nada las personas silenciosas.

Hipólita sonrío amabilísimamente:

—¿Por qué no le gustan las personas silenciosas?

—Usted, que es inteligente, sabe muy bien por qué no me gustan.

Hipólita ahora se aferra a su idea primera:

«Trata de ganar tiempo. Pero ¿para qué? ¡Qué tipo éste!».

El Astrólogo continúa:

—Es necesario que venga el santo maravilloso. Será tan grande que tendrá siempre los ojos rojos de llorar... Mas... ¿para qué decirles estas cosas a ustedes?

Hipólita golpea nerviosamente con los dedos el pasamano de la hamaca.

«Este hombre no hace nada más que charlar y charlar. Parece un moscardón bajo una campana de vidrio». Levanta seria la cabeza, y mirándolo aviesamente al Astrólogo, le dice:

—Usted se está burlando de todos nosotros. ¿Por qué no se pone usted el traje de arpillera y sale a la calle a pedir limosna con la latita?

El Astrólogo no pudo evitar unas carcajadas alegres. Ya más sereno, objetó:

—No estaría bien que lo hiciera, porque yo soy un incrédulo que me burlaría de ese procedimiento, útil para otros temperamentos. Quiero decir que de arpillera o de frac mi personalidad permanece inalterable. Posiblemente, yo sea el hombre de la

transición, el que no está perfectamente en el ayer ni en el mañana. ¿Cómo se me pueden pedir entonces impulsos absurdos, si no entran en mi mecanismo psicológico? Yo únicamente entreveo caminos. Caminos... Soy distinto a los jóvenes.

Y el Astrólogo, de pronto, se tomó la frente, como si hubiera recibido un golpe. Con la palma de las manos se apretaba las sienes. La luz chocaba en el movedizo perfil de su pupila, como si él, desde allí, estuviera bloqueando la forma de una imagen distante, y con alegría exclamó:

—La verdad es ésta: Yo no llevo en mí la extrañeza de vivir. Todos nosotros, los hombres viejos, hemos andado en la vida sin la extrañeza de vivir, es decir, como si estuviéramos acostumbrados desde hace muchos siglos a las presentes maneras de vida planetaria.

Los jóvenes, en cambio: usted y Erdosain; Hipólita no se cuenta, porque es un alma vieja; usted, Erdosain y otros no se habitúan a las cosas y al modo en que están dispuestas. Quieren romper los moldes de vida, viven angustiados, como si fuera ayer el día en que los echaron del Paraíso. ¡Ejem!... ¿qué me dicen ustedes del Paraíso? No importa que ellos piensen barbaridades. Hay una verdad, la verdad de ellos, y su verdad es un sufrimiento que reclama una tierra nueva, una ley nueva, una felicidad nueva. Sin una tierra nueva, que no hayan infestado los viejos, esta humanidad joven que se está formando no podrá vivir.

Hipólita y Barsut estaban suspendidos de lo que decía el Astrólogo, porque éste no los miraba y sí hablaba con lentitud como si escuchara el dictado de un fantasma, detenido junto a su oreja derecha. Incluso seguía un ritmo, y con una atención determinada. A veces se le iluminaba el semblante, como si en el fondo de su espíritu estallaran luces de bengala.

Así, cuando dijo: «¡Oh, oh, los jóvenes!», sus ojos se inflamaron de sincero entusiasmo, luego, con una mueca dura, desvió su entusiasmo, y deteniéndose frente a ellos cortó secamente la conversación.

—Importa poco que me crean o no. Eso tendrá que venir. Lo impondrán millones de jóvenes.

Con aspecto de hombre fatigado se dejó caer en el sillón forrado de terciopelo. Calló, reposando, con expresión abstraída, de su excitación anterior. Parecía un boxeador en un intervalo del combate. Las manos abandonadas sobre las piernas, las mandíbulas ligeramente colgantes, los ojos enneblinados. Permaneció así algunos minutos. Una voz sin sonido murmuraba en sus oídos: «No se puede negar que soy un hábil comediante». Mas como el Astrólogo sabía que sus manifestaciones eran sinceras, desechó las palabras de la voz y dijo:

—Aunque todo en nosotros estuviera contra la sociedad secreta, debemos organizarla. Yo no insisto en que deba ser de esta o de aquella forma, pero a toda costa hay que infiltrarla en la humanidad. ¿Se dan cuenta qué hipócrita es uno? Digo infiltrarla cuando debería decir: «Debemos hacer que resplandezca nuevamente una sociedad o una orden cuyo único y rabioso fin sea la busca de la felicidad».

Hipólita levanta la cabeza, deja de mover con los dedos una borla de su vestido, y lanza una pregunta extemporánea:

—Dígame... ¿Se puede saber de dónde lo sacó a ese hombre?...

—¿Qué hombre?...

—El cabelludo ese de ojos como huevos...

El Astrólogo sonrío:

—¿Por qué me pregunta eso? ¿Qué tiene que ver con lo que conversamos?

—Me interesa ese tipo.

—¿Bromberg?... La historia de Bromberg es interesante. Un tipo de delincuente simulador, un poco loco, nada más.

—Cuéntela... ¿Por qué le llaman ustedes «El Hombre que vio a la Partera»?

El Astrólogo consulta su reloj.

—Miro, no sea que pierda el último tren... Pero hay tiempo todavía...

Y comienza:

—Bromberg, desde pequeño, tuvo una extraordinaria aversión a las parteras. ¿Por qué? El mismo no podría justificar esa repulsión. Posiblemente algún detalle olvidado, la función misteriosa que esas mujeres desempeñan para la imaginación del niño, la atmósfera de brutalidad que las rodea invisiblemente, el caso es que bastaba pronunciar en su presencia la palabra «partera» para provocar en la criatura un estremecimiento de miedo y repugnancia.

La mala suerte que persiguió a este hombre desde pequeño hizo que su familia se mudara al lado de la casa donde vivía una partera; allí ocurrió lo grave. Una noche el chico estaba sentado en el umbral de la puerta de su casa. De pronto, un fantasma blanco se desprende de la puerta de la casa de la partera y corre a su encuentro abriendo los brazos. El niño arrojó un grito tremendo. Era la sirvienta de la partera, una mulatita que quiso divertirse con su espanto. Bromberg se desmayó; durante mucho tiempo estuvo enfermo. Aún ahora, si usted lo observa, duerme con la lámpara encendida, y eso que han pasado veinte años casi de haber ocurrido el suceso. Al llegar a los dieciséis años en compañía de otros muchachos de su edad, más románticos que malvados, y más estúpidos que inteligentes, influenciados por el espectáculo de cintas policiales se dedicaron a robar, organizando una pequeña banda de malhechores de barrio. Bromberg era el organizador de la pandilla. No trabajaba ni quería trabajar. Era un perezoso agotado por la masturbación, mentalmente incapaz del más pequeño esfuerzo. Más tarde me confesó que se masturbaba hasta siete veces por día. En esto estamos cuando es detenido en la ejecución de un robo... y si se quiere, por culpa de la partera. Es notable. Va a ver. Una noche la pandilla asaltó la casa de una familia que estaba veraneando. La propiedad estaba al cuidado de un matrimonio español que solía ir al cine. Bromberg, en compañía de sus amigos, estudia las costumbres del matrimonio, y una noche saltan la tapia de la casa por un terreno baldío. Ya en el interior comenzaron a violentar los muebles, pero sin precauciones, a puntapiés y martillazos. Lo único que faltaba era que llevaran banda

de música para festejar el escalo y la fractura. En el vaivén del robo Bromberg no se fijó que uno de sus compañeros, posiblemente por hacer un chiste, se había recostado en una cama de la casa donde habían ido a robar. De más está decir que estos actos insólitos son frecuentes en los delincuentes principiantes: Acostarse en la cama del dueño de casa, hacer ruidos, comerse los restos de comida que han quedado en una fuente, todas ellas constituyen actitudes nerviosas que los novicios asumen instintivamente. Hay un afán de demostrar sangre fría, desprecio al peligro y necesidad de satisfacer un misterioso anhelo mórbido.

El ladrón, aun el más curtido en la profesión, hablará siempre con entusiasmo de esos momentos terribles en que con los nervios de punta provoca malsanamente un peligro que le interesa esquivar. Recuerdo de uno que me decía pensativamente, deslizándose casi pegado a las fachadas oscuras:

«Vea, cuando yo tenía dieciocho años y no salía a robar, ese día estaba enfermo, inquieto». Bueno, volviendo a Bromberg, ¡vaya a saber lo que pensaba en aquellas circunstancias! En busca de un lienzo en que envolver objetos robados entró al dormitorio. Momentos antes se le había ocurrido que la funda de la almohada era una excelente bolsa para cargar su botín. Se inclinó sobre la cama, y, de pronto, el otro compañero que estaba recostado lo cogió silenciosamente por los brazos.

El golpe de espanto que sacudió a Bromberg fue semejante al producido por el fantasma desprendido de la casa de la partera. Instantáneamente se reprodujo la crisis infantil. Gritos agudísimos y convulsiones epilépticas. Vecinos que pasaban por allí escucharon los alaridos del muchacho, e inmediatamente llamaron al agente de la esquina.

Ustedes se darán cuenta del toletole que se armó adentro. Los rateritos no se atrevían a abandonar a Bromberg. Sabían perfectamente que éste se vería obligado a denunciarlos. Por fin, el vigilante, acompañado de varios transeúntes heroicos, entró a la casa saltando también la tapia, pues ellos no se atrevían a forzar la puerta de entrada. ¡Imagínense qué pesca! Cinco muchachos desesperados, tratando de volver en sí a un energúmeno que se revuelve como una fiera encima de grandes bultos de ropa: la mercadería que ellos habían preparado para llevarse. De más está decirle, muchachos, objetos empaquetados y herramientas empleadas en la fractura, todo fue a parar a la comisaría. Como se trataba de hijos de familias modestísimas el comisario procedió sin contemplaciones, y de la comisaría seccional pasaron al Departamento de Policía. Asustados, declararon los robos que anteriormente habían cometido, e incluso fue detenido un honrado señor que tenía casa de compra y venta. Allí vendían los muchachos los artículos robados, y por disposición del Juez de Menores pasaron al Reformatorio de Menores Delincuentes.

Al año de estar en el Reformatorio, Bromberg, que había terminado de depravarse, huyó en compañía de dos ladrones más avezados. En el camino de Mercedes, intentaron asaltar a un vendedor ambulante. Aquí, como de costumbre, se pone en evidencia la desdichada suerte de Bromberg. El desconocido repelió a tiros la

agresión, y el único que resultó herido fue «el hombre que vio a la partera». Una bala le atravesó el muslo y cayó, siendo, como es natural, abandonado por sus camaradas. Decididamente, no tenía suerte. Nuevamente da Bromberg con sus huesos en el Departamento. Cuando sale de la enfermería del Reformatorio tiene una riña con un delincuente que lo hiere en un flanco de un puntazo, y helo aquí otra vez hospitalizado. La herida no era grave, pero Bromberg, dispuesto a vengarse, esperó algunos meses. Por fin, sorprendió a su enemigo en un water-closet y lo estranguló sobre sus propios excrementos. Nuevo proceso: Bromberg pasa del Reformatorio a la cárcel; el juez en primera instancia lo condena a reclusión perpetua.

En la cárcel, un preso, conociendo los antecedentes de Bromberg, le aconsejó que simulara los ataques de locura que provocaron su primera detención. Bromberg no puede simular la locura, sino reproducir nerviosamente tal estado de espanto. Nuestro desdichado dio comienzo a la comedia. Posiblemente, más peritos que los médicos en juzgar si la locura es o no simulada son los alcaides y guardianes de las cárceles, pero Bromberg reproducía sus crisis de espanto acompañadas de convulsiones nerviosas tan perfectamente, que terminó por convencerlos. Es un comediante perfecto; quiero decir, es un hombre que almacena intensamente el recuerdo que desata su miedo. Afloja el resorte y deja instantáneamente de ser el hombre para convertirse en la criatura espantada a la que el terror retuerce como un remolino precipitando el cuerpo contra las paredes, o escaleras abajo. Una noche la crisis de espanto fue tan violenta que el miedo de Bromberg se contagió a otros dos encarcelados epilépticos. Éstos, a su vez comenzaron a aullar. Como aquella sección de la cárcel amenazaba convertirse en un loquero el médico de la prisión dispuso el traslado de Bromberg al Hospicio de las Mercedes. En el Hospicio, aún la Suprema Corte no había dictaminado sobre la sentencia de primera instancia, continuó simulando la persecución del fantasma, hasta que una noche consiguió fugar. Las andanzas de Bromberg fugitivo son enormes. Trabajó en todos los oficios; incluso llegó a ser lavapisos en un centro espiritista, donde yo lo conocí. Su naturaleza, desequilibrada por tantos percances, pero conservando una primitiva ingenuidad, se volcó de lleno para secundar mis proyectos... ¡Pero caramba... amiga mía! Usted ha perdido el tren. ¿Quiere quedarse a dormir aquí?

Hipólita comprendió. Se dijo: «No me equivocaba. Este demonio quería ganar tiempo».

Envolvió al Astrólogo en una mirada de abanico, y sonriendo con dulzura solapada repuso:

—Yo preveía que iba a perder el tren. ¡Cómo no! Me quedaré a dormir.

Barsut se levantó, perezoso. Su frente estaba más arrugada que de costumbre. Dijo.

—Tengo sueño. Hasta mañana.

Y salió.

Silenciosamente, perdido entre los árboles del jardín, lo seguía descalzo el

Hombre que vio a la Partera.

Cuando quedaron solos, el Astrólogo, repentinamente, masculló:

—¡Cuánto tiempo nos ha hecho perder ese imbécil! Venga, amiga, nosotros tenemos que hablar.

Y se encaminó hacia el cuarto de los títeres.

Sonriendo displicentemente, lo siguió Hipólita.

Si al amanecer del día lunes hubiera estado colocado un espía en la puerta de la quinta, a las cinco y media de la madrugada, habría visto salir a una mujer, cubierto el rostro de un velillo bronceado, y arropada en un tapado color de madera. La acompañaba un hombre.

Ella se detuvo un instante frente a la portezuela de madera, iluminada por la claridad azul del amanecer. El Astrólogo la contemplaba con inmenso amor. Hipólita avanzó hacia él, y tomándole por los brazos con sus manecitas enguantadas, le dijo:

—Hasta mañana, querido superhombre —y acercó la cabeza. Él la besó con dulzura, sobre el velo, en los labios, y la mujer echó a caminar rápidamente por la vereda de ladrillo, humedecida por el rocío nocturno.

TRABAJANDO EN EL PROYECTO

Erdosain ha vuelto de la calle con frío en el cuerpo y palpitaciones en las sienas. Se deja caer aniquilado en la cama, y cierra los ojos. Su alma tiene sueño. Casi siempre el que tiene sueño es el cuerpo, pero su alma también quisiera dormir ahora. Pierde la sensación del límite de sus miembros, y le parece que se disuelve en una neblina cuyo centro sensible es su cerebro. La neblina avanza oscura sobre el mundo como una nube de hollín, y Erdosain se acaricia la frente ardiente con una mano fría. Más piedad no podría sentir por una criatura extraña y desmantelada.

Se ha disuelto en el mundo. Atraviesa murallas, cubre extensiones de campo yermo, penetra en arrabales de casas de madera forradas de hojalata, salta sobre los rieles y los pasos de nivel, se disuelve lejos; a veces un farol de querosene ilumina un trozo de camino embaldosado de ladrillos, resbala como una nube, corta perpendiculares frialdades de arbolados, deja tras de sí los puentes pintados de minio y alquitrán, las fachadas iluminadas en las noches por reflectores bajos, los letreros de gases de aire líquido, y, cada vez que se detiene, una mano misteriosa le golpea la frente, un escalofrío le punza el corazón.

Retorna a su invisible martirio. ¿Qué importa que esté tendido en una cama y que sus párpados oculten sus ojos? Sin quererlo se ha disuelto en el mundo; cada partícula de ser viviente, cada techado, arroja en su sensibilidad la multiplicidad del misterio. Se dice que si el océano tuviera corazón no podría padecer más que él. También dijo: «Si yo hubiera estado condenado a caminar día y noche entre ciudades oscuras, en

calles desconocidas, escuchando injurias de gente que nunca había tratado, no podría sufrir más».

También dijo:

«He vivido como si alguien me llamara a cada momento desde distintos ángulos. Día y noche; día y noche. ¡Oh! ¡Dios mío, qué importa el día y el sol oblicuo! Las mejillas me ardían como si tuviera una fiebre muy alta».

Erdosain se aprieta la cara con las manos. De tal manera como si quisiera exprimir de su carne un grito que no puede articular su garganta.

La angustia se cierne sobre él semejante a las nubaredas de las grandes chimeneas en los cielos de los poblados industriales. Cuando piensa que su corazón puede estallar en fragmentos un sentimiento de consuelo alivia su martirio. La muerte no es terrible. Es un descanso amoroso, tierno, mullido. Ahora sabe lo que es la muerte. Descansará siempre y su carne se volatizará en el silencio de la gusanera...

—¿Y el sol? —implora su alma—. ¿El sol de la noche?

Erdosain atisba en el misterio. Sabe perfectamente que existe una fiesta. La fiesta se desenvuelve silenciosamente en la superficie del sol de la noche. ¿Qué es el sol de la noche? No lo sabe, pero se encuentra en algún rincón de trayectoria helada, más allá de los planetas de color y de las vegetaciones retorcidas, de los árboles con deseo.

Crestas puntiagudas de ciudades modernas, cemento, hierro, cristal, enturbian un momento la quietud de Erdosain. Es el recuerdo terrestre. Pero él quiere escaparse de las prisiones de cemento, hierro y cristal, más cargadas que condensadores de cargas eléctricas. Las jazzbands chillan y serruchan el aire de ozono de las grandes ciudades. Son conciertos de monos humanos que se queman el trasero. Erdosain piensa con terror en las «cocottes» que ganan cinco mil dólares semanales, y en los hombres que tienen atravesados los maxilares por dolores tetánicos. Erdosain quiere escaparse de la civilización; dormir en el sol de la noche, que gira siniestro y silencioso al final de un viaje, cuyos boletos vende la muerte.

Se imagina con avidez una frescura nocturna, quizá cargada de rocío. Él podría avanzar llorando su terrible dolor, pedir clemencia. Quizás alguien en el confín del mundo lo recibiera haciéndolo recostar en una alcoba oscura. Dormitaría hasta que se le hubiera evaporado de las venas el veneno de la locura. Sería una casa grande aquella, una única casa en el confín del mundo. Frente a la puerta, una mujer alta y fina, sin decir palabra, con un gesto lo invitaría a entrar. Nadie le preguntaría nada. Él se tendería en la cama a llorar, sin vergüenza alguna. Entonces podría llorar dos días con dos noches. Primero serían lágrimas lentas; se tataría la cabeza con la almohada y sollozaría fuertemente, y cuando tuviera en el pecho la sensación de que los pulmones se le habían vaciado de sollozos, nuevamente lloraría. La mujer alta y fina permanecería de pie junto a la cama, mas no le diría una palabra.

Una tiniebla altísima guillotina el sueño de Erdosain. Es inútil. Las casas son terrestres, las mujeres altas y finas son terrestres, lámparas de cincuenta bujías

iluminan todos los semblantes, y aún no ha sido fabricado el lecho de la compasión.

Como un cerdo que hociquea la empalizada de su pocilga para escapar del matadero, Erdosain golpea mentalmente cada leño de la empalizada espantosa del mundo que, aunque tiene leguas de circunferencia, es más estrecha que el chiquero bestial.

No puede escaparse. De un costado está la cárcel. Del otro el manicomio.

Hay momentos que tiene ganas de emprenderla a martillazos con el muro de cemento de su habitación. A veces rechina los dientes, quisiera estar acurrucado junto al tope de una ametralladora. Barrería en abanico la ciudad. Caerían hombres, mujeres, niños. Él, en la culata de la ametralladora, sostendría suavemente la cinta de proyectiles.

Erdosain retrocede. Como un hombre que agotó su fortuna en una ruleta que gira. Girará siempre... pero él no podrá poner allí en el cuadro verde, un solo centavo. Todos podrían jugar a ganar o perder...; él no podrá jugar nunca más. Se agotó.

Por otros hombres, las mujeres se devestirán despacio en sus cuartos, avanzando una sonrisa enrojecida, por otros hombres... Erdosain rechaza el pensamiento. Repentinamente ha envejecido; tiene mil años. Incluso las prostitutas más hediondas le guiñarán burlescamente un ojo como diciéndole: «Se te puede enterrar, demonio».

Erdosain salta de la cama, enciende la luz, se acerca a la mesa, diciendo en voz alta:

—Es mejor que trabaje en los gases.

Rápidamente recorre con la vista apuntes tomados en bibliotecas, y escribe:

«Dice el mariscal Foch: La guerra química se caracteriza por producir los efectos más terribles en los espacios más extendidos».

Remo paladea el concepto:

«... los efectos más terribles en los espacios más extendidos...».

Ojea *L'énigme du Rhin*; luego va y viene en su cuarto. Repite lentamente: En ataque de contrabatería, 60 por ciento de Cruz Azul, 20 por ciento de Cruz Verde. Sonríe lentamente. Se ve situado en un paraje industrial. Junto a los montes de carbón y los tanques negros de petróleo, describen arco los rieles. Locomotoras con herrajes de bronce y chimeneas cónicas maniobran en las entrevías, hombres desnudos, con los brazos lubricados de aceite mineral, empujan vagonetas reventadas de cargas de piedra. Los puentes rechinan férreamente bajo la velocidad de los expresos que pasan, y los esclavos entran y salen a los galpones ennegrecidos de hollín. El espacio está reticulado de cruces triples con tirabuzones y redes de cables que desde todos los ángulos arrancan hacia la distancia. Erdosain observa. Prepara su sorpresa. De pronto, en la plataforma de una torre, junto a él, se ilumina verdosamente, como una ampolla de Crookes, un torpedo de cristal. La atmósfera se carga de estáticos y de pronto, rectilínea, una descarga cónica de luz verde hace estallar los tirabuzones de porcelana. Una locomotora se levanta sobre sus ruedas delanteras, vacila una milésima de segundo, y estalla en tres distintas alturas de metal licuado. Erdosain, en

su cabina de cristal plomo, gira suavemente el torpedo de cristal. Los rayos chocan en las piedras, y los cimientos de las viviendas estallan. Hasta llega a observar el detalle siguiente: En la proximidad de los rayos los cabellos de una mujer se ponen en verticales, mientras que el cuerpo se desmorona en cenizas.

—Más alto —murmura Erdosain—. Deje caer los rayos...

El torpedo de cristal hurga con sus rayos en los pulmones de la ciudad. Erdosain mira a lo lejos con un catalejo. Hacia el confín, verticales como murallas, onduladas como lienzos, avanzan nubes de gases. Silban los cilindros de acero puestos en hilera, y a cada tres minutos una cortina más espesa de gas verdoso se levanta en tromba hacia la altura, se repliega sobre sí misma, y como gateando en los obstáculos del suelo se acerca con densa lentitud.

Erdosain escribe:

«Mortandad en tropas no preparadas para el ataque del gas, 90 por ciento...».

Una frase estalla en su cerebro: Barrio Norte. La frase se completa: Ataque a Barrio Norte. Se alarga: Ataque de gas a Barrio Norte.

Mira a un ángulo de su cuarto. Repite: Barrio Norte. Se le hacen visibles los criados en las puertas de los garajes conversando de la grandeza de sus amos. Un viento verde, amarillo, aparece en la entrada de la calle. La cortina sobrepasa las cornisas de los edificios. El aire se impregna de olor a hierba podrida. Los fámulos de corbatín abren ansiosamente las bocas. Súbitamente, uno respinga en el aire, y cayendo se encoge más bruscamente que si hubiera recibido un golpe en el estómago. La nube de gas verdulenco está sobre los criados. Otro se toma el vientre con las manos crispadas en violeta. Ruedan los cuerpos por el mosaico de la acera. Con los rostros aplastados en las baldosas se desquijarran en aspiración de aire que ya no existe. Hilos de sangre resbalan hacia el cordón de granito de la calle. La nube de gas se expande en los jardines sembrados de granza roja y palmeras africanas. Erdosain se pone una mano en la oreja.

En su oído resuenan lentos silbidos de dínamos; son zumbidos de usinas proletarias, elaborando toneladas de gas. Hombres embutidos en trajes de goma, con cascos de caucho y cristal, vigilan el manómetro de los compresores y los pirómetros de los catalizadores. Las tuberías de las refrigeradoras se cubren lentamente de algodonoso polvillo glacial.

La fábrica de fosgeno es visible en los ojos de Erdosain. Tiene que concentrarse fuertemente para apartarse de esta imagen y continuar redactando en un estilo que se le antoja enfático:

«... la disciplina del gas tiende a considerar a todo gaseado como un herido grave...»

Escribe enérgicamente, acentuando con inconsciente cargazón de tinta las curvas perpendiculares de las letras:

«Tan importante es el empleo de gas que el sesenta por ciento de los proyectiles que se fabricaban al final de la guerra estaban cargados de tóxico...».

A momentos deja de redactar para tomarse con la palma de la mano el plano de la frente. Se siente afiebrado. Escrúpulos tardíos le remueven la conciencia. El secreto del gas. Los muertos. Caerán los hombres por la calle como moscas. ¿Quién puede detener el avance de la cortina de gas? Fosgeno. Nombres fulgurantes. Difenilcloroarsina. ¡Oh!, ¡los demonios, los demonios! Se aparta tambaleándose de la mesa, apaga la lámpara, y se tira con náuseas sobre el sofá. El mueble parece moverse lentamente como una mecedora.

Pasan las horas de la noche. La noche, su «castigo de Dios», no lo deja dormir. Erdosain permanece con los ojos desencajados en la oscuridad. Preguntas y respuestas se entrecruzan en él. Se deja estar como una esponja mecida por el vaivén de esa misteriosa agua oscura, que en la noche puede denominarse la vida centuplicada de los sentidos atentos.

Ha recorrido la gama de las posibilidades humanas y sabe, textualmente sabe, que no le queda nada que hacer. La vida es un bloque que tiene la consistencia del acero a pesar de su movilidad. Él quiere horadar el cubo con una mechita de cerrajero. No es posible.

Erdosain se deja mecer con los párpados muy abiertos. A veces mete la cabeza bajo la manta, y se queda acurrucado como un feto en su bolsa placentaria. A esa misma hora, millones de hombres como él están con las rodillas que se tocan y las piernas encogidas, y las manos recogidas sobre el pecho, semejantes a fetos en sus bolsas placentarias. Cuando el sol, dejando sombras azules en las veredas, proyecte su resplandor dorado sobre las altas cornisas, esos fetos abandonarán sus bolsas placentarias, abrirán una canilla, con un pedazo de jabón se desgrasarán el rostro, beberán un vaso de leche, saldrán a la puerta, treparán a un tranvía amarillo o a un ómnibus verde... y así todos los días...

Erdosain se deja mecer en las tinieblas por el vaivén de esa misteriosa agua oscura que en la noche puede denominarse vida centuplicada de los sentidos atentos. Erdosain continúa su soliloquio. En todas las ciudades ocurre este fenómeno. No importa que lleven nombres hermosos o ásperos. Que estén en las orillas de Australia, en el norte de África, en el sur de la India, en el oeste de California. En todas las ciudades del mundo los colchoneros, inclinados sobre sus máquinas de cardar lana, calculan ganancias con los ojos, mientras que los blancos vellones les cubren los pies. En todas las ciudades del mundo los fabricantes de camas miran con ojos de peces, por sobre sus anteojos, a los cargadores que cargan en los camiones camas portátiles.

Y de pronto, un grito estalla involuntariamente en Erdosain:

—Pero yo te amo, Vida. Te amo a pesar de todo lo que te afearon los hombres.

Sonríe en la oscuridad y se queda dormido.

DÍA VIERNES

LOS DOS BERGANTES

SON las diez de la mañana.

Los dos hombres vistos a la distancia de veinte metros, parecen fugados de un hospital. Caminan casi hombro con hombro. Uno tantea con su palo los zócalos de las casas, porque le cubren los ojos unas siniestras gafas enrejadas, con cristales que de frente parecen negros, y oblicuamente, violetas. Una gorra de chofer, con visera de hule, alarga aún más su cara flaca y escuálida, con puntos grises de barba. Además, parece enfermo, pues, aunque la temperatura es tibia, se cubre con un macferlán imposible, a cuadros marrones y rojizos, cuyas puntas casi le tocan los pies. Sobre el pecho lleva un cartón donde se puede leer:

CIEGO POR EFECTO DE LOS VAPORES
DEL ÁCIDO NÍTRICO. SOCORRED A UNA
VÍCTIMA DE LA CIENCIA.

El lazarillo del ciego se engalana con guardapolvo gris. Colgada a un costado, mediante una correa que le atraviesa oblicuamente el pecho, lleva una valija de viajero, entreabierta. Se distinguen en el interior, paquetes anaranjados, violetas y ocres.

Son Emilio y el sordo Eustaquio.

—¿Qué calle es ésta? —murmura el Sordo.

—Larrazábal...

—¿Está en el itinerario de hoy?

—Ufa, que zoz molezto... Claro que eztá en el itinerario de hoy. Claro... Ufa^[14].

La avenida de veredas amarillas y calzada gris se extiende silenciosa bajo el cielo azul de loza de la tibia mañana. Acacias copudas reverdecen intensamente.

Emilio mira pensativamente las casas, de las cuales casi todas tienen un jardín al frente. El lazarillo adivina en ella oasis de gente feliz. Tan feliz, que no persigue la prodigiosa vegetación de bichos canastos que tranquilamente se dejan caer de las ramas hacia las veredas por su plateado hilo de seda.

Un piano suena a poca distancia con el eterno «do, re, mi, fa» que unas manos sin experiencia arrancan del teclado. Sin embargo, los sonidos tardíos infiltran en la atmósfera azul de la mañana cierta dulzura meditativa.

Una chica de quince años, pollera rosa y sin medias, en chancletas, está en la

puerta de su casa. Mira enfurruñada la distancia.

Los dos perdularios se acercan lentamente. Cuando ya están próximos, Emilio se quita el sombrero, y el Sordo se detiene, esquivo como un mulo, junto al pilar de la puerta. Las siniestras gafas del hombre alto sobrecogen un instante a la mocita, y Emilio dice:

—Zeñorita... ¿no quiere comprar un paquete de carameloz para auxiliar al pobre ziego?

La chica examina a los dos bergantes con atención de extrañeza. Lee el cartelito.

—¿Así que está ciego su papá? —dice la chica.

—No, zeñorita... ziego del todo no... pero cazi completamente ziego.

—¿Y cómo fue? —se interesa.

—Eztaba haziendo una reazión con ázido nítrico y ze rompió el tubo de enzayo, y con la explozión le zaltaron gotaz y vaporez en los ojoj.

—Pobrecito —murmura la chica—. ¿Y no tiene familia?

—Yo zoy zu único hijo. El zeguro no quizo pagarle porque dijo que nadie le mandaba tenerle amor a la zienza. Loz pobrez ziempre zomoz laz víctimaz, zeñorita.

Hablando de esta manera, Emilio dibuja cara compungida, como quien está ausente de las malicias del mundo. El Sordo, esquivo como una mula, permanece tieso, oblicuo al pilar de mampostería donde se apoya la jovencita preguntona.

La chica mueve comprensivamente la cabeza. Esta última cláusula, patéticamente recitada por el bellaco, la ha convencido. Dice:

—Espere un momentito —y la pollera se arremolina en torno de sus piernas mientras va corriendo por la galería. Emilio la contempla ávidamente, y piensa:

«Qué ingenua parece». E internamente agradecido a las palabras de la chica rebusca en su valijón el paquete de caramelos menos manoseado para ofrecérselo. El Sordo permanece silencioso, esquivo como un mulo, la nariz contra el pilar.

Aparece la chica, ligeramente sonrosadas las mejillas. Los cabellos se abren a los costados de sus sienas. Trae un billete de un peso en la mano.

—Sírvase, y que Dios lo ayude.

Emilio le alcanza el paquete de caramelos.

—Que Dioz ze lo pague, zeñorita —y tomando el peso se lo echa al bolsillo.

—Guárdese los caramelos, gracias.

—Que Dioz y la Virgen ze lo paguen, zeñorita —y Emilio tomando al Ciego del brazo con el mismo gesto del que toma un asno por el ronzal, lo aparta de la pilastra. Cuando se han alejado unos pasos, Eustaquio pregunta:

—¿Cuánto te dio?

—Veinte zentavoz.

Eustaquio menea la cabeza disconforme.

—Tantas preguntas por esa miseria.

Emilio se siente irritado:

—Zoz un mal nazido. No tenéz ni zinco de agradezimiento por laz perzonaz que

te benefician.

El Sordo, que no lo escucha porque Emilio vomita su mal humor para sí mismo, salta a otra pregunta:

—¿Qué hora es?

—Laz diez deben zer, máz o menoz.

—Parece que va a llover.

Emilio estalla indignado, y le vocifera en una oreja:

—¿Cómo queréz que llueva, grandízimo bellaco, zi el zielo eztá máz limpio que tuz ojoj?

El Sordo protesta:

—Si se ve todo oscuro.

—¿Tenéz mierda en la cabeza, voz? ¿Queréz ver todo del color de la leche con ezaz antiparras que te echazte? ¡Qué zordo máz taimado ézte! Ufa, maldito el día que te acompañé. Nunca he vizto hombre máz indizcreto que voz.

Se detienen frente a las puertas de las casas que presumen habitadas por gente sencilla.

En un conventillo les dan un paquete de comida. Se apartan y Emilio estalla:

—¿Qué ze habrán penzado ezas porqueríaz? ¿Que uno eztá muerto de hambre o que tiene criadero de zerdoz?

Erguido y rígido, camina el Sordo como un ciego auténtico. La verdad es que casi lo es, pues sus gafas forradas internamente de papel violeta no dejan pasar la claridad de la mañana sino una espesa penumbra que tiene la densidad de la noche. E insiste, abombado por aquella negrura que se le mete en los sesos:

—Debe estar por llover. No se ve nada. Y hace una calor bárbara.

—¿Cómo no vaz a tener calor, bellaco, zi eztás zintiendo el calor de loz tizonos del infierno donde loz diabloz te van a toztar por mal hombre?

—Tengo sudando los sesos.

—Jodete. ¿Por qué te pazazte toda la vida haziendo cábalaz para ganar a laz carreraz? ¿Para qué te zirvió tu cálculo infinitesimal? Para atraillarme por eztaz callez como un pobrezito de Dioz.

—¿Cuánto habremos juntado hasta ahora?

—Zeis pezoz, máz o menoz.

—Yo no sé qué pasa ahora. Antes, a mediodía, casi siempre teníamos como diez y quince pesos juntados; ahora a gatas si se saca la mitad. Y la gente da... yo siento que te da...

—Mirá... como me digáz otra vez lo mizmo te planto en medio de la calle, llamo a un vigilante, y le digo: «Vea... ezte zordo bellaco eztá eztafando a la gente». ¿Qué te penzazte voz? ¿Que te eztoy robando? Me traez como a un pobrezito por eztaz callez de Dioz, y todavía me cueztionáz. ¿No tenéz vergüenza? Todo lo que zacamoz te lo jugáz a laz carreraz. Y laz chicaz en caza, pazando miseria. Zoz un mal hijo y peor hombre. Lo único que zabéz ez imaginar bellaqueríaz. Zoz un taimado, ezo ez lo

que zoz.

Ruge irónico el Sordo:

—*Tachi, tachi, svergoñato.*

—Y de yapa zoz un zínico. Lo imitaz al italiano enfermo. Pero a voz también ze te va a convertir en zacaroza la zangre. Reíte no máz... vaz a ver... al freír zerá el reír.

Rígido, el Sordo camina en silencio, con empaque de mulo. Agobiado, triste, Emilio.

—¿Seguís por la calle del itinerario?

—Bendito zea Dios... Parezéz un general de brigada. Eztoy zeco con tu plan. Claro que vamoz...

—Es que en el itinerario hay una plaza. Todavía no hemos llegado.

—¿Qué culpa tengo yo? ¿Queréz que te inztale la plaza aquí, en medio de la caye?

Una señora viene de la feria con un cestón entre cuyas tapas cuelga la cabeza de un pato degollado. Los detiene encuriosada:

—Tan joven, y ciego. ¿Piden limosna, ustedes?

—No, zeñora. Vendemoz carameloz a laz perzonaz de buena voluntad que quieran ayudarnoz...

—¿Y cómo le pasó eso?

—Eztaba haziendo una reazión con ázido nítrico, y ze rompió el tubo de enzayo y con la explosión le zaltaron gotaz y vaporez en lo ojoj.

—¿Y no habla? —continúa la mujer examinando a Eustaquio que permanece detenido, esquivo como un mulo cuya venta tramita un gitano.

—Ez que ez zordo ademáz, zeñora, zordo como una tapia.

—¿Qué desgracia!... ¿y venden ustedes?

—Carameloz, zeñora... paquetetz de diez y veinte zentavoz.

—¿No tiene paquetitos de cinco?

—No, zeñora...

—Entonces, será otra vez.

Y la vieja parlera, esportando su cestón de vituallas, se retiró compadecida.

Emilio se queda mascullando infamias.

—¿Vez, zordo perverzo? La tenéz con eztoz barrioz.

El otro, que no oye, que no oye sino se le habla muy fuertemente en la caja del oído, marcha imperturbable y atiesado.

—¿Cuánto te dio?

Emilio se inclina sobre él y le vocifera, pegándole casi los labios a la oreja:

—No me dio ni zinco.

Eustaquio repone:

—No importa. Por cada pobre vivo que no da, hay diez imbéciles que dan. No te dirijas a las señoras de edad. Las señoras de edad son tacañas y duras de corazón. La

estupidez humana es infinita. Dirígete a las mujeres humildes, no a las burguesas. ¡Las burguesas! Las burguesas son avaras. Pedile a las pobres mujeres. Las pobres mujeres tienen un corazón asequible a los sentimientos tiernos. Las mujeres que van a la feria y compran patos descabezados no creen en Dios ni en el Diablo. Pedile a las chicas. Las chicas se enternecen. No tienen experiencia todavía. No hables mucho. Un lazarillo que habla mucho convence poco. ¿Me oís?

—Zí que te oigo, bellaco.

—¿Le dijiste que estaba ciego por mi amor a la ciencia?

—No —aúlla Emilio.

—Decí siempre por amor a la ciencia. Es una frase que convence. Empezá así: Ciego por su ferviente amor a la ciencia. Agregá lo de ferviente. Después colocá la cláusula del ácido nítrico. Ahora sí que me parece que el cielo está nublado.

—Laz nubez laz tenéz voz en la cabeza, truhán.

En la vereda frontera aparece un frutero vociferando su mercadería.

El Sordo lo oye, podría decirse, por intuición. Le grita a Emilio:

—Che, llamalo al frutero.

—Ahí eztás, glotón. No pensáz otra coza que darte la vida de un arziprezte.

El frutero se acerca derrengado por dos cestones que le enyugan el cogote con una lonja de cuero. Tiene cara de picardía, y examina a los dos perdularios con gestos de quien descubre el secreto de la trampa. Los tres proletarios de la calle disputan unos minutos, y por fin el Sordo embaúla en los bolsillos del macferlán dos docenas de bananas.

Ahora los dos hermanos llegan a la plaza del itinerario. Buscan un banco a la sombra de un árbol y se echan allí. Emilio tiene los pies doloridos. El Sordo bufa, aturdido por su ceguera artificial. Murmura:

—Che, ¿me puedo sacar los anteojos?

—No, hay gente por ahí.

El Sordo esguinza el rostro, y comienza a comer bananas. Arranca las cáscaras en tres tiras y las arroja sobre sus espaldas al cantero verde, a cuya orilla está el banco.

Come ávidamente, llenándose la boca de modo que la saliva corre entre los puntos grises de la barba que le sombrea los labios.

Emilio lo observa disgustado, y come púdicamente, dando más rápidos y profundos bocados que el otro.

El Sordo comienza a filosofar.

—Decí si no es linda una vida así, Emilio. Sé sincero. Uno no tiene preocupaciones, horario, jefes que lo griten. La libertad absoluta. Querés pedir, pedís; no querés pedir, no pedís. ¿Viste el otro día esos campos por donde andábamos? Mirá, me ha quedado la gana de hacerme una choza de lata por ahí y vivir como un abade, panza al sol. Me llevaría el Quijote y una caña de pescar. ¿Para qué trabajar y romperse la cabeza?

—Zoz un pelafuztán. ¿Y a laz chicaz quién laz ayuda? ¿El Papa? ¿Y mamá?

Tiene razón Juan cuando dize que zoz un mal hijo y un mal hermano. Zi uno fuera como voz loz piojoz le andarían al trote por enzima.

El Sordo calla, mascullando internamente su ideal de vagancia. Un chozo a la orilla de un río, campo verde, y esperar que la vida pase, como aguarda un enfermo en la antesala de un dentista que llegue turno para que le extraigan el diente que le hace sufrir.

Esgrimiendo su garrote, enfático de autoridad, se acerca, buida la mirada sobre los dos hombres, el guardián de la plaza.

—¿Ustedes tiraron esas cáscaras de bananas ahí? —y señala el cantero.

No lo pueden negar, porque el Sordo está atracándose con la banana número diecinueve.

—A ver si juntan esas cáscaras y se mandan a mudar. ¿Qué se pensaron? ¿Que esto es un potrero?

El largo Emilio menea la cabeza con resignación de mártir. Sube al cantero y junta inclinado las cáscaras que el Sordo, despreocupadamente, ha tirado por encima de sus espaldas. Eustaquio adivina el rezongo de Emilio y sonrío sardónicamente, pelando la banana veinte.

Emilio piensa:

—¿Y después se queja si me guardo una parte de la limosna? Da más trabajo él solo que un regimiento de criaturas.

ERGUETA EN TEMPERLEY

La ingenua alegría que disfrutaba Ergueta en el Hospicio de las Mercedes, divagando a su antojo entre dementes fáciles de entendederas, desapareció al ser retirado del hospicio por los trámites que efectuó Hipólita, secundada por el Astrólogo.^[15] Este le condujo a su quinta de Temperley.

Ocupaba Ergueta, en compañía de Barsut y Bromberg, una habitación sobre la cochera. Para dedicarse con mayor eficacia a sus especulaciones de carácter religioso dormía durante el día. Por la noche estudiaba la Biblia, fortaleciéndose en los salmos de los profetas contra las tentaciones del mundo y las cobardías de su carne. Sabía que en breve tendría que arrostrar trabajos de predicación, pues éstos entraban en su plan, después de la visita con que lo agraciara Jesucristo.

Al volcar su pensamiento a los tiempos que «había vivido pecando» tenía la sensación de que le habían ocurrido sucesos anormales, mas la sensación se debilitaba comparada ahora con el desapego instantáneo que le sobrecogía cuando pensaba que estaba obligado a ponerse nuevamente en contacto con los hombres.

De más está decir: Ergueta no experimentaba ninguna necesidad de abandonar la soledad de la quinta, que con su tupido follaje le parecía formar parte de una costa latina, donde tantos trabajos había padecido el apóstol Pablo.

Contaba más tarde Barsut que el «iluminado» no demostró ningún interés para enterarse de qué manera, en tan breves tiempos, habían acontecido en su vida cambios tan bruscos. Su atención vital estaba colocada en otra parte; el peso que la Divinidad había descargado sobre sus hombros la noche de la revelación de Jesús y lo extraordinario de la obra que ahora tenía que emprender para llevar al conocimiento de los hombres la «verdad revelada».

Leía continuamente Los Hechos, deleitándose en los trabajos de Pablo, e indignándose contra las acechanzas de que le hacían víctima los judíos, sirios y macedonios, y la atención que le prestaban los ciudadanos griegos. Los naufragios en tierras bárbaras y la predicación del antiguo gentil eran como un espejo donde él veía reflejarse sus trabajos futuros.

En esta época no demostró deseo alguno de verla a Hipólita. Se refería a ella como una desconocida. Alternaba su tiempo estudiando la Biblia y meditando entre los salvajes canteros de la quinta. El jueves a la tarde le dijo al Hombre que vio a la Partera:

—Tengo que salir a predicar. Hace varias noches he tenido una visión singular por lo simbólica y profética. Yo me encontraba en la azotea de la casa de gobierno, en compañía de un ángel amarillo. Este detalle es importante, porque lo amarillo es manifestación de peste, guerra, desolación y hambre. Sin embargo, a pesar de encontrarme en la azotea de un edificio tan alto, los techos de las casas no eran visibles. La ciudad íntegra estaba cubierta de agua azul. El agua no se movía, sino que estaba quieta hasta el horizonte. De pronto, del río comenzaron a saltar grandes pedruscos en el aire, y el ángel, mirándome, me dijo:

—¿Ves?... Va a aparecer un nuevo continente.

Bromberg entreabrió los ojos como platos, y dijo:

—Es posible que usted haya visto eso. Yo he estudiado las Escrituras y tengo una interpretación nueva de la Nueva Iglesia de Jesús.

El farmacéutico giró torvamente su perfil de gavilán, y respondió casi endivioso:

—Todas éstas son pamplinas. ¿Qué sabe usted de la Nueva Iglesia?

El otro se alejó.

Le irritaba ceder a los impulsos de su vanidad, confiando a extraños sus verdades tan caras. ¿Por qué comunicaba a otros sus secretos? ¿No era aquélla una vanidad de falso profeta que buscaba admiradores de su sabiduría? Además, a medida que estudiaba la vida de Pablo descubría curiosas singularidades entre su existencia y la de Saulo. Reproducía las peripecias que el Apóstol había pasado en el mar al dirigirse a Creta en compañía del centurión Julio, su vigilante, como lo era de él, el judío Bromberg. Y se decía:

—¿Qué es lo que me falta para parecerme a Pablo? Él fue iluminado en el camino a Damasco, yo en el Hospicio de las Mercedes. Él estuvo prisionero en Cesárea, yo lo estoy aquí, en Temperley. A él lo interrogó Agripa, rodeado de sutiles rabinos, y a mí el director de un manicomio, rodeado de médicos iletrados y soberbios que no

conocen una palabra de las Sagradas Escrituras.

No podía menos de sentirse edificado y agradecido a la Providencia que de tal manera lo singularizaba entre sus semejantes.

La lectura de los naufragios del apóstol, en costas ásperas y duras pobladas de hombres barbudos e idólatras, encendía su recogimiento. Después de meditar los capítulos de Los Hechos, las noches silenciosas e inmensas de la antigüedad romana entraban a sus ojos. Comprendía la sequedad de los desiertos judaicos donde otros profetas sucios como porqueros realizaban trabajos de profecía, y nada asemejaba al goce que experimentaba, a aquel que cuando se contemplaba en un arenal, predicando a hombres y a mujeres vestidos con traje de calle, en la proximidad de un cataclismo que oscurecía el confín del mundo, y del advenimiento del día del juicio postrero.

Incluso gozaba en andar en alpargatas, pues pensaba que era más lícito a un predestinado a la profecía el usar alpargatas que calzar botines. Le constaba que los hombres del viejo y nuevo testamento se alimentaban de langostas resecas y andaban descalzos, de manera que su sacrificio actual era nimio. Pequeño placer que se sumaba a la indulgencia y felicidad que le proporcionaba el secreto de su actividad.

Dormía poco. De noche bajaba al jardín y arrastrando sus zapatillas en los caminos húmedos de rocío pensaba largamente. Los canteros y la hojarasca animaban con manchas de betún la oscuridad menos densa, semejantes al ganado dormido. A Ergueta le parecía abrirse espacio entre cortinas de silencio; más atrás, dormían los hombres sacudidos por pasiones terrestres, y él, al pensar en su fortaleza y en las palabras que Jesús le había comunicado, levantaba lentamente los ojos a las estrellas, impregnado de agradecimiento.

A veces despertaba de un ensueño, rodeado de un círculo de sapos. Los astros en la altura cavernosa movían sus párpados de plata. El vertiginoso petardeo de un automóvil cruzaba el camino; luego el silencio tornábase más profundo, y él retornaba a evocar la figura de Pablo predicando en Efeso, rodeado de ancianos, de amarillo cráneo y larga barba. Los sapos se alejaban con pesados saltos en tomo suyo; y Ergueta, cayendo de rodillas, juntaba sus manos sobre el pecho y rezaba silenciosamente.

—¿Qué es lo que tengo que hacer, Señor? Ya ves, he renunciado a mi mujer, a mis bienes, a todo. ¿Qué es lo que debo hacer? ¿No ha llegado para mí la hora de predicar todavía?

Otras veces pensaba que su misión debía comenzar comentando la palabra divina en los parajes de perdición. Entraría a cualquier cabaret de la calle Corrientes, y como aquella era gente poco familiarizada con el lenguaje de las Escrituras, les diría así:

—¿Saben a qué vino Jesús a la tierra? A salvar a los turros, a las grelas, a los chorros, a los fiocas. El vino porque tuvo lástima de toda esa «merza» que perdía su alma entre copetín y copetín. ¿Saben ustedes quién era el profeta Pablo? Un tira, un perro, como son los de Orden Social. Si yo les hablo a ustedes en este idioma ranero

es porque me gusta... Me gusta como chamuyan los pobres, los humildes, los que yugan. A Jesús también le daban lástima las reas. ¿Quién era Magdalena? Una yiranta. Nada más. ¿Qué importan las palabras? Lo que interesa es el contenido. El alma triste de las palabras; eso es lo que interesa, reos.

El Hombre que vio a la Partera buscaba tenazmente la compañía de Ergueta. Se burlaba de él, porque envidiaba su sabiduría de los textos sagrados. Pero, de pronto, la admiración sucedía a la envidia, y la atmósfera agria que subsistía entre los dos hombres se evaporaba por un instante.

El viernes a la noche se entabló entre ellos el siguiente diálogo. Lo escuchó Barsut, que, sentado en el tronco de un árbol, cavilaba sus problemas.

Dijo Ergueta:

—Iré a la montaña a meditar treinta días como Jesús. Es seguro que vendrá el Demonio a tentarme como fue a tentarlo al Hijo del Hombre, pero yo resistiré... Sí, resistiré, porque he renunciado a todo. Luego predicaré treinta días, y después moriré apedreado.

—Mas... ¿cómo se va a tratar en la montaña esa vieja blenorragia que tiene?

—¡Que me cure Dios!... Mi enfermedad es tan vieja ya, que sólo Dios puede curarme. Y en El confío. Y si no me cura, será prueba de que debo continuar sufriendo para purgar todos mis pecados.

Bromberg miró azoradamente en redor; luego, tragando saliva, repuso débilmente, casi con ansiedad:

—En ese caso, podría acompañarlo yo también a la montaña. Tendríamos cabras y gallinas; yo cuidaría la huerta mientras que usted estudiaba la Biblia.

Dijo, y quedóse mirando el azul negro del cielo, suavizado repentinamente en azul de agua. La cúpula de un eucalipto se teñía de acerada fosforescencia violeta. Ergueta objetó:

—La Biblia no se estudia. Se interpreta por gracia divina. ¿Y usted entiende de criar gallinas?

—Sí.

—¿Y cuántas necesitaríamos para vivir nosotros?

—Más o menos doscientas gallinas. Además, llevaríamos dos cerdos y una vaca; así tendríamos carne y leche y huevos. Si nos instaláramos cerca de un río, podemos pescar.

Ergueta guiñó un párpado y objetó:

—Sí, pero de esa manera no se va a la montaña ni al desierto a hacer penitencia. Los profetas vivían en la soledad de hierbas, langostas y raíces, y no en la opulencia.

Bromberg pasó ávidamente la lengua por sus labios reseco; luego, ansiosamente, repuso:

—Eso sucedía en los tiempos de Carlomagno. Hoy un profeta puede alimentarse bien hasta que llegue el momento en que debe predicar. Además, Jesús no le ha dicho a usted que no se alimente decentemente.

—Sí, pero tampoco me ha mandado que me trate a cuerpo de rey. Por otra parte, este asunto carece de importancia. Eran los fariseos los que se detenían en tales detalles de práctica, que Jesús despreciaba. Nosotros meditaremos las escrituras. Yo haré penitencia en alguna caverna.

Croaban dulcemente las ranas de un charco próximo, pero Ergueta no las escuchó, moviendo los brazos en lo oscuro.

Bromberg se apartó dos pasos de él: luego, como si comunicara un secreto, reflexionó:

—De paso podríamos llevar una escopeta, un galgo y un aparato de radio. La música distrae mucho en la soledad de las montañas.

Ergueta se volvió, indignado:

—Perro asqueroso... ¿de quién te estás burlando? Yo iré a las montañas, pero no a convivir con un farsante. No llevaremos nada más que gallinas, y el único cerdo que hociqueará allí serás vos.

Bromberg respiró aliviado. Después de observar una nuez de plata flotando en la horqueta de un árbol, se humedeció los labios con la punta de la lengua:

—Cierto... Me estoy burlando de su conducta santa. ¿Y sabe por qué lo hago? Porque tengo un corazón vil y quiero constatar si no es usted un vulgar embaucador.

—Mi conducta no es santa ni nada que se parezca. ¿Quién te dijo que soy un santo? He pecado abundantemente, nada más. Luego, Dios me llamó a su camino, y creyeron que estaba loco. Cierto es que mis procederese semejaban a un demente... más ¿cómo no asombrarse frente a los prodigios de que fui testigo? ¿Te creés que estoy loco porque he regalado mis bienes a mi esposa, que puede estar a diez pasos de aquí durmiendo con otro hombre? No, imbécil. Ella es la Ramera bíblica, la Coja que aparece en los tiempos de tribulación. Le regalé mi fortuna para que se hundiera o para que se salvara. ¿Qué me importa a mí? Soy un discípulo de Cristo crucificado. Saldré mañana o pasado a pedir limosna por los caminos, como salió el Buda, que era hijo de reyes, y Jesús, que fue hijo de menestrales. ¿Te das cuenta? Me pondré un blusón y alpargatas, e iré por los caminos a predicar la vecindad de los días de sangre. Porque vienen tiempos terribles, judío cínico. Podés pasar ávidamente la lengua por tus labios para saborear el veneno que la envidia de Satanás engendra en tu estómago. ¡Los bienes, el oro, la plata! ¿Qué me importan a mí los bienes?, grotesco remedo del centurión Julio. Mi corazón rebosa de piedad por los hombres. Me queda, es cierto, este perfil de fiera; pero Jesús, que hurga dentro de las almas, sabe que las almas no consisten en un perfil. Han llegado los tiempos cruentos. Escuchá estas palabras terribles de Jeremías, profecía de hoy y para hoy: «Veo una olla que hierve y su asa está de la parte del aquilón. Del aquilón se soltará el mal sobre todos los moradores de la tierra. Porque he aquí que yo convoco todas las familias del reino del aquilón...». ¿Qué reponés, centurión Julio? El aquilón se desató ya sobre la tierra. Escuchá lo que dice Ezequiel: «Destrucción viene, y buscarán la paz y no la habrá». Y esto otro: «El tiempo es venido, acércase el día, el que compra no se huelgue y el

que venda no llore, porque la ira va a descargar sobre toda la multitud». También esto es del profeta Ezequiel. Podés burlarte, pero la hora de tu fin está próxima; me lo dice el corazón. —Lo negro entre los árboles crepitaba de crujidos nocturnos. Resbalando en curva vertiginosa se sumergió tras un macizo de sombras de alquitrán un punto anaranjado.

—Yo no me burlo...

—Me importa un carajo que te burles o no. Yo hablo de Jesús, que limpiaba toda alma impura. Cuando Él miraba a los hombres ellos se daban cuenta de que Él estaba detenido con sus ojos en el fondo plano de sus espíritus. Y como el albañil que raspa una pared y desgrana el cemento entre sus dedos para saber qué proporción de cal y arena hay en la mezcla, Él desgranaba entre sus dedos el secreto de los hombres y les decía en qué proporción estaban mezcladas en sus almas las arenas del deseo con la cal del pecado. Jesús era así. No dejó dicho todo lo que pensaba, porque los hombres no estaban preparados para ello. Vos sabés que poco o nada se sabe de su vida. Anduvo errante por los caminos. Allí conoció a ladrones de cabras y a mujeres que se acuestan con esclavos fugitivos. En esa época había esclavos. ¿Vos pensaste en la pena que sufriría su pobre corazón al verse tan solo entre gente que a cada momento esperaba el suplicio, la horca, la cruz, el látigo, el hierro candente? Decime francamente, ¿pensaste alguna vez en Jesús, en el Jesús ambulante, el Jesús linyera?

—No.

—¿Ves?... A todos ustedes les pasa lo mismo. Los curas hablan de un Jesús que está lejos del corazón humano, e insensiblemente la gente se aleja de Jesús. Pero Jesús era un hombre... Hablaba como hablo yo con vos. Iba por las calles de las aldeas, y de las puertas entreabiertas le llegaba el olor de los guisos y veía a las mujeres que con brazos desnudos ordeñaban sus cabras. Él estaba simultáneamente dentro de todas las cosas del mundo. Y nadie se daba cuenta de la inmensa misericordia que le hacía pararse al anochecer en los campos, junto a las fogatas de los pastores y bandidos. Porque vos sos también un bandido.

Bromberg se relamió ávidamente:

—No tengo ningún inconveniente en aceptar que soy un bandido, pero el problema no se resuelve faltándome el respeto a mí, sino diciéndose: ¿Y si Dios no existe?

Y Bromberg fijó nuevamente la mirada en una altura que observara antes.

El violáceo que tenía la cúpula del eucaliptus fue degradando en esmalte de plata azulada. La altura semejaba a una cúpula de aluminio. Rápidamente, repuso Ergueta:

—Yo también lo pensé en otra época. Me decía: si Dios no existe, hay que guardar el secreto. ¿Qué sería de la tierra si los hombres supieran que Dios no existe? Nosotros no tenemos derecho a pensarlo. Cuántas veces Jesús debe haberse dicho, mientras comía un pedazo de pan a la orilla de una fogata, entre pastores silenciosos: ¿Y si Dios no existe? Él habrá pensado lo mismo que nosotros; pero oyendo las conversaciones de la gente, contemplando la infinitud del dolor humano, como quien

se tira a un pozo sin fondo, Jesús se arrojó de cabeza a la idea de Dios.

—¿Y usted va a hablar así por las calles?

—No, no es en las calles donde están las fuerzas del mundo; es en los campos.

—¿Pero usted cree en Él?

—Desde el momento en que se piensa en Él con deleite, Él existe.

—¿De qué manera percibe usted su existencia?

—Mis fuerzas crecen, mi vida adquiere un sentido amplio, la muerte me resulta pueril; el dolor, irrisorio; la pobreza, regalo...

—Bromberg —gritó una voz en lo oscuro.

Muequeó desdeñosamente Ergueta:

—¿Es el Astrólogo? ¿No?...

—Sí, es él.

Y el Hombre que vio a la Partera contestó, al tiempo que se alejaba:

—Ya va.

Ergueta quedó solo bajo la cúpula de una higuera. Entonces se le acercó Barsut, que había estado oyendo todo el diálogo, y dijo:

—Lo que ustedes hablaban es interesante.

Se encogió de hombros el otro y repuso:

—Bromberg es un endemoniado. Tras él anda un diablo pequeño y hediondo sugiriéndole ironías. El diablo pequeño menea su cola, y el alma de Bromberg se llena de escozor doloroso, tan doloroso que tiene que relamerse los labios como un perro para no quemarse en su veneno.

—Es posible...

Y echaron a caminar juntos, por el sendero de la quinta...

UN ALMA AL DESNUDO

Ahora iban y venían indiferentes a la oscuridad de abajo y a las estrellas altas. Una fragancia grasienta brotaba de la vegetación humedecida por el rocío de la noche y parecía ascender hasta arriba para velar el cenit de una tenue vaporización de ceniza. Barsut dijo:

—Volviendo a la conversación de ayer, como le decía, me creo extraordinariamente hermoso.

Apartando por décima vez la rama de un sauce que le cruzaba el pecho al llegar al recodo del camino, insistió:

—Cuando menos, fotogénico. Esto, en boca de otro sería una estupidez; en cambio, yo tengo derecho a pensarlo. Además, dicha creencia ha modificado profundamente mi vida. Sé que con usted puedo hablar, porque lo creen loco...

Ergueta encendió pensativamente un cigarrillo; la lumbrarada de fósforo descubrió su hosco perfil amarillento; la sombra de Barsut saltó hasta el tronco de un

álamo; se apagó la cerilla y relumbró el ascua del pitillo. Sin intentar defenderse, arguyó:

—Cuando conozcan mi obra, no creerán que estoy loco.

Barsut se encogió de hombros.

—A mí no me interesa que usted sea loco o no. El Astrólogo en estos momentos posiblemente estudia el proyecto de Erdosain para fabricar gases. ¿Es menos loco que usted el Astrólogo? No, ¿y entonces?... Sin embargo...; pero volviendo a lo mío, la creencia de que soy extraordinariamente hermoso ha modificado mi vida substancialmente.

Apartó la rama del sauce con un golpe de brazo, y continuó:

—Ha modificado mi vida, porque ha hecho que yo me coloque frente a los demás en la actitud de un comediante. Muchas veces he fingido estar borracho entre mis amigos y no lo estaba; exageraba los efectos del vino para observar el efecto de mi presunta embriaguez sobre ellos. ¿No le parece que puedo ser actor de cine?

Ergueta no respondió.

Barsut se tomó las manos por las espaldas y continuó:

—Siempre estoy en comediante. Indiferentemente de los sucesos que me ocurren. Como le decía ayer: A Erdosain lo castigué en frío para ver si yo podía hacer la parte de amante burlado. Luego me arrodillé ante él, pensando: «¡Qué efecto magnífico en cine hincarse frente al hombre que hemos golpeado!». Incluso le hice creer que me desesperaba la angustia. ¿Qué me importa a mí la verdad? ¿Para qué sirve la verdad? A mí la verdad me importa un pepino. Me he analizado lo suficiente para comprender que soy una naturaleza grosera y cínica. Lo único que me interesan son las comedias. Soy capaz de representar el papel del hombre más desesperado. Se me llenan los ojos de lágrimas, las mejillas se me enrojecen, los ojos me centellean, y por dentro me estoy burlando del que me contempla emocionado. A Erdosain lo visitaba, y mientras estaba frente a él representaba de hombre taciturno, acosado por un destino siniestro. ¡Y el infeliz se lo creía! Ciertamente experimentaba cierta voluptuosidad... Hay en mí algo que no me explico con claridad, y es la malignidad que se apodera de mis sentidos cuando hago una comedia.

El alma me parece entonces que anda por la cresta de una nube. Los nervios se me ponen tirantes. Me encuentro en la misma situación de un individuo que cruza un abismo por un puente de alambre. La misma sensación la he observado, porque un artista tiene que observarse... cuando estoy divirtiéndome a costa de alguien. Le juro, Ergueta, que he representado las comedias más absurdas. Hay momentos en que me resulta imposible discernir en mi vida la parte de comedia de la que no lo es. Todo esto no sería nada si mis sentimientos fueran buenos honestos... pero no... lo grave es que junto al farsante se encuentra la personalidad del hombre maligno. Vea: Tenía dos amigos que se detestaban mutuamente. Pues a uno le hablaba bien del otro y viceversa. Si escucho que dos discuten atizo la discusión. No me importa quién tenga razón, lo que me interesa es movilizar pasiones. Cuanto más bajas, mejor. Muchos

padecen porque dicen que buscan la verdad. Frente a esos cretinos me coloco en su mismo lugar. ¿Usted cree que es cierto lo de la hija de la espiritista? No. ¿Y lo del fantasma de la escoba? No; son todas historias que les cuento a los demás para representar el papel de hombre al margen de la locura. ¡No se imagina lo que me divertí con ciertas personas que me recomendaban procedimientos higiénicos para evitar la neurosis! ¿Qué opina usted de todo esto?

Entre la ríspida horqueta de un duraznero tiemblan las cinco agujas azules de una estrella.

Ergueta se acuerda involuntariamente de un caballo ciego que en una chacra hacía girar una noria entre soledades de orégano y lechuga, y contesta a la pregunta de Barsut:

—Hay un versículo en el Deuteronomio, capítulo 13, que dice: «No darás oído a las palabras de tal soñador de sueños». Y más adelante, el profeta ha escrito: «Y el tal soñador de sueños ha de ser muerto».^[16]

Barsut repone:

—Son frases. En mí se encuentra también el alma del soñador capaz de vestirse con el traje de arpillera y pasearse con una latita en la mano para pedir limosna por Flores, como me recomendaba el Astrólogo. ¿No me cree usted capaz?

—Sí.

—¿Y eso no constituye originalidad?

—No.

—¿Por qué?

—Hay en San Lucas una parábola de Jesús dirigida a escribas y fariseos, que dice: «Nadie mete remiendo de paño nuevo en vestido viejo». Y también: «Nadie echa vino nuevo en cueros viejos». ¿Qué haría un alma empedernida en la abominación, metida en un burdo sayal? Ironizar la gracia que Dios concede a los santos y a los inocentes.

—Es posible... Sin embargo, vea, a usted puedo contarle todo. Usted es uno de esos tipos con quien uno destapa su cloaca. Es cierto. Se les puede decir todo. Creo que me voy a confesar. Soy envidioso. No se asombre. Me gusta mentir. Cuando tengo un amigo, le ayudo a ser vicioso. Todos mis pocos amigos son viciosos. Me gusta perseguir a la vida y martirizarla. He encontrado hombres a quienes una palabra afectuosa mía los hubiera ayudado extraordinariamente. Pues, alevosamente, me guardé la palabra afectuosa. Una palabra afectuosa no cuesta nada, ¿no? Pues no la dije. Tenía un amigo que de buena fe se creía un genio. Despacio le he destruido la fe que tenía en sí mismo. He tropezado, raramente, con individuos de mirada penetrante que localizaban en mí los vicios que escondía, y no sé por qué, animados de una estúpida piedad, trataban de aconsejarme. ¡No se imagina usted lo que me he divertido subterráneamente escuchándolos, haciéndolos hablar horas y horas, hasta fingir que me emocionaba con sus observaciones! Ellos disertaban al estilo de pedantes de la moral, y yo inclinaba el rostro, y los ojos se me llenaban de lágrimas.

¿Quiere creer que uno de esos imbéciles llegó a besarme las manos? Su orgullo necesitaba esa expansión frente a mi remordimiento. Interiormente, yo me burlaba de él. Mi conducta era dejar llegar las cosas hasta cierto punto; luego un día, bruscamente, cortaba todo consejo con una grosería irónica, inesperada y ofensiva.

Se inclinó para arrancar del suelo un manojo de tallos verdes con los que se golpeó las pantorrillas; luego, apretando con los dedos el codo del brazo derecho de Ergueta, que adivinaba, volvía el rostro hacia él en la oscuridad. Insistió casi agresivo:

—¡Hay que ver cómo se ponían los burlados! Y no crea que es de ayer o anteayer esto. Hace muchos años que llevo una vida igual. Ahora tengo veinticinco... pues, desde los diecisiete años que represento comedias. A veces en mi casa hacía cosas como ésta: Me subía a la mesa, y me quedaba sentado como un Buda, en cuclillas, dos o tres horas. Un día la patrona de la pensión se asustó. Me dijo que tendría que pedirme la pieza si se me ocurría seguir sustituyendo la mesa por el sofá. ¿Podía hacer otra cosa que reírme? Más que comediante, soy un canalla; es cierto, un canalla y un bufón; pero, ¿los otros son mejores que yo? ¡Dios mío! No es que me compadezca de mí, no... pero vea: un día tuve la ocurrencia de enamorarme. Por cínico que sea, aquí está el error de la gente en creer que un cínico no puede enamorarse; yo me enamoré. Me enamoré en serio de una chiquilina. Ella tenía catorce años... No se ría...

—Yo no me río.

Barsut apartó nuevamente la rama de sauce que le cortaba el pecho al llegar al recodo del camino.

Un segmento de aluminio bronceado despuntaba sobre la cúpula de los eucaliptus. Barsut contempló pensativo las alturas. Entre la vía láctea mediaban callejones tan profundos como los que se desploman ante los escalonamientos perpendiculares de los rascacielos vistos a vuelo de aeroplano.

Continuó grave, confidencial:

—Pensaba casarme con ella. Le di lo mejor de mí mismo, si algo bueno llevaba en mí mismo. Es difícil dar lo mejor de sí mismo. Y con generosidad. Bueno, yo lo di. Pureza, ensueño, pasión. No crea que le hablo en personaje cinematográfico. No. Si hubiera luz y usted me pudiera ver la cara, efectuaría la comedia. En la oscuridad no hay objeto. A la luz, sí, porque no podría resistir al impulso de creerme frente a la máquina fotográfica. Así, no. Estamos en la oscuridad, y apenas nos vemos el brillo de los ojos. Bueno, ¿usted sabe lo que salió diciéndome la chiquilina de catorce años, al cabo de tener relaciones conmigo durante dos años?... ¿A que no se imagina? —Se detuvo, tomándolo del brazo a Ergueta, e insistió—: ¿Puede imaginarse lo que me dijo la chiquilina de catorce años?... Pues me dijo que se había entregado a otro. ¿No es horrible esto? Yo creí que me volvía loco. Así como lo oye. Durante un mes la bilis se me volcó en la sangre. Quedé amarillo como si me hubiera bañado en azafrán. Pues bien, ahora yo quiero triunfar, ¿sabe? La he visto una vez del brazo de otro.

Quiero humillarla profundamente. No descansaré hasta alcanzar el máximo de altura. Es necesario que esa perra se encuentre con mi nombre en la ochava de todas las esquinas. Que la acose como un remordimiento. Pasaré, acuérdesse, algún día frente a su casa levantando tierra con mi Rolls-Royce: impasible como un Dios. La gente me señalará con la mano diciendo: ¡Ése es Barsut, el artista Barsut; viene de Hollywood, es el amante de Greta Garbo!

Irónico, repone Ergueta:

—Cuando una mujer quiere hacer una señal con la mano no falta un hombre que le ofrece su Rolls-Royce. Es muy duro, amigo mío, dar coces contra el aguijón. Usted es un empedernido pecador. Y está escrito: «Por su propio furor son consumidos». Para ellos, de los cuales uno es usted, el profeta escribió: «De día se topan con las tinieblas, y en mitad del día andan a tientas como de noche».

—*Je m'en fiche*. Además, si hay una tiniebla que ya lo ha ensuciado todo en mí, es ella.

Ergueta guiña el párpado y se echa a reír:

—¡Qué lindas mentiras inventa usted! Nadie ensucia a nadie. Además, ¿para qué quería casarse usted con una criatura de catorce años? ¿Para limpiarla de todo pecado o para terminar de ensuciarla? Ojo, compañero. Yo leo la Biblia, pero no soy ningún gil. ¿Era casto usted cuando la pretendía a ella?

—No...

—Y entonces, ¿a qué hace tanto aspaviento?

Llega de la distancia el apagado graznido de un claxon. El ladrar de los perros se amortigua. La luna filtra a través de los árboles cenicientas barras de plata.

Barsut se ha hecho atrás, y vacilante repone:

—¿Sabe que tiene razón?... Posiblemente... Déjeme pensar... ¿A ver? Posiblemente yo la odiara por el poder que ella ejercía sobre mí. Vea, ¿quiere que le sea sincero, pero sincero de verdad? Cuando ella me confesó que se había entregado a otro yo la escuché sonriendo. Sentí en mi interior que no se me importaba nada lo sucedido. Pero cuando analicé lo que significaba esa indiferencia respecto a su pecado... recién entonces empecé a odiarla. Si hubiera podido quemarla viva la hubiera quemado.

Ergueta se ríe silenciosamente:

—Usted no la hubiera quemado, no, viva a ella, ni aun a su retrato. Lo que pasa es que le gustan las palabras de efecto. Usted ha hecho lo que hacen todas las almas vulgares. Queriéndola mucho, empezó a odiarla.

—Y un alma superior, ¿qué hubiera hecho?

—La hubiera borrado inmediatamente de su interior. El alma superior tiene esa característica. Además... ¿para qué quería casarse? El Buda ha dicho una palabra muy sabia: «Todo hogar es un rincón de basura». Y el Príncipe no se refería a la casa de un pobrecito como usted o yo, no, el Príncipe se refería a hogares de altos encumbrados como él.

—Ergueta, déjeme del Buda. Yo soy un hombre que come, vive y duerme. El Buda podía decir lo que quería. Nadie se lo prohibía. Yo soy un hombre de carne y hueso. Tengo corazón, tengo riñones, pulmones. Todo mi cuerpo pide felicidad. Los sucesos humanos no se pueden arreglar con frases. No son como las películas, que un técnico revisa y deja de ellas lo que está estrictamente bien. Yo soy un hombre de carne y hueso. Con necesidades y principios. Mi drama, le estoy hablando de mi drama. ¿Qué importa que yo sea un cínico o un malvado? El Astrólogo insiste en que debo transformar mi vida. Pongamos por caso que escuche los consejos del Astrólogo. Que con mis propias manos me confeccione un traje de arpillera y que con una latita vaya por la plaza de Flores y pida limosna y junte mi comida en los cajones de basura. Y que me arrodille en la esquina del café Paulista y me golpee el pecho con las manos.

—¿El Astrólogo dijo eso?

—Sí.

Caviló un instante Ergueta:

—Me alegro que el Astrólogo le haya dicho eso. El Astrólogo tiene una intuición de la Verdad. No está todavía bien encaminado, pero atisba. Han llegado los tiempos, pero el Astrólogo debe haber sacado del libro de Jeremías lo del traje de arpillera. Claro. En el libro de Jeremías está escrito: «Por esto vestíos de saco, endechad y aullad, porque la ira de Jehová no se ha apartado de vosotros». ¿Así que el Astrólogo le dijo eso?

—Sí; él cree que con esa conducta puedo transformar mi vida. Lo cual es absurdo.

Mi sufrimiento proviene de ser como son los otros. ¿O usted cree que yo soy el único simulador que da vueltas por allí? No, hombre. Bufones, comediantes envidiosos como yo los hay a millares en esta ciudad. No sé si las ciudades del mundo se parecerán a Buenos Aires. Hablo de lo que conozco. Supóngase que me arrodillara en la esquina del café Paulista. ¿Qué pasaría? Me meterían preso.

—O lo llevarían al manicomio, como a mí —rezongó Ergueta.

Barsut prosiguió:

—¡Si yo supiera que las mujeres se impresionarían con mi conducta!... ¡Pero qué las mujeres! Apariencias, apariencias. Vestidos que se mueven. ¿Qué hago yo entonces? Entregarse a las mujeres no se puede. Por ese lado el problema no se resuelve. ¿Qué camino seguir? ¿Qué me queda de hacer? Irme a Norteamérica. Enrolarme en el cine. Estoy seguro que en el cine parlante tendría éxito; porque mi voz está bien timbrada. En realidad, cuando mis ilusiones se las comunico a otros es para hacerlos sufrir. Hay gente que sufre cuando descubre posibilidades de éxito en sus prójimos. Hay otros tan envidiosos que a uno no le perdonan ni que sueñe disparates. Yo he visto amigos míos que se ponían pálidos cuando les hablaba del cine. Les decía que un drama parlante sería de perlas para mí. Se titularía «El barquero de Venecia». Yo iría en una góndola, remando por un canal, descubiertos los

brazos y coronado de flores. Una luna de plata cubriría de lentejuelas anaranjadas el agua negra de los canales. Bajo un balcón del Puente de los Suspiros cantarían una barcarola. Claro está que para eso estudiaría canto. Al cantar bajo el puente se abriría una ventana, saltaría a mi góndola una marquesita, y arrancándome las rosas que me cubrían el pecho, me clavaría un estilete en el corazón. Hubo uno que perdió las ganas de dormir el día que le conté ese sueño. ¿Se da cuenta usted, Ergueta, qué profunda es la perversidad humana? Aborrece hasta las quimeras que lo distraen a un desdichado. ¿Qué pasaría si esos sueños se realizaran? No sé. Posiblemente, de poder matarlo a uno, lo matarían.

—¿Puede vivirse así? Dígame sinceramente: ¿se puede vivir de esa manera? No es posible. Vea, Ergueta: usted no sé qué vida ha hecho. Usted es bueno y malo, pero en el fondo es un macho. Y un macho está bien plantado en cualquier parte. Pero no conoce a la gente que conozco yo. Los perversos y endemoniados de café. Mire: cuando el Astrólogo me despojó de mi dinero, sentí una gran alegría. ¿Sabe por qué? Pues porque me dije:

—Ahora he quedado en la miseria. Ahora tendré que trabajar para triunfar. Lucharé como una fiera, pero saldré con la mía. Todos antes del gran triunfo tienen características de locos, como todas las mujeres antes de parir son deformes de vientre. Ahora lo que pasa es que mi sueño de grandeza no me produce alegría. Soy un genio triste. A veces observo mi aburrimiento con tanta meticulosidad como podría verse el interior del vientre un hombre que tuviera la piel de cristal.

Ergueta contempla una estrella, gruesa, en la altura, como un nardo de oro.

—Es que está escrito: «El camino de los impíos es como la oscuridad; no saben en qué tropiezan». Está escrito: «También me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis». Hay que buscar a Dios, amigo Barsut. Se lo dice un hombre que...

Barsut, sordo para lo que no sea su pensamiento, continúa:

—¿Si los otros fueran mejores que uno? Entonces el problema se resolvería fácilmente. Alguien me dijo que me casara. Sí, pienso casarme, pero será con Greta Garbo. Me gusta esa mujer. Por eso tengo que ir a Estados Unidos, triunfar allí... Vea, hasta tengo hecho el cálculo. Un año para triunfar, otro año para conquistarla... Dentro de dos años, estimado Ergueta, usted profetizará por las esquinas vestido de arpillera, con una latita en la mano. La gente, en redor suyo, abrirá la boca frente a los textos que cite de las Escrituras; de pronto, yo me detengo en un Rolls-Royce, el lacayo abre la puerta, y baja Greta Garbo tomada de mi brazo. Y yo le digo: «—¿Ves? ... Ése es mi amigo Ergueta, con quien conversé una noche cuando estaba secuestrado». Y lo llevamos a usted a Estados Unidos...

Llamó una voz ronca:

—Barsut.

Por el camino avanzó una sombra. De la tierra se desprendió un acolchado sonido de pasos. Barsut distinguió al Astrólogo, y tomándolo del brazo a Ergueta le dijo,

temeroso:

—Por favor, ni una palabra con él.

En el fondo de una cantera vegetal, agrisada por la luna, se recortó inmensa la estatura del Astrólogo. Adivinándolo a Ergueta, saludó en la oscuridad:

—Buenas noches, Ergueta. Disculpe que lo interrumpa. ¿Me permite un momento al amigo Barsut?

—¿Me necesita usted?

—Sí, Barsut, venga. Tengo que darle una buena noticia.

Ergueta quedó nuevamente solo bajo la higuera. Observó a los dos hombres que se fundían entre los árboles, y murmuró:

—Señor, ¡cuánta verdad hay en tus palabras: «El camino del hombre perverso es torcido y extraño»!... ¡Torcido y extraño! ¡Parece que hubieras previsto todos los movimientos del alma en la noche de los siglos, Señor!

Y Ergueta se hincó sobre el pasto. Juntó las manos sobre el pecho y comenzó a orar.

La luna caía en barra de plata sobre su espalda encorvada

«LA BUENA NOTICIA»

La lámpara del escritorio estaba encendida cuando entraron. El Astrólogo le señaló a Barsut el sillón forrado de terciopelo verde, y éste, sentándose, aguardó en actitud de expectativa mientras que el otro se dirigía al armario. De allí, el Astrólogo sacó un paquete cuya envoltura de diario arrojó al suelo. Barsut observó que eran fajos de dinero. Simultáneamente, el Astrólogo echó mano al bolsillo trasero del pantalón, extrajo una gruesa pistola de calibre 40 y paquete y pistola los colocó sobre el escritorio, frente a Barsut, que lo miraba asombrado, y dijo:

—Sírvese. Aquí están sus dieciocho mil pesos. Usted queda libre de ayudarme o de irse por su propia voluntad. Tiene cinco minutos para pensarlo. El revólver, para que usted vea que no le he tendido ninguna celada. Voy arriba. Dentro de cinco minutos bajaré a recibir su contestación. Si antes de los cinco minutos ha resuelto irse, puede salir.

Y sin mirarlo a Barsut le dio la espalda, salió al pasillo y Barsut escuchó sus pesados pasos en los tramos de la escalera que conducía al desván de los fantoches.

Quedó solo Barsut. Diez mil voces interiores gritaban en él:

—¿Pero será posible esto? ¿Será posible?... ¡Norteamérica!...

Se inclinó ávidamente sobre el paquete. Dejó el dinero, y tomando la pistola hizo correr el cierre en la culata del mango. Extrajo a medias el cargador. Por los agujeros de la vaina distinguió la redondez de bronce de las cápsulas. Cerró la culata, y depositando el arma sobre la mesa cogió con las dos manos los extremos del paquete. Dos pequeños fajos estaban compuestos de billetes de diez pesos; otro, con cincuenta

papeles de cincuenta, y el resto de la suma completado por billetes de cien pesos. Sin mirar en derredor comenzó a contar las puntas de los papeles de cien pesos. Una idea cruzó vertiginosa por su mente: «—¿No será el “paco mocho” éste?». Rompió los fajos. Desparramó el dinero. ¡No!... ¡Qué equivocado estaba! Aquello no era «paco mocho». La luz centelleaba frente a sus ojos como un Niágara incandescente. La voz interior repetía:

—¡Hollywood!... ¡Hollywood!...

Rápidamente, dedujo:

—Ese bandido ha vendido la farmacia de Ergueta. Para que no lo denuncie... Ahora me explico las venidas de Hipólita. La postergación de la reunión del miércoles. Veintitrés, veinticuatro, veinticinco. ¡Hollywood!... veintiséis... ¡Hipólita ha desvalijado al marido... veintisiete...

Súbitamente, Barsut se estremece. Una corriente de frío nervioso le eriza el vello de la espalda, descargándose como un chorro de agua fría por la piel de su cabeza. Inexplicablemente lo ataca el miedo. Lentísimamente levanta los párpados. En la hendidura negra que deja la puerta hacia el recibimiento por donde salió el Astrólogo, distingue una nariz amarilla y el brillantado vértice de un ojo.

La puerta se abre insensiblemente, descubriendo cada vez más en la franja perpendicular de fondo negro el relieve amarillo de una frente abultada. Los ojos subrayados por la línea negra de las cejas miran fijamente, mientras que los labios contraídos como los de un perro que amenaza mordisco dejan ver la hilera de los dientes brillantes.

Es el Hombre que vio a la Partera. Su cabeza se agazapa entre la defensa de los hombros levantados. El puño derecho de Bromberg esgrime en ángulo recto un cuchillo de hoja ancha, horizontal a su mano.

El Hombre que vio a la Partera lo está acechando. Pero si el Astrólogo le ha tendido una emboscada, ¿por qué le dejó la pistola? Barsut observa semihipnotizado.

Bromberg no mira el dinero. Sus pupilas brillantes se clavan oblicuamente en un punto del muro. Sin embargo, a la altura de su ingle, la cuchilla se pone cada vez más horizontal.

Barsut mira.

Del cuerpo que resbala insensiblemente hacia él, sólo le son visibles unas cejas abultadas sobre dos ojos incoherentes. A medida que el rostro chato se aproxima más en el vacío una debilidad terrible se apodera de sus brazos. Sabe que va a morir. No puede moverse. Se ha olvidado totalmente de la fuerza que almacena la estatura de su cuerpo... Su voluntad sólo subsiste para mirar el rostro amarillento y chato, empotrado en la gruesa garganta venosa. El asesino, en mangas de camiseta y descalzo, empuja lentísimamente la puerta. Sus pies están aún en el pasillo, mientras que su busto parece alargarse elásticamente al interior del cuarto.

—Pasaron tres minutos —grita estentóreo el Astrólogo.

La llamada del Astrólogo resbala sobre la impasibilidad de Bromberg. Este

avanza sin separar la planta de los pies del piso. Bajo la piel de Barsut los músculos se contraen tan bruscamente que un dolor candente, como un latigazo de fuego, relampaguea a través de sus brazos.

Vertiginosamente estira una mano, sin levantarse del asiento, esgrime temblando frente a su pecho la pistola y apretando fuertemente los párpados, ciego, aprieta el gatillo, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis veces... Las explosiones se suceden con monorritmo mecánico. Aprieta nuevamente el gatillo y el percutor golpea en el vacío. Entre cada estampido Barsut esperaba sentir entrar a su vientre la fría hoja de la cuchilla. Un olor nauseabundo lo envuelve en una neblina blanca; alguien grita en sus orejas «¡oh! ¡oh!», y él se desploma sobre un posamanos del sillón forrado de terciopelo verde. Nuevamente alguien grita en sus oídos palabras distantes, lo sacuden por los brazos; no comprende nada ni quiere abrir los ojos. Al fin, venciendo su pesadez de plomo, despega los párpados. De espaldas, tieso, el Astrólogo con la punta del zapato empuja la cintura de Bromberg sobre los riñones. Éste, desplomado sobre un charco de sangre, se estremece con las piernas encogidas y la cabeza derrumbada sobre una sien, en el suelo.

Barsut respira dificultosamente. La atmósfera del cuarto está caliente como la de un horno, e impregnada por la deflagración de la pólvora de un intenso olor a pedo seco.

El Astrólogo vuelve la cabeza, y mirándolo a Barsut le dice:

—De buena nos libramos. Me ha salvado la vida, amigo Barsut.

Barsut se levanta pesadamente, turbios los ojos verdes. Se restriega los brazos y mirando la parte alta del rostro del Astrólogo dice en tono de semidormido:

—Parece que está herido —al mismo tiempo evita mirar al caído.

El Astrólogo, enviserándose la frente con los dedos para mirar mejor a Bromberg, suelta una carcajada.

—¿Parece?... ¡Si las ha recibido todas en el cuerpo!... ¿No ve que está muriéndose?

—Salgamos afuera... Me ahogo...

—Vamos... No le hará mal un poco de fresco.

El Astrólogo gira la llave de la lámpara y el cuarto queda a oscuras. Barsut, tambaleándose, llega hasta el rellano de la gradinata rodeada de palmeras, y se sienta en el primer escalón. La frente apoyada en una mano y el codo del brazo en la rodilla.

Alegremente locuaz comenta el Astrólogo:

—Esta vez Dios ha tenido en cuenta mi buena fe. Yo le dejé el revólver para que usted se sintiera más fuerte. Quería que tomara la resolución que más conviniera a sus intereses.

Se sienta en el escalón junto a Barsut y continúa:

—Desde esta mañana resolví dejarlo a usted en libertad de seguir el camino que sus sentimientos le inspiraran. El demonio, sólo el demonio, puede sugerirle a uno semejantes ideas. Durante un minuto me tentó con este proyecto: sacarle la pólvora

de las balas. ¿Por qué se me ocurrió esa idea? No sé. Pero tuve que hacer un gran esfuerzo para resistir semejante tentación. Debe haber sido el amor propio... ¡qué sé yo!... Lo cierto es que si le he salvado la vida al gritarle: «han pasado tres minutos», usted ha salvado la mía y la suya.

Barsut suda copiosamente en silencio.

El Astrólogo continúa imperturbable:

—Mala cosa es pelear con un hombre armado de revólver, pero mucho peor que esa mala cosa es tener que hacerle frente a una fiera armada de cuchillo. Supongamos que yo bajara cuando usted gritaba al ser herido. ¿Qué podía hacer yo, que estaba desarmado? Realmente, usted ha evitado la carnicería.

—Tiré sin mirar.

—Mejor que mejor. Es la única forma de hacer blanco en el que no maneja armas de fuego. Lo que no falla nunca es el instinto.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¿Cómo qué hacemos? ¡Enterrarlo! Supongo que usted no pensará embalsamar a ese perro.

Ascendiendo por el espacio la luna enfocaba ahora la gradinata donde conversaban los dos hombres. Desde allí el crestado horizonte de árboles era un barroco relieve de negro humo sobre la loza azul del firmamento.

Barsut dijo:

—Bueno... creo que con lo que ha pasado tiene usted suficiente, ¿no? Quiero irme.

—¿En qué piensa invertir ese dinero?

—No sé... Me iré a Estados Unidos.

—La idea no es mala. ¿Me guarda odio usted?

—Deseo irme cuanto antes de aquí.

—Perfectamente. Vaya a buscarse su dinero.

Entró Barsut, y el Astrólogo quedó solo en el rellano de la escalinata. Una expresión enigmática se pintaba en su rostro, grisáceo a la claridad lunar como una mongólica mascarilla de plomo.

Barsut salió. El dinero en una mano y la pistola en otra.

—Mis papeles de identidad están en la cochera.

El Astrólogo sonrió:

—Usted me habla, Barsut, como si temiera que yo me opusiera a su marcha. No, váyase tranquilo. Tengo mucho dinero a estas horas. Más del que se imagina.

Barsut no contestó palabra. Descendió de un salto la escalinata y se internó entre los árboles. No había avanzado muchos pasos, cuando tuvo que detenerse y apoyar el brazo en un tronco. Un sudor frío brotaba de su cuerpo. Se contrajo sobre sí mismo y vomitó. Ya más aliviado, se dirigió a la cochera. No había nadie allí. Entró al cuarto donde había vivido días tan singulares, encendió la vela, se inclinó sobre su baúl, y de entre los pliegues de una camisa sucia retiró sus documentos de identidad. Luego

salió.

Caminaba despacio entre los árboles, cuyas ramas apartaba con el canto de las manos. Al pasar oblicuamente por el sendero que se curvaba junto a una higuera, distinguió, arrodillado sobre una alfombra de hojas secas al farmacéutico Ergueta.

Éste, inclinada la cabeza, las manos recogidas sobre el pecho, oraba en silencio, con la espalda plateada por la luz de la luna.

Un desaliento infinito pasó por su vida. Durante un instante envidió la locura del iluminado; apuró el paso, y cuando llegó frente a la casa, el Astrólogo no estaba ya en la gradinata.

Vaciló si iría a saludarlo o no; luego se encogió de hombros y continuó caminando. La portezuela de la quinta estaba abierta. Respiró profundamente y salió a la calle. La vida le pareció una gracia nueva.

LA FÁBRICA DE FOSGENO

Barsut, dos cuadras antes de llegar a la estación de Temperley, vio a Erdosain que cruzaba la franja blanca que la vidriera de un café lanzaba a la calzada.

Se detuvo un instante. Erdosain caminaba con las manos en los bolsillos, por la orilla de la vereda, bastante agobiado.

Tuvo tentaciones de chistarlo. Se dijo que no había objeto en hablar, y observando cómo el otro se alejaba, entrando sucesivamente en planos de luz y de sombra, al pasar los focos, se encogió de hombros pensando:

«Que le ayude al Astrólogo a enterrar al muerto».

Miró por la vidriera del café el reloj de pared. Eran las nueve y media. Algunos hombres jugaban a los naipes en un largo salón de piso cubierto de aserrín. Iba a entrar a tomar un café, recordó que no necesitaba cambiar billetes de cien pesos porque tenía algunos de diez, y se dirigió resueltamente a la estación, diciéndose:

—Me afeitaré y luego iré al cabaret.

En cambio, Erdosain, al llegar a la quinta, fue recibido por el Astrólogo en la puerta de la casa. Remo experimentó cierta extrañeza al ver que aquél no lo hacía pasar al escritorio, como de costumbre, sino a la habitación contigua, un cuarto siniestro, largo como un pasadizo y débilmente iluminado por una lámpara de pocas bujías. Era increíble la cantidad de polvo que había allí acumulado en todos los rincones. El mobiliaje de la habitación pasadizo consistía en un perchero de caoba y dos sillas de madera, de aquellas que se usan en las cocinas, también excesivamente cubiertas de tierra. En un vértice estaba la escalera que permitía subir al cuarto de los títeres.

Remo, fatigado, se dejó caer pesadamente en el incómodo asiento. El Astrólogo lo miraba con cierta expresión de hombre interrumpido en sus quehaceres por una visita inoportuna.

—Recibí hoy su telegrama —dijo Erdosain—. Aquí le traigo el proyecto de la fábrica de gases.

—¡Ah, sí! ¿A ver?...

Remo le entregó el cuadernillo que había confeccionado, y el Astrólogo se puso a leer a media voz.

Erdosain se cruzó de brazos y cerró los ojos. Tenía sueño. Además, no le interesaba en modo alguno ver la cara del otro mientras murmuraba como un rezo lo que sigue:

«He escogido el gas fosgeno, no arbitrariamente, sino después de estudiar las ventajas industriales, facilidad de fabricación, economía y toxicidad que ofrece sobre otros gases de guerra.

Las experiencias que esta nueva arma dejó a los directores de combate de la última guerra pueden concretarse en estas palabras de Foch:

“La guerra química se caracteriza por producir los efectos más terribles en los espacios más extendidos”. En el año 1915 entra en acción el fosgeno; en el otoño del año 1917 recrudece la guerra química, pues a fines del año 1916 el Estado Mayor alemán lleva a la práctica el plan de Hindenburg. La guerra de gases se intensifica de tal manera que Schwarte da el dato de que en un solo bombardeo de Verdún se utilizaron cien mil obuses cargados de Cruz Verde, o sea fosgeno y formiato de etilo.

En las instrucciones de batería para los ataques que se llevaron a cabo en el Aisne encontramos este boletín de gas:

En bombardeo de contrabatería, piezas de 77, piezas de 100 y obuses de 150.

Cruz Azul, 70 por ciento; Cruz Verde, 10 por ciento; obuses explosivos, 20 por ciento.

En bombardeo de posición de infantería, piezas de campaña de 77, obuses de 105 a 150.

Cruz Azul, 30 por ciento; Cruz verde, 10 por ciento; obuses explosivos, 50 por ciento.

En ataque de atrincheramiento: Piezas de campaña de 77; obuses de 100 a 105.

Cruz Azul, 60 por ciento; Cruz Verde, 10 por ciento; obuses explosivos, 30 por ciento.

En general, el porcentaje de proyectiles a usar en casi todas las tablas de los beligerantes ocupa el elevado porcentaje del 70 por ciento sobre los proyectiles explosivos.

Efectos del gas

Ordinariamente produce un edema pulmonar cuya secreción de líquido determina la asfixia del gaseado. Además, sus efectos son retardados y singulares en atmósferas donde se encuentra sumamente diluido. Se interrogaron a soldados que se encontraban sin ninguna lesión de gas, y que veinticuatro horas después del ataque

con fosgeno murieron instantáneamente. En general, la Disciplina del gas tiende a considerar a todo lesionado leve como un herido grave, pues los efectos retardados del tóxico son sorprendentes.

Composición

Su composición es simple: Un volumen de óxido de carbono y tres de cloro. La combinación de ambos gases forma un producto líquido que se denomina fosgeno. El fosgeno hierve o, mejor dicho, se evapora en contacto con el aire, cuando la temperatura ambiente es superior a ocho grados centígrados. Su densidad es 1,452.

Se conserva envasado en ampollas de cristal o depósitos de plomo o de hierro galvanoplásticamente emplomado. Es preferible damajuanas de vidrio.

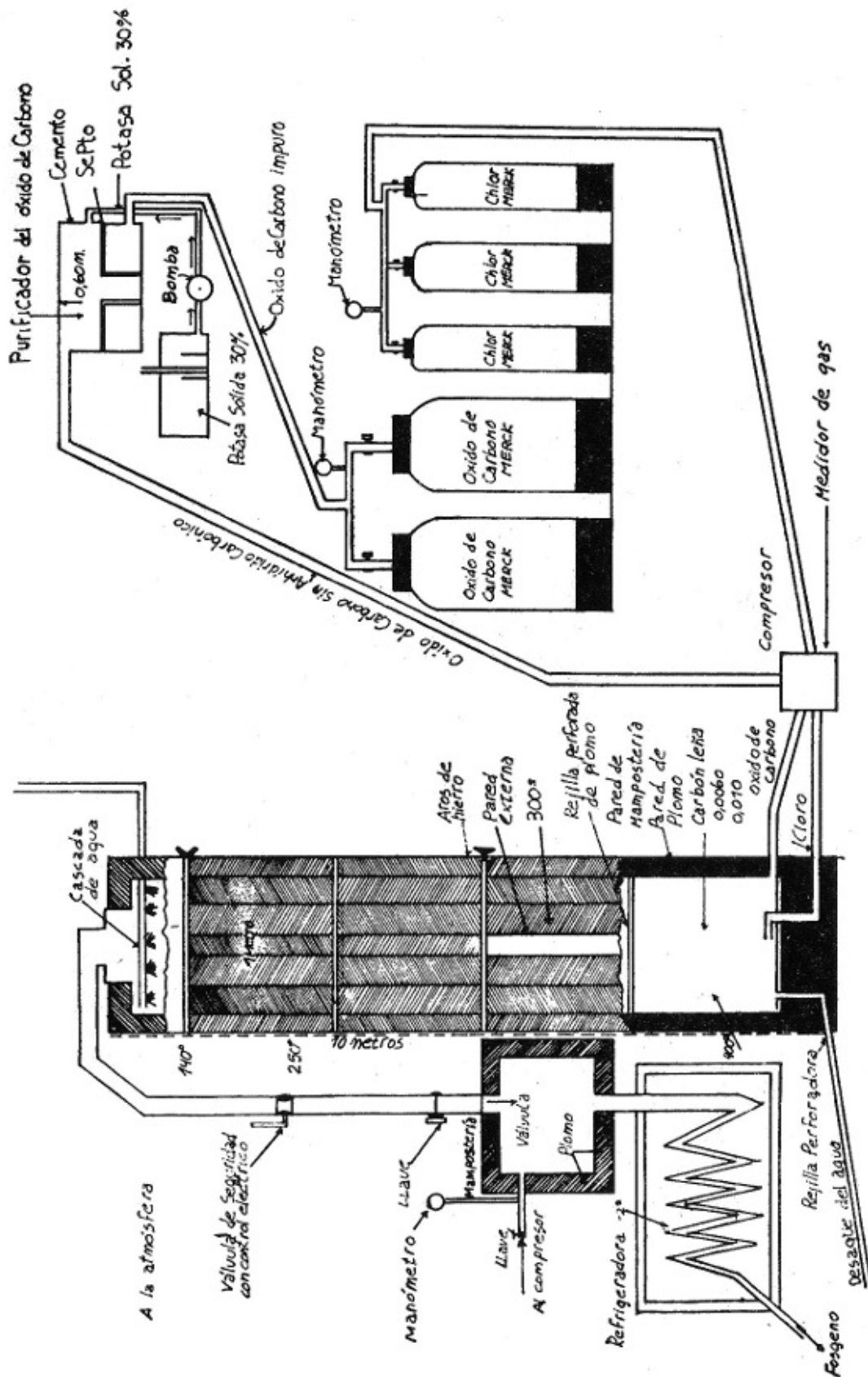
Sumamente económico. Sus efectos tóxicos son instantáneos cuando se encuentra disuelto en el aire en un porcentaje de 1 por 800; es decir, que cada 800 metros cúbicos de aire requieren 1 metro cúbico de fosgeno.

Fabricación

La fabricación del fosgeno es sencilla. Los dos gases, cloro y óxido de carbono, se combinan en la base de una torre de diez metros de altura, cargada de carbón vegetal constantemente humedecido por una lluvia de agua. Un detalle importante consiste en que el carbón debe estar granulado en trozos perfectamente homogéneos, de un diámetro de seis a diez milímetros por trozo. El carbón de este catalizador, antes de ser enviado a la torre, es cuidadosamente lavado con ácido clorhídrico, luego con agua, y finalmente secado en el vacío, para despojarlo de cenizas y todo resto orgánico.

Al combinarse, los dos gases producen por reacción una temperatura de cuatrocientos cincuenta grados. A medida que el gas por presión se eleva en la torre de carbón, que estará dividida por rejas horizontales de plomo, la temperatura disminuye, de manera que al terminar su recorrido de diez metros a través del carbón, el fosgeno tiene una temperatura de ciento cincuenta grados. Se hace pasar a un robinete sumergido en hielo, y el gas se licúa. Su densidad es de 1,455. El carbón de esta torre debe ser renovado siempre que el porcentaje de combinación de los dos gases disminuya del noventa por ciento.

Este sistema de fabricación es angloamericano.



El aparato

Una usina de fabricación de mil kilogramos de gas fosgeno cuesta, aproximadamente, seis mil pesos.

Consta:

De un lavador de potasa donde se deshidrata el óxido de carbono.

De dos compresores de siete caballos y medio de potencia.

Contadores de gas que controlan en metros cúbicos el paso del gas, de manera que la combinación se efectúe siempre en las mismas proporciones. Para evitarse un operario en este control se utiliza un dispositivo eléctrico para los dos contadores. La operación se simplifica.

El cloro y el carbono son enviados a presión a la torre donde se combinan.

La torre

Para usina estable conviene una torre de cemento armado, o también una torre de ladrillo de diez metros de altura. Interiormente esta torre está forrada de una camisa de plomo. Es conveniente advertir que todos los objetos metálicos que intervienen en la operación, como son robinetes, válvulas, llaves, que generalmente son de bronce, deben ser recubiertos de un baño galvanoplástico de plomo.

La parte superior de la torre consiste en una cúpula de plomo. Bajo esta cúpula se encuentra una tubería que deja caer una llovizna de agua a presión. El agua, al llegar al pie de la torre, que es el punto de entrada de los gases, sale al exterior por un sifón. El sifón permite el paso del agua, mas no el de los gases que pudieran infiltrarse por allí.

La torre puede ser cuadrada o redonda. Su forma es indiferente. El espesor de la muralla de cemento o ladrillo será el indispensable al equilibrio y estabilidad del conjunto. El diámetro interior de la cámara de plomo vertical es de sesenta centímetros. Su espesor, un centímetro. Espesor de las rejas transversales, dos centímetros. Diámetro de los agujeros de las rejas, cinco milímetros.

Cuando el gas fosgeno llega a la parte alta de la torre, tiene la temperatura de ciento cincuenta grados. Se le hace pasar por serpentines congelados, hasta que se licúa.

Presión del gas

El óxido de carbono y el cloro son introducidos por tubos en la torre de combinación a una presión idéntica de seis atmósferas. Para ello, el depósito de cloro como el de óxido de carbono, deben estar cada uno en conexión con un compresor. La potencia de los compresores será de siete caballos, y ambos estarán accionados por un motor eléctrico común a los dos ejes, de manera que la cantidad de volúmenes de gas introducidos a la torre sea siempre la marcada por el porcentaje 3-1, a la misma presión.

Los tubos que conducen el gas a la torre catalizadora, así como los compresores de oro y de óxido de carbono, tendrán el mismo diámetro. Además, las partes que entran en contacto con el gas no serán lubricadas, sino que los aparatos trabajarán en

seco, pues el cloro le quita las propiedades lubricantes al aceite.

Controles

Los controles serán eléctricos. Termómetros enchufados en distintas alturas de la torre proporcionan las temperaturas del gas en su recorrido ascensional, permitiendo así llevar con exactitud el control de la operación.

Precauciones

El aparato, antes de ser puesto en marcha, será probado con aire comprimido. El personal trabajará munido de máscaras contra fosgeno. Los equipos berlineses que se encuentran a la venta para el público son los más perfectos y más baratos que se conocen.

La fábrica estará situada, a ser posible, en lugar montañoso, alto, recorrido continuamente por vientos de dirección distinta. Los pisos y muros estarán contruidos de cemento, y los herrajes y todo objeto metálico, emplomados galvanoplásticamente para evitar el ataque del gas.

Tácticas del gas

Los gases tóxicos dan el maximun de su rendimiento en los días ligeramente húmedos y poco ventosos, con una temperatura superior a ocho grados. Para trabajar con el gas, se escogerán las primeras horas entre el amanecer y medianoche.

Se tratará de no lanzar el gas si hay una velocidad de viento superior a cinco metros por minuto. La velocidad más práctica de corriente de viento es aquella de tres y cuatro metros por minuto.

Para fijar velocidad y dirección del viento se usará un aparato meteorológico, denominado anemómetro.

Se evitará, cuidadosamente, lanzar una cortina de gas mientras la tierra permanece recalentada por el sol, pues se generan entonces corrientes de aire verticales y ascendentes que dispersan el gas. En cambio tratará de trabajarse con tierra enfriada, ya que se producen corrientes de aire descendentes que evitan la dispersión del gas.

Pueden utilizarse corrientes de aire que se aparten del punto del ataque hasta cuarenta grados. Los terrenos bajos, llanos, pastosos, con vegetación que alcance la altura de un hombre, son ideales para el ataque con cortina de gas. Se evitarán en cambio los lugares montañosos, donde las diferencias de altura y velocidades del viento anulan la cortina casi en absoluto.

Línea de ataque de fosgeno

Teóricamente y en local cerrado necesitamos medio gramo de fosgeno para

convertir en mortífero un metro cúbico de aire.

Se emplearán 40 litros de fosgeno líquido por metro lineal (táctica alemana). Cuando se trate de frentes estrechos de ataque, de escasa profundidad, puede reducirse a 20 litros.

En puntos de ataque que estén a 400 ó 500 metros del lugar de emisión del gas, la cortina de fosgeno y cloro (9 volúmenes por 1 de fosgeno) llega en 3 ó 4 minutos. Casi siempre, la nube de gas, con un viento de 3 metros de velocidad por minuto, recorre 200 metros en el mismo espacio de tiempo.

El intervalo entre la primera y segunda emisión debe ser igual al espacio de tiempo que la nube de gas ha tardado en llegar al punto de ataque. Se forma una cortina tóxica de cinco metros de altura que se dilata en ancho a medida que se aleja del punto de emisión. Los efectos son fulmíneos.

El coronel Block ha calculado que 500 kilogramos de fosgeno producen un volumen teórico de 100.000 metros cúbicos, originando una nube que tiene 35 metros de altura, 30 metros de ancho y 100 de profundidad. Esta nube de gas, produciría efectos tóxicos peligrosos aun arrastrada por el viento a la distancia de un kilómetro del lugar de emisión.

En general, los atacados perecen casi instantáneamente por efectos de la asfixia cuando el gas fosgeno está diluido en la proporción de 1 volumen por cada 800 de aire.

Transporte de fosgeno

En un ataque revolucionario, que es de sorpresa y minoría, el mejor sistema para transportar fosgeno es el camión tanque. Cada camión tanque puede transportar dos mil kilogramos de fosgeno líquido. Un dispositivo sencillo permitirá regar el frente de combate en el porcentaje de 20 ó 40 litros por metro lineal.

Como el fosgeno se dilata a medida que la temperatura aumenta, los tanques de fosgeno estarán calculados para soportar presiones de 80 libras por pulgada cuadrada.

La garita del conductor del camión tanque estará absolutamente aislada de la atmósfera externa. El aire para su respiración penetrará a través de respiraderos químicos que neutralizan el fosgeno, y cuya substancia es idéntica a la que se utiliza en las caretas contra los gases.

Así, diez camiones con capacidad para tres mil litros de fosgeno cada uno pueden atender un frente de combate que se dilataría por los colazos de la nube a 5 kilómetros de extensión.

Táctica de ataque

Visto que la aviación de guerra, por reducido que sea su contingente en aparatos de combate, puede destruir un ejército excelentemente equipado, todo ataque revolucionario con gas debe ser dirigido simultáneamente a los arsenales, aeródromos

militares, etc.

En general, la mortandad para tropa o población no preparada para el combate de gases se eleva al 90 por ciento.

La desorganización que precede a un ataque con gas es tan extraordinariamente intensa que prácticamente es imposible toda tentativa de resistencia.

Puédese asegurar que cien técnicos en gas destruirían en ataques de sorpresa el grueso de cualquier ejército sudamericano».

Mientras el Astrólogo leía, Erdosain aspiraba ansiosamente el aire. Al volver la cabeza un reflejo rojo hirió oblicuamente su pupila. Bajo la puerta cerrada, que separaba el escritorio del recibimiento, por el piso de madera, avanzaba como plana culebra una alargada mancha de sangre.

El pensamiento de Erdosain voló instantáneamente hacia la Bizca. Sumamente pálido, tocó un brazo del Astrólogo. Éste levantó la cabeza, y Erdosain dijo:

—¿Hay un muerto allí al lado?

—Sí, hay un muerto... pero está muy bien su memoria. Lástima que no le haya agregado los planos e instrucciones para instalar simultáneamente junto a ella una fábrica de cloro y otra de óxido de carbono.

—¿Quién es el muerto?

—Bromberg... ¡Pero es notable! Yo ignoraba que los gases se utilizaron en la guerra en tan alto porcentaje. Setenta por ciento de Cruz Azul en un ataque de contrabatería. Es una enormidad. El explosivo queda reducido a nada.

—¿Y usted qué va a hacer?

—Irme.

—¿A dónde?

—¿Usted me acompañaría?

—No; pienso quedarme.

—Yo me voy muy lejos. Resuélvase.

—Está resuelto. Me quedo.

El Astrólogo lo envolvió en una mirada serena:

—¿Tiene pensada alguna barbaridad?

—No sé...

—Bueno —y el castrado se puso de pie—, Erdosain, váyase. Ahora necesito estar solo... Otra vez: ¿quiere acompañarme?

El pensamiento de Erdosain voló hacia la Bizca.

—Me quedo... Adiós.

Se miraron a los ojos, estrechándose fuertemente las manos. El Astrólogo comprendió que Erdosain había ya trazado su destino, y no insistió. En Remo, en cambio, sobrevino en aquel instante una curiosidad inesperada. Dijo:

—¿Verá usted al Buscador de Oro?

—Hasta dentro de algunos meses, no.

—Bueno, cuando lo encuentre, dígame que siempre lo recordé con cariño.

—Muy bien.

Se miraron otra vez a los ojos, como si tuvieran que decirse algo; los labios de Erdosain se entreabrieron ligeramente, sonrió vagamente, y girando sobre sí mismo, salió.

«PERECE LA CASA DE LA INIQUIDAD»

Cuando el Astrólogo escuchó el bronceo tintineo del cencerro en la puerta, lo cual indicaba que Erdosain había salido a la calle, abrió la puerta del escritorio y encendió la lámpara.

Se detuvo allí apoyando pesadamente una mano en la jamba con el ceño abultado de preocupación. Un mechón de cabellos se pegaba a su frente sudorosa. El cadáver de Bromberg, con los pies descalzos en el centro de la balsa de sangre, era un bulto repugnante.

Inconscientemente el Astrólogo arrugó el cuadernillo de los Gases que mantenía en un puño y lo echó al bolsillo. Con el reverso de la mano se enjugó el sudor de la frente. Su sombra proyectada por la lámpara del cuarto, partía en dos el mapa de los Estados Unidos con banderitas negras clavadas en los territorios donde dominaba el Ku-Klux-Klan.

El hombre pensó algo, y dio un gran salto por encima del cadáver estancado en el charco rojo. Evidentemente estaba preocupado. Se movía con urgencia. Abrió el armario antiguo que estaba ocupado por hileras de libros, y de un rincón extrajo una cajita de hierro con cerradura de combinación. Hizo girar el disco de la clave y levantando la tapa colocó la caja sobre la mesa. Luego encendió un fósforo y lo arrojó en su interior. Humeó una llamita azul, y las llamas anaranjadas que devoraban los papeles se reflejaban en el fondo de sus pupilas inmóviles...

Debía estar fatigado. A pesar de que el tiempo urgía, se dejó caer pesadamente en el sillón forrado de terciopelo verde, frente al enchapado armario antiguo. El viento que entraba por la puerta entreabierta hacía oscilar las telarañas suspendidas entre el cielorraso y la estrecha ventana protegida por el nudoso enrejado.

Permaneció así algunos minutos sumergido en las meditaciones que preceden a la fuga.

—Buenas noches.

Levantó la cabeza, y encontró la figura de Hipólita, detenida en el centro del otro cuarto, empinada en la punta de sus pies y envuelta en su tapado color de piel de becerro. Ella permanecía inmóvil, fina, delicada, mientras que bajo la visera verde de su sombrero la mirada desteñida y recelosa iba sucesivamente del cadáver al Astrólogo.

—Buenas noches, he dicho. ¿Tenemos carnicería? Bonita manera de recibirla a

una.

El Astrólogo, ceñudo, no contestó. Con media cara apoyada en la palma de la mano la miraba sin mover los párpados. Hipólita continuó:

—Siempre has de ser el mismo mal educado. Todavía no me ofreciste asiento.

Hablaba así, sonriendo, pero su mirada desteñida y recelosa iba del cadáver al Astrólogo.

Bajo la lámpara incandescente, el muerto, descalzo y encogido, era un bulto sucio. El Astrólogo susurró:

—No lo maté yo.

Hipólita, que se había ido acercando a la puerta, sosteniendo con ambas manos su cartera a la altura de la cintura, cimbrió el talle al tiempo que sonreía:

—¡Te creo! ¡Te creo! Sos lo suficiente inteligente para hacer que sean otros los que te saquen las castañas del fuego. Además, que no vamos a discutir ahora semejantes bagatelas.

El Astrólogo la contempló entre regocijado y sorprendido.

—¿Me acompañarías?

Hipólita lo soslayó también sorprendida por la pregunta:

—¿Y dudás todavía?

—Tendremos que irnos muy lejos.

—Cuanto más lejos, mejor.

El Astrólogo se puso de pie. Los separaba la balsa roja, con el cabelludo cadáver recogido. El Astrólogo se inclinó, tomó impulso, y de un salto sobre el cadáver pasó junto a Hipólita. Tomándola de la cintura, él era demasiado alto junto a ella, encorvó la espalda y murmuró a su oído:

—¿Estás dispuesta a todo?

—A todo. Tengo dinero además, para ayudarte. Vendí la farmacia.

El Astrólogo, apartando el brazo de su cintura, dijo:

—Querida... sos una mujer extraordinaria... pero yo también tengo dinero.

—¿El de Barsut?

—Querida... yo siempre pago mis deudas. Barsut se ha ido de aquí con dieciocho mil pesos en el bolsillo.

—¿Se los devolviste?

—Sí... pero en billetes falsos.

—¡Sos un hombre magnífico, Alberto! El día que te fusilen iré a la capilla a despedirte con un gran beso. Y te diré: Tené valor, mi hombre.

—Y lo tendré, querida... lo tendré... pero no perdamos tiempo... vamos.

—¿No llevás equipaje?

—¿Qué mejor equipaje que el dinero?... Espérame un momento afuera.

Salió Hipólita al rellano, y de tres pasos el Astrólogo subió la escalera que conducía al cuarto de títeres. Permaneció allí escasamente el tiempo de un minuto, bajó restregándose las manos, cerró con dos vueltas de llave la puerta de entrada al

recibimiento y dijo:

—Querida, salgamos.

Más tarde, un vecino que lo vio alejarse con Hipólita del brazo, dijo que lo había confundido con el pastor metodista de la localidad. Efectivamente, el Astrólogo, visto de espaldas, con su sombrero plano, parecía un profeso del rito protestante.

El iluminado quedó solo en la cochera de la quinta. No había escuchado los tiros, porque numerosas inspiraciones ocupaban su imaginación.

Sentado a la orilla del camastro, abierta la Biblia sobre sus rodillas, leía el Libro de Daniel. El viento oscilaba la flecha amarilla de una vela encastrada en un cabo de botella, sobre un cajón de querosene, pero Ergueta, sin reparar en tales minucias, inclinaba la cabeza sobre las páginas, leía atentamente. De vez en cuando la sombra de su cabeza se movía en el muro blanco, como la de un rinoceronte que buchea agua sumergido en un charco.

El iluminado leyó, por décima vez, los versículos 44 y 45 del capítulo 11:

«Mas nuevas de oriente y del norte lo espantarán y saldrá con grande ira para destruir y matar a muchos.

Y plantará las tiendas de su palacio entre los mares y en el monte deseable del santuario, y vendrá hasta su fin y no tendrá quien le ayude».

El farmacéutico entrecierra el libro y dice en voz alta, terminantemente convencido:

—Bendito sea Dios. Ésta es profecía para el aniquilamiento del imperio británico. No queda ninguna duda. Tendré que entrevistarme con el embajador inglés para ponerlo sobre aviso. —Se soba el mentón con la yema de los dedos y remurmura:

«Y plantará las tiendas de su palacio en los mares y en el monte deseable del santuario...».

—¡Pues claro! Inglaterra tiene el protectorado de Palestina... es decir, «las tiendas en el monte deseable del Santuario». «Mas nuevas de oriente y del norte lo espantarán». ¿A quién pueden espantarlo, sino al Rey? ¿Y las «nuevas de oriente y del norte», qué pueden ser, si no la India, rebelándose con Gandhi? El norte... el norte es Rusia... la amenaza del comunismo. «Vendrá hasta su fin y no tendrá quien le ayude». No se puede pedir nada más claro. Realmente, resulta absurdo pensar que todavía existen incrédulos que dudan de las profecías. «Y plantará las tiendas de sus palacios en los mares»...

Recuadrado por el ventanillo de la buhardilla, un rectángulo rojo se reflejó en el muro. Ergueta se asomó al agujero, y la boca se le entreabrió en gesto de asombro.

De la planta alta de la casa que ocupaba el Astrólogo, por los tragaluces de las buhardillas, escapaban largas lenguas de fuego color naranja. Las ramas de los árboles movían sus sombras en los muros, iluminados en el fondo de tinieblas por un resplandor rosado.

Ergueta colocó sus manos en la cintura, guiñó largamente un párpado, y movió la cabeza al tiempo que decía:

—¡Perece la casa de la iniquidad!

Su sobretodo colgaba de un clavo. Fue y se lo echó a la espalda, cogió la Biblia, y bajando la escalera epilogó:

—Es inútil. Donde yace la Ramera nada bueno puede ocurrir. Es mejor que abandone este lugar de iniquidad. Dios, que provee de alimentos a los pájaros y a los peces, no me los negará a mí.

Y sin sombrero y en alpargatas se largó a las calles de Temperley. La Biblia bajo el brazo testimoniaba lo ardiente de su fe.

EL HOMICIDIO

A la una de la madrugada Erdosain entró a su cuarto. Encendió la lámpara que estaba a la cabecera de su cama, y la luz azul que filtraba la caperuza del velador descubrió dormida, dándole las espaldas, a la Bizca. El embozo de la sábana se encajaba en su sobaco, y el brazo de la muchacha se encogía sobre el pecho. Su cabello, prensado por la mejilla, castigaba la funda con pincelazos negros.

Erdosain extrajo la pistola del bolsillo y la colocó delicadamente bajo la almohada. No pensaba en nada. Barsut, el Astrólogo, la mancha de sangre filtrándose bajo la puerta, todos estos detalles simultáneamente se borraron de su memoria. Quizás el exceso de acontecimientos vaciaba de tal manera su vida interior. O una idea subterránea más densa, que no tardaría en despertarse.

Se desvistió lentamente, aunque a instantes se detenía en ese trabajo para mirar al pie de la cama los vestidos de la muchacha desparramados en completo desorden. La puntilla de una combinación negra cortaba con bisectriz dentada la seda roja de su pollera. Una media colgaba de la orilla del lecho en caída hacia el suelo.

Murmuró, displicentemente:

—Siempre será la misma descuidada.

Se metió despacio bajo las sábanas, evitando rozar con los pies el cuerpo de la jovencita. Apagó la luz, y durante algunos minutos permaneció mirando la oscuridad incoherentemente. Luego, dándole las espaldas a la Bizca, apoyó la mejilla en la almohada, encogió las piernas, y quedó súbitamente dormido, con las manos engarfiadas junto al pecho. Durmió dos horas. Es probable que no se hubiera despertado en toda la noche, pero una mano quemante bifurcaba los dedos en su bajo vientre. Volvióse al tiempo que la Bizca lo atraía hacia sus senos, y como su brazo estaba debajo de la almohada, al hacer el movimiento de retirarlo para abrazarla involuntariamente tocó la pistola. Un antiguo pensamiento se renovó en él.

—Así debió de estar el fraudulento aquel que mató a la muchachita — instantáneamente su atención se desdobló para atender dos trabajos distintos.^[17]

La boca de la Bizca se había agrandado y era una hendidura convulsa que se apegaba como una ventosa a su boca resignada. Erdosain involuntariamente tanteaba

debajo de la almohada el cabo del revólver. Y la frialdad del arma le devolvía una conciencia helada que hacía independiente su sensualidad de aquel otro horrible propósito paralelo.

Retuvo un homicida rechinar de dientes, y de los maxilares la vibración ósea descendió por los tendones de los brazos hasta la raíz de las uñas. Rebotó la vibración, agolpándose en las articulaciones de los dedos, a semejanza del agua que no teniendo salida en una alberca refluye sobre sí misma.

En las tinieblas, la boca de ella prensó furiosamente sus labios. Erdosain permanecía inerte. La Bizca, como si estuviera encaramada en un banquillo, efectuaba un trabajo extraño de pasión, utilizando únicamente los labios. Erdosain la dejaba hacer. Una tristeza inmensa despertaba en él. Ante sus ojos se había clavado cierto antiguo crepúsculo de mostaza: la ventana de un comedor estaba abierta, y él con ojos distraídos, miraba avanzar una raya amarilla de sol que doraba las manos sumamente pálidas de Elsa.

Nuevamente apretó el cabo de la pistola. Sentíase como un muerto entre los brazos de la jovencita. Ella ahondaba con la lezna de su lengua en los repliegues de sus axilas, y Erdosain sentía la cálida vaharada de su aliento cuando apartaba la boca para besarle un distinto trozo de piel.

¡Todo aquello era inútil!

Pero la jovencita no parecía comprender el singular estado de Erdosain. Su cuerpo pesado y caliente trajinaba en la oscuridad, y Remo tenía la sensación de estar enquistado en la pulpa ardiente de un monstruo gigantesco.

Ella le mordía los brazos semejante a un cachorro en sus juegos. Erdosain sabía dónde estaba su rostro por los soplos de viento que escapaban de aquellas fosas nasales.

Tristemente, la dejaba hacer. Comprendióse más huérfano que nunca en la terrible soledad de la casa de todos, y cerró los ojos con piedad por sí mismo. La vida se le escapaba por los dedos, como la electricidad por las puntas. En este desangramiento, Remo renunció a todo. En él apareció la aceptación de una muerte construida ya con la vida más espantosa que el verídico morir físico.

La mocita, horizontal, apegada a él, suspiró mimosa:

—¿Qué tenés, amor?

Ferozmente, Erdosain atrajo la cabeza de ella hacia él y la besó largamente. Estaba emocionado. Dos o tres veces miró hacia un rincón de tinieblas, como si temiera que allí hubiera alguien espiándole. Su corazón latía a grandes golpes. Del fondo de sus entrañas brotaba un viento tan impetuoso que al salir por la boca le arrastraba el alma.

Otra vez soslayó en la oscuridad el rincón invisible. Fue un minuto.

Se encaramó suavemente sobre ella, que con las dos manos le abarcó la cintura, creyendo que la iba a poseer. La jovencita le besaba el pecho y Erdosain apretó reciamente la cabeza de la criatura sobre la almohada. Sus movimientos eran

excesivamente torpes. La muchacha iba a gritar; él le taponó la boca con un beso que le sacudió los dientes, mientras que su mano acercaba el revólver por debajo de la almohada. Ella quiso escapar a esa presión extraña:

—¿Qué hacés, mi chiquito? —gimió.

Fue tarde. Erdosain, precipitándose en el movimiento, hundió el cañón de la pistola en el blando cuévano de la oreja, al tiempo que apretaba el gatillo. El estampido lo hizo desfallecer. El cuerpo de la jovencita se dilató bajo sus miembros con la violencia de un arco de acero. Durante varios minutos, Erdosain permaneció inmóvil estirado oblicuamente sobre ella, la carga del cuerpo soportada por un brazo.

Cuando el silencio externo reveló que el crimen no había sido descubierto, descendió de la cama, diciéndose extrañado: ¡Qué poco ruido ha hecho la explosión!

Encendió la lámpara y quedóse sorprendido ante el espectáculo extraño que se ofrecía a sus ojos.

En la almohada roja, la jovencita apoyaba la cabeza con la misma serenidad que si estuviera dormida. Incluso, en un momento dado, con la mano derecha se arañó ligeramente una fosa nasal, como si sintiera allí alguna comezón. Después dejó caer el brazo a lo largo del cuerpo y volvió la cara hacia la luz.

Una paz extraordinaria aquietaba las líneas de su semblante. Erdosain, para que no se enfriara, le cubrió las espaldas con una colcha.

La moribunda respiraba con dificultad. De un vértice de los labios se le despegaba un hilo de sangre. En el suelo sentíase el sordo aplastamiento del gotear de una canilla.

Erdosain, semidesnudo, se puso precipitadamente el pantalón; luego movió la cabeza desolado.

—¡Qué cosa rara! Hace un momento estaba viva y ahora no está. —Terminaba de ponerse las medias, cuando de pronto ocurrió algo terrible. La muchachita con brusco movimiento encogió las piernas, sacándolas de abajo de las sábanas, y con el busto muy erguido se sentó a la orilla de la cama. Erdosain retrocedió espantado. Un seno de la jovencita estaba totalmente teñido de rojo, mientras que el otro azuleaba de marmóreo.

Creyó por un instante que ella se iba a caer; pero no, la moribunda se mantenía en equilibrio, y extraordinariamente tiesa. Sus ojos abiertos contemplaban el casquete azul del velador. Hilos de sangre se desprendían de su cabellera roja, corriéndole por las espaldas.

Erdosain se apoyó en el muro para no caer, y ella giró desconsoladamente la cabeza de derecha a izquierda, como si dijera:

—No, no, no.

Temblando, se acercó Erdosain, y creyendo que María podía escucharlo, le habló:

—Acostate, chiquita, acostate.

La había tomado suavísimamente por los hombros, pero ella, obstinadamente, giraba la cabeza de derecha a izquierda con pena inenarrable.

El asesino sintió en ese momento en su interior que la muchachita le preguntaba:

—¿Por qué hiciste eso? ¿Qué mal te hice yo?

En silencio, la jovencita, con los labios entreabiertos, corriéndole sanguinolentas lágrimas por las mejillas, decía un «no» tan infinitamente triste con su movimiento terco, que Erdosain cayó de rodillas y le besó los pies. De pronto ella se dobló, y arrastrando el cable de la lámpara se desmoronó a un costado. Su cabeza chocó sordamente contra la alfombra, la lámpara se apagó, y ya no respiró más. Erdosain, a gatas, se arrastró hasta un rincón.

El asesino permaneció un tiempo incontrolable acurrucado en su ángulo. Si algo pensó, jamás pudo recordarlo. De pronto, un detalle irrisorio se hizo visible en su memoria, y poniéndose de pie exclamó irritado:

—¿Viste?... ¿Viste lo que te pasó por andar con la mano en la bragueta de los hombres? Éstas son las consecuencias de la mala conducta. Perdiste la virginidad para siempre. ¿Te das cuenta? ¡Perdiste la virginidad! ¿No te da vergüenza? Y ahora Dios te castigó. Sí, Dios, por no hacer caso de los consejos que te daban tus maestras.

Nuevamente Erdosain se acurruca en su rincón. Hay momentos en que le parece que va a echar el alma por la boca.

Una franja de sol y de mañana aclara un instante su oscuridad demencial y las tinieblas del cuarto.

Se acuerda de una vizcacha preñada cuya cueva inundada y vigilada por los perros estaba en su única salida custodiada de hombres armados de palos. En el fondo oscuro y rugoso percibe un trompón de foca con haces de bigotes, un vientre enorme de pelaje luciente, y luego la angustia humana de dos ojos aterrorizados, mientras los canes avizoran ardientes de jadeo y descubiertos los molares.

Un terror gritante le anuda los nervios, trombas de aire escapan de su laringe seca como el crisol de un horno, el cuerpo se le atornilla sobre sí mismo en dos direcciones contrarias, su cerebro deja escapar por las fosas nasales un hedor de agua con la que se ha lavado carne.

El silencio guillotina los muros, las maniposterías, y él, postrado, con las córneas volcadas hacia lo alto de los párpados, se siente morir en un agotamiento de cloroformo. La vizcacha preñada surge en la mañana de sol que de través se ha infiltrado en la noche de aquella casa de perdición. ¡Y el palo de los hombres, los pelos erguidos y los esmaltados molares de los canes con el belfo arrugado en un frenesí de apetencia!

Cuatro espaciados toques de bronce se dilatan en la noche concéntricamente desde la torre de la iglesia de la Piedad. Erdosain tiembla de frío. En puntillas se acerca a la cama y coge una sábana que arroja sobre el cadáver tendido en el suelo. Se viste a oscuras. Rápidamente. Con los botines en las manos cruza el pasillo, donde un soslayo de claridad lunar revela puertas cerradas y persianas entornadas. La frialdad del piso de mosaicos le atraviesa las medias.

Entra al cuarto de baño y enciende la luz. Frente al lavatorio hay un espejo. El

asesino, cerrando los ojos, lo descuelga del clavo. No quiere verse en ningún espejo. Tiene horror de sí mismo. Se lava cuidadosamente las manos. La palangana enlozada enrojece. Se seca a medias, y rápidamente se pone el cuello y la corbata, a tuestas. Termina de calzarse y, con infinitas precauciones, después de apagar la luz del cuarto de baño, se dirige al dormitorio. Enciende un fósforo, porque no recuerda dónde puso el sombrero; lo toma y sale, dejando semientornada la puerta. Son las cuatro y media de la mañana. Vacilando, se detiene en la esquina de Talcahuano y Corrientes. Las luces de las bocacalles resbalan por la superficie de sus ojos con imágenes de un filme apresurado.

Camina apresuradamente hacia el Oeste, por la calle Cangallo. A las seis y media de la mañana llegó a Flores. Entró a una lechería. Sentóse sobre una silla, sin hacer un movimiento hasta las ocho de la mañana.

Cuando la raya amarilla del sol, que se deslizaba por el piso, llegó hasta su pie calentándole el cuero del zapato, salió de la lechería, dirigiéndose a mi casa. Permaneció allí tres días y dos noches. En ese intermedio me confesó todo.

Recuerdo que nos reuníamos en una pieza enorme y vacía de muebles. Mi familia estaba en el campo y yo había quedado solo, al cuidado de la casa. Además, como aquel cuarto era sombrío, mi madre lo había clausurado. Llegaba allí muy poca luz. En realidad, aquello parecía un calabozo gigantesco.

Erdosain quedábase sentado en el borde de una silla, la espalda arqueada, los codos apoyados en las piernas, las mejillas enrejadas por los dedos, la mirada fija en el pavimento.

Hablaba sordamente, sin interrupciones, como si recitara una lección grabada al frío por infinitas atmósferas de presión en el plano de su conciencia oscura. El tono de su voz, cualesquiera fueran los acontecimientos, era parejo, isócrono, metódico, como el del engranaje de un reloj.

Si se le interrumpía no se irritaba, sino que recomenzaba el relato, agregando los detalles pedidos, siempre con la cabeza inclinada, los ojos fijos en el suelo, los codos apoyados en las rodillas. Narraba con lentitud derivada de un exceso de atención, para no originar confusiones.

Impasiblemente amontonaba iniquidad sobre iniquidad. Sabía que iba a morir, que la justicia de los hombres lo buscaba, encarnizadamente, pero él con su revólver en el bolsillo, los codos apoyados en las rodillas, el rostro enrejado en los dedos, la mirada fija en el polvo de la enorme habitación vacía, hablaba impasiblemente.

Había enflaquecido extraordinariamente en pocos días. La piel amarilla pegada a los huesos planos del rostro, le daba la apariencia de un tísico.

Detalle extraño en esa última etapa de su vida: Erdosain se negó rotundamente a leer los sensacionales titulares y noticias que profusamente ilustradas ocupaban las páginas segunda y tercera de casi todos los diarios de la mañana y de la tarde.

Barsut había sido detenido en un cabaret de la calle Corrientes al pretender pagar la consumición que había efectuado con un billete falso de cincuenta pesos.

Simultáneamente con la detención de Barsut se había descubierto el cadáver carbonizado de Bromberg entre las ruinas de la quinta de Temperley. Barsut denunció inmediatamente al Astrólogo, Hipólita, Erdosain y Ergueta. La detención de Ergueta no ofreció dificultad ninguna. Fue encontrado sin sombrero, calzando alpargatas y arropado en su sobretodo, con la Biblia bajo el brazo, camino hacia Lanús. Al amanecer del día sábado el descubrimiento del cadáver de la Bizca convirtió los sucesos que narramos en el panorama más sangriento del final del año 1929. La policía buscaba encarnizadamente a Erdosain. Brigadas de pesquisas habían sido destacadas en todas las direcciones de la ciudad.

No quedaba duda alguna de que se estaba en presencia de una banda perfectamente organizada y con ramificaciones insospechadas. El asesinato de Haffner, que el cronista de esta historia cree independiente de los otros sucesos delictuosos, fue eslabonado a la tragedia de Temperley. Las declaraciones de Barsut ocupaban series de columnas. No cabía duda de su inocencia.

Los titulares de las noticias abarcaban una y dos páginas.

De la mañana a la noche los cronistas policiales trabajaban amarrados a la máquina de escribir. El día sábado, casi todos los diarios de la tarde se convirtieron en álbumes de fotografías macabras. Los reporteros cenaron viandas frías, escribiendo entre bocado y bocado nuevos pormenores de la tragedia. La fotografía de Erdosain campeaba en todas las páginas con las leyendas más retumbantes que pudiera inventar la imaginación humana.

Erdosain se negaba rotundamente, no sólo a leer, sino a mirar esas hojas de escándalo.

Si pudiera remarcarse en él una singularidad durante esos días, era su seriedad. Cuando se cansaba de conversar sentado, caminaba de un punto a otro del cuarto, hablando como si dictara. Era en realidad un espectáculo extraño el del asesino yendo y viniendo por la pieza, con pasos lentos, conversando sin volver la cabeza, como frente a un dictáfono.

Durante los tres días que permaneció en mi casa no probó bocado. Tenía mucha sed y bebía continuamente agua. Una vez, como suma gracia, me pidió que le diera un limón. Posiblemente estaba afiebrado.

Resultaba asombrosa su resistencia. Conversaba hasta dieciocho horas por día. Yo tomaba notas urgentemente. Mi trabajo era penoso, porque tenía que trabajar en la semioscuridad. Erdosain no podía tolerar la luz. Le era insoportable.

El lunes a la noche se vistió esmeradamente, y me pidió que lo acompañara hasta la estación de Flores. Aquello era peligrosísimo, pero no me negué. Recuerdo que antes de salir me dejó una carta para Elsa, a quien vi algún tiempo después.

A las nueve y media salimos a la calle. Caminábamos en silencio por veredas arboladas. Observé que encendía un cigarrillo tras otro; además, caminaba sumamente erguido. Pisaba fuertemente el suelo. En un tramo del camino, dijo:

—Siento la proximidad de la sepultura negra y húmeda, pero no tengo miedo.

Llegamos a la estación del ferrocarril por la calle Bolivia. Tomamos el camino de piedra que tras del edificio se utiliza para el tránsito de coches. A través de los árboles del parque brillaban pedazos de vidriera de dos cafés esquinados. El altoparlante de una radio graznaba agudo:

—La mejor cera perfumada para encerar pisos. Compre sus muebles en lo de Sánchez y Compañía. Gómez y Gómez son buenos sastres. Buenos sastres son Gómez y Gómez.

Nos detuvimos junto a la saliente que en aquella dirección del edificio forma una especie de torreón con techo de pizarra a dos aguas, y en el piso primero una balconada enjalbegada con cal. Bajo los triangulares soportes de la balconada, fulgían tristemente, en cada vértice del torreón, como en un establecimiento carcelario, dos lámparas eléctricas. De una puerta abierta de desteñidas hojas verdes escapaban tufos de creolina.

—Espéreme un momentito —dijo Erdosain. Observé recién entonces que desde su llegada a mi casa Remo había dejado de tutearme.

Entró a la boletería y salió inmediatamente. Dijo:

—Faltan tres minutos para la llegada del tren —y quedó nuevamente en silencio.

No se me ocurría decirle nada. Él miraba con suma fijeza en redor, pero ausente de todo. Abrió los labios como quien va a decir algo; luego los entrecerró, moviendo lentamente la cabeza. En esos momentos tenía la sensación de la inutilidad de toda palabra terrestre.

Estaba sumamente pálido. Adelgazaba por minutos. Intentando romper ese silencio angustioso le pregunté:

—¿Sacó boleto?

—Sí... hasta Moreno.

Callamos nuevamente. Las luces bailaban ante mis ojos. De pronto Erdosain dijo:

—Váyase, por favor. Su compañía me es insoportable. Necesito estar solo. Discúlpeme. Cuando la vea a Elsa, díglele que la quise mucho. Muchas gracias por todas sus bondades.

Le apreté fuertemente la mano y me fui.

Él se quedó inmóvil en la orilla de granito del camino de piedra.

UNA HORA Y MEDIA DESPUÉS

Simultáneamente, en los subsuelos de casi todos los diarios de la ciudad:

Los crisoles del plomo desplazan en la atmósfera nublada, que se aclara junto a las lámparas del techo, curvas de aire recalentado a cincuenta grados. Silban las mechas verticales de las fresadoras mordiendo páginas de plomo. Una lluvia de asteriscos de plata golpea las gafas de los operarios. Hombres sudorosos voltean semicirculares planchas, las colocan sobre burros metálicos y rebajan con buriles las

rebabas. Altas como máquinas de transatlánticos, las rotativas ponen en el taller el sordo ruido del mar chocando en un rompeolas. Vertiginosos deslizamientos de sábanas de papel entre rodillos negros. Olor de tinta y grasa. Pasan hombres con hedor de ácido sulfúrico. Ha quedado abierta la puerta del taller de fotograbado. De allí escapan ramalazos de luz violácea.

Se está cerrando la edición de medianoche. El Secretario, en mangas de camisa y un cigarrillo apagado colgando del vértice de los labios, de pie junto a una mesa de hierro, señala a un operario de blusa azul en qué punto de la rama debe colocar la composición. Silban velados en nubes de vapor blanco los equipos de prensas al estampar los cartones de las matrices. El Secretario va y viene por el pasadizo que dejan las mesas cargadas de plateadas columnas de plomo.

En un rincón repiquetea débilmente la campanilla del teléfono.

—Para usted, Secretario —grita un hombre.

Rápidamente, el Secretario se acerca. Se pega al teléfono.

—Sí, con el Secretario. Oigo... Hable... Más fuerte, que no se oye nada... ¿Eh?... ¿Eh?... ¿Se mató Erdosain?... Diga... Oigo... Sí... Sí... Sí... Oigo... Un momento... ¿Antes de Moreno?... Tren... Tren número. Un momento —el Secretario anota en la pared el número 119—. Siga... Oigo... Un momento... Diga... Pare la máquina... Diga... Sí... Sí... Va en seguida.

El Capataz le hace una señal al Jefe de Máquinas. Este aprieta un botón marrón. El ruido del oleaje merma en el taller. Resbala despacio la sábana de papel. La rotativa se detiene. Silencio mecánico.

El Secretario se acerca rápidamente al escritorio del taller y escribe en un trozo de papel cualquiera:

*En el tren de las nueve y cuarenta y cinco
se suicidó el feroz asesino Erdosain*

Le alcanza el título a un chico, diciendo:

—En primera página, a todo lo ancho.

Escribe rápidamente en un trozo de papel sucio:

«En momentos de cerrarse esta edición nuestro corresponsal en Moreno nos informa telefónicamente —el Secretario se detiene, enciende la colilla y continúa— que el feroz asesino de la niña María Pintos y cómplice del agitador y falsificador Alberto Lezin, cuya detención se espera de un momento a otro, se suicidó de un balazo en el corazón en el tren eléctrico número 119, poco antes de llegar a Moreno. Se carece por completo de detalles. Al lugar del hecho se han trasladado los empleados superiores de investigaciones de la capital y provincia, así como el juez del crimen de La Plata. En nuestra edición de mañana daremos amplios detalles del fin de este trágico criminal, cuya detención no podría demorar...». El Secretario tacha las palabras «cuya detención no podría demorar» y punto y aparte agrega:

«Espérase con este hecho que la investigación para aclarar los entretelones de la terrible banda de Temperley entrará en un franco camino de éxito. En nuestra edición de mañana daremos amplios detalles».

Le entrega el papel al hombre vestido de azul, diciéndole:

—Negra, cuerpo doce, sangrado.

El Secretario toma el teléfono interno:

—¡Hola!... ¿Quién está ahí?... ¿Es usted?... Vea: tome inmediatamente un fotógrafo y váyase a Moreno. Erdosain se suicidó. Lleve a Walter. Háganle reportajes a los guardas y maquinistas del tren, a los pasajeros que viajaban en ese coche. ¡Ah! ... Oiga... Oiga... Saquen fotografías del vagón, del maquinista, del guarda. En seguida... Sí, tomen un auto si es necesario... Y muchas fotografías.

Cuelga el tubo y enciende la colilla que le cuelga del vértice de los labios.

El sombrero tumbado hacia las cejas y un pañuelo de nudo torcido sobre el nervudo cuello, se acerca indolente, arrastrando los pies y escupiendo por el colmillo, el Jefe de Revendedores. Con los tres únicos dedos de su mano izquierda se rasca la barba que le flanquea la cicatriz de una tremenda cuchillada en la mejilla derecha. Después tasca saliva, y al tiempo de apoyar los codos sobre una mesa metálica, del mismo modo que lo haría en el mostrador de una cantina, pregunta con voz enronquecida:

—¿Se mató Erdosain?

El Secretario lo envuelve en una rápida sonrisa.

—Sí.

El otro vapulea un instante larvas de ideas y termina su rumiar con estas palabras:

—Macanudo. Mañana tiramos cincuenta mil ejemplares más...

EPÍLOGO

DESPUÉS de analizar las crónicas y relatos de testigos que viajaron en el mismo coche con Erdosain, así como los legajos sumariales, he podido reconstruir más o menos exactamente la escena del suicidio.

El asesino ocupó el asiento siete del primer coche del convoy, donde se encuentra la cabina del motorista. Apoyó la cabeza en el vidrio de la ventanilla, y permaneció en esa actitud hasta la estación de Villa Luro, donde lo despertó el inspector para pedirle el boleto.

De allí hasta el momento en que se mató permaneció despierto.

La frescura de la noche no fue obstáculo para que abriera la ventanilla y se quedara tendido, recibiendo en el rostro el viento a presión que entraba por la abertura.

Una señora que viajaba con su esposo reparó en esta prolongada actitud de Erdosain, y le dijo a aquél:

—Mirá, ese joven parece que está enfermo. ¡Qué palidez que tiene!

En Haedo dos señoritas se sentaron frente a él. Él no las miró. Ellas, mortificadas en su vanidad, recordaron más tarde por este detalle al indiferente pasajero. Erdosain mantenía los ojos inmóviles, en la oscuridad permanentemente oblicua a la velocidad del tren. Las dos viajeras bajaron en Merlo, y en el coche quedó sólo Erdosain y el matrimonio.

De pronto, el asesino, separando la espalda del asiento, sin apartar los ojos de las tinieblas, llevó la mano al bolsillo. En su rostro se diseñaba una contracción muscular de fiera voluntad. La señora, desde el otro asiento, lo miró espantada. Su esposo, con la cara cubierta por el diario que leía, no vio nada. La escena fue rapidísima.

Erdosain llevó el revólver al pecho y apretó el disparador, doblándose con el estampido simultáneamente hacia la izquierda. Su cabeza golpeó en el pasamano del asiento. La señora se desvaneció.

El hombre dejó caer el diario y se lanzó corriendo por el pasillo del vagón. Cuando lo encontró al revisador de boletos aún tiritaba de espanto. Dos pasajeros del otro coche se sumaron a los hombres pálidos, y en grupo se dirigieron hacia el vagón donde estaba el suicida.

Erdosain parece haber conservado intacto su discernimiento y voluntad, aun en el minuto postrero. De otro modo no se explica que haya encontrado en sí la fuerza prodigiosa para incorporarse sobre el asiento, como si quisiera morir en posición decorosa. Al entrar, el grupo de hombres pálidos lo encontraron con la cabeza apoyada en el contrafuerte de la ventanilla, respirando profundamente, los párpados cerrados y un puño violentamente contraído. Antes que el convoy llegara a Moreno, Erdosain había expirado.

Se encontró en su bolsillo una tarjeta con su nombre y cierta insignificante cantidad de dinero.

La sorpresa de la policía, así como de los viajeros, al constatar que aquel joven delicado y pálido era «el feroz asesino Erdosain», no es para ser descripta. Fue fotografiado ciento cincuenta y tres veces en el espacio de seis horas.

El número de curiosos aumentaba constantemente. Todos se detenían frente al cadáver, y la primera palabra que pronunciaban era:

—¿Pero es posible que éste sea Erdosain? —Involuntariamente, la gente tiene un concepto lombrosiano del criminal.

Una serenidad infinita aquietaba definitivamente las líneas del rostro de ese hombre que se había debatido tan desesperadamente entre la locura y la angustia.

Se produjo, sin embargo, un incidente curioso. Cuando el cadáver fue introducido a la comisaría, un anciano respetable, correctamente vestido —más tarde me informaron que era padre del Jefe Político del distrito—, se acercó a la angarilla donde reposaba el muerto, y escupiéndole al semblante exclamó:

—Anarquista, hijo de puta. Tanto coraje mal empleado.

El espectáculo era indigno, y los curiosos de menor cuantía fueron alejados, al tiempo que el cadáver era conducido a un calabozo.

Elsa sobrevivió poco tiempo a Erdosain. Detenida para aclarar su posible intervención en la banda, fue puesta en libertad inmediatamente, pues su inocencia fue ampliamente comprobada. Yo la visité para entregarle el dinero y la carta que me había dejado Erdosain para ella. De esa mujer que yo un día conocí enérgica y segura de sí misma sólo restaba un espectro triste. Hablamos mucho, se consideraba responsable de la muerte de Erdosain, y algunos meses después falleció a consecuencia de un ataque cardíaco.

Barsut, cuyo nombre en pocos días había alcanzado el máximo de popularidad, fue contratado por una empresa cinematográfica que iba a filmar el drama de Temperley. La última vez que lo vi me habló maravillado y sumamente contento de su suerte:

—Ahora sí que verán mi nombre en todas las esquinas. Hollywood, Hollywood. Con esta película me consagraré. El camino está abierto.

Hipólita y el Astrólogo no han sido hallados por la policía. Numerosas veces se anticipó la noticia de que serían detenidos «de un momento a otro». Ha pasado ya más de un año y no se ha encontrado el más mínimo indicio que permita sospechar dónde puedan haberse refugiado.

De doña Ignacia, la dueña de la pensión donde vivió Erdosain, subsiste una pobre vieja, que mientras vigila las cacerolas sobre el fuego, enjuga las candentes lágrimas que le corren por la nariz con la punta del delantal.

Nota: Dada la prisa con que fue terminada esta novela, pues cuatro mil líneas fueron escritas entre fines de

setiembre y el 22 de octubre (y la novela consta de 10.300 líneas), el autor se olvidó de consignar en el prólogo que el título de esta segunda parte de «Los siete locos», que primitivamente era «Los monstruos», fue sustituido por el de «Los lanzallamas» por sugerencia del novelista Carlos Alberto Leumann, quien una noche, conversando con el autor, le insinuó como más sugestivo el título que el autor aceptó. Con tanta prisa se terminó esta obra que la editorial imprimía los primeros pliegos mientras el autor estaba redactando los últimos capítulos.

VOCABULARIO

DESDE la penúltima década del siglo diecinueve, la literatura y algunos estudiosos de la lengua en la Argentina, fueron registrando las variantes del *lunfardo*, una jerga restringida a ciertos dominios del hampa. Pero el lunfardo, lengua secreta del ladrón profesional, tuvo un destino diverso al de otras jergas profesionales, marginadas por su propia función específica. El periodismo, el sainete, el tango, y un horizonte cultural acondicionado por el advenimiento de las múltiples corrientes inmigratorias, le dieron un ancho campo de difusión y de aceptación.

Con el avance de este siglo, el lunfardo dejó de ser, por supuesto, un instrumento de comunicación reservado al mundo del delito, para incluirse, o para proponerse al menos, como parte del lenguaje popular. En la lengua coloquial argentina se ha establecido entonces una confusa franja en la que sólo la intención o la conciencia del hablante pueden distinguir estrictamente entre vocablos provenientes del primitivo lunfardo, y otros simples argentinismos provenientes desde otra historia y desde otro contexto cultural.

Varios ensayos se han escrito en los últimos años sobre este tema, y en Buenos Aires sesiona desde 1964, una *Academia Porteña del Lunfardo*, cuyos objetivos apuntan tanto a precisar las etimologías pertinentes, como a verificar las relaciones del lunfardo con el lenguaje popular argentino. José Barcia, actual presidente de esta Academia, expresó en un coloquio sobre el lunfardo y el lenguaje popular en la Argentina: «Muchos de los escritores actuales que utilizan el lunfardo lo hacen llevados por el esnobismo. Pero hubo otros anteriores, quizá más talentosos, que se valían de él como elemento útil para expresarse; un caso típico es el de Roberto Arlt. Arlt lo conocía; era cronista de policía en *Crítica*, y antes de Arlt hubo otros que tampoco lo usaban de manera sistemática, sino algunas palabras...» («¿Lunfardo o lenguaje popular?» en *La Nación*, Buenos Aires, 20/VI/1976).

A continuación se ofrece un registro de vocablos empleados en *Los siete locos* y en *Los lanzallamas*, como de presumible origen lunfardo. No todos lo son, probablemente. Pero la propuesta de este registro no es la de exponer una tabla de crítica lexicográfica, sino la de anotar, simplemente, las equivalencias aproximadas al español corriente. Se han tomado en cuenta para ello, las acepciones indicadas por Antonio Dellepiane: *El idioma del delito (Diccionario lunfardo-español)*, Buenos Aires, 1894, reeditado en 1967 y por José Gobello, Luciano Payet: *Breve diccionario lunfardo*, Buenos Aires, 1960. También los estudios: *El lunfardo*, por Amaro Villanueva, en «Universidad», n.º 52, Santa Fe, 1962, y *Orígenes de la literatura lunfarda*, por Luis Soler Cañas, Buenos Aires, 1965.

A. P.

ATORRANTA. adj. Mujer de dudosa moralidad, de vida airada. En la acepción masculina, *atorrante*: vago, ocioso. También como sust.: individuo sin ocupación ni oficio.

BACAN. s. Persona pudiente o de alta posición social. 2. Hombre que mantiene a una mujer.

BATIDOR. s. Delator.

BATIR. v. tr. Decir, contar, denunciar, delatar.

CAFISHIO. s. Proxeneta.

CANFINFLERO. s. Proxeneta.

CANTAR. v. tr. Confesar un delito, revelar la verdad.

CHAMUYO. s. Conversación.

CHORRO. s. Ladrón.

ENGRUPIDO. adj. (de *engrupir*). 1. Se dice de quien se sobreestima. 2. Engañado, engatusado.

ESCOLASO (o *escolazo*). s. 1. Juego por dinero. 2. Instante en que se produce la trampa en un juego de azar.

ESGUNFIAR. v. tr. Molestar. También hastiarse, aburrirse.

FIACA. s. 1. Hambre. 2. Pereza.

GRELA. s. Mujer.

LANCERO. s. Delincuente que tira la lanza (introduce los dedos índice y medio en el bolsillo para robar).

LATA. s. Ficha metálica utilizada en los prostíbulos para llevar cuenta del trabajo de las pupilas.

LEONERA. s. Calabozo colectivo.

LINYERA. s. 1. Inmigrante golondrina. 2. Vago, sin domicilio ni ocupación.

MECHERA. s. Ladrona que opera en las casas de comercio.

MERZA (o *mersa*). s. Se aplica, despectivamente, a un conjunto de personas.

MISHE. s. Hombre que paga los favores de las mujeres.

MULA. s. Engaño.

OTARIO. adj. 1. Hombre honrado. 2. Ignorante, infeliz, sujeto fácilmente embaucable, tonto.

PACO. s. 1. Dinero. 2. Pequeño envoltorio que contiene o que aparenta tener gran cantidad de dinero.

PAICA. s. Mujer.

PATOTERO. s. Miembro de una patota.

PATOTA. s. En su origen, banda constituida por jóvenes de la alta clase porteña que provocaba desórdenes y agredía a los desprevenidos. Su uso se ha hecho extensivo después para calificar el comportamiento alevoso de cualquier grupo.

RAJAR. v. i. Correr, huir.

RANERO. adj. 1. Habitante del barrio de las Ranas. 2. Se aplica a la persona del bajo fondo.

REO. adj. 1. Vago, haragán. 2. Se dice de quien vive despreocupadamente, sin inquietarse por las apariencias. En femenino es equivalente de *atorranta*.

RELOJEAR. v. tr. Mirar.

TIRA. s. Agente de investigaciones.

TURRO. adj. 1. Tonto, imbécil. 2. Individuo mal intencionado.

VIDA. s. Se sobreentiende: «mala vida», el ejercicio de la prostitución.

YIRANTA. s. Trotera.

YUGAR. v. i. Trabajar.

CRONOLOGÍA

1900 — Roberto Godofredo Christophersen Arlt, nace en Buenos Aires, el día 2 de abril. Su padre, Carlos Arlt, es un inmigrante alemán. Su madre, Carolina Iobstraibitzer, ha nacido en una aldea del Tirol. Ambos llegan adultos al país. La situación económica del hogar es apenas modesta. Largos y frecuentes viajes del padre. Carlos Arlt habla habitualmente en alemán. La lengua natal de la madre es el italiano.

1906 — «El niño pronto advierte que vivir tiene que ser un ejercicio prodigioso y feliz, pero sólo del otro lado del cerco de sus experiencias inmediatas, limitadas por el obsesivo aseo materno y las convicciones pedagógicas del padre... En lo sucesivo la calle será su hogar y el hogar su cárcel, de la que se evadirá cuantas veces pueda. La escuela es como la prolongación de su casa, es decir, de la tortura... Esto explica que su concurrencia a las aulas termine antes de haber aprobado el tercer grado». (Eduardo González Lanuza: *Roberto Arlt*).

1908 — Según una anécdota recogida por Raúl Larra, Arlt había escrito sus primeros cuentos a la edad de ocho años. Instigado por un vecino que conocía sus aficiones, escribe un relato: «Recuerdo que en una parte de dicho esperpento, un protagonista, el alcalde de Berlín, le decía a un ladrón que, escondido debajo de un ropero, no podía moverse: “Infame, levanta los brazos o te fusilo”. A don Joaquín le impresionó de tal forma mi cuento, que emocionado me lo arrebató y, prometiendo leerlo después me regaló cinco pesos». (Raúl Larra: *Roberto Arlt, El torturado*).

1909 — «En procura de sus ejemplares historias, el desertor de las aulas frecuenta las bibliotecas de su barrio, entre las que predominan las de tendencia ácrata, y ello explica que con motivo del fusilamiento de Ferrer este pergeño de nueve años practicara un acto de “acción directa” apedreando el vidrio del almacén de un pobre asturiano que poco tendría que ver con que su Su Majestad Alfonso XIII se hubiese negado a firmar el indulto del creador de la Escuela Moderna». (EGL: RA).

1910 — «He cursado las escuelas primarias hasta el tercer grado. Luego me echaron por inútil. Fui alumno de la Escuela de Mecánica de la Armada. Me echaron por inútil...» (Roberto Arlt, autosemblanza, en *Cuentistas argentinos de hoy*, compilación de Miranda Klix).

«Nada raro será, pues, la enemistad imborrable entre el padre prusiano y el hijo rebelde y descreído. Ese muchacho que no se acepta como los demás y que provoca conflictos, no estará nunca a la altura de lo que se espera de él, primero, y de lo que se le exige, después». (Mirta Arlt, Prólogo a *Roberto Arlt. Novelas completas y*

cuentos).

1913 — «A lo largo de varios oficios que practica de los trece a los veinte años, mantiene encendida su pasión por la literatura». (RL: RA, ET). En el testimonio de aquellos que lo conocieron, es fácil rastrear los principales pasajes de la infancia y la adolescencia de Arlt, en las páginas de *El juguete rabioso*, de *Los siete locos* y *Los Lanzallamas*, y en muchas de sus crónicas periodísticas.

1914 — «Frecuenta una biblioteca ubicada en Terrero al quinientos, donde toma su primer contacto serio con los libros. Los anarquistas influyen esa biblioteca, cuyos estantes guardan ejemplares donados por Rodolfo González Pacheco... Le interesa sobre todo la literatura, y lee y relee a los autores rusos, preferiblemente a Gorki y a Tolstoi. A Dostoievski va a descubrirlo más tarde». (RL: RA, ET).

1915 — Este año (o en el siguiente, según otros estudiosos de la vida y la obra de Arlt), visita al conocido periodista Juan José de Soiza Reilly, director entonces de la *Revista Popular*. Aquí aparece impreso por primera vez un relato suyo: «Jehová».

1916 — Sobre su adolescencia dice su hija: «Su fracaso, sin embargo, lo hará sentirse Caín frente a esa hermana que, a pesar de su tuberculosis, estudia, y frente a la madre que, frágil y desposeída, ejerce la tiranía de los débiles, hasta que por fin, harto de ser testigo de cuanto su modo de ser en buena medida provoca, y marcado por el odio contra el padre, se marcha definitivamente de la casa. Hasta aquí, buena parte de su vida está en *El juguete rabioso*». (MA: Prólogo).

1919 — «*El Juguete rabioso* fue escrito en distintas etapas... El primer capítulo en el año 1919. El autor no sabía entonces cuál iba a ser su camino efectivo en la vida. Si sería comerciante, peón, empleado de alguna empresa comercial o escritor. Sobre todas las cosas deseaba ser escritor». (Roberto Arlt, prólogo a la segunda edición de *El juguete rabioso*, Buenos Aires, Claridad, 1931).

1920 — En Córdoba, hacia donde lo había conducido una aventura sentimental, desempeña diversos oficios y cumple con el servicio militar. Habría publicado aquí una novela: *Diario de un morfinómano*. Arlt no mencionó después esta obra, y han resultado infructuosas hasta la fecha los esfuerzos por localizarla. En *Tribuna Libre*, Buenos Aires, 28 de enero de 1920, aparece con su firma: «Las ciencias ocultas en la ciudad de Buenos Aires».

1921 — Concluido el servicio militar, trabaja en un diario de la ciudad de Córdoba.

1922 — Se casa con Carmen Antinucci. Se instalan en la sierras de Córdoba. «El día de su matrimonio, Roberto lava su rostro en la fuente de una plaza. Unos puños

cosidos a las mangas de la camiseta y una pechera postiza adecentan su porte y ocultan su infinita pobreza». (RL: RA, ET).

1923 — Nace en Cosquín (Córdoba) su hija Mirta. Una fotografía tomada meses después, muestra el grupo familiar: «Aquí lo vemos con su familia, su hija Mirta, con meses de edad, montada sobre un burrito cordobés, su esposa Carmen y unos parientes. Roberto está vestido con un guardapolvo blanco... Es la época en que está preocupado por fabricar una máquina de ladrillos... Son los días en que es palpable su fracaso matrimonial, su repudio por ese pozo —como él lo llama a la soledad de la sierra— donde tiene que vivir». (RL: RA, ET).

1924 — Regresa a Buenos Aires. A mediados del año concluye *El juguete rabioso*. Se vincula estrechamente con muchos de los escritores que iniciaban entonces un vigoroso movimiento de renovación de la literatura argentina. Sin adherir a los incipientes grupos de Florida o Boedo, sigue de cerca sus diversas propuestas estéticas e ideológicas.

1925 — Durante meses oficia de secretario de Ricardo Güiraldes. En la revista *Proa*, dirigida por éste, anticipa dos capítulos de *El juguete rabioso*: «El poeta parroquial» y «El rengo». El primero es suprimido en la edición final del libro. Desde el año anterior y durante el transcurso de éste, Arlt lleva los originales de su primera novela a varias editoriales, sin éxito.

«Ricardo Güiraldes y Roberto Mariani eran las dos únicas devociones vivas de Roberto Arlt». (César Tiempo, «Boedo vivo», en *El Nacional*, Buenos Aires, 23-I-1959).

1926 — Enrique Méndez Calzada, miembro del jurado de un concurso abierto por la Editorial Latina, sugiere la publicación de *El juguete rabioso*. La obra se publica, y según su propio autor, «pasó sin dejar mayores rastros en los anales de la crítica, aun cuando entre la juventud *El juguete rabioso* provocara apasionados comentarios». (Prólogo a la segunda edición).

Una de las pocas notas críticas fue escrita por Leónidas Barletta: «*El juguete rabioso* de Roberto Arlt es una buena novela. Aquí un seguro instinto guía al autor por el intrincado campo de la novela. Su libro es por este modo espontáneo y extraordinariamente interesante». (En *Nosotros*, n.º 211, 1926). Colabora en el periódico *Don Goyo*, dirigido por Conrado Nalé Roxlo.

1927 — Inicia una regular actividad de periodista en el diario *Crítica*. Se ocupa de la información policial. Por la redacción de este diario (sensacionalista, pero inteligentemente programado), pasaron muchos de los mejores escritores de esa generación.

1928 — En la revista *Pulso*, dirigida por Alberto Hidalgo, adelanta «La sociedad secreta», un capítulo del libro que tiene en preparación: *Los siete locos*. Publica en *La Nación*, el 9 de setiembre, el relato, «*Esther Primavera*».

1929 — Con el sello de la editorial Latina aparece *Los siete locos*. «Estos individuos, canallas y tristes; viles y soñadores simultáneamente, están atados o ligados entre si por la desesperación. La desesperación en ellos está originada, más que por la pobreza material, por otro factor: la desorientación que, después de la gran guerra, ha revolucionado la conciencia de los hombres, dejándolos vacíos de ideales y esperanzas. Hombres y mujeres en la novela rechazan el presente y la civilización, tal cual está organizada». Así definió Arlt a sus personajes en una nota publicada en el diario *El Mundo*, el 27 de noviembre.

Invitado por Gerchunoff, pasa a integrar el equipo de redactores del nuevo diario *El Mundo*.

1930 — El 8 de mayo se adjudica el tercer premio en el Concurso Municipal de Literatura a *Los siete locos*.

Las crónicas que escribe para *El Mundo* (algunas de las cuales serán luego recogidas en el volumen *Aguafuertes porteñas*, Anaconda, 1930), le otorgan creciente popularidad.

El Teatro del Pueblo estrena *El humillado*, escenificación de un capítulo de *Los siete locos*.

En *Argentina*, n.º 1, 2/XI, adelanta «S.O.S.», fragmento de *Los lanzallamas*.

1931 — La editorial Claridad publica *Los lanzallamas*, continuación de *Los siete locos*. En el prólogo se defiende de los críticos que han señalado deficiencias de estilo y mal gusto en *Los siete locos* y proclama los fueros del creador solitario. Aproximadamente a este período corresponde esta descripción de un compañero de tareas en el diario. *El Mundo*: «Golpeaba las teclas de la máquina de escribir como si ésta fuera un puching-ball o lo hacía con la desesperación de que el tiempo le resultara corto... No tenía muchos amigos en la redacción, no tenía tiempo para tener muchos amigos, ni para vestirse con aliño; estaba muy afanado en su obra. No podía uno llegar a ser su amigo, porque no se puede ser amigo de una catarata». (Raimundo Calcagno (Calki): «Una larga incursión en el Olimpo», en *La Opinión cultural*, Buenos Aires, 7/XI/1976).

1932 — Escribe su primera obra dramática: *300 millones*. Es representada en el Teatro del Pueblo el día 17 de junio. La idea, según el propio Arlt, fue sugerida por un episodio policial conocido durante sus tareas periodísticas en *Crítica*, en 1927. Publica *El amor brujo*, que será la última de sus novelas.

1933 — *El jorobadito*, editado por Anaconda, reúne nueve relatos, alguno de los cuales, como el que da el título al volumen, pertenece al ciclo narrativo de *El juguete rabioso*, *Los siete locos*, *Los lanzallamas* y *El amor brujo*; otros, como *El traje del fantasma* y *La luna roja*, abren un proyecto distinto.

Aguafuertes porteñas, recoge algunas de las crónicas escritas para el diario *El mundo*, desde 1929.

1934 — En *Gaceta de Buenos Aires*, n.º 2, publica «Escenas de un grotesco»; en *La Nación*, el 13 de mayo, «Un hombre sensible; burlería».

Encuentro con Juan Carlos Onetti. Lee el manuscrito de *Tiempo de abrazar* y recomienda su publicación. «Entonces, si estás seguro que no publiqué ningún libro este año, lo que acabo de leer es la mejor novela que se escribió en Buenos Aires este año». (Citado por Jorge Ruffinelli, en Onetti, *Tiempo de abrazar*, Montevideo, Arca, 1974) y así lo ve Onetti:

«[Roberto Arlt] es el último tipo que escribió novela contemporánea en el Río de la Plata, el único que me da la sensación de genio. Si me ponen entre la espada y la pared para que señale una sola obra de arte de Arlt, fracaso. No la hay. No existe. Tal vez por un problema de incultura, pero Arlt no conseguía expresarse, nunca logró una obra organizada, como dijo un amigo de él: Roberto Arlt era Dostoievski traducido al lunfardo».

1935 — Es enviado a España por la dirección del diario *El Mundo*. Le impresiona fuertemente el paisaje africano. Observador preocupado de la situación española, sus crónicas, sin embargo, no reflejan la gravedad de los hechos que se precipitan en la Península, circunstancia atribuible a la censura de los editores, si se comparan esas notas con el tenor de las cartas particulares escritas en la misma época.

1936 — De regreso de España publica *Aguafuertes españolas* y estrena *Saverio el cruel*, en el Teatro del Pueblo, y *El fabricante de fantasmas*, en el Teatro Argentino. Con esta segunda obra, Arlt tuvo su única experiencia con el teatro comercial. Los críticos, en general, destacaron la originalidad y la ambición de su propuesta dramática, pero coincidieron también en señalar las deficiencias actorales y de dirección que conspiraban contra el éxito de la obra.

1937 — Arlt siente cada vez con mayor apremio el deseo de dedicarse exclusivamente a la literatura. Se embarca entonces en curiosas aventuras comerciales en las que siempre juega un papel decisivo su imaginación de inventor. Hasta el momento de su muerte, no tuvo suerte en ninguna de estas empresas.

1938 — En el Teatro del Pueblo estrena *África. Drama en un exordio al uso oriental y 5 actos*, el 17 de marzo. En el mismo teatro, el 5 de enero, había estrenado *La isla*

desierta, burlería en un acto.

Publica «Separación feroz; obra dramática», en *El Litoral* de Santa Fe, el primero de enero.

1939 — Sus colaboraciones en el diario *El Mundo* muestran, progresivamente, el impacto de los acontecimientos que se vivían al acercarse y al producirse el estallido de la segunda guerra mundial.

1940 — En el Teatro del Pueblo estrena el 18 de julio *La fiesta del hierro*, farsa trágica en tres actos.

Enviado por *El Mundo*, viaja a Chile desde donde envía notas a partir de diciembre.

Muere su esposa. Se resiente su salud. Una afección cardíaca lo obliga a un régimen cuya severidad el escritor satisface a medias.

Cuenta Onetti: «Cuando yo era secretario de redacción de *Reuter* en Buenos Aires y visitaba a los clientes, uno de ellos era el diario *El Mundo*. Y allí conocí a Arlt, que por último, no digo que se suicidó, pero algo así; andaba mal del corazón, y el médico le dijo que no comiera ni tomara mucho, que no hiciera mucho esfuerzo, y él la segunda vez que vio al médico, se hizo los diez pisos hasta el consultorio a pie, y le dijo: “¿Vio que no me pasó nada en el cuore?”. Era un desafío. Bueno: las diferentes interpretaciones de la gente sobre un mismo acto de Roberto Arlt. Algunos opinaban que una actitud suya demostraba que era angélico; la misma actitud, para otro, probaba que era un farsante; y había quienes aseguraban que, con esa actitud, Arlt había sacado patente de hijo de puta. Y no sé si era angélico, farsante o hijo de puta, posiblemente las tres cosas a la vez. Era un loco. El libro que yo quería hacer era de testimonios de quienes lo conocieron. Pero ahora es tarde para hacer ese libro, muchos testigos se murieron».

1941 — En Santiago de Chile publica la colección de relatos, *El criador de gorilas*, y en Buenos Aires «Viajes terribles. Relato inédito», en *Nuestra novela*, año 1, n.º 6, 11 de julio.

Se casa con Elizabeth Shine.

1942 — El 12 de enero patenta un invento para la vulcanización de medias de mujer. Avanza en la redacción de *El desierto entra en la ciudad*.

El día 26 de julio, después de asistir a un acto eleccionario en el Círculo de Periodistas, muere víctima de un ataque cardíaco.

Al día siguiente, las notas necrológicas de *La Prensa*, *La Nación* y *La Hora*, recogen la sorpresiva noticia y comentan la personalidad del escritor. Mallea escribe en *La Nación*: «Muere con Roberto Arlt uno de los auténticos escritores que nuestra tierra ha suscitado, uno —pese a su juventud— de los verdaderos eminentes».

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

— I —

OBRAS DE ROBERTO ARLT. (Ediciones principales)

El juguete rabioso. Buenos Aires, Latina, 1926, 170 págs. (Colección de autores noveles). - 2.^a ed. Buenos Aires, Claridad, 1931, 174 págs. (Cuentistas argentinos de hoy). - Buenos Aires, Futuro, 1950, 188 págs. (*Obras de Roberto Arlt*, vol. I). - Buenos Aires, Losada, 1958, 152 págs. (Colección Biblioteca Contemporánea). - Buenos Aires, Fabril, 1963. (*Novelas completas y cuentos*, vol. I). Prólogo de Mirta Arlt, págs. 7-32. - Buenos Aires, Fabril, 1969, 191 págs. (Los libros del mirasol). Presentación de Mirta Arlt, págs. 7-13.

Los siete locos. Buenos Aires, Latina, 1929. - Buenos Aires, Claridad, 1929, 220 págs. - Buenos Aires, Futuro, 1950, 252 págs. (*Obras de Roberto Arlt*, vol. 2). - Buenos Aires, Losada, 1958, 259 págs. (Colección Biblioteca Contemporánea). - Buenos Aires, Fabril, 1963. (*Novelas completas y cuentos*, vol. I. ob. cit.). - Buenos Aires, Fabril, 1968, 268 págs. (Los libros del mirasol). Presentación por Mirta Arlt, págs. 7-19. - Buenos Aires, Círculo de lectores, 1976, 252 págs. Primera edición revisada. Introducción y prólogo de Alberto Vanasco, págs. 5-19.

Los lanzallamas. Buenos Aires, Claridad, 1931, 245 págs. (Cuentistas argentinos de hoy). - Buenos Aires, Futuro, 1950. (*Obras de Roberto Arlt*, vol. 3). - Buenos Aires, Fabril, 1963. (*Novelas completas y cuentos*, vol. 2, ob. cit.). - Buenos Aires, Fabril, 1968, 271 págs. (Los libros del mirasol). Presentación de Mirta Arlt, págs. 7-12. - Buenos Aires, Círculo de lectores, 1976, 304 págs. Primera edición revisada. Introducción y prólogo de Alberto Vanasco, págs. 5-16.

El amor brujo. Buenos Aires, Victoria, 1932, 235 págs. - Buenos Aires, Futuro, 1950, 219 págs. (*Obras de Roberto Arlt*, vol. 4). - Buenos Aires, Fabril, 1963. (*Novelas completas y cuentos*, vol. 3 ob. cit.). - Buenos Aires, Fabril, 1968, 247 págs. (Los libros del mirasol). Presentación de Mirta Arlt, págs. 7-13.

Aguafuertes porteñas (Impresiones). Buenos Aires, Victoria, 1933, 158 págs. - Buenos Aires, Futuro, 1950, 220 págs. (*Obras de Roberto Arlt*, vol. 7). - Buenos Aires, Losada, 1958, 202 págs. (Colección Biblioteca Contemporánea).

El jorobadito. Buenos Aires, Anaconda, 1933, 209 págs. - Buenos Aires, Futuro, 1951, 190 págs. (*Obras de Roberto Arlt*, vol. 5). - Buenos Aires, Losada, 1958, 185 págs. (Colección Biblioteca Contemporánea). - Buenos Aires, Fabril, 1963.

(*Novelas completas y cuentos*, vol. 3. ob. cit.). - Buenos Aires, Fabril, 1968, 217 págs. (Los libros del mirasol). Presentación de Mirta Arlt, págs. 7-15.

Aguafuertes españolas (1.^a Parte). (*Impresiones*). Buenos Aires, L. J. Rosso, 1936, 212 págs.

Aguafuertes españolas (Impresiones), Buenos Aires, Futuro, 1951, 188 págs. (*Obras de Roberto Arlt*, vol. 8).

Viaje terrible. (Relato inédito). Buenos Aires, «Nuestra novela», año I, número 6, 11 de julio de 1941, 64 págs. - Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1968, 131 págs. Prólogo de Adolfo Prieto, págs. 7-36.

El criador de gorilas. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1941. - Buenos Aires, Futuro, 1951, 156 págs. (*Obras de Roberto Arlt*, vol. 6). - Buenos Aires, Fabril, 1963 (*Novelas completas y cuentos*, vol. 2. ob. cit.). - Buenos Aires, Fabril, 1969, 189 págs. (Los libros del mirasol). Presentación de Mirta Arlt, págs. 7-12.

Nuevas aguafuertes porteñas. Buenos Aires, Hachette, 1960, 329 págs. Prólogo de Pedro G. Orgambide.

Saverio el cruel. El fabricante de fantasmas. La isla desierta. 300 millones. Prueba de amor. Buenos Aires, Futuro, 1950, 102 págs. (*Obras de Roberto Arlt*, vol. 9).

Teatro completo. Buenos Aires, Schapire, 1968, 2 vols. Presentación de Mirta Arlt, págs. 7-17. Vol. I: *Prueba de amor. 300 millones. El fabricante de fantasmas. África*. Vol. 2: *La isla desierta. Saverio el cruel. La fiesta del hierro. El desierto entra en la ciudad*.

— II —

ESTUDIOS SOBRE ROBERTO ARLT. (Selección tentativa de títulos).

ARLT, MIRTA, «Prólogo» (en *Roberto Arlt. Novelas completas y cuentos*, Buenos Aires, Fabril, 1963, 3 vols. págs. 7-32).

ARLT, MIRTA; BECCO, JORGE HORACIO; ONETTI, JUAN CARLOS; LARRA, RAÚL; VANASCO, ALBERTO, en «*Macedonio*», Buenos Aires, año 3, n.º 11, 1971. (Número dedicado a Roberto Arlt).

ARROW, JORGE; GIGLI, ADELAIDA; SÁNCHEZ CORTÉS, DIEGO; SOLERO, FRANCISCO; VIÑAS, DAVID; VIÑAS, ISMAEL, en «*Contorno*», Buenos Aires, n.º 2, mayo de

1954. (Número dedicado a Roberto Arlt).

BARLETTA, LEÓNIDAS; DELFINO, MARIO AUGUSTO; MARIANI, ROBERTO; OLIVARI, NICOLÁS; NALÉ ROXLO, CONRADO; REGA MOLINA, HORACIO; en «*Conducta*», Buenos Aires, n.º 21, julio-agosto, 1942. (Número dedicado a Roberto Arlt).

BIANCO, JOSÉ, «En torno a Roberto Arlt» («*Casa de las Américas*», La Habana, vol. 1, n.º 5, 1961, págs. 45-57).

CASTAGNINO, RAÚL HÉCTOR, *El teatro de Roberto Arlt*, La Plata, Universidad Nacional, 1964, 96 págs. - Buenos Aires, Nova, 1970, 126 págs.

ETCHENIQUE, NIDIA, *Roberto Arlt*, Buenos Aires, La Mandrágora, 1962, 121 págs.

GHIANO, JUAN CARLOS, *Testimonio de la novela argentina*, Buenos Aires, Leviatán, 1956, 184 págs. Sobre Roberto Arlt: págs. 171-182.

GIORDANO, JAIME, «*Roberto Arlt o la metafísica del siervo*» («*Atenea*», Concepción, año 45, n.º 419, 1968. Págs. 73-104).

GREGORICH, LUIS, «La novela moderna: Roberto Arlt» (en *La Historia de la Literatura Argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967, cap. 42, págs. 985-1008).

GUERRERO, DIANA, *Roberto Arlt, el habitante solitario*, Buenos Aires, Granica Editor, 1972, 223 págs. (Con bibliografía preparada por Estela Edith Rossi).

LARRA, RAÚL, *Roberto Arlt, el torturado*, Buenos Aires, Futuro, 1950, 154 págs. 2.^a ed. Buenos Aires, Alpe, 1956, 157 págs.

MASSOTTA, OSCAR, *Sexo y traición en Roberto Arlt*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1965, 123 págs.

MASTRONARDI, CARLOS, *Formas de la realidad nacional*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1961, 201 págs. Sobre Roberto Arlt: págs. 111-119.

NÚÑEZ, ÁNGEL, *La obra narrativa de Roberto Arlt*, Buenos Aires, Nova, 1968, 95 págs.

PIGLIA, RICARDO, «Roberto Arlt: una crítica de la economía literaria» («*Los libros*», Buenos Aires, n.º 29, 1973, págs. 22-27).

PLA, ROGER, *Proposiciones. Novela nueva y narrativa argentina*, Rosario, Editorial

Biblioteca, 1969, 271 págs. Sobre Roberto Arlt: págs. 220-229.

PORTANTIERO, JUAN CARLOS, *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, Buenos Aires, Procyon, 1961, 129 págs.

PRIETO, ADOLFO, *Estudios de literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1969, 172 págs. Sobre Roberto Arlt: págs. 83-103.

Roberto Arlt, Buenos Aires, 1948. Edición de homenaje. Contiene colaboraciones de Vicente Barbieri, Ernesto Castany, Cayetano Córdova Iturburu, Raúl Larra, José Marial, Marcelo Menasché, Pascual Naccarati.

TIEMPO, CÉSAR, *Protagonistas*, Buenos Aires, Kraft, 1954, 304 págs. Sobre Roberto Arlt: págs. 249-258.

VANASCO, ALBERTO, «Introducción» y «Prólogo» (en Roberto Arlt, *Los siete locos*, Buenos Aires, Círculo de lectores, 1976, págs. 5-19). - «Introducción» y «Prólogo» (en Roberto Arlt, *Los lanzallamas*, Buenos Aires, Círculo de lectores, 1976, págs. 5-16).

VIÑAS, DAVID, *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, Siglo XX, 1971, 253 págs. Sobre Roberto Arlt: págs. 67-73.

— III —

GUÍAS BIBLIOGRÁFICAS

BECCO, HORACIO JORGE y MASSOTTA, OSCAR, *Roberto Arlt*, Buenos Aires, Universidad, Facultad de Filosofía y Letras, 1959, 10 págs.

BECCO, HORACIO JORGE, «Microbibliografía de Roberto Arlt» («*Macedonio*», Buenos Aires, año 3, n.º 11, 1971, págs. 75-80).

ROSSI, ESTELA EDITH, «Bibliografía» (en Diana Guerrero, *Roberto Arlt, el habitante solitario*, Buenos Aires, Granica Editor, 1972, págs. 191-223).

Notas Introducción

[1] César Vallejo, *Contra el secreto profesional*, «*Variedades*» 7-V-1927. Reproducido en «Aula Vallejo», n.º 1, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1961. <<

[2] Esta descripción es válida, siempre que se tomen en cuenta la superficialidad y la vulnerabilidad de los hechos sobre los que se apoya. La crisis de 1929 barrió todas las expectativas y afectó profundamente las estructuras económicas del país. El golpe militar de 1930 concluyó abruptamente, y sin esfuerzo, con las instituciones de la República liberal, después de medio siglo de estabilidad. <<

[3] Sobre el importante movimiento de revistas literarias en este período, pueden consultarse: Héctor René Lafleur, Sergio D. Provenzano, *Las revistas literarias argentinas* (1893-1960), Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962; Rodolfo A. Borello: «Sobre la literatura de protesta en la Argentina», en «Eidos», Madrid, n.º 34, 1971. <<

[4] *Florida y Boedo* constituye uno de los temas con más amplio registro bibliográfico en la literatura argentina contemporánea. Algunos títulos: Horacio Jorge Becco, *El «vanguardismo» en la Argentina* (Guía de orientación bibliográfica), en «*Cuadernos del idioma*», año 1, n.º 4, Buenos Aires, 1966; C. Córdoba Iturburu, *La revolución martinfierrista*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962; Eduardo González Lanuza, *Los martinfierristas*, Buenos Aires, Dirección General de Cultura, 1962; Adolfo Prieto, *Antología de Boedo y Florida*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1964; Juan Carlos Portantiero, *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, Buenos Aires, 1961; César Fernández Moreno, *La realidad y los papeles*, Madrid, Aguilar, 1967; Marta Scrimaglio, *Literatura argentina de vanguardia (1920-1930)*, Rosario, Editorial Biblioteca, 1974. <<

[5] Elías Castelnuovo, *Notas de un literato Naturalista*, «*Las grandes obras*», año II, n.º 52, Buenos Aires, 1923. <<

[6] Pedro Juan Vignale y César Tiempo, *Exposición de la actual poesía argentina*, Buenos Aires, Ed. Minerva, 1927. <<

[7] Los escritores que, como Mariani, pretendían indagar en esos años sobre la naturaleza del realismo, no encontraban, ciertamente demasiados estímulos. Los entonces desconocidos Lukacs y Brecht, comenzaban sus propias indagaciones, pero éstas no hallaron estado público, prácticamente, hasta comienzos de la década del treinta. Las discutidas conclusiones del Congreso de escritores soviéticos, en 1934, agregaron una vasta proyección política al tema, sin reducir por eso el espectro de especulaciones en el campo de la teoría literaria. De Lukacs a Brecht y Galvano della Volpe; de Auerbach a Lavin y Wellek, el concepto de realismo literario ha interesado de más en más con el avance del siglo. <<

[8] Ver los trabajos de Christian Metz y de Barthes en el volumen colectivo *Lo verosímil*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970. También, de Sartre, *El hombre amarrado*, incluido en *El hombre y las cosas* (Situations I), Buenos Aires, Losada, 1960. <<

[9] *El juguete rabioso*, en *Roberto Arlt, Novelas completas y cuentos*, v. I, Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1963. <<

[10] En el amplio registro de nombres que Luis B. Eyzaguirre ofrece en su estudio, *El héroe en la novela hispanoamericana del siglo XX*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1973, no aparece el de Roberto Arlt. Esta omisión, reiterada en la mayoría de los trabajos críticos sobre narrativa hispanoamericana, indicaría que la *extrañeza* que la obra de Arlt produce en el conjunto de la literatura argentina contemporánea, produciría iguales, o aún más agudos efectos en el conjunto de la literatura hispanoamericana contemporánea. <<

[11] Carlos Mastronardi recuerda cómo el narrador se documentaba, en el buen uso de la tradición realista, durante el período previo a la redacción de *Los siete locos*: «Ya había concebido el plan de *Los siete locos*, pues pocos días después lo acompañamos a una pensión estudiantil donde se alojaba un médico en ciernes que le había prometido hacerle conocer un instituto de alienados. Así pudo tomar contacto con algunas dramáticas humanidades, y esa ingrata experiencia gravitó sobre su proyecto narrativo». Carlos Mastronardi, *Formas de la realidad nacional*, Buenos Aires, Ediciones culturales argentinas, 1961. <<

[12] Entre las varias explicaciones que se dan sobre el funcionamiento del mecanismo de la humillación en Erdosain, el Comentador aporta una singularmente convincente: «En estos sucesos podríamos encontrar las raíces subconscientes de ese deseo de Erdosain de contraer matrimonio con una mujer que le impusiera tareas humillantísimas para su dignidad. La sensación de dolor, única “alegría” que recibió el niño, buscaría más tarde en el hombre el equivalente doloroso, por nostalgia de un tiempo de pureza como lo fue el de la infancia de la criatura», (*Los lanzallamas*). Si como no parece aventurado, se establece la correlación entre los datos de la infancia de Erdosain y aquellos que se conocen de la infancia de Arlt, el camino de una interpretación psicoanalítica que involucre al autor y a su mundo proyectivo, parece abierto.

Sobre la persistencia de los mecanismos de humillación en el conjunto de las narraciones de Arlt, y su probable expresión de comportamiento de clase, véase el ensayo de Oscar Massotta, *Sexo y traición en Roberto Arlt*, Buenos Aires, Jorge Alvarez editor, 1965. <<

[13] «El personaje arltiano es un hombre de clase media típico, no porque sea un término medio sino porque en su subjetividad se muestra de una manera ejemplar la situación social que en los miembros normales de la clase aparece confusa, desdibujada y sobre todo oculta. El personaje le muestra a su clase la contradicción en que ella se debate: haber aspirado a ser creadora y no ser más que un conjunto de hombres dependientes y rutinarios». Diana Guerrero, *Roberto Arlt, el habitante solitario*, Buenos Aires, Granica Editor, 1972. <<

[14] «*Nosotros*», números 168, 169, 170, 171, Buenos Aires, 1923. La encuesta formulaba las siguientes preguntas: «¿Cuál es la orientación estética de la generación de escritores argentinos que no han pasado aún de los treinta años? ¿Qué inquietud la agita? ¿Qué la distingue de las que la precedieron? ¿Ha sido alcanzada por el movimiento de ideas que en toda Europa pone a los jóvenes en disidencia con los escritores representativos de la pre-guerra?». <<

[15] Y en 1925, en el prólogo al libro de Nora Lange, *La calle de la tarde*: «Para nuestro sentir los versos contemporáneos eran inútiles como incantaciones gastadas y nos urgía la ambición de hacer lírica nueva. Harto estábamos de la insolencia de las palabras y de la musical indecisión que los poetas del novecientos amaron y solicitamos un arte impar y eficaz en que la hermosura fuese innegable como la alacridad que el mes de octubre insta en la carne juvenil y en la tierra. Ejercimos la imagen, la sentencia, el epíteto, rápidamente compendiosos». <<

[16] Sobre el particular, interesantes desarrollos en Ricardo Piglia, *Roberto Arlt: una crítica de la economía literaria*, en «Los libros», n.º 29, Buenos Aires, 1973. <<

[17] Estudios sobre el teatro de Arlt: Raúl H. Castagnino, *El teatro de Roberto Arlt*, La Plata. Universidad Nacional de La Plata, 1964; Raúl Larra, *Roberto Arlt, El torturado*, Buenos Aires, Alpe, 1956. <<

[18] Citado por Raúl H. Castagnino, ob. cit. <<

[19] En el testimonio de quienes intimaron con Arlt, y en el de su propia hija, se coincide en señalar la dureza de su habla coloquial; sus vacilaciones sintácticas. Mirta Arlt atribuye este hecho a las características del hogar paterno. El padre, inmigrante alemán nunca del todo asimilado, habló siempre en su lengua nacional. La madre, de origen trientino, hablaba el italiano. Véase, Mirta Arlt, Prólogo, *Roberto Arlt, Novelas y cuentos completos*, ob. cit. Muchos repararon también en su difícil manejo de la lengua escrita. Todavía a propósito de *El jorobadito*, un crítico como Horacio Rega Molina creía de obligación señalar: «En general, el dominio de los medios de expresión —esencial en el novelista, que es el relator por antonomasia— se resiente sin que alcancemos a dar otra explicación que no sea el despego por las exigencias del idioma. Y ello es lamentable, porque muchas páginas ganarían lo que les resta para ser perfectas si estuviesen bien escritas. No nos referimos, por cierto, a las formas escolásticas de la escritura, sino al mecanismo del lenguaje seguro de su función...» Horacio Rega Molina, *La flecha pintada*, Buenos Aires, Ediciones Argentinas, 1943. <<

Notas Los siete locos

[1] *Nota del comentador:* Este capítulo de las confesiones de Erdosain me hizo pensar más tarde si la idea del crimen a cometer no existiría en él en una forma subconsciente, lo que explicaría su pasividad frente a la agresión de Barsut. <<

[2] *Nota del comentador:* Sólo más tarde supo Erdosain que a aquella hora Elsa se encontraba en compañía de una hermana de caridad. Un solo gesto torpe del capitán Belaunde bastó para darle conciencia de su situación y se arrojó del automóvil. Entonces se le ocurrió dirigirse a un hospital, siendo albergada por la hermana superiora, que se dio cuenta de que frente a ella tenía a una mujer desequilibrada por la angustia. <<

[3] *Nota del comentador:* Dos explicaciones me dio Erdosain respecto a esta comedia. La primera es que sentía un placer inmenso en simular un estado de locura, placer que comparaba «al del hombre que habiendo bebido un vaso de vino finge que está borracho ante sus amigos, para inquietarlos». Sonreía tristemente al dar estas explicaciones, y me manifestó que al descender de la acacia estaba avergonzado con la misma vergüenza que el desdichado que en Carnaval se disfraza, preséntase ante un grupo de gente y sus gracias, en vez de hacer sonreír a los desconocidos, les arrancan una frase despectiva. «Sentía tal asco de mí mismo, que hasta se me ocurrió matarme, y lamenté no tener el revólver encima. Luego al desvestirme en mi casa, me di cuenta de que en la calle había olvidado que llevaba el arma en un bolsillo del pantalón». <<

[4] *Nota del comentador:* Refiriéndose a esos tiempos, Erdosain me decía: «Yo creía que el alma me había sido dada para gozar de las bellezas del mundo, la luz de la luna sobre la anaranjada cresta de una nube, y la gota de rocío temblando encima de una rosa. Mas cuando fui pequeño, creía siempre que la vida reservaba para mí un acontecimiento sublime y hermoso. Pero a medida que examinaba la vida de los otros hombres, descubrí que vivían aburridos, como si habitaran en un país siempre lluvioso, donde los rayos de la lluvia les dejaran en el fondo de las pupilas tabiques de agua que les deformaban la visión de las cosas. Y comprendí que las almas se movían en la tierra como los peces prisioneros en un acuario. Al otro lado de los verdinosos muros de vidrio estaba la hermosa vida cantante y altísima, donde todo sería distinto, fuerte y múltiple, y donde los seres nuevos de una creación más perfecta, con sus bellos cuerpos saltarían en una atmósfera elástica. Entonces me decía: “Es inútil, tengo que escaparme de la tierra”». <<

[5] *Nota del comentador:* Posiblemente algún día escriba la historia de los diez días de Erdosain. Actualmente me es imposible hacerlo, pues no entraría en este libro otro tan voluminoso como el que ocuparán las dichas impresiones. Téngase en cuenta que la presente memoria no ocupa más que tres días de actividades reales de los personajes y que a pesar del espacio dispuesto no he podido dar sino ciertos estados subjetivos de los protagonistas, cuya acción continuará en otro volumen que se llamará *Los Lanzallamas*. Es la segunda parte que preparo y en la que Erdosain me dio abundantísimos datos, figuran sucesos extraordinarios como la «Prostituta ciega», «Aventuras de Elsa», «El hombre en compañía de Jesús» y la «Fábrica de gases asfixiantes». <<

[6] *Nota del comentador:* En una conversación que Barsut mantuvo con el Astrólogo, dijo que la noche anterior al secuestro había pensado en la posibilidad de una emboscada para asesinarlo, y que a último momento sólo le impidió retroceder el amor propio. <<

[7] *Nota del comentador:* En la segunda parte de esta obra daremos un extracto de la libreta de Barsut. <<

[8] *Nota del comentador:* Esta novela fue escrita en los años 28 y 29 y editada por la editorial Rosso en el mes de octubre de 1929. Sería irrisorio entonces creer que las manifestaciones del Mayor hayan sido sugeridas por el movimiento revolucionario del 6 de setiembre de 1930. Indudablemente, resulta curioso que las declaraciones de los revolucionarios del 6 de setiembre coincidan con tanta exactitud con aquellas que hace el Mayor y cuyo desarrollo confirman numerosos sucesos acaecidos después del 6 de setiembre. <<

[9] *Nota del comentador:* Más tarde se comprobó que el Mayor no era un jefe apócrifo, sino auténtico, y que mintió al decir que estaba representando una comedia.

<<

[10] Personaje de una novela de Carolina Invernizio. <<

[11] *Nota del comentador:* Diríale más tarde Hipólita al Astrólogo: «Me arrodillé frente a Erdosain, en el momento en que se me ocurrió la idea de extorsionarlo a usted, aprovechando la confesión del proyecto de homicidio que me hizo él». <<

[12] *Nota del comentador:* La simulación del asesinato de Barsut fue resuelta por el Astrólogo, a última hora, y después de un largo coloquio con aquél. <<

[13] La acción de los personajes de esta novela continúa en *Los lanzallamas*. <<

Notas Los lanzallamas

[1] *Nota del comentador:* Erdosain se mudó a la pensión en la cual vivía Barsut más o menos dos días después del secuestro de éste. Investigaciones posteriores permitieron comprobar a la policía que Erdosain ni por un momento se cuidó de ocultar su dirección, pues escribió una carta a la dueña de la casa que ocupaba anteriormente, suplicándole diera su cambio de domicilio a cualquier persona que preguntara por él.

<<

[2] *Nota del comentador:* Esto nos demuestra que el Astrólogo le ocultaba cuidadosamente al Rufián Melancólico los entretelones de su vida, pues la tarde anterior, cuando Haffner preguntó por Erdosain, éste se encontraba durmiendo en la quinta. <<

[3] *Nota del comentador:* El comentador de estas confesiones cree que la hipótesis de Haffner respecto al inconfesado crimen de Erdosain es exacta. De otra forma es incomprensible su sistemática busca de semejantes estados degradantes. <<

[4] *Nota del autor:* La alianza entre Al Capone y George Moran, rigurosamente histórica, fue breve. Poco tiempo después de los acontecimientos que dejamos narrados Al Capone hizo disfrazar de «policemen» a varios de sus cómplices. Éstos, en la mañana del 16 de noviembre de 1929, detuvieron a cinco ayudantes de Moran en la calle Clark al 2100, los hermanos Frank y Pete Gusenberg, John May, Albert Weinshank y el doctor Schwimmer, también bandido. Estos sujetos fueron alineados contra un muro, en el fondo del garaje de la Cartage Company, y ejecutados con fusiles ametralladoras. <<

[5] *Nota del comentador:* Dada la extensión del relato de Elsa Erdosain, el comentador de esta historia ha creído conveniente reducirlo a los hechos esenciales, dándole sólo en los episodios de importancia el carácter de diálogo entre los diversos personajes que intervinieron en el drama. <<

[6] *Nota del comentador:* Más tarde, con motivo de los sucesos que se desarrollaron y que ocupan las partes posteriores de esta crónica, tuve oportunidad de conversar con Elsa, por cuyo motivo he adoptado en esta parte de la crónica el diálogo directo, que puede ilustrar mejor al lector, dándole la sensación directa de los acontecimientos, tal cual se desarrollaron. <<

[7] El cronista de esta historia encuentra absurda la creencia de Elsa respecto al enamoramiento de Erdosain por la prostituta. Elsa no conoció jamás a su esposo. Erdosain, y utilizo aquí uno de sus términos, se «regocijaba inmensamente» cuando podía originar situaciones grotescas que hubieran escandalizado a sus prójimos, de conocerlas. Refiriéndose al episodio de la prostituta, Erdosain explicó: «Elsa se equivocaba groseramente suponiendo que yo estaba enamorado de esa mujer. Sentía por ella una lástima enorme, que degeneró en deseo cuando nuestra situación se convirtió en anormal. Con un poco más de dominio de mí mismo, ese acto aparentemente innoble, hubiera sido puramente cristiano. ¡Pero es difícil ser puro!».

<<

[8] *Nota del comentador:* Refiriéndose Erdosain más tarde a esta visita, cuyo objeto no comprendió en los primeros momentos, me manifestó que pensando luego en el hombre de los ojos verdosos se le ocurrió que podía ser el anarquista Di Giovanni, mas prudentemente se abstuvo de hacerle ninguna pregunta al Astrólogo. <<

[9] *Nota del comentador:* En este acto del Erdosain niño ¿podemos encontrar un símil con la conducta que observa destruyendo casi sistemáticamente aquello que más ama, cuando ya es mayor? <<

[10] *Nota del comentador:* En estos sucesos podríamos encontrar las raíces subconscientes de ese deseo de Erdosain hombre de contraer matrimonio con una mujer que le impusiera tareas humillantísimas para su dignidad. La sensación del dolor, única «alegría» que recibió el niño, buscaría más tarde en el hombre el equivalente doloroso, por nostalgia de un tiempo de pureza como lo fue el de la infancia de la criatura. <<

[11] El comentador de esta historia le llamó la atención a Erdosain sobre la analogía que tenía su sueño de «trabajar en un aserradero a la orilla del agua», con el deseo de Emilio Espila, que también deseaba encontrarse en análoga situación, y entonces Erdosain le contestó que era muy posible que en alguna circunstancia, Emilio le hubiera narrado ese sueño, que él, involuntariamente, asimiló. <<

[12] *Nota del comentador:* Erdosain tenía razón al afirmar semejantes monstruosidades. A la hora de cerrarse la edición de este libro los diarios franceses traían estas noticias de China: Si-Wei-Sen, escritor comunista, secretario del «Shangai Times», fue detenido por los ingleses el 17 de enero de 1931, y entregado al gobierno de Nankin, quien lo quemó vivo en compañía de cinco camaradas. Era autor de una Vida de Dostoievski. Fen-Keng, escritor detenido por los ingleses en la concesión internacional, entregado por éstos al Kuomintang, fusilado en la noche del 17 de febrero. Autor de una novela titulada «Resurrección». Se había convertido al comunismo desde que el 30 de mayo asistió a una masacre de estudiantes efectuada por soldados ingleses. You-Shih. Escritor. Detenido por los ingleses, entregado al Kuomintang, y ejecutado en la noche del 17 de febrero. <<

[13] *Nota del comentador:* Obsérvese que esta novela transcurre a mediados del año 1929. <<

[14] *Nota del comentador:* El sordo Eustaquio preparaba todos los días un derrotero a seguir para evitar pedir limosna en las mismas calles, arguyendo que sin principios científicos las profesiones más productivas no daban resultado. <<

[15] *Nota del comentador:* Se comprobó que la rapidez de los trámites que permitieron a Hipólita retirar a Ergueta del Hospicio, siendo simultáneamente nombrada su curadora, fueron favorecidos por el doctor N..., facultativo de prestigio, de cuyo nombre posteriormente se hizo secreto en el sumario. El doctor N... ignoraba en absoluto cuáles serían las consecuencias de su complacencia para con su ex amiga Hipólita. <<

[16] *Nota del comentador:* Ergueta modifica maliciosamente los versículos al platicarlos a Barsut, porque ambos versículos se refieren a un poeta y soñador, y no sólo al soñador. <<

[17] *Nota del comentador:* Véase «El suicida» (capítulo III de *Los siete locos*). <<